FILÓSTRATO

VIDA DE APOLONIO DE TIANA

TRADUCCIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS DE

ALBERTO BERNABÉ PAJARES

EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de esta obra ha sido revisada por AURELIO PÉREZ JIMÉNEZ.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.
Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1992.

REIMPRESIÓN.

Depósito Legal: M. 8819-1992.

ISBN 84-249-3522-5.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1992. — 6497.

INTRODUCCIÓN

1. *El renacimiento literario griego en época imperial*

La *Vida de Apolonio de Tiana* es una de las obras más representativas, si no la más, de la literatura griega de un período poco conocido para el gran público —salvo quizá la figura de Luciano de Samósata— y con demasiada frecuencia menospreciado por la crítica: el renacimiento literario que, en las atinadas palabras de Reardon«en formación ya a finales del siglo i, se precisa en época de Adriano, se anima bajo los Antoninos, se prolonga en la corte en la que Julia Domna tiene su salón... y se debilita cuando, a mediados del siglo ni, de un lado, sucede a la paz continua del Imperio Romano medio siglo de luchas intestinas, y de otro, el Cristianismo comienza a imponerse sobre la cultura pagana». Una época en la que la prosa y, dentro de ella, la retórica, predomina sobre cualquier otro género, protagonizada por el rétor no forense, el conferenciante, que en ciertos aspectos resucita el tipo del antiguo sofista. Son nombres como los de Aristides, Luciano, Alcifrón y Arriano, además del propio Filóstrato, los que encarnan estas nuevas actitudes en literatura.

[1] B. P. REARDON, *Courants littéraires grecs des II* et IIIe siècles après J.-C.*, Paris, 1971, pâg. IX.

Fue el propio Filóstrato quien, en sus *Biografías de los Sofistas*, acuñó, para denominar este movimiento, el término de «Segunda Sofística» por el que, pese a algunas discrepancias en la crítica moderna acerca de su mayor o menor propiedad, seguimos designándolo. La razón de que Filóstrato prefiriera esta denominación a la de «Nueva Sofística» nos la explica el propio autor: no es un movimiento nuevo, sino antiguo, que se inicia, según él, con Esquines, el rival de Demóstenes[2], y opuesto desde el primer momento a la primera sofística, la de Protagoras y Gorgias, a la que Filóstrato califica de *rhetorike~ philosophoüsa* 'retórica dada a la filosofía . Frente a la afición de los primeros sofistas por los temas filosóficos, la segunda sofística, siempre según esta especie de «declaración programática» de Filóstrato, se identifica más bien con los temas históricos. Junto a este renacimiento sofístico, la segunda creación de la época es un nuevo género literario destinado a alcanzar un enorme desarrollo en el futuro: la novela.

Este fecundo período de la literatura griega se ve, no obstante, desatendido con frecuencia, cuando no despreciado, por sus historiadores, que lo tildan de oratorio, frío, libresco, artificial y pedante, y le achacan carencia de originalidad y abundancia de referencias literarias del pasado[3]. Contribuyen a fomentar esta opinión, de un lado, la existencia de todo un movimiento de la época, el aticismo, que pretende resucitar, de forma a menudo demasiado servil, la pureza del antiguo dialecto ático, de su vocabulario, morfología y sintaxis, huyendo de la auténtica lengua hablada; y de otro, la teoría formulada por entonces de que la literatura es una *mimesis* o imitación de los modelos clá-

[2] FILÓSTRATO, *Biografías de los Sofistas*, págs. 481 y 507.

[1] Cf., por ejemplo, la rotunda e injusta valoración de la *Vida de Apolonio* que aparece en el prólogo de la Edición Aldina: *nihil unquam memini me tegere deterius, lectuque minus dignum.*

sicos, lo que la hace parecer más dirigida al pasado que al presente. En concordancia con esta valoración, se ha tratado repetidamente de buscar motivos de esta «pérdida de vigor» de la literatura griega, en comparación con la vitalidad que dio lugar a las grandes creaciones de las épocas arcaica y clásica. No carecen, sin duda, de cierta realidad, algunos de los más frecuentemente aducidos, como por ejemplo, el cansancio espiritual de la época[4], que se manifiesta de un lado en el abandono de la investigación científica y en una incapacidad creadora que obliga a volver la vista atrás, y de otro, en el desplazamiento de los antiguos centros literarios a la periferia.

Con todo, una serie de estudios recientes tienden a estimar de forma diferente y más justa la época que nos ocupa[5]. En ellos se manifiestan ante todo los defectos de óptica de la anterior valoración, entre los que es fundamental el prurito, tan propio de nuestra época, de considerar la originalidad como principal mérito artístico. Se trata más bien de que, frente a las épocas arcaica o clásica, épocas de pioneros literarios, épocas de creación, los autores del Imperio tratan de consolidar esa tradición creada, de prestarle al mundo el inmenso servicio de enseñarle y conservarle lo que los antiguos descubrieron, de ejercitar, por utilizar el término griego, la *paideía* de una antigua y fecunda cultura. De acuerdo con esta visión, no podemos con*cebir la mtmés/s como una mera imitación servil, sino* como un conjunto de referencias a un amplio patrimonio literario, al que se estima como digno de conservación.

[4] J. ALSINA, Introducción a su traducción de LUCIANO, *Obras,* Barcelona, 1962, pág. XXIII.

[5] Destaquemos, como más amplios, el ya citado de REARDON, y el estudio de C. GARCÍA GUAL, *LOS Orígenes de la Novela,* Madrid, 1972, ambos con abundante bibliografía.

En otras palabras: cambia la literatura porque ha cambiado profundamente la situación vital, tanto de sus cultivadores como de su público. Por fijarnos en un par de aspectos de una cuestión realmente compleja, frente al antiguo ciudadano de la *polis,* el griego de época imperial se encuentra, no ya como el de época helenística, habitante de una gran comunidad griega, sino más aislado y perdido aún, si cabe, dentro de la inmensa comunidad mediterránea aglutinada por el Imperio Romano. En ese enorme ámbito la cultura griega corre el riesgo de desaparecer, de ser absorbida por la de los conquistadores, por lo que los autores literarios de la época asumen la importante responsabilidad de conservarla de forma consciente. De otro lado, frente a una vida fuertemente comunitaria, dentro del pequeño marco de la *polis,* el nuevo habitante del Imperio queda alejado de los centros de poder, y no es por ello extraño que, en vez de una relación directa, inmediata, entre el literato y su público, en la que se implicaban los grandes problemas políticos, como fue posible en el siglo VI a. C. a través del canto lírico, o en el V, por medio de una manifestación tan popular como el teatro, nos hallamos ahora ante la nueva cultura del erudito, que se comunica con su público selecto a través de la conferencia o el libro.

No obstante, no todo es conservadurismo en esta época, como las líneas anteriores pudieran hacernos pensar, sino todo lo contrario, junto a estas tendencias conservadoras hallamos una intensa búsqueda en todos los sentidos. Como señala Perry[6], el hombre griego, perdida su identidad como *polltes,* como ciudadano, se vuelve «un vagabundo espiritual, que rara vez sabe a dónde va o qué hace, con el resultado de que llega a

[6] B. E. PERRY, «Literature in the Second Century», *Class. Jown.* 50 (1955), 295-298.

casi todas partes con su mente y su cuerpo y alumbra toda clase de concepciones». Esa búsqueda desordenada de lo nuevo, en un momento de ruptura del pensamiento racional, provoca unas curiosas mezclas entre cultura y superstición, un desvanecimiento de los límites entre lat escuelas filosóficas, como la platónica, la estoica y la peripatética, con su búsqueda de un dios desconocido, y la idea inefable e irracional de la divinidad, que lleva al misticismo o a manifestaciones secundarias, como la superstición, la magia o el espiritismo. El panteón olímpico se aleja progresivamente del interés de las conciencias religiosas y la religión se va volviendo más personal; asimila primero las religiones orientales, mistéricas y de salvación y acaba, andando el tiempo, por cubrir sus necesidades con el cristianismo que, surgido en principio en zonas absolutamente marginales del imperio y en capas sociales antes completamente marginadas, termina por venir a llenar las necesidades espirituales de la mayoría y por imponerse de forma casi absoluta.

Esta búsqueda se manifiesta asimismo por una insaciable curiosidad, por un deseo desmesurado por lo prodigioso, por lo exótico e inaudito, que lleva, tanto a descripciones más o menos reales de tierras o pueblos lejanos, como a fantasías de toda especie sobre maravillas increíbles. Por ello el gran género popular de la época es la novela, con sus estupendas aventuras, los largos e inacabables viajes de sus protagonistas a tierras lejanas, la primacía de lo erótico, de la aventura y del final feliz, para un hombre de la calle lo suficientemente angustiado por el clima de inseguridad física y moral entonces reinante, como para desear evadirse de la realidad. La literatura se propone ahora como fin primordial entretener: busca satisfacer la enorme avidez de su público por lo exótico y pintoresco, por lo novelesco y lo romántico.

Pero, centrándonos algo más en el momento en el que escribe Filóstrato, hemos de aproximarnos a la visión de la historia política, cultural y religiosa, que aportan al Imperio los Severos[7]. Se trata de una serie de emperadores, de origen africano y sirio, que, por serlo, no se veían ligados a la tradición romana de la vieja casta senatorial, circunstancia que permitió que salieran a flote una serie de nuevos elementos culturales, antes soterrados, y se igualaran en importancia a los tradicionales greco-romanos. Es además un momento en el que los sofistas ocuparon un papel predominante en la sociedad. Son secretarios del emperador o maestros de la juventud, y su formación se siente atraída hacia todos los temas, aunque sin profundizar en ninguno de ellos. La irreligiosidad inspira aversión, y el Imperio se abre a múltiples divinidades nuevas, desde Baal y Tanit a Sérapis, y a toda clase de supersticiones, aceptadas sin la menor crítica, mientras que la filosofía abandona cada vez más el racionalismo, para interesarse por lo sobrenatural y por la pureza moral. Un síntoma claro es que las palabras «filosofía» y «filosofar» se aplican en Filóstrato a múltiples terrenos con los que antes no tenía nada en común, como aspectos de la historia religiosa o del culto, o incluso la retórica.

2. *Filóstrato y el círculo de Julia Domna*

Es en esta época, pues, cuando ve la luz Filóstrato, un autor cuya investigación se ha visto desde el primer momento dificultada por la identidad de nombres de varios Filóstratos de la misma familia, así como por la escasez de nuestras fuentes y los errores que en ellas advertimos.

[7] Sobre lo cual cf. T. MANTERO, *Ricerche sull'Heroicos di Filostrato,* Genova, 1966, págs. 21 y sigs.

El testimonio más importante sobre los Filóstratos es un artículo en el *Suda,* léxico-enciclopedia del siglo x, que distingue tres autores del mismo nombre: uno, de Lemnos, hijo de Varo y padre del segundo, activo en época de Nerón, y autor, entre otras obras, de un *Gimnástico* y de un *Nerón.* El segundo, un sofista que floreció en la época de Septimio Severo, en cuya producción se incluyen las siguientes obras: *Cartas, Biografías de los Sofistas, Vida de Apolonio de Tiana, Heroico y Cuadros.* El tercero, un hijo de Nerviano, sobrino del segundo citado y autor de otros *Cuadros.* La imposibilidad de que un contemporáneo de Nerón sea padre de un contemporáneo de Severo, a más de que el segundo citado es en realidad el primero cronológicamente, son dos de los múltiples errores de esta fuente, errores que han viciado y complicado la investigación posterior.

Junto a este testimonio, disponemos de una mención en el *Códice Vaticano,* en un epítome de las *Biografías de los Sofistas* (recogido en la edición de Kayser de esta obra, pág. XXVIII), que identifica al autor de estas biografías con el de la *Vida de Apolonio* y las *Cartas, y,* por último, contamos asimismo con un pasaje de un rétor del siglo ni a. C. llamado Menandro[8], que afirma que el autor de los *Cuadros* es el mismo que el del *Heroico.*

Aún podemos añadir dos datos de las propias obras: el primero, es que el autor de las *Biografías de los Sofistas* se menciona a sí mismo como autor de la *Vida de Apolonio,* el segundo es que en las mismas biografías se alude a otro Filóstrato, también Lemnio, en términos amigables[9].

* En L. SPENGEL, *Rhetores Graeci,* Leipzig, 1856, vol. III, página 390.

' *Biografías de los Sofistas* II 33.

El panorama no es mucho menos confuso en la investigación reciente. No sólo se discute la atribución de cada obra a uno u otro de estos tres autores, sino que incluso se discute el número de Filóstratos que, según los estudiosos, oscila de dos a cinco. No es este el lugar de ocuparnos de nuevo en tan espinosa cuestión, que, por otra parte, dista de estar resuelta definitivamente[10].

El autor de la *Vida de Apolonio*, que es el que aquí nos interesa, debió nacer entre el 160 y 170 en Lemnos, ciudad a la que cita, a propósito de los sátiros, en esta obra y fue probablemente hijo de sofista, dado que tal actividad se transmitía frecuentemente en esta época de padres a hijos. Entre sus maestros se citan dos discípulos del famoso Herodes Atico: Proclo de Naucratis e Hipódromo de Larisa, a más de otros renombrados rétores, como Demiano de Éfeso y Antípatro de Hierápolis. Este último fue educador de los hijos de Septimio Severo, Geta y Caracalla, y probablemente el introductor de Filóstrato en el círculo de la esposa de Septimio, la siria Julia Domna, en cuyos trabajos debió colaborar desde comienzos del siglo ni. Precisamente la redacción de la *Vida de Apolonio* se debe a un encargo de la emperatriz, pero, dado que Filóstrato no le dedicó la obra, parece que hemos de aceptar que esta biografía vio la luz poco después del 217, el año en el que la emperatriz puso fin a su vida.

[10] El tema comienza a aclararse en el artículo de F. SOLMSEN, *Philostratos* 10 en PAULY-WISSOWA, *R. E.*, 1941, col. 124 y sigs. Cf. recientes estados de cuestión, con bibliografía en MANTERO, *Ricerche...*, págs. 9-10, con nota 4; O. SCHÖNBERGER, en su introducción a PHILOSTRATOS, *Die Bilder*, Munich, 1968, págs. 10-16; G. W. BowERSOCK, *Greek Sophists in the Roman Empire*, Oxford, 1969, págs. 14, si bien no podemos llegar a resultados umversalmente aceptados.

[11] Cf. *Vid. Apol.* VI 27.

Sobre este círculo de filósofos, científicos y sofistas, reunido en torno a Julia Domna, se ha fantaseado mucho. Se ha llegado incluso a parangonarlo con los mecenazgos del Renacimiento italiano y a dibujar un fantástico retrato de la emperatriz como una mezcla de Catalina de Médicis, Cristina de Suecia y Mesalina. De otro lado, y sin la menor razón, se incluía en el círculo a todos los autores más conocidos de la época.

En un pulcro trabajo Bowersock[12] ha vuelto las aguas a su debido cauce. En realidad es muy poco lo que sabemos de cierto sobre el círculo. Desde luego, existió, y el propio Filóstrato lo define como tal círculo *(kyklos)* en la *Vida de Apolonio*[13], mientras que en otro lugar, al mencionar a un tal Filisco, un sofista de Tesalia, nos dice que estaba unido a «los geómetras y filósofos que rodean a Julia»[14]. Por su parte Dión Casio[15] nos aclara que la emperatriz se había dedicado a diversiones intelectuales por la enemistad del poderoso prefecto de la guardia Fulvio Plauciano, que la excluía de las políticas. Si esto es así, el círculo se configuraría en los últimos años del siglo II. En cuanto a una carta que nos ha llegado, dirigida por Filóstrato a Julia Domna[16], no puede servirnos de testimonio válido dado que con toda probabilidad es espuria. En todo caso, no parece que el círculo contara con figuras de gran importancia, ya que las personalidades más relevantes de la época tendían a aproximarse a las esferas de poder, de las que Julia había quedado, mal de su grado, al margen.

En cuanto a los intereses y aspiraciones del círculo, la propia *Vida de Apolonio* es especialmente apta para

[12] BOWERSOCK, *Greek Sophists...*, págs. 101-109, donde se menciona la bibliografía anterior sobre el tema.

[13] Cf. *Vid. Apol.* I 3: «ya mí, que pertenecía a su círculo...».

[14] *Biografías de los Sofistas*, pág. 622.

[15] DIÓN CASIO, LXXV 15, 6-7.

[16] FILÓSTRATO, *Carta* 73.

ejemplificarlos. Parece que Julia Domna trató de convertir a Apolonio en el prototipo de la fusión entre religión y filosofía que se opera en su época, y que le interesaba especialmente destacar en él su elevación de sentimientos, la pureza de su vida y su piedad hacia lo divino.

A la muerte de Julia Domna y, naturalmente, ya fuera del círculo, escribe Filóstrato sus *Biografías de los Sofistas,* verdadero programa de la Segunda Sofística, dedicado a Antonio Gordiano, cónsul de Africa. Asimismo se le atribuyen el *Heroico,* diálogo acerca del culto de los Héroes, unas *Cartas,* predominantemente amorosas, especie de poemas líricos en prosa, un *Gimnástico,* estudio de las competiciones gimnásticas y tipos de deportes, y unos *Cuadros,* descripciones de los cuadros de una colección de **Ñapóles.** Es quizá también autor de un diálogo, el *Nerón,* equivocadamente introducido en el grupo de los de Luciano, y que presenta muchos puntos de contacto con las referencias a Nerón que abundan en la *Vida de Apolonio.*

El interés de Filóstrato abarca, como vemos, prácticamente todas las formas literarias de la época, a excepción de la novela: el diálogo, la biografía, la narración, la *ékphrasis,* etc., y en cuanto a la temática, se interesa por la filosofía, la moral, la religión, el arte y la temática erótica, así como por la descripción de objetos o lugares exóticos. A partir de una formación semejante a la de Luciano y Alcifrón, se asemeja mucho literariamente al autor de Samósata, si bien carece de su sentido dramático y de su inclinación a la sátira. Sobre una base retórica, crea una literatura absolutamente contraria a lo que hoy llamamos «comprometida», en la que brillan por su ausencia los problemas referentes a la sociedad de su tiempo: algo que podríamos denominar «literatura por la literatura», configurada con la mayor libertad y fantasía y un escaso es-

crúpulo por la verdad histórica. Su prosa, influida por el aticismo, no se deja, sin embargo, encorsetar en un excesivo artificio, sino que posee, pese a una cierta inclinación al preciosismo, una evidente frescura que, en ocasiones, plantea no pocas dificultades para su traducción

Este es, pues, a grandes rasgos, el autor de la *Vida de Apolonio,* pero ¿quién fue este Apolonio, que mereció la atención de los círculos cercanos a la corte imperial de Roma, como para consagrarle una biografía tan extensa como ésta?

3. *Apolonio de Tiana*

Debió de nacer Apolonio en Tiana, una ciudad de Capadocia, en los primeros años de la era cristiana, y morir, de acuerdo con Filóstrato, en la época de Nerva, esto es, entre los años 96 y 98. Algunas voces, sin demasiado fundamento, han dudado de esta cronología, según veremos en esta misma *Introducción,* § 5, pero no han conseguido ofrecer una propuesta alternativa suficientemente basada como para convencer. Poca fue la huella que debió dejar en su época Apolonio, a juzgar por el silencio de las fuentes contemporáneas. Por otra parte, fuera de la extensa biografía de Filóstrato y de las disputas que su figura suscitó luego entre los autores cristianos y paganos tardíos, a las que luego aludiré, las demás referencias a Apolonio son escasas, si bien todas tienen algo en común: unánimemente se nos presenta un Apolonio que tiene mucho más de brujo y taumaturgo que de filósofo. Por citar algún ejemplo, el

[17] Cf. la valoración de Focio, *Biblioteca,* cód. 44. 9b, 21 sigs.: «En cuanto a su estilo, es claro, gracioso, conciso y lleno de dulzura. Se complace en emplear tanto arcaísmos como giros de la mayor novedad.»

historiador Dión Casio lo menciona en dos ocasiones: en una de ellas refiere cómo Apolonio vio desde Éfeso el asesinato de Domiciano, que estaba teniendo lugar en Roma[18]; en la otra nos cuenta cómo a Caracalla «le agradaban tanto los magos y hechiceros, que a Apolonio el capadocio, que floreció en época de Domiciano y fue un consumado hechicero y mago, lo ensalzaba y honraba, e incluso le construyó un *heroon*»[19]. También los escritores de la *Historia Augusta* se refieren a él. Así, se nos cuenta[20] que, cuando Aureliano se disponía a destruir Tiana, se le apareció Apolonio y lo convenció para que respetara su ciudad natal. Asimismo se nos informa[21] de que Severo Alejandro rendía culto en un santuario privado a la imagen de Apolonio, junto con las de Cristo, Abraham y Orfeo. No faltan alusiones más despectivas, como la de Luciano[22] quien, en su sarcástica descripción del falso profeta Alejandro, dice que fue discípulo de Apolonio y agrega: «¡Ya ves qué clase de escuela tenía el individuo del que hablo!» Presumiblemente debía estar escrito en tonos parecidos el libro de Merágenes sobre Apolonio, del que nos habla el propio Filóstrato[23].

[18] DIÓN CASIO, LXVII 18. Filóstrato narra esta visión en términos semejantes en *Vid. Apol.* VIII 25-6, y lo más probable es que Dión haya leído a Filóstrato.

[19] DIÓN CASIO, LXXVIII 4.

[20] *El divino Aureliano* 24.

[21] *Severo Alejandro* XXIX 2.

[22] LUCIANO, *Alejandro o el falso projeta* 5.

[23] *Vid. Apol.* I 3. Hay otros testimonios en términos semejantes, que sería largo enumerar aquí, por ejemplo, APULBYO, *Apología,* 90; ORÍGENES, *Contra Celso* VI 41, etc. Es de suponer que ésta era también la versión del enemigo de Apolonio, Eufrates, y es asimismo verosímil que de la versión de Eufrates dependa el libro de Merágenes del que se hablará en esta misma Introducción, § 4, y de él, en época bizantina, las alusiones de Juan Tzetzes y otras. En épocas recientes es normal que tampoco los historiadores de la filosofía lo incluyan como filósofo en sus

Este tipo humano no carece de paralelos. Además del ya citado de Alejandro, podemos citar a Peregrino, objeto también de una obra de Luciano, *Sobre la muerte de Peregrino,* que presenta varias coincidencias con nuestra *Vida*[24], y especialmente el propio Pitágoras o, mejor dicho, el tipo humano en el que la leyenda acabó por convertir a Pitágoras y que se refleja, por ejemplo, en sus biografías tardías, como las de Porfió y Yámblico: un taumaturgo, relacionado con la sabiduría caldea y egipcia, entre cuyos saberes se incluían nociones filosóficas, unidas a prácticas ascéticas, veneración religiosa y la capacidad de obrar maravillas. La relación es particularmente estrecha entre la *Vida de Apolonio* y la *Vida de Pitágoras* de Yámblico, entre las que se han señalado numerosas analogías. Dado que sabemos que Apolonio escribió una biografía de Pitágoras (citada, entre otros, por el propio Yámblico, *Vid. Pit.,* 254), se ha llegado a pensar que Filóstrato pudo usarla como fuente, atribuyéndole al Tianeo rasgos o anécdotas que Apolonio refería acerca de Pitágoras, lo que explica las coincidencias con Yámblico, que se sirvió igualmente de ella como fuente para su biografía de Pitágoras[25].

El propósito primordial de Filóstrato es negar en su biografía que Apolonio fuera un *góes,* un brujo o prac-

estudios, cf., por ejemplo, P. MERLAN, en A. H. ARMSTRONG (ed.), *The Cambridge History of Later Greek and Early Medieval Philosophy,* Cambridge, 1967, pág. IOS, nota 4. De los intentos recientes de fijar la personalidad de Apolonio, destacamos los estudios de Miller, Van Groningen y Hopfner citados en la Bibliografía.

[24] Cf. J. BOMPAIRE, *Luden écrivain: imitation et création,* París, 1958, 615 sigs.

[25] Algunas analogías señalables son, por ejemplo, el encuentro de Pitágoras y Fálaris con el que hay entre Apolonio y Domiciano, así como el nacimiento de Pitágoras y el de Apolonio, cf. F. GROSSO, «La 'Vita di Apolonio di Tiana' come fonte storica», *Acmé* 7 (1954), 486491, con abundante bibliografía, y MANTERO, *Ricerche...,* pág. 38, nota 2.

ticante de la magia negra, y reivindicar su figura, convirtiéndola en la de un representante excelso de la *alethiné sophía*, la «verdadera sabiduría», a la altura de filósofos antiguos como Empédocles, Demócrito o Platón, por no hablar del propio Pitágoras. Para ello llega incluso a atacar a los brujos, tanto en su propia narración, como en boca de Apolonio[26]. No obstante, pese a sus buenos propósitos, los rasgos con los que nos presenta su figura hacen asomar aquí y allá inevitablemente la figura del taumaturgo. Apolonio hace milagros (IV 25, VI 27), resucita a una muerta o, al menos, aparentemente muerta (IV 45), hace profecías (I 10, IV 4, 34, VI 32, etc.), expulsa démones (IV 20, 25, VI 27), sana enfermos (IV 4), aparta la peste (IV 10), evoca muertos (IV 16), aparece súbitamente en un lugar apartado (IV 10, VIII 10), ve lo que sucede en lugares lejanos (VIII 26), habla lenguas sin haberlas aprendido (I 19), posee la capacidad de comprender a los animales (I 20) y un largo etcétera de poderes, algunos de ellos íntimamente relacionados con lo chamánico. De otra parte, hay aspectos más propiamente religiosos que filosóficos (si bien la distinción entre ambos, como ya he dicho, se va borrando progresivamente en esta época), como son su vida de predicador, así como sus visitas a los templos y su afán por reformar sus cultos, etc.

En realidad cabe decir que hay dos Apolonios, el filósofo y el taumaturgo, sin que el autor logre conciliar muy bien a ambos, a más de que Filóstrato, pese a sus intenciones declaradas de limpiar la figura de Apolonio de sus aspectos mágicos, no puede evitar la tentación de lo maravilloso, tan del gusto del público de la época. En suma, lo que pretende ofrecernos Filós-

[26] **Cf. *Vid. Apol.* I 26, V 12, VII 39, y especialmente la defensa de Apolonio en VIII 7.**

trato es un retrato idealizado del hombre divino, o mejor, de lo que los griegos llamaban el *thétos anér*[27], dado que «divino» *(theios)*, para los griegos de la época, tiene un sentido bastante diferente de lo que tal palabra evoca en nuestra conciencia lingüística[28]. Para las religiones politeístas «dios» es tan sólo alguien que difiere de un hombre en que no muere y posee poderes sobrenaturales, por lo que la posesión de ciertos poderes sobrehumanos hacen confundirse al hombre con la esfera de lo divino, además de que, ya Platón[29] pensaba que los filósofos se acercaban a la divinidad por su perfecta bondad.

Filóstrato, además, precisa que los poderes de Apolonio se deben a una especial ascesis (VIII 7), con lo cual no hace otra cosa que profundizar en un concepto acuñado por Juliano el teurgo, el concepto de teurgia[10], heredado luego por Porfirio y el Neoplatonismo. La

[27] L. GIL, *Therapeia. La medicina popular en él mundo clásico*, Madrid, 1969, pág. 470, nota 14 (con bibliografía), señala cómo están presentes en Apolonio los rasgos típicos de la actuación de los *thetoi ándres*, comparándolos con otros testimonios. Así, por ejemplo, las enfermedades en cuestión son largas y de suma gravedad *(Vid. Apol.* III 38; IV 20, y cf. las Inscripciones recogidas por V. DITTENBERGER, *Sylloge inscriptionum Graecarum*, 3.' ed., Leipzig, 1905-1921, con los núms. 802.95; 805.5); los médicos se ven impotentes frente a ellas *(Vid. Apol.* IV 18, cf. APULEYO, *Metamorfosis* X 2, 12; ELIANO, *Varia Historia* XII 1, fr. 89); las curaciones portentosas emanan de su poder *(Vid. Apol.* VII 38 sigs., VI 24, IV 45) y no del empleo de artes mágicas *(Vid. Apol.* I 2, IV 45; VI 12, VII 39, VIII 7). Cf. la Parte 2.', cap. 3.° (págs. 76 sigs.) de la citada obra de Gil para una caracterización de este tipo humano.

[28] Además de la definición de «hombre divino» del propio FILÓSTRATO, *Vid. Apol.* VIII 7, cf. E. R. DODDS, *Pagan and Christian in an Age of Anxiety*, Cambridge, 1965, pág. 74 (hay traducción española de J. Valiente Malla, Madrid, 1974, con el título *Paganos y cristianos en una época de angustia)*.

[29] PLATÓN, *Teeteto* 176b.

[30] Cf. MANTERO, *Ricerche...*, pág. 42.

teurgia la practica un sabio que, por la ejemplaridad y pureza de su vida y por su amor a la sabiduría, goza de la comunidad con los dioses y es intermediario entre dioses y hombres. En todo caso, tenemos datos que aseguran que Apolonio llegó a recibir culto. Además del *heroon* que le dedicó el emperador Severo Alejandro, al que ya he aludido, sabemos que en Éfeso recibía culto bajo la advocación de Heracles Tutelar[31], y asimismo habla de los adoradores de Apolonio, entre otros, Eunapio[32].

Nos consta, además, que Filóstrato ha añadido rasgos de su propia cosecha en la configuración de la figura de Apolonio. Así, por ejemplo, se pueden detectar influjos socráticos en el diálogo y en varios elementos de la propia biografía[33], se evidencia claramente que las opiniones políticas del de Tiana contienen más del punto de vista filostrateo que del atribuible a Apolonio[34], y otro tanto cabe decir de las opiniones artísticas, estudiadas detenidamente por Birmelin[35]. En cuanto al gran interés de Apolonio por el culto al Sol, no tiene base en las creencias pitagóricas del capadocio, sino que parece deberse a un deseo del sofista de adular a Julia Domna, cuyo padre era sacerdote del Sol. Por último, respecto a sus viajes, si bien el viaje a la India es muy plausible, la estancia de Apolonio en Etiopía parece falsa, de acuerdo con los múltiples detalles geo-

[31] Cf. HIEROCLES, en LACTANCIO, *Instituciones Divinas* V 3. En cuanto a los pasajes en los que Apolonio se relaciona con Heracles Tutelar, cf. *Vid. Apol.* IV 10, VIII 7.

[32] EUNAPIO, *Vida de Crisancio.*

[33] Cf. R. HIRZEL, *Der Dialog,* II, Leipzig, 1895, págs. 339 sigs.; A D. NOCK, *Conversión,* Oxford, 1933, pág. 195; SOLMSEN, *ob. cit.,* col. 148.

[34] Cf. A. CALDERINI, «Teoria e pratica politica nella Vita di Apollonio di Tiana», *Rend. Ist. Lomb.* 74 (1940-1), 213-241.

[35] E. BIRMELIN, «Die kunsttheoretischen Gedanken in Philostrats Apollonios», *Phiiologus* 88 (1933), 149-180 y 392-414.

gráficos sospechosos de la narración, puestos de manifiesto por Hopfner y Treloar[36].

En cambio sí podemos atribuirle a Apolonio, porque coincide perfectamente con las creencias pitagóricas, la consideración de las prácticas del sacrificio sangriento como inapropiadas para los dioses. Un sumario de las creencias religiosas de Apolonio podemos hallarlo, además, en un fragmento del propio Apolonio, de una obra referida a los sacrificios que nos ha conservado Eusebio[31].

Apolonio parece haber sido autor de una extensa producción literaria. El detalle de este punto podemos reconstruirlo en parte gracias a una noticia del ya citado léxico Suda, aparte de algunas menciones, principalmente en la propia *Vida de Apolonio,* además de los textos que se nos han conservado como suyos.

El *Suda* comienza por citar su obra *Sobre los sacrificios,* mencionada, además de por Eusebio, al recoger un fragmento de la misma, por Porfirio y por el propio Filóstrato[M]. Enumera asimismo un *Testamento* —al que se alude como fuente en *Vida de Apolonio* I 3— unos *Oráculos,* la ya citada *Vida de Pitágoras* y unas *Cartas.* De estas últimas se conserva una colección de setenta y siete, de las que hemos de descontar la 53, que es de Claudio al senado de Tiana; la 59, del rey babilonio Garmo a Neogindes, rey de los indios, y la 62, de los lacedemonios a Apolonio, pero a las que hemos de añadir una citada por Porfirio y varias referidas

[34] T. HOPFNER, «Apollonius von Tyana und Philostratus», *Seminarium Kondakovianum* 4 (1931), 143, nota 31; A. TRELOAR, «Aethiopians», *Prudentia* 4 (1972), 42-50.

[57] EUSEBIO, *Preparación para él Evangelio* IV 13.

[31] PORFIRIO, *Acerca de la Abstinencia* 163.15; FILÓSTRATO, *Vid. Apol.* IV 19.

por Estobeo[39]. En la propia *Vida de Apolonio*[40] se menciona la existencia de una colección diferente de cartas. En todo caso, si bien la autenticidad de esta colección epistolar no es segura, tampoco hay motivos decisivos para negársela. Posiblemente hay algunas auténticas, unidas a falsificaciones. El tema ha sido objeto de un recentísimo trabajo de Lo Cascio[41].

A este catálogo podemos aún agregar el *Himno a la Memoria,* su obra *Acerca de la adivinación por las estrellas* y las *Opiniones de Pitágoras,* de acuerdo con las referencias contenidas en la *Vida de Apolonio*[42], pero hemos de considerar falsas las atribuciones del discurso apologético de Apolonio en VIII 7, que es claramente obra de Filóstrato, y de un tratado *Sobre las horas del día y de la noche*[43].

Es difícil saber cómo era Apolonio en realidad, dado que la de Filóstrato es una visión parcial e interesada. Parece evidente que hemos de admitir entre sus rasgos básicos que era un pitagórico que quiso ser un retrato viviente de Pitágoras, preocupado por conservar puros sus preceptos: vegetarianismo, abstinencia sexual, uso de vestimenta de lino y calzado de corteza, etc., interesado por la moralización del culto a los dioses, y amante de la cultura griega, además de ser, como lo define Bowersock[44], un inconformista, cuya persecución

39 PORFIRIO, *Acerca de ta Éstige,* en ESTOBEO, *Florilegio* I 3, 56; ESTOBEO, *Florilegio* X 64, etc. Con estos fragmentos se llega a 97 cartas, editadas por Kayser tras la *Vida de Apolonio,* e igualmente por Conybeare, tras la *Vida,* con traducción inglesa.

40 Cf. VIII 20.

41 F. Lo CASCIO, *Sulla autenticità delle epistole di Apollonio Tianeo,* Palermo, 1978.

42 I 14, III 41 y VIII 19.

43 Recogido en la edición de F. BOLL del tomo 7 del *Catalogas Codicum Astrologorum,* Bruselas, 1908, págs. 175-181.

44 En su breve, pero excelente introducción al libro PHILOSTRATUS, *Life of Apollonius,* trad. C P. JONES, Penguin Books, 1970, pág. 9.

de la verdad y sinceridad lo hacían entrar en conflicto con el gobierno establecido de su época.

En cualquier caso, era Apolonio, con su aspecto exótico, su amor por lo griego, sus viajes a tierras extrañas y sus cambiantes relaciones con los emperadores, el personaje ideal para una biografía novelesca, como la que emprende Filóstrato. Para ello contó sin duda con una serie de materiales.

4. *Las fuentes de la «Vida de Apolonio de Tiana» y la autenticidad del libro de Damis*

Al principio de la obra (I 2-3), el propio Filóstrato enumera cuáles son sus fuentes de información para configurar la biografía de Apolonio: tradiciones orales locales, textos del propio Apolonio, concretamente sus cartas y su testamento, y diversos escritos sobre el de Tiana, entre los cuales menciona un libro de Máximo de Egas sobre la estancia del sabio en Egas, otro de cuatro volúmenes de Merágenes, y especialmente un relato del propio Damis, el asirio compañero inseparable de Apolonio. Ninguna de estas tres obras se nos ha conservado, y en cuanto a sus autores, poco ó nada es lo que sabemos. Respecto a Máximo de Egas, sabemos que ocupó el cargo de *ab epistulis Graecis,* una especie de secretario del emperador, con la misión de ocuparse de su correspondencia en griego. A Merágenes lo cita también Orígenes, y de su referencia parece deducirse que la visión que en su obra se daba de Apolonio era contrapuesta a la de Filóstrato, probablemente incorporando el punto de vista del gran enemigo de Apolonio, Eufrates. De ahí que el autor de la *Vida* le niegue toda validez como testimonio. En cuanto a Damis, se han suscitado grandes dudas y múltiples trabajos en torno al tema, sin que se haya llegado a una

solución generalmente aceptada, si bien son frecuentes las posiciones dogmáticas y no discutidas respecto a si existieron o no realmente Damis y su manuscrito. Ya desde Baur, en 1832[45], se comenzó a poner en duda la cuestión, dudas que han ido acrecentándose entre varios autores posteriores, aunque con variantes, desde quienes creen una mera ficción literaria, tanto el manuscrito como su autor[46], hasta quienes defienden la existencia de Damis y su relato[47], pasando por quienes creen que Filóstrato accedió a un relato anterior, pero no de Damis[48], o creen en Damis, pero no en su texto[49], hasta quienes se mantienen indecisos respecto al problema[50]. La desconfianza de algunos autores ha llegado incluso a negar la existencia del escrito de Máximo de Egas y a considerarlo como un texto complementa-

[45] F. C. BAUR, «Apollonius von Tyana und Christus», *Tüb. Zeitsch. f. Theol.* 4 (1832), 111 sigs.

[46] E. SCHWARTZ, *Fünf Vorträge über den griechischen Roman,* Berlin, 1896, págs. 124 sigs.; J. MILLER S. v. *Apollonius von Tyana,* en PAULY-WISSOWA, *R. E.,* II 1, 1896, col. 146 sigs.; especialmente E. MEYER, «Apollonius von Tyana und die Biographie des Philostratos», *Hermes* 52 (1917), 372 sigs.; F. SOLMSEN S. V. *Philostratos* 10, en PAULY-WISSOWA, *R. E.,* XX 1, 1941, col. 147-152.

[47] R. REITZENSTEIN, *Hellenistische Wundererzählungen,* Leipzig, 1906, págs. 40 sigs.; J. S. PHILLIMORE, *Philostratus. In honour of Apollonius of Tyana,* Oxford, 1912, pág. XXI; HOPFNER, «Apollonius...»; GROSSO, «La Vita...»; G. PETZKE, *Die Traditionen über Apollonius von Tyana und das Neue Testament,* Leiden, 1970; F. Lo CASCIO, *La forma letteraria della Vita di Apollonio Tianeo,* Palermo, 1974.

[48] E. ZEIXER, *Die Philosophie der Griechen in ihrer geschichtlichen Entwicklung,* Leipzig, 1903, pág. 167, n. 1.

[49] J. MILLER, «Die Damispapiere in Philostratos' Apolloniosbiographie», *Philologus* 66 (1907), 511 sigs., quien identifica al Damis de Filóstrato con Damigeron de APULEYO, *Apología* 90, cf. E. NORDEN, *Agnostos Theos,* Berlín y Lepzig, 1913, pág. 37.

[50] J. MESK, «Die Damisquelle des Philostratus in der Biographie des Apollonius von Tyana», *Wiener Studien* 41 (1919), 121 sigs.; J. HEMPEL, «Untersuchungen zur Überlieferung von Apollonius von Tyana», *Beiträge z. Relig.* 4 (1920), 3 sigs.

rio, inventada por Filóstrato por la necesidad de justificar los hechos de Apolonio en Egas, que obviamente no habrían podido ser conocidos por Damis[51].

La argumentación para negar la existencia de Damis, sin entrar en los complejos detalles de la cuestión, se basa fundamentalmente en tres aspectos: el primero, que la referencia a un manuscrito anterior es un expediente típico de la época —y posteriormente, piénsese en la ficción novelesca de Cervantes respecto al manuscrito de Cide Hamete Benengeli, en el *Quijote*—, especialmente en narraciones novelescas, que daban de un tema versiones nuevas y «subversivas»; el segundo, que las coincidencias entre detalles atribuidos a Damis en la *Vida de Apolonio* con los expresados por Filóstrato como cosa propia en otras obras, así como la aparición, bajo el nombre de Damis, del conjunto de aspectos que son los típicos del interés de la Segunda Sofística, hacen sospechar que Filóstrato le ha atribuido a Damis múltiples cosas de su propia cosecha, y el tercero que los errores históricos, que no escasean en la *Vida de Apolonio*, resultan difícilmente atribuibles a un autor como Damis, al que suponemos contemporáneo de los hechos.

La verdad es que ninguno de los argumentos es concluyente. Por argumentaciones del primer tipo aquí indicado, se consideró durante años un farsante a Herenio Filón de Biblos, autor, en época de Adriano, de una *Historia Fenicia*, en la que invocaba como fuente a un tal Sancuniatón, que habría vivido antes de la guerra de Troya, y se consideraba que Filón se había limitado a plagiar la *Teogonia* de Hesíodo. La aparición en Ras Samra de textos ugaríticos fechados en el segundo milenio antes de Cristo, que presentan múltiples detalles coincidentes con los atribuidos a Sancuniatón, en una

MEYER, *art. cit.*, pág. 402.

fecha asimismo coincidente con la que le asignaba Filón, obligó a reconocer la veracidad de este autor y la existencia de su fuente. Errores filológicos como éste nos hacen ser más prudentes y evitar asertos tajantes sólo sobre esta base. En cuanto a los argumentos del segundo y el tercer tipo, pierden fuerza si tenemos en cuenta la inexistencia en la época del respeto a la propiedad intelectual y de la pulcritud en el manejo de las fuentes, y consideramos que Filóstrato, como por otra parte él mismo declara, ha reelaborado ampliamente el texto de Damis, tras aludir a su mal estilo (I 3). En conclusión hay que decir que, si bien no disponemos de absolutamente ningún testimonio, fuera de Filóstrato, que garantice la existencia de Damis y de su escrito, tampoco hay ningún argumento definitivo para negarla, por lo cual el tema se convierte en una elección entre darle o no crédito al propio Filóstrato.

Dejando ya aparte la validez o no del testimonio de Damis, existe, relacionado con éste, otro problema: la *Vida de Apolonio* transcurre en un marco histórico concreto al que Filóstrato hace a menudo referencia, y repetidas veces se ha puesto en duda la credibilidad de las afirmaciones de Filóstrato como fuente histórica. Merece la pena decir alguna palabra sobre este tema.

5. *Los elementos históricos de la «Vida de Apolonio-»*

La época en la que transcurre la vida de Apolonio, el siglo i d. C, es escasa en testimonios históricos. Las menciones de la obra de Filóstrato respecto a hechos ocurridos en ese tiempo son numerosas, pero con frecuencia la crítica ha negado a la *Vida de Apolonio* todo valor como documento histórico. Los defensores de tal postura insisten especialmente en sus errores; es el caso especialmente de Meyer, en el trabajo ya citado,

pero no sólo de él. En fecha reciente Bowersock[52] señala tres equivocaciones, según él, especialmente graves y modélicas para hacernos desconfiar de su fiabilidad: en primer lugar, las referencias a Demetrio (IV 25, 42, V 19, VII 10-16, etc.) y la imposibilidad de casar las fechas de su exilio con los datos que conocemos por otras fuentes. En segundo lugar, la afirmación de que Nerón se enteró de la revuelta de Víndex cuando se hallaba en Grecia (V 10), y en tercer lugar, la mención de que Nerva fue exiliado en Tarento (VII 8), cuando la realidad es que fue Nerva, cuando era ya emperador, el que mandó allí al exilio a otro conspirador, Calpurnio Craso.

Frente a esta valoración negativa, se distingue en la defensa de la historicidad de la *Vida* el estudio de Grosso[53], quien analiza uno por uno los episodios que en ella se narran y, después de compararlos con las versiones de otros autores y de examinar de un modo crítico la bibliografía respectiva, concluye que el rétor «narraba la vida de su héroe sobre la trama históricamente segura de los hechos sabidos por el gran público, que los conocía y podía, en cualquier caso, controlarlos, guiándose por las obras historiográficas mayores»[54]. Además de que, señala Grosso, Filóstrato está empeñado en hacer verosímil su nueva visión de Apolonio, y para ello necesitaba guardar el mayor respeto por los hechos conocidos como históricamente ciertos. Es más, se pueden registrar coincidencias con los historiadores, allá donde se refieren a los mismos hechos, especialmente con Dión Casio, lo cual es lógico, dado que ambos son griegos y comparten un ambiente cortesano semejante.

BOWERSOCK, en su Introducción, págs. 17-8.
GROSSO, «La Vita...».
Ibídem, pág. 512.

Lo que sí ocurre es que hay elementos en los que Filóstrato se permite las mayores libertades, especialmente en los viajes de Apolonio. Por citar algún caso, los Brahmanes aparecen totalmente helenizados, igual que la India descrita por el autor, en la que se inventa, por ejemplo, relieves con Poro y Alejandro. Perdidos los datos del verdadero viaje, Filóstrato lo rellena con retórica y con digresiones (de las que me ocuparé más adelante) sobre todo género de maravillas. Más libertades aún se permite en el viaje a Etiopía, que, como ya he indicado antes, parece una completa invención. Pero todo ello no quita para que, en líneas generales, la *Vida de Apolonio* pueda ser usada como testimonio histórico. No es este el momento de indicar en cuántas ocasiones Filóstrato remite a hechos históricos ciertos y en cuántas comete errores. Las notas a cada episodio irán guiando al lector en cada momento respecto a nuestros conocimientos sobre cada uno de ellos por otras vías, y le permitirán hacer por sí mismo un balance de los errores y aciertos[55]. En todo caso, el testimonio de Filóstrato no desmerece de los de los historiadores de esta época, como Suetonio o Dión Casio, pues casi siempre que podemos apoyar sus afirmaciones por otro testimonio, existe coincidencia entre ellos.

Particular atención dedica Filóstrato a la cronología, manteniendo su promesa de dar «una visión exacta de ese hombre en los momentos en los que dijo o hizo cada cosa». No obstante, varios autores han discutido la cronología ofrecida por nuestro sofista respecto a los años en los que vivió Apolonio. Así, Phillimore[56] sitúa su nacimiento entre el 37 y el 41 d. C, casi cuarenta

[55] En estas notas de carácter histórico soy fundamentalmente deudor de la enorme masa de datos suministrados por GROSSO, «La Vita...», si bien, para evitar una excesiva acumulación de citas no lo menciono expresamente en cada ocasión.

* PHILLIMORE, *Phüostratus...,* I, págs. CV sigs.

años después de las fechas de Filóstrato. Luego, Meyer[57], basándose en un presunto sincronismo con Eufrates y en las cronologías de Eusebio y San Jerónimo, sitúa su madurez entre el 94 y el 96 y, siguiendo al *Chronicon Paschale*, que menciona el año 123, sitúa la muerte de Apolonio alrededor del 120. Pero es un hecho que, después del reinado de Nerva, no se menciona para nada a Apolonio, y por ello es más probable aceptar, con Strazzeri[58] y luego Grosso[59], las fechas que propone Filóstrato. Como guía del lector, ofrezco a continuación un cuadro en el que la cronología que suponemos de los hechos principales de Apolonio aparece en la columna de la derecha, mientras a la izquierda se sitúa la de los emperadores romanos bajo cuyo poder vivió el sabio de Tiana:

Augusto (27 a. C.-14 d. C.)	**Nacimiento de Apolonio (34 d. C.)**
Tiberio (14-37)	
Gayo (Calígula) (3741)	
Claudio (41-54)	**Visita a Vardanes (45)**
Nerón (54-68)	**Apolonio en Corinto (61)**
	Apolonio en Roma (66)
Galba (68-69)	
Otón (69)	
Vitelio (69)	
Vespasiano (69-79)	**Encuentro con Vespasiano (69)**
	Entrevista con Tito en Tarso (71)
Tito (79-81)	
Domiciano (81-16)	**Estancia en Esmirna (92)**
	Proceso de Apolonio (93)
Nerva (96-98)	**Correspondencia con Nerva (96)**
	Muerte de Apolonio (97)

57 MEYER, *art. cit.*

58 E. STRAZZERI, ***Apollonio di Tiana e la cronologia dei suoi viaggi,*** **Terranova, 1901.**

59 GROSSO, **«La Vita...»,** ***passim.***

Una vez que hemos revisado las fuentes y las referencias históricas de la obra de Filóstrato, cambiaremos nuestra óptica para ocuparnos, en los siguientes apartados, de aspectos propiamente literarios.

6. *La «Vida de Apolonio», ¿novela o biografía?*

La presencia en la *Vida de Apolonio* de una serie de elementos que aparecen también en las novelas de la época han llevado a varios autores a considerarla, también, una novela, sin mayores especificaciones. Así, ya Rohde[60] comparaba la *Vida de Apolonio* con una novela, las *Etiópicas,* de Heliodoro, y señalaba un contenido pitagórico común a ambas. Asimismo Helm[61] la incluía entre las novelas biográficas. Por la misma razón la tradujo Grimal en su selección de novelas griegas y latinas[62]. A la lista hemos de añadir, aún, a Bowersock[63], quien, tras definirla como «una novela elaborada y romántica, picaresca, con un contexto histórico y generosamente equipada de elementos exóticos», la relaciona con la literatura contemporánea de viajes reales o imaginarios, si bien observa que su carácter apologético la pone en conexión con las llamadas *Actas de los mártires paganos,* que contienen discursos desafiantes de ciertas personalidades paganas contra la autoridad establecida y que, a su vez, forman parte de la tradición

[60] E. ROHDE, *Der griechische Roman und seine Vorläufer,* Leipzig, 1876 (3.* ed. W. SCHMID, Leipzig, 1974), págs. 46? sigs.

[61] R. HELM, *Der antike Roman,* Berlin, 1948 (Gotinga, 1956), págs. 62 sigs. Cf. ya antes A. CHASSANG, *Histoire du roman et des rapports avec l'histoire dans l'antiquité grecque et latine,* Paris, 1862, págs. 6 y 210 sigs.

[62] P. GRIMAL, *Romans grecs et latins,* Paris, 1958; el mismo proceder adopta J. B. BERGUA, en *La Novela Griega,* Madrid, 1965, que es un calco de la obra anterior.

[63] BOWERSOCK, en la Introducción citada, pág. 15.

biográfica en el Imperio Romano, de la que son exponentes ilustres Suetonio y Plutarco. Todavía en fecha muy reciente Anderson[64] señala los puntos de contacto de la *Vida* con la novela y la hagiografía: confrontación con los gobernantes, escenas de juicios, rescate de un naufragio, prodigios diversos y el esquema predominante del viaje. No obstante, reconoce Anderson la dificultad de señalar relaciones específicas, porque la comparación con Heliodoro no puede resolver los problemas cronológicos, y el material pitagórico, común asimismo con Antonio Diógenes*[5], no constituye una base de comparación válida entre ambas. Piensa, por el contrario, que el conjunto está más cerca del *Icaromenipo y* la *Nigromancia* de Luciano, en cuanto al material, y de la *Ciropedia* de Jenofonte, en cuanto a su disposición, si bien el resultado es un genuino experimento sofisticó.

Una visión diferente del problema la inicia Reardon, que, si bien comienza por señalar las concomitancias de la *Vida de Apolonio* con las novelas, especialmente con la de Heliodoro*[6]: viajes, curiosidades pseudocientíficas, milagros, interés por la religión del Sol, etc., poniendo especialmente de manifiesto la semejanza de Apolonio con un personaje de las *Etiópicas,* Calasiris, observa, sin embargo, que falta un elemento fundamental para considerar una novela la *Vida de Apolonio,* el erótico, con todo lo que ello comporta para la propia

** G. ANDERSON, «Apollonius of Tyana as a Novel», resumen de su ponencia en *Erótica Antigua, Actes of the intemational conference of the ancient novel,* Bangor, 1977, pág. 37.

45 Autor de una novela titulada *Maravillas increíbles de allende Tule,* de la que sólo se conserva un fragmento y un resumen de Focio. El lector español puede leerlos excelentemente traducidos por J. MENDOZA, junto a las novelas de Caritón de Afrodisia y Jenofonte de Éfeso y otros fragmentos de novela, en esta misma colección.

" REARDON, *Courants...,* pág. 189.

estructura de la obra: la separación de los amantes, los peligros que deben arrostrar, el reencuentro, etc., por lo cual cree preferible no considerarla una novela, pese a la presencia de elementos novelescos en la obra. Su propuesta es considerarla obra de un escritor «de oficio», que la compuso por orden imperial.

En otro lugar de su estudio[67] relaciona la *Vida* con un tipo de literatura muy importante en esta época: el que se interesa por las prácticas supersticiosas o por los nuevos cultos que por entonces proliferaban, procedentes casi todos de la región oriental del Mediterráneo, tipo del que serían exponentes la *Interpretación de los sueños* de Artemidoro o los *Discursos sagrados* de Elio Aristides, y que se vería sarcásticamente criticado en el *Alejandro* de Luciano. Asimismo la emparenta con otra clase de literatura, la aficionada a lo maravilloso y representada por Eliano, Flegón de Tralles y la Paradoxografía en general[68]. Por todo ello concluye que en la *Vida de Apolonio* confluyen dos aspectos: ser una biografía de un hombre de religión, con lo que ello comporta de testimonio de las creencias de su tiempo, y una obra literaria, para divertir, que refleja el gusto de la época y de su autor, y en suma, el libro que mejor representa la cultura griega pagana de época tardía.

Una aportación fundamental a la determinación del género literario en el que hemos de encuadrar la *Vida de Apolonio* la constituye el excelente trabajo de Lo Cascio[69], quien, siguiendo a Leo[70], que la definía como «una biografía peripatética» que «gravita tan fuertemente hacia otras direcciones de la literatura narrativa que.

47 Pägs. 22-3.

44 Sobre paradoxografia cf. el apartado 7 de la Bibliografia.

49 Lo CASCIO, *La forma...*

™ F. LEO, *Die griechisch-römische Biographie*, Leipzig, 1901, pägs. 261 sigs.

como la *Ciropedia y* los Panegíricos, toca sólo la periferia de la esfera biográfica», cree que se trata primordialmente de una narración biográfica, en orden cronológico, desde el nacimiento hasta la muerte de Apolonio, pero que, de acuerdo con un procedimiento típicamente retórico, Filóstrato inserta en ella digresiones que engrosan y hacen variada la biografía, si bien tales digresiones nunca se confunden con la parte histórico-biográfica de la obra, sino que constituyen elementos añadidos. Tampoco García Gual considera adecuado incluir la *Vida de Apolonio* entre las novelas, y de ahí que no se refiera a ella en su completo y documentado estudio sobre la novela griega[71], además de que declara específicamente su coincidencia con Lo Cascio en este punto en la reseña que dedica a su obra[72].

Así pues, pese a los elementos más o menos novelescos que aparecen en la obra que nos ocupa, parecen tener más peso los argumentos de quienes la consideran una biografía, aunque, eso sí, entramada de digresiones. La abundancia y variedad de las mismas hace necesario dedicar a ese aspecto un apartado de esta introducción.

7. *Las digresiones y los discursos dentro de la «Vida»*

El hilo conductor de la *Vida de Apolonio*, la biografía organizada según criterios cronológicos, se ve interrumpido aquí y allá por una serie de digresiones y discursos. Desde el punto de vista de la forma, estos pasajes constituyen, en palabras de Reardon[73], «un verdadero *pot-pourri* de formas literarias de nuestro período». Además de los elementos novelescos —viajes,

[71] C. GARCÍA GUAL, *LOS Orígenes de la Novela*, Madrid, 1972.
[72] *Emérita* 45 (1977), págs. 224-226.
[73] REARDON, *Courants...*, 266 sigs., especialmente nota 98.

incidentes dramáticos, el proceso,, el carácter aretalógico y la sumaria descripción de caracteres—, hay ejemplos de toda la gama de formas literarias del gusto de la época: el discurso ante el pueblo *(diálexis),* como la exhortación a la concordia en Esmirna (IV 8); la declamación o discurso de escuela *(meléte),* como la Apología ante Domiciano (VIII 7); la descripción *(ékphrasis),* como la del Palacio de Babilonia (I 25), la del Santuario de Dionisio (II 8) o la de la estatua de Memnón (VI 4); la comparación *(synkrisis),* como la que se establece entre el Indo y el Nilo (VI 1) o entre Apolonio y otros sabios (VII 1), o cuentos, como el de los piratas (III 24) o el, casi un chiste, de las virtudes tomadas por esclavas por el aduanero (I 20). Aún habría que añadir los rasgos típicos de la *paideía* de la época: las múltiples referencias a Homero o a la Historia de Grecia y sus protagonistas, así como a los filósofos o a los personajes de la mitología; basta ojear el índice de nombres para constatar la frecuencia y abundancia de tales referencias.

Desde el punto de vista del contenido, las digresiones son de carácter muy vario. Merece la pena que reproduzcamos aquí, esquemáticamente, la excelente clasificación de las mismas hecha por Lo Cascio[74], quien distingue los siguientes tipos:

I. *Descripciones geográficas,* que se justifican por la naturaleza viajera de Apolonio. Naturalmente, lo que no es exótico (Grecia, Italia, Jonia) no se describe. Dentro de este apartado clasifica Lo Cascio los siguientes subgrupos:

1. *Ekphráseis* geográficas a comienzos de los libros: por ejemplo, el Cáucaso y el Tauro (II 2), el Hífasis

[74] Lo CASCIO, *La forma...,* págs. 19 sigs.

(III 1), las Columnas de Heracles (V 1, 3), Gadira (V 4) y la Bética (V 6).

2. Digresiones en medio de los libros: Mesopotamia (I 20), el Indo y el Nilo (II 18-19), Etiopía (VI 1, 24-5).

3. Descripciones de ciudades: Babilonia (I 25), Taxila (II 20, 23), Balara (III 56).

4. Descripciones de monumentos y obras de arte (I 24, II 20ss, 42, III 14, IV 28).

II. *Cuestiones de historia natural y costumbres,* en la mayoría de los casos más fantásticas que reales. Por citar algunos ejemplos: el parto de la leona (I 22), los elefantes (II 11-15), los dragones (III 6-8), métodos mágicos de caza (III 8), los pescadores de perlas (III 57), los repentinos amaneceres en Gadira (V 3), la teoría platónico-estoica de las mareas (V 2) o la explicación física de los volcanes (V 16-17).

III. *Referencias propias de la paradoxografía.* Desde el siglo ni a. C. se desarrolla en Grecia una corriente de escritores, llamados paradoxógrafos, que se ocupan de lo inusitado y de lo que excita la curiosidad, como son por ejemplo Estratón de Lámpsaco y Antígono de Caristo. Un parangón más reciente y conocido de lo que podría ser este tipo de obras podría ser, como señala acertadamente Meyer, los *Viajes de Gulliver* de Swift. Como los paradoxógrafos, Filóstrato no muestra en las descripciones de este tipo el menor interés por la verosimilitud, sino que su afán es meramente entretener, para lo cual podía ser útil cualquier tema. Establece Lo Cascio en este apartado los siguientes subgrupos:

1. Animales: los elefantes (II 11-13, 16), el gusano del Hífasis (III 1), el unicornio (III 2), los monos recolectores de la pimienta (III 4), las piedras mágicas en la cabeza del dragón (III 8), la martícora (III 45),

los grifos buscadores del oro (III 48), el fénix (III 49), los monstruos del Mar Eritreo (III 57), los toros salvajes y los cabritoros (VI 24).

2. Etnografía: los árabes (I 20), las mujeres bicolores (III 3), Paraca (III 9), los pigmeos, los esciápodos, los macrocéfalos (III 47), los Comepeces (III 55).

3. Mitología: las cadenas de Prometeo (II 3), la Nereida de Selera (III 56), la estatua de Memnón (VI 4), las Columnas de Heracles (V 5), el sátiro (VI 27).

4. Paradojas taumatúrgicas: el Pozo de la Prueba y el Fuego del Perdón, las tinajas de la lluvia y la sequía (III 14), la levitación de los Brahmanes (III 17), los escanciadores mecánicos (III 27).

5. Otras paradojas: el Asbameo (I 6), los árboles que destilan sangre y el olivo de Pigmalión (V 5), la Peña de Aorno (II 10), la colina de los Brahmanes (III 13), la *pantarbe* (III 46), el monstruo de tres cabezas (V 13).

La profunda divergencia existente entre el contenido de las digresiones y los datos histórico-biográficos indica que para estas cuestiones Filóstrato recurre a otras fuentes completamente distintas de las históricas, referidas ya en el § 4 de esta *Introducción.* Solmsen[75] nos ofrece un inventario muy completo de las mismas. En primer lugar, las obras que el propio Filóstrato cita, deseoso de mostrar su erudición. Así, la obra de Yuba de Libia sobre los elefantes (II 13, 16), la de Ortágoras, que debía titularse algo así como *Acerca del Mar Rojo* (III 53), el *Periplo* de Escílax de Carianda, cuya autoridad niega en III 47, así como el *Diario de a bordo* de Nearco, que le serviría de fuente para el retorno de Apolonio de la India, igual que le sirviera a Amano para su *Indiké.*

[75] SOLMSEN, S. V. *Philostratos,* col. 152.

En otros casos no cita sus fuentes, pero podemos determinarlas. Así, no da el nombre de Ctesias de Cnido, médico de cabecera de la reina Parisátide, y autor, entre otras obras, de unos *Indiká*, de los que conservamos un resumen de Focio, pero Solmsen ha puesto también de relieve la existencia de numerosas coincidencias entre Filóstrato y Ctesias en una serie de capítulos (por ejemplo, II 18, III 1, 2, 47, VI 37).

Hay además múltiples referencias a la historia de Grecia en sus épocas de esplendor, sin que podamos denominar propiamente «fuentes» en este caso a autores como Heródoto o Tucídides en cuestiones manidas de historia, así como a los filósofos o poetas arcaicos y clásicos. Se trata, en suma, de una colección de alusiones a la tradición griega o al acervo cultural, pero, como las demás digresiones, no se hallan incorporadas a los elementos biográficos y en ocasiones hacen que la economía de la obra se resienta, si bien hay que reconocer que, como contrapartida, le confieren a esta biografía variedad y pintoresquismo.

Un lugar aparte merecen los discursos o diálogos que le sirven al autor para profundizar en el análisis de los personajes, descritos siempre externamente, en sus acciones o en su palabras, especialmente en el del filósofo protagonista. Naturalmente que estos ejercicios retóricos, tan del gusto de la época, por otra parte, son creaciones libres del autor y poco o nada tienen que ver con el auténtico Apolonio o con los auténticos personajes que los pronuncian, pero el recurso de poner en boca de los protagonistas históricos discursos o diálogos ficticios viene de antiguo en la literatura griega —piénsese, por poner un ejemplo ilustre, en los discursos que Tucídides hace pronunciar a los personajes históricos o su Diálogo de los Melios— y se consideraba como una práctica historiográfica nada censurable, sino todo lo contrario.

Los discursos, que abundan en la obra, han sido asimismo clasificados por Lo Cascio[76], quien establece cuatro grupos:

I. *Coincidiendo con digresiones:* De ellos, unos son breves (por ejemplo, los amores de los eunucos, en I 33; las costumbres de los elefantes, en II 11; el cariño por los hijos, en II 14; el orden de los elefantes para cruzar el río, en II 15), y otros de mayor entidad: la concepción de la pintura (II 22), los estudios filosóficos en la India y la historia de Fraotes (II 29-32), el coloquio con Aquiles (IV 16), las *dialéxeis* sobre Nerón (V 7) o Esopo (V 15), el arte de la flauta (V 21), la Apología (VIII 7) o la discusión sobre lo que es un festival (VIII 18).

II. *Discursos o diálogos con función estructural,* que le sirven a Filóstrato para contrastar posiciones y dejar exponer a cada uno su punto de vista. Así, la doctrina de los Brahmanes (III 20, 25, 30, 34s.), las diferentes teorías políticas de Eufrates, Dión y Apolonio (V 33-35) o la filosofía de los Gimosofistas (VI 10, 19-21).

III. *Discursos que subrayan la particular situación del momento,* como son el elogio a los discípulos que se atreven a acompañar a Apolonio (IV 38), la exhortación, antes de ir a Etiopía (V 43), los intentos de Demetrio y Damis de convencer a Apolonio para que no vaya a Roma (VII 12s.) y la réplica de Apolonio (VII 14).

IV. *Diálogos filosóficos para sostener tesis opuestas:* ejemplos de los cuales son el rechazo de la riqueza (I 34), la discusión sobre la proximidad del cielo (II 5), la fe en la coherencia del sabio (II 7), las ventajas de

[74] **Lo CASCIO, *La forma...*, págs. 42 sigs.**

no beber vino (II 35-7), la metempsícosis (III 23-4), el bien común y la solidaridad (IV 3), la emulación entre los conciudadanos (IV 8-9), la decadencia de las costumbres (IV 21), la desaprobación de la vanagloria (IV 30), de la hipocresía (V 20), de la presunción (VI 36), de los locos deseos (VI 40) y de los derramamientos de sangre inútiles (V 26), o la aprobación de los que son fieles a su honestidad (VII 42).

Con estos discursos, pues, además de dar satisfacción a las aficiones retóricas de la época, se logra profundizar en determinadas situaciones y conferir variedad a la obra.

8. *Los milagros de Apolonio y su relación con la aretalogía y la hagiografía*

Nos resta aún aludir a un importante elemento constitutivo de la *Vida de Apolonio:* los milagros. Semejantes a los pasajes y referencias paradoxográficas por su carácter maravilloso, se diferencian de éstos en que, como acciones que son del propio Apolonio, forman parte esencial de su biografía y no son, como los *parádoxa*, elementos digresivos añadidos. La presencia de milagros constituye una novedad en el género biográfico, dado que en la biografía antes cultivada los milagros no tenían cabida. El único género literario griego en el que hay precedentes de narraciones de milagros es un género menor, religioso, popular y muy localizado: la aretalogía[17].

Llamamos *aretaí* a los milagros de un dios del que los sacerdotes daban cuenta al pueblo para glorificar al dios y edificar a los fieles. Aparecen en los templos

[17] Para lo que diremos en este apartado, cf. fundamentalmente Lo CASCIO, *La forma...*, págs. 53-96. Véanse asimismo las demás obras citadas en el apartado 8 de la Bibliografía.

de esos dioses que, en época tardía, van suplantando a los Olímpicos por su mayor implicación con la suerte personal del hombre: Asclepio, Sérapis, Isis, etc. Que Filóstrato conoce bien este tipo de literatura es algo que se pone de manifiesto en algunas de las epifanías divinas narradas en la *Vida de Apolonio*[79]. Lo Cascio las analiza, tomando como término comparativo una reciente recopilación de testimonios epigráficos y papirológicos de estas *aretaí*[19] y pone en evidencia las íntimas relaciones, formales y de contenido, entre unas y otras, para tratar posteriormente de examinar el influjo que este tipo de narraciones ejerce en las actividades del propio Apolonio y los paralelos que pueden reseñarse entre ambas, todo lo cual permite constatar el carácter típico de estas manifestaciones. Parte Lo Cascio de la base de que ser sabio en esta época significa acercarse a los dioses, lindando así con la religión o, según los puntos de vista, con la superstición, y observa cómo Filóstrato va ofreciendo actividades sobrenaturales de Apolonio en una cuidadosa gradación que, en esquema, sintetiza del siguiente modo:

I. *Actividades propias de la sabiduría humana* (concentradas en la primera parte del libro), entre las cuales se cuentan:

1. Interpretación de sueños (I 23).
2. Poder sobre los espectros; por ejemplo, la evocación de la sombra de Aquiles (IV 16), el sátiro y el vino (VI 27) y especialmente Menipo y la *empusa* (IV

[78] La de Proteo, en su «anunciación» a la madre de Apolonio (I 4), luego las de Asclepio al hidropésico (I 9) y a los sacerdotes, respecto al cilicio (I 10) y por fin la de Trofonio a sus sacerdotes (VIII 9). En todos los casos Apolonio se halla de una u otra forma relacionado con ellas.

[79] V. LONGO, *Aretalogìa nel mondo greco*, voi. I: *Epigrafi e papiri*, Genova, 1969.

25). De este último episodio hay un paralelo muy claro en la tremebunda historia de Flegón de Tralles sobre Macates y Filinion[80], en la que se nos narra cómo Filinion, muerta seis meses antes, obtiene la posibilidad de pasar tres días con su amado y así lo hace. Aunque los padres le advierten de lo que realmente está sucediendo, Macates hace caso omiso de su advertencia. Por fin, la *empusa* huye, Filinion queda muerta y Macates se suicida.

3. Conocimiento de lo oculto: por ejemplo, el mercader de Cilicia (I 10), la inocencia de un condenado a muerte (V 24) y las historias de Timasión (VI 3) y el hombre de Menfis (VI 5).

4. Conocimiento del futuro, que le permite a Apolonio adivinar una serie de hechos, como la muerte del gobernador de Cilicia (I 12), el tiempo que iba a permanecer en Babilonia (I 22), la epidemia que amenazaba Éfeso (IV 4), la identidad del próximo hierofante de Eleusis (IV 18), que el Istmo de Corinto comenzaría a excavarse y las obras no se acabarían (IV 24), que surgiría una isla entre Tera y Creta (IV 34), que un rayo estaría a punto de matar a Nerón (IV 43), la efímera toma del poder de Galba, Otón y Vitelio (V 11-13), el naufragio de una nave (V 18), la reedificación del templo de Júpiter Capitolino (V 30), el destino futuro de Tito (VI 32) o la inminente muerte de Nerva (VIII 27).

II. *Poderes más propiamente divinos* (que ocupan la parte central de la obra), como son los siguientes:

1. Curaciones, que constituyen el milagro por excelencia, la prueba típica de santidad, en relación aquí, además, con la idea de que la enfermedad está causada

[80] Recogido por A. GIANNINI, *Paradoxographorum Graecorum reliquia,* Milán, 1945, págs. 170-178. Este relato sirvió asimismo de base a la obra de Goethe *La novia de Corinto.*

por la ira de un dios ante las culpas humanas, con lo que, en palabras de Teresa Mantero[81], la medicina se vuelve en esta época arte de obrar exorcismos. Apolonio aprende este arte con los Brahmanes, que curan a un cojo, un ciego y un paralítico (III 39), pero los supera, especialmente en dos casos particularmente relevantes:

a) La resurrección de una muchacha (IV 45), que tiene paralelos en los *Evangelios*[82] y en la literatura aretalógica, en la curación de una tal Sóstrata[83].

b) El joven mordido por un perro (VI 43). Es de señalar que en las *aretaí* es frecuente que los animales, como aquí el perro, intervengan en la curación[84], pero que, si bien el animal es el instrumento de la curación, sólo el dios (aquí, Apolonio) es el que tiene la capacidad para curar.

2. Exorcismos, no muy distintos de las curaciones según lo que antes he apuntado. Apolonio los aprende también de Yarcas (III 38), pero también en este caso supera a su maestro, en los siguientes episodios:

a) El exorcismo de la ciudad de Éfeso (IV 10), en relación con la vieja idea del sacrificio del *pharmakós,* que asume todas las culpas y libera, con su inmolación a la comunidad. Un paralelo de este caso, excepcional por tratarse de un exorcismo colectivo, lo hallamos en el pean de Isilo de Epidauro[85], según el cual, Asclepio intervino en favor de Esparta en una situación apurada.

[81] MANTERO, *Richerche...,* págs. 92 sigs., cf. asimismo GIL, *Therapeia...,* *passim.*

[82] *Marcos* V 40, *Lucas* VII 11.

[83] Narrada en el núm. 25 de LONGO.

[84] Así, en el núm. 26 de LONGO, un perro le cura un tumor en el cuello a un joven de Egina, lamiéndoselo. Y en el núm. 20 le cura otro perro los ojos a un tal Lisón.

[85] Recogido como núm. 44 de LONGO.

b) El poseso de Colofón (IV 20), episodio en el que el demon derriba una estatua, como prueba de que ha abandonado el cuerpo. El tema presenta paralelos con un milagro narrado en los *Hechos de San Pedro*[96], especialmente, el estupor de la gente y la actitud del endemoniado que, una vez liberado, no recuerda nada y cambia totalmente de forma de vida.

3. Otros favores divinos que no tienen relación con la enfermedad, como son por ejemplo el encuentro de un tesoro (VI 39), comparable con un texto aretalógico[87], en el que una tal Calicratía, al morir su marido, ignora el lugar en el que éste había escondido el dinero, hasta que el dios se lo revela.

III. *Casos en los que es el propio Apolonio el beneficiario del milagro*, coexistiendo así en él los planos humano y divino. Estos episodios se concentran especialmente al final de la *Vida*. Podemos contar los siguientes:

1. Liberación de su pierna de la cadena, para hacer una demostración a Damis (VII 38). El hecho es importante para el desarrollo de la obra, porque es entonces cuando Damis comprende por primera vez cuál es la verdadera naturaleza de Apolonio. Tenemos un paralelo en la literatura cristiana[88], en el que un ángel libera a San Pedro de la cadena, si bien en él el milagro no presenta el carácter meramente gratuito y demostrativo que tiene en la *Vida de Apolonio*.

2. Traslación mágica de Apolonio desde el tribunal hasta Dicearquía, comparable a una noticia de Porfirio[89], según la cual Pitágoras fue visto en Metaponto y

•* *Hechos de San Pedro* 11.

" Núm. 40 de LONGO.

a *Hechos de los Apóstoles* XII 7.

M PORFIRIO, *Vida de Pitágoras* 27. Apolonio el paradoxógrafo (cf. PITÁGORAS, Fr. 7 DIELS-KRANZ) cita Crotona y Metaponto.

Tauromenio (localidades muy distantes entre sí, Metaponto, en el fondo del Golfo de Tarento, Tauromenio, en la actual Taormina, en Sicilia) en el mismo día. La incredulidad de Demetrio, que no sabe si se halla ante un fantasma, tiene asimismo paralelos con la incredulidad de los apóstoles ante la aparición de Jesucristo[90].

3. Visión a distancia de la muerte de Domiciano (VIII 26) que presenta asimismo semejanzas con el relato de Aristócrito cuyo hijo, salvado de un naufragio, pero perdido en las rocas, fue visto por él desde el templo de Asclepio, y con unos pasajes de Atanasio y Gregorio de Tours[91], si bien en este último caso es muy probable un influjo directo de la obra de Filóstrato.

Concluye Lo Cascio que esta sucesión de diferentes clases de milagros no está dictada tanto por cuestiones de orden expositivo cuanto justificada por una eficaz línea de desarrollo: de las manifestaciones de Apolonio como profeta y sabio, a la curación-exorcismo o a la resurrección, hasta la superación en sí mismo de las leyes del tiempo o del espacio, se registra un claro progreso en su capacidad milagrosa que, partiendo de características de sabiduría humana, llega a una.asunción por el sabio de rasgos propios de las aretalogías y de ahí a que éste adquiera las características propias del taumaturgo. La clase de milagro varía, según progresa en su perfeccionamiento la propia figura del sabio

» *Evangelio de Lucas* XXIV 37, 41-3.

" Núm. 24 de LONGO recoge el relato del padre de Aristócrito; los otros pasajes citados son ATANASIO, *Vida de Antonio* 60 (en el que Dios revela a Antonio que había visto volar en el cielo el alma de Amun), y GREGORIO DE TOURS, *In Gloria Confessorum,* en donde el obispo Eufronio ve a distancia la muerte del rey Cariberto.

y, consecuentemente, la forma literaria se adapta a esta evolución.

Esta asimilación en la biografía de elementos aretalógicos iba a ser fundamental para el desarrollo de un género nuevo, las *Vidas de Santos,* la hagiografía, destinado a un largo desarrollo posterior. Ya Reitzenstein[92] observó en un tema concreto la existencia de una sola línea literaria que ligaba el mundo pagano y cristiano: el tema que denomina «del santo y la bestia», en el que tanto vale la osa de Pitágoras como el lobo de San Francisco, pasando por el perro hidrófobo de Apolonio (VI 43). Asimismo, en otra obra[93] compara los elementos comunes entre la *Vida de Apolonio* y la *Vida de Antonio* de Atanasio, a las que considera inspiradas en un modelo común. Luego Holl[94] profundiza más en el tema al analizar las influencias literarias de la *Vida de Apolonio* sobre la hagiografía, pero hace derivar esta línea del ideal de sabio que aparece ya en el tratamiento de la figura de Sócrates. Por su parte, List[95] examina los inicios de la hagiografía en conexión con las vidas de los filósofos paganos, pero estima más importante el influjo neoplatónico que el de las *Vidas* pitagóricas como lo es la de Apolonio.

En este punto es también fundamental la aportación de Lo Cascio[96]. Comienza el autor por mostrar una serie de rasgos que asocian a Apolonio con un santo:

92 REITZENSTEIN, *Hellenistische...,* págs. 40 sig., 43.

93 R. REITZENSTEIN, «Das Athanasius Werk über das Leben des Antonius. Ein phil. Beitrag zur Geschichte des Mönchtums», *Sitz. d. Heidelb. Akad. d. Wissensch, phil-hist. Kl.* 5 (1914), 68 sigs.

94 K. HOLL, «Die schriftstellerische Form des griechischen Heiligenlebens», *Neue Jahrb. f. d. klass. Alt.* 15 (1912), 406-427.

95 J. LIST, *Das Antoniusleben des Hl. Athanasius d. Gr., eine literarhistorische Studie zu den Anfängen der byzantinischen Hagiographie,* Atenas, 1930.

96 Lo CASCIO, *La forma...,* págs. 82-96.

los prodigios antes de su nacimiento; la ascesis, que lo asemeja a un padre del yermo; su renuncia a la riqueza; sus formas de penitencia, como el silencio de cinco años; su parquedad en la comida; su forma de vestir, y, en general, su huida de los placeres corporales, en la idea de que el cuerpo es la cárcel del alma. Asimismo, el hecho de que tal género de vida produzca en él, como resultado, un gran equilibrio interior, una serena alegría y, en general, el disfrute del favor de la divinidad, que se manifiesta fundamentalmente en que le es conferida la capacidad de hacer milagros. Incluso hay detalles más concretos: en primer lugar, su actividad de curar animales (V 42) es comparable a la que se atribuye a santos como San Cosme y San Damián o a San Martín. En segundo lugar, como santo que es, debe sufrir proceso, casi martirio, pero su glorificación es el triunfo sobre el enemigo, aquí Domiciano. En tercer lugar, su aparición después de la muerte es un rasgo que adquirirá importancia fundamental en las vidas de los santos, si bien en la *Vida de Apolonio* se halla sólo apuntado. Por último, es un detalle típico de estas vidas el que su autor se asesore de un testigo importante, un colaborador directo del santo, como lo es en la *Vida de Apolonio* Damis[97].

Con todo, la novedad de la *Vida de Apolonio* consiste precisamente en haber incorporado un elemento antiguo, pero ajeno a la alta literatura, la aretalogía, al contexto biográfico, novedad ésta que influiría decisivamente en la configuración del género hagiográfico, en el que lo típico es precisamente esa unión de la «vida y milagros» de un santo concreto. Naturalmente que esta afinidad iba a situar necesariamente a la *Vida de Apolonio* en una posición de competencia con el Cris-

" Lo CASCIO, *La forma...*, pág. 85, nota 78, ofrece una larga lista de ejemplos.

tianismo, pero, pese a que en un tiempo pudo pensarse de otro modo, como veremos a continuación, esta rivalidad no surge desde el principio.

9. *La posteridad: Apolonio y Cristo*

Fue el teólogo alemán Baur[98] el primero en afirmar que el propósito de Filóstrato al escribir la *Vida de Apolonio* no fue otro que contraponer un santo pagano a la figura de Cristo. La idea tuvo escaso eco, y ya Kayser[99] la rechaza, aunque algunos estudiosos se adhirieron a ella[100]. Parece más probable la opinión elaborada, entre otros, en los estudios de Chassang, Reville y De Labriolle[101], según la cual los elementos que aproximan la *Vida* a las narraciones evangélicas se deben más bien, de un lado, a la existencia en la sociedad pagana de la época de la misma tendencia a la fe en el milagro que iba luego a propiciar la gran aceptación del cristianismo, y de otro, al carácter típico de las narraciones milagrosas. En efecto, la posesión demoníaca, por ejemplo, es un rasgo común en la antigüedad, y el exorcista que expulsa a los demonios era ya una figura familiar a la sociedad pagana[102]. Hay por tanto que concluir con Solmsen[103] que la idea de Baur es algo que pertenece ya al pasado. Es más, como señala Dodds[104], se registran en época de Filóstrato diversos

98 BAUR, «Apollonius...».

99 C. L. KAYSER, en su introducción a la edición de Filóstrato (Leipzig, 1870), pág. V.

100 Cf. W. SCHMID y O. STAHLIN, *Geschichte der griechischen Literatur*, Munich, 1929-34, II, pág. 776, nota 7.

101 Cf. referencias y bibliografía en MANTERO, *Ricerche...*, página 44.

102 Cf. F. C CONYBEARE en el prefacio a su traducción de la *Vida...* (Londres, 1912), pág. XV.

103 SOLMSEN, S. V. *Philostratos...*, col. 145.

104 DODDS, *Pagan and Christian...*, pág. 107.

intentos de absorber el cristianismo en el *establishment* o, al menos, admitirlo en coexistencia pacífica con el paganismo, intentos de los que pueden ser ejemplo la invitación a su corte de Julia Mammea, madre del emperador Severo Alejandro, al cristiano Orígenes, o el dato, ya referido, de que el propio emperador tenía estatuas de Apolonio y de Cristo en su capilla privada[105]. Todos estos datos indican para la época más una coexistencia que una competencia entre paganismo y cristianismo.

La utilización de Apolonio como modelo para restar importancia a Cristo se produjo, sin embargo, pero posteriormente. Así, Porfirio, en su tratado *Contra los Cristianos*[106] admite que los cristianos realizaron maravillas, pero niega valor a tales éxitos, aduciendo que paganos como Apolonio y Apuleyo fueron capaces de obrarlas también. Más violento es aún Hierocles, gobernador de la época de Diocleciano y autor de un libro titulado *Los Amantes de la Verdad*, en el que se propone demostrar que Apolonio fue más sabio y milagroso y mejor exorcista que Jesucristo. A la formulación teórica de su enemistad por el cristianismo acompañó asimismo sus hechos, y así fue uno de los instigadores de la Gran Persecución de Diocleciano y Galerio contra los cristianos, y, como gobernador de provincia, un activo colaborador en la misma. Contra él escribe un tratado Eusebio[107], en el que trata de sostener la tesis de que Apolonio era un charlatán y un mago y que sus éxitos se debían a la intervención de los malos espíritus. Cu-

[105] Cf. EUSEBIO, *Historia de la Iglesia* VI 21, 3, *Severo Alejandro* XXIX 2.

[106] PORFIRIO, *Contra los Cristianos*, fr. 4.

[107] *Contra la Vida de Apolonio de Filóstrato, con motivo del paralelismo establecido por Hierocles entre aquél y Cristo,* editado por KAYSER y CONYBEARE (este último, con traducción inglesa), en sus ediciones de la *Vida de Apolonio.*

riosamente rebate *avant la lettre* a Baur al asegurar que antes ningún anticristiano había puesto a Apolonio como rival de Jesucristo. En esta disputa intervendrán otros ilustres teólogos antiguos, como Orígenes[108], pero lo más curioso es que sus ecos no se apagaron hasta muy tarde. Así, por ejemplo, Bowersock[109] refiere cómo Charles Blount se propuso publicar una versión completa al inglés de la *Vida de Apolonio*, pero, tras la publicación en 1680 de los dos primeros libros, se le hicieron ver los peligros en contra de la religión cristiana que comportaba esta obra y se le convenció de que no continuara. Asimismo señala cómo, aún en 1809, el reverendo Edward Berwick se ve obligado a dar explicaciones de sus motivos para publicar una traducción completa de esta obra, contestando a un historiador de la época demasiado pacato en sus referencias a Apolonio.

10. *El texto de la «Vida de Apolonio»: ediciones y traducciones*

El único trabajo de edición serio sobre la obra que nos ocupa y que, pese a su antigüedad, aún nadie ha intentado mejorar, sigue siendo el de C. L. Kayser. Según este autor, de entre los manuscritos de que disponemos para la *Vida de Apolonio*, hay que distinguir una familia más fiable, encabezada por el Parisino 1801, con mucho el mejor de todos, y completada por un Escurialense, el Marciano Cl. XI 29, el Parisino 1696, el Urbinate 110 y el Vaticano 956, y otra familia menos

[108] ORÍGENES, *Contra Celso* 240. Cf. asimismo la despreciativa valoración de los hechos de Apolonio y, por consiguiente, del inútil esfuerzo de haber compuesto su biografía, debida a Focio, *Biblioteca*, cód. 44, 10 a 31 sig.

[109] BOWERSOCK, en su Introducción, citada, pág. 20.

fiable, compuesta por los Laurencianos LXIX 26, 27 y 33, el Palatino 329, un Vratislavense, el Vaticano 1016, un Schellershemiano, el Lugdunense 73 y los Marcianos 391 y 392, a más de contar con las *excerpta* del Palatino 129, un Darmstadino y el Laurenciano LXXIV 12.

Aparte de los manuscritos que contienen el original de la *Vida*, disponemos, como testimonio complementario, de dos resúmenes antiguos de la obra, debidos a Focio[110]. El primero de ellos, más breve, se centra en los rasgos más destacados de la biografía de Apolonio, mientras que el segundo es un extracto más extenso de la totalidad de la obra. Un trabajo reciente de Hágg[111] se ocupa de relacionar ambos textos con el original de Filóstrato, no sólo en cuanto a las diferencias textuales que presentan entre sí, sino también en cuanto a la técnica que ha seguido Focio para elaborar su epítome.

Las ediciones de Filóstrato han sido escasas: a la Aldina de 1502 le siguieron las de F. Morel, París, 1608, y la de G. Oehlschlager (Olearius), Leipzig, 1709. C. L. Kayser hizo una primera edición de la obra completa de Filóstrato, Zurich, 1844-1853, a la que siguió la didotiana de A. Westermann, París, 1849. Por fin, Kayser hizo una segunda edición mejorada, en la Biblioteca Teubneriana, Leipzig, 1870-1. Lo único reseñable después de la edición de Kayser, limitándonos a la obra que nos ocupa, es la reproducción de su edición de la *Vida*, con ligeras variantes, por F. C. Conybeare en la Loeb Classical Library, en 1912.

En cuanto a las traducciones son asimismo muy pocas. En alemán hay que contar con las antiguas de D. C. Seybold, Lemgo, 1776-7, y la de A. H. Christian, de

[110] Focio, *Biblioteca*, códices 44 y 241. Una excelente edición con traducción de los mismos es la de R. HENRY, París, Les Belles Lettres, vol. I (para cód. 44), 1959; vol. V (para cód. 241), 1967.

[111] T. HAGG, *Photios ais Vermittler antiker Literatur*, Uppsala, 1975, págs. 15-124.

Stuttgart, 1828-55. En inglés, después de las antiguas traducciones de C. Blount, en 1680 (sólo dos libros), y E. Berwick, en 1809, se editan en el mismo año, 1912, las dos importantes traducciones de F. C. Conybeare, en la Loeb Classical Library, y de J. S. Phillimore, en Oxford. Luego de la de C. P. Eels, para la California University Press, de 1924, no vuelve a traducirse hasta 1970, y no completa, por C. P. Jones, en los Penguin Books. En francés, tras la antigua de A. Chassang, París, 1862, disponemos de la traducción de P. Grimal, dentro de sus *Romans grecs et latins*, París, 1958, y en español, de una versión de esta traducción —si bien el autor se guarda de mencionar este importante extremo— de J. B. Bergua, dentro del volumen *La novela griega*, Madrid, 1965. Hasta tal extremo esta traducción depende del francés y se ha hecho sin asomarse lo más mínimo al original griego, que se cometen errores tan pintorescos como en VIII 26 (pág. 612), donde la frase griega *blépsas te deinón es ttn gen* se traduce «lanzando una mirada terrible hacia el Sol», lo que sólo puede explicarse por un error mecánico, a partir de la traducción de Grimal *jetant un regará terrible vers le sol*, por el cual pasa a convertirse francés *sol* «suelo», en español «Sol». Si algún lector tiene paciencia y humor para ello, puede confrontar las traducciones de Grimal y Bergua, y hallará, incluso en las notas, cumplidas muestras de tal piratería hermenéutica, y numerosos errores de este tipo, que no merece la pena reseñar aquí.

Es ésta, por tanto, la primera traducción directa de la *Vida de Apolonio* que ve la luz en español. En ella he pretendido mantener la máxima fidelidad al difícil estilo de Filóstrato, pero sin rozar los límites de la ininteligibilidad en español. Asimismo he pretendido facilitar al lector no iniciado una guía en las continuas referencias a la tradición histórica, mítica o filosófica griega, o a los elementos exóticos o paradoxográficos

que abundan en esta obra, dotando la traducción de un abundante número de notas aclaratorias. En muchos casos, las notas abren también al lector interesado la posibilidad de profundizar en algunos aspectos concretos, remitiéndole a la bibliografía reciente sobre cada tema. Además de ello, ofrezco a continuación una bibliografía general, sobre los más importantes trabajos dedicados a la obra que nos ocupa.

11. *Bibliografía*

1. El renacimiento literario griego en época imperial:

G. ALFÖLDY, «The crisis of the third Century as seen by contemporaries», *GRBS* 15 (1974), 89-111; J. ALSINA, Introducción a su traducción de LUCIANO, *Obras,* Barcelona, 1962; G. W. BOWERSOCK, *Greek Sophists in the Roman Empire,* Oxford, 1969; E. L. BOWIE, «Greeks and their Past in the Second Sophistic», *Past and Présent* 46 (1970), 141; E. R. DODDS, *Pagan and Christian in an Age of Anxiety,* Cambridge, 1965, (hay trad. esp. de J. Valiente, *Paganos y cristianos en una época de angustia,* Madrid, 1974); T. MANTERO, *Ricerche sull'Heroicos di Filostrato,* Genova, 1966; B. E. PERRY, «Literature in the Second Century», *Class. Journ.* 50 (1955), 295-298; B. P. REARDON, *Courants littéraires grecs des IIe et III' siècles après J.-C.,* Paris, 1971; W. SCHMID, *Der Attizismus in seinen Hauptvertretern,* 4 vols., Stuttgart, 1887-96 (reimp. Hildesheim, 1964); W. SCHMID, O. STÄHLIN, *Geschichte der griechischen Literatur,* 2.2, 6.ª ed., Munich, 1924; E. ZELLER, *Die Philosophie der Griechen in ihrer geschichtlichen Entwicklung,* Leipzig, 1903.

2. Filostrato y el círculo de Julia Domna:

T. BERGK, *Die Philostrate,* Leipzig, 1883; BOWERSOCK, *ob. cit.;* I. FERTIG, *De Philostratis sophistis,* Bamberg, 1894; K. MÜNSCHER, «Die Philostrate», *Philologus,* Suppl. X (1907), 469-557; O. SCHÖNBERGER, Introducción a PHILOSTRATOS, *Die Bilder,* Munich, 1968; F. SOLMSEN, «Some Works of Philostratus the Eider», *TAPhA* 1940,

556-572, id. s. v. *Philostratos* 10, en PAULY-WISSOWA, *R. E.*, XX 1, 1941, col. 147-152.

3. Apolonio de Tiana:

E. BIRMELIN, «Die kunsttheoretischen Gedanken in Philostrats Apollonios», *Philologus* 88 (1933), 149-180 y 392414; A. CALDERINI, «Teoria e pratica politica nella Vita di Apollonio di Tiana», *Rend. Ist. Lonib.* 74 (1940-1), 213-241; B. A. VAN GRONINGEN, «Apollonius de Tyane», *Bull, de ta Tac. des lett. de Strassb.* 30 (1951-2), 107-116; B. F. HARRIS, «Apollonius of Tyana. Fact and fiction», *Journ. Rei. Hist.* 5 (1969), 189-199; J. HEMPEL, «Untersuchungen zur Überlieferung von Apollonius von Tyana», *Beitr. Religionswiss.* 4 (1920), 3 ss.; T. HOPFNER, «Apollonius von Tyana und Philostratos», *Seminarium Kondakovianum* 4 (1931), 135-164; B. LATZARUS, «Un pythagoricien thaumaturge: Apollonios de Tyane», *Rev. des cours et conférences,* 1939, 40.2, pâgs. 3347, 240-252, 516-525, y 41.1, pâgs. 51-64, 267-280 y 420434; F. Lo CASCIO, *Sulla autenticità delle epistole di Apollonio Tianeo,* Palermo, 1978; M. MEUNIER, *Apollonios de Tyane ou le séjour d'un dieu parmi les hommes,* Paris, 1936; E. MEYER, «Apollonius von Tyana und die Biographie des Philostratos», *Hermes* 52 (1917), 317424, recogido en *Kleine Schriften,* II, Halle, 1924, 131-191; J. MILLER, s. V. *Apollonios von Tyana,* en PAULY-WISSOWA, *R. E.*, II 1, 1896, col. 146 ss.; E. MUELLER, *War Apollonius von Tyana ein Weiser oder ein Betrueger oder ein Schwaermer und Fanatiker?,* t. "doct., Breslau, 1861; W. SPEYER, «Zum Bild des Apollonios von Tyana bei Heiden und Christen», *Jahrb. Ant. Christ.* 17 (1974), 47-63.

4. Las fuentes de la *Vida de Apolonio de Tiana* y la autenticidad del libro de Damis:

J. MESK, «Die Damisquelle des Philostratus in der Biographie des Apollonius von Tyana», *Wiener Studien* 41 (1919), 121-138; MEYER, *ob. cit.* en 3); J. MILLER, «Die Damispapiere in Philostratos' Apolloniosbiographie», *Philologus* 66 (1907), 511-525; G. PETZKE, *Die Traditionen über Apollonius von Tyana und das Neue Testament,* Leiden, 1970; E. SCHWARTZ, *Fünf Vorträge über den griechischen Roman,* Berlin, 1896 (Berlin, 1943); SOLMSEN, *ob. cit.* en 2); REIT-

ZENSTEiN, *ob. cit.* en 8); GROSSO, *ob. cit.* en 5); HEMPEL, *ob. cit.* en 3); Lo CASCIO, *ob. cit.* en 6).

5. Los elementos históricos de la *Vida de Apolonio:*

J. CHARPENTIER, «The Indian Travels of Apollonius of Tyana», *Skrifter utgivna av Kungliga Humanistiska Vetenskapssamfundet i Uppsala* 29.3 (1934), 31 ss.; P. DERCHAIN y J. HUBAUX, «Vespasien au Sérapéum», *Latomus* 12 (1953), 38-52; F. GROSSO, «La 'Vita di Apollonio di Tiana' come fonte storica», *Acme* 7 (1954), 333-532; id., «Gli Eretriesi deportati in Persia», *Riv. FU. 1st. Class.* 36 (1958), 350-375; G. S. KNABE, «Philostratus' Life of Apollonius of Tyana and Cornelius Tacitus» (en ruso, con res. en inglés). *Vest. Dreu. 1st.* 121 (1972), 30-63; R. J. PENEIXA, «Scopelianus and the Eretrians in Cissia», *Athenaeum* 52 (1974), 295-300; V. A. SMITH, «The Indian Travels of Apollonius of Tyana», *Zeits. d. Deutsch. Morgenl. Gesell.* 68 (1914), 329-344; E. STRAZZERI, *Apollonio di Tiana e la cronologia dei suoi viaggi,* Terranova, 1901.

6. La *Vida de Apolonio,* ¿novela o biografía?

G. ANDERSON, «Apollonius of Tyana as a Novel», resumen de ponencia, en *Erotica Antiqua. Actes of the international conference of the ancient novel,* Bangor, 1977, pág. 37; A. CHASSANG, *Histoire du roman et des rapports avec l'histoire dans l'antiquité grecque et latine,* Paris, 1862 (2." ed.); C. GARCÍA GUAL, *LOS Orígenes de la Novela,* Madrid, 1972; id., reseña a Lo CASCIO (cf. *infra),* en *Emerita* 45 (1977), 224-6; R. HELM, *Der antike Roman,* Berlín, 1948 (Gotinga, 1956); F. LEO, *Die griechisch-römische Biographie,* Leipzig, 1901; F. Lo CASCIO, *La forma letteraria della Vita di Apollonio Tianeo,* Palermo, 1974; A. PRIESSNIG, «Die literarische Form der spätantiken Philosophenromane», *Byz. Zeitsch.* 30 (1929-30), 23-30; id., «Die biographische Form der Plotinvita des Porphyrios und das Antoniosleben des Athanasius», *Byz. Zeitsch.* 64 (1971), 1-5; REARDON, *ob. cit.* en 1); E. ROHDE, *Der griechische Roman und seine Vorläufer,* Leipzig, 1876, 3." ed. de W. SCHMID, Leipzig, 1914 (reimp. Hildesheim, 1960).

7. Las digresiones y los discursos dentro de la *Vida:*

A. GIANNINI, *Paradoxographorum Graecorum reliquiae,* Milán, 1945; id., «Studi sulla paradossografia greca II», *Acmé* 17 (1964), 99-138; Lo CASCIO, *ob. cit.* en 6); REARDON, *ob. cit.* en 1); H. ROMMEL, *Die naturwiss.-paradoxogr. Excurse bei Philostratos, Heliodor und Achille Tatios,* Stuttgart, 1923; A. TRELOAR, «Aethiopians», *Prudentia* 4 (1972), 42-50.

8. Los milagros de Apolonio y su relación con la aretalogía y la hagiografía:

W. ALY, s. v. *Aretalogoi,* en PAULY-WISSOWA, *R. E.,* VI, supp. 1935, col. 13-15; P. COURCELLE, «Philostrate et Grégoire de Tours», *Mél. J. de Ghellinck* I (1951), págs. 311-319; A. EHRHARDT, «Emmaus, Romulus und Apollonius», *Fest. Klauser, Jb. AC, Erg. Bd. I,* Münster, 1964, 93-99; A. J. FESTUGIERE, «Une formule conclusive dans la prière antique», *Symb. Osl.* 28 (1950), 89-94; L. GIL, *Therapeia. La medicina popular en el mundo clásico,* Madrid, 1969; R. HERZOG, «Die Wundererheilungen von Epidauros. Ein Beitrag zur Geschichte der Medizin un der Religion», *Philologus,* Supp. vol. XXII (1931), 1-164; K. HOLL, «Die schriftstellerische Form des griechischen Heiligenlebens», *Neue Jahrb. f. das klass. Alt.* 15 (1912), 406427; H. C. KEE, «Aretalogy and Gospel», *Journ. Bibl. Lit.* 92 (1973), 402422; B. LAVAGNINI, S. V. *Aretalogia,* en *Enciclopedia Italiana,* ap. vol. I, 1938, pág. 144, luego en sus *Studi sul romanzo greco,* Florencia, 1950, 189 ss.; J. LIST, *Das Antoniusleben des Hl. Athanasius d. Gr., eine literarhistorische Studie zu den Anfängen der byzantinischen Hagiographie,* Atenas, 1930; V. LONGO, *Aretalogie nel mondo greco,* I, Genova, 1969; R. REITZENSTEIN, *Hellenistische Wundererzählungen,* Leipzig, 1906; O. WEINREICH, *Antike Heiligungswunder,* Giessen, 1909.

9. La posteridad: Apolonio y Cristo:

F. C. BAUR, «Apollonius von Tyana und Christus», *Tüb. Zeitsch. f. Theol.* 4 (1832).

DIVERGENCIAS RESPECTO A LA EDICIÓN TEUBNERIANA DE KAYSER

Pasaje	*Texto de Kayser*	*Lectura adoptada*
I 1	£Ur|OKr|TO	éimoKEÜTo (Richards)
III 32	t>u|5óXou	SuufioóXoü (Olearius)
III 41	KC(1 TÍ ¿tv	KOI(TOI, Sv (Conybeare)
IV 7	TOO *6vToq	TOO SEOVTOC, (Conybeare)
IV 11	Tiuóiv évóuif,EV	TIUSV <Í>VÓUOC£EV (Richards)
V 26	itóp 5É	ÍTCÚ Sé nop (Phillimore)
V 33	f]v uicucpóvoc,	f\v UT| uiai<t>óvo<; (Conybeare)
VI 13	ipEÓoooc.. «***	I|>EÚ&OOC, . . . (sin laguna)
VI 16	<]>CC[VOVTCU	<|>a(v<i>vTcu (Conybeare)
VII 18	u£uvr¡o9cu	UEUvf¡oecu (sin laguna)
VII 26	oü6év éoiKÓxa	oó&év ánEOiKÓxa (Mss. p, u, o, t)
VII 28	PCKJIXEÚC/ AtXiavoB Sé TaG-TO átujicoévai 6OKEI».	paaiXeú?.» AtXtavoG 6E TaOra áKTiKoévai ¿&ó-KEI. (Conybeare)
VII 42	yEymuvaaévot	YEYXUUUEVOI (Conybeare)
VIH 20	atxtocv TÓ 6é "AvOiov 'IT «-XSv TSV énl SaXáTTj)	crtTtav. (Jones)
VIII 25	áSEXifi'iv	á6£X<¡>i5r]v (Grosso)
VIII 25	f|uépavTOO	fjuépccv itpó TOC (Grosso)
VIII 30	OTEÍXE.» oíov t9l ¿K TTJC, Yñc. fivo>.	OTEÍXE.» (Jones)

DIVERGENCIAS RESPECTO A LA EDICIÓN TEUBNERIANA DE KAYSER

Pasaje	*Texto de Kayser*	*Lectura adoptada*
I 1	ἐπήσκητο	ἐπησκεῖτο (Richards)
III 32	ξυμβόλου	ξυμβούλου (Olearius)
III 41	καὶ τί ἄν	καί τοι, ἄν (Conybeare)
IV 7	τοῦ *όντος	τοῦ δέοντος (Conybeare)
IV 11	τιμᾶν ἐνόμιζεν	τιμῶν ὠνόμαζεν (Richards)
V 26	πῦρ δὲ	ἴτω δὲ πῦρ (Phillimore)
V 33	ἦν μιαιφόνος	ἦν μὴ μιαιφόνος (Conybeare)
VI 13	ψεύδους. «***	ψεύδους... (sin laguna)
VI 16	φαίνονται	φαίνωνται (Conybeare)
VII 18	μεμνῆσθαι	μεμνῆσθαι (sin laguna)
VII 26	οὐδὲν ἐοικότα	οὐδὲν ἀπεοικότα (Mss. p, u, o, t)
VII 28	βασιλεύς· Αἰλιανοῦ δὲ ταῦτα ἀκηκοέναι δοκεῖ».	βασιλεύς.» Αἰλιανοῦ δὲ ταῦτα ἀκηκοέναι ἐδόκει. (Conybeare)
VII 42	γεγυμνασένοι	γεγλυμμένοι (Conybeare)
VIII 20	αἰτίαν τὸ δὲ Ἄνθιον Ἰταλῶν τῶν ἐπὶ θαλάττῃ	αἰτίαν. (Jones)
VIII 25	ἀδελφήν	ἀδελφιδῆν (Grosso)
VIII 25	ἡμέραν τοῦ	ἡμέραν πρὸ τοῦ (Grosso)
VIII 30	στεῖχε.» οἷον· ἴθι ἐκ τῆς γῆς ἄνω.	στεῖχε.» (Jones)

LIBRO I

SINOPSIS

Apolonio, un sabio pitagórico (1-2).
Fuentes de la obra (3).
Nacimiento y educación de Apolonio (4-8).
Primeras actividades y discusiones de Apolonio (9-12).
Preparación para una vida ascética (13-15).
Estancia en Antioquía (16-17).
Planea un viaje a la India (18).
Viaje por Mesopotamia: Damis (19-22).
Los eretrios deportados en Cisia (23-24).
Babilonia y los Magos (25-26).
Llegada a Babilonia (27-28).
Entrevistas de Apolonio y Vardanes (29-33).
Discusiones con Damis: los eunucos, la pobreza (33-34).
Petición sobre los eretrios (35).
El eunuco enamorado (36).
Consejos a Vardanes (37-39).
Despedida del rey (40).

Apolonio, un sabio pitagórico

Los devotos de Pitágoras de Samos[1] 1
dicen de él lo siguiente: que no fue realmente jonio, sino que en tiempos había sido Euforbo en Troya y había vuelto a la vida después de muerto, pero que había muerto conforme a los poemas homéricos[2]; que los vestidos hechos de reses muertas los repudiaba y que se mantenía puro de todo alimento que hubiese estado animado y de los sacrificios cruentos; que en efecto no ensangrentaba los altares, sino que el pastel de miel, el incienso y el entonar himnos era lo que llegaba regularmente a los dioses de parte de aquel hombre; que sabía que los dioses acogían con más agrado cosas de esa índole que las hecatombes y el cuchillo sobre la cesta, y ello porque mantenía relaciones con los dioses. Asimismo, que aprendía de ellos con qué se sienten agradecidos a los hombres y con qué los aborrecen, a partir de lo cual formaba su concepto de la naturaleza; que los demás hacen conjetu-

[1] Creador de la escuela pitagórica, cuya vida se sitúa en el siglo VI a. C., aun cuando aparece, ya desde los mismos orígenes del pitagoreísmo, envuelta en leyendas. Cf. la introducción de C. EGGERS LAN, en *Los filósofos presocráticos*, I, «Bibl. Clás. Gredos», Madrid, 1978, págs. 147 sigs.

[2] La muerte de Euforbo se narra en *Ilíada* XVII 43-60. Filóstrato alude a la teoría pitagórica de la transmigración de las almas. A este respecto, Heráclides del Ponto (en DIÓGENES LAERCIO, VIII 4-5, recogido en H. DIELS y W. KRANZ, *Die Fragmente der Vorsokratiker*, Berlín, 1934[5], 14.8) refiere que Pitágoras, por un don de Hermes, recordaba las cuatro encarnaciones que habían precedido a la suya: Etálidas, Euforbo, Hermotimo y Pirro.

ras sobre la divinidad y aventuran opiniones divergentes unas con otras sobre el tema, pero que a él se le había presentado Apolo haciéndole saber que era él, además de que habían tenido relación con él, sin haber dado a conocer su identidad, Atenea, las Musas y otros dioses, cuyas figuras y nombres no son aún conocidos por los hombres.

Lo que Pitágoras reveló, lo consideraban como ley sus discípulos y lo honraban como a un emisario de Zeus, y entre ellos se guardaba silencio acerca de lo divino[3]. En efecto oían muchas cosas divinas y secretas que eran difíciles de guardar para quienes no aprendían previamente que incluso el silencio es un modo de hablar.

Dicen también que Empédocles de Acragante[4] se encaminaba por esta sabiduría, pues aquello de:

> *Alegraos: yo llegué a ser para vosotros un dios inmortal, ya no un mortal*[5]

y

> *Pues en tiempos yo he sido ya muchacha y muchacho*[6]

---

[3] Pitágoras fundó en Crotona una especie de comunidad de carácter religioso-político, a la vez que filosófico, cuyos discípulos se veían obligados a una serie de reglas de comportamiento (entre las cuales se cuentan las aquí reseñadas), siendo la obligación de guardar secreto sobre las enseñanzas de la comunidad una de las más severas (cf. PORFIRIO, *Vida de Pitágoras* 19, en DIELS-KRANZ 14.8a), razón por la cual no existen escritos claramente pitagóricos de fecha antigua y estamos mal informados sobre las actividades y primitivo carácter de dicha comunidad.

[4] Poeta filósofo del siglo V a. C., autor de dos poemas en hexámetros de los que conservamos fragmentos extensos.

[5] *Fragmento* 112 DIELS-KRANZ.

[6] *Fragmento* 117 DIELS-KRANZ. Está muy claro por estos y otros fragmentos conservados que Empédocles creía en la existencia de una serie de estadios en la transmigración de las almas, cf. G. S. KIRK y J. E. RAVEN, *Los filósofos presocráticos*, trad. de J. GARCÍA FERNÁNDEZ, Madrid, 1969, págs. 490-6.

y el buey de Olimpia que, según dicen, hizo de pastel y sacrificó[7], serían cosas propias de un devoto de las ideas de Pitágoras.

Muchas otras cosas se cuentan acerca de los que practican la filosofía al modo de Pitágoras, pero no es conveniente que yo las toque ahora, ansioso como estoy de proseguir la historia que me he propuesto llevar a término.

A Apolonio, en efecto, aunque se ocupaba en prácticas 2
hermanas de éstas y se aproximaba a la sabiduría de modo más divino que Pitágoras por su desprecio por las tiranías, y a pesar de haber nacido en tiempos ni antiguos ni tampoco recientes, los hombres no lo conocen aún por su verdadera sabiduría, que practicaba de manera filosófica y sana, sino que el uno alaba a ese hombre por una cosa, el otro, por otra; otros, por el hecho de haber tenido relación con los Magos de Babilonia, los Brahmanes de la India y los Gimnosofistas[8] de Egipto, lo consideran un mago y lo calumnian como

---

[7] Diógenes Laercio, VIII 53, citando como fuente las *Memorabilia* de Favorino, nos cuenta que Empédocles, tras haber vencido en una prueba de los Juegos Olímpicos, en lugar de inmolar el acostumbrado buey, ofreció a los delegados de la ciudad una figurilla de miel y harina en forma de buey. Ateneo, 3e, nos ofrece otra variante, según la cual, como Empédocles era pitagórico y, por tanto, se abstenía de los sacrificios cruentos, ofreció un buey de incienso y especias.

[8] Con este nombre (que quiere decir «sabios desnudos») conocen los griegos a los faquires hindúes, cuyo ascetismo fue muy celebrado por ellos a partir de las informaciones de Onesicrito y Nearco, cf. las referencias de Arriano, *Anábasis* VII 1, 5; Pseudo-Calístenes, *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia* III 5, etc., y modernamente, G. Zuntz, «Zu Alexanders Gespräch mit den Gymnosophisten», *Hermes* 87 (1959), 436-440, y F. Pfister, «Das Nachleben der Überlieferung von Alexander und den Brahmanen», *Hermes* 76 (1941), 143-168, *Der Kleine Pauly*, s. v. *Gymnosophisten.* Sabemos asimismo que en Etiopía había también ascetas, cuya sabiduría se estimaba que había inspirado a Pitágoras.

a un intruso entre los sabios, por lo mal que lo conocen. Porque Empédocles, el propio Pitágoras y Demócrito[9], que convivieron con magos y dijeron muchas verdades sobrenaturales, nunca se sintieron atraídos por este arte. Y Platón, que fue a Egipto[10] y que entremezcló muchas cosas de los profetas y sacerdotes de allí con sus propias teorías y que, como un pintor, dio colores a lo que ya había perfilado, jamás ha sido tomado por un mago, aun cuando se le haya envidiado más que a ningún hombre por su sabiduría.

Así tampoco el hecho de haber presentido y previsto muchas cosas podría incluir a Apolonio en este tipo de sabiduría, a no ser que incluyamos también a Sócrates por lo que preveía mediante su demon[11] y a Anaxágoras[12] por las predicciones que hacía. Efectivamente, ¿quién no sabe que Anaxágoras en Olimpia, cuando no llovía en absoluto, se presentó en el estadio cubierto por una zalea, como una predicción de lluvia,

---

[9] Demócrito de Abdera, filósofo del siglo V a. C., que continuó y desarrolló la teoría atomista de Leucipo y autor de un gran número de obras filosóficas sobre los más variados temas, de las que nos quedan escasos fragmentos, predominantemente de los escritos de ética.

[10] Los testimonios de este supuesto viaje de Platón son numerosos, pero tardíos, siendo los primeros de CICERÓN, *De la República* I 16, *Definiciones del bien y del mal en sí* V 87, razón por la que, con excepción de algunos autores, como U. VON WILAMOWITZ en su *Platón*, 2 vols., Berlín, 1920, se considera esta tradición, de igual modo que otra de un viaje suyo a la India, como intentos posteriores de relacionar la filosofía platónica con Oriente. El propio Platón, en su autobiográfica *Carta Séptima* no dice una palabra respecto a este viaje, lo cual es altamente significativo.

[11] Sócrates asegura repetidas veces en la *Apología* y el *Critón* platónicos tener contacto con lo divino a través de un demon que le advertía de lo que no debía hacer, a modo de una «voz de la conciencia»; cf. el excelente análisis del tema debido a A. TOVAR, *Vida de Sócrates*, Madrid, 1947, págs. 223-236.

[12] Anaxágoras de Clazómenas, filósofo del siglo V a. C.

y que al predecir que una casa iba a caerse no se engañó, porque cayó, y que cuanto vaticinó: que se iba a hacer de noche en medio del día y que iban a caer piedras del cielo por la región de Egospótamos, fue cierto?[13]. Y mientras atribuyen estos hechos a la sabiduría de Anaxágoras, le restan a Apolonio la posibilidad de conocer de antemano por su sabiduría y dicen que lo que hizo fue por arte de magia.

Por consiguiente, me parece que no debo ver con indiferencia la ignorancia de la gente, sino dar una visión exacta de ese hombre en los momentos en los que dijo o hizo cada cosa y las particularidades de su sabiduría por las que acabó por ser considerado sobrenatural y divino. He recogido la información, en parte de cuantas ciudades lo amaban, en parte de cuantos templos se vieron restaurados por él cuando ya habían caído en desuso sus ritos, en parte de lo que dijeron otros acerca de él, en parte de sus propias cartas[14]. Él sostuvo correspondencia con reyes, sofistas, filósofos, eleos, délficos, indios y egipcios, sobre los dioses, las costumbres, los principios morales y las leyes, y en sus cartas enmendaba aquello en lo que se erraba. Pero lo más preciso que pude reunir fue lo siguiente:

---

[13] Este testimonio de Filóstrato está recogido por DIELS-KRANZ entre los de Anaxágoras, como A 6. Las «piedras» (meteoritos) cayeron sobre Egospótamos, según el *Marmor Parium*, en el año 468/7 a. C. DIÓGENES LAERCIO, II 10, menciona, además de la caída de las piedras, la zalea de Olimpia. Todo lo referido por Filóstrato aquí forma parte, por tanto, del anecdotario tradicional y típico del filósofo.

[14] Sobre las *Cartas* atribuidas a Apolonio de Tiana, cf. la *Introducción* § 3.

Fuentes de la obra

3 Fue Damis[15] un hombre en modo alguno ignorante, que vivió en tiempos en la antigua Nínive. Éste, unido a Apolonio en su quehacer intelectual, hizo un relato de sus viajes, en los que afirma haber tomado parte él mismo, así como de sus opiniones, discursos y de cuanto dijo como profecía. Un pariente de Damis puso en conocimiento de la emperatriz Julia[16] las tablillas de estas memorias, hasta entonces desconocidas. Y a mí, que pertenecía a su círculo[17] (puesto que ella elogiaba y admiraba todos los discursos retóricos) me encargó que volviera a redactar estos ensayos y me ocupara de su publicación, pues el de Nínive había hecho su narración de un modo claro, pero desmañado. Dispuse también del libro de Máximo de Egas, que reúne todo lo de Apolonio en Egas. Además Apolonio dejó escrito un testamento por el que se puede saber cuán divinamente inspirado llegó a estar respecto a la filosofía. A Merágenes sin duda no hay que recurrir; pues aunque compuso sobre Apolonio cuatro libros, ignoró muchas cosas sobre nuestro hombre.

Por consiguiente, cómo reuní esta información dispersa y cómo me apliqué a organizarla, queda dicho. Procure mi obra gloria al hombre sobre el que hice mi composición y utilidad a los amantes de aprender, pues seguramente podrían aprender lo que aún no saben.

---

[15] Sobre Damis y las discusiones sobre su existencia y autenticidad de su escrito, cf. la *Introducción* § 4.

[16] Julia Domna, esposa de Septimio Severo, emperador desde el 193 al 211 d. C. La emperatriz se suicidó en el 217, probablemente antes de que Filóstrato diera fin a su obra.

[17] Sobre el círculo de Julia Domna, cf. *Introducción* § 2; asimismo, sobre Máximo de Egas y Merágenes, citados a continuación como fuentes, cf. § 4.

Nacimiento y educación de Apolonio

Pues bien, la patria de Apolonio fue Tiana[18], ciudad griega en la región de los capadocios. Su padre tenía el mismo nombre; su familia era antigua y descendiente en línea directa de los fundadores; su fortuna, por encima de los de allí, y eso que la región es rica. A su madre, cuando se hallaba encinta de él, le vino la aparición de un demon egipcio; era Proteo, el que en Homero cambia de forma[19]. Ella, sin ningún temor, le preguntó qué iba a dar a luz. Y él le dijo: 4

—A mí.

—Y tú, ¿quién eres? —replicó ella.

—Proteo —dijo—, el dios egipcio.

De cómo llegó a ser Proteo en sabiduría, ¡qué podría explicarles yo a quienes prestan oídos a los poetas, qué versátil era, diferente cada vez y demasiado hábil para ser capturado y cómo tenía la reputación de conocerlo y preverlo todo! Es necesario conservar el recuerdo de Proteo, especialmente cuando el relato en su transcurso demuestre que este hombre era mejor profeta que Proteo y llegó a ser triunfador de muchas dificultades y situaciones irremediables en el punto en el que se hallaba más acosado.

---

[18] Tiana es una ciudad de Capadocia, al pie del Tauro, en la ruta de Tarso, la actual Kilissa-Hissar, cerca de Niğde.

[19] Proteo es una deidad marina de escasa resonancia en la mitología griega, cuyo nombre deriva de la alteración del egipcio *Pir-o-iti* «su majestad, el rey». La capacidad de cambiar de forma es en esta mitología atributo corriente de las criaturas del mar, como por ejemplo Nereo y Tetis. La referencia a Homero lo es a *Odisea* IV 417-8, en donde Menelao dice a Telémaco que Proteo «intentará tornarse en todos los reptiles que hay sobre la tierra, así como en agua y en violento fuego». Pese a la importancia concedida a Proteo en esta especie de «anunciación» que nos presenta Filóstrato, no se vuelve a hablar de este tema en todo el resto de la obra.

5 Se dice que le dieron el ser en un prado, cerca del que ahora se alza un fastuoso templo a él dedicado[20]. Que no se ignore tampoco el modo en que nació. A su madre, cuando llegaba al momento del parto, le vino un sueño: que fuera al prado y cogiese flores. Y al llegar allí, sus siervas se dedicaron a las flores, dispersas por el prado, y ella se entregó al sueño, tendida en la hierba. Entonces, unos cisnes a los que el prado criaba, formaron corro en torno suyo mientras dormía y, levantando las alas como tenían por costumbre, hicieron ruido a la vez, mientras corría una ligera brisa sobre el prado. Y ella se incorporó de un salto, por el canto, y parió. Capaz es cualquier susto de provocar un parto, incluso antes de tiempo. Los lugareños afirman que en el momento en que paría, un rayo que parecía que iba a caer sobre la tierra se remontó al éter y desapareció en lo alto, revelando y anunciando de antemano los dioses, creo, su esplendor por encima de todo lo terreno, su proximidad a los dioses y de qué talla iba a ser este hombre.

6 Hay cerca de Tiana unas aguas consagradas a Zeus el de los Juramentos, según dicen, y las llaman el Asbameo[21]. De ellas brota un manantial frío, pero que bulle como un caldero puesto a calentar. Esa agua, para quienes mantienen sus juramentos, es grata y placentera, pero para los perjuros, un castigo inmediato, pues les ataca a los ojos, a las manos y a los pies; son presa de hidropesías y tisis y ni siquiera alejarse les es posible, sino que se quedan allí y se lamentan junto al agua, confesando lo que perjuraron. Los lugareños

---

[20] Efectivamente, en el año 215 el emperador Caracalla, de paso por Capadocia, se detuvo en Tiana y ordenó erigir un templo en honor de Apolonio, cf. DIÓN CASIO, LXXVIII 18, 4.

[21] Todo este capítulo 6 es una repetición casi textual de la referencia al Asbameo que encontramos en ARISTÓTELES, *Maravillas* 152 (845b33 sigs.).

afirman incluso que Apolonio fue hijo de Zeus, pero él se refería a sí mismo como hijo de Apolonio.

Al llegar a la edad de las letras, mostró gran capacidad de memoria y poder de aplicación. Su lengua era el ático y no se alteraba su acento a causa de su región de origen. Todos los ojos se volvían hacia él, pues era admirable por la flor de su edad. A los catorce años lo lleva su padre a Tarso, junto a Eutidemo de Fenicia. Eutidemo era un buen retor; le enseñaba y él apreciaba a su maestro, pero el ambiente de la ciudad[22] le parecía extravagante y no adecuado para practicar la filosofía. En ninguna parte, en efecto, son más aficionados a la molicie, todos ellos frívolos e insolentes, y se consagran más al lienzo fino que los atenienses a la sabiduría. Un río pasa a través de la ciudad, el Cidno, a cuya orilla se sientan como las aves acuáticas; por ello Apolonio les dijo en una carta eso de: «dejad de embriagaros con agua». 7

Cambió, pues, de maestro, autorizado por su padre, en Egas[23], cerca de allí, donde había una tranquilidad apropiada para el que va a dedicarse a la filosofía y aficiones más propias de jóvenes, así como un templo de Asclepio y el propio Asclepio manifiesto a los hombres[24]. Allí se dedicaban con él a la filosofía platónicos,

---

[22] Sobre Eutidemo estamos escasamente informados. En cuanto al ambiente de la ciudad, ESTRABÓN, *Geografía* XIV 5, 13, describe Tarso como un centro de educación, superior incluso en escuelas filosóficas a Atenas y Alejandría en su tiempo, pero añade que no resultaba frecuente que permanecieran mucho tiempo allí los foráneos, ni tampoco los propios habitantes, una vez acabada su educación.

[23] Puerto de mar de Cilicia en el que se alzaba un templo de Asclepio que probablemente era un centro de instrucción de sofistas. La ciudad fue cuna de algunos de ellos, como Antíoco y Máximo, citado éste en I 3.

[24] Lo que quiere decir Filóstrato es que, como en los demás santuarios de Asclepio (el más famoso de los cuales fue en la antigüedad el de Epidauro), el propio dios se aparecía en sueños

crisipianos y los del Perípato. Oyó también las doctrinas de Epicuro, pues no las menospreciaba; pero fue a las pitagóricas a las que se aplicó con una indecible sabiduría [25].

Su maestro de las doctrinas pitagóricas, con todo, no era demasiado serio ni practicaba una filosofía activa, sino que estaba dominado por su vientre y por el sexo y se modelaba sobre Epicuro. Era Éuxeno de Heraclea [26] en el Ponto; y conocía las opiniones de Pitágoras como las aves lo que aprenden de los hombres, pues las aves te desean eso de «salud» y «qué lo pases bien» y «Zeus te sea favorable» y cosas por el estilo, no por saber lo que dicen ni por simpatizar con los hombres, sino por tener adiestrada la lengua para unos movimientos fijos. Así como las crías de las águilas en el período de debilidad de sus alas vuelan junto a sus progenitores, adiestradas por ellos en el vuelo, pero cuando son capaces de remontarse sobrevuelan a sus padres, especialmente si se dan cuenta de que son glotones y vuelan cerca de tierra por el olor de la grasa, así también Apolonio atendió a Éuxeno de niño, y se dejaba guiar por él en el curso de la argumentación, pero al llegar a los dieciséis años se

---

a quienes acudían al templo en busca de curación o solución a sus males.

[25] El párrafo anterior es un verdadero catálogo de las escuelas filosóficas vivas en la época: los neoplatónicos, los estoicos (llamados aquí crisipianos, esto es, discípulos de Crisipo, filósofo de Cilicia, del siglo III a. C., y director de la Estoa a la muerte de su maestro, Cleantes); el Perípato, escuela derivada de Aristóteles y Teofrasto, llamada así por la columnata en la que los filósofos discutían; los discípulos de Epicuro, filósofo ateniense de los siglos IV-III a. C., y los pitagóricos. Pese a que es esta última doctrina la que Apolonio practica, no dejan de observarse en su filosofía algunos ecos de estoicismo.

[26] Sabemos poquísimo de Éuxeno de Heraclea, cf. E. WELLMANN en PAULY-WISSOWA, *R. E.*, s. v. *Euxenos*.

elevó hacia la vida de Pitágoras, dotado de alas para ello por algo más poderoso.

No obstante, no dejó de apreciar a Éuxeno, sino que, después de pedirle a su padre para él una casa en las afueras donde había suaves jardines y fuentes, le dijo:

—Tú vive a tu manera, que yo viviré como Pitágoras.

Al darse cuenta Éuxeno de que éste había empren- 8
dido un elevado propósito y al preguntarle por dónde iba a comenzar, Apolonio dijo:

—Precisamente por donde los médicos. Pues ellos, purgando los vientres, a unos no los dejan enfermar y a otros los curan.

Dicho esto, repudió los alimentos animados, como no puros y espesadores de la mente. Tomaba frutos secos y legumbres, afirmando que es puro cuanto da la propia tierra. También el vino decía que es una bebida pura por venirles a los hombres de una planta tan bien cultivada, pero que es contrario a la composición de la mente, por oscurecer el éter que hay en el alma.

Después de realizada tal purgación de su vientre, hace del ir descalzo su adorno y se cubre con prendas de lino, rechazando las de animales. Se dejó crecer la cabellera y se fue a vivir al templo. Asombrados ante él los habitantes del templo, y habiéndole declarado un día Asclepio al sacerdote que se alegraba de curar a los enfermos teniendo a Apolonio por testigo, se congregaban en Egas para conocerlo los propios cilicios y los de los alrededores. El dicho de Cilicia «¿A dónde vas, acaso hacia el efebo?» se decía por él y alcanzó categoría de proverbio.

9 *Primeras actividades y discusiones de Apolonio*

Merece la pena no pasar por alto lo ocurrido en el templo, dado que mi narración es acerca de la vida de un hombre que gozaba de estima entre los dioses. Pues bien, un jovencito asirio que llegó junto a Asclepio llevaba una vida desordenada, aunque estaba enfermo, y vivía, o más bien moría, en la bebida. Padecía de hidropesía y, disfrutando con la embriaguez, se despreocupaba de la sequedad. Se despreocupaba también de él Asclepio por eso mismo y no lo visitaba ni un sueño.

Una vez que se quejaba de ello, el dios, presentándosele, le dijo:

—Si hablas con Apolonio te sentirás mejor.

Llegándose, por consiguiente, a Apolonio, le dijo:

—¿En qué podría beneficiarme yo de tu sabiduría? Pues Asclepio me encarga que trate contigo.

—En lo que va a serte mucho más valioso en la presente situación —dijo él—. ¿Deseas, pues, buena salud?

—Sí, por Zeus —contestó—, la que Asclepio me promete, pero no me concede.

—¡Guarda un silencio piadoso! —dijo—. Porque se la concede a quienes la quieren, pero tú haces lo contrario de lo conveniente para tu enfermedad, pues, entregado al placer, acumulas bocados exquisitos en tus empapadas y estropeadas entrañas y encenagas el agua con barro.

Esta fue la profecía que vaticinó, más clara, según creo, que la sabiduría de Heráclito[27], pues éste dijo,

---

[27] Filósofo de Éfeso, de finales del siglo VI y principios del V a. C., en torno al cual se tejió una enmarañada ficción biográfica, basada en su mayoría en sus propias expresiones, ridiculizadas c malentendidas (a lo cual contribuyó no poco la oscuridad de sus formulaciones). La anécdota aquí referida tiene su origen en el fragmento 36 DIELS-KRANZ, en el que dice que «para

cuando le sobrevino ese mal precisamente, que necesitaba a alguien que transformara en sequedad la lluvia, con lo que decía cosas no bien comprensibles ni claras, pero éste en cambio le devolvió la salud al jovencito, ofreciéndole, de un modo claro, sabias interpretaciones.

Al ver un día una copiosa cantidad de sangre en 10
el altar y las víctimas que sobre el altar yacían, unos bueyes egipcios y unos grandes cerdos que habían sido sacrificados, así como a unos que las estaban desollando y a otros que las despedazaban, y dos vasos consagrados, de oro y con piedras preciosas de las más legítimas de la India y admirables, acercándose al sacerdote, le dijo:

—¿Qué es esto? Alguien en efecto quiere agradar espléndidamente al dios.

—Más te vas a asombrar —contestó—, porque vino sin haber hecho nunca una súplica aquí, ni habernos frecuentado tanto tiempo como los demás, ni haber sanado por obra del dios ni conseguido lo que había pedido. En efecto, parece que llegó ayer y hace el sacrificio con esa prodigalidad. Dice que hará más sacrificios y más ofrendas si Asclepio lo atiende. Es uno de los más ricos. Ha conseguido, en efecto, en Cilicia una fortuna mayor que todos los cilicios juntos. Le suplica al dios que le devuelva uno de sus ojos, que se le ha desgraciado.

Y Apolonio, como sería de anciano su costumbre, manteniendo los ojos fijos en tierra, preguntó:

—¿Cuál es su nombre?

---

las almas es muerte convertirse en agua», idea que se basa en su creencia de que la naturaleza del alma es ígnea. De ahí surgió la peregrina afirmación de que Heráclito murió de hidropesía, y así ya Diógenes Laercio, IX 3, cuenta que, convertido en hidrópico, le preguntaba a los médicos en enigmas si podían transformar en sequedad la lluvia, con lo que no logró que lo entendieran y acabó muriendo de la enfermedad.

Y cuando lo oyó dijo:

—Me parece, sacerdote, que a ese hombre no debe acogérsele en el templo, porque el que nos llega es un malvado y ha contraído el padecimiento por conductas no honradas. Eso mismo de hacer sacrificios espléndidos antes de haber obtenido algo del dios no es propio de quien hace un sacrificio, sino de quien trata de que se le perdonen acciones criminales y perversas.

Eso fue lo que dijo Apolonio. Y Asclepio, apareciéndosele de noche al sacerdote, le dijo:

—Que se marche Fulano con lo suyo, pues no es digno ni de conservar el otro ojo.

En efecto, según informaciones del sacerdote acerca del hombre, aquel cilicio había tenido una mujer que tenía una hija de un matrimonio anterior, pero él se había enamorado de la muchacha y mantenía relaciones con ella descaradamente y sin ocultarlo. Habiéndolos sorprendido, pues, la madre en el lecho, a ella le sacó los dos ojos, y a él uno de ellos, atravesándoselos con el alfiler de un broche.

11 Respecto a que no se excediera la medida al hacer sacrificios u ofrendas, lo razonó de la siguiente forma. Una vez que había acudido bastante gente al templo, recién expulsado el cilicio, le dirigió al sacerdote las siguientes preguntas:

—¿Son los dioses justos?

—Los más justos, por supuesto —dijo.

—Muy bien, ¿y sabios?

—¿Qué podría ser más sabio que la divinidad? —contestó.

—¿Y los asuntos de los hombres? ¿Los conocen o son ignorantes acerca de ellos?

—Precisamente en eso —respondió— es en lo que más superan los dioses a los hombres. En que éstos, por su incapacidad, no saben ni siquiera lo que les concier-

ne, mientras que a aquéllos les es dado conocer lo que les concierne a éstos y a sí mismos.

—Todo eso —dijo— es excelente, sacerdote, y muy cierto. Así pues, dado que lo saben todo, me parece que el que llega a la morada del dios y tiene buena conciencia de sí mismo debe dirigirle la siguiente plegaria: «dioses, concededme lo debido», pues debido les es seguramente a las personas puras, lo bueno, sacerdote, y a los malos, lo contrario. Y los dioses que, por supuesto, obran con rectitud, al que hallan sano y sin herir por el vicio, lo envían con seguridad por este camino, tras coronarle, no con coronas de oro, sino con todos los bienes, pero al que ven manchado y corrompido por completo, lo abandonan a su suerte, demostrándoles su irritación en tanto en cuanto se atrevieron incluso a frecuentar los templos sin estar puros.

Y mientras dirigía su mirada a Asclepio añadió:

—Practicas, Asclepio, una filosofía secreta y congénita contigo, al no permitirles a los malvados que lleguen hasta aquí, ni aunque te traigan todo lo de la India y Sardes. Pues no hacen esos sacrificios ni cuelgan sus exvotos por honrar a la divinidad, sino por comprar un castigo del que no les dispensaréis, puesto que sois los más justos.

Muchas cosas de este estilo filosofaba en el templo aún en su primera juventud.

También esto es de su estancia en Egas. Gobernaba 12
a los cilicios un hombre soberbio y pervertido en lo amoroso. Hasta él llegó la fama de la juvenil belleza de Apolonio, y mandando a paseo los asuntos en los que se ocupaba —estaba presidiendo una audiencia en Tarso—, se puso en camino hacia Egas, diciendo que estaba enfermo y que necesitaba a Asclepio. Así que llegándose junto a Apolonio cuando paseaba solo, le dijo:

—Recomiéndame al dios.

Y él le dijo, como contestación:

—¿Por qué necesitas de alguien que te recomiende, si eres un hombre de bien? Pues a las personas virtuosas las aprecian los dioses, incluso sin intercesores.

—¡Por Zeus, Apolonio! —dijo—. Porque el dios te ha hecho su huésped, pero a mí todavía no.

—Pero a mí —contestó— la hombría de bien me sirvió de intercesora y, practicándola en la medida en que le es posible a un joven, soy servidor de Asclepio y su compañero. Si a ti también te preocupa la hombría de bien, ve animoso junto al dios y pídele lo que quieras.

—Sí, por Zeus —contestó—, si te pido a ti primero una cosa.

—¿Y qué podrías pedirme? —le dijo.

—Lo que debe pedírseles a los muchachos hermosos —contestó—. Les pedimos que nos dejen participar de su hermosura y no nieguen su juvenil belleza —dijo, poniéndose lánguido y con la mirada húmeda y el contorneo propio de las personas tan lascivas e infames como él.

Pero Apolonio, mirándolo torvamente, le dijo:

—Estás loco, basura.

Y cuando el otro no solamente se encolerizó al oírlo, sino que incluso lo amenazó con cortarle la cabeza, Apolonio le gritó, echándose a reír:

—¡Eso será tal día! —era precisamente tres días después de aquél en que los esclavos públicos ejecutaron junto al camino a aquel soberbio, por haber conspirado con Arquelao [28], el rey de Capadocia, contra los romanos.

---

[28] Nombrado rey por Marco Antonio, Arquelao se congració con Octavio después de la batalla de Accio, y éste lo confirmó en el cargo, pese a lo cual no dejó de provocar conflictos con el imperio en época de Augusto y luego con Tiberio, hasta su muerte, en el 17 d. C., tras la que Capadocia se convirtió en provincia romana.

Esas y muchas cosas por el estilo han quedado narradas por Máximo de Egas, que fue juzgado digno de ser uno de los secretarios del emperador, prestigioso como era en la oratoria.

Preparación para una vida ascética

Cuando oyó decir que su padre había muerto, fue corriendo a Tiana y lo sepultó con sus propias manos junto al sepulcro de su madre, pues también ella había muerto no hacía mucho. Su fortuna, que era considerable, la repartió con su hermano, que era un libertino y dado a la bebida. Tenía veintitrés años, una edad como para no necesitar tutor. Él, en cambio, tenía veinte y las leyes lo sometían a tutores. Así pues, tras haber pasado de nuevo una temporada en Egas y haber hecho del templo un Liceo y una Academia, pues en él se hallaba el eco de toda la filosofía, regresó a Tiana, un hombre ya y dueño de lo suyo. 13

Una vez que alguien le dijo que debía inculcarle sensatez a su hermano y hacerle cambiar de costumbres, dijo:

—Eso parecerá arrogante, pues ¿cómo yo, un joven, podría inculcarle sensatez a alguien mayor que yo? Pero en lo que me sea posible lo sanaré de esas pasiones.

Le da entonces la mitad de su propia parte, diciéndole que su hermano necesitaba más y él poco, así que, ganando ascendiente sobre él e instándolo hábilmente a que se dejara persuadir por quien intentaba hacerlo sensato, dijo:

—Nuestro padre, que nos educaba y nos reprendía, nos ha dejado. A mí sólo me quedas tú y por supuesto a ti sólo yo. Por tanto, si yerro en algo, sé mi consejero y cúrame de mis faltas y si tú erraras en algo déjate enseñar.

Y como los que tienen que habérselas con caballos rebeldes e indómitos, lo condujo a la persuasión y lo reformó de sus faltas que eran muchas, pues estaba dominado por los dados y el vino, rondaba a las prostitutas y se ufanaba de su cabellera, que incluso adornaba con tintes, contoneándose y caminando petulantemente.

Cuando lo de su hermano estaba arreglado, se dedicó a sus demás parientes y se ganó a los que estaban necesitados con el resto de su hacienda, dejando sólo un poco para sí. Decía que verdaderamente, cuando Anaxágoras de Clazómenas les dejó sus bienes a los bueyes y carneros [29], había practicado una filosofía para animales más que para hombres, y que Crates de Tebas [30], al echar su fortuna al mar, no había resultado provechoso ni a los hombres ni al ganado. Y como se elogiaba a Pitágoras por la frase que decía acerca de que no se debían tener relaciones con otra mujer que la propia, afirmaba que eso lo había dicho Pitágoras para otros, pero que él ni se casaría ni entablaría nunca relaciones sexuales, aventajando también al ejemplo de Sófocles. Porque éste dijo que se había librado al llegar a la vejez de un amo enloquecido y salvaje [31], pero

---

[29] PLUTARCO, en *Pericles* 16 y *Moralia* 831f, refiere que Anaxágoras, llevado por su entusiasmo por la filosofía, había dejado su heredad sin cultivar, por lo que acabó por convertirse en pastos. Este y otros testimonios coinciden en darnos una imagen de Anaxágoras como cultivador de un *bíos theōrētikós*, una vida despreocupada de los bienes terrenos, cf. por ejemplo PLATÓN, *Hipias Mayor* 283a.

[30] Filósofo cínico del siglo IV a. C. Hay testimonios de que entregó sus bienes, según DIÓGENES LAERCIO, VI 87, a sus conciudadanos, y según el *Suda*, s. v. *Krates*, a un banquero, para que lo diera al pueblo, si sus hijos eran filósofos, y si no, a sus hijos. El *Suda* recoge asimismo la versión de Filóstrato, según la cual arrojó su fortuna al mar.

[31] La frase atribuida a Sófocles aparece citada por PLATÓN, *República* 329c, y CICERÓN, *De la Vejez* 47. Filóstrato vuelve a aludir a ella asimismo en esta misma obra (VII 31).

él, por su virtud y moderación, ni siquiera en la adolescencia se había dejado someter por él, sino que, incluso cuando era joven y pleno de vigor, su cuerpo vencía y dominaba la locura. Pero, no obstante, algunos lo calumniaban respecto a las relaciones sexuales en la suposición de que había sufrido un desengaño amoroso y que por ello se había desterrado por un año al país de los escitas, él que ni visitó nunca a los escitas ni se vio arrastrado a pasiones amorosas. Así pues, ni siquiera Éufrates [32] calumnió a nuestro hombre respecto a las relaciones sexuales, aunque compuso escritos falaces contra él, como demostraremos en los párrafos sobre Éufrates. Discrepaba con Apolonio porque éste se burlaba de que él lo hiciera todo por dinero y trataba de apartarlo de su afán de lucro y de su comercio con la sabiduría. Pero quede eso aplazado para su propio momento.

Preguntándole una vez Éuxeno a Apolonio por qué 14
no escribía, con opiniones tan nobles como las que tenía y con el uso que hacía de una forma de expresión estimable y vigorosa, dijo:

—Porque todavía no he guardado silencio.

Y a partir de entonces cosideró que debía guardar silencio y abstenerse de hablar [33], pero sus ojos y su mente tomaban nota de muchísimas cosas y muchísi-

---

[32] Filósofo estoico, muerto en el siglo II d. C., citado por PLINIO EL JOVEN, *Epístolas* I 10, enemigo declarado de Apolonio, razón por la cual Filóstrato lo describe siempre con los tintes más negros. Cf. P. GRIMAL, «Deux figures de la Correspondance de Pline», *Latomus* 14 (1955), 370-383; F. GROSSO, «La Vita...», esp. 319 sigs.

[33] El voto de silencio formaba parte del «noviciado» de los Pitagóricos, según nos informa YÁMBLICO, *Vida de Pitágoras* 72, 94, y fue admirado por algunos cristianos, como EUSEBIO, *Contra Hierocles*, pág. 381 KAYSER.

mas las almacenaba en su memoria. Con respecto a la buena memoria, al llegar a los cien años conservó sus facultades incluso más que Simónides[34], y cantaba un *Himno a la Memoria* en el que dice que todo se marchita por obra del tiempo, pero que el propio tiempo no envejece y es inmortal, merced a la memoria.

No carecía de encanto en el trato durante el tiempo en que guardaba silencio, sino que a lo que se decía sus ojos hacían alguna señal así como su mano y el movimiento de su cabeza, y no se mostraba serio o sombrío, pues conservaba su aprecio por los amigos y su buen talante. Dice que esta manera de vivir, que practicó cinco años enteros, fue la más penosa para él; porque, teniendo muchas cosas que decir, no las dijo, y habiendo oído muchas cosas como para irritarse, se vio obligado a no oírlas y que, al verse impulsado a increpar a muchos, se decía a sí mismo «resiste, corazón y lengua»[35]. Cuando los razonamientos estaban en desacuerdo con él, entonces posponía las refutaciones.

15 Pasó esta temporada de silencio parte en Panfilia y parte en Cilicia y aunque andaba entre gentes tan amantes del placer, en ninguna parte habló ni se vio inducido a dejarse oír. Cuando se encontraba una ciudad agitada por disturbios —y muchas lo estaban por causa de espectáculos no serios[36]—, con llegar, hacer acto de presencia y manifestar con la mano o con el

---

[34] Se trata del poeta lírico coral Simónides de Ceos (556-468 a. C.), que desarrolló su actividad poética hasta edad muy avanzada. La noticia de que Apolonio llegó a vivir cien años se considera controvertida por el propio Filóstrato en VIII 29.

[35] Eco del «resiste, corazón mío», de Ulises en *Odisea* XX 18.

[36] Alude a las numerosas rivalidades suscitadas por los espectáculos del circo, que frecuentemente tenían consecuencias violentas.

rostro el reproche que iba a hacerles, acababa todo el desorden y guardaban silencio como en los misterios.

Refrenar a quienes han iniciado una revuelta por bailarines o caballos no es, en efecto, gran cosa, pues los que se sublevan por tales motivos, si ven a un hombre de verdad, se ruborizan, recuperan el control de sí mismos y se avienen a razones con la mayor facilidad; pero a una ciudad atormentada por el hambre no es cosa fácil volverla al buen camino con palabras dóciles y persuasivas y hacerla cesar en su furia. Sin embargo, a Apolonio incluso el silencio le era suficiente con los que se hallaban en tal situación.

En efecto, llegó a Aspendo la de Panfilia —junto al río Eurimedonte se asienta esa ciudad, la tercera de las de allí—. Había algarrobas a la venta y era forzosamente lo único que se les daba de comer, pues el grano lo retenían los poderosos, que lo habían almacenado para venderlo fuera de la región. Naturalmente se había soliviantado por ello contra el gobernador la gente de todas las edades y habían encendido un fuego destinado a él, aunque se hallaba postrado junto a las estatutas del emperador, que eran entonces más temidas que las de Zeus en Olimpia y más inviolables, pues eran de Tiberio[37], a propósito del cual se dice que alguien fue considerado sacrílego porque golpeó a un esclavo suyo que llevaba un dracma de plata acuñado con la imagen de Tiberio.

Así pues, presentándose ante el gobernador le preguntó con la mano qué era aquello, y cuando éste le dijo que no había cometido ninguna injusticia, sino

---

[37] Tiberio fue emperador de Roma desde el año 14 al 37 d. C. El emperador tenía entonces carácter divino, por lo que un atentado contra su imagen constituía un sacrilegio.

que era objeto de ella junto con el pueblo, y que si no se le permitía hablar perecería con el pueblo, se volvió Apolonio hacia los que le rodeaban y les indicó con la cabeza que debían escucharlo. Y ellos, no sólo guardaron silencio por perplejidad ante él, sino que dejaron el fuego sobre los altares que allí había. Cobrando ánimo, el gobernador dijo:

—Fulano y Mengano —y citó a bastantes— son los responsables del hambre que ahora reina, pues ellos, que se han apoderado del grano, lo guardan, cada uno en un lugar de la región.

Cuando se urgían los de Aspendo unos a otros a marchar hacia las fincas, Apolonio les indicó con la cabeza que no lo hicieran, sino que, mejor que eso, mandaran llamar a los inculpados y consiguieran el trigo de ellos sin coacciones.

Al llegar éstos, poco le faltó para romper a hablar contra ellos, por lo que había sufrido por las lágrimas de la gente —pues se habían congregado los niños y las mujeres y gemían los viejos, como si estuvieran a punto de morir de hambre—; pero en honor a la decisión del silencio, escribe una acusación en una tablilla y se la entrega al gobernador para que la lea. Y la acusación era en estos términos:

Apolonio a los mercaderes de trigo de Aspendo. La tierra es madre de todos, pues es justa. Pero vosotros, como injustos que sois, la habéis hecho madre de vosotros solos y si no cejáis, no os dejaré sosteneros sobre ella.

Por temor a esto, llenaron el mercado de grano y la ciudad volvió a la vida.

Estancia en Antioquía

Visitó también Antioquía la Grande[38] cuando había dejado de guardar silencio y llegó al santuario de Apolo Dafneo, con el que los asirios ponen en relación la leyenda arcadia. Dicen, en efecto, que Dafne, la hija de Ladón, se metamorfoseó allí. Incluso les fluye un río, el Ladón, y se honra entre ellos un árbol del laurel, resultado, por supuesto, de la transformación de la muchacha[39]. Las desmesuradas alturas de unos cipreses rodean el santuario en círculo, y la tierra hace brotar veneros abundantes y plácidos con los que dicen que Apolo se rocía. Allí la tierra hizo brotar un retoño de ciprés, dicen que como sustitución de Cipariso, un efebo asirio[40], y hace verosímil la metamorfosis la belleza del retoño. Quizá podría parecer que trato el asunto de manera demasiado pueril al narrar mitos como éste, pero no es por mitología. ¿Qué se propone mi relato? Apolonio, cuando vio un santua- 16

---

[38] Antioquía la Grande se hallaba en la provincia romana de Siria. En ella se alzaba el santuario de Apolo Dafneo, que fue visitado por Filóstrato, según nos cuenta al comienzo de sus *Biografías de los Sofistas.*

[39] La Ninfa Dafne, nombre que en griego significa «laurel», era una hija del río Peneo, de la que se enamoró el dios Apolo. Perseguida por él, la Ninfa rogó a su padre que la librara de su enamorado agresor, y quedó así convertida en laurel, árbol que desde entonces pertenece a Apolo. La leyenda es originalmente arcadia, pero Antioquía la reivindicaba para su región, haciendo a Dafne hija del río Ladón, en lugar de del Peneo. El santuario al que aquí se hace referencia fue enriquecido por Seleuco Nicátor con baños y columnatas, además de con un espléndido templo que albergaba una gran estatua de Apolo.

[40] Cipariso (en griego «ciprés») es otro de los amados de Apolo. Hijo de Télefo, hirió por error a un ciervo que lo acompañaba continuamente, por lo que pidió estar eternamente triste y fue metamorfoseado en el árbol que lleva su nombre. La designación «asirio» es una más de las múltiples ocasiones en las que los griegos designaban así a los sirios.

rio encantador, pero sin ninguna seriedad en él, sino a unos hombres semibárbaros e incultos, dijo:

—Apolo transforma a los mudos en árboles para que, al menos, como cipreses, produzcan algún ruido.

Y al observar las fuentes, qué placidez tenían y que ninguna de ellas murmuraba, añadió:

—La mudez de aquí ni siquiera a las fuentes les permite hacer ruido.

Y al ver al Ladón, dijo:

—No fue tu hija la única en metamorfosearse, sino también tú, al ganarte fama de bárbaro, de griego y arcadio que eras.

Cuando decidió conversar, evitaba los lugares frecuentados y alborotados, diciendo que no eran seres humanos los que necesitaba, sino hombres de verdad. Frecuentaba, pues, lugares más serios y vivía en los templos que no se cerraban. Al salir el sol, celebraba por sí mismo ciertos ritos que sólo eran revelados a quienes se habían ejercitado en guardar silencio durante cuatro años. El resto del tiempo, si la ciudad era griega y los cultos conocidos, tras convocar a los sacerdotes, filosofaba acerca de los dioses y los corregía si se desviaban en algo de las prácticas tradicionales. Si era bárbara, y sus cultos de carácter peculiar, se informaba de quiénes habían sido sus instauradores y por qué se habían instaurado y, una vez informado de cómo se llevaba a cabo el culto y tras haber sugerido algo más sensato que lo que se hacía, si se le ocurría, se reunía con sus discípulos y les instaba a que preguntasen lo que quisieran. Afirmaba efectivamente que los que practicaban esa clase de filosofía debían, al despuntar el alba, conversar con los dioses; al avanzar el día, mantener conversaciones acerca de los dioses, y el resto del tiempo, acerca de los asuntos humanos. Tras haber contestado a sus camaradas a cuanto habían preguntado y haber considerado que bastaba de

conversación, se dedicaba el resto del día a la arenga al público, pero no antes del mediodía, sino cuando la luz del día estaba en su zenit.

Tras haber hablado cuanto consideraba que era suficiente, se ungía con aceite y, tras un masaje, se metía en agua fría, pues le llamaba a los baños calientes «la vejez del hombre»[41]. Así que cuando se prohibieron en Antioquía a causa de graves inmoralidades, dijo:

—El emperador, por ser malvados, os ha dado más años de vida.

Y cuando los efesios querían apedrear al gobernador por no calentar los baños, dijo:

—Censuráis al gobernador porque os bañáis a disgusto; yo, en cambio, a vosotros, porque os bañáis.

El estilo literario que empleaba no era ditirámbico 17
ni hinchado con términos poéticos, ni alambicado, ni afectadamente ático, pues consideraba desagradable un ático desmedido[42], ni se entregaba a la sutileza, ni alargaba sus discursos, ni nadie le oyó hablar irónicamente ni discutir con sus oyentes, sino que cuando conversaba decía, como desde el trípode[43]: «lo sé» y «me parece» y «¿a dónde vais a parar?» y «es preciso saber». Y sus sentencias eran concisas, aceradas; los términos, propios y acomodados a los asuntos, y lo que decía tenía un eco como las normas dictadas desde un cetro. Cuando uno de esos amigos de las discusiones sutiles se preguntó por qué no planteaba cuestiones, dijo:

---

[41] En esta reprobación de los baños calientes coinciden con Apolonio algunos cristianos, como por ejemplo CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Pedagogo* III 9, 46-8.

[42] Por este «ático desmedido» se alude al aticismo, movimiento de los círculos literarios que pretendían una vuelta artificial al ático antiguo, frente al uso de la *koinḗ*.

[43] Esto es, el trípode de Delfos, lo que es tanto como decir que Apolonio hablaba con la misma autoridad que el oráculo de Apolo.

—Porque cuando era jovencito planteaba cuestiones, pero ahora no tengo que plantearlas, sino enseñar lo que he descubierto.

—¿Cómo entonces, Apolonio, dialogará el sabio? —le preguntó el otro de nuevo.

—Como un legislador —contestó—, pues es obligación del legislador convertir aquello de lo que está persuadido en preceptos para la gente.

En esto se aplicaba en Antioquía, y atraía hacia él a los hombres más incultos.

Planea un viaje a la India

18 Después de aquello, concibiendo la idea de un viaje más largo, se le viene a la mente el pueblo indio y sus sabios, que se llaman Brahmanes e Hircanios[44], diciendo que le venía bien a un hombre joven viajar y salir de sus fronteras. Consideraba como un tesoro a los Magos[45] que viven en Babilonia y Susa, pues podría aprender sus artes en el curso de su viaje. Así pues, a sus discípulos, que eran siete, les reveló su decisión. Al tratar ellos de que considerara otros proyectos, por si se disuadía de su resolución, dijo:

—Ya he tomado a los dioses por consejeros y os he dicho lo que ha quedado decidido, pero os puse a prueba por si teníais valor para lo mismo que yo. Así

[44] Brahmanes es el nombre de la casta sacerdotal india, préstamo del ai. *brahmán* «sacerdote», conocidos por los griegos a través de las mismas fuentes que los Gimnosofistas (con los cuales son frecuentemente confundidos), cf. nota 3 y TOMASCHEK, en PAULY-WISSOWA, *R. E.*, s. v. *Brachmanes*. En cuanto a los hircanios, es un étnico (los *Varkāna*) de un pueblo que lindaba con los partos.

[45] *Mágos* es la forma griega del persa *maga*, mencionados por HERÓDOTO, I 101, como una de las tribus que componían el pueblo medo. Asimismo se citan en la inscripción irania de Behistun como un étnico. Posteriormente el nombre designa a la casta sacerdotal.

que, como os mostráis acobardados, que os vaya bien y que filosoféis, que yo tengo que ir a donde me conducen la sabiduría y la divinidad.

Dicho esto, se marcha de Antioquía con dos servidores que habían pertenecido a su padre; el uno, un taquígrafo; el otro, calígrafo.

Viaje por Mesopotamia: Damis

19 Llega así a la antigua Nínive, en la que se alza un ídolo de aspecto bárbaro; es al parecer Ío, la hija de Ínaco, y le salen de las sienes unos cuernos pequeños, como nacientes [46]. Cuando se hallaba allí y hacía más observaciones acerca de la estatua que los sacerdotes y profetas, se le unió Damis de Nínive, el que dije al principio que lo acompañó en sus andanzas, llegó a ser compañero de viaje de toda su sabiduría, y nos ha conservado muchas cosas acerca de aquel hombre. Éste, que lo admiraba y que deseaba hacer ese viaje, le dijo:

—Vayamos, Apolonio, tú siguiendo al dios, y yo a ti, pues podrías ver que puedo serte muy útil. Si bien no conozco otra cosa, lo que se refiere a Babilonia y a sus ciudades, cuantas hay, las conozco porque las he recorrido no hace mucho, y sus aldeas, en las que hay muchas cosas buenas, así como también las lenguas de los bárbaros, cuantas existen: hay una de los armenios, otra de los medos y persas, otra de los cadusios [47]. Yo las traduzco todas.

—Yo —dijo él—, amigo mío, las comprendo todas, sin haber aprendido ninguna, y ante el asombro del de Nínive, añadió: —No te extrañes si conozco todas

---

[46] Ío es una de las numerosas amadas de Zeus, quien, para ocultarla a los ojos de la celosa Hera, la convirtió en vaca. Por este mito explicaban los griegos todas las representaciones orientales que, en realidad, correspondían a cultos a animales.

[47] Los cadusios son un pueblo ribereño del Mar Caspio, cf. JENOFONTE, *Ciropedia* V 2, 25.

las hablas de los hombres, pues conozco cuanto los hombres callan.

El asirio sintió veneración cuando oyó sus palabras, lo miraba como a una divinidad y lo acompañaba, acrecentando su sabiduría y recordando lo que aprendía.

El lenguaje de este asirio era mediocre, pues no tenía elegancia de estilo, educado como estaba entre bárbaros; pero para poner por escrito un discurso o una conversación, describir lo que había oído o visto y redactar un memorial de tales cosas, estaba extraordinariamente capacitado y valía para ello más que ningún hombre. El libro de apuntes tenía para Damis el siguiente propósito: Damis quería que no se ignorara nada respecto a Apolonio, sino que cualquier cosa que dijese o a la que aludiera descuidadamente, incluso eso quedara anotado. Y merece la pena referir lo que le contestó a uno que le reprochaba esta actividad. Efectivamente, cuando un individuo perezoso y malintencionado se estaba burlando de él, diciendo que hacía bien en anotar algunas cosas, cuantas eran sentencias y opiniones de Apolonio, pero que recopilando tales pequeñeces obraba de manera semejante, en cierto modo, a los perros que comen las sobras de los banquetes, Damis le respondió diciendo:

—Si son banquetes propios de dioses y son dioses los que comen, tienen también naturalmente criados para preocuparse de que no se pierdan ni siquiera las sobras de la ambrosía.

20 Tal fue el acompañante y admirador que encontró, en compañía del cual viajó la mayor parte de su vida.

Cuando llegaban a Mesopotamia, el aduanero que estaba a cargo del Puente[48] lo llevó ante el registro y le preguntó qué llevaba consigo. Y Apolonio le dijo:

---

[48] El Puente *(Zeugma)* es la ciudad sobre el Éufrates fundada por los Seleúcidas en el paso de las caravanas y que servía de

—Llevo templanza, justicia, virtud, continencia, hombría, disciplina —así que enumeró muchos nombres femeninos. Y el otro, que miraba sólo a su ganancia, dijo:

—Inscribe, pues, en el registro a esas esclavas.

—No es posible —le contestó—, pues no son esclavas lo que traigo, sino señoras.

Configuran Mesopotamia el Tigris y el Éufrates, que fluyen desde Armenia y de las estribaciones del Tauro, abrazando una zona continental en la que hay ciudades, pero más aldeas. Sus tribus, Armenia y Arabia, a las que encierran los ríos, andan la mayoría nómadas. Están tan convencidos de que son isleños, que afirman que bajan al mar cuando se encaminan a los ríos y consideran como límite de la tierra el cerco de los ríos. En efecto, tras circundar el citado continente, desembocan en el mismo mar. Hay quienes dicen que la mayor parte del Éufrates se oculta en un pantano y que el río termina en la tierra. Pero algunos sostienen una opinión más audaz, al afirmar que, corriendo bajo tierra, reaparece en Egipto y se mezcla con el Nilo.

Pues bien, a fuer de exactitud y porque no quedara omitido por mí nada de lo escrito por Damis, habría querido referirme también a lo que constituyó el objeto de su interés mientras viajaban por entre estos bárbaros, pero me urge mi narración hacia cosas más importantes y más dignas de admiración. Pero no pasaré por alto en absoluto estas dos: el valor de que hizo gala Apolonio al atravesar por entre gentes bárbaras y facinerosas, que aún no estaban sometidas a

---

frontera entre el Imperio Romano y el reino de los Partos. La pregunta del aduanero obedece al pago de un impuesto, semejante al *portorium* romano, por las mercancías en tránsito.

los romanos[49], y la sabiduría por la que llegó, por el procedimiento árabe, al conocimiento del lenguaje de los animales[50]. Eso lo aprendió cuando cruzaba por entre estos árabes que lo conocen excelentemente y lo practican. Es, en efecto, entre los árabes cosa común oír profetizar a los pájaros, lo que constituye sus oráculos. Logran entender a los irracionales comiéndose, unos dicen que el corazón, otros que el hígado de las serpientes.

21 Dejó atrás Ctesifonte y llegó a las fronteras de Babilonia[51]. Había allí un puesto de guardia del rey que nadie podía atravesar sin que se le preguntara quién era, su ciudad y a qué venía. Un sátrapa estaba al frente de este puesto de guardia, un «ojo del rey»[52], creo; pues el medo, recién llegado al poder, no se acomodaba a vivir sin temor, sino que, temeroso de lo existente y de lo inexistente, se hallaba sumido en temores y pánicos. Llevan, pues, a presencia del sátrapa a Apolonio y a los suyos. Aquél se hallaba precisamente ordenando que le pusieran el toldo a su carruaje para partir hacia alguna parte, pero al ver a nuestro hombre completamente seco, comenzó a gritar como la más cobarde de las mujeres, se cubrió y, apenas atrevién-

---

[49] No fueron sometidas hasta que Trajano las incorporó al Imperio, si bien por poco tiempo.

[50] El conocimiento del lenguaje de los animales, así como, antes, el de todas las lenguas humanas, sin previo aprendizaje, son rasgos chamánicos de Apolonio, cf. *Introducción* § ?.

[51] Por los datos que nos da Filóstrato, es verosímil que Apolonio y Damis hicieran su viaje por la antigua Via Regia de los persas.

[52] «Ojo del rey» (también «oído del rey») es la forma popular de designar a una serie de personas de confianza del Gran Rey, que se hallaban por todas las satrapías, con una misión semejante a la de los *missi dominici* de Carlomagno: informar al monarca de todo lo notable que ocurriera.

dose a mirarlo, le preguntó como a un ser sobrenatural:

—¿De dónde vienes, y enviado por quién?

Y éste le contestó:

—Por mí mismo, por si acaso llegáis a convertiros en hombres de verdad, aun a pesar vuestro.

Le preguntó de nuevo quién era él para llegar a la tierra del rey, y Apolonio le contestó:

—Mía es toda la tierra y me está permitido viajar por ella.

—Te someteré a tormento si no me lo dices.

Al decirle eso, Apolonio le contestó:

—Bueno, si lo haces con tus propias manos, para que tú mismo te sometas a la piedra de toque, al tocar a un hombre de verdad.

Estupefacto el eunuco ante él, porque veía que no necesitaba intérprete, sino que entendía su lengua sin dificultades y con facilidad, le dijo:

—Por los dioses, ¿quién eres? —ya suplicante y con un cambio en su tono.

Contestándole, le dijo Apolonio:

—Puesto que me lo preguntas comedidamente y no de un modo impropio de un hombre, oye quién soy. Soy Apolonio de Tiana; mi viaje es hasta el rey de la India por curiosidad de lo de allí. Quisiera también encontrarme con tu rey, pues dicen los que lo conocen que no es un cobarde, si es ese Vardanes[53] que ha recuperado ahora el imperio perdido antes por él.

---

[53] Vardanes es un rey parto, citado por FLAVIO JOSEFO, *Arqueología Judía* XX 69 sigs., y por TÁCITO, *Anales* XI 8. La época de su reinado oscila, según los autores, pero la numismática parece apuntar a los años 41-45 d. C. La recuperación del reinado a la que se alude es su victoria contra su hermano Gotarces. El reino parto estuvo un tiempo dividido en dos por las luchas entre ambos hermanos. Obsérvese que se evita cuidadosamente la mención de que se trata de partos, siguiendo la tendencia de

—Él es —contestó—, divino Apolonio. Hace tiempo efectivamente que oímos hablar de ti. En honor de un hombre sabio descenderá incluso de su trono de oro y os enviará a la India, a cada uno en un camello. Yo, por mi parte, te considero mi huésped y te doy como obsequio de estas riquezas —al tiempo que le enseñaba un tesoro de oro— cuantas quieras tomar, y no de una vez, sino en diez. —Y al rechazarle éste las riquezas, dijo: —Entonces, toma un ánfora de este vino de Babilonia que el rey nos regala a sus diez sátrapas, y también pedazos de carne asada de cerdo y gacela, harina, panes y lo que quieras. Que el camino después, en muchos estadios, son aldeas no demasiado bien aprovisionadas. —Pero, al caer en la cuenta, el eunuco añadió: —Pero ¿qué me pasa, por los dioses? Pues después de haber oído decir que este hombre no se alimenta de animales ni bebe vino, le invito a comer de modo grosero e ignorante.

—Me puedes invitar a comer frugalmente —dijo— si me das pan y frutos secos.

—Te daré —contestó— panes de levadura y dátiles de palmera como el ámbar y grandes. Te daré además legumbres, cuantas produce el Tigris en sus huertas.

—Pero son más agradables —repuso Apolonio— las legumbres que crecen silvestres y espontáneas que las forzadas y cultivadas.

—Más agradables, sí —dijo el sátrapa—, pero nuestra tierra hasta Babilonia está llena de ajenjo y las que hace crecer son desagradables y amargas.

Por fin, le hizo caso al sátrapa, y al marchar, dijo:

—Queridísimo amigo, no sólo debes acabar con buenas maneras, sino también empezar.

---

la Segunda Sofística de sustituir los nombres «modernos» corrientes por otros arcaicos; cf. Bowie, «Greeks and their past...», págs. 33-34.

Con esto le censuraba lo de «te someteré a tormento» y las barbaridades que le oyó decir al principio.

Tras haber avanzado veinte estadios[54], se encuentran a una leona muerta en una cacería; era un animal grande y como nunca lo habían visto. Gritaban los de la aldea rodeándola y también, por Zeus, quienes la habían cazado, como el que veía allí un gran prodigio. Y era sencillamente un prodigio, pues al abrirla tenía ocho crías. 22

El parto de una leona es como sigue: las leonas gestan seis meses y paren tres veces. El número de cachorros la primera vez es de tres, la segunda, de dos y, si llega al tercer parto, pare un único cachorro, grande, creo, y más feroz de lo natural, ya que no hay que creer a los que dicen que los cachorros salen de sus entrañas tras lacerar el útero de las leonas, pues parece que la naturaleza tiene lo necesario para el parido con respecto a su madre en bien de la conservación de la especie.

Apolonio, que había fijado la vista en la fiera y mantenía en ella su atención durante largo rato, dijo:

—Damis, la duración de nuestra estancia junto al rey será de un año y ocho meses, pues ni aquél nos dejará irnos más pronto, ni para nosotros el marcharnos antes de eso nos será más ventajoso. Preciso es conjeturar los meses por los cachorros, y el año, por la leona, ya que hay que comparar enteros con enteros.

—¿Y qué querrán decir —dijo Damis— los gorriones de Homero que devoró la serpiente en Aulide[55], que eran ocho, pero que, contando a la madre con ellos,

---

[54] Un estadio equivale a 177,6 m., esto es, avanzaron unos tres kilómetros y medio.

[55] Se refiere Damis al episodio narrado en *Ilíada* II 311 sigs. en el que el adivino Calcante, al ver un dragón devorar a ocho crías de gorrión y a su madre, vaticina que la guerra de Troya habría de durar nueve años.

ésta hacía el número nueve? Pues Calcante, el intérprete de esto, vaticinó que en nueve años se vencería Troya. Así que mira, no sea que de acuerdo con Homero y Calcante, se vaya a extender nuestra estancia hasta nueve años.

—Naturalmente, Damis —dijo—, Homero iguala los polluelos a los años, pues ya han nacido y existen. Yo, en cambio, a animales incompletos y aún no nacidos, y que probablemente nunca nacerían, ¿cómo iba a igualarlos a años? Pues lo contrario a la naturaleza no podría llegar a existir, y sufre una rápida destrucción, en caso de que llegue a existir. Así que, déjate guiar por mi razonamiento y vayamos dispuestos a dirigir una plegaria a los dioses que nos hacen estas revelaciones.

Los eretrios deportados en Cisia

23 Cuando avanzaba hacia la región de Cisia[56] y se hallaba ya cerca de Babilonia, visitó a Apolonio la aparición de un sueño, dispuesta del siguiente modo por el dios que la manifestó: unos peces que se habían salido del mar daban boqueadas en tierra y emitían un lamento propio de seres humanos, deplorando el haber abandonado su elemento. A un delfín que nadaba cerca de tierra le suplicaban que los salvara, dignos de compasión como los hombres que lloran en tierra extraña. Sin turbarse en absoluto por el ensueño, interpreta qué significaba y de dónde procedía, pero queriendo desconcertar a Damis, pues sabía que era de los más timoratos, le da a conocer la visión, simulando miedo como por haber visto cosas malas. Damis se puso a gritar como si lo hubiera visto él mismo y trataba de disuadir a Apolonio de que siguiera adelante.

[56] Otro nombre de Susiana, la región al fondo del Golfo Pérsico y efectivamente próxima a Babilonia.

—No sea —dijo— que también nosotros, como los peces, sacados de nuestro medio perezcamos, lancemos muchos lamentos en tierra extraña y, metidos en un aprieto, supliquemos a algún soberano o a algún rey que no nos desdeñe, como los delfines a los peces.

Echándose a reír, le dijo Apolonio:

—Tú todavía no eres un filósofo si tienes esos temores. Yo te voy a explicar qué alcance tiene el ensueño. Es que los habitantes de esta región de Cisia son unos eretrios traídos desde Eubea por Darío antaño, hace quinientos años [57] y dicen, tal y como se mostró el ensueño, que se les trató como a peces respecto a su captura, pues fueron prendidos en una red y capturados todos. Los dioses, por tanto, parecen exhortarme a que, visitándolos, me ocupe de ellos en lo que pueda. Quizá también las almas de los griegos que en-

[57] HERÓDOTO, VI 98 sigs., refiere que Datis y Artafernes, al recordar la ayuda que prestaron en tiempos los eretrios a los milesios, cuando la revuelta antipersa del 398, atacaron Eubea con su flota. Los eretrios acudieron a los atenienses en demanda de ayuda, pero por indecisiones de éstos se vieron abandonados a su suerte. Así, los persas, rastrillando la zona «como los pescadores con la barredera» (HERÓDOTO, VI 31), capturaron a los eretrios y los llevaron a Susa, estableciéndolos en una propiedad llamada Arderica en Cisia (HERÓDOTO, VI 119, 2), ciudad a unos cuarenta kilómetros de Susa y a unos siete de un pozo de asfalto. Los eretrios fueron usados allí como mano de obra y, según Heródoto, conservaban su lengua en su época, es decir, en un probable viaje del historiador a esa zona hacia el 440 a. C. Filóstrato evidentemente amplía la noticia de Heródoto, salvo que omite el nombre de Arderica. Una inscripción *bustrofedon* de comienzos del siglo VI a. C., en un astrágalo de bronce encontrado en las ruinas de Susa, atestigua la ofrenda del diezmo a Apolo Didimeo de Mileto y era parte del botín que los persas se llevaron el 494 a Susa con los prisioneros de Mileto. Sobre todo este pasaje, cf. el excelente y documentado estudio de F. GROSSO, «Gil Eretriesi deportati in Persia», *Riv. Fil. Ist. Class. N. S.* 36 (1958), págs. 350-375, del que proceden todas las informaciones que damos aquí al respecto.

contraron aquí su destino me encaminan para beneficio de su tierra. Así que vayamos, apartándonos del camino real, una vez que preguntemos sólo por el pozo junto al que habitan [58].

Se dice que éste es una mezcla de pez, aceite y agua, y que, al verterse lo que se ha sacado, se separa una cosa de otra.

De que Apolonio fue realmente a Cisia dejó testimonio él mismo en lo que le escribió al sofista de Clazómenas [59], pues era tan noble y generoso, que cuando vio a los eretrios se acordó del sofista y le comunicó por escrito lo que vio y lo que hizo por ellos. Le exhorta también a lo largo de toda la carta a que se apiade de los eretrios y a que, cuando se ocupe de ellos en un discurso, no rehuse llorar por ellos.

24 Cosas coincidentes con éstas escribió también Damis acerca de los eretrios. Pues habitan en Media [60], a no

---

[58] En Mesopotamia y Oriente Próximo abundaban estos yacimientos de asfalto, cf. R. J. FORGES, *Bitumen and Petroleum in Antiquity*, Leiden, 1936, quien se refiere a este pasaje en la página 27.

[59] Se trata de Escopeliano, según vemos por la referencia a la carta en I 24, carta que, por otra parte, no se conserva en el epistolario de Apolonio que nos ha llegado. Sí en cambio disponemos de otra, la número 19, que se dirige a Escopeliano tratando sobre las facultades humanas. Escopeliano, maestro de Herodes Ático, vivió a fines del siglo I d. C. y principios del II, siendo las *Biografías de los Sofistas* de Filóstrato (514-521) nuestra única fuente de información sobre él. Es imposible que Apolonio hubiera podido escribirle una carta cuando pasó por la región, porque Escopeliano por entonces no había nacido o tendría en todo caso muy pocos años. Así pues, ni el documento es verdadero, ni el viaje a Cisia de Apolonio, probablemente tampoco, cf. R. J. PENELLA, «Scopelianus and the Eretrians in Cissia», *Athenaeum* 52 (1974), 295-300, quien apunta la posibilidad de que Escopeliano hubiera compuesto una declamación (una *melétē)* sobre la deportación de los eretrios. Por tanto, cuando en la carta citada en I 24 Apolonio dice «tus eretrios» utilizaría el pasivo en sentido de «los eretrios tratados en tu obra».

[60] Es la región que tiene por capital Egbátana y está a bas-

mucha distancia de Babilonia: una jornada de un día para un buen andarín. La región no tiene ciudades. Efectivamente, Cisia son todo aldeas y en ella, una tribu de nómadas que apenas desmontan de sus caballos.

La tierra de los eretrios se halla en la parte central de éstas. Tiene dispuesto en su torno un foso del río que ellos mismos dicen que han hecho alrededor de la aldea con la idea de hacerlo servir de muro frente a los bárbaros de Cisia.

La región está empapada de asfalto y es amarga para cultivarla. Los hombres de allí tienen una vida muy corta, pues la bebida impregnada de asfalto se sedimenta en muchos lugares de sus entrañas. El sustento se lo proporciona una colina en los confines de la aldea que, alzada sobre la tierra echada a perder, siembran y consideran su tierra. Afirman que han oído decir a los lugareños que setecientos ochenta de los eretrios fueron hechos cautivos, no todos combatientes, pues había entre ellos un grupo de mujeres y ancianos y había también, supongo, algunos niños, porque la mayoría de la población de Eretria huyó al Cafereo[61] y a las zonas más altas de Eubea. Varones, fueron llevados unos cuatrocientos; mujeres, quizá diez; los demás, partidos de Jonia y Lidia, murieron en el avance. Dado que la colina les suministraba una cantera y algunos eran también conocedores de las técnicas de labrar las piedras,

---

tante distancia de Babilonia, imposible de recorrer en un día, por buen andarín que se sea. Lo que ocurre es que Filóstrato confunde Cisia con la región de los Coseos, montañeses nómadas habitantes en el Zagros. La colocación aquí (en lugar de en Arderica) de los eretrios se debe a que el sofista ha contaminado la noticia de Heródoto con el epigrama pseudoplatónico que se cita luego.

[61] El Cafereo es un promontorio al sur de la isla de Eubea (hoy Cabo de Oro), llamado también *Xilóphagos*, esto es «devorador de madera», por la frecuencia de los naufragios en sus proximidades.

habían construido templos de estilo griego y una plaza para el mercado, tan grande como era razonable. Habían alzado también altares, dos a Darío, uno a Jerjes y más a Darideo[62]. Habían pasado desde la captura hasta la época de Darideo ochenta y ocho años escribiendo a la manera griega. Sus antiguos sepulcros tienen escrito: «Fulano, hijo de Mengano» y las letras son griegas, pero dicen que nunca las habían visto como aquellas. Había naves grabadas en las tumbras, de acuerdo con la vida que había llevado cada uno de ellos en Eubea; dedicado al transporte o a la púrpura, bien actuando como marino o como tintorero. También dicen que leyeron una elegía escrita sobre el sepulcro de unos marineros y armadores:

Nosotros, que antaño navegamos sobre el oleaje de pro-
[funda corriente del Egeo,
yacemos en el centro de la llanura de Egbátana.
Salud, patria antaño afamada de Eretria, salud, Atenas,
vecina de Eubea, salud, mar querida[63].

Estos sepulcros arruinados afirma Damis que Apolonio los restauró y los cerró; que hizo libaciones y ofrendas, cuantas se acostumbra, salvo degollar o sa-

[62] Darideo es en realidad un patronímico persa que quiere decir «hijo de Darío», tomado como nombre equivocadamente por Filóstrato. Debe tratarse de Artajerjes II.

[63] Este epigrama se ha conservado en la *Antología Palatina* VII 256, atribuido a Platón, autor que además se refiere al tema en *Menéxeno* 240 a, b, *Leyes* 698 c y al que se le atribuye asimismo otro epigrama sobre la misma cuestión (*Antología Palatina* VII 259). En el texto de la antología varía el primer verso, que presenta *lipóntes,* «nosotros que antaño abandonamos», en vez de *pléontes,* «nosotros que antaño navegamos». Es de este epigrama —cuya atribución a Platón es evidentemente fantástica— de donde parte el error de Filóstrato de situar a los eretrios en Egbátana, en plena Media, a cientos de kilómetros de Susa.

crificar alguna víctima, y que, llorando y dominado por la emoción, dijo en medio de ellas:

—¡Eretrios, traídos aquí por un revés de la fortuna! Vosotros, aunque lejos de los vuestros, al menos quedáis enterrados. En cambio, los que os rechazaron hasta aquí perecieron en torno a vuestra isla, insepultos, diez años después, ya que los dioses les hicieron conocer el sufrimiento en la encajonada Eubea.

Apolonio, al final de la carta al sofista, dice:

> *También me ocupé, Escopeliano, de tus eretrios cuando era joven aún, y les ayudé en lo que pude, tanto a los muertos como a los vivos.*

Así, pues, ¿en qué se ocupó de los vivos? Los bárbaros vecinos de la colina, cada vez que la sembraban los eretrios, saqueaban lo plantado, presentándose al filo del verano, y ellos tenían que pasar hambre, tras haber trabajado la tierra en beneficio de otros. No obstante, cuando Apolonio llegó a presencia del rey, encontró el modo de que sólo ellos se beneficiaran de la colina.

Babilonia y los Magos

Sobre la estancia de este hombre 25
en Babilonia y de cuanto conviene saber acerca de Babilonia, he encontrado lo siguiente: Babilonia está fortificada en unos cuatrocientos ochenta estadios, con tamaña extensión de circunferencia. Su muralla es de tres medios pletros[64] de altura y menos de un pletro

[64] Un pletro equivale a 29,6 m. Las medidas de perímetro y grueso son muy próximas a las que nos da HERÓDOTO, I 178: 480 estadios para el perímetro y 50 codos reales (unos 25 m.) de grueso, pero la altura que da Heródoto, 200 codos reales (unos 100 m.) es más del doble de la que da Filóstrato aquí. Sobre la adecuación de estas proporciones con las reales, el lector puede ver la extensa y documentada nota al pasaje de Heródoto de C. SCHRADER, en el libro de esta misma colección HERÓDOTO, *Historia, Libros I-II*, Madrid, 1977, pág. 236, nota 449.

de anchura. Se halla cortada en dos mitades de forma similar por el río Éufrates, bajo el que hay un paso secreto que une ocultamente los palacios reales de ambas orillas.

Se dice efectivamente que una mujer, Medea[65], que reinó antaño sobre los de allí, había ponteado el río de un modo que nunca un río se había ponteado, pues tras haber amontonado junto a la orilla piedras, bronce, asfalto y cuanto los hombres han descubierto para los ensamblajes bajo el agua, desvió su corriente hacia los pantanos. Al río, ya seco, lo excavó dos brazas, haciendo un profundo tunel como los que la tierra deja ver, que desembocara en los palacios de ambas orillas, y lo techó aproximadamente al nivel del lecho del río. Los cimientos y los muros del túnel quedaron asentados y, dado que el asfalto necesita agua para petrificarse y solidificarse, se hizo pasar el Éufrates sobre el techo, aún fresco, y así quedó asegurado el paso.

Los palacios están techados con bronce y de ellos salen resplandores. Las estancias de las mujeres y las de los hombres, así como los pórticos, están adornados, unos con plata, otros con tejidos de oro, otros con oro puro, como formando dibujos. Los adornos de los tejidos proceden de temas griegos; hay Andrómedas, Amímonas y Orfeos[66] por todas partes. Les gusta mu-

---

[65] Cf. JENOFONTE, *Anábasis* III 4, 11, que cita una reina del mismo nombre, si bien es probable que el nombre signifique «La Meda» y no sea un nombre propio.

[66] Las tres representaciones tienen de común que se trata en todos los casos de episodios situados en paisajes rocosos. Andrómeda es la muchacha salvada por Perseo del monstruo enviado por Posidón para devorarla, cuando estaba atada a una roca. Amímona es una hija de Dánao, amada por Posidón, que hizo brotar para ella una fuente de una peña. La representación de Orfeo es probablemente la más típica: Orfeo sentado en una roca, encantando a plantas y animales con su música.

cho Orfeo, quizá porque estiman su tiara y su calzón [67], que no su música ni sus cantos con los que cautivaba. Están también representados en los tapices Datis [68] tratando de arrebatarle Naxos al mar y Artafernes asediando Eretria, así como, de la temática de Jerjes, las victorias que afirmaba haber logrado. Están efectivamente la toma de Atenas, las Termópilas, y lo más típicamente medo: ríos arrebatados a la tierra, un puente sobre el mar y cómo fue taladrado el Atos [69].

Dicen que encontraron una estancia para hombres cuyo techo se había construido en cúpula, representando el aspecto de un cielo, y que estaba cubierto de lapislázuli (la piedra más azul y como el cielo para la vista) [70]. Las estatuas de los dioses en los que creen se levantan en lo alto, y se ven como figuras de oro, destacándose sobre el éter. Allí precisamente es donde el rey administra justicia. Cuatro torcecuellos de oro cuelgan del techo, como recuerdo de Adrastea [71], para que no se eleve sobre los hombres. Los Magos que frecuentan el palacio dicen que fueron ellos quienes los ajustaron, y los llaman lenguas de los dioses.

---

[67] La tiara es un símbolo del carácter divino, usado también por los reyes persas, y el calzón es propio del vestuario persa y escita. A Orfeo, como tracio que es, se le representa con él.

[68] Sobre el saqueo de Naxos por Datis, general de Darío, cf. Heródoto, VI 96 sigs.

[69] Se refiere a las complicadas obras de ingeniería de Jerjes en su expedición contra Grecia: cortar el istmo que unía el monte Atos a tierra y un puente de barcas sobre el Helesponto.

[70] Grimal, *Romans...*, pág. 1.509, con bibliografía, señala cómo el edificio aquí descrito corresponde a un tipo arquitectónico bien conocido por los persas e imitado por Nerón en su *Domus aurea.* La sala cupular pretendía ser una reproducción del universo, en cuyo centro se situaba el rey.

[71] Adrastea es la divinidad del destino; en cuanto a los torcecuellos, probablemente es una forma de designar a los grifos, que forman frecuentemente parte de la decoración persa.

26 Respecto a los Magos, Apolonio ha dicho lo suficiente: que en efecto tuvo relación con ellos, que aprendió algunas cosas y que se marchó tras haberles enseñado otras. Damis no sabe qué conversaciones tuvieron lugar entre nuestro hombre y los Magos, porque le había prohibido acompañarle cuando iba a verlos. Dice, en efecto, que visitaba a los Magos a mediodía y a medianoche, y que una vez le preguntó:

—¿Y los Magos, qué?

Y que él respondió:

—Sabios, pero no en todo.

Llegada a Babilonia

27 Pero eso, más tarde. Al llegar a Babilonia, el sátrapa a cargo de las grandes puertas, como sabía que se trataba de un viaje por afán de averiguación, le tiende una imagen de oro del rey; si alguien no se prosternaba, no era lícito que pasara. En todo caso, para un embajador del emperador de Roma no había ninguna necesidad de ello, pero al que llegaba de tierra de bárbaros o para visitar el país, si no presentaba sus respetos a la imagen, se le detenía deshonrosamente. Las obligaciones de los sátrapas entre los bárbaros eran bobadas de esta clase.

Pues bien, cuando Apolonio vio la imagen, dijo:

—¿Quién es éste? —y al oír que el rey, añadió—: Ése, ante el que vosotros os prosternáis, si fuera objeto de mis alabanzas por considerarle un hombre de bien, se sentirá grandemente recompensado.

Diciendo esto, pasó por las puertas. Admirado el sátrapa, lo siguió y, tomándolo de la mano, le preguntó a Apolonio por medio de un intérprete su nombre, su patria, a lo que se dedicaba y por qué les visitaba. Tras haber tomado nota de ello en un registro, así como de su vestido y aspecto, le ordenó que aguardara allí.

28 Tras acudir corriendo junto a los hombres que se consideraban los «oídos del Rey», les describe a Apo-

lonio, una vez que los puso en antecedentes de que ni quería prosternarse ni parecía un hombre corriente. Ellos le ordenan que lo traiga con respeto y sin hacerle violencia de ninguna clase.

Cuando llegó, el de más edad le preguntó en qué se basaba para menospreciar al rey. Y él dijo:

—Aún no lo he menospreciado.

—¿Y lo menospreciarías? —le preguntó de nuevo.

—Sí, por Zeus, si al tratar con él no lo hallo un hombre de bien.

—¿Llevas contigo entonces algún regalo para él? —y al decir Apolonio otra vez que el valor, la justicia y cosas por el estilo, dijo—: ¿Acaso en la idea de que no los tiene?

—No, por Zeus —dijo—, sino en la idea de que aprenda a usarlos, si los tiene.

—Pero fue usando de ellos —contestó— como recuperó para sí el reino que una vez perdió, y como restauró esta morada, no sin esfuerzo ni negligentemente.

—¿Y cuántos años hace que se volvió a instaurar en el poder?

—Hace ya dos meses —dijo— que comenzamos el tercer año [72].

---

[72] Esta referencia implicaría que nos hallamos en agosto del año 45 d. C. Los datos de Filóstrato respecto a Vardanes, con todo, no coinciden bien con los históricos, pues parece que hemos de aceptar el 45 d. C. como fecha de la muerte del rey, y en cambio Filóstrato nos dice que Apolonio, después de pasar con él un año y dos meses, y emplear en la visita a los Brahmanes unos quince años (su regreso, cf. III 58, debió producirse en una fecha próxima al 61 d. C. en el que se fecha la profecía del Istmo de Corinto a la que se alude en IV 24), se lo encuentra a su regreso. Grosso, «La Vita...», pág. 366, nota 2, observa que, después del primer encuentro, suele aludirse a Vardanes simplemente como «el rey», y piensa que Filóstrato debió sus-

Así pues, sosteniendo su opinión, como tenía por costumbre, dijo:

—Guardia de corps, o como quiera que deba llamársete. Darío, el padre de Ciro y Artajerjes, que conservó estos reinos creo que setenta años, se dice que al sospechar el final de su vida hizo un sacrificio a la Justicia y dijo: «Señora, quienquiera que seas», como quien ha deseado a la Justicia largo tiempo sin conocerla aún y sin creer que la poseía. Y a sus dos hijos los educó con tanta ignorancia que levantaron sus armas el uno contra el otro: el uno fue herido, el otro muerto por su hermano[73]. Tú, en cambio, piensas que ése, que probablemente no sabe aún ni sentarse en el trono real, ha reunido en sí todas las virtudes a la vez, y lo ensalzas, cuando eres tú, y no yo, el que recibes la ganancia si llega a ser mejor.

Mirando, pues, el bárbaro al que estaba junto a él, le dijo:

—Como un gran hallazgo nos trae aquí a este hombre alguno de los dioses, pues al tratar un buen hombre con otro bueno, nos hará al rey mucho mejor, más moderado y suave. Eso, efectivamente, se pone de manifiesto en este hombre.

Corrieron, pues, anunciándoles a todos la buena nueva de que ante las puertas del rey se hallaba un hombre sabio, griego y buen consejero.

---

tituir mecánicamente este «rey» de su fuente por Vardanes, en II 17 y en III 58. Con toda seguridad, a la vuelta de Apolonio reinaba ya Gotarces, el hermano de Vardanes.

[73] En la batalla de Cunaxa, narrada por Jenofonte en la *Anábasis*.

Entrevistas de Apolonio y Vardanes

29 Cuando le fueron comunicadas al rey estas nuevas, se hallaba celebrando un sacrificio en presencia de los Magos, pues los ritos religiosos se llevan a cabo bajo su supervisión. Tras llamar a uno de ellos, le dijo:

—Se cumple el sueño que te conté hoy cuando me atendías en el lecho.

El sueño, que en efecto se le había presentado al rey, era el siguiente: le pareció que era Artajerjes, el hijo de Jerjes, y que había cambiado su figura en la de él. Estaba muy asustado, no fuera que sus asuntos abocaran ya a un cambio, interpretando así el cambio de figura. Pero cuando oyó decir que el que había llegado era griego y sabio, le vino a la memoria Temístocles el ateniense que, venido de Grecia en tiempos, llegó a convivir con Artajerjes y lo hizo muy digno de su estima y se hizo merecedor del mismo trato[74]. Así que, alzando su diestra, dijo:

—Llámalo, pues sería el mejor de los comienzos si me acompañara en el sacrificio y en la súplica.

30 Entró, pues, escoltado por una muchedumbre, pues pensaban que esto también agradaría al rey, enterados de que se alegraba de su llegada. Al atravesar el palacio, no se fijó en ninguna de sus maravillas, sino que lo atravesaba como quien va de camino. Incluso llamando a Damis, le dijo:

—Me preguntabas ayer cuál era el nombre de la mujer panfilia que se dice que trató a Safo y compuso

[74] Efectivamente, al ser condenado al ostracismo y desterrado de Atenas en el año 471 a. C., Temístocles se dirigió primero a Argos y al Peloponeso; pero, perseguido por los atenienses y los espartanos, acabó por marchar a la corte de Susa, donde, tras la muerte de Jerjes, en el 465, reinaba Artajerjes. Temístocles entabló gran amistad con Artajerjes, quien llegó a regalarle la renta de tres ciudades: Magnesia, Lámpsaco y Miunte.

los himnos que cantan en honor de Ártemis de Perga[75], al modo eolio y panfilio.

—Te lo pregunté —dijo—, pero no me dijiste su nombre.

—No te lo dije, amigo, pero te expliqué las melodías de los himnos y sus nombres y cómo traspuso lo eolio a las claves más altas y a lo propiamente panfilio. Luego de eso pasamos a otra cosa y no me preguntaste ya el nombre. Pues bien, esa diestra mujer se llama Damófila[76] y se dice que a la manera de Safo tuvo como amiga a dos muchachas y compuso poemas eróticos e himnos. El de Ártemis fue también compuesto por ella y el canto deriva de las odas sáficas.

Efectivamente, hasta qué extremo distaba de sentirse intimidado por el rey y su fausto lo evidenciaba al no considerar tales cosas dignas de sus ojos, sino hablar de otras cosas y no pensar en ver aquellas en absoluto.
31 Al verlo el rey cuando se le acercaba, pues el vestíbulo del templo tenía una longitud considerable, comentaba con sus allegados como si reconociera a nuestro hombre, y cuando ya se hallaba cerca, dijo en voz muy alta:

—Ése es Apolonio, al que Megábates[77], mi hermano, dice que vio en Antioquía, admirado y venerado por las personas virtuosas. Me lo describió entonces tal como viene.

Cuando se acercó y lo saludó, el rey le habló en lengua griega y le invitó a que celebrara el sacrificio en su compañía. Un caballo blanco, niseo legítimo[78], era

[75] Perga es una ciudad de Panfilia, en la costa meridional de Asia Menor.

[76] Es esta la única referencia que poseemos de esta poetisa. Cf. Pauly-Wissowa, *R. E.*, s. v. *Damophila.*

[77] Megábates es, con toda probabilidad, una invención de Filóstrato. El único hermano conocido del rey Vardanes fue Gotarces, al que, por cierto, nunca se menciona en esta obra.

[78] Heródoto, III 106, nos menciona también estos caballos ni-

lo que se disponía a sacrificar al Sol, enjaezado con testeras como para una procesión. Y él, en respuesta, le dijo:

—Celebra tú el sacrificio, rey, a tu manera, y a mí permíteme celebrarlo a la mía.

Y, tomando un puñado de incienso, dijo:

—Sol, envíame a un lugar de la tierra tan distante como a ti y a mí nos parezca, y que llegue a conocer hombres de bien; a los malvados, en cambio, que no llegue a conocerlos, ni ellos a mí.

Tras decir esto, echó el incienso al fuego, observando cómo se levantaba, cómo se enturbiaba y cuántas crestas lanzaba. Captando en cierto modo el sentido del fuego, cómo aparecía de buen agüero y puro, dijo:

—Celebra el resto del sacrificio, rey, de acuerdo con tus propias tradiciones, pues mis tradiciones son éstas.

Se alejó del sacrificio para no participar en el de- 32
rramamiento de sangre. Después del sacrificio, se acercó y dijo:

—Rey, ¿conoces la lengua griega por entero o un poco de ella, para hacerte entender más o menos y no parecer descortés si llega algún griego?

—Por entero —contestó—, igual que la de mi país. Habla de lo que quieras, pues seguramente por eso lo preguntas.

—Por eso —dijo—. Escucha, pues. El objeto de mi viaje es la India, pero no tenía la intención de pasar de largo por aquí, ya que he oído decir de ti que eras un hombre de verdad, como veo ya de primeras, además

---

seos, esto es, de la ciudad de Nisea (identificable con la Nicaya de la inscripción de Behistun), situada en la Media sudoccidental, en una extensa llanura en la que aún hoy pastan manadas de caballos semejantes a aquéllos. Los caballos niseos eran muy afamados por su potencia, resistencia y velocidad. Por otra parte, el sacrificio de caballos al Sol es una práctica religiosa persa tópicamente aludida por los griegos.

de que estaba deseoso de examinar la sabiduría propia de vuestro país practicada por los Magos, si es que respecto a lo divino son sabios, como dicen. Mi sabiduría es la de Pitágoras, un hombre de Samos, que me ha enseñado a honrar a los dioses de este modo y a estar en su compañía, visibles o no visibles, a frecuentar la conversación de los dioses y a vestirme con esta lana de la tierra, pues no la ha llevado encima un animal, sino que nace pura y de cosas puras, don del agua y de la tierra, el lino. Esto mismo de dejarme crecer la cabellera, lo practico por Pitágoras, y el mantenerme puro del alimento de animal me viene también de la sabiduría de aquél. Por tanto, no podría ser ni acompañante de la bebida ni compañero en la ociosidad o la molicie, ni tuyo, ni de ningún otro, pero a tus preocupaciones arduas y difíciles de aclarar podría darte soluciones; ya que no sólo conozco lo que hay que hacer, sino también lo preveo.

Esta es la conversación que Damis afirma que mantuvo nuestro hombre, y Apolonio nos la ha dejado en forma de carta, además de que resumió también otras cosas en sus cartas de lo dicho por él en la conversación.

33 Como el rey le dijo que se alegraba y sentía más satisfacción por su llegada que si se hubiera ganado los bienes de los persas y de los indios además de los suyos, y que lo hacía su huésped y partícipe del techo real, le dijo:

—Si yo, rey, te pidiera a ti al venir a mi patria, a Tiana, que vivieras donde yo, ¿querrías vivir allí?

—No, por Zeus —dijo—, a no ser que fuera a vivir en una casa lo suficientemente grande como para acoger de un modo fastuoso a mis lanceros y guardias de corps y a mí mismo.

—Pues el mismo —repuso— es el argumento por mi parte, pues si voy a vivir de un modo superior al mío,

lo pasaré mal, pues lo excesivo aflige a los sabios más que a vosotros lo escaso. Que me albergue, pues, un particular que tenga lo que yo, y yo te visitaré cuanto quieras.

Consintió el rey, no fuera a hacerle algo desagradable sin darse cuenta, así que él se fue a vivir con un hombre de Babilonia honrado y por demás noble.

Cuando aún se hallaba comiendo, se presenta un eunuco de los que llevan los mensajes, y dirigiéndole la palabra a nuestro hombre, le dijo:

—El rey te obsequia con diez regalos y te concede la facultad de decirle cuáles; pero requiere que no le pidas cosas pequeñas, pues desea demostrar su generosidad contigo y con nosotros.

Tras elogiar el mensaje, le preguntó:

—¿Cuándo tengo que pedirlos, pues?

—Mañana —le contestó, y enseguida fue a visitar a todos los amigos y allegados del rey, encargándoles que estuvieran presentes cuando nuestro hombre hiciera la petición y fuera gratificado.

Discusiones con Damis: los eunucos, la pobreza

Damis dice que pensaba que no pediría nada, dado que había estudiado su carácter y que sabía que suplicaba a los dioses la siguiente súplica: «dioses, concededme tener poco y no necesitar nada». Sin embargo, al verlo preocupado y semejante a quien está reflexionando, pensaba que iba a hacer una petición, pero sopesaba lo que iba a pedir. Y ya a la caída de la tarde, dijo:

—Damis, estoy considerando conmigo mismo por qué los bárbaros consideran a los eunucos castos y los dejan entrar en los gineceos.

—Pero eso, Apolonio —contestó—, incluso para un niño es evidente, pues dado que la amputación les impide tener relaciones sexuales, les están abiertos los

gineceos, incluso en el caso de que quisieran acostarse con las mujeres.

—¿Y crees —dijo— que se les ha amputado el amar o el tener relaciones con las mujeres?

—Ambas cosas —replicó—, pues si se extirpa el miembro por el que el cuerpo se ve acicateado, el amar ni siquiera se le ocurrirá a ninguno.

Y él, después de una breve pausa, dijo:

—Mañana, Damis, podrás aprender que incluso los eunucos aman, y el deseo que precisamente les penetra por los ojos no se extingue en ellos, sino que permanece cálido y ardiente. En efecto, tiene que ocurrir algo que refutará tu aserto. Además, si existiese un medio humano tiránico y capaz de expulsar tales cosas de la voluntad, me parece que a los eunucos nunca habría que añadirlos a la lista de caracteres propios de los castos, obligados como están a la castidad y forzados por un medio violento a no amar. Pues castidad es que lo que está deseoso e impulsado no ceda al sexo, sino que lo rechace y se muestre más poderoso que esta locura.

Respondiéndole, pues, Damis le dijo:

—Eso ya lo examinaremos en otra ocasión, Apolonio. Es lo que es preciso responder mañana al ofrecimiento del rey, que es espléndido, lo que conviene considerar. Quizás no te propongas pedir nada, mas debes tener cuidado y velar por que no parezca que declinas lo que el rey te dé por otra clase de eso que llaman humos, considerando en qué lugar de la tierra estás y que nos hallamos en sus manos. Es necesario guardarse de las acusaciones de que te dejas llevar por el menosprecio y comprender que ahora tenemos medios suficientes como para llegar hasta la India, pero que para volver de allí no serían suficientes, y no tendríamos otros.

Y por estos medios trataba de halagarlo para que no 34
rehusara tomar lo que se le diera. Y Apolonio, como por ayudarlo en su argumentación, le dijo:

—¿Vas a omitir unos ejemplos, Damis? Entre los que son posibles: que Esquines, hijo de Lisanias, fue a Sicilia junto a Dionisio a por dinero. Platón, se dice que recorrió tres veces Caribdis a por la riqueza de Sicilia. Aristipo de Cirene, Helicón de Cízico y Fitón de Region[79], cuando estaba en el exilio, tanto se hundieron en los tesoros de Dionisio, que a duras penas pudieron arrancar de allí. Es más, también dicen que Eudoxo de Cnido[80], que llegó en tiempos a Egipto, reconoció que había ido a por dinero y que conversó con el rey al respecto. Para no calumniar a más: dicen que Espeusipo[81], el ateniense, llegó a ser tan codicioso, que se fue de jarana a Macedonia a la boda de Casandro, tras haber compuesto unos poemas fríos, y que los cantó en público por dinero. Yo pienso, Damis, que el hombre sabio se arriesga más que los navegantes y los comba-

---

[79] Menciona Filóstrato una serie de casos de griegos famosos atraídos por la fortuna de los tiranos de Sicilia. Esquines fue un discípulo de Sócrates, que fue acogido por Dionisio, el tirano de Siracusa. La aventura de Platón aquí mencionada es su intento de llevar a la práctica su República de Filósofos en Sicilia, narrado en la platónica *Carta Séptima* (sobre Caribdis, cf. nota 329 a V 11). Aristipo de Cirene fue el fundador del hedonismo, también acogido y agasajado por Dionisio, y Helicón de Cízico fue un matemático y astrónomo de la escuela de Eudoxo, gratificado por Dionisio el joven por su predicción de un eclipse de sol en mayo del 361 a. C. En cuanto a Fitón de Region, cf. lo que el propio Filóstrato dice de él en VII 2.

[80] Eudoxo de Cnido es un filósofo de la Academia antigua, discípulo de Platón y especializado en astronomía y ciencias de la naturaleza, que residió muchos años en Egipto.

[81] Espeusipo fue un filósofo ateniense, sobrino y discípulo de Platón y su sucesor en la dirección de la Academia. Casandro fue uno de los generales de Alejandro Magno, que participó activamente en las guerras que enfrentaron a aquéllos por la herencia territorial del Macedonio.

tientes en armas, pues la envidia avanza contra él, callado o hablando, esforzado o perezoso, tanto si pasa por alto algo como si se acerca a alguien, le dirija la palabra o no se la dirija. Es preciso que el hombre en cuestión se atrinchere y comprenda que el sabio vencido por la pereza, la ira, el amor o la afición a la bebida, o el que obra de forma más resuelta que la oportuna, quizá pudiera obtener perdón, pero si se entrega a las riquezas, no podría obtener perdón, sino que sería odiado como si hubiese combinado todas las maldades a la vez, pues no habría sido dominado por el dinero si no hubiese sido dominado por el vientre, por el vestido de moda, por el vino y por el dejarse llevar con prostitutas. Tú quizá pienses que el pecar en Babilonia es menos grave que en Atenas, en Olimpia o en Pito [82], y no consideras que para un hombre sabio todo es Grecia y que el sabio no considerará ni estimará ningún país ni desierto ni bárbaro, viviendo bajo los ojos de la virtud. Él mira a pocos hombres, pero es mirado por diez mil ojos. Si tú, Damis, trataras con un atleta de esos que se ejercitan en el pugilato y en el pancracio, ¿le pedirías que fuera noble y bueno si compitiera en los Juegos Olímpicos o, si fuera a Arcadia y también, por Zeus, si fuera a los Píticos o a los Nemeos [83], que ejercitara su cuerpo porque son unos juegos famosos y sus estadios atraen la atención de Grecia, y si en cambio Filipo celebrara unos sacrificios olímpicos después de haber tomado unas ciudades, o su hijo Alejandro, en honor de sus propias victorias, celebrara una competición, le pedirías que ejercitara su cuerpo ya de peor manera y que no tuviese afán de victoria porque va

[82] Esto es, Delfos.

[83] En Delfos se celebran también juegos, en honor de Apolo, denominados Juegos Píticos, y en Nemea tenían lugar otros juegos, los Nemeos. Sólo faltan los del Istmo para completar el catálogo de los juegos más importantes de Grecia.

a competir en Olinto, en Macedonia o en Egipto y no en Grecia y en los estadios de allí?

Por estas palabras Damis afirma que quedó tan impresionado como para taparse la cara por lo que se le había ocurrido decir, y pedirle a Apolonio que le perdonara si por no conocerlo aún le impulsó a tal consejo y convencimiento. Y él, interrumpiéndole, le dijo:

—Ánimo, pues no te he dicho esto por reprenderte, sino por darte mi propia versión.

Petición sobre los eretrios

Al llegar el eunuco e invitarle a ir a presencia del rey, le dijo: 35

—Iré tan pronto como haya cumplido mis obligaciones con los dioses.

Tras haber efectuado un sacrificio y formulado una plegaria, partió, atrayendo hacia sí las miradas y la admiración por su aspecto. Cuando entró, el rey le dijo:

—Te doy diez obsequios, por considerarte un hombre como nunca llegó aquí ninguno desde Grecia.

Y él, como respuesta, le dijo:

—No te los voy a rehusar todos, rey, sino que te pediré ardientemente uno sólo que prefiero a muchas decenas —y enseguida le contó el asunto de los eretrios [84], comenzando por Datis. Y añadió—: Te suplico, pues, que esos infelices no se vean privados de sus límites y de la colina, sino que cultiven el pedazo de tierra que Darío les asignó, pues es terrible que, expulsados de la suya, no vayan a tener ni la que tienen en su lugar.

Así pues, consintiendo en ello, dijo el rey:

—Los eretrios, hasta el día de ayer, eran mis enemigos y los de mis padres, porque una vez alzaron sus armas contra nosotros, y no nos preocupábamos porque su raza desapareciera. Pero en el futuro constarán

[84] Cf. I 24.

en la lista de mis amigos y será su sátrapa un hombre de bien que hará justicia a la región. Pero —añadió— ¿por qué no vas a tomar los otros nueve obsequios?

—Porque aún no he adquirido amigos aquí, rey —contestó.

Y al decirle el rey:

—¿Y tú mismo no necesitas nada?

—Frutos secos —contestó— y panes, para darme un grato y espléndido banquete.

36 *El eunuco enamorado*

Mientras charlaban de estas cosas el uno con el otro, se extendió por el palacio un griterío de eunucos y mujeres a la vez. Había sido sorprendido, en efecto, un eunuco con una de las concubinas del rey, acostado con ella y actuando como los adúlteros, así que lo llevaban a rastras los guardianes del gineceo tirándole del cabello, al modo en que son arrastrados los esclavos del rey. Cuando el más viejo de los eunucos dijo que se había dado cuenta hacía tiempo de que estaba enamorado de la mujer y que le había prohibido que hablara con ella, que le tocara el cuello o una mano, así como que la ayudara a arreglarse —sólo a aquélla de las de dentro—, pero que ahora se le había hallado acostado con ella y comportándose como un verdadero varón con la mujer, Apolonio miró a Damis, dado que había quedado demostrado el tema que habían estado tratando acerca de que incluso los eunucos realmente se enamoran. Y el rey dijo a los presentes:

—Sería vergonzoso, varones, que en presencia de Apolonio nos opinase acerca de la castidad otro que no él. ¿Qué nos recomiendas, Apolonio, que hagamos con él?

—¿Qué otra cosa, sino que viva? —dijo, respondiendo contra lo que todos se esperaban.

Enrojecido, el rey le dijo:

—¿Acaso no es digno de muchas muertes, al deslizarse de ese modo en mi propio lecho?

—No por perdón, rey, he dicho eso —contestó—, sino como castigo que lo consumirá, pues si va a seguir con vida, enfermo y deseoso de imposibles, no le darán placer ni alimentos ni bebidas, ni los espectáculos que te divierten a ti y a los que conviven contigo. Y le dará vuelcos el corazón a menudo, despertándose de su sueño, eso que dicen que les ocurre con la mayor frecuencia a los amantes. ¿Qué tisis lo consumirá tanto, qué hambre le debilitará tanto las entrañas? Y si no es uno de los aferrados a la vida, rey, te pedirá alguna vez que lo mates o se dará muerte a sí mismo, lamentando profundamente este día de hoy en el que no murió enseguida.

Tal fue la respuesta de Apolonio, y tan sabia y humana, que el rey libró de la muerte al eunuco.

Consejos a Vardanes

Una vez que el rey se disponía a ir 37
a una cacería de los animales de los parques en los que los bárbaros tienen leones, osos y panteras[85], invitó a Apolonio a que lo acompañara en la caza, pero él dijo:

—¿Te has olvidado, rey, de que no te acompaño a los sacrificios? Con mayor razón no me es grato atacar a animales maltratados y sometidos a esclavitud contra su propia naturaleza.

Y preguntándole el rey cómo podría gobernar de forma estable y segura, le dijo:

—Estimando a muchos, pero confiando en pocos.

---

[85] Parques como éste los describen frecuentemente los autores griegos, por ejemplo JENOFONTE, *Anábasis* I 2, 7, etc. Precisamente la palabra griega que los designa, *parádeisos* (que luego serviría para denominar asimismo el Paraíso), es un préstamo del avéstico *pairidaeza*, que significa «lugar rodeado de un muro».

En una ocasión llegó una delegación del gobernador de Siria [86] acerca de unas aldeas, creo que dos, vecinas del Puente, y afirmaba que habían estado sometidas antaño a Antíoco y Seleuco [87], pero que ahora, bajo su gobierno, pertenecían a los romanos, y que los árabes y los armenios no molestaban a las aldeas, pero que él, tras recorrer una distancia tan larga, les cobraba tributo como si fuesen suyas más que de los romanos [88]. El rey, tras hacer salir a los delegados, le dijo:

—Esas aldeas, Apolonio, las otorgaron a nuestros antepasados los reyes que han mencionado, para el sustento de las fieras que, cazadas por nosotros, les enviamos a través del Éufrates. Pero ellos, como si se hubieran olvidado de ello, reclaman alteraciones y además, injustas. Así pues, ¿cuál te parece que es el propósito de la delegación?

—Uno moderado —contestó— y lógico, rey, si eso que pueden obtener incluso contra tu voluntad, ya que se halla en su territorio, quieren obtenerlo mejor con tu consentimiento—. Y añadía que por unas aldeas, más grandes que las cuales las poseían seguramente incluso particulares, no debía disputar con los romanos e iniciar una guerra, ni siquiera por motivos mayores.

Otra vez que fue a visitar al rey enfermo, le expuso tantos y tan divinos discursos acerca del alma, que el rey se recobró y les dijo a los que le rodeaban:

---

[86] Siria era la provincia romana que se extendía hasta el Éufrates, pasado el cual comenzaba el imperio parto. Recuérdese que el Puente (Zeugma) era el lugar obligado de paso, cf. I 20.

[87] Reyes de Siria, sucesores de Alejandro Magno. Los romanos anexionaron la provincia de Siria en el s. I a. C.

[88] Alude a este episodio asimismo TÁCITO, *Anales* XI 10, 1, quien nos da el nombre del gobernador, Vibio Marso, que lo fue entre el 42 y el 45, lo que coincide bien con la fecha que suponemos para el viaje de Apolonio e implica en este caso buena documentación de Filóstrato sobre el tema.

—Apolonio no sólo ha conseguido que desprecie la realeza, sino incluso la muerte.

En una ocasión, el rey le estaba enseñando el túnel 38
bajo el Éufrates y le dijo:

—¿Qué te parece este prodigio?

Apolonio, mostrando su desprecio por la portentosa obra, le contestó:

—El prodigio habría sido, rey, si a través de un río tan profundo e invadeable caminaseis a pie.

Y cuando le enseñaba los muros de Egbátana y afirmaba que eran una residencia propia de dioses, contestó:

—No es en absoluto residencia propia de dioses, y no sé si de hombres, pues los lacedemonios, rey, habitan una ciudad sin murallas.

Otra vez que el rey había juzgado un proceso entre unas ciudades y se vanagloriaba ante Apolonio de que había atendido al proceso durante dos días, éste le dijo:

—Tarde encontraste lo justo.

Y en una ocasión en que los tributos del país sometido llegaron en gran cantidad, tras abrir sus tesoros, le mostró al sabio su dinero, tratando de inducirlo al deseo de la riqueza. Pero él, sin admirarse por nada de lo que vio, dijo:

—Para ti, rey, eso es dinero, pero para mí, paja.

—Entonces, ¿qué es lo que tengo que hacer para hacer buen uso de él?

—Gastarlo —dijo—, pues eres rey.

Después de haberle dicho al rey muchas cosas de 39
este estilo y cuando lo halló dispuesto a llevar a la práctica lo que le había aconsejado, y además teniendo ya por suficiente la relación con los Magos, dijo:

—Ea, Damis, vayamos a la India, pues los que llegaron en su travesía junto a los Lotófagos[89] se vieron apartados de sus hábitos nativos por culpa de la comida, y nosotros, que no hemos gustado de nada de lo de aquí, llevamos más tiempo del lógico y adecuado.

—También a mí —dijo Damis— me lo parece, incluso más que a ti. Y puesto que tenía presente el tiempo que observaste en la leona[90], esperaba a que llegara a término. Pero todavía no ha transcurrido por entero, pues llevamos sólo un año y cuatro meses. Si nos pusiéramos ya en camino, ¿estaría bien?

—El rey no nos dejará, Damis —contestó—, antes de que haya pasado el octavo mes, pues ya ves seguramente que es un hombre de bien y demasiado bueno para gobernar a bárbaros.

Despedida del rey

40 Cuando decidió, por fin, partir y el rey les permitió que se marcharan, se acordó Apolonio de los obsequios que había dejado para cuando llegara a tener amigos, y dijo:

—Rey excelente. Aún no he hecho nada en beneficio de mi huésped y les debo una recompensa a los Magos. Así pues, atiéndelos tú y muéstrate generoso en mi nombre con varones sabios y muy leales a ti.

Así que el rey, más que contento, dijo:

—Mañana te los mostraré envidiables y cubiertos de grandes honores. Y puesto que tú no necesitas nada mío, deja que ellos —señalando a los que estaban con Damis— obtengan de mí dinero y lo que quieran.

Así que, cuando ellos rehusaron la proposición, Apolonio dijo:

---

[89] Pueblo mítico, mencionado en *Odisea* IX 82 sigs., que se alimenta del fruto del loto. Cualquiera que llegara a su país y comiera de este fruto se olvidaba de volver a su patria y deseaba quedarse allí para siempre.

[90] Cf. I 22.

—¿Ves, rey, cuántas son mis manos y qué semejantes unas a otras?

—Pero por lo menos llévate un guía —dijo el rey— y camellos en que montaros, pues la longitud del camino es demasiada para hacerlo todo a pie.

—Eso, sea, rey —contestó—, pues dicen que el camino es intransitable si no se va montado así. Además, ese animal es de buen comer y fácil de apacentar donde no hay hierba. También hará falta, creo, abastecerse de agua y llevarla en odres, como el vino.

—En tres días —dijo el rey— la región no tiene agua. Luego hay gran abundancia de ríos y fuentes. Pero tendrás que tomar el camino hacia el Cáucaso; allí los recursos son abundantes, y la región, amiga.

Y al preguntarle el rey qué iba a traerse de allí, dijo:

—Un grato obsequio, rey, pues si la convivencia con esos hombres me hace más sabio, volveré mejor de lo que soy ahora.

El rey lo abrazó cuando dijo eso, y le contestó:

—Ojalá vuelvas, pues ese sí sería un gran obsequio.

LIBRO II

SINOPSIS

Viaje por el Cáucaso y el Tauro (1-4).
Discusión con Damis sobre la proximidad del cielo (5).
Los nativos del río Cofén y el vino de palma (6-7).
Santuario de Dioniso en Nisa; la peña de Aorno (8-10).
Características de los elefantes (11-16).
Llegada al Indo (17-19).
Taxila y la historia del rey Poro (20-21).
Disquisiciones sobre la pintura (22).
Llegada a Taxila y entrevista con Fraotes (23-28).
Fraotes y el aprendizaje de la filosofía entre los indios (29-32).
Conversaciones con el rey (33-34).
Ventajas de no beber vino (35-38).
El pleito por el hallazgo de un tesoro (39).
Despedida de Fraotes (40-41).
Continuación del viaje (42-43).

Viaje por el Cáucaso y el Tauro

De allí parten al filo del verano los viajeros y su guía. Tenían un palafrenero de los camellos, y las provisiones, cuantas necesitaban, eran abundantes, obsequio del rey. La región por la que atravesaban era fértil y las aldeas los acogían con grandes atenciones, pues el primer camello llevaba una barbada de oro sobre la frente para dar a conocer a cuantos se encontraban con ellos que el rey les enviaba a uno de sus amigos. Al acercarse al Cáucaso dicen que notaban la tierra más fragante. 1

Este monte podemos considerarlo el comienzo del Tauro[91], que se extiende a través de Armenia y Cilicia hasta Panfilia y el Mícale[92], el cual, dado que termina en la parte del mar que habitan los carios, podría considerarse el extremo del Cáucaso, pero no, como dicen algunos, su principio, pues la altura del Mícale no es muy considerable, y los picos del Cáucaso son tan elevados que el sol se hiende en dos partes al cruzar por ellos. Circunda con el resto del Tauro toda la Escitia fronteriza con la India por la Meótide y la costa izquierda del Ponto[93]; una distancia de casi veinte mil estadios, pues tan grande es la extensión de tierra que cierra el recodo del Cáucaso. 2

[91] La geografía que se describe, como puede comprobarse, dista mucho de ser exacta.

[92] El Mícale es la punta extrema de Asia Menor, frente a Samos.

[93] La llamada en la antigüedad Laguna Meótide es el Mar de Azov. El Ponto es el Mar Negro.

Lo que se dice acerca de la parte del Tauro que hay en nuestro país, a saber, que avanza más allá de Armenia, cosa largo tiempo puesta en duda, lo garantizan de una vez para siempre las panteras que sé que se capturan en la región de Panfilia que produce especias. En efecto, les agradan las especias y, al percibir los olores desde lejos, vienen periódicamente desde Armenia a través de los montes a por las gotas de estoraque, cada vez que los vientos soplan desde allí y los árboles se ponen lechosos. Dicen además que una vez fue capturada en Panfilia una pantera junto con un collar que traía en torno al cuello. Era de oro y tenía escrito en caracteres armenios: *El rey Arsaces al dios Nisio.* El rey de Armenia era entonces efectivamente Arsaces [94] y él, pienso, al ver a la pantera la había dejado en libertad en honor a Dioniso por la corpulencia de la fiera. Porque Nisio, de Nisa, en la India, es como se llama a Dioniso por los indios y por todos los pueblos de oriente. La pantera estuvo sometida por algún tiempo al hombre y permitía que una mano la tocara y acariciara, pero cuando la primavera la espoleó, cuando precisamente se ven dominadas por el sexo incluso las panteras, se echó al monte por el deseo de machos, según estaba adornada con el collar, y fue capturada cerca del Tauro Inferior, atraída por la especia. El Cáucaso limita, pues, India y Media y se extiende hasta el Mar Rojo [95] en otro recodo.

3 El monte constituye para los bárbaros un tema de leyendas, que también los griegos cantan sobre él: que Prometeo [96], por su amor a la humanidad, fue atado

---

[94] Arsaces fue el fundador del imperio parto, tras derrotar a Andrágoras, sátrapa de Partia e Hircania, en el 247 a. C. La capital de la nueva dinastía fue Nisa, próxima a la actual Ashkabad, en el Turkmenistán soviético.

[95] Aquí se entiende por Mar Rojo el Golfo Pérsico.

[96] Prometeo fue un Titán castigado por Zeus por su amor a

allí y que otro Heracles (pues evidentemente no pretenden que sea el tebano) no lo toleró, sino que asaeteó al ave a la que Prometeo alimentaba con sus entrañas. Unos dicen que estuvo atado en una cueva que, efectivamente, se muestra en las estribaciones del monte. Incluso las cadenas, dice Damis que están aún colgadas de las rocas, de un material no fácil de determinar. Otros dicen que en la cima del monte. La cima es de doble cumbre y dicen que tuvo las manos atadas a éstas, aunque están a una distancia no menor de un estadio, tan grande era en efecto[97].

Al ave, el águila, los que habitan en el Cáucaso la consideran enemiga, y cuantos nidos hacen las águilas en las rocas los queman, arrojándoles dardos encendidos, y les ponen lazos, asegurando que vengan a Prometeo, pues hasta tal punto están dominados por el mito.

4 Una vez que pasaron el Cáucaso, afirman que vieron hombres de cuatro codos que eran ya negros, y otros de cinco codos, cuando pasaron el río Indo. En el camino hasta este río encontraron digno de referencia lo siguiente: Caminaban efectivamente bajo una luna brillante y se les presentó la aparición de una *empusa*[98],

---

la humanidad, concretado, entre otras cosas, por haberles enseñado el uso del fuego. El tema de Prometeo se halla tratado ya por Hesíodo y, entre otras numerosas obras, en la tragedia esquílea *Prometeo encadenado*. El castigo consistía en que, atado en el Cáucaso, un águila le comía a diario el hígado y éste volvía a crecerle por la noche.

[97] Características de estos semidioses es su elevada estatura, cf. los casos de Tántalo, en III 25; Aquiles, en IV 16, y la existencia de gigantes, asegurada por la aparición de esqueletos de gran tamaño, en V 16. Asimismo cf. *Heroico* 137.15 a 140.23; el trabajo de K. S. EITREM, «Zu Philostrats Heroikos», *Symb. Osl.* 8 (1929), pág. 55, y MANTERO, *Ricerche*..., pág. 86.

[98] La *empusa* (término que he preferido dejar sin traducir) es una especie de vampiro sediento de sangre y capaz de adoptar

que se vuelve ya una cosa, ya otra, y que desaparece. Apolonio advirtió lo que era, así que se puso a insultar a la *empusa* él mismo y encargó a los que iban con él que hicieran lo mismo, pues este es el remedio contra tal irrupción. La aparición se dio a la fuga chillando como los fantasmas.

Discusión con Damis sobre la proximidad del cielo

5 Mientras sobrepasaban la cima del monte y lo atravesaban a pie, pues era muy abrupta, le hizo a Damis la siguiente pregunta:

—Dime —dijo— ¿dónde estábamos ayer?

—En la llanura —le contestó él.

—Y mañana, ¿dónde?

—En el Cáucaso —respondió— si no estoy completamente equivocado.

—Por consiguiente, ¿cuándo estabas más abajo? —le preguntó de nuevo.

—Eso no es digno ni de preguntarse —dijo—, pues ayer marchábamos por el fondo del valle y hoy estamos cerca del cielo.

—¿Entonces crees, Damis —dijo—, que el camino de ayer era por abajo y el de hoy por lo alto?

—Sí, por Zeus —contestó—, si es que no estoy loco.

—¿En qué estimas entonces —dijo— que difieren entre sí los caminos, o qué tiene para ti de más el de hoy que el de ayer?

—Que ayer —dijo— caminaba por donde muchos, y hoy, por donde pocos.

—¿Y qué, Damis —añadió—, no le es posible a quien en una ciudad se aparta de los caminos reales, caminar entre pocos hombres?

---

formas diferentes, perteneciente al círculo de Hécate y las divinidades infernales.

—No dije eso —contestó—, sino que ayer marchábamos entre aldeas y hombres y hoy subimos a una región no hollada y divina, pues ya oyes decir al guía que los bárbaros la tienen por morada de dioses —y al mismo tiempo miraba hacia la cima del monte.

Pero él, llevándolo de nuevo a lo del principio, le preguntaba:

—¿Puedes decir entonces, Damis, lo que has comprendido de lo divino al caminar cerca del cielo?

—Nada —contestó.

—Pues deberías —dijo—, situado como estás sobre un artificio de tal calibre y divino, exponer opiniones, más claras ya, acerca del cielo, del sol y de la luna, a los que seguramente pensabas que ibas a tocar con un palo, próximo como estabas a este cielo.

—Lo que sabía ayer acerca de lo divino —respondió— es lo que sé también hoy y aún no se me ha ocurrido otra opinión al respecto.

—Por consiguiente, Damis —dijo—, todavía te encuentras abajo y no has logrado nada de la altura; estás tan lejos del cielo como ayer. Así que con razón te preguntaba lo de antes, pues tú creías que te lo preguntaba de broma.

—Y tanto —dijo—. Yo creía que iba a bajar más sabio; pues he oído decir, Apolonio, que Anaxágoras de Clazómenas había examinado los cuerpos celestes desde el Mimante[99] en Jonia y Tales de Mileto desde el Mícale, próximo a su hogar. Dicen también que algunos han usado el Pangeo[100] como lugar de meditación, y otros, el Atos. En cambio yo, que he subido a una altu-

[99] El Mimante es un promontorio o islote rocoso de la costa jonia, al sur de Quíos. Es verosímil que Anaxágoras observara desde allí los fenómenos relacionados con la caída de meteoritos en Egospótamos, mencionada en I 2.

[100] Un monte de Tracia. El Atos es un macizo calcáreo, de 1.935 m. de altura, al extremo de la península Calcídica.

ra mayor que esas no bajaré más sabio en nada de lo que era.

—Aquellos tampoco —le dijo—. Pues tales puestos de observación dejan ver un cielo más azul, los astros más grandes y al sol saliendo de la noche, cosas que también son evidentes incluso para pastores y cabreros. Pero cómo se ocupa lo divino del género humano y cómo se alegra velando por él, ni qué es la virtud y qué la justicia y la templanza son cosas que no enseñará a los que suban a él ni el Atos ni el Olimpo, admirado por los poetas, a no ser que las vea el alma, que, si pura e inmaculada se dedicara a ello, podría demostrar que vuela mucho más alto que este Cáucaso.

Los nativos del río Cofén y el vino de palma

6 Al cruzar el monte se encuentran en seguida a unos hombres montados sobre elefantes. Están estos a mitad de camino entre el Cáucaso y el río Cofén[101], malviviendo como jinetes de este rebaño. A algunos también los llevaban camellos de los que usan los indios para trayectos rápidos; avanzan mil estadios por día sin doblar la rodilla en ninguna parte. Entonces un indio que montaba en un camello de éstos le preguntó al guía a dónde se encaminaban y cuando oyó el objetivo del viaje, se lo comunicó a los nómadas. Estos prorrumpieron en gritos, como muy alegres, les invitaron a acercarse y cuando se aproximaron, les ofrecieron un vino que elaboran de los dátiles, miel del mismo fruto y tajadas de carne de unos leones y panteras, cuyas pieles estaban recién desolladas. Tras haberles aceptado todo menos la carne, partieron hacia la India y se encaminaron hacia Oriente.

7 Mientras desayunaban junto a un venero de agua, al escanciar Damis vino de los indios, dijo:

[101] El Cofén es un afluente del Indo.

—De parte de Zeus Salvador, esto para ti, Apolonio, que hace mucho que no bebes. Pues no lo repudiarás como al de las viñas —y a la vez hacía una libación, puesto que habían mencionado a Zeus.

Riéndose entonces Apolonio, dijo:

—¿No nos apartamos también del dinero, Damis?

—Sí, por Zeus —contestó—, como has hecho alarde muy a menudo.

—¿Entonces nos apartaremos de una dracma de oro y de plata y no nos dejaremos dominar por tal moneda, aunque se queden boquiabiertos al verlo no sólo la gente de la calle, sino también los reyes; y si en cambio alguien nos diera una de bronce, como si fuese de plata, o sobredorada y falsificada, ésa la tomáramos porque no es aquello que la gente desea vivamente? Es más, los indios tienen monedas de latón y de bronce negro, con las que, por supuesto, tiene que comprarlo todo cualquiera que llegue a la tierra de los indios. ¿Entonces qué? Si nos ofrecieran dinero estos buenos nómadas, ¿acaso, Damis, al verme rechazarlo me advertirías y enseñarías que el dinero es aquel que acuñan los romanos o el rey de los medos y que esto es otra especie de materia bruñida por los indios? Y, de convencerme de ello, ¿quién pensarías que soy? ¿No es cierto que un fraude y alguien que ha abandonado la filosofía antes que los soldados cobardes sus escudos? Aunque, una vez abandonado un escudo, podría haber otro para quien lo abandonó, en nada peor que el primero, como le parece a Arquíloco [102], pero la filosofía, ¿cómo ha de recobrarla aquel que la ha deshonrado y rechazado? Ahora además podría perdonarme Dioniso

---

[102] Arquíloco, *Fr.* 12 Adrados, en el que el poeta, frente al ideal heroico, para el que perder el escudo era una gran afrenta, proclama su sentido práctico: perdió el escudo, pero salvó la vida, mientras que aún le era posible hallar otro escudo no peor.

por no verme dominado por ninguna clase de vino; pero si prefiriera el de dátiles en vez del de la viña, se enfadará, bien lo sé; y dirá que he injuriado su don. Y estamos no lejos del dios, pues también le has oído decir al guía que está cerca el monte Nisa, sobre el que Dioniso lleva a cabo, creo, muchas y admirables acciones. Por otra parte, el embriagarse, Damis, no sólo invade a los hombres por los racimos, sino que también con los dátiles los pone igualmente fuera de sí. Efectivamente ya nos hemos encontrado a muchos indios de quienes se ha apoderado el vino ese; los unos bailan cayéndose, otros cantan, amodorrados como los que entre nosotros se separan de la bebida de noche y a deshora. Y que consideras también vino a esa bebida lo demuestras al hacer con él una libación a Zeus y dirigirle cuantas plegarias acompañan al vino. Dicho te queda esto, Damis, en defensa mía, pues no os impediría beber ni a ti ni a estos acompañantes y os perdonaría incluso que comierais carne, pues el abstenerse de eso, veo que no os ha aprovechado para nada. A mí, en cambio, sí, para lo que he profesado respecto a la filosofía desde niño.

Acogieron favorablemente este discurso los acompañantes de Damis y procedieron a banquetearse de buena gana, pensando que harían más fácilmente el camino si vivían con mayor desahogo.

Santuario de Dioniso en Nisa; la peña de Aorno

8 Una vez que atravesaron el río Cofén, ellos en botes y los camellos a pie por el agua, porque el río no estaba aún crecido, se encontraron en una región continental sometida al rey, en la que se alza el monte Nisa, cultivado hasta lo alto de su cima, como el Tmolo [103] en Lidia. También se puede subir hasta él, pues se abren caminos por causa del

[103] El actual Boz-Dagh.

cultivo. Al subir dicen que efectivamente se encontraron el santuario de Dioniso, el que Dioniso en su propio honor plantó de laureles dispuestos en círculo a su alrededor, encerrando tanto espacio de tierra cuanto bastaba para uno de modestas proporciones, y recubrió los laureles por alrededor de hiedra y viñas. También colocó allí dentro una estatua suya, sabiendo que el tiempo haría crecer juntos a los árboles y le proporcionaría una techumbre de ellos que, en efecto, ha quedado tan apretada que ni el santuario se llueve ni recibe el soplo del viento. Se le habían consagrado a Dioniso, como para un vendimiador que es, hoces, cestos de mimbre, lagares y accesorios de lagar, de oro y de plata. La estatua representa un efebo indio y está pulida en piedra blanca. Cuando Dioniso celebra sus orgías y hace estremecer el Nisa lo oyen las ciudades que hay al pie del monte y se excitan con él.

Difieren acerca de este Dioniso los griegos con los 9
indios, así como los indios entre sí, pues nosotros decimos que el tebano avanzó contra la India como soldado y como celebrante báquico, tomando como prueba, entre otras, la dedicatoria que hay en Pito, que mantienen en secreto los tesoros de allí; es un disco de plata india en el que está escrito: *Dioniso, hijo de Sémele y Zeus, desde la India a Apolo Délfico.* En cambio, los indios del Cáucaso y del río Cofén dicen que quien llegó fue un forastero asirio, conocedor de lo concerniente al tebano. Pero los que habitan la parte que media entre el Indo y el Hidraotes [104] y la región continental de más allá, la que acaba en el río Ganges, dicen que Dioniso fue hijo del río Indo, y que el de Tebas, que trató con él, adoptó el tirso y se entregó a los ritos orgiásticos, diciendo que era hijo de Zeus y que había vivido en el muslo de su padre hasta su nacimiento,

[104] El río Rāvī.

había conseguido de este Dioniso un monte, el Mero[105], con el que colinda Nisa; que asimismo había plantado Nisa en honor de Dioniso, tras haberse traído de Tebas los nudos de la vid y que allí celebró Alejandro sus orgías[106]. Pero los que habitan Nisa dicen que Alejandro no subió al monte, sino que lo deseaba, puesto que estaba ansioso de gloria y dominado por los relatos de la antigüedad; pero que, temeroso de que los macedonios, al acercarse a las viñas que ya hacía tiempo que no veían, se sintieran arrebatados por la nostalgia de su hogar o recobraran cierta afición al vino, acostumbrados ya como estaban al agua, pasó Nisa de largo, tras ofrecer un voto a Dioniso y celebrar un sacrificio en la falda del monte. Me doy cuenta de que esto que escribo no será del agrado de algunos, puesto que los que hicieron la expedición con Alejandro no escribieron esto con afán de verdad. Yo en todo caso necesito la verdad, e incluso si aquéllos la hubiesen respetado, no habrían privado de esta alabanza a Alejandro. Pues mejor que subir al monte y celebrar allí una bacanal, que es lo que dicen aquéllos, es, creo, el no haber subido en beneficio de la sobriedad de su ejército.

10 La Peña de Aorno[107], no muy distante de Nisa, dice Damis que no la vieron, pues quedaba a trasmano de

---

[105] En griego *mērós* significa «muslo». Se refiere Filóstrato a la leyenda, según la cual Sémele, embarazada de Dioniso, quiso ver a Zeus en todo su esplendor, y fue abrasada, incapaz de resistirlo. Zeus sacó entonces al niño del seno materno y acabó de gestarlo en su propio muslo.

[106] Arriano, *Anábasis* V 2, 7, y Quinto Curcio, *Historia de Alejandro* VII 10, 13 sigs., refieren cómo Alejandro celebró bacanales con su ejército en el lugar de nacimiento de Dioniso, pero Filóstrato, con su negativa a admitir el dato, intenta moralizar la figura del Macedonio.

[107] En griego *áornos* significa «sin pájaros», lo que explica todo lo que se dice luego de esta colina. Se trata de una montaña con fortaleza tomada por Alejandro Magno (cf. Estrabón, XV

su ruta y el guía temía desviarse del camino recto, pero que habían oído decir que había sido tomada por Alejandro y que se llama Aorno, no porque tiene quince estadios de altura —pues las aves sagradas vuelan más alto—, sino porque en la cumbre de la peña dicen que hay una hendidura que atrae hacia sí a los pájaros que la sobrevuelan, como es posible ver en Atenas en el vestíbulo del Partenón y en varios sitios de la tierra de frigios y lidios, por lo cual la peña es llamada Aorno y lo es en realidad.

Características de los elefantes

Y en su avance hacia el Indo, se encuentran a un muchacho, como de unos trece años, montado en un elefante y pegándole al animal. Y como se extrañaron al verlo, Apolonio dijo: 11

—¿Cuál es, Damis, la tarea de un buen jinete?

—¿Qué otra —contestó— que, asentado sobre el caballo, dominarlo, dirigirlo con el bocado, castigarlo si es indisciplinado y velar porque el caballo no se caiga en un hoyo, zanja o agujero, sobre todo cuando atraviesa por un pantano o por fango?

—¿Ninguna otra cosa requeriríamos, Damis, del buen jinete? —dijo.

—¡Por Zeus! —contestó—, que le afloje la rienda al caballo cuando se lanza cuesta arriba y que cuando va cuesta abajo no le deje a su aire, sino tire de él, y que le acaricie las orejas o la crin; que a mí la fusta no me parece siempre cosa propia de un jinete diestro. Así pues, alabaría al que monta de ese modo.

—¿Y para ser combatiente y guerrero qué se necesita?

—Lo mismo, Apolonio —respondió—, y además de eso, disparar y esquivar, cargar y retroceder, hacer re-

1, 8; PLUTARCO, *Moralia* 181 c.), identificada por STEIN con un monte al norte del valle de Chakesar, último bastión de las tribus montañesas que se opusieron al Macedonio.

plegarse a los enemigos y evitar que el caballo se asuste cuando resuene un escudo, brillen los cascos o se alce el griterío de los que entonan el peán[108] o gritos de guerra. Eso le compete, creo, a la habilidad hípica.

—¿Qué dirás entonces del jinete del elefante? —preguntó.

—Que es mucho más admirable, Apolonio —repuso—, el que tenga dominio sobre tamaño animal, siendo tan pequeño y que le guíe con el cayado que le ves clavarle al elefante como un ancla y que ni le tema al aspecto del bicho ni a su altura ni a la fuerza tan grande que tiene, eso me parece sobrehumano y no lo hubiese creído, por Atenea, si se lo hubiera oído decir a otro.

—¿Entonces qué —prosiguió— si alguien quisiera vendernos al muchacho?, ¿lo comprarías, Damis?

—Sí, por Zeus —contestó—, por todo lo que poseo. Pues el adueñarse, como de una ciudadela conquistada, del animal más grande de los que nutre la tierra me parece que es propio de una naturaleza libre y espléndida.

—¿Y de qué te servirá el niño —dijo— si no compras también el elefante?

—Lo pondré al frente de mi casa —repuso— y de mis criados, y los mandará mucho mejor que yo.

—¿Es que tú no eres capaz —siguió diciendo— de mandar a los tuyos?

—Del mismo modo que tú, Apolonio —contestó—, pues me he marchado tas abandonar lo mío, como tú, por deseo de aprender e investigar lo que hay en tierra extraña.

---

[108] El peán era un canto de hombres, que recibía su nombre de la expresión *iè Paián* que le servía de estribillo, y sus motivos eran varios, pero lo más frecuente era entonarlos cuando se marchaba al combate. Cf. R. ADRADOS, *Orígenes de la lírica griega*, Madrid, 1976, págs. 81-4.

—Y si compraras realmente al muchacho y llegaras a tener dos caballos, uno de competición y otro de guerra, ¿le harías montar los caballos, Damis?

—Al de competición seguramente —respondió—, porque veo hacerlo a otros, pero a uno de guerra y con armadura, ¿cómo iba a montarlo ése? Pues no podría ni llevar el escudo que necesitan los jinetes, ni la coraza o el yelmo. Y una lanza, ¿cómo podría ése, que no sería capaz de blandir ni la flecha de un dardo o de una jabalina y que parece estar aún balbuciendo respecto a asuntos guerreros?

—Así que hay otra cosa, Damis —dijo—, que a ese elefante le lleva las riendas y lo conduce y no ese jinete ante el que tú por poco te prosternas de admiración.

Y cuando Damis contestó:

—¿Qué podría ser eso, Apolonio? Pues no veo encima del animal ninguna otra cosa salvo el muchacho.

Apolonio dijo:

—El animal ese es dócil como ningún otro y cuando se ha visto forzado una vez a vivir sometido a los hombres, tolera todo lo que del hombre viene y se consagra a la adaptación de sus costumbres con las de él; le gusta que le den de comer en la mano como a los cachorros de los perros, lo acaricia con la trompa cuando se le acerca y si le mete la cabeza en la boca lo tolera y la tiene abierta hasta que el hombre le parece, como vimos entre los nómadas. De noche se dice que lamenta la esclavitud, por Zeus, no barritando como acostumbra, sino emitiendo un gemido triste y lastimero, y si un hombre aparece cuando se queja así, detiene su lamento el elefante, como avergonzado. En efecto, él mismo se domina, Damis, y es la obediencia de su natural la que lo guía más que el que lo monta y encamina.

12 Al llegar al Indo dicen que vieron un rebaño de elefantes que atravesaba el río y que oyeron decir lo siguiente acerca del animal: que unos son palustres, otros montaraces y aun hay una tercera clase del llano, y que son capturados para su uso en las guerras, pues combaten cargados con unas torres como para acomodar a diez o quince indios a la vez; desde ellas disparan flechas y jabalinas los indios como si tiraran desde las puertas de una ciudad. También el propio animal usa su trompa como una mano y la utiliza para lanzar proyectiles. En la misma medida en que el elefante libio es mayor que un caballo niseo, son mayores los indios que los de Libia. Acerca de la edad del animal y de lo longevos que son han hablado ya otros, pero éstos dicen que hallaron un elefante en los alrededores de Taxila, la mayor ciudad de la India, al que los lugareños ungían con mirra y encintaban, porque era efectivamente uno de los que habían combatido contra Alejandro del lado del Poro [109]. Alejandro lo consagró al Sol porque había combatido animosamente. Dicen que tenía anillos de oro en sus colmillos o cuernos y en ellos unas letras griegas que decían: *Alejandro hijo de Zeus: Ayax al Sol.* Le había puesto, en efecto, este nombre al elefante por juzgarlo grande, digno de algo grande. Estimaban los lugareños que habían pasado trescientos cincuenta años desde la batalla [110], sin contar a qué edad combatió.

13 Yuba [111], que gobernó antaño al pueblo de Libia, dice que trabaron combate entre sí sobre elefantes los jine-

[109] Poro fue uno de los reyes indios que hizo frente a Alejandro Magno y fue vencido por la superior estrategia de éste a orillas del Hidaspes (el Jhelam), pero luego respetado por el Macedonio y convertido en feudatario suyo.

[110] La batalla tuvo lugar en el 326 a. C., por lo que son algunos más los años transcurridos en realidad, pues Apolonio debió llegar al Indo en torno al 50 d. C.

[111] Se trata de Yuba II, rey de Numidia, educado en Roma

tes libios y que unos tenían una torre grabada en los colmillos y otros no. Al interrumpir la noche el combate, dicen que los señalados fueron vencidos y huyeron al monte Atlas; que él mismo cogió, al cabo de cuatrocientos años, a uno de los que huyeron y que tenía la marca aún bien grabada y todavía no desgastada por el tiempo.

Este Yuba considera cuernos los colmillos porque crecen por donde las sienes, no roza el uno con el otro, permanecen como crecieron y no se caen y vuelven a salir como los dientes. Yo no acepto su razonamiento. Pues los cuernos, si bien no todos, por lo menos los de los ciervos se caen y vuelven a salir y los dientes se caen y vuelven a salir todos los de los hombres, pero a ningún otro de los animales se les caen los colmillos o los caninos por sí solos ni, si se caen, vuelven a salir, pues la naturaleza los mete en sus quijadas como defensa. Además, los cuernos presentan una arruga en círculo cerca de la raíz cada año, como las muestran las cabras, los carneros y los bueyes, pero el diente sale pulido y, si no lo estropea nada, permanece siempre como tal, pues consiste en una materia y sustancia pétrea. Más aún, el llevar cuernos sólo les corresponde a los animales patihendidos y este animal tiene cinco uñas y divididas en varias partes la planta, que pisa como en blando al no hallarse encerrada en cascos. Además, a todos los animales dotados de cuernos la naturaleza, que los provee de huesos esponjosos, hace crecer por alrededor el cuerno hacia fuera; pero lo de los elefantes aparece macizo y homogéneo y al abrirlo, un canal pequeño lo atraviesa, por el centro,

---

con César y luego con Octavio, y puesto al frente de Numidia en el 25 a. C., que reunió en diversos libros una serie de conocimientos heterogéneos, adquiridos en sus numerosas lecturas. Sus obras se han perdido, pero nos quedan algunas referencias a las mismas, especialmente de Plinio y Plutarco.

como a los dientes. Los colmillos de los palustres son oscuros, de textura suelta y difíciles de trabajar, pues por todas partes tienen cavidades por dentro y por todas partes tienen formados nudos que no se someten a la talla. Los de los montaraces son menores que esos, pero bastante blancos y no hay nada difícil de trabajar en ellos. Pero los mejores son los colmillos de los de la llanura, pues son los mayores, los más blancos y gratos de tallar y se tornan en todo lo que la mano quiere. Y si es preciso narrar las costumbres de los elefantes, a los que son capturados en los pantanos, los indios los consideran necios e inconstantes; a los de las montañas, de mal carácter y traicioneros y, de no ser que necesiten algo, no seguros para los hombres. Los de la llanura dicen que son buenos, dóciles y amigos de aprender habilidades. En efecto, hacen trazos, danzan y se balancean al son de la flauta y dan saltos sobre la tierra.

14 Al ver Apolonio a los elefantes que atravesaban el Indo —eran, creo, treinta, usaban como guía al más pequeño de ellos y los mayores habían tomado a los cachorros en los extremos de sus colmillos y los aseguraban por encima con sus trompas como una atadura— dijo:

—Eso, Damis, lo hacen sin que nadie los haya instruido, ellos, por sí mismos, por su conocimiento e ingenio y ya ves de qué manera tan semejante a los porteadores han tomado a sus cachorros y los llevan sujetos.

—Lo veo, Apolonio —dijo—, de qué manera tan ingeniosa e inteligente lo hacen. ¿Qué sentido tiene, pues, aquella boba especulación de los que divagan acerca de si el cariño por los pequeños es natural o no? Pues eso lo pregonan ya los elefantes: que les viene de la naturaleza, pues no lo han aprendido de los hombres como lo demás, al menos los que nunca han convivido

con los hombres, sino que por haber adquirido por naturaleza el amar lo que parieron, cuidan de ellos y los alimentan.

—No hables de los elefantes, Damis, pues a ese animal lo sitúo como segundo del hombre por su inteligencia y muestra de prudencia, pero estoy pensando más bien en los osos, porque siendo los animales más salvajes, lo hacen todo por sus cachorros, y en los lobos, que, siempre dados a la rapiña, la hembra guarda a los que parió y el macho le trae alimento para la conservación de sus cachorros. De igual modo también en las panteras, que por su ardor, se alegran de convertirse en madres, pues desean gobernar a los machos y mandar en la casa. Y ellos se lo sobrellevan todo, vencidos por la cría. Se cuenta también acerca de las leonas una historia: que hacen a las panteras sus amantes y las aceptan en los cubiles de los leones en la llanura, pero al llegar su vientre al momento oportuno se escapan a las montañas y al territorio de las panteras, pues tienen crías moteadas, por lo cual las esconden y las amamantan en malezas intrincadas, fingiendo que emplean el día en la caza. Efectivamente, si los leones lo descubren, despedazan a los cachorros y desgarran la camada, como bastarda. Te habrás topado seguramente en tus lecturas alguna vez con uno de los leones homéricos, ¡qué mirada tan terrible pone y cómo se esfuerza en trabar combate en defensa de sus propios cachorros! Afirman también que la tigresa, que es muy cruel, tanto en esta región como en torno al Mar Rojo [112], se acerca hacia las naves para reclamar sus cachorros, y si los recupera, se marcha contenta, pero si el barco

[112] En ésta, como en posteriores referencias, hay que tener presente que los antiguos denominaban Mar Rojo no sólo a este mar, sino al Océano Índico y a los golfos Pérsico, de Aqaba y de Suez.

se los lleva, aúlla junto al mar y a veces muere. Y lo que se refiere a las aves, ¿quién no lo sabe? Cómo las águilas y las cigüeñas no fabricarían sus nidos sin haberles insertado antes, la una la piedra de águila [113], la otra la *licnites*, en bien de su pollada y para que no se les acerquen las serpientes. Y si miramos a las criaturas del mar, no nos maravillaríamos por los delfines si, excelentes como son, aman a sus crías, pero ¿cómo no nos maravillaríamos de las ballenas y las focas y las especies vivíparas, si una foca que vi en Egas, encerrada en una reserva de caza, se afligió tanto por su cachorro muerto, que había parido en su encierro, que no tomó alimento en tres días, aunque es el más voraz de los animales; y la ballena toma a sus crías en las cavidades de su garganta cuando le huye a algo más fuerte que ella? También se ha visto alguna vez una víbora lamiendo y acariciando las serpientes que había engendrado, con la lengua fuera. Pues no hemos de admitir, Damis, esa historia boba de que las crías de las víboras nacen sin madre, pues eso no lo ha admitido la naturaleza ni la experiencia.

Entonces, interrumpiéndole, Damis dijo:

—Admitirás, pues, que elogie a Eurípides por ese pasaje en yambos en el que hace decir a Andrómaca [114]:

Para todos los hombres
la vida son sus hijos.

—Lo admito —dijo—, pues queda dicho de manera sabia y divina, pero mucho más sabio y verdadero sería si se ponderara de todos los animales.

---

[113] Esto es, la *aetítēs*, mencionada también por ELIANO, *Naturaleza de los Animales* I 35; PLINIO, *Historia Natural* X 12, como una piedra mágica con diversas virtudes. La *licnites* es otra piedra preciosa, quizá el rubí o el granate.

[114] EURÍPIDES, *Andrómaca* 418.

—Me parece, Apolonio —contestó—, que volverías a escribir el verso yámbico para que lo recitáramos así:

Para todos los animales
la vida son sus hijos.

Y convengo contigo, pues es mejor.

—Pero dime: ¿No decíamos al principio de las con- 15
versaciones, que hay en los elefantes, en lo que hacen, cordura e inteligencia?

—Y con razón lo decíamos, Damis —dijo—, pues si no guiara a este animal una inteligencia no subsistiría, ni él ni los pueblos entre los que se halla.

—Entonces —repuso— ¿por qué efectúan el paso de un modo tan estúpido y que no va en su beneficio? Pues los guía, como ves, el más pequeño, le sigue uno un poco mayor, y luego, otro más que ese y los más grandes, todos por detrás. Debían seguramente cruzar al contrario, y dejar a los mayores como sus murallas y baluartes.

—Pero, Damis —contestó—, primero, parece que escapan de la persecución de unos hombres a los que con toda seguridad encontraremos siguiéndoles el rastro, y contra quienes les atacan, es preciso que dejen más cubierta la parte a su espalda, como en las batallas. Considéralo como la mejor estrategia de los animales. Luego, la forma de avanzar. Si abrieran camino los mayores de ellos, de ningún modo podrían conjeturar por el agua si podrían pasar todos, pues para unos el tránsito sería practicable y fácil, por ser los más grandes, pero para los demás, difícil e impracticable, al no sobresalir del caudal. Pero al abrir camino el más pequeño, señala ya a los demás la falta de riesgo. Además, caso de ir los mayores delante, les dejarían más profundo el río a los pequeños, pues sería forzoso que hundieran el fango en pozas por el peso del animal y

por el grosor de sus patas, pero los más pequeños no estorbarían en absoluto el cruce de los mayores, al hacer menos pozas.

16 Yo hallé en los textos de Yuba que también se asisten unos a otros en la cacería y protegen al que está desfallecido y si lo consiguen apartar del peligro, le ungen las heridas con savia de áloe, como médicos.

De muchas cosas por el estilo filosofaban, tomando como temas las cosas dignas de mención.

Llegada al Indo

17 Lo que han dicho Nearco[115] y Pitágoras acerca del río Acesines[116] (que desemboca en el Indo y que cría serpientes de setenta codos) afirman que es en realidad tal y como lo han dicho. Pero quede el tema diferido hasta los dragones, cuya raza nos narra Damis.

Al llegar junto al Indo y a punto de cruzarlo, le preguntaron al babilonio si tenía algún conocimiento del río, interrogándole acerca del paso. Él dijo que nunca antes había hecho una travesía por él y que no sabía por dónde se cruzaba.

—¿Por qué entonces no alquilaste un guía? —dijeron.

—Porque tenemos quien nos va a guiar —contestó. Y al mismo tiempo enseñaba una carta, hecha para esta ocasión.

Ello, naturalmente, provocó su admiración por Vardanes, a causa de su amabilidad e interés. Había enviado, efectivamente, esa carta al sátrapa del Indo, aunque no estaba sometido a su mando, recordándole favores pasados y asegurando que no reclamaba agra-

---

[115] Nearco fue un almirante de Alejandro que, al mando de una flota, partió del delta del Indo en octubre del 325 a. C., en dirección al Golfo Pérsico. Arriano nos ofrece un relato de su viaje en el que, como en nuestra obra, se mezcla la realidad con lo fantástico.

[116] El río Chenāb.

decimiento por ellos —pues no era propio de su modo de ser reclamar que le devolvieran favores—, pero que, si acogía a Apolonio y lo enviaba a donde quisiera, le quedaría muy reconocido. Asimismo le había dado oro al guía para que, si notaba que a Apolonio le hacía falta, se lo diera y no tuviera que dirigirse a la mano de otro.

Cuando el indio recibió la carta, dijo que se sentía muy honrado y que se tomaría por aquel hombre no menos interés que si le hubiese escrito en su favor el rey de los indios. Así que le cedió la nave oficial de la satrapía, para que embarcara en ella y otras embarcaciones en las que pudiera transportar los camellos, así como un guía de toda la región que limita el Hidraotes. También le escribió a su rey, para que no fuera inferior a Vardanes respecto a un hombre griego y divino.

Cruzaron el Indo por un punto en que tiene casi 18
cuarenta estadios [117], tan grande, en efecto, es la extensión de su parte navegable. Acerca de este río, escriben lo siguiente: que el Indo nace en el Cáucaso y desde allí mismo es ya mayor que todos los ríos de Asia; que sigue su curso haciendo suyos a muchos ríos navegables; que, comportándose de modo paralelo al Nilo, inunda la India, acumula tierra sobre tierra y les permite a los indios sembrar al modo de los egipcios. La existencia de nieves en los montes de Etiopía y los de las Cataratas [118], no me considero en disposición de

[117] Ctesias de Cnido, un médico y geógrafo del siglo v a. C. cuya obra se ha perdido, si bien nos queda de ella un resumen de Focio y algunos fragmentos, fija también (Focio, 45 a 21 siguientes) la anchura del Indo en el lugar más estrecho en cuarenta estadios, lo cual muestra que Filóstrato se ha documentado a este respecto probablemente en él. También el paralelo con el Nilo parece proceder de Ctesias.

[118] Esta teoría, que es dudoso que proceda de Anaxágoras de Clazómenas (cf. los testimonios en Anaxágoras, *Fr.* 91 Diels-

contradecirla en consideración a quienes lo afirman. No puedo, con todo, estar de acuerdo con ello, al considerar respecto al Indo cómo obra de igual modo que el Nilo sin que se cubra de nieve la región por encima de él. Además, sé que la divinidad designó como extremos de toda la tierra a egipcios e indios [119], haciéndolos negros, tanto a unos en Oriente como a otros en Occidente, ¿cómo podría sucederles esto a esos hombres si no tuvieran calor incluso en invierno? Y la tierra, si el sol calienta todo el año, ¿cómo alguien podría suponer que recibe nieve? ¿Y cómo que la nieve corra con los costos de los ríos de allí hasta el extremo de que se desborden de sus propios cauces? Y aunque la nieve frecuentara lugares tan soleados, ¿cómo podría extenderse tanto como un mar, y cómo llenaría un río que inunda Egipto?

19 Mientras eran transportados a través del Indo, afirman que encontraron muchos hipopótamos y muchos cocodrilos, como los navegantes del Nilo. Dicen también que hay flores en el Indo como las que crecen a lo largo del Nilo y que el clima que hay en la India es en invierno, soleado, en verano, sofocante, pero contra ello la divinidad ha ingeniado lo mejor, pues la lluvia les cae a menudo en la región. Dicen también que oyeron decir a los indios que el rey solía acudir a este río cuando las estaciones lo hacían crecer y le sacrificaba toros y caballos negros [120] —pues el blanco lo tienen los in-

KRANZ) es negada por HERÓDOTO, II 22, cf. la traducción de C. SCHRADER y las notas al pasaje. Filóstrato repite algunos argumentos del historiador de Halicarnaso.

[119] Se trata de la imagen del mundo que poseían los griegos de la época. Cf. la expresión gráfica de las sucesivas representaciones del mundo que concibieron los griegos (Hecateo, Eratóstenes, Ptolomeo), en el *Grosser Historischer Weltatlas I Teil*, Munich, 1975[5], 12-3.

[120] Sobre el sacrificio del caballo aquí descrito, cf. O. STEIN,

dios por menos valioso que el negro a causa, supongo, de su propio calor— y, una vez sacrificados, dicen que tira al río una medida de oro semejante a la que se usa para medir el grano. Por qué hace esto el rey no se les alcanza a los indios, pero ellos mismos suponen que tira al agua esa medida, bien para la abundancia de las cosechas, que los labradores «miden», bien para la recta proporción del caudal, para que no inunde la tierra si viene crecido.

Taxila y la historia del rey Poro

Tras haber cruzado el río, el guía 20
enviado por el sátrapa los condujo directamente a Taxila[121], donde el indio tenía el palacio real. Dicen que los del otro lado del Indo tienen su vestido de lino del país, zapatos de corteza y un gorro, cuando llueve, pero dicen que los más distinguidos de entre ellos se atavían con biso. Cuentan que el biso nace de un árbol semejante en su tronco al álamo blanco, pero parecidísimo al sauce en las hojas. Apolonio declara que el biso le hizo gracia porque se parecía a su pardo manto de filósofo. El biso llega a menudo a Egipto desde la India, con destino a muchos de sus santuarios. Dicen también que Taxila es más o menos de las dimensiones de Nínive, que está fortificada simétricamente, como las griegas, y que era el palacio real del varón que entonces reinaba sobre el reino de Poro[122].

«Das indische Pferdeopfer bei Philostratos», *Arch. Or.* 8 (1936), 357-362.

[121] Taxila (indio Takṣaśilā) es una importante ciudad al N. O. del subcontinente. La arqueología ha puesto de manifiesto que la información de Filóstrato sobre ella es bastante exacta; cf. Sir J. MARSHALL, *A Guide to Taxila*, 4.ª ed., 1960, págs. 28-30.

[122] En época de Apolonio el rey era Gondofares, nombre que corresponde al persa Vindapharna, «ganador de gloria», un príncipe parto que reinó entre el 19 y el 65 d. C. El templo al que se alude inmediatamente es el de Jaṇḍiāl, y asimismo son exac-

Cuentan que vieron un templo delante de la muralla, poco menor de cien pies, de piedra recubierta de estuco y que en su interior se había construido un santuario algo pequeño en proporción al templo, que era tan grande y rodeado de columnas, pero digno de admiración. Se hallaban clavados en cada muro unos paneles de bronce que tenían grabadas las hazañas de Poro y Alejandro. Se habían forjado en latón, plata, oro y bronce negro, elefantes, caballos, soldados, yelmos, escudos; las lanzas, dardos y espadas, todo de hierro. Como el tema de una pintura famosa, como si fuera algo de Zeuxis, Polignoto o Eufránor [123], que gustaban del claroscuro, lo animado, la profundidad y el relieve, así se hacía visible, dicen, también allí y los materiales se habían dispuesto como colores.

También era agradable el propio carácter de la pintura. Aunque Poro los había dedicado tras la muerte del macedonio, en ellos el macedonio aparece vencedor, cura a Poro herido y le hace donación de la India, que había pasado ya a su poder. Se dice incluso que Poro guardó luto por la muerte de Alejandro, que lo deploró como a un rey noble y honrado y que en vida de Alejandro, tras su partida de la India, no pronunció ni una palabra en calidad de rey, aunque se lo había permitido, ni dio preceptos a los indios, sino que fue como un sátrapa, lleno de moderación, y lo hizo todo por complacer a aquél [124].

---

tas, como demuestra la arqueología, las descripciones del templo del Sol en II 4 y la pequeñez del palacio referida en II 25.

[123] Zeuxis y Polignoto son afamados pintores griegos del s. V a. C., Eufránor lo es del IV a. C.

[124] Todas las fuentes recogen la caballerosidad del trato entre ambos monarcas, a excepción de la peregrina versión del PSEUDO-CALÍSTENES, *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia* III 4 (traducida por C. GARCÍA GUAL en el núm. 1 de esta misma colección, Madrid, 1977), en la que Alejandro mata a Poro en

No me permite la narración pasar por alto lo que escriben acerca de ese Poro. Pues cuando el macedonio estaba ante el vado y algunos le aconsejaban que hiciera aliados a los del otro lado del Hífasis[125] y del río Ganges, pues aquel seguramente no le haría frente a toda la India confederada, dijo: 21

—Si mi pueblo es tal que no puedo salvarme sin aliados, mejor es para mí que no gobierne[126].

Y cuando alguien le anunció que había capturado a Darío, dijo:

—Un rey, pero no un hombre.

Y al disponerle el acemilero el elefante sobre el que iba a combatir y decirle:

—Ese, rey, te llevará.

—Más bien yo a él —contestó— si llego a ser un hombre como suelo.

Cuando le dieron el consejo de que hiciera un sacrificio al río para que no soportara las balsas de los macedonios y no fuera vadeable para Alejandro, dijo:

—No es propio de quienes llevan armas el recurrir a rogativas.

Después del combate, cuando incluso a Alejandro le pareció divino y por encima de la naturaleza humana, al decirle a uno de sus allegados:

—Si te hubieses prosternado ante él cuando cruzó, Poro, no habrías sido vencido en el combate, ni tantos

---

un combate cuerpo a cuerpo. Cf. la nota del traductor acerca del origen de esta versión, que Luciano atribuye a Aristobulo.

[125] El río Bías.

[126] La realidad histórica es que Alejandro, como otros invasores posteriores de la India, halló el país dividido en estados rivales, para los cuales el conquistador no era un enemigo común que los hiciera unirse, sino un buen medio de consolidar posiciones de ventaja sobre otros reinos. Así Ambhi (griego Onfis), hijo del rey de Taxila, ayudó militarmente a Alejandro contra Poro con cinco mil soldados, además de elefantes y animales para comida.

indios habrían perecido, ni tú mismo habrías sido herido.

—Yo que había oído decir que Alejandro era amante de la gloria —contestó— sabía que me habría tomado por un esclavo si me prosternaba ante él, pero por un rey si le presentaba combate. Me parecía más digno ser admirado que compadecido, y no me engañé. Pues al presentarme tal como Alejandro me vio, en un sólo día lo perdí y lo gané todo.

Tal es la imagen que presentan del indio. Dicen también que llegó a ser el más hermoso de los indios y de una estatura como ninguno de los hombres desde los héroes troyanos[127], asimismo que era extraordinariamente joven cuando entró en guerra con Alejandro.

Disquisiciones sobre la pintura

22 En el espacio de tiempo que pasó en el templo, y éste fue largo hasta que se le anunció al rey que habían llegado unos extranjeros, Apolonio dijo:

—Damis, ¿tiene algún valor la pintura?[128].

—Sí —respondió— si es también verdad.

—¿Y en qué consiste ese arte?

—En la mezcla de cuantos colores existen: los azules con los verdes, los blancos con los negros y los rojos con los amarillos.

—¿Y por qué los mezclan? Pues no es sólo para dar color, como los cosméticos.

—Por una imitación —contestó— y por representar un perro, un caballo, un hombre, una nave y cuanto contempla el sol. Además incluso representa al propio sol,

---

[127] Cf. lo dicho en nota 97 sobre la estatura de los semidioses. Aquí Poro adquiere características propias de los mismos.

[128] Sobre las ideas artísticas de Filóstrato, atribuidas aquí a Apolonio, cf. el estudio de E. Birmelin, «Die kunsttheoretischen Gedanken in Philostrats Apollonios», *Philologus* 88 (1933), páginas 149-180 y 392-414.

unas veces con sus cuatro caballos, como allí se dice que se muestra, otras veces incluso dejando un trazo de fuego en el cielo, cuando pinta el éter y la residencia de los dioses.

—¿Una imitación es, pues, la pintura, Damis?

—¿Qué otra cosa? —dijo—. Pues si no hiciera eso parecería obtener a lo tonto coloridos ridículos.

—Y de las cosas que se ven en el cielo —añadió— cuando las nubes se desgajan unas de otras: centauros y cabriciervos, así como, por Zeus, lobos y caballos, ¿qué dirás? ¿No son producto de la imaginación?

—Parece —contestó.

—Entonces, Damis —dijo—, la divinidad es un pintor y, abandonando el carro alado en el que viaja poniendo orden en lo divino y lo humano, se sienta entonces, por entretenerse y dibujar esas cosas, como los niños en la arena?

Se sonrojó Damis al ponerse en evidencia en qué absurdo venía a dar su argumento. No obstante Apolonio, por no humillarlo, pues no era hiriente para sus refutaciones, le dijo:

—Pero no querías decir eso, Damis, sino más bien que éstas, por lo que se refiere a la divinidad, vagan por el cielo informes y como el azar las dispuso, pero que nosotros, dotados por naturaleza de la capacidad de imitación, las sometemos a un orden y las formamos.

—Pensemos más bien eso, Apolonio, pues es más verosímil y mucho mejor.

—Así pues, es doble el arte de la imitación, Damis, y debemos pensar que hay una que imita con la mano y la mente —ésta es la pintura— y otra que sólo representa con la mente.

—No doble —dijo Damis—, sino conviene pensar que una es la más perfecta, la pintura, que puede llevar a cabo representaciones con la mente y con la mano, y que la otra es una parte de aquélla, pues uno cual-

quiera, incluso sin tener capacidad pictórica, percibe e imita con la mente, pero no podría utilizar la mano para pintar.

—¿Acaso, Damis —repuso—, por tener lisiada la mano por un golpe o una enfermedad?

—No, por Zeus —contestó—, más bien por no haber tocado nunca un pincel ni una herramienta, ni un color; por carecer, por tanto, del aprendizaje de pintar.

—Así pues, Damis —dijo—, ambos estamos de acuerdo en que la capacidad de imitación les viene a los hombres de la naturaleza, pero la capacidad pictórica, de la destreza. Eso mismo se evidenciaría acerca del arte plástico. Y la misma pintura me da la impresión que no la consideras sólo como lo que se obtiene por medio de los colores, pues un solo color les bastó para ella a los pintores más antiguos, y al evolucionar, usó cuatro, y luego, más; sino que también al dibujo, aun sin color, que efectivamente combina luz y sombra, es justo llamarlo pintura, dado que también en éstas se ve parecido, forma, inteligencia, pudor y audacia, aunque éstas carezcan de colores y no se represente ni la sangre ni la plenitud de una cabellera o una barba, sino que, compuestas de forma simplificada, representa un hombre rubio o canoso. Incluso si dibujamos a alguno de los indios con una línea blanca, se verá sin duda que es negro, pues lo achatado de la nariz, los cabellos de punta, la mandíbula prominente y esa especie de espanto en los ojos le dará aspecto de negro a lo que se ve y representará un indio para quienes lo vean de forma no carente de inteligencia. Por lo cual diría que incluso los que ven las obras de la pintura requieren capacidad de imitación, pues nadie podría elogiar un caballo o un toro pintados, sin tener en la mente al animal al que se representa. Ni nadie admi-

raría al *Ayax* de Timómaco[129], que ha sido representado por él en su locura, si no asume en su mente una imagen de Ayax y también que era verosímil que, tras haber matado los rebaños de Troya, se sentara exhausto, concibiendo el proyecto de darse muerte también a sí mismo. Estas obras de arte de Poro, Damis, ni hemos de considerarlas solamente como obras de forja, pues parecen pinturas, ni como obras de pintura, pues han sido forjadas; consideremos, por tanto, que constituyen un elaborado producto de un hombre pintor y broncista, como lo que se describe en Homero acerca del escudo de Aquiles[130]. También éstas están llenas de «matadores y moribundos» y dirás que «la tierra se cubre de sangre» aunque es de bronce.

Llegada a Taxila y entrevista con Fraotes

Mientras Apolonio se aplica a este 23
razonamiento, se le presentan de parte del rey unos mensajeros y un intérprete: que el rey lo hacía su huésped hasta tres días, pues no estaba permitido por las leyes que los extranjeros residieran en la ciudad por mucho tiempo. Así que lo condujeron al palacio.

Cómo es la ciudad respecto a su muralla, ya lo he dicho. Dicen además que está dividida en callejuelas en desorden, como en Atenas, y que tienen construidas las casas de forma que si se las ve desde fuera tienen

[129] Timómaco de Bizancio fue un pintor del siglo I a. C., de la escuela alejandrina, muy admirado por Julio César y cuya temática principal era la de los héroes de la tragedia griega. En este caso la temática se inspiraba en el *Ayax* de SÓFOCLES. El protagonista de esta tragedia, Ayax Telamonio, al verse privado de las armas de Aquiles, decidió tomar venganza contra los aqueos, pero, obnubilado por Atenea, acometió a unos rebaños, haciendo en ellos una gran carnicería. Al recobrar la lucidez, no pudo soportar la vergüenza y se suicidó.

[130] *Ilíada* XVIII 483 sigs., si bien la cita posterior no pertenece a este pasaje, sino recoge, y no literalmente, el verso 451 del canto IV.

una sola planta, pero si se entra dentro, se ve que además son subterráneas y que presenta igual extensión la parte bajo tierra que la de arriba.

24 Afirman que vieron un templo del Sol en el que andaba libre el elefante Ayax, así como unas estatuas de oro de Alejandro y otras de Poro; éstas eran de bronce negro. Los muros del templo eran de piedra roja. Por abajo, el oro brillaba emitiendo un centelleo semejante a un rayo de sol. La imagen estaba engarzada de perlas, del modo simbólico que todos los bárbaros usan para su templos.

25 Acerca del palacio real aseguran que no vieron ni lujo en las dependencias, ni lanceros o centinelas, sino como en las casas de los notables, unos pocos criados y tres o cuatro personas que deseaban, supongo, hablar con el rey. Y que este comedimiento les agradó más que los esplendores de Babilonia, mucho más cuando llegaron adentro, pues dicen que las habitaciones de los hombres, los pórticos y todo el conjunto de los muros eran muy austeros.

26 Le pareció, pues, a Apolonio que el indio era un filósofo, así que haciendo uso del intérprete, le dijo:

—Me alegro, rey, de ver que eres un filósofo.

—Yo me alegro más aún —contestó— de que pienses así de mí.

—¿Es eso lo que se acostumbra entre vosotros —dijo— o tú estableciste tu poder en esta austeridad?

—De unas costumbres ya de por sí austeras —respondió— hago yo un uso aún más austero, y aunque soy el hombre que más poseo, necesito pocas cosas, pues considero la mayoría de ellas como de mis amigos.

—¡Bienaventurado por tu tesoro —repuso— si al oro y la plata antepones a tus amigos! De ello se originarán muchas cosas y buenas para ti.

—Es más, también a mis enemigos —declaró— los hago partícipes de mis riquezas. Pues a unos bárbaros que habitan junto a este país, siempre hostiles, y que hacen incursiones contra mis fronteras, me los granjeo con estas riquezas. Incluso me es defendida por ellos la región; no sólo no invaden ellos mismos mis dominios, sino que rechazan a otros bárbaros convecinos de ellos que son intratables.

Y al preguntarle Apolonio si también Poro les tributaba su dinero, dijo:

—Poro amaba la guerra, yo, la paz.

Con estas palabras se adueñó completamente de Apolonio y tan ganado por él se sintió que, una vez que reprendía a Éufrates por no comportarse como un filósofo, dijo:

—Pero nosotros debemos respetar al indio Fraotes —pues ese era el nombre del indio.

Una vez que un sátrapa, con motivo de haber sido honrado en gran medida por él, quería que se coronara con una mitra de oro, adornada con abigarrada pedrería, le dijo:

—Yo, incluso si fuera uno de los que codician tales cosas, las rechazaría ahora y me las quitaría de la cabeza, después de haberme encontrado con Apolonio. Pero con cosas con las que nunca antes me pareció digno coronarme, ¿cómo iba a adornarme ahora, haciendo caso omiso de mi huésped y olvidado por completo de mí mismo?

Apolonio le preguntó también acerca de su régimen alimenticio y él le contestó:

—El único vino que bebo es cuanto ofrezco como libación al Sol, y lo que capturo en la cacería, se lo comen otros, que a mí me basta el haberme ejercitado. Mi comida consiste en legumbres, palmitos, frutos de las palmeras y cuanto hace crecer el río. Muchas cosas

se me crían de los árboles, cuyos labriegos son estas manos.

Mientras oía estas cosas, Apolonio se alegraba sobremanera y miraba repetidas veces a Damis.

27 Cuando hubieron conversado lo bastante acerca del camino hacia los Brahmanes, ordenó hospedar al guía del babilonio, como se acostumbraba con los que llegaban de Babilonia, y despedir al del sátrapa, después de recibir viático. Él, por su parte, tras tomar la mano de Apolonio y ordenar al intérprete que se marchara, le dijo:

—¿Me harías tu convidado? —y se lo preguntaba en lengua griega.

Extrañado Apolonio y habiéndole preguntado: «¿Por qué no me hablas así desde el principio?», el rey le contestó:

—Temía parecer atrevido, cuando no me conocías por mí mismo ni que era un bárbaro por decisión de la suerte. Pero, ganado por ti, porque veo que me aprecias, no pude ocultarme a mí mismo, así que te demostraré en múltiples aspectos que estoy bien preparado en la lengua griega.

—¿Y entonces por qué no me invitaste tú mismo al banquete —dijo—, sino que me exhortaste a que te invitara yo?

—Porque te estimo superior a mí —contestó—, pues la sabiduría tiene dignidad más regia.

Y al tiempo lo llevó a él y a los suyos a donde acostumbraba a bañarse.

El baño era un parque de un estadio de largo, en cuyo centro se había cavado una piscina que recibía fuentes de agua potable y fresca. A ambos lados había unas pistas en las que se entrenaba, a la manera griega, en la jabalina y el disco. En efecto, su cuerpo era vigoroso, tanto por su edad —pues tenía veintisiete años—, como por ejercitarse de ese modo. Cuando le pa-

recía suficiente, se lanzaba al agua y se ejercitaba en nadar. Cuando se bañaron, se encaminaron, coronados, hacia el comedor. Esto es lo que se acostumbra entre los indios cuando beben en el palacio del rey.

Digno de no pasarse por alto es la disposición del 28
banquete, claramente descrita por Damis. Se banquetean sobre un lecho el rey y no más de cinco de sus allegados cerca de él; los demás, todos participan del banquete en asientos. Una mesa, como un altar, se levanta hasta la altura de las rodillas de un hombre, en el centro, abarcando el círculo de un corro de treinta hombres cerca uno de otro. Sobre ella se extienden laureles y otros ramos muy parecidos al mirto, que les proporcionan a los indios su perfume. Allí se hallan peces, aves, se hallan leones enteros, corzas, cerdos y lomos de tigres, pues el resto de la fiera se niegan a comerlo dado que ese animal, dicen, en cuanto nace, levanta las patas delanteras al Sol naciente. Levantándose, el comensal va y viene a la mesa y, escogiendo unas cosas y trinchando de otras, se sacia al volver a su asiento, comiendo pan en abundancia. Cuando tienen suficiente, aprestan crateras de plata y oro, bastante cada una para diez comensales, de las que beben, inclinándose sobre ellas como si abrevaran.

Mientras están bebiendo, se dedican a peligrosas exhibiciones de destreza, no indignas de tomarse en consideración. En efecto, un muchacho, como el de un grupo de bailarinas, salta con ligereza, lanzándosele a un tiempo un dardo al aire y, cuando está muy lejos del suelo, da una voltereta el muchacho, saltando por encima del dardo que, si yerra en la voltereta, es capaz de herirlo. El arquero, efectivamente, antes de realizar el tiro, recorre los invitados enseñándoles la punta y ofreciéndoles la posibilidad de comprobación de la saeta. El lanzar una flecha a través de un anillo, tirarle a un pelo y dibujar con flechas el contorno de un hijo propio en

pie delante de una tabla son cosas en las que se ejercitan en los banquetes y atinan incluso embriagados.

Fraotes y el aprendizaje de la filosofía entre los indios

29 Los acompañantes de Damis se asombraban de aquello por la buena puntería y admiraban la exactitud del tiro. Pero Apolonio, que comía con el rey por coincidir con él en la alimentación, les hacía menos caso y le decía al rey:

—Dime, rey. ¿Cómo tienes tal dominio de la lengua griega? Y la filosofía que hay en ti, ¿de dónde la has sacado aquí? Maestros supongo que no te la han transmitido porque no es verosímil que haya algún maestro de ello entre los indios.

Echándose a reír, el rey dijo:

—Los antiguos hacían la pregunta a los que venían por mar de si eran piratas, cosa tan común les parecía, por penosa que fuera. Pero vosotros me dais la impresión de que les preguntáis a vuestros visitantes si no son filósofos, de tal modo creéis que está capacitado el primero que encontráis, aun cuando es lo más divino que existe entre los hombres. Que entre vosotros es lo mismo que la piratería, lo sé, pues dicen que no es posible encontrarse con un hombre parecido a ti, pero que los más, como expoliadores de lo de otros, se lo echan encima, sin que esté a su medida, y se contonean arrastrando un manto ajeno. Y, por Zeus, así como los piratas llevan una vida de lujo, sabiendo que están a merced de la justicia, así también dicen que aquéllos se entregan al vientre, a los placeres sexuales y a la vestimenta fina. La causa es la siguiente. Es ley entre vosotros, creo, que si alguien falsifica moneda, muera, y también si alguno empadrona ilegalmente a su hijo, o no sé qué al respecto. En cambio a los que plagian la filosofía o la corrompen, ninguna ley entre vosotros, creo, los detiene, ni hay establecida ninguna autoridad contra ellos.

Entre nosotros[131], en cambio, pocos se dedican a filo- 30
sofar, y son examinados del siguiente modo: es preciso que el joven, cuando llega a los dieciocho años (ese es también entre vosotros, creo, el límite de la adolescencia), se dirija sobre el río Hífasis junto a esos hombres a quienes te propones visitar, tras decir primero en público que están dispuestos a dedicarse a la filosofía, para que sea posible a quienes lo deseen impedírselo si no va puro. Quiero decir con «puro», primero, en lo que se refiere a su padre y a su madre, que no aparezca ningún reproche respecto a ellos; luego, los progenitores de éstos y la tercera generación hacia arriba, que ninguno sea lujurioso, intemperante o usurero injusto; y que, cuando no puede demostrarse ninguna cicatriz en ellos ni ninguna mancha en absoluto, se examina ya al propio joven y se le pone a prueba. Primero, si tiene buena memoria, luego, si por naturaleza es modesto y no es que lo finge; que no sea aficionado a la bebida, ni glotón, ni charlatán, ni bromista, ni desvergonzado, ni dado al insulto; si es obediente con su padre, con su madre y con sus maestros y preceptores; y lo más de todo, si no está depravado en lo tocante a su belleza. Lo que se refiere a los que le dieron el ser y quienes a su vez les dieron el ser a aquéllos, lo compilan por testigos y por los registros públicos. Pues cuando un indio fallece, visita su casa un magistrado encargado por las leyes de registrar cómo vivió, y al magistrado que miente o permite que le mien-

[131] Sobre este pasaje, considerado un fragmento de Megástenes (un historiador que en el 300 a. C. estuvo al servicio de Seleuco Nicátor como emisario ante el rey indio Sandrakottos, esto es, Chandragupta), cf. B. Breloer, «Drei unbenannte Megasthenes-fragmente über die paravrajya», *Zeits. Deutsch. Morg. Ges.* 1939, págs. 254-293, quien piensa que las condiciones de entrada en un convento indio las conoció Megástenes cuando pasó cuatro meses en uno de las montañas de Aravalli.

tan lo castigan las leyes a no ocupar ya ninguna otra magistratura, como falsificadores que son de la vida de un hombre. Lo que se refiere a los jóvenes lo determinan examinándolos a ellos mismos, pues muchos de los caracteres humanos pueden interpretarlos los ojos, y hay muchos detalles en las cejas y en las mejillas para formar un juicio y valoración. A partir de ellos, hombres hábiles y conocedores de la naturaleza, examinan los espíritus de los hombres igual que las imágenes en un espejo. Al ser aquí, efectivamente, digna del mayor aprecio la filosofía y tener un valor entre los indios, es de toda necesidad que los que se dedican a ella sean examinados a fondo y se vean sometidos a millares de pruebas. Que efectivamente lo hacemos con maestros y que al filosofar se accede tras una comprobación, lo he dicho claramente. En lo que a mí respecta, se trata de lo siguiente:

31 Yo nací de un abuelo rey, que llevaba mi mismo nombre, pero de un padre, simple ciudadano. Pues sin padre desde muy joven, llegó a tener dos de sus allegados como tutores, de acuerdo con las costumbres de los indios. Pero no ejercieron el gobierno real en su nombre de un modo honrado, no, ¡por el Sol!, ni comedido, por lo que se mostraron insoportables para sus súbditos y su gobierno cobró mala fama. Así pues, conjurados algunos de los poderosos contra ellos, los atacaron en un festejo y los mataron mientras efectuaban un sacrificio al Indo, así que accedieron ellos al poder y se hicieron cargo de los asuntos públicos. Temiendo entonces sus parientes por mi padre, que no tenía aún dieciséis años, lo enviaron más allá del Hífasis, junto al rey de allí. Gobernó sobre más personas que yo y su país era más fértil con mucho que el de aquí. Aunque el rey quiso hacerlo su hijo, él lo rechazó, diciendo que no quería oponerse al destino que le había privado de gobernar, y solicitó que le permitiera

marchar a practicar la filosofía junto a los sabios, pues así incluso sobrellevaría con mayor facilidad las desgracias de su casa. Y aunque el rey quería restablecerlo en su gobierno patrio, le dijo:

—Si te dieras cuenta de que llego a ser genuinamente filósofo, restabléceme, pero si no, déjame estar así.

Así pues, el rey, tras ir en persona junto a los sabios, dijo que les quedaría muy agradecido si se hacían cargo del joven, que era ya noble por naturaleza. Y ellos, al notar en él algo fuera de lo común, se gozaron en comunicarle algo de su propia sabiduría y lo educaron animosamente, muy dotado como se hallaba para aprender.

Al séptimo año, el rey, enfermo, cuando se hallaba ya a punto de morir, lo manda llamar, le designa como copartícipe del gobierno con su hijo y lo compromete con su hija para cuando estuviera en edad de ello. Y él, cuando vio al hijo del rey dominado por los aduladores, el vino y vicios de esta especie y lleno de suspicacias contra él, le dijo:

—Conserva tú eso y hazte cargo de todo el gobierno, pues es tonto que quien no pudo conservar el reino que le pertenecía piense animosamente acceder al que no le pertenece. Así que dame a tu hermana, pues es lo único que me hace falta de lo tuyo.

Tras haber conseguido el matrimonio, vivió cerca de los sabios en siete aldeas fértiles que entregó el rey a su hermana como regalo de boda. Nací yo, pues, de este matrimonio, y mi padre, tras haberme dado una educación de griegos, me lleva con los sabios, quizá antes de la edad, pues tenía entonces doce años, y ellos me criaron igual que a un hijo propio, porque a quienes acogen sabiendo ya la lengua griega los aprecian más, como inclinados ya a la igualdad de hábitos de ellos.

32 Al morirse mis padres, no mucho después uno de otro, ellos me exhortaron a que me ocupara de lo mío, volviendo a las aldeas, cuando tenía diecinueve años. Pero las aldeas me las había quitado ya mi buen tío y no me había dejado ni los terrenos adquiridos por mi padre, pues «eso pertenecía a su reino, y aún debía estar agradecido si me dejaba vivir». Tras hacer entonces una colecta entre los libertos de mi madre, conseguí cuatro acompañantes. Y cuando leía el drama *Los Heraclidas*[132] se me presentó alguien de allí trayéndome una misiva de un hombre muy partidario de mi padre que me exhortó a que, tras atravesar el río Hidraotes, me reuniera con él para tratar del gobierno de allí; que había muchas esperanzas para mí de recuperarlo si no me quedaba cruzado de brazos. Pienso que efectivamente alguno de los dioses me puso en mientes el drama, así que seguí el presagio y, tras cruzar el río, me enteré de que uno de los que había tomado el poder por la fuerza estaba muerto, y que el otro se hallaba sitiado en el palacio real. Avancé entonces apresurándome y proclamando a voces a los de las aldeas por las que pasaba que era hijo de Fulano y que iba a por mi propio reino. Y ellos, alegres y rindiéndome honores, me escoltaban, hallándome muy parecido a mi abuelo. Llevaban dagas y arcos y cada vez eran más, así que al llegar a las puertas de la ciudad, tan contentos me acogieron los de allí que, prendiendo antorchas en el altar del Sol, me llevaron ante las puertas y me condujeron aquí entonando muchos himnos en honor de mi padre y mi abuelo. Al zángano de dentro, en cambio, lo emparedaron en la

---

[132] De Eurípides, cf. la traducción de J. A. LÓPEZ FÉREZ en esta colección, EURÍPIDES, *Tragedias*, I, Madrid, 1977, págs. 275 sigs. El tema es la persecución de los hijos de Heracles por el tirano Euristeo y la victoria final de éstos.

muralla, aunque les supliqué que no lo mataran de aquel modo.

Conversaciones con el rey

Entonces Apolonio, interrumpiéndole, dijo: 33

—Tú has recorrido sencillamente el camino de regreso de los Heraclidas. Alabados sean los dioses por su designio, porque a un hombre noble, que venía a por lo suyo, le facilitaron el regreso. Pero dime una cosa acerca de los sabios. ¿No llegaron a estar en tiempos bajo el poder de Alejandro y, conducidos ante él, filosofaron acerca del cielo?

—Esos eran los Oxídraces [133]. Ese pueblo siempre fue independiente y se halló bélicamente bien pertrechado; afirman que practican la sabiduría, sin saber nada útil. Los auténticamente sabios están entre el Hífasis y el Ganges. A esa región nunca accedió Alejandro, no por miedo a lo de allí, sino que los presagios, creo, se lo indicaron. E incluso si hubiera atravesado el Hífasis y hubiese podido tomar el territorio de sus alrededores, nunca habría podido conquistar la ciudadela que aquéllos habitan, ni con diez mil Aquiles ni con treinta mil Ayaces. Pues no combaten contra quienes les atacan, sino que los rechazan lanzándoles portentos celestes y rayos, como hombres santos y amados de los dioses que son. Dicen que Heracles el egipcio y Dioniso, que habían recorrido en armas el pueblo de los indios, los atacaron en tiempos; que construyeron ingenios bélicos e intentaron la conquista del lugar, y que ellos

[133] Oxídraces (en griego quiere decir «de vista penetrante») es una reinterpretación griega del indio Kṣudraka, una tribu muy belicosa, sobre cuya lucha contra Alejandro nos habla ARRIANO, *Anábasis* VI 4, 3; 14, 1. En la obra del PSEUDO-CALÍSTENES a la que antes me he referido, se les llama Oxídorces y se los confunde con los Brahmanes y los Gimnosofistas en III 4 (cf. la documentada nota 126 de C. GARCÍA GUAL al pasaje).

no ofrecieron ninguna resistencia, sino que permanecieron sin moverse, según les pareció, pero cuando los atacaron, los rechazaron chorros de fuego y truenos que se dirigían hacia abajo y caían sobre sus armas. Se dice que Heracles arrojó allí su escudo, que era de oro, y lo dedicaron los sabios como una ofrenda por la fama de Heracles, y por los relieves del escudo. Se representa, en efecto, en él a Heracles estableciendo en Gadira[134] las fronteras de la tierra, usando como hitos los montes y llevando adentro al océano, de donde se demuestra que no fue el Heracles tebano, sino el egipcio el que llegó a Gadira y se convirtió en el deslindador de la tierra.

34 En el curso de esta conversación les llegó un himno con acompañamiento de flauta. Al preguntar Apolonio al rey qué quería decir el concierto aquel, dijo:

—Los indios cantan sus admoniciones al rey cuando llega la hora de acostarse: que tenga buenos sueños y que se levante propicio y accesible a sus súbditos.

—¿Y cuál es tu postura, rey, respecto a eso? —preguntó—, pues evidentemente hacen sonar las flautas en tu honor.

—No me río de ellos —dijo—, pues es necesario someterse a eso de acuerdo con la ley, aunque no necesito de ninguna admonición; pues cuantas cosas haga el rey de forma mesurada y válida, esas le beneficiarán más sin duda a él mismo que a sus súbditos.

---

[134] Esto es, en Cádiz. Era en el Estrecho de Gibraltar donde se situaban las llamadas Columnas de Heracles, que marcaban el fin del mundo conocido.

Ventajas de no beber vino

Acabada esta conversación, se fueron a dormir. Pero cuando despuntó el día, el propio rey llegó a la alcoba en la que descansaban los de Apolonio y, tocando suavemente su lecho, se dirigió a nuestro hombre y le preguntó en qué estaba pensando. 35

—Pues seguramente no duermes, por beber agua y burlarte del vino.

—¿Es que piensas que no duermen los que beben agua? —preguntó.

—Duermen —le contestó—, pero un sueño ligero, que decimos que se les asienta en el borde de los párpados, no en la mente.

—En ambas cosas —replicó— y quizá más en la mente, pues si la mente no se sosiega, los párpados no conciliarán el sueño. Los locos, por ejemplo, no pueden dormir, por el pálpito de su mente, sino que al andar su pensamiento de una cosa a otra miran del modo más terrible y desvergonzado, como los dragones que no duermen. Así pues, rey —añadió—, puesto que ha quedado claramente interpretada la acción del sueño y qué significa para los hombres, examinemos en qué anda escaso en el sueño el que bebe agua respecto al que se embriaga.

—No andes con sutilezas —repuso el rey—, pues si vas a poner el caso del que se embriaga, no dormirá, porque al estar su mente dominada por el furor, lo hará girar y lo llenará de confusión. Pues todos los que intentan dormir después de una borrachera tienen la sensación de que son lanzados al techo y que luego están bajo tierra y que los precipitan como un torbellino, tal como se dice que le aconteció a Ixión[135].

---

[135] Rey mítico de los Lápitas que, por haber intentado seducir a Hera, fue condenado por Zeus a permanecer encadenado en una rueda en perpetuo movimiento por el aire.

Así pues, no me parece bien poner el caso del que se embriaga, sino el de cómo dormirá quien ha bebido vino, pero está sobrio, y cuánto mejor que el abstemio.

36 Llamando entonces Apolonio a Damis, le dijo:

—La discusión es con un hombre hábil y muy ejercitado en discutir.

—Ya lo veo —contestó—, y quizá sea esto lo de «encontrar la horma de su zapato» [136]. A mí me interesa mucho el tema al que se ha referido. Hora es, pues, de que, bien despierto, lo lleves a término.

Así que Apolonio, irguiendo levemente la cabeza, dijo:

—Bien, te voy a demostrar cuán superiores somos los que bebemos agua respecto a dormir más dulcemente, manteniendo precisamente tu argumento. Que efectivamente está confundida la mente de los que se embriagan y que se hallan al borde de la locura, lo has indicado claramente, pues vemos que los que están bajo los efectos de una borrachera creen ver lunas dobles y soles dobles y los que han bebido menos e incluso están completamente sobrios, no creen ver ninguna de esas cosas, pero sí están llenos de contento y euforia que a menudo no les sobreviene por algún éxito. Algunos de los que están en esas condiciones se ocupan en pleitos, aun sin habérseles oído nunca en un tribunal y afirman que son ricos sin tener en el bolsillo ni un dracma. Esos, rey, son estados de locura, pues el propio hecho de estar eufóricos les altera el juicio. Conozco a muchos tan completamente convencidos de que les iban bien las cosas que ni podían dormir, sino se despertaban sobresaltados y eso sería por lo de que «los bienes también producen preocupaciones». Hay también brebajes para dormir combinados

---

[136] Traduzco por un proverbio español, correspondiente por el sentido, al griego «encontrar al culonegro», que alude al tema mitológico de Heracles y los Cércopes.

por los hombres, bebiendo de los cuales o untándose con ellos, duermen tendidos cuan largos son, como muertos. De ello se despiertan con un cierto olvido y creen hallarse en otro sitio más que donde están. Efectivamente, que estas bebidas, o más bien irrigaciones sobre el alma y el cuerpo, no llevan a un sueño legítimo ni propio, sino a uno profundo y como la muerte, o corto e interrumpido por apariciones, aunque sean desfavorables, es cosa que seguramente me concederás, a no ser que busques más disputa que discusión. Pero los que beben lo que yo, ven lo que es, como es, y lo que no es, ni lo registran ni lo trazan, ni se sienten ligeros ni llenos de pereza ni de necedad ni más contentos de lo adecuado, sino están completamente despiertos, en pleno uso de su raciocinio, inalterables, tanto al atardecer como cuando la plaza está llena[137]. Esos, pues, no dan cabezadas aunque estudien hasta bien entradas las noches, pues no los retiene el sueño como un amo haciendo peso sobre su cuello, esclavizado por el vino, sino se les ve libres y derechos, y al intentar dormir, acogen el sueño con alma pura y ni se sienten aligerados por éxitos, ni espantados por ninguna adversidad. Pues es equilibrada para ambas cosas el alma sobria y no dominada por ninguna pasión, por lo que duerme dulcísimamente y sin ningún pesar, y no sale violentamente de su sueño.

Además, lo profético de los sueños, que parece la 37
más divina de las facultades humanas, lo examina con mayor facilidad sin estar encenagada por el vino, sino acogiéndolo cuidadosamente. Así que los que explican las visiones a los que los poetas llaman «intérpretes de sueños»[138], no podrían explicar ninguna visión sin haber preguntado antes por la ocasión en que se vio.

---

137 Expresión tradicional para indicar la media mañana.

138 Por ejemplo, *Ilíada* I 63, V 149.

Pues si fuera a la aurora y del sueño del alba, le darán sentido, sobre la base de que el alma vaticina sanamente cuando se ve libre del vino. En cambio, si fuera en el primer sueño o a medianoche, cuando está sumergida y encenagada todavía por el vino, rechazan la interpretación, como sabios que son. Y que éste es el parecer de los dioses y que conceden la capacidad de profecía a las almas abstemias, lo voy a demostrar claramente. Hubo, rey, entre los griegos un adivino, Anfiarao.

—Lo conozco —dijo—, pues se refiere seguramente al hijo de Ecles, al que la tierra tragó, aún vivo, al volver a Tebas [139].

—Ése, rey —prosiguió—, que vaticina aún en el Ática, les envía sueños a los que lo consultan. Y haciéndose cargo los sacerdotes del que va a consultarlo, le privan de alimento por un día y de vino por tres, para que acoja los oráculos en un alma transparente. Si el vino fuera un brebaje bueno para el sueño habría ordenado el sabio Anfiarao que los devotos llegaran al santuario dispuestos del modo contrario y llenos de vino como ánforas. Muchos oráculos además podría mencionarte, bien reputados entre griegos y bárbaros, en los que el sacerdote da sus respuestas desde el trípode después de beber agua, no vino. Considérame, pues, rey, también un vehículo del dios, a mí y a todos los que beben agua, pues nosotros somos poseídos por las Ninfas y bacantes de la abstinencia.

---

[139] Se alude a un episodio de la mítica expedición de los Siete contra Tebas, cuando Anfiarao, el adivino, cuando iba perseguido por Periclímeno, fue tragado, con carro y todo, por la tierra. Cf. PÍNDARO, *Nemea* IX 24 sigs., y el poema épico del Ciclo la *Tebaida*, traducido e introducido en mis *Fragmentos de Épica Griega Arcaica*, Madrid, 1979, en esta misma colección. El hecho se aseguraba que tuvo lugar en Oropo, en la frontera entre Atica y Beocia, y la arqueología ha descubierto en el lugar restos de un templo, junto a la fuente sagrada.

—¿Me harás, pues, Apolonio, miembro de la hermandad también a mí?

—Sólo en el caso de que no le parecieras vulgar a tus súbditos —contestó—. Pues en un rey, una filosofía moderada e indulgente consigue una extraordinaria combinación, como en ti se evidencia, pero la esmerada y aventajada parece vulgar, rey, y por bajo de tu papel e incluso los envidiosos considerarían que eso implica cierta vanidad.

Acabada esta conversación y dado que ya se había 38
hecho de día, salieron. Haciéndose cargo Apolonio de que el rey debía ocuparse de sus asuntos, embajadas y cosas por el estilo, le dijo:

—Tú, rey, ocúpate de lo que corresponde a tu gobierno y a mí concédeme este momento para honra del Sol, pues debo suplicarle mi acostumbrada plegaria.

—Ojalá escuche tu plegaria —dijo—, pues será grato para todos cuantos se gozan con tu sabiduría. Yo aguardaré a que regreses, pues es preciso que juzgue unos procesos en los que con tu presencia me ayudarás muchísimo.

El pleito por el hallazgo de un tesoro

Así pues, al regresar, ya avanzado 39
el día, le preguntaba al rey acerca de las causas que había juzgado. Y él le contestó:

—Hoy no juzgué ninguna, pues los presagios no me eran favorables.

En respuesta le dijo entonces Apolonio:

—¿Así que también hacéis depender eso de presagios, como las expediciones y las campañas?

—Sí, por Zeus —contestó—, pues también ahí hay riesgo si el que juzga se aparta de lo recto.

A Apolonio le pareció que decía bien y le preguntó de nuevo qué proceso era el que tenía que juzgar.

—Pues veo —añadió— que estás obsesionado y perplejo sobre qué veredicto vas a dar.

—Reconozco —dijo— que estoy perplejo, por lo que te tomo como consejero. En efecto, alguien le vendió a otro una tierra en la que yacía un tesoro aún no descubierto. Algún tiempo después la tierra, removida, sacó a la luz un cofre de oro que el que vendió la tierra afirma que le corresponde con más motivo a él, pues no habría vendido la tierra si se hubiese enterado previamente de que tenía recursos en ella. Pero el que la compró estima que había adquirido lo que encontró posteriormente en su tierra. Justo es el razonamiento de ambos, y yo quedaría como un necio si ordenara que el oro se repartiera, pues eso lo arbitraría incluso una vieja[140].

En respuesta, le dijo entonces Apolonio:

—Que esos hombres no son filósofos lo evidencia el que disputen por el oro. Pero me parece que juzgarías lo mejor teniendo en mente que los dioses en primer lugar dedican su atención a los que filosofan de acuerdo con la virtud, y en segundo lugar a los que no yerran y nunca se mostraron injustos. Así que conceden a los filósofos el discernir bien lo divino y lo humano y a los que son sencillamente buenos el sustento suficiente, para que no se hagan injustos por la privación de lo necesario en algún momento. Mi parecer, rey, es sopesarlos como en una balanza y examinar la vida de ambos, pues me parece que los dioses al uno no lo habrían privado de su tierra si no fuera una mala persona, y al otro no le hubieran concedido

[140] D. NOERR, «Ethik von Jurisprudenz in Sachen Schatzfund», *Boll. Istit. Dir. Rom.* 75 (1972), 11-40, analiza este pasaje y señala que en este punto Apolonio (y quizá el círculo de Julia Domna) muestra el antagonismo de los filósofos, de inspiración oriental, que anteponen la ética a la norma legal, con los juristas, representados para nosotros por ADRIANO en JUSTINIANO, *Instituciones* II 1, 39, cuya solución a casos como éste es precisamente la que aquí se califica como algo que arbitraría una vieja. Cf. otro episodio referido a un tesoro en esta misma obra, VI 39.

a su vez lo de bajo tierra si no fuese mejor que el que la vendió.

Llegaron al día siguiente ambos para intervenir en el proceso y el vendedor quedó en evidencia como un soberbio, que tenía abandonados los sacrificios que debía ofrecer a las divinidades de la tierra. El otro se manifestó como un hombre de bien, que atendía de modo muy piadoso a los dioses. Así pues, se impuso el parecer de Apolonio y se marchó el bueno, poseedor de aquello como procedente de los dioses.

Despedida de Fraotes

Una vez que lo relativo al proceso 40
quedó de esta manera, Apolonio, aproximándose al indio, le dijo:

—Hoy es el tercero de los días durante los que me hiciste tu huésped, rey. Así que mañana al amanecer es preciso que parta de acuerdo con la ley.

—Pero la ley —contestó— no reza contigo en seguida, pues te es posible quedarte también mañana, dado que llegaste después del mediodía.

—Me gozo por tu hospitalidad —dijo—, pues incluso me da la impresión de que distorsionas la ley por mí.

—¡Ojalá pudiera violarla por ti! —repuso—. Pero dime una cosa, Apolonio: los camellos sobre los que dices que viajabais, ¿no os traen desde Babilonia?

—Desde allí —respondió—, pues nos los dio Vardanes.

—Entonces, ¿van a poder llevaros todavía, después de haber recorrido ya tantos estadios desde Babilonia?

Calló Apolonio, pero Damis dijo:

—Este hombre, rey, no se hace idea del viaje, ni de las tribus entre las que estaremos en adelante, sino que, como si por todas partes fuera a teneros a ti y a Vardanes, considera un juego de niños el llegar hasta la India. En cuanto a los camellos, no reconoce en tu presencia en qué estado se hallan. Pues están en tan

mal estado como para que los llevemos nosotros a ellos, y necesitamos otros. Pues si doblaran la rodilla en algún desierto de la India, nosotros nos sentaremos para ahuyentar los buitres y lobos de los camellos, pero de nosotros nadie los ahuyentará, pues moriremos con ellos.

Así que el rey, contestándole, dijo:

—Yo remediaré eso, pues os daré otros (necesitáis cuatro, creo) y el sátrapa del Indo enviará a Babilonia otros cuatro. Tengo un rebaño de camellos en el Indo, todos blancos.

—¿Y un guía —dijo Damis—, no nos lo vas a dar, rey?

—Por supuesto, y también os daré un camello para el guía y viático. Además le mandaré una carta a Yarcas, el más anciano de los sabios, para que acoja a Apolonio como a alguien en absoluto inferior a él mismo, y a vosotros, como a filósofos y acompañantes de un hombre divino.

El indio les daba oro, piedras preciosas, vestidos de lino y millares de cosas por el estilo. Apolonio dijo que tenía bastante oro, dado que Vardanes le había dado al guía a escondidas, pero que tomaba los vestidos de lino porque se parecían al manto de filósofo de los antiguos y genuinamente áticos. Y cogiendo una de las piedras preciosas, dijo:

—¡Excelente! ¡Cuán oportunamente te he encontrado y no sin la ayuda divina! —porque había descubierto en ella, pienso, algún poder secreto y divino.

Los que iban con Damis no aceptaron tampoco nada de oro, pero de las piedras preciosas tomaron bastantes puñados, para ofrecérselas a los dioses cuando volvieran a su país.

41 A ellos, que permanecieron allí también al día siguiente porque el indio no les dejaba marchar, les da la carta a Yarcas, escrita en los siguientes términos:

El rey Fraotes a Yarcas, su maestro, y a los suyos, saludos.

Apolonio, varón muy sabio, piensa que vosotros sois más sabios que él y va a aprender vuestro saber. Enviádmelo, pues, cuando sepa cuanto sabéis, que no se perderá ninguna de vuestras enseñanzas, dado que tiene la mejor conversación y memoria de los hombres. Que vea también el trono, sentado en el cual me entregaste el reino, padre Yarcas. Sus seguidores también son dignos de elogio por ser devotos de tal hombre. Que os vaya bien a ti y a los tuyos.

Continuación del viaje

Partido que hubieron de Taxila y tras 42
haber recorrido una jornada de dos días, llegaron a la llanura en la que se dice que Poro combatió contra Alejandro. Afirman que vieron en ella un pórtico que no cerraba nada, sino que se había construido a guisa de trofeo. Se alza sobre él Alejandro, de pie sobre un carro de cuatro timones[141], como apareció contra los sátrapas de Darío. Dicen que se habían construido dos puertas, a bastante distancia una de otra, que tenía la una a Poro, la otra a Alejandro, entrevistados, supongo, después de la batalla, pues el uno parece hacer un gesto de saludo, y el otro, rendirle homenaje.

Después de cruzar el Hidraotes y dejar atrás varias 43
tribus, llegaron ante el Hífasis y a treinta estadios de distancia de éste hallaron altares en los que estaba escrito: *A mi padre Ammón, a Heracles, mi hermano, a Atenea Providencia, a Zeus Olímpico, a los Cabirios de Samotracia, al Sol indio y a Apolo Délfico* y dicen que

[141] Esto es, de ocho caballos. Cf. alusiones a este tipo de carro en JENOFONTE, *Ciropedia* VI 1, 51, VI 4, 2.

también se encontraba allí una estela de bronce en la que estaba escrito: *Alejandro se detuvo aquí*[142]. Podemos suponer efectivamente que los altares se debían a Alejandro, que conmemoraba así el límite de su imperio, pero me da la impresión que la estela al otro lado del Hífasis la levantaron los indios, alardeando de que Alejandro no hubiera avanzado más.

---

[142] Si bien Alejandro deseaba continuar su avance al otro lado del Hífasis, sus tropas, cansadas de una guerra interminable, se negaron a continuar. Los historiadores coinciden en que erigió los dos altares de piedra aquí mencionados, pero la arqueología no ha conseguido encontrarlos.

LIBRO III

SINOPSIS

Las maravillas de la India (1-5).
La cacería de dragones (6-9).
Llegada a la colina de los sabios (10-14).
Los Brahmanes (15).
Conversaciones con Yarcas (16-19).
Historia del rey Ganges (20-21).
Reencarnaciones: Palamedes, Apolonio (22-24).
Discusión sobre la justicia (25).
El banquete con el rey (26-30).
El rey menosprecia a los atenienses (31-32).
Despedida del rey (33-34).
Origen y configuración del mundo (34-37).
El poseso y otros milagros (38-41).
La presciencia y la adivinación (42-44).
La martícora, la pantarbe, los grifos, el fénix (45-49).
Regreso de la colina de los sabios (50-58).

Las maravillas de la India

Acerca del Hífasis, cuál era la longitud de su curso a través de la India y qué hay de admirable respecto a él, es preciso conocer lo siguiente: las fuentes de este río surgen de un llano, y desde allí mismo son navegables, pero al avanzar su curso son ya intransitables para las naves, pues aparecen a flor de agua, alternativamente de un lado y de otro, aristas de roca, alrededor de las cuales es forzoso que la corriente gire y haga el río impracticable. Su anchura es como la del Istro[143] y se considera que ése es el mayor de los ríos que fluyen en Europa. Árboles semejantes a los de aquél crecen también junto a sus orillas. Destila de los árboles una especie de bálsamo, que los indios usan como ungüento nupcial, y si no rocían con este bálsamo a los novios los asistentes a la boda, se considera incompleta y no acomodada a la merced de Afrodita. Dicen que están consagrados a esta diosa la propia arboleda de alrededor del río y los peces pavo-real, que sólo cría este río. Les han dado el mismo nombre que al ave porque tienen azules las aletas dorsales, moteadas las escamas y doradas las colas que, cuando quieren, doblan hacia atrás. 1

Hay también un animal en este río semejante a un gusano blanco[144]. Fundiéndolo, fabrican un aceite; de

[143] El Danubio.

[144] Una referencia a este mismo gusano maravilloso la da CTESIAS en FOCIO, 48 b 9. Aquí, como en otros pasajes, puede detec-

este aceite se produce una llama y nada, salvo el cristal, puede resistirla. Se captura este animal sólo para el rey, para la conquista de fortalezas, pues cuando la grasa toca las almenas, se provoca un fuego más poderoso que cuantos medios de extinción han hallado los hombres contra los combustibles.

2 Dicen también que se capturan asnos salvajes[145] en los pantanos; que estos animales tienen en la frente un cuerno con el que combaten al modo taurino y no sin nobleza. Asimismo, que los indios hacen una copa de este cuerno, pues el que bebe de ella, ni enferma en aquel día, ni se duele ni resulta herido, así como podría atravesar por el fuego y no se vería afectado por cuantas pociones hace daño beber. También, que la copa es propia de reyes, y sólo al rey se le permite su caza.

Apolonio afirma haber visto al animal y haberse admirado de su naturaleza y que, cuando Damis le preguntó si creía la historia acerca de la copa, dijo:

—Lo creeré, si me entero de que el rey de los indios de aquí es inmortal, pues quien puede ofrecerme a mí y a cualquiera una bebida que libra de la enfermedad y tan sana, ¿cómo no será más verosímil que la escancie para sí mismo y beba a diario de ese cuerno hasta la embriaguez? Pues nadie censurará, creo, al que se emborrache con ella.

3 Dicen que allí encontraron también a una mujeruca negra de la cabeza a los pechos, pero blanca por toda la parte desde los pechos hasta los pies; que los demás huyeron de ella como de un monstruo, pero que Apolonio tomó a la mujeruca de la mano y com-

---

tarse el uso de Ctesias como fuente para las maravillas de la India.

[145] Se trata de los míticos unicornios, cuya descripción procede también de Ctesias. Cf. Ctesias en Focio, 48 b 19 sigs.

prendía lo que era en realidad. Se consagra a Afrodita, al parecer, una india de esta clase, y también nace en honor de la diosa una mujer multicolor, como Apis[146] entre los egipcios.

4 Desde allí dicen que cruzaron la parte del Cáucaso que se extiende hasta el Mar Rojo[147] y que está enteramente cubierta por breñales de plantas aromáticas. Asimismo, que las estribaciones del monte producen cinamomo y que éste se parece a las cepas nuevas, pero la prueba de que se trata de la especia es la cabra. Pues si alguien le acerca cinamomo a una cabra, gañirá tras la mano como un perro; al marcharse, lo seguirá, apoyando su nariz contra él, y si se la lleva el cabrero, gemirá como si la apartaran del loto[148].

En los precipicios del monte crecen elevados árboles de incienso y muchas otras especies, como por ejemplo, los árboles de la pimienta, cuyos cultivadores son los monos. A qué se parece este árbol es cosa que no han pasado por alto. Yo voy a dar su descripción, de la manera que quedó dicha por ellos.

El árbol de la pimienta se parece al agnocasto de los griegos en todo, pero especialmente en el racimo del fruto. Crece en los precipicios, inaccesible a los hombres. Allí, en las cavidades y cuanto hay hueco del monte, se dice que habita una comunidad de monos, a los que los indios aprecian en mucho porque arrancan la pimienta. Así que los protegen de los leones con perros y armas. Ataca al mono el león: cuando está en-

---

146 Animal sagrado en el que, según las creencias de la religión egipcia, se hallaban reunidas las almas de Ptah y Osiris.

147 Parece que se refiere a las montañas entre el Hífasis y el Ganges, pero la indicación geográfica, como todas las de la obra, no es muy precisa. Aquí también el Mar Rojo es el Golfo Pérsico.

148 Alusión al episodio odiseico de los Lotófagos. Cf. la nota 89 a I 39.

fermo, como remedio, pues esta carne le detiene la enfermedad, y cuando está viejo, como alimento, pues una vez que se les ha pasado la edad para la caza de ciervos y jabalíes devoran monos, empleando para ello la fuerza que les queda. Los hombres, con todo, no se lo permiten, sino que, considerando a estos animales como bienhechores, toman las armas en su defensa contra los leones.

Lo que se hace con los árboles de la pimienta es lo siguiente: acercándose los indios a los árboles de abajo, tras haber arrancado el fruto, hacen pequeñas eras en torno a los árboles y en ellas amontonan la pimienta, como si la tiraran como cosa sin valor y no importante para los hombres. Los monos, que desde arriba y desde los lugares inaccesibles lo ven, al llegar la noche imitan la tarea de los indios, así que, tras arrancar las ramas de los árboles, las tiran, echándolas a las eras. Los indios, con el día, levantan los montones de especia, sin haberse tomado ningún trabajo, sino sin esfuerzo y echados a dormir.

5 Una vez que ganaron la cima del monte, dicen que vieron una planicie muy llana, cortada por fosos llenos de agua. Que de ellos, unos eran diagonales y otros rectos, alimentados por el río Ganges y sirviendo de límites de la tierra, así como para acarrear agua a las llanuras cuando la tierra estaba seca.

Afirman que esta tierra es la mejor de la India y el mayor de los distritos de allí, a una distancia de quince días de jornada hasta el Ganges y dieciocho desde el mar hasta el monte de los monos, por cuyos alrededores se extiende. Toda la región es una llanura oscura y fértil en todo, pues se ven en ella espigas crecidas como cañas, se ven habas de triple tamaño que las de los egipcios, sésamo y mijo, todo ello enorme. Dicen que allí también se crían unas nueces, muchas de las cuales se consagran en nuestros templos

de aquí como objeto de admiración. Que se crían vides pequeñas como las de los lidios y meonios, pero buenas para beber y aromáticas desde que se arrancan. Allí dicen que encontraron también un árbol parecido al laurel, y que le sale un cáliz semejante a una granada muy grande, y que dentro del cáliz hay un fruto azulado como los cálices de los jacintos, el más dulce de cuantos producen las estaciones.

La cacería de dragones

Al descender del monte dicen que 6
asistieron a una cacería de dragones, acerca de la que es obligado hablar. Pues muy necio sería que acerca de la liebre y de cómo se captura y debe capturarse hayan dicho muchas cosas los que se preocupan por estos temas, y que pasáramos por alto la narración de una caza noble y prodigiosa, ni siquiera omitida por el sabio en cuyo honor escribí estos relatos.

Toda la región de la India está, efectivamente, cubierta por dragones de enormes proporciones; llenos sus pantanos, llenos sus montes, ni una colina libre de ellos. Los palustres son perezosos y de treinta codos de largo. No les crece cresta, sino que son semejantes a las dragonas, bastante negros por la espalda y menos escamosos que los demás. Se ha ocupado de su descripción, de modo más sabio que los demás poetas, Homero, que dejó dicho que el dragón de Áulide, que vivía cerca de la fuente, era leonado de lomo[149]; pero los demás poetas afirman que su congénere del bosque de Nemea tenía una cresta, cosa que no podríamos encontrar en los palustres.

Los que se hallan al abrigo de los cerros y las cumbres se lanzan a los llanos para la caza y superan a los palustres en todo, pues alcanzan más tamaño, se mueven más de prisa que los ríos más veloces y nada 7

[149] *Ilíada* II 308.

puede huir de ellos. Les sale asimismo una cresta que, de jóvenes, se eleva hasta una altura moderada, pero, de adultos, crece con ellos y alcanza gran tamaño. Es cuando ellos se vuelven rojos y con el lomo aserrado. Éstos tienen una barba incipiente y llevan el cuello levantado hacia arriba; brillan sus escamas como plata; las niñas de sus ojos son una piedra ígnea y afirman que su poder es irresistible para muchos propósitos secretos.

Resulta para los cazadores un hallazgo el del llano cuando hace presa en un elefante, pues ello representa la muerte de ambos animales. La presa para los que cazan dragones son los ojos, la piel y los dientes. Éstos, en muchos aspectos, son semejantes a los de los jabalíes de mayor tamaño, pero más finos, torcidos y de punta no desgastable por el uso, como los de los grandes peces.

8 Los dragones de la montaña presentan escamas doradas. De tamaño mayor que los de la llanura, su barba es ensortijada, también dorada. Tienen sus cejas más prominentes que los de la llanura, y su ojo se hunde bajo la ceja, terrible y de mirada descarada. Emiten un sonido casi de bronce cuando reptan por tierra. De sus crestas, que son rojas como el fuego, brota una llama mayor que la de una antorcha. Éstos hacen también presa de los elefantes, y ellos son presa de los indios del modo siguiente: tras bordar unas letras de oro en un manto teñido de escarlata, lo ponen delante de la guarida. Una vez que provocan con ensalmos en las letras el sueño por el cual siente vencidos sus ojos el dragón, aun cuando son inamovibles, pronuncian asimismo sobre él muchos ensalmos de la sabiduría secreta, por los que se ve inducido, así que, sacando su cuello de la guarida, se queda dormido sobre las letras. Por consiguiente, los indios, cayendo sobre él mientras yace, lo despachan a hachazos y, tras cortarle

la cabeza, le arrebatan las piedras que hay en ella. Dicen que hay acumuladas en las cabezas de los dragones del monte unas piedras; en cuanto a su aspecto, brillantes y con destellos de todos los colores, y en cuanto a su poder, mágicas como el anillo que dicen que llegó a poseer Giges [150]. Muchas veces, sin embargo, haciendo presa del indio con hacha y todo, pese a su destreza, se marcha llevándoselo a su guarida, bamboleando casi el monte. Dicen que éstos habitan también los montes alrededor del Mar Rojo y afirman que se oye su terrible silbido y que, bajando al mar, se adentran mucho en las aguas. En cuanto a los años que alcanza este animal, es cosa imposible de saber e inverosímil de decir. Esto es todo lo que sé acerca de los dragones.

La ciudad que hay al pie del monte, que es muy 9
grande, dicen que se llama Paraca y que en su centro hay consagradas muchísimas cabezas de dragones, pues los indios de allí se ejercitan en esta caza desde jóvenes. Dicen también que comprenden cuanto dicen y piensan los animales si se alimentan, sea con el corazón, sea con el hígado del dragón. Asimismo, que en su marcha les pareció oír la flauta de un pastor que juntaba el rebaño, pero en realidad lo que estaba apacentando eran ciervas blancas. Los indios las ordeñan porque encuentran su leche muy nutritiva.

Llegada a la colina de los sabios

Desde allí, y tras cubrir una jornada 10
de cuatro días a través de una región fértil y productiva, dicen que llegaron a la ciudadela de los sabios y que el guía, tras ordenar al camello que doblara la rodilla, se bajó de él de un salto, muy asustado y lleno de sudor. Que Apolonio comprendió a

---

[150] Según cuenta HERÓDOTO, I 8, el anillo del rey lidio Giges hacía invisible a su portador.

dónde habían llegado y que, riéndose del temor del indio, dijo:

—Me parece que ése, incluso si hubiera tocado puerto después de haber recorrido un largo camino por mar, se afligiría de hallarse en tierra y tendría miedo de estar en un puerto.

Y al tiempo de decir esto, ordenó al camello que se agachara, pues ya estaba bien acostumbrado a esta clase de cosas. Al parecer, lo que provocaba el gran espanto del guía era el haber llegado a las cercanías de los sabios, pues los indios los temen más que a su propio rey, dado que también el propio rey a quien está sometida la región les pregunta a estos hombres acerca de todo cuanto debe decirse o hacerse, como quienes envían a consultar a un oráculo de un dios, y ellos, o bien les indican lo que es más ventajoso hacer, o bien les prohíben y advierten por medio de señales lo que no es más ventajoso.

11 Dispuestos a detenerse en la aldea más cercana —dista de la colina de los sabios apenas un estadio—, dicen que vieron a un joven que llegaba a la carrera, el más negro de todos los indios, y que le brillaba suavemente el entrecejo, en forma de cuarto creciente. Eso mismo lo he oído decir tiempo después acerca de Menón[151], el pupilo del sofista Herodes[152], que era etíope; a saber, que le apareció en su adolescencia, pero que al acercarse a su edad madura, tal resplandor se desvaneció y desapareció con su juventud. Dicen que el indio llevaba un ancla de oro que los indios

---

[151] Filóstrato cita a este personaje en la Biografía de Herodes Ático, dentro de sus *Biografías de los Sofistas* (558).

[152] El sofista Herodes fue un rétor del siglo II d. C., que alcanzó un enorme prestigio en su época, llegando incluso a cónsul, y que al final de su vida tuvo una escuela de retórica en Atenas, donde su fortuna le permitió subvencionar espléndidos monumentos.

consideran cosa propia del heraldo por su cualidad de retenerlo todo.

Dicen asimismo que, tras llegar corriendo junto a 12
Apolonio, le dirigió la palabra en lengua griega y que eso en absoluto les pareció extraño porque todos los de la aldea hablaban griego, que, en cambio, lo de «Salud, Fulano» (a cada uno, por su nombre), provocó el asombro de los demás, pero al sabio le dio ánimo en aquello por lo que había venido, pues, mirando a Damis, dijo:

—Junto a hombres verdaderamente sabios hemos llegado, pues demuestran conocer de antemano.

Inmediatamente le preguntó al indio qué debía hacer, deseoso como estaba ya de una entrevista. Y el indio dijo:

—Es preciso que ésos se detengan aquí y que tú vengas como estás, pues ellos lo mandan.

Eso de «ellos» le pareció ya a Apolonio cosa pitagó- 13
rica [153], así que lo siguió de buena gana.

La colina sobre la que los sabios tienen su sede, dicen que es de alta como la acrópolis de Atenas; que se alza sobre una llanura e, igualmente bien dotada por la naturaleza, la fortifica la roca que la circunda en todo su contorno. Asimismo, que por todas partes vieron huellas de patas hendidas y marcas de barbillas y rostros, y que se veían aquí y allá señales de espaldas, semejantes a las de personas que se hubieran deslizado; pues afirman que cuando Dioniso, junto con Heracles, intentó tomar el lugar, ordenó a los Panes [154] que lo

---

[153] Esto es, de acuerdo con la costumbre de los discípulos de Pitágoras de no llamar jamás a su maestro por su nombre, sino sólo «él». La expresión favorita de los pitagóricos era *autòs épha* «él mismo lo dijo así»; cf. Diógenes Laercio, VIII 46.

[154] Los Panes son un antiguo colectivo de divinidades naturales, originado en las comunidades pastoriles de Arcadia, dioses pastores también, lascivos y juguetones, luego individualizados

atacaran, en la idea de que eran suficientes para el choque, pero que, fulminados por los sabios, cayeron cada uno de un modo, así que las piedras de alguna manera habían guardado impresas las diferentes formas del fracaso. Afirman también que vieron en torno a la colina una nube, en la que habitan los indios, visibles o invisibles según quieran. Si la colina tiene otros accesos, no lo saben, pues la nube que hay en torno suyo no permitía descubrir si estaba sin cercar o bien completamente cercada.

14 Él mismo afirma que subió por la parte más hacia el sur de la colina, siguiendo al indio, y que vio primero un pozo de cuatro brazas por cuya boca se difundía un resplandor que era profundamente azul, y cuando el meridión del sol se situaba sobre él, tiraba del resplandor hacia arriba, por medio de su rayo, y lo elevaba, asumiendo el aspecto de un arco iris ardiente. Dice que luego se enteró acerca del pozo de que la tierra que había en su fondo era rejalgar; de que tenían al agua por mágica y de que ni la bebía ni la sacaba nadie, sino que se tomaba como testigo del juramento por toda la India de los alrededores. Dice también que cerca de éste hay un cráter de fuego de donde brotaba una llama plomiza, pero que no salía ningún humo de ella, ni olor alguno, ni se desbordaba nunca el tal cráter, sino que emitía lo suficiente para no rebosar de la hondonada. Allí los indios se purifican de las faltas inintencionadas, por lo que los sabios llaman al pozo «el de la prueba» y al fuego, «el del perdón».

También afirman que vieron un par de tinajas de piedra negra: una era de las lluvias, otra, de los vientos. La de las lluvias, abierta si la India se ve opri-

en el dios Pan; si bien este dios penetró tardíamente en la religión griega, y así, por ejemplo, Homero no lo menciona.

mida por la sequía, envía nubes y humedece la tierra toda, pero si las lluvias caen en demasía, las detiene, al cerrarse. La tinaja de los vientos hace lo mismo, creo, que el odre de Eolo[155], pues al entreabrir la tinaja dejan escapar a uno sólo de los vientos para que sople en su estación, y con ello la tierra se robustece.

Dicen asimismo que encontraron imágenes de dioses, lo que, si bien en el caso de las indias y egipcias no fue para ellos motivo de asombro, sí lo fueron por lo menos las más antiguas de los griegos: la Atenea Políade, Apolo Delio, Dioniso Limneo, el Amicleo[156] y otras tantas de la misma antigüedad. Dicen que esas las habían erigido esos indios y que las veneraban de acuerdo con los usos griegos.

Afirman también que habitaban la parte central de la India, consideran la colina el ombligo de la montaña y celebran ritos mistéricos con el fuego que hay en ella, que aseguran que ellos mismos prenden de los rayos del Sol. Precisamente en su honor a mediodía entonan un himno todos los días.

---

155 En la *Odisea* X 19 sigs, se nos dice que Eolo entregó a Ulises un pellejo de buey en el que había encerrado a los vientos, para permitirle una buena navegación, pero la curiosidad de los compañeros de Ulises les impulsó a abrirlo, y los vientos se precipitaron violentamente fuera del odre.

156 «Políade» es un epíteto de Atenas que significa «protectora de la ciudad», advocación por la que se le designaba en el más antiguo templo de la diosa que había en Atenas, por oposición a la *Parthénos* y la *Prómachos;* Delio es el epíteto de Apolo de Delos, isla en la que se suponía que había nacido el dios (cf. el *Himno Homérico a Apolo);* Limneo quiere decir «del Pantano», y es una advocación bajo la que se veneraba a Dioniso en un barrio de Atenas (Limnas) al sur de la Acrópolis, cf. Tucídides, II 15, Aristófanes, *Ranas* 216, etc.; en cuanto a Amicleo es el nombre de un santuario de Apolo, en la ciudad laconia de Amiclas, cf. Tucídides, V 18. Naturalmente, el dato es una muestra más de la helenización india que pretende Filóstrato, expresión de su profundo nacionalismo griego.

15 *Los Brahmanes*

Qué clase de personas son estos hombres y cómo habitan la colina, nos lo describe personalmente nuestro hombre, pues en una de sus alocuciones a los egipcios dice: «Vi a los Brahmanes indios viviendo sobre la tierra y no sobre ella, fortificados sin fortificaciones y sin poseer otra cosa que lo de todos.» Esto lo escribió él de un modo demasiado abstruso, pero Damis afirma que acostumbraban a acostarse en el suelo, pero que la tierra extiende bajo ellos un lecho de la hierba que ellos prefieran y que, efectivamente, los ha visto levitar hasta dos codos por encima de la tierra, no como un efecto de magia, pues estos hombres rechazan tal clase de alarde, sino porque hacen todo cuanto realizan en honor del Sol alejándose de la tierra, como cosa apropiada para el dios.

El fuego que prenden del rayo del Sol, aunque es corpóreo, ni lo encienden sobre un altar, ni lo conservan en fanales, sino que, como los resplandores que del Sol se reflejan también en el agua, así se le ve por la altura y cabrilleando en el éter. Suplican, pues, al Sol por las estaciones que este mismo suministra, con objeto de que lleguen a tiempo a la tierra y la India prospere; y de noche, al rayo del Sol, para que no se irrite con la noche, sino que se quede tal como fue atraído por ellos. Eso es precisamente lo que quiere decir la frase de Apolonio «los Brahmanes están sobre la tierra y no sobre la tierra». Lo de «fortificados sin fortificaciones» alude al aire bajo el que viven. Pues, aunque dan la impresión de que acampan al sereno, elevan sobre ellos una capa de sombra, así que, si llueve, no se mojan, y están bajo el Sol cuando quieren.

En cuanto a lo de «sin poseer nada tienen lo de todos», Damis lo explica del modo siguiente: cuantas

fuentes les brotan de tierra a los bacantes cuando Dioniso los sacude a ellos y a la tierra[157], les vienen asiduamente a estos indios cuando son invitados o invitan a un banquete. Así que con razón dice Apolonio que, al no procurarse nada con preparativos, sino lo que desean en el acto, tienen lo que no tienen.

Se dejan crecer el cabello, como antaño los lacedemonios, los turios, tarentinos y melios, y cuantos tenían a lo lacedemonio en aprecio. Se ciñen con una diadema blanca, descalza es su andadura, y arreglan su vestido como las túnicas de una sola manga[158]. El material de su vestido es una lana que la tierra cría espontáneamente: blanca, como la de los panfilios, pero crece más suave y destila de ella una grasa, como aceite. La consideran vestimenta sacra, y si algún otro, fuera de esos indios, la trata de coger, la tierra no le depara la lana. Dicen, asimismo, que el poder del anillo y el báculo que llevan lo logra todo y que los dos se estiman como mágicos.

Conversaciones con Yarcas

Al acercarse Apolonio, los demás sabios lo recibieron amistosamente, estrechándole las manos, mientras que Yarcas permanecía sentado sobre un elevado asiento que era de bronce negro y estaba cincelado con figuras de oro. Los asientos de los demás eran de bronce, pero sin decoración y menos altos, así que se sentaban más abajo de Yarcas. Al ver a Apolonio lo cumplimentó en lengua griega y 16

[157] Se refiere Filóstrato a la creencia de que el dios Dioniso, en las festividades a él dedicadas, hacía surgir de la tierra, para los celebrantes, fuentes de leche y de miel.

[158] Se trata de la prenda llamada en griego *exõmís*, un manto que deja un hombro y un brazo libres, parecido al que llevan aún algunos monjes budistas. La «lana» que se cita a continuación es probablemente asbesto, aunque sus propiedades han sido fantásticamente exageradas.

le pidió la carta del indio. Al extrañarse Apolonio por su clarividencia, Yarcas le dijo que le faltaba una letra a la carta, concretando que una delta, pues se le había escapado al que la escribió. Eso se demostró que era así. Una vez que leyó la epístola, dijo:

—¿Qué pensáis, Apolonio, de nosotros?

—¿Qué, sino lo que evidencia el haberme recorrido por vosotros un camino que nunca hizo ninguno de los hombres de donde yo?

—¿Y qué crees que sabemos más que tú?

—Yo pienso —contestó— que lo vuestro es más sabio y mucho más divino. Y, si no encontrara entre vosotros nada más que lo que sé, habría aprendido también que yo no tengo nada que aprender.

Respondiéndole, pues, el indio dijo:

—Los demás les preguntan a los recién llegados de dónde vienen y para qué. Para nosotros, la primera demostración de sabiduría nos la brinda el no desconocer al que viene. Comprueba, pues eso es lo primero.

Y tras decir esto, relató lo que se refería a Apolonio, desde su padre y su madre, todo lo de Egas, cómo se le unió Damis y en qué se habían ocupado durante el camino o en qué habían visto que otro se ocupaba. Todo ello, como si les hubiese acompañado en la expedición, lo dijo el indio sin tomar aliento y claramente. Al preguntarle Apolonio, atónito, cómo lo sabía, le dijo:

—Tú vienes como participante de esta sabiduría, pero aún no de toda.

—¿Me enseñarás, pues, toda la sabiduría? —preguntó.

—Sin el menor reparo —respondió—, pues eso es más sabio que tener envidia y ocultar lo que es digno de estudio; más aún, Apolonio, veo que estás bien dotado de memoria, que es de las divinidades la que más amamos.

—¿Es que te has dado cuenta de cuál es mi condición?

—Nosotros, Apolonio —contestó—, vemos todos los aspectos del alma, rastreándolos por millares de rasgos. Pero, dado que el mediodía está cerca y es preciso disponer las ofrendas para los dioses, ocupémonos en eso ahora y luego dialoguemos cuanto quieras. Así pues, asiste a todo lo que hagamos.

—Por Zeus —dijo—, injuriaría al Cáucaso y al Indo, tras atravesar los cuales llego hasta vosotros, si no me saciara con todo lo que realicéis.

—Sáciate —contestó— y vayamos.

Llegados, pues, junto a un venero de agua que Da- 17
mis, que lo vio luego, afirma que se parece a la Dirce [159] en Beocia, en primer lugar se desnudaron, y luego se ungieron las cabezas con un producto ambarino. Éste acaloró tanto a los indios, que les humeaba el cuerpo y el sudor fluía profusamente, como si se hubieran lavado con fuego. Luego se lanzaron al agua y, una vez que se lavaron así, se encaminaron al santuario, coronados y colmados del sacro canto.

Colocados en círculo y dejando a Yarcas de corifeo, con los bastones en alto golpearon la tierra y ésta, hinchándose como una ola, los envió por el aire a dos codos de altura. Entonaban un canto como el peán de Sófocles que entonan en Atenas en honor de Asclepio [160]. Cuando descendieron a tierra, Yarcas, llamando al jovenzuelo que llevaba el ancla, le dijo:

—Encárgate de los compañeros de Apolonio.

---

[159] Fuente próxima a Tebas.

[160] La cita de Filóstrato del *Peán* de Sófocles parece indicar que por esta época aún se cantaba el peán que compuso el dramaturgo en honor del dios Asclepio y del que sólo nos quedan restos en inscripciones de época imperial; cf. D. L. PAGE, *Poetae Melici Graeci*, Oxford, 1962, págs. 380 sigs.

Y él, poniéndose en camino mucho más aprisa que los más veloces de los pájaros, dijo a su regreso:

—Ya me he encargado.

Así pues, tras haber cumplido la mayoría de los ritos, descansaron en sus asientos. Y Yarcas le dijo al jovenzuelo:

—Sácale al sabio Apolonio el trono de Fraotes, para que, sobre él, converse con nosotros.

18 Cuando se hubieron sentado, le dijo:

—Pregunta lo que quieras, pues has llegado junto a hombres que todo lo saben.

Preguntó, pues, Apolonio si se conocían a sí mismos, creyendo que él, como los griegos, consideraba difícil el conocerse a sí mismo [161]. Pero él, dando un enfoque contrario a lo que esperaba Apolonio, dijo:

—Nosotros lo sabemos todo porque primero nos conocemos a nosotros mismos, pues ninguno de nosotros podría acceder a esta filosofía sin conocerse primero a sí mismo.

Apolonio, acordándose de lo que le oyó decir a Fraotes y de cómo el que iba a filosofar emprendía ese camino tras haber sido examinado, estuvo de acuerdo con el razonamiento, pues se hallaba convencido de ello respecto a sí mismo. Así pues, preguntó de nuevo quiénes creían ser. Y el otro respondió:

—Dioses —y al preguntarle por qué, contestó—. Porque somos hombres de bien.

A Apolonio le pareció que esto estaba lleno de tanta verdad, que le dijo lo mismo posteriormente a Domiciano en el discurso en su propia defensa [162].

19 Así pues, reiniciando el cuestionario, dijo:

---

[161] La máxima «conócete a ti mismo» *(gnôthi sautón)* se atribuía a Quilón de Esparta, uno de los Siete Sabios, del siglo VI a. C., y se hallaba a la entrada del templo de Apolo en Delfos, como resumen del ideal de *sōphrosýnē* helénico.

[162] Cf. VIII 5.

—Y acerca del alma, ¿cómo pensáis?

—Como Pitágoras os lo comunicó, y nosotros a los egipcios.

—¿Dirías entonces —dijo— que, así como Pitágoras declaró que era Euforbo, también tú, antes de advenir a tu cuerpo, fuiste uno de los troyanos, o de los aqueos, u otro cualquiera?

Y el indio contestó:

—Troya fue destruida por los navegantes aqueos antaño, pero a vosotros os destruyeron las historias acerca de ella. Pues, considerando hombres sólo a los que combatieron contra Troya, desatendéis a unos hombres mucho más numerosos y divinos que produjeron tanto vuestra tierra como la de los egipcios o la de los indios. Dado, pues, que me preguntaste por mi cuerpo anterior, dime a quién consideras el más portentoso de los que fueron contra Troya o en defensa de Troya.

—Yo —contestó—, a Aquiles, hijo de Peleo y Tetis. Pues se le ensalza por Homero como que era muy hermoso y grande sobre todos los aqueos, y canta grandes hazañas de él. También tiene una elevada opinión de los Ayantes y Nireos, de quienes se canta que eran hermosos y nobles después de aquél.

—Con ese, Apolonio, compara a mi antepasado o, más bien, mi cuerpo ancestral, pues así consideraba Pitágoras a Euforbo.

Historia del rey Ganges

—Hubo, en efecto, un tiempo —prosi- 20
guió— en que los etíopes, una raza india, habitaban aquí. Etiopía aún no existía, sino que Egipto extendía sus límites más allá de Méroe y las Cataratas, abarcando un mismo país incluso las fuentes del Nilo para acabar en las desembocaduras. Por aquel tiempo, pues, habitaban aquí los etíopes, sometidos al rey Ganges. La tierra los sustentaba de modo suficiente y los dioses velaban por ellos. Pero desde que mata-

ron a este rey, ni les parecieron puros a los demás indios ni la tierra les permitía sustentarse sobre ella; la semilla que en ella ponían la arruinaba antes de que llegara a germen; la concepción de las mujeres, la malograba y a los rebaños los apacentaba mal. Donde establecían una ciudad, cedía la tierra y se hundía bajo sus pies [163]. Además, el fantasma de Ganges los empujaba a su paso, aterrando a la gente, y no los dejó hasta que por fin sacrificaron a la tierra a los asesinos y a los que habían derramado la sangre con sus manos.

Era, al parecer, ese Ganges de diez codos de alto [164]; en cuanto a belleza, como ninguno de los hombres nunca. Hijo del río Ganges, desvió él mismo a su padre, cuando inundó la India, hacia el Mar Rojo, y lo reconcilió con la tierra, por lo que la tierra durante su vida produjo en abundancia y al morir lo vengó. Dado que Homero lleva a Aquiles a Troya por causa de Helena y afirma que tomó doce ciudades por mar y once a pie, así como que se vio arrebatado por la cólera a causa de una mujer robada por el rey [165] (en lo que me pareció inflexible e inhumano), examinemos al indio en comparación con eso. Llegó a ser, por su parte, fundador de sesenta ciudades (y el saquear ciudades no existe quien piense que es más glorioso que edificar una ciudad). A los escitas de más allá del Cáucaso, que en tiempos hicieron una expedición contra esta tierra, los recha-

---

[163] Corresponde esta descripción a la idea primitiva de que un crimen contamina la región. Como paralelo, piénsese, por ejemplo, en la temática del *Edipo Rey* de Sófocles. Tebas se hallaba contaminada por el asesinato de Layo y se necesitaba que el culpable fuera castigado para restablecer el equilibrio natural.

[164] Ya hemos visto repetidas veces la atribución de una estatura sobrehumana a los héroes o semidioses; cf. nota 97.

[165] Se refiere a la esclava Briseida, arrebatada a Aquiles por Agamenón, lo que provocó la cólera de este héroe, que constituye el tema central de la *Ilíada*.

zó, y el aparecer como un hombre valeroso al liberar su propia tierra es mucho mejor que llevar la esclavitud a una ciudad, y ello por una mujer que es verosímil que ni siquiera fue raptada a su pesar. Concertada una alianza con el gobernante de la región que ahora gobierna Fraotes, y aunque aquél se le llevó a su mujer de la forma más ilegal y desenfrenada, no rompió los juramentos, declarando que había jurado con tanta garantía, que no lo dañaría ni cuando había sido objeto de una injuria.

Más cosas podría contar aún de ese hombre, si no 21
tuviera escrúpulo en hacer un panegírico sobre mí mismo, pues yo soy aquél. Y eso lo demostré a los cuatro años, pues habiendo clavado este Ganges en tierra siete espadas adamantinas[166] para que no se aproximara ningún peligro a la región, y habiendo ordenado los dioses que hicieran un sacrificio, tras llegar a donde las había clavado, pero sin indicar el lugar en que las había clavado, yo, que aún era ciertamente un niño, llevé a los profetas a un foso y les ordené cavar, diciendo que se encontraban allí.

Reencarnaciones: Palamedes, Apolonio

No te extrañe mi caso, si de indio 22
me transformé en indio, pues ese —señalando a un jovencito de unos veinte años— tiene una aptitud natural para la filosofía por encima de todos los hombres y es robusto, como ves, y bien dotado en lo que se refiere al cuerpo; resiste el fuego y cualquier corte. Aun siendo tal, odia la filosofía.

—¿Qué le pasa entonces al jovencito, Yarcas? —dijo—. Pues me dices algo terrible si, tan bien adaptado por

[166] Esto es, de un metal mítico, el adamante, pretendidamente muy duro e identificado posteriormente con el acero, del que estaba hecha, por ejemplo, la hoz con la que Crono castró a Urano.

la naturaleza, no abraza la filosofía ni ama el aprender, y eso que convive con vosotros.

—No convive —contestó—, sino que, como los leones, fue capturado a pesar suyo. Está confinado aquí y nos mira torvamente cuando intentamos domesticarlo y acariciarlo. Es que este jovencito fue Palamedes, el de Troya, y ha tenido como sus peores enemigos a Ulises y Homero. Al uno, por tramar contra él tretas por las que fue lapidado; al otro, por no considerarlo digno ni de un verso. Y puesto que la sabiduría que tenía no le valió de nada, ni encontró un elogiador en Homero, por el que muchos y de los no demasiado importantes alcanzaron renombre, y dado además que fue víctima de Ulises sin haber cometido ninguna injusticia, está a mal con la filosofía y lamenta lo que le pasó. Y realmente es Palamedes éste, que escribe sin haber aprendido las letras [167].

23 Mientras sostenían este diálogo, un mensajero que se acercó a Yarcas le dijo:

—El rey llegará a primera hora de la tarde para entrevistarse con vosotros acerca de sus asuntos.

Y éste contestó:

—Que venga, y así será mejor a su vuelta, tras haber conocido a un varón griego.

---

[167] Se atribuían a Palamedes múltiples invenciones, entre ellas algunas letras del alfabeto, según algunas fuentes, o todo él, según otras. Aun cuando su papel es muy importante en los poemas del Ciclo Épico, Homero no lo menciona. Las fuentes varían en los detalles de la leyenda, pero en todo caso hay una línea central invariable: Palamedes puso en evidencia a Ulises y se granjeó así su odio. Ulises logró vengarse de él haciendo que lo mataran por una falsa acusación. Es un personaje atractivo para Filóstrato, que se ocupa también de él en *Heroico* 181.3, reivindicando su figura con los mismos argumentos con los que lo hiciera antes GORGIAS en su *Apología de Palamedes* (cf. *Fr.* 11 DIELS-KRANZ). Cf. asimismo el análisis de MANTERO, *Ricerche...*, 120 sigs.

Dicho esto, tomó de nuevo el hilo de su primer tema. Así pues, le preguntó a Apolonio:

—¿Qué podrías hablarnos tú de tu primer cuerpo y quién de los de antes eras?

Y él contestó:

—Como aquello era poco glorioso para mí, me acuerdo de poca cosa.

Y respondiéndole dijo Yarcas:

—¿Es que te parece poco glorioso el haber llegado a ser timonel de una nave egipcia? Pues veo que eso es lo que fuiste.

—Verdad es lo que dices, Yarcas —contestó—, pues eso fui sencillamente, y lo considero no sólo poco glorioso, sino incluso detestable. Digno como es de la misma estimación entre los hombres que gobernar y mandar un ejército, está mal reputado por los que se relacionan con la mar. En todo caso, lo más noble de lo que hice nadie lo consideró entonces digno siquiera de elogio.

—¿Qué noble hazaña vas a decir que llevaste a cabo? ¿El haber doblado Malea y el Sunion [168] refrenando a una nave que se salía de ruta, o haber distinguido claramente por dónde iba a venir el viento de proa o de popa, o haber hecho doblar tu barco por los pasos de Eubea [169], donde se hundieron muchos espolones?

Apolonio repuso: 24

—Puesto que me llevas al tema del pilotaje, escucha lo más sano que me parece que hice entonces. Dominaban el mar por aquel tiempo piratas fenicios y re-

[168] Malea es el promontorio del extremo meridional de Laconia que formaba, con la isla Citera, un paso muy peligroso. Sunion es el cabo del sur del Ática que por su altura (380 m.) servía a los barcos atenienses como guía en su aproximación al continente.

[169] El estrecho de Euripo, entre la isla de Eubea y Beocia, difícil de cruzar por sus corrientes alternativas.

corrían las ciudades para enterarse de qué se transportaba y quién. Así que, al ver el valioso cargamento de la nave, los agentes de los piratas me preguntaron, llamándome aparte, cuál era mi parte del flete. Yo dije que eran mil dracmas, pues había cuatro timoneles en la nave. «¿Tienes casa?», dijeron. «Una mala choza», contesté, «por la isla de Faro, en la que en tiempos vivía Proteo». «¿Querrías, pues», me preguntaron, «tener tierra en vez de mar, casa en vez de choza y diez veces este flete, así como librarte de diez mil males que hostigan a los timoneles cuando el mar se hincha?» Dije que lo deseaba, pero no me consideraba adecuado para piraterías en el momento en que era más hábil y fui merecedor de coronas por mi destreza. Al insistir ellos y asegurar que me darían una bolsa de diez mil dracmas si llegaba a ser para ellos lo que querían, yo les exhorté a que hablaran ya como si no faltara nada para llegar a ser yo hombre suyo por entero. Me dicen que, efectivamente, eran intendentes de unos piratas y que requerían que no les impidiera capturar el barco y que no navegara hacia la ciudad cuando levara anclas de allí, sino que anclara al pie del promontorio, pues las naves piratas estaban en el contorno. Asimismo ellos se hallaban dispuestos a jurarme que no sólo no me matarían, sino que incluso librarían de la muerte a quienes yo les pidiese. Yo pensé que no era seguro para mí reprenderles por temor de que, desesperados, abordaran la nave en alta mar y pereciéramos en alguna parte del mar. Así que prometí ayudarlos en lo que quisieran y dije que ellos debían jurar que serían leales en esto. Por consiguiente, tras haber prestado juramento (pues hablábamos en un templo), dije: «Retiraos a los barcos de los piratas, pues nosotros zarparemos de noche», y les parecía aún más digno de crédito al hablarles sobre el dinero, cómo me sería pagado en moneda de curso legal y no antes

de la captura del barco. Ellos se retiraron, y yo me hice a la mar tras doblar el promontorio.

—¿Y eso —dijo Yarcas— piensas que fueron acciones de justicia, Apolonio?

—Y además de amor a la humanidad, por lo menos —respondió—. Pues no entregar vidas de hombres ni vender lo de los mercaderes y estar por encima de las riquezas siendo un marinero, creo que reúne múltiples virtudes.

Discusión sobre la justicia

Echándose entonces a reír, dijo el 25
indio:

—Parece que consideras como justicia el no cometer injusticia, lo mismo, creo, que todos los griegos. Pues como les oí decir yo a unos egipcios que llegaron aquí una vez, os frecuentan gobernadores de Roma que levantan su hacha desnuda sobre vosotros, sin saber aún si van a gobernar sobre miserables, pero vosotros, si esos no venden las sentencias, afirmáis que son justos. He oído decir que eso mismo hacen los traficantes de esclavos allí, pues si llegan trayéndoos esclavos carios y tratan de ponderaros su modo de ser, estiman como elogio de los esclavos el que no roben. De los gobernantes a los que afirmáis estar sometidos, tal es la estimación que hacéis, así que, hermoseándolos precisamente con los mismos elogios que a los esclavos, los despedís dignos de envidia, según creéis. Vuestros más sabios poetas, ni siquiera si queréis ser justos y nobles os permiten llegar a serlo, pues a Minos [170], que en crueldad

[170] Una figura compleja, tomada por algunos autores antiguos como personaje histórico, por ejemplo HERÓDOTO, I 171, TUCÍDIDES, I 4, opinión que modernamente se matiza, pensándose que el nombre de Minos encubre sin duda una antigua talasocracia cretense con realidad histórica, y que sirvió a Evans para bautizar los períodos de la civilización cretense como «minoicos». En su leyenda se mezclan elementos positivos y negativos. Al

los aventajó a todos y que esclavizó con sus naves a los de junto al mar y a los del mar, lo asientan en el Hades, honrándolo con cetro de justicia, para arbitrar sobre las almas; y en cambio a Tántalo, porque fue noble e intentó compartir con sus amigos la inmortalidad de que gozaba merced a los dioses, lo privan de bebida y comida, y hay quienes incluso suspendiendo piedras por encima de él lo injurian terriblemente, a un hombre divino y bueno[171]. Yo habría preferido que lo hubieran sumergido en un estanque de néctar, porque humanitariamente y sin envidia ofreció esta bebida.

Y al tiempo que decía esto, señalaba una estatua a su izquierda en la que estaba escrito *Tántalo.* La estatua era de cuatro codos y representaba a un hombre de cincuenta años; se vestía al modo argólico, pero se diferenciaba en el manto, como los tesalios. Tendía una copa suficiente para una persona sedienta en la que bullían unas gotas de una bebida pura, que no rebosaba de la copa. Qué piensan de eso y para qué beben de

---

parecer, de acuerdo con las creencias religiosas primitivas griegas, según las cuales en la vida ultraterrena se continuaban las funciones que se realizaban en la tierra, continuó en los infiernos juzgando a su pueblo, hasta que Platón lo convierte en juez infernal, conversión que no es, como se ha dicho, necesariamente órfica; cf. M. P. Nilsson, *Historia de la religión griega,* trad. esp., Buenos Aires, 1961, pág. 273.

[171] Se trata de las dos versiones más extendidas sobre el suplicio de Tántalo: una, la de la *Odisea* XI 582-592, según la cual se halla en el Hades sumergido hasta la barbilla en un estanque sobre el que penden árboles frutales, pero cuando intenta beber, la tierra embebe el agua, y cuando intenta comer, el viento lanza las frutas hacia las nubes. La otra aparece por primera vez en el poema cíclico *Los Regresos* (cf. el *Fr.* 10 en mis *Fragmentos...*). Seguida, entre otros, por Arquíloco, *Fr.* 162 Adrados; Píndaro, *Olímpicas* I 57 sigs.; Alceo, Z 42 Lobel-Page, y Alcmán, 79 Page, y en ella se nos presenta a Tántalo constantemente amenazado por una gran roca suspendida sobre su cabeza.

ella, lo aclararé luego[172]. En todo caso, es necesario pensar que Tántalo no fue por no contener su lengua, sino por haber compartido el néctar con los hombres, por lo que es acometido por los poetas, pero que no cayó en desgracia ante los dioses, pues si hubiese sido aborrecible para los dioses, no habría sido jamás considerado bueno por los indios, siendo como son los más religiosos y no haciendo nada que quede fuera de lo divino[173].

El banquete con el rey

Entretenidos en esta conversación, 26
les llegó un alboroto desde la aldea. Al parecer, llegaba el rey, pertrechado a la persa como el que más y lleno de fausto. Así que disgustado dijo Yarcas:

—Si fuera Fraotes el que se detenía aquí, lo habrías visto todo lleno de silencio como en un misterio.

Por ello comprendió entonces que aquel rey no estaba por debajo de Fraotes en una pequeña parte, sino en toda la filosofía. Pero al ver a los sabios despreocupados y sin preparar nada de lo que es menester para un rey que llega a mediodía, dijo:

—¿Dónde va a alojarse el rey?

—Aquí —contestaron—, pues hablaremos de noche de los asuntos por los que viene, dado que es la mejor ocasión para consejos.

—¿Y habrá tendida una mesa para cuando llegue? —preguntó.

—Sí, por Zeus —contestó—, copiosa y con todo cuanto hay aquí.

—¿Entonces —dijo— coméis copiosamente?

---

172 Cf. III 32.

173 Sigue aquí Filóstrato una tendencia a convertir en piadosa la leyenda de Tántalo, tendencia iniciada por PÍNDARO en su *Olímpica Primera*, en la que el poeta beocio niega la leyenda tradicional, según la cual Tántalo invitó a comer a los dioses, ofreciéndoles como manjar el cuerpo, despedazado, de su hijo Pélope.

—Nosotros, frugalmente —respondieron—, pues, aunque nos es posible más, disfrutamos con comer poco. Pero al rey le son precisas muchas cosas, pues es su deseo. No obstante, no comerá nada que haya estado animado, pues no es lícito aquí, sino frutos secos y raíces, cuantos produce la India en la estación y cuantos darán las estaciones el año que viene.

27 —Pero mira —dijo— ese es.

En efecto se acercaba el rey en compañía de su hermano y de su hijo, refulgente por el oro y la pedrería.

Al hacer Apolonio intención de levantarse, lo retuvo Yarcas en el trono, pues eso no era costumbre entre ellos.

A estas cosas Damis afirma que no asistió personalmente, por haber pasado aquel día en la aldea, pero que por habérselas oído contar a Apolonio las escribió en su narración. Dice asimismo que el rey extendió la mano hacia ellos, que permanecían sentados, como si les hiciera una súplica a los sabios; que ellos asintieron, como si concedieran lo que pedía, y que él se alegró sobremanera por la promesa, como quien llega a presencia de un dios. Que, en cambio, al hermano del rey y a su hijo, que era un jovencito muy hermoso, no les prestaron más atención que si fueran esclavos de estos acompañantes suyos.

Después de eso, dice que el indio se levantó y tomó la palabra para invitar al rey a participar del banquete. Una vez que éste aceptó, y de muy buen grado, salieron por sí solos cuatro trípodes píticos, como los que andan solos en Homero [174], y sobre ellos, unos escan-

---

[174] Los «trípodes píticos» hemos de entender que son como los que se ofrendaban en Delfos, por semejanza con el trípode oracular. En cuanto a la referencia a Homero lo es a *Ilíada* XVIII 368 sigs., donde se mencionan unos trípodes mágicos fabricados por Hefesto para los banquetes de los dioses.

ciadores de bronce negro, como los Ganimedes y los Pélopes[175] entre los griegos. La tierra tendió bajo ellos hierba más blanda que los cojines. Frutos secos, panes, legumbres y comestibles de la estación, llegaron todos servidos en orden de modo más agradable que si los hubieran preparado cocineros. De los trípodes, dos escanciaban vino, y de los otros dos, el uno surtía un chorro de agua caliente; el otro, de fría.

Las piedras preciosas que llegan a los griegos desde la India se emplean para collares y anillos por su pequeño tamaño, pero entre los indios llegan a ser escanciadores y garrafas por su tamaño, así como crateras capaces para saciar a cuatro sedientos en la estación de verano.

Dicen que los escanciadores de bronce sacaban vino y agua en las debidas proporciones y que hacían circular las copas como en las rondas; asimismo, que los comensales estaban tendidos como en un banquete, sin que el rey fuese tratado con deferencia especial —cosa que evidentemente habría tenido gran importancia entre griegos y romano—, sino que cada uno se situó donde le vino a mano.

Cuando comenzó la ronda de la bebida, Yarcas dijo: 28

—Te propongo, rey, un brindis por un varón griego, señalando a Apolonio, que estaba reclinado por debajo de él, y denotando con un gesto de su mano que era noble y divino.

Y el rey contestó:

—He oído decir que tienen algo que ver con Fraotes éste y los que se han detenido en la aldea.

—Cierto y verdadero es lo que has oído —dijo—, pues incluso aquí es aquél quien lo hospeda.

—¿A qué se dedica? —preguntó.

---

175 Famosos coperos de los dioses, ambos originariamente mortales.

—¿A qué otra cosa —respondió— que a lo de aquél?

—No es cosa halagadora para tu huésped —repuso— la actividad que has dicho, que ni siquiera le permitió a aquél llegar a ser noble.

Así que Yarcas replicó:

—Ten, rey, una opinión más sensata de la filosofía y de Fraotes, pues durante el tiempo en que eras un jovencito tu juventud te disculpaba de ese tipo de cosas, pero cuando ya te has hecho adulto, debemos ahorrarnos las insensateces y liviandades.

Por su parte Apolonio, sirviéndose de Yarcas como intérprete, dijo:

—¿Y a ti, rey, qué te ha dado el no filosofar?

—A mí, toda la virtud, y ser lo mismo que el Sol.

Y el otro, para refrenarle sus humos, le dijo:

—Si filosofaras, no pensarías de esa manera.

—Y tú, amigo mío —prosiguió—, ya que filosofas, ¿qué te propones respecto a ti mismo?

—El ser tenido por un hombre de bien —contestó— si fuera filósofo.

Así que el rey, tendiendo su mano hacia el cielo, exclamó:

—¡Por el Sol, lleno de Fraotes vienes!

Y el otro tomó sus palabras como un hallazgo, y en respuesta le dijo:

—No en vano hice este viaje, si he llegado a estar lleno de Fraotes. Y si te encontraras con él ahora, dirás sin duda que él está lleno de mí. Él deseaba escribirte en mi favor, pero, como afirmaba que tú eres un hombre de bien, le excusé de la molestia de la carta, habida cuenta de que nadie le escribió a él en mi favor.

29 La primera inconveniencia del rey no pasó de ahí, pues al oír que había sido elogiado por Fraotes olvidó su suspicacia y, empleando un tono más moderado, dijo:

—Saludos, buen extranjero.

Y Apolonio repuso:

—A ti también, rey, pues parece que acabas de llegar ahora.

—¿Qué te trajo junto a nosotros? —preguntó.

—Estos dioses y sabios varones —contestó.

—Y sobre mí —dijo—, extranjero, ¿qué opinión hay entre los griegos?

—La misma, por lo menos —respondió— que sobre los griegos aquí.

—Pues yo, por mi parte, no considero nada de los griegos digno de mención.

—Se lo haré saber —repuso— y te coronarán en Olimpia.

Así que, inclinándose hacia Yarcas, le dijo: 30

—A ese déjalo que se emborrache, pero dime por qué motivo a esos que vienen con él, que son, según decís, su hermano y su hijo, no los juzgáis dignos de compartir la mesa ni de ninguna otra distinción.

—Porque piensan que van a ser reyes alguna vez —contestó— y es preciso que aprendan a ser desdeñados para no desdeñar.

Y al ver que los sabios eran dieciocho, le preguntó de nuevo a Yarcas qué sentido tenía para ellos que fueran esos precisamente:

—Pues ni es un número de los cuadrados perfectos, ni de los estimados y honrados, como el diez, el doce, el dieciséis y otros por el estilo[176].

Así pues, en respuesta, dijo el indio:

---

[176] Alude Apolonio a los números estimados entre los pitagóricos, especialmente la década, formada por un triángulo equilátero de diez puntos (un vértice, un punto, debajo del cual hay dos, debajo de éste, tres, y por último, debajo, cuatro). Los pitagóricos juraban por la década en los juramentos más solemnes. Cf. KIRK-RAVEN, *Los Filósofos...*, págs. 323-4.

—Ni nosotros somos esclavos del número ni el número de nosotros, sino que por sabiduría y virtud somos estimados, y unas veces somos más de los que somos ahora y otras veces menos. Mi abuelo, he oído decir que fue alistado entre setenta varones sabios, de los que era el más joven, pero que al llegar a los ciento treinta años se quedó solo aquí, por no quedar ya ninguno de aquéllos ni haber entonces en ningún lugar de la India una naturaleza filosófica o noble. Así que una vez que los egipcios en una carta lo consideraban entre los más afortunados porque durante cuatro años había ocupado este trono él solo, les pidió que dejaran de avergonzar a los indios por su escasez de sabios. Nosotros, Apolonio, que hemos oído hablar a los egipcios de las tradiciones de los eleos y de los helanódicas, que en número de diez presiden los Juegos Olímpicos, no elogiamos la norma establecida respecto a estos hombres, ya que encomiendan la elección a la suerte, que carece de previsión, pues incluso alguno de los más ineptos podría ser elegido por suerte. Pero si por lo menos escogieran a los hombres de acuerdo con sus méritos y por votación, ¿no errarían? Sí, de forma muy similar. Pues siendo indispensable el número de diez, o bien, en caso de haber más hombres justos, privarían a algunos de ser honrados de acuerdo con ello, o bien, en caso de no haber diez justos, ninguno lo parecería, por lo que mucho más sensatamente pensarían los eleos si fueran, en cuanto al número, unas veces unos, otras, otros, pero en cuanto a la justicia, idénticos.

El rey menosprecia a los atenienses

31 Mientras trataban de estos asuntos, el rey procuraba interrumpirles, estorbándoles a cada frase y diciendo continuamente algo sin sentido y necio. Así pues, les preguntaba de nuevo de qué estaban tratando, y Apolonio dijo:

—Conversamos acerca de asuntos importantes y muy estimados entre los griegos, pero tú los considerarías de escaso interés, pues afirmas que estás a mal con las cosas de los griegos.

—Estoy a mal, verdaderamente —dijo—. Sin embargo, quiero oíros, pues me parece que habláis de los atenienses, los esclavos de Jerjes.

—Hablamos de otras cosas —le contestó—, pero, puesto que has aludido a los atenienses de un modo fuera de lugar y falso, dime una cosa: ¿tienes esclavos, rey?

—Veinte mil —contestó— y no he comprado ni uno siquiera de ellos, sino todos son nacidos en mi casa.

Así pues, le preguntó de nuevo, sirviendo Yarcas de intérprete, si él huía de sus esclavos o sus esclavos de él. Y él, en tono ofensivo, le dijo:

—Esa pregunta es propia de un esclavo. Sin embargo, contestaré que el que huye es el esclavo, y principalmente, el malo, pero no huiría un amo al que le es posible darles tormento y zurrarles.

—Por consiguiente, rey —dijo—, ha quedado en evidencia por ti mismo que Jerjes es el esclavo de los atenienses y que, como un mal esclavo, huyó de ellos, porque, vencido por ellos en la batalla naval [177] y en los estrechos, y temeroso por el puente de barcas en el Helesponto, huyó en una sola nave.

—Con todo y con eso —dijo— incendió Atenas con sus propias manos.

—Por esa audacia, rey —respondió Apolonio—, pagó un castigo como nunca otro, pues se fue huyendo de aquellos a quienes creía tener aniquilados. Yo, por otra parte, al examinar el propósito por el que emprendió la campaña, pensaría que con razón se estimaba por algunos que era un Zeus, pero ante su fuga lo tengo

---

[177] En la de Salamina, en el 480 a. C.

conceptuado como el más desgraciado de los hombres. Pues si hubiera muerto a manos de los griegos, ¿quién habría sido digno de frases más espléndidas? ¿A quién le habrían dedicado los griegos una tumba mayor? ¿Qué certamen armado o certamen musical no se habría instituido en su honor? Pues si los Melicertes, los Palemones y Pélope[178], el advenedizo lidio, los unos muertos aún de pecho, y el otro después de haber esclavizado Arcadia, la Argólide y el lado de acá del Istmo, fueron ensalzados hasta una conmemoración divina por los griegos, ¿qué no habría sucedido con Jerjes por parte de hombres que por naturaleza aman las demostraciones de valor y consideran un elogio elogiar a quienes vencen?

32 Al decir Apolonio tales palabras, el rey no pudo contener el llanto, y dijo:

—¡Querido amigo! ¡Qué clase de hombres me describes en tu versión de los griegos!

—¿De dónde procede, pues, rey, tu animadversión hacia ellos?

—Calumnian la raza griega, extranjero —contestó—, los de Egipto que nos visitan periódicamente, haciéndose los santos y sabios e instauradores de cuantos sacrificios y ritos celebran los griegos, y diciendo que aquéllos no son nada sano, sino unos insolentes, una chusma, pura anarquía, noveleros y milagreros, así como unos pobretes que hacen gala de ello no como cosa respetable, sino como excusa para robar. Pero al oírte decir estas palabras y cuán pundonorosos y nobles son,

---

[178] Melicertes es un hijo de Atamante que se arrojó al mar con su madre, Ino, cuando su padre enloqueció. Según otra versión, Ino lo arrojó a una caldera de agua hirviendo, cf. Apolodoro, III 4, 3, quien lo identifica con Palemón, una divinidad que socorría en las tormentas. En cuanto a Pélope, es un hijo de Tántalo, servido en el banquete divino, al que he hecho referencia en la nota 173, pero vuelto luego a la vida por Zeus.

me reconcilio con los griegos de aquí en adelante, y me comprometo a que reciban mis elogios y a suplicar por los griegos en lo que pueda, así como a que los egipcios no gocen ya de mi crédito.

Yarcas añadió:

—También yo, rey, tenía la idea de que tus oídos habían sido pervertidos por estos egipcios, pero no te decía nada en favor de los griegos hasta que te encontraras con un consejero como éste. Pero, puesto que te has hecho mejor merced a un hombre sabio, que sea propuesto ahora por nosotros un brindis por Tántalo, y consultemos con la almohada los serios asuntos que deben tratarse por la noche, que de los temas griegos, que son los más abundantes de los humanos, te llenaré a tu placer más adelante, cuando vuelvas.

Y a la vez dio ejemplo a los comensales, inclinándose el primero hacia la copa[179]. Ésta daba de beber a todos de manera suficiente, pues el chorro brotaba generosamente como en los veneros que manan del suelo. Bebió también Apolonio, pues ésta se considera entre los indios la copa de la amistad. Y hacen a Tántalo su escanciador, porque se considera el más amigable de los hombres.

Despedida del rey

Una vez que hubieron bebido, los 33
acogió la tierra en los lechos que ella misma había tendido bajo sus cuerpos. Cuando llegó medianoche, nada más levantarse, entonaron, levitando, un himno al Sol, como a mediodía. Luego asistieron al rey en cuanto necesitaba. En todo caso, Damis dice que Apolonio no estuvo presente en lo que el rey trató y que pensaba que la reunión tenía que ver con secretos de estado.

---

[179] Se trata de la Copa de Tántalo descrita en III 25.

Así pues, el rey, tras haber celebrado el sacrificio, con el día se acercó a Apolonio y lo invitó a alojarse en su palacio, asegurando que lo haría volver junto a los griegos digno de envidia. Él se lo agradecía, pero afirmaba que no iba a consagrarse a un hombre en absoluto igual a él y además que, como su viaje duraba ya más tiempo del razonable, sentía escrúpulos de que sus amigos de su patria pensaran que los hacía de menos.

Como el rey seguía diciendo que se lo suplicaba e insistía ya de forma innoble, le dijo:

—Un rey que emplea un tono más vil del que le corresponde para una súplica que hace, algo trama.

Terciando entonces Yarcas, dijo:

—Injurias, rey, esta sacra morada, al intentar llevarte de aquí a un hombre contra su voluntad. Además, éste, por ser uno de los que tiene capacidad de prever el futuro, sabe que su relación contigo no será para bien de él, y seguramente tampoco va a implicar ningún provecho para ti.

34 El rey bajó entonces a la aldea, pues la norma de los sabios no autoriza al rey a permanecer con ellos más de un día.

Yarcas le dijo al mensajero:

—También a Damis lo consideramos digno de los misterios de aquí. Que venga, pues, y encárgate de los demás de la aldea.

Origen y configuración del mundo

Cuando llegó, sentados juntos, como acostumbraban, le permitieron a Apolonio que les preguntara, y él les preguntó de qué pensaban que estaba compuesto el mundo.

—De elementos.

—¿Cuatro acaso? —preguntó.

—Cuatro, no —respondió Yarcas—, sino cinco.

—¿Y cuál sería el quinto, además del agua, el aire, la tierra y el fuego? —añadió.

—El éter —dijo—, al que debemos considerar como el origen de los dioses, pues lo que inhala aire es todo mortal, pero lo que inhala éter, inmortal y divino.

De nuevo preguntó cuál llegó a ser el primero de los elementos, y Yarcas contestó:

—Todos a la vez, pues lo vivo no recibe el ser por partes.

—¿Debo considerar al mundo como algo vivo? —preguntó.

—Sí, al menos en caso de que tengas un conocimiento sano, pues él mismo engendra todas las criaturas vivas.

—¿Debemos llamarlo femenino o formado de lo masculino y la naturaleza opuesta?

—De ambos —contestó—, pues él mismo, unido a sí mismo, desempeña el papel de la madre y del padre respecto a la procreación, y tiene un amor por sí mismo más apasionado que cualquier otra cosa por otra, y eso lo armoniza y consolida. Y no es nada inverosímil que se una a sí mismo. Así como la tarea de las manos y los pies la tiene fijada el movimiento del animal y también la mente que hay en él, por la que se pone en movimiento, así debemos pensar que también las partes del mundo por medio de su mente se ofrecen a sí mismas como acomodadas para todas las cosas nacidas y concebidas. Pues los sufrimientos que nos visitan por las sequías nos visitan de acuerdo con la mente de aquél, cuando la justicia, desterrada, se encuentra deshonrada por los hombres. Y no se apacienta por una sola mano este animal, sino por muchas y misteriosas de las que usa, y, sin freno por su magnitud, se mueve dócil a la rienda y llevadero.

—No sé qué ejemplo será adecuado para un asunto 35
que es muy vasto y por encima de nuestra compren-

sión, pero supóngase una nave como la que, una vez construida, fletan los egipcios en dirección a nuestro mar, para cambiar cosas egipcias por mercancías indias. Debido, pues, a la existencia de un antiguo precepto referente al Mar Rojo, que dictó el rey Eritras[180] cuando gobernaba sobre aquel mar, a saber, que los egipcios no accedieran a él en una nave larga de guerra, sino que utilizaran una sola nave mercante, los egipcios emplean astutamente un barco que vale por muchos de los otros, y estableciendo su armazón con todas las juntas que dan consistencia a una nave, elevándola con bordos y un mástil, y adosándole varios compartimentos como los que hay sobre la tablazón, navegan en esta nave muchos timoneles a las órdenes del más anciano y más hábil, muchos oficiales en la proa y excelentes y diestros marinos trepados a las velas. Hay también una cierta dotación de hombres de armas de esta nave, pues, contra los bárbaros del golfo, que aparecen a la derecha según se entra, es preciso equiparar la nave, para cuando intentan piratearla al abordaje. Pensemos que también es así respecto a este mundo, examinándolo según el modelo de la construcción naval. El primer puesto y el más cabal debe concedérsele a un dios, progenitor de esta criatura; los que le siguen, a dioses que lo pilotan por partes. Debemos aceptar al menos eso de los poetas, cuando afirman que hay muchos dioses en el cielo, muchos en el mar, muchos en las fuentes y manantiales, muchos en la tierra y que también hay algunos bajo tierra. Ahora bien, la región subterránea, si es que la hay, dado que la cantan como horrible y destructora, debemos separarla del mundo.

---

[180] Eritras es un rey mítico, epónimo del Mar Rojo (en griego, *erythrós)*, cf. III 50.

Mientras que el indio desarrollaba su discurso, Damis afirma que se sintió arrobado de admiración y que profería grandes voces, pues nunca pensó que un indio llegara a tal dominio de la lengua griega, ni que, incluso si conocía la lengua, disertara con tal facilidad y oportunidad. Alaba también su mirada y sonrisa y el dar la impresión de que no expresaba sus opiniones sin inspiración divina. Dice que Apolonio, que ya hacía uso de la palabra con elegancia y sin estridencias, mejoró sin embargo en compañía de aquel indio, y que cuando discutía sentado, y lo hacía a menudo, se parecía a Yarcas. 36

Y una vez que los demás elogiaron lo dicho, además de la manera de decirlo, Apolonio preguntó de nuevo qué consideraban más grande, el mar o la tierra[181]. Y Yarcas dijo: 37

—Si la tierra fuera comparada con el, será mayor, pues ella misma contiene al mar, pero si se considerara respecto a todo el líquido elemento, podríamos verificar que la tierra es menor, pues el agua la sostiene.

El poseso y otros milagros

En el curso de esta conversación se les presenta a los sabios el mensajero, que traía a unos indios que requerían ayuda. Traían también a una mujeruca que venía a suplicar por su hijo. Afirmaba que éste tenía diecisiete años, que llevaba endemoniado dos años y que el carácter del demon era pícaro y mentiroso. A preguntas de uno de los sabios de por qué decía tales cosas, dijo: 38

[181] La pregunta es un tópico de los encuentros entre griegos y sabios indios, cf. A. J. Festugière, «Trois rencontres entre la Grece et l'Inde», *Rev. de l'Hist. des Rel.* 125 (1943), 32-45, que compara todo este pasaje III 18-37 con el libro indio *Milindapanha* y con Pseudo-Calístenes, *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia* III 6. Asimismo cf. la extensa nota 127 de C. García Gual en su traducción de la obra de Pseudo-Calístenes aludida.

—De este hijo mío, que es extremadamente bello de ver, está enamorado el demon[182] y no lo deja estar en sus cabales, ni le permite ir a casa del maestro o del arquero, ni siquiera estar en casa; sino que lo aparta a lugares desiertos. Ni siquiera tiene el muchacho su propia voz, sino que habla bajo y hueco, como los hombres, y mira con otros ojos más que con los suyos. Yo lloro por ello, me araño y reprendo a mi hijo cuanto es natural, pero él no me conoce. Y cuando se me ocurrió encaminarme aquí, y eso se me ocurrió el año pasado, el demon se manifestó, usando al niño como su intérprete, y me dijo que efectivamente era el fantasma de un hombre que murió en tiempos en guerra, y murió enamorado de su mujer. Pero como su mujer injurió su lecho, casándose con otro al tercer día de su fallecimiento, aborreció por ello el amor de las mujeres y se deslizó en este hijo mío. Me prometía que si no lo acusaba ante vosotros le daría a mi hijo muchas cosas nobles y buenas. Yo condescendí con él precisamente por eso, pero él me da largas hace ya mucho tiempo y controla mi casa él solo, sin tener ningún propósito moderado ni verdadero.

Le preguntó entonces el sabio si el niño estaba por allí, y ella dijo que no, pues, aunque había puesto mucho de su parte para que viniera:

—Él amenaza abismos y precipicios, y que matará a mi hijo si yo lo hiciera comparecer aquí.

—Ten ánimo —dijo el sabio—, pues no lo matará al leer esto.

---

[182] Gil, *Therapeia...*, pág. 286, comentando este pasaje pone de relieve la confusión que se produce en la helenidad tardía entre los démones, los seres ctónicos y los espíritus de los muertos y compara este caso con el narrado en IV 20. Cf. asimismo Mantero, *Ricerche...*, pág. 94, nota 15.

Y sacando del pliegue de su vestido una carta, se la dio a la mujer. Estaba dirigida, al parecer, al fantasma, con amenaza e intimidación.

Llegó asimismo cojeando un hombre de unos treinta 39 años, hábil cazador de leones, pero que, por haberse abalanzado sobre él un león, tenía dislocada la cadera y estaba lisiado de la pierna. No obstante, sus manos le dieron masaje en la cadera, y el joven recobró la derechura en su marcha. Otro, que tenía cegados ambos ojos, se marchó teniendo toda la luz en ellos. Y otro, que estaba paralizado de una mano, se fue en pleno uso de ella. Asimismo, una mujer que había malparido ya en siete embarazos, se curó, por intercesión de su marido, de la forma siguiente: le encargó al hombre que cuando la mujer estuviera de parto, llevara una liebre viva bajo los pliegues de su vestido y que, dando una vuelta a su alrededor, soltara la liebre al mismo tiempo[183], pues ella soltaría con el feto la matriz si la liebre no era echada fuera enseguida.

En otra ocasión, habiéndoles dicho un padre que ha- 40 bía tenido varios hijos, pero que habían muerto en cuanto empezaron a beber vino, le dijo en respuesta Yarcas:

—Y mejores llegaron a ser al morir, pues no se habrían librado de enloquecer, tras haber nacido de semillas, según parece, demasiado ardientes. Así pues, deben abtenerse del vino los que procedan de vosotros. Y para que no se sientan atraídos ni siquiera al deseo del vino, si te llegara a nacer de nuevo un hijo (y ha nacido uno hace siete días, según veo), es preciso acechar a la lechuza, a ver dónde anida y, tras sacarle los huevos, dárselos a masticar a la criatura adecuadamen-

[183] Los Brahmanes, como se ve, utilizan también los procedimientos típicos de la magia, que consisten en conseguir un efecto por la reproducción de otro semejante.

te cocidos, pues si come alguno de ellos antes de probar el vino, se le imbuirá el odio por el vino y se comportará del modo más sobrio, sólo unido al ardor que hay en su natural.

Saciados, pues, de estas cosas y atónitos ante aquellos hombres, les dirigían a diario numerosísimas preguntas acerca de su sabiduría para todo, y también ellos eran objeto de numerosas preguntas.

41 De las reuniones dialécticas participaban, pues, ambos, pero en los debates secretos en los que reflexionaban sobre la astronomía o la adivinación y se aplicaban a la presciencia y trataban de los sacrificios e invocaciones con las que los dioses se gozan, dice Damis que sólo Apolonio acompañaba en su filosofar a Yarcas, y que compuso a resultas de ello los cuatro libros *Acerca de la adivinación por las estrellas* que también Merágenes mencionó; que asimismo compuso una obra acerca de los sacrificios y cómo uno debería sacrificar a cada dios de la manera más conveniente y grata. Lo que se refiere a las estrellas y toda la tal adivinación lo consideró en verdad un saber por encima de la naturaleza humana y ni siquiera sé si alguien lo ha adquirido, pero lo de los sacrificios lo hallé en muchos templos, en muchas ciudades y en muchas casas de hombres sabios, y cualquiera que lo traduzca [184] lo hallará dignamente compuesto, en verdad y con resonancias de aquel hombre.

Dice Damis que Yarcas le dio siete anillos a Apolonio, con el nombre de los siete astros, y que Apolonio los llevaba sucesivamente de acuerdo con el nombre de los días.

---

[184] Cf. IV 19, en donde se aclara que la obra estaba en la lengua natal de Apolonio, el capadocio, y de ahí que fuera preciso traducirla. Sobre las obras de Apolonio, cf. la *Introducción* § 3.

La presciencia y la adivinación

Mientras sostenían una vez una conversación sobre la presciencia, interesado Apolonio como estaba por esta sabiduría, y haciendo derivar a este tema la mayoría de las conversaciones, Yarcas le dijo en elogio suyo: 42

—Los que disfrutan con la adivinación, excelente Apolonio, se hacen divinos por ella y obran en pro de la salvación de los hombres, pues el prever por uno mismo, excelente amigo, aquello que es preciso hallar yendo a consultar a un oráculo y decirles de antemano a los demás lo que todavía no conocen, lo considero propio de alguien completamente feliz y que tiene el mismo poder que Apolo Délfico. Y puesto que el ritual ordena que los que visitan el santuario a por las respuestas del oráculo lo visiten si llegan puros, o, si no, se les dirá «sal del templo», me parece que el hombre que va a practicar la presciencia debe mantenerse sano y no tener adherida ninguna mancha en su alma, ni tener impresas en su carácter cicatrices de pecados. Asimismo, debe profetizar de forma pura, conocedor de sí mismo y del trípode que hay en su pecho, pues con ello dictará vaticinios en tono más sonoro y con mayor veracidad, por lo cual no hay que extrañarse si también tú dominas esta ciencia, teniendo tanto éter en el alma.

Acto seguido, bromeando con Damis, le dijo: 43

—¿Y tú no tienes para nada el don de la presciencia, asirio, a pesar de convivir con tal hombre?

—Sí, por Zeus, por lo menos en lo que me es preciso. Pues cuando me encontré por primera vez con éste, con Apolonio, me pareció lleno de sabiduría, sagacidad, sobriedad y recta constancia, y cuando vi la capacidad de memoria que había en él, lo muy sabio y poseído por el afán de saber que era, fue para mí algo sobrehumano, y opiné que, unido a él, parecería sabio

en vez de profano e ignorante, y educado en vez de bárbaro, y que siguiéndolo y aplicándome en su compañía llegaría a ver a los indios, os llegaría a ver a vosotros, y llegaría a mezclarme con los griegos, convertido por él en griego. Vuestras premoniciones, que efectivamente conciernen a cosas importantes, las consideráis como Delfos, Dodona [185] y lo que queráis, pero las mías, puesto que Damis, el que las prevé, sólo prevé lo que a él se refiere, pongamos que son las de una vieja mendiga que hace sus profecías acerca del ganado y cosas por el estilo.

44 Ante aquellas razones se echaron a reír todos los sabios. Al cesar la risa, Yarcas volvió sobre el tema de la adivinación, y decía que había reportado muchos beneficios a los hombres, pero que el regalo más importante era el de la medicina. Pues nunca los sabios Asclepíadas [186] habrían accedido a esta ciencia si Asclepio, hijo como fue de Apolo, y después de haber mezclado, de acuerdo con las respuestas y oráculos de aquél, los medicamentos adecuados para cada enfermedad, no hubiera transmitido a sus hijos [187] y enseñado a sus compañeros qué hierbas deben aplicarse a las heridas supurantes y cuáles a las heridas desecadas y secas, y las proporciones de los medicamentos bebestibles con los que los hidrópicos echan el agua, la sangre se contiene y cesan las tisis y las cavidades de este tipo.

---

[185] Dodona era un famoso centro oracular, en el Epiro, patrocinado por Zeus, como Delfos lo era por Apolo.

[186] En Grecia las asociaciones profesionales asumían una estructura gentilicia, en la que sus miembros se consideraban parientes y herederos de un antepasado común, por ejemplo, los Melampódidas, adivinos, descendientes de Melampo, o los Dedálidas, artesanos, descendientes de Dédalo o los Homéridas, aedos, descendientes de Homero. Los Asclepíadas, esto es, los médicos, residían en Cos y pretendían descender de Asclepio.

[187] Los hijos de Asclepio fueron, según los poemas homéricos, dos: Podalirio y Macaón, médicos también ellos.

En cuanto a las curaciones de mordeduras venenosas y el utilizar estos mismos venenos para muchas enfermedades, ¿quién se lo negará a la adivinación? Pues me parece que sin la sabiduría presciente no se habrían nunca atrevido los hombres a mezclar los más mortales bebedizos con los que traen la salud.

La martícora, la pantarbe, los grifos, el fénix

Dado que Damis ha dejado también 45 escrita la siguiente conversación, que versó en esa ocasión sobre los animales, fuentes y hombres objeto de mitos entre los indios, no debo pasarla por alto, pues lo ventajoso podría ser no creerlo todo ni ponerlo todo en duda. Así pues, preguntó Apolonio:

—¿Existe aquí algún ejemplar de martícora? [188]

Y Yarcas dijo:

—¿Y qué naturaleza has oído decir que tiene ese animal? Pues es natural que te hayan dicho también algo sobre su aspecto.

—Se dicen —contestó— cosas desmesuradas e inverosímiles; que es cuadrúpedo, que en su cabeza se parece al hombre, pero en tamaño se asemeja al león, y que la cola del animal hace crecer pelos de un codo de largo y agudos como espinas, que arroja como dardos contra sus cazadores.

Asimismo, a sus preguntas acerca del agua de oro que dicen mana de una fuente, de la piedrecilla que actúa como la piedra imán, de los hombres que viven bajo tierra, así como de los pigmeos y de los esciápodos [189], Yarcas, respondiéndole, dijo:

---

[188] La martícora es en realidad el tigre, pero dotado aquí de atributos fabulosos. La palabra es de origen iranio, relacionada con iran. *martiya-* «hombre» y avest. *xvar-* «devorar», cf. nuevo persa *mard-xvar.* Por tanto significaría «devorador de hombres». Sobre este animal habla Ctesias, *Fr.* 45 (14) Jacoby, del que deriva Aristóteles, *Historia de los Animales* 501a26; Pausanias, IX 21, 4, y otros.

[189] Los esciápodos eran seres fabulosos, poseedores de unos

—Acerca de los animales, plantas o fuentes que tú mismo viste al llegar aquí, ¿qué podría decirte? Es cosa tuya ahora explicarle eso a los demás. Del animal flechador y de las fuentes de agua de oro no he oído hablar aquí jamás.

46 —No obstante, acerca de la piedrecilla que atrae y une a ella a otras piedras[190], no debes ser incrédulo, pues te es posible ver la piedra y admirar todo lo que hay en ella. Llega a ser, pues, la mayor como la uña de este dedo —señalando su pulgar— y se concibe en una cavidad de la tierra, a una profundidad de cuatro brazas; se halla dotada de tanto aliento, que la tierra se hincha y muchas veces se desgarra al estarse concibiendo en ella la piedra. Procurársela no le es posible a nadie, pues se escapa si no se la atrae con la ayuda de la razón. Pero sólo nosotros, por algunas cosas que hacemos y otras que decimos, obtenemos la *pantarbe*, pues ese es su nombre. De noche, en efecto, emite luz del día, como el fuego, pues es roja y radiante. Si se la mira de día, hiere los ojos con diez mil centelleos. La luz que hay en ella es un halo de una fuerza inefable, pues atrae hacia sí todo lo que hay cerca. ¿Qué digo lo que hay cerca? Te es posible echar al agua cuantas piedras quieras, en cualquier sitio de los ríos o del mar, y no cerca unas de otras, sino desperdigadas y como caigan, y una vez suspendida ésta de un cordel sobre ellas, las recolecta todas por la difusión de su aliento, y se quedarán en racimo sobre ella las piedras, como un enjambre.

---

pies tan grandes que podían resguardarse del sol con ellos. Los citan ya ARISTÓFANES, *Aves* 1553, y AROUIPO, Fr. 53. Parece que también en este caso la fuente de Filóstrato es CTESIAS, Fr. 60 JACOBY.

[190] Se trata de la llamada *pantarbe*. Filóstrato coincide asimismo en la descripción de sus poderes con CTESIAS, como luego en III 47 en su descripción de los pigmeos (cf. CTESIAS en FOCIO, 46a38).

Y diciendo esto le enseñó la propia piedra y qué efectos tiene. Dijo que los pigmeos habitaban bajo tierra y que se hallaban al otro lado del Ganges, viviendo de la manera que todos han relatado, pero que los esciápodos, macrocéfalos o cuanto refieren al respecto los tratados de Escílax[191], ni vivían en otra parte de la tierra, ni desde luego en la India. 47

—En cuanto al oro que extraen del suelo los grifos[192] —continuó—, hay unas piedras moteadas por las salpicaduras del oro como chispas, que extrae este animal por la fuerza de su pico; pues estos animales existen en la India y se les venera como consagrados al Sol, y por eso uncen cuatro de ellos en las estatuas quienes representan en la India al Sol. En tamaño y fuerza se parecen a los leones, pero por la ventaja de sus alas, los atacan a ellos mismos. Son incluso más poderosos que los elefantes y dragones. No vuelan muy alto, sino como las aves de cortos vuelos, pues no se hallan provistos de alas, como es normal entre las aves, sino que tienen urdidas sus plantas con unas membranas rojas y, girándolas, les es posible volar y combatir desde la altura; el tigre es el único que queda fuera de su alcance, porque su velocidad lo equipara a los vientos. 48

---

[191] Escílax de Carianda, matemático y geógrafo del siglo VI a. C., que, tras un viaje desde el Indo hasta el Mar Arábigo, recogió sus observaciones en una miscelánea semihistórica, cargada de elementos etnográficos, muy apreciada en la antigüedad, pero luego perdida. Nada tiene que ver con ella el Pseudo-Escílax, autor de una descripción de la costa del Mediterráneo, que es ya de época de Filipo II de Macedonia.

[192] Los grifos forman parte del tema folklórico de los monstruos guardianes del oro, que conoce formas muy diversas. Su forma se ve repetida con diversas variantes en las iconografías egipcia, hetita, etc. El tema de los grifos llega a Grecia entre el 670 y el 600 a. C., con el poema de ARISTEAS DE PROCONESO las *Arimaspeas*. Cf. una traducción de los fragmentos del mismo en mis *Fragmentos...*

49 —Y el fénix [193] —prosiguió—, el ave que cada quinientos años visita Egipto, vuela en la India por este tiempo; hay sólo uno, emanado de los rayos del sol y brillante de oro; con talla y figura de águila, se asienta en un nido hecho de especias, junto a las fuentes del Nilo. Lo que los egipcios relatan sobre él, a saber, que va a Egipto, también lo confirman con su testimonio los indios, que cuentan como complemento a esta tradición que el fénix, al consumirse en el nido, canta himnos funerales para sí mismo. Eso mismo afirman que hacen los cisnes los que han tenido suficiente habilidad para oírlos.

Regreso de la colina de los sabios

50 Hasta aquí las conversaciones que Apolonio mantuvo con los sabios en los cuatro meses que pasó allí, imbuyéndose de todos sus asertos, declarados o secretos. Cuando decidió partir, lo convencen de que devuelva a Fraotes el guía y los camellos junto con una carta, y ellos, tras darle otro guía y camellos, lo despidieron, congratulándose por ellos mismos y por aquél.

Una vez que abrazaron a Apolonio y aseguraron que tendría reputación de dios, entre la gente, no sólo después de muerto, sino incluso en vida, se retiraron al lugar de meditación, volviéndose repetidas veces hacia nuestro hombre, y demostrando que se separaban de él mal de su grado.

Así que Apolonio, con el Ganges a la derecha y el Hífasis a la izquierda, bajó hacia el mar, tras una

---

[193] La fabulosa ave fénix se menciona por primera vez en la literatura griega en HESÍODO, *Fr.* 304 MERKELBACH-WEST (cf. la traducción de A. MARTÍNEZ en esta misma colección) y luego por ANTÍFANES, 175. HERÓDOTO, II 73, lo hace originario de Arabia; cf. la nota 288 de SCHRADER en su traducción, pág. 362, donde se apunta que fénix debe ser la transcripción del egipcio *bnw* «garza» y se aportan interesantes datos sobre el tema.

jornada de diez días desde la colina sagrada. En su marcha aparecieron ante su vista muchos avestruces, muchos toros salvajes, muchos asnos, leones, panteras y tigres, así como una especie de monos diferente a los de los pimenteros, pues eran negros, de espeso pelaje, perrunos en sus rasgos e iguales a hombres pequeños.

Hablando acerca de lo que iban viendo, como acostumbraban, llegaron junto al mar, donde se habían construido pequeñas factorías y se hallaban ancladas junto a ellas naves de carga semejantes a las tirrenas. Dicen que el Mar Rojo era muy azul, y que se llama así como dije[194], por el rey Eritras, que le dio su nombre a aquel mar.

Al llegar aquí, devolvió los camellos a Yarcas con 51
una carta:

Apolonio, a Yarcas y a los demás sabios, saludos.

A mí, que llegué junto a vosotros a pie, me habéis concedido el mar, pero también, al hacerme participar de la sabiduría que hay en vosotros, me habéis concedido asimismo viajar por el cielo. Daré igualmente cuenta de ello a los griegos y los haré partícipes de mis palabras, como si vosotros estuvierais presentes, si es que no bebí inútilmente lo de Tántalo.

Que os vaya bien, nobles filósofos. 52

Tras haber abordado una nave, fue llevado por una brisa plácida y propicia, admirado en la desembocadura del Hífasis, por lo peligrosamente que desemboca por ella, pues al final de su curso, como dije, se precipita sobre lugares rocosos y estrechos y sobre pre-

[194] Cf. III 35 y nota 180.

cipicios, abriéndose paso por los cuales hacia el mar por una sola boca, se muestra peligroso para los que se acercan demasiado a tierra.

53 Asimismo afirman que vieron también la desembocadura del Indo y que hay sobre ella una ciudad, Patala, rodeada por la corriente del Indo, hasta la cual llegó la armada de Alejandro, a cuyo frente estaba Nearco[195], almirante muy avezado al mando naval. Damis confirma lo que ha dicho Ortágoras[196] acerca del Mar Rojo: que ni aparece en él la Osa, ni los marineros reconocen el mediodía y que las estrellas visibles tienen su orden cambiado, así que es preciso dar crédito a que estas cosas están bien dichas y de acuerdo con el cielo de allí.

Se refiere también a una isla pequeña, cuyo nombre es Biblos, en la que, tanto el tamaño del caracol, como los mejillones, ostras y cosas por el estilo que se hallan adheridos a las rocas, son de dimensiones diez veces mayores que los griegos. Se coge también allí en una valva blanca una piedra, la perla, que ocupa en la ostra el lugar del corazón.

54 Dicen asimismo que hicieron alto en Pégadas, en el país de los Orites; los Orites, para quienes son de bronce las rocas, de bronce la arena y de bronce la tierra que arrastran los ríos. Aurífera consideran a su tierra por la pureza del bronce.

55 Dicen asimismo que se encontraron a los Comepeces[197], cuya ciudad es Estobera; que éstos se visten

---

[195] Cf. II 17 y nota 115.

[196] Ortágoras es un autor desconocido, mencionado por Nearco y Onesicrito como testimonio de las particularidades del Golfo Pérsico. Eliano, *Naturaleza de los Animales* XVI 35, le atribuye unos *Indolì lógoi.*

[197] Con este mismo nombre, *Ichthyóphagoi*, Heródoto, III 19, menciona una tribu en el Mar Arábigo. Estrabón, XV 2, 1, cita asimismo unos Ictiófagos en el Golfo Pérsico, y Arriano, *Indiká*

con pieles de los pescados más grandes, que su ganado huele a pescado y come cosas extrañas, pues los pastores los apacientan con peces, como en Caria con higos.

Los indios carmanos[198], una tribu apacible, viven junto a un mar tan surtido de peces, que no tienen peces almacenados ni, como el Ponto, los salazonan, sino que venden unos pocos de ellos, pero a la mayoría, dando aún boqueadas, los devuelven al mar.

Dicen también que llegaron en su travesía a Bálara; 56
que Bálara es un puerto comercial lleno de mirtos y palmeras; que vieron allí laureles y que por el lugar fluyen abundantes fuentes. Asimismo, que cuanto producen los huertos de hortalizas y los jardines de flores, brota en abundancia, y que hay también en él puertos llenos de calma. También dicen que hay frente a este lugar una isla sagrada, que se llama Selera; que está a unos cien estadios del puerto y que en ella vive una Nereida, terrible demon, pues se apodera de muchos marineros y no permite a las naves ni echar un cable a la isla.

Merece la pena no pasar por alto su historia acerca 57
de la otra perla, dado que ni siquiera a Apolonio le pareció pueril, sino que es gratísima como invención y la más admirable de las que hay sobre las faenas de la mar. Pues bien, la parte de la isla que da a mar abierto es un fondo marino insondable, y produce una ostra con una valva blanca, llena de grasa, pues no produce ninguna piedra. Allí, aguardando a la bonanza y allanando el mar ellos mismos —eso lo consigue el vertido de aceite—, se zambulle uno a la captura de la ostra, pertrechado en lo demás como los que cortan

---

XXVIII 1, siguiendo a Nearco, hace asimismo mención de un pueblo del mismo nombre.

[198] Esto es, los habitantes de la actual Kirman, a orillas del Golfo Pérsico.

esponjas, pero tiene asimismo un prisma de hierro y un frasquito de perfume. Asentado, pues, el indio junto a la ostra, se sirve del perfume como señuelo, y aquélla se abre y se intoxica por él, así que, atravesada por un pincho, suelta su linfa. Él la recoge en el prisma que tiene perforadas una serie de molduras. Se petrifica allí y adquiere una forma regular, como la perla por su natural. En cuanto a la perla, es sangre blanca de un mar rojo. Dicen que se dedican a esta captura también los árabes que habitan enfrente de ellos; asimismo, que a partir de allí el mar está lleno de animales, que se congregan en él las ballenas en rebaño y que las naves, como protección contra ello, llevan campanillas a proa y a popa, porque su sonido aterra a estos animales y no los deja aproximarse a las naves.

58 Tras alcanzar en su navegación la desembocadura del Éufrates, dicen que remontaron por él hasta Babilonia, a ver a Vardanes[199], y que, después de hallarlo como lo habían conocido, llegaron de nuevo a Nínive. Dado que Antioquía seguía tan arrogante como de costumbre y sin interesarse por nada de los griegos, dicen que bajaron por mar a Seleucia, y habiendo encontrado barco, navegaron hacia Chipre, a Pafos, donde se halla la sede de Afrodita, que le admiró a Apolonio por su construcción simbólica[200] y, tras haberles enseñado muchas cosas a los sacerdotes respecto al ritual del templo, navegó hacia Jonia, en medio de la admiración y tenido en consideración entre los que estiman la filosofía.

---

[199] Cf. la nota 72 a I 28.

[200] Tácito, *Historias* II 3, nos describe un ídolo en forma de cono, que se aviene bastante bien con la descripción que aquí nos ofrece Filóstrato.

LIBRO IV

SINOPSIS

Apolonio en Éfeso (1-4).
Estancia en Esmirna (5-9).
Apolonio libra a Éfeso de la plaga (10).
Estancia en Ilión (11-12).
Restauración de la tumba de Palamedes (13).
Continuación de la travesía (14-15).
Apolonio narra su encuentro con Aquiles (16).
Los misterios (17-18).
Apolonio en Atenas (19-22).
Viajes por Grecia (23-24).
Apolonio desenmascara a la *empusa* de Corinto (25-26).
Estancia en Olimpia (27-29).
El mal escritor (30).
Conversaciones con los lacedemonios (31-33).
Viaje a Creta (34).
Nerón persigue a los filósofos (35-38).
Llegada a Roma (39).
Entrevista con Telesino (40-41).
Nerón sospecha de Demetrio y de Apolonio (42-43).
Apolonio, acusado por Tigelino (44).
Apolonio resucita a una muchacha (45).
Correspondencia entre Apolonio y Musonio (46).
Viaje a Hispania (47).

Apolonio en Éfeso

Cuando vieron a nuestro hombre en 1
Jonia, llegado a Éfeso, ni siquiera los obreros estaban ya a sus oficios, sino que lo seguían, admirador el uno de su sabiduría, otro de su belleza, otro de su forma de vivir, otro de su porte, otros de todo a la vez. Corrían rumores acerca de él, unos, procedentes del oráculo de Colofón[201], que celebraba a nuestro hombre como partícipe de su propia sabiduría, auténticamente sabio, y cosas por el estilo; otro, del de Dídima[202]; otros, del templo de junto a Pérgamo[203], pues a muchos de los que pedían recobrar la salud el dios les exhortó a que visitaran a Apolonio, dado que «eso era lo que él quería y le parecía bien a las Moiras». Lo visitaban también delegaciones de las ciudades que deseaban hacerlo su huésped y consejero acerca de la vida y de la erección de altares e imágenes. Y él, cada una de estas cosas, unas por carta, otras asegurando que iría, las arreglaba.

Habiéndole enviado también una delegación Esmirna, y sin decir qué requería, sino encareciéndole que fuera, le preguntó al delegado qué requerían de él, y éste dijo:

---

[201] Esto es, el del pozo de Claro, próximo a Colofón. Su profetisa la menciona LICOFRÓN, 1464-65. Sobre el culto de Apolo en Claro, cf. C. PICARD, *Éphèse et Claros*, París, 1922.

[202] Ciudad próxima a Mileto, en la que había también un oráculo de Apolo.

[203] El santuario de Asclepio en Pérgamo, en Asia Menor.

—Ver y ser vistos.

Y Apolonio contestó:

—Iré, mas concedednos, Musas, que nos agrademos uno a otro.

2 Su primer discurso lo dirigió a los efesios desde el zócalo del templo, no como los socráticos[204], sino tratando de apartarlos y desanimarlos de lo demás y recomendándoles que se dedicaran únicamente a la filosofía, así como que colmaran Éfeso de estudio más que de cuanta indolencia y arrogancia había encontrado[205]; pues, dominados por los bailarines e interesados sólo por las contorsiones, todo estaba lleno de flautas, lleno de afeminados, lleno de estrépitos. Pero él, aun granjeándose la hostilidad de los efesios, no consideraba digno ver aquello con indiferencia, sino que lo sacó a la luz y lo denigró ante la gente.

3 Los demás discursos los pronunció por los bosquecillos de junto a las alamedas del templo; y una vez que disertaba sobre la solidaridad y les enseñaba que era preciso que unos alimentaran a otros y que unos fueran alimentados por otros, unos gorriones se hallaban posados en silencio sobre los árboles, pero uno de ellos pió, echándose de repente a volar y dando la impresión de que exhortaba a los demás a algo; y los otros, cuando lo oyeron, gorjearon también y, levantando el vuelo, revolotearon tras el primero.

Apolonio prosiguió su discurso, sabiendo por qué volaron los gorriones, pero sin explicárselo a la gente, mas cuando todos levantaron la vista hacia ellos y

[204] Esto es, no al modo practicado por Sócrates, limitándose a responder y formular preguntas, sino con un discurso seguido.

[205] La misma que encontró San Pablo en sus predicaciones, que llegó a hacerse proverbial, ya que hablar *ad Ephesios* se convirtió en sinónimo de «hablar en balde» y de ahí nuestra palabra «adefesio».

algunos, neciamente, lo consideraron algo prodigioso, Apolonio, interrumpiendo su discurso, dijo:

—Un niño se ha resbalado cuando llevaba cebada en una artesa y tras haberla recogido de mala manera se ha marchado, pero ha dejado mucha esparcida en tal callejuela. Ese gorrión, que ha sido testigo de ello, llega como patrocinador del hallazgo para los demás y los hace comensales suyos.

La mayoría de sus oyentes se fueron hacia allí a la carrera, pero Apolonio, ante los que permanecieron con él, prosiguió el discurso que se había propuesto acerca de la solidaridad, y cuando volvieron dando gritos y llenos de asombro, les dijo:

—Los gorriones ya veis cómo se cuidan unos de otros y se gozan con la solidaridad, pero nosotros no lo consideramos cosa digna; sino que si vemos a alguno que muestra su solidaridad con otros, lo juzgamos un derroche, un lujo y cosas por el estilo, y a los que son alimentados por él los llamamos parásitos y aduladores. ¿Qué queda, sino que, encerrándonos como pájaros cebados, nos llenemos la barriga en la oscuridad hasta que reventemos de gordos?

Una vez que una epidemia estaba llegando a Éfeso, 4
pero la enfermedad no se había declarado todavía, Apolonio se dio cuenta de su inminencia, y nada más darse cuenta, ya la iba prediciendo, así que decía frecuentemente en sus discursos: «Tierra, permanece como eres», y añadía con amenaza «sálvalos» y «no llegarás aquí». Pero los demás no le prestaban atención y consideraban tales cosas como historias milagreras, tanto más cuanto que al visitar con frecuencia todos los templos creían que eso la alejaría y conjuraría. Así que, como se comportaban de un modo inconsciente con la enfermedad, pensó que no debía de asistirlos más, y se fue a recorrer el resto de Jonia, arreglando

los asuntos de cada sitio y discurseando a los presentes sobre algo beneficioso en cada ocasión.

Estancia en Esmirna

5 Al llegar a Esmirna, salieron a su encuentro los jonios, pues se hallaban celebrando las Panionias[206]. Al leer un decreto jonio en el que le pedían que participara con ellos en la reunión, y encontrarse un nombre de ningún modo jonio (pues un tal Lúculo había firmado la moción), envía una carta a su Asamblea, expresando su censura por ese extranjerismo. Efectivamente, halló también un Fabricio y otros por el estilo en los decretos[207]. Cuán vigorosamente los censuró, lo pone efectivamente de manifiesto su carta al respecto[208].

6 Presentándose otro día ante los jonios, les dijo:

—¿Qué cratera es esa?

Y ellos le contestaron:

—La Panionia.

Entonces, tras sacar un poco y hacer una libación, dijo:

—¡Dioses, guías de los jonios! Conceded a esta hermosa colonia que disfrute de un mar seguro; que nada malo se abata violentamente sobre tierra desde él, ni Egeón[209], el que hace temblar la tierra, zarandee nunca las ciudades.

---

[206] Fiestas en honor del dios Posidón, celebradas por todas las ciudades jonias.

[207] Los que adquirían ciudadanía romana, tomaban un nombre romano, pero incluso los no ciudadanos los usaban también por afectación. Apolonio, helenófilo como es, lamenta el uso de nombres romanos para asuntos locales en los que los nombres romanos eran innecesarios y en los que, a menudo, ni los que eran realmente ciudadanos romanos los usaban.

[208] La número 71 del epistolario de Apolonio.

[209] Egeón es otro nombre del Centímano Briareo, participante, del lado de Zeus, en la mítica lucha contra los Titanes. La adscripción de los terremotos a este Centímano no es común, ya

Tales cosas dijo en nombre de los dioses, presintiendo, creo, lo que tiempo después aconteció en la zona de Esmirna, Mileto, Quíos, Samos y muchas de las ciudades jonias[210].

Al ver que los esmirneos se dedicaban con interés a toda clase de actividades intelectuales, les dio ánimos e hizo crecer su interés por ellas. Les exhortaba asimismo a que pensaran en sí mismos más que en el aspecto de la ciudad; pues, aunque era la más hermosa de cuantas ciudades hay bajo el sol, el mar le era accesible, y poseía las fuentes del céfiro, sin embargo, era más grato que se coronara de hombres de verdad que de pórticos, pinturas y más oro del debido; que los edificios permanecen en su sitio, sin que se los vea en ninguna otra parte salvo en el lugar de la tierra en el que están, pero los hombres de bien por todas partes se ven y por todas partes dejan oír su voz, así que a la ciudad en la que han nacido la hacen parecer grande en proporción al número de ellos mismos que pueden recorrer la tierra. Decía que las ciudades tan hermosas como aquella se parecían a la estatua de Zeus que Fidias culminó en Olimpia, pues permanecía sentada (así le pareció bien al artista), pero que en cambio, los hombres que van a todas partes en nada se diferencian del Zeus homérico que ha representado Homero en muchas formas, haciéndolo más maravilloso que el de marfil, pues el uno es visible en la tierra, pero el otro se adivina por todas partes en el cielo. 7

que lo normal es que estos fenómenos se atribuyan a Posidón, pero no carece de lógica, dado que se trata de un ser primigenio con los que se relacionan en general las fuerzas desatadas de la naturaleza.

[210] Sabemos que en el año 16 d. C. hubo grandes terremotos en la zona, pero es obvio que Filóstrato no puede referirse a éstos, que son muy anteriores. No obstante, desconocemos la existencia de otros terremotos hasta la época de los Antoninos, en el siglo II.

8 Razonó asimismo con los de Esmirna acerca de cómo las ciudades podían administrarse con seguridad, al ver que disentían entre ellos y no se ponían de acuerdo en sus opiniones. Decía, pues, que la ciudad que va a administrarse rectamente requiere una concordia en disensión. Como daba la impresión de que decía algo increíble y carente de consecuencia, Apolonio, al darse cuenta de que la gente no seguía su argumentación, dijo:

—Lo blanco y lo negro no podrían ser la misma cosa. Tampoco podría mezclarse de forma razonable lo amargo con lo dulce, pero sí la concordia con la disensión para la seguridad de las ciudades. Lo que digo, debemos considerarlo del modo siguiente: La disensión que lleva a las espadas y a apedrearse unos a otros, debe quedar fuera de una ciudad que requiere educación de los niños, leyes y hombres capaces de la palabra y de la acción. Pero una rivalidad entre unos y otros en beneficio de la comunidad, sobre cómo uno podría dar una opinión mejor que otra opinión y cómo el uno desempeñaría un cargo mejor que otro o actuaría como embajador o levantaría un edificio más espléndido que la comisión de otro, esa emulación, creo, y esa disensión mutua es la que va en beneficio de la comunidad. Eso de que la actividad de cada uno en una cosa beneficia a la ciudad les parecía tonto a los lacedemonios de antaño, pues se afanaban en las artes bélicas y todos se robustecían para ello, así que sólo se dedicaban a eso; a mí, en cambio, me parece lo mejor que cada uno haga lo que sabe y lo que puede. Pues si uno va a ser admirado por su valimiento popular, otro por su sabiduría, otro por emplear su riqueza en la comunidad, otro por ser un hombre de bien, otro por riguroso y no indulgente con los que cometen faltas, otro por tener sus manos por encima

de la calumnia, la ciudad estará firmemente establecida y aún llegará más alto[211].

Y al mismo tiempo que hacía esta exposición, vio 9
que zarpaba una nave de tres mástiles y que los marineros hacían cada uno una cosa para hacerla a la mar. Así pues, dirigiendo hacia allí la atención de los presentes, dijo:

—¿Veis la tripulación de la nave, cómo unos han embarcado en los remolcadores, remeros como son, otros levan y aseguran las anclas, otros tienden las velas al viento, otros otean desde proa y popa? Pues si uno de ellos abandona una cualquiera de las tareas que le son propias o se dedica a la náutica sin conocimiento de ella, navegarán de mala manera y harán ellos mismos el efecto de la tempestad. Pero si contienden y rivalizan entre sí para no parecer cada uno peor que el otro, buenos serán los puertos para esa nave, lleno todo de bonanza y de feliz travesía, y la discreción que hay entre ellos parecerá Posidón el Salvador.

Apolonio libra a Éfeso de la plaga

Con discursos de este tipo agrupó 10
Esmirna. Pero cuando la plaga se abatió sobre los efesios y nada había efectivo contra ella, enviaron una delegación a Apolonio, haciéndolo médico de la enfermedad. Y él pensó que no debía posponer el viaje, sino que con sólo decir «vayamos» estaba en Éfeso haciendo, creo, lo mismo que Pitágoras: estar en Turios y Metaponto a la vez[212]. Así pues, tras reunir a los efesios, les dijo:

---

[211] Este discurso puede compararse con otros conservados de Dión Crisóstomo y Elio Aristides sobre el tema de la concordia de las ciudades, casi tópico en la época.

[212] Una aparición en el mismo día y a la misma hora en Crotona y Metaponto se la atribuye a Pitágoras Apolonio el Paradoxógrafo, cf. PITÁGORAS, *Fr.* 7 DIELS-KRANZ, mientras que

—Animaos, pues hoy haré cesar la plaga.

Y al decirlo, llevó a la población de todas las edades al teatro, donde se alza ahora la estatua del Tutelar[213]. Allí parecía pedir limosna un viejo que cerraba artificiosamente sus ojos, y llevaba una alforja y un mendrugo de pan en ella; iba cubierto de harapos y tenía el rostro escuálido. Así pues, Apolonio, disponiendo a los efesios a su alrededor, les dijo:

—Apedread a ese enemigo de los dioses, cogiendo cuantas más piedras podáis.

Extrañados los efesios de lo que decía, y pareciéndoles terrible matar a un extranjero que se hallaba en un estado tan lastimoso, y dado que suplicaba y decía muchas cosas para obtener piedad, Apolonio insistió en exhortar a los efesios a que se le echaran encima y no lo dejaran.

Pero cuando algunos lo hacían blanco de sus pedradas y él, que parecía tener los ojos cerrados, los miró intensamente y mostró sus ojos llenos de fuego, lo reconocieron los efesios como un demon[214] y lo lapidaron de tal modo, que se acumuló sobre él un rimero de piedras. Al poco rato los exhortó a que apartaran las piedras y conocieran la bestia que habían matado. Así que al ser descubierto, el que creían haber apedreado había desaparecido, pero se vio un perro, semejante

---

Porfirio, *Vida de Pitágoras* 27, menciona las ciudades de Tauromenio y Metaponto.

[213] La estatua del tutelar es la de Heracles. Lactancio, *Instituciones Divinas* V 3, nos dice que los efesios veneraron luego a Apolonio bajo la advocación de Heracles Tutelar.

[214] La actuación de los hombres divinos en las epidemias, como la de Apolonio en este caso, se debe a la vieja noción punitiva de la enfermedad, cf. Gil, *Therapeia*..., pág. 128. Sobre este episodio, cf. *ibíd.*, pág. 261, donde el autor pone de manifiesto que pasajes como éste sirven para comprender los textos antiguos en los que la enfermedad se concibe como algo semoviente, cuya presencia produce los efectos de la epidemia.

por su apariencia a un moloso, y por su tamaño al león de mayores dimensiones, machacado por las piedras, y escupiendo espuma, como los rabiosos. Precisamente la estatua del Tutelar (es Heracles) se alza cerca del lugar en el que la aparición fue apedreada.

Estancia en Ilión

Una vez que purgó a los efesios de 11
la plaga y que consideró suficiente lo que a Jonia se refería, partió hacia Grecia. Así pues, encaminándose a Pérgamo, tras haberse deleitado con el templo de Asclepio, y tras haber hecho a los suplicantes del dios algunas sugerencias, poniendo en obra las cuales podrían obtener sueños de buen agüero[215], y asimismo después de haber sanado a muchos, llegó a Ilión, y saciándose de toda la tradición del pasado referente a ellos, visitó los sepulcros de los aqueos y, tras pronunciar muchas palabras sobre ellos y haber celebrado muchos sacrificios incruentos y puros, exhortó a sus compañeros a retirarse a la nave, y él dijo que iba a pasar la noche sobre el túmulo de Aquiles[216].

Al tratar, pues, de amedrentarlo sus compañeros —pues se habían unido a Apolonio ya los Dioscórides, los Fédimos y un grupo todo por el estilo— y decirle que Aquiles se aparecía aún terrible, pues de eso estaban convencidos los de Ilión respecto a él, Apolonio dijo:

—De ningún modo. Bien sé que Aquiles disfruta del trato con los demás. Pues a Néstor, el de Pilos, lo acogía muy bien porque siempre le decía algo provechoso. A Fénix lo honraba con el nombre de ayo, compañero y cosas por el estilo, porque Fénix le entretenía

---

[215] La curación en los templos de Asclepio se lograba mediante la *incubatio*, esto es, pasando la noche en el templo, ya que se suponía que el dios se aparecía en sueños al enfermo.

[216] Sobre un culto a Aquiles y su tratamiento en el *Heroico* de Filóstrato, cf. MANTERO, *Ricerche...*, págs. 126-9.

con sus palabras. Y a Príamo, aunque era su mayor enemigo, lo miró con gran afabilidad cuando lo oyó hablar[217]. Asimismo, una vez que se enfrentó con Ulises en una disensión, se mostró tan moderado, que le pareció a Ulises más hermoso que temible. En cuanto a su escudo y al casco que agita, según dicen, de un modo espantoso, va, creo, contra los troyanos, porque se acuerda de lo que por ellos sufrió cuando faltaron a su palabra respecto a su matrimonio[218]; pero yo no tengo nada en común con Ilión, y mantendré con él una conversación más agradable que los compañeros de entonces. Además, si me mata, como decís, yaceré seguramente con Memnón y Cicno, y quizá Troya me enterrará «en una cóncava fosa»[219], como a Héctor.

Diciéndoles tales cosas a sus compañeros, mitad de broma, mitad de veras, subió solo al túmulo y ellos se encaminaron a la nave, por la tarde ya.

12 Apolonio, que volvió al amanecer, dijo:

—¿Dónde está Antístenes de Paros?

Éste se le había unido precisamente en Ilión hacía ya siete días. Y al responder Antístenes a su llamada, dijo:

—¿Tienes, joven, algo que ver con Troya?

—Muchísimo —respondió—, pues soy troyano por mis antepasados.

---

217 En el episodio del rescate de Héctor, objeto del canto XXIV de la *Iliada.*

218 Se refiere Filóstrato a una leyenda, no homérica, según la cual Aquiles se enamoró de Políxena, hija de Príamo, y éste aceptó que se casara con ella. Pero cuando se iba a sancionar el compromiso en el templo de Apolo Timbreo, Aquiles, desarmado, fue muerto por Paris.

219 Cita, no literal, de *Iliada* XXIV 797. En cuanto a Memnón, se menciona una sola vez en la *Iliada* (XII 193), al referir su muerte a manos de Leonteo, mientras que Cicno es un hijo de Posidón, muerto por Aquiles, según referían las *Ciprias* en un episodio del que sólo queda la mención en el Resumen de Proclo, cf. mis *Fragmentos...*

—Entonces ¿eres también un Priámida?

—Sí, por Zeus —contestó—, por eso me considero efectivamente un hombre de bien, y descendiente de hombres de bien.

—Así pues, con razón —repuso— me impide Aquiles tratar contigo, pues después de que me exhortó a ir en delegación a los tesalios acerca de algo que les censura, cuando le pregunté qué otra cosa además de eso podría hacer en su favor, dijo: «No hacer a ese jovencito de Paros compañero de viaje de tu sabiduría, pues es todo un Priámida y no cesa de alabar a Héctor.»

Restauración de la tumba de Palamedes

Por consiguiente, Antístenes se marchó, mal de su grado. Cuando se hizo de día y se levantó viento de tierra, la nave se hallaba a punto de zarpar, cuando irrumpieron en ella, pequeña como era, otros muchos que querían acompañar a Apolonio en la travesía, pues ya había llegado el otoño y el mar resultaba menos seguro, así que todos, por considerar a nuestro hombre más poderoso que la tempestad, el fuego y las mayores dificultades, querían embarcar con él y le rogaban que les permitiera su participación en la travesía. Como la muchedumbre era varias veces superior a la capacidad de la nave, y al ver otra nave mayor (había muchas en torno a la tumba de Áyax[220]), dijo: 13

—Embarquemos ahí, pues es buena cosa llegar sano y salvo con los más que se pueda.

Así pues, tras doblar el cabo de Troya, ordenó al timonel que pusiera rumbo a la parte de Eolia que se halla frente a Lesbos y echara el ancla lo más cerca posible de Metimna.

---

[220] Áyax Telamonio, sobre el cual, cf. nota 129.

—Pues allí, más o menos, dice Aquiles que yace Palamedes, del cual hay allá también una estatua de un codo de alta, con aspecto de más edad que Palamedes. Así que en el momento de salir de la nave, dijo:

—Preocupémonos, varones griegos, por un hombre de bien por el que existe toda la sabiduría, pues además llegaríamos a ser mejores al menos que los aqueos, al honrar por su virtud al que aquéllos mataron sin ninguna justicia.

Saltaron, por tanto, de la nave y él se topó con la tumba[221] y halló la estatua enterrada junto a ella. Estaba escrito en la base de la estatua *Al divino Palamedes*, así que, colocándola en su sitio, tal como también yo la he visto, y tras levantar en torno suyo un santuario tan grande como los que honran a Enodia[222], pues les es posible a unos diez comensales banquetearse en él, pronunció la siguiente plegaria:

—Palamedes, olvídate de la cólera que en tiempos sentiste contra los aqueos, y concédeles que lleguen a ser varones numerosos y sabios. Sí, Palamedes, tú, en virtud de quien existen los discursos, en virtud de quien existen las Artes, en virtud de quien existo yo.

Continuación de la travesía

14 Pasó también por el santuario de Orfeo, una vez que fondeó en Lesbos. Dicen que allí Orfeo se gozaba en tiempos con la profecía, hasta que Apolo se hizo cargo de ello. Pues cuando los hombres no visitaban ya Grineo a consultar los oráculos

[221] Sobre el sepulcro de Palamedes y su tratamiento por Filóstrato en el *Heroico* y aquí, cf. MANTERO, *Ricerche...*, págs. 120 siguientes. Sobre Palamedes, cf. la nota 167 a III 22.

[222] Enodia es el epíteto de la diosa protectora de los caminos, esto es, Hécate. Se le dedicaban en los caminos pequeños santuarios formados por una estatua y un recinto al aire libre. Respecto a las semejanzas formales entre la súplica de Apolonio y los papiros mágicos, cf. A. J. FESTUGIÈRE, «Une formule conclusive dans la prière antique», *Symb. Osl.* 28 (1950), 89-94.

los, ni Claro, ni donde se halla el trípode apolíneo[223], sino que sólo Orfeo vaticinaba, acabada de llegar su cabeza de Tracia[224], el dios se presentó ante el vaticinador y le dijo:

—Deja de hacer lo que me corresponde, pues ya te he soportado bastante en tus profecías.

Aunque navegaron después de esto por el mar de 15
Eubea, que Homero estima que es de los dificultosos y malos de atravesar, el mar aparecía en calma y mejor que lo propio de la estación. Se suscitaron conversaciones acerca de las islas, dado que encontraron muchas y renombradas, así como acerca de la construcción naval y del pilotaje, apropiadas a las navegaciones. Pero como Damis reprobaba unos temas, otros los cortaba y otros no permitía que se preguntaran, Apolonio comprendió que deseaba discutir otro tema, y le dijo:

—¿Qué te pasa, Damis, que cortas lo que se pregunta? Pues no le pones reparos a las conversaciones porque te mareas o porque soportas mal la navegación, que el mar ya ves cómo se muestra sumiso con la nave y la lleva. ¿Por qué te irritas, entonces?

—Porque, habiendo de por medio un tema importante —respondió—, sobre el que era más lógico preguntar, nosotros hacemos preguntas sobre otros trasnochados y viejos.

—¿Y qué tema —preguntó— sería ese por el que estimas superfluos a los demás?

—Tras haber estado con Aquiles —contestó—, Apolonio, y tras haberle oído decir seguramente muchas

[223] Grineo es una ciudad y puerto de la Eólide, con un templo a Apolo (cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 1, 6). Sobre Claro, cf. nota 201. El trípode apolíneo quiere decir Delfos.

[224] Según la leyenda, Orfeo murió despedazado por las mujeres tracias y su cabeza llegó posteriormente a la desembocadura del río Melete.

cosas aún no conocidas por nosotros, no nos las explicas ni nos describes el aspecto de Aquiles, sino que andas recorriendo islas y construyendo naves en tu conversación.

—Pues si no va a pareceros que fanfarroneo —dijo—, se os dirá todo.

Apolonio narra su encuentro con Aquiles

16 Al requerirle también los demás este tema, y mostrarse deseosos de oírlo, dijo:

—Pues no fue cavando el hoyo de Ulises, ni conjurando las almas con sangre de corderos[225] como llegé a una conversación con Aquiles, sino suplicándole como los indios dicen que suplican a los héroes. «Aquiles», dije, «la mayoría de los hombres aseguran que estás muerto, pero yo no admito esa idea, ni Pitágoras, ancestro de mi sabiduría. Si estamos en lo cierto, muéstranos tu propia figura, pues en gran medida te beneficiarías de mis ojos si te sirvieras de ellos como testigos de tu existencia». Inmediatamente sobrevino un corto temblor de tierra en rededor del túmulo, y surgió un joven de cinco codos de alto, tesalio, a juzgar por su clámide. En su porte no aparecía jactancioso como a algunos les parece Aquiles, sino que, terrible de ver, no ha cambiado su aspecto radiante. Su belleza me parece que aún no ha encontrado un digno panegirista, aun cuando Homero dijo mucho sobre ella, sino que es inexpresable y se arruina en boca del que la canta, en lugar de ser celebrada de un modo aproximado a sí misma. Una vez que lo vi del tamaño que dije, se hizo doble, y más que eso, pues me pareció de doce codos cuando alcanzó su estatura completa[226], y su belleza se acre-

---

[225] Alude a los procedimientos empleados por Ulises en su conjuro a las almas infernales en el Canto XI de la *Odisea.*

[226] Sobre la estatura de los héroes, cf. lo dicho en nota 97.

centaba progresivamente con su talla. En cuanto a su cabellera, dijo que no se la había cortado nunca, sino que la había guardado intacta para el Esperqueo[227], pues consideraba al Esperqueo como el primero de los ríos. Sus mejillas tenían el primer bozo. Dirigiéndome la palabra, me dijo: «De buen grado he venido a entrevistarme contigo, necesitado como estoy hace mucho de un varón de tu categoría. Pues los tesalios hace ya mucho tiempo que se han desentendido de las ofrendas en mi honor[228], y aún no me parece procedente mostrar mi cólera, pues si muestro mi cólera morirán más griegos que los de antaño allí, así que recurro a un consejo razonable: que no se muestren soberbios respecto a los usos tradicionales, ni se pongan en evidencia como peores que estos troyanos, que, privados por mí de tantos varones, celebran públicamente sacrificios en mi honor, me ofrecen las primicias de los frutos de la estación y, depositando un ramo de olivo, me piden treguas que yo no les voy a conceder. Pues lo que perjuraron contra mí no permitirá que Ilión recobre nunca su antigua apariencia ni alcance el florecimiento que sobrevino a muchas de las que fueron destruidas, sino que la habitarán, en absoluto en mejores condiciones que si la hubiesen tomado ayer. Así pues, para no hacer semejante a ésta la situación de los tesalios, ve a su Consejo como delegado de lo que te he dicho». «Seré tu delegado», respondí, «pues la razón de la embajada es que ellos no perezcan, pero hay algo, Aquiles, que requiero de ti». «Entiendo», contestó, «pues das muestras de que vas a preguntarme acerca de los temas troyanos. Hazme cinco preguntas, las que tú quieras y las Moiras toleren». Así pues, primero le pregunté si había encontrado sepultura de

[227] Un río de Tesalia. Respecto al tema del ofrecimiento de la cabellera de Aquiles, cf. nota 543.

[228] Cf. nota 216.

acuerdo con el relato de los poetas. «Yazgo», contestó, «del modo que resultó más agradable para mí y para Patroclo, pues andábamos juntos, como es sabido, de muy jóvenes, y una vez fallecidos, nos acoge un ánfora de oro a ambos, como a uno solo. En cuanto a los trenos de las Musas y de las Nereidas que dicen que se cantaron sobre mí[229], las Musas ni siquiera vinieron nunca aquí, pero las Nereidas aún me visitan». Después de eso, le pregunté si Políxena había sido sacrificada sobre él[230]. Y él dijo que eso era cierto, pero que no había sido sacrificada por los aqueos, sino que tuvo en la mayor estimación el amor entre ella y él, llegándose por su voluntad a la tumba y arrojándose sobre una espada puesta de pie. En tercer lugar, le pregunté: «Aquiles, ¿llegó Helena a Troya o es que a Homero le pareció bien hacer esas suposiciones?» «Por largo tiempo», contestó, «fuimos engañados, enviando delegaciones a los troyanos y entablando los combates por ella, en la idea de que se hallaba en Ilión. Pero ella moraba en Egipto, llevada a la fuerza por Paris a casa de Proteo[231]. Cuando nos convencimos de eso, combatimos en adelante por la propia Troya, para no retirarnos de forma vergonzosa». Emprendí también la cuarta pregunta, y le dije que me extrañaba de que Grecia hubiera tenido a la vez tantos varones y de tanta categoría cuantos Homero forma contra Troya. Y Aquiles dijo: «Los bárbaros tampoco se quedaron muy atrás de nosotros, tanto floreció en nobleza la tie-

---

229 *Odisea* XXIV 43-84.

230 Esta historia no se narra en la *Ilíada,* sino en el *Saco de Troya,* según nos informa el resumen del mismo debido a Proclo, cf. mis *Fragmentos...*

231 La idea de que no fue Helena la que llegó a Troya, sino una imagen suya, un *eídōlon,* la sugirió por primera vez ESTESÍCORO en su *Palinodia,* cf. nota 424 a VI 11, y luego HERÓDOTO, II 112, alude a su presencia en Egipto. Eurípides sigue esta versión en su tragedia *Helena.*

rra toda». En quinto lugar le pregunté: «¿Por qué motivo Homero no conoce a Palamedes, o bien lo conoce, pero lo excluye de la narración acerca de vosotros?» «Si Palamedes», contestó, «no hubiera llegado a Troya, Troya tampoco hubiera llegado a existir. Pero, dado que el hombre más sabio y más combativo murió como había decidido Ulises, Homero no lo introduce en sus poemas, para no cantar las infamias de Ulises». Y Aquiles, tras lamentarse por él como el más grande y más hermoso, el más joven y más belicoso, que en moderación los aventajaba a todos y que había tenido mucha relación con las Musas, dijo: «Así que tú, Apolonio, dado que entre sabios hay buena disposición para con los sabios, cuídate de su sepulcro y reinstala la estatua de Palamedes, que está abandonada de mala manera. Se halla en la Eólide, junto a Metimna, la de Lesbos». Dicho esto y, por último, lo referente al joven de Paros, se marchó con un tenue resplandor, pues de hecho los gallos emprendían ya su canto.

Los misterios

Hasta aquí, lo que pasó a bordo de 17
la nave. Pero tras tomar puerto en el Pireo, al filo de la época de los misterios, cuando los atenienses celebran los más concurridos de los griegos [232], se apresuró a ascender desde la nave a la ciudad. En su avance se encontró a muchos de los que se dedicaban a la filosofía, que se dirigían a Falero [233]. Algunos de ellos, desnudos, disfrutaban del calor, pues el otoño para los atenienses es soleado, otros se afanaban con sus libros, otros se ejercitaban en repetir de memoria y otros iban discutiendo. Pero ninguno lo pasó de largo, sino que suponiendo todos que era Apolonio, daban la vuelta con él y, contentos, lo acogían afectuosa-

232 Los de Eleusis, en honor de Deméter.
233 Bahía y puerto al sur de Atenas.

mente. Diez jovencitos que se encontraron en grupo con él, dijeron:

—Por aquella Atenea —tendiendo sus manos hacia la Acrópolis— nosotros nos dirigíamos ahora mismo al Pireo para embarcarnos a Jonia, a verte.

Él los acogió y afirmó que se congratulaba de que fueran aficionados a la filosofía.

18 Era precisamente el día de las Epidaurias[234]. En las Epidaurias es tradicional entre los atenienses iniciarse, tras la proclamación y las víctimas, en un segundo sacrificio. Eso lo instituyeron en honor de Asclepio, porque precisamente lo iniciaron a él mismo cuando llegó de Epidauro demasiado tarde para los misterios. Sin embargo, la mayoría, despreocupados por iniciarse, se disponían en torno a Apolonio y tenían en ello más afán que en volver iniciados. Pero él les dijo que se reuniría con ellos más adelante y les exhortó a que atendieran entonces los ritos, pues también él mismo deseaba iniciarse.

El hierofante[235], sin embargo, no quería admitirlo a los ritos, so pretexto de «que nunca iniciaría a un hechicero ni abriría Eleusis a un hombre no puro respecto a lo divino».

Apolonio, sin perder por ello su aplomo habitual, dijo:

—Todavía no has dicho lo más importante de lo que se me podría inculpar: que acerca de la iniciación sé más que tú, pero yo he venido dispuesto a iniciarme como junto a alguien más sabio que yo.

---

[234] Una fiesta sobre la cual no sabemos prácticamente más de lo que aquí se nos cuenta.

[235] El hierofante era el sacerdote que tenía a su cargo la dirección de los Misterios. El cargo era originariamente hereditario. Respecto a la posterior respuesta de Apolonio y la semejanza de la misma con las palabras de Cristo al Bautista en el Evangelio de San Marcos, cf. G. M. Lee, «Had Apollonius of Tyana read St. Mark?», *Symb. Osl.* 48 (1973), 115-116.

Al elogiar los presentes la manera tan vigorosa y propia de él con la que le había contestado, el hierofante, al ver que apartándolo no causaría buena impresión a la gente, cambió de tono y dijo:

—Iníciate, pues pareces haber venido como un sabio.

Apolonio contestó:

—Me iniciaré en otra ocasión, y me iniciará Fulano —haciendo gala de su presciencia respecto al hierofante que, tras aquél, presidió el templo cuatro años después.

Apolonio en Atenas

Damis afirma que nuestro hombre sostuvo muchísimas pláticas en Atenas, pero que no las escribió todas, sino las esenciales y las que se ocupaban de temas importantes. Su primer discurso, dado que vio que los atenienses eran aficionados a los sacrificios, lo pronunció acerca de las ceremonias sacras, cómo cada uno debía adaptar su sacrificio, libación o súplica a lo propio de cada uno de los dioses y en qué momento del día y de la noche. Incluso es posible acceder a un libro de Apolonio en el que enseña estas cosas en su propia lengua[236]. 19

Habló de estos temas en Atenas, primero, en beneficio de su propia sabiduría y de la de ellos, y además, por refutar al hierofante por lo que había dicho calumniosamente y sin conocimiento de causa. Pues ¿quién podría aún creer que no fuera puro respecto a lo divino quien filosofaba acerca de cómo los dioses han de ser objeto de culto?

Una vez que discutía acerca de las libaciones, se encontraba presente por casualidad en la conversación un jovencito de los petimetres, con tal reputación de desvergüenza que había sido en tiempos incluso tema de 20

---

[236] Esto es, en capadocio, cf. III 41.

canciones de los carros[237]. Su patria era Corcira y su ascendencia remontaba hasta Alcínoo, el huésped de Ulises, el feacio. Apolonio conferenciaba sobre las libaciones y les exhortaba a no beber de esa copa, sino a guardarla para los dioses intacta y sin que nadie bebiera en ella. Y cuando aconsejó que la copa tuviese asa y que se hiciera la libación por el asa, lugar por el cual nunca beben los hombres, el jovencito derramó sobre su discurso una carcajada extensa y desvergonzada. Y Apolonio, levantando su mirada hacia él, dijo:

—No eres tú quien te comportas con ese descaro, sino el demon que te impulsa sin tú saberlo.

Estaba efectivamente poseído por démones el jovencito. Pues se reía con lo que ningún otro, y pasaba al llanto sin tener motivo. Además, conversaba y cantaba para sí mismo. La gente creía que era su juventud retozona la que le impulsaba a aquello, pero él realmente era el intérprete del demon y daba la impresión de estar embriagado, con el comportamiento propio de un borracho que tenía entonces. Al verlo Apolonio, el espectro prorrumpió en cuantos gritos de pavor y cólera son propios de quienes se están quemando o sometidos a tormento, y juraba que saldría del jovencito y que no se apoderaría de ningún hombre. Pero al hablarle Apolonio con cólera, como un amo a un esclavo pícaro, ruin, descarado y demás, y al exhortarle a que se marchara dejando constancia de ello, dijo:

—Tumbaré tal estatua —aludiendo a una de las de junto al Pórtico Real[238], ante el que esto sucedía.

---

[237] Se refiere a una parte del ceremonial de la fiesta ática de las Coes y las Leneas, en honor de Dioniso, en la cual los que tomaban parte en una procesión de carros entonaban canciones satíricas groseras.

[238] El Pórtico Real se hallaba en el Ágora de Atenas. Sobre este episodio, cf. REITZENSTEIN, *Hellenistische...*, pág. 54 sigs., quien lo compara con *Hechos de San Pedro* 11, en una serie de detalles, cf. *Introducción* § 8.

Cuando la estatua osciló primero, lugo cayó, ¿cómo podría pintar alguien el alboroto consecuente, y cómo aplaudían por el prodigio?

El jovencito, como acabado de salir del sueño, se frotó los ojos y miró hacia los rayos del sol. Le entró vergüenza al tener todos la atención vuelta hacia él, y ya no se mostraba desvergonzado, ni tenía la mirada perdida, sino que volvió a su propia naturaleza mejor que si hubiera usado un bebedizo; así que cambiando sus mantitos, sus sucintas tuniquitas y demás sibaritismos, se volvió al amor de la severidad y del manto de filósofo y quedó como desnudo para adoptar los hábitos de Apolonio.

Se dice que reprendió a los atenienses respecto a 21
las Dionisias que celebran en la época del Antesterión[239]. Pues creía que acudían al teatro dispuestos a oír monodias y composiciones líricas de las procesionales y de cuantos ritmos son propios de la comedia y la tragedia, pero cuando oyó que a los sones de la flauta danzaban bailes de contorsiones y que en medio del canto épico y la alabanza divina de Orfeo actuaban unas veces como Horas, otras como Ninfas, otras como Bacantes, se aprontó a la censura y dijo:

—¡Cesad de danzar fuera de tono por los salaminios y muchos otros hombres de bien caídos![240] Pues si esa fuera una danza laconia, os diría: ¡bravo, soldados!, pues os ejercitáis para la guerra, también yo bailaré con vosotros, pero si es blandengue y tira a femenina,

---

[239] El antesterión era el octavo mes del calendario ático, correspondiente en el nuestro a finales de febrero y principios de marzo, y era el mes en el que se celebraban las Antesterias, fiestas en honor de Dioniso.

[240] La alusión a los caídos se explica por la creencia de que en el segundo día de las Antesterias volvían a la tierra las almas de los muertos.

¿qué voy a decir de los trofeos?[241] Pues no habrán sido erigidos en perjuicio de los medos y persas, sino en perjuicio vuestro, si quedáis por debajo de quienes los erigieron. En cuanto a las túnicas azafranadas, la púrpura y ese escarlata, ¿a qué vienen? Pues ni los acarnienses se adornaban de ese modo ni Colono[242] cabalgaba de ese modo. ¿Y por qué digo esto? Una mujer navegó como almirante desde Caria contra vosotros, junto a Jerjes[243], y no había en ella nada mujeril, sino de varón la vestimenta y las armas. Vosotros, en cambio, sois más delicados en el vestir que las mujeres de Jerjes, los viejos, los jóvenes, la adolescencia, quienes antaño juraban tras visitar el templo de Agraulo[244] morir por la patria y empuñar las armas, pero ahora seguramente juran volverse bacantes por la patria y blandir el tirso sin llevar casco de ninguna clase, sino disfrazándose de modo vergonzoso «con trazas que remedan a la mujer»[245] como dice Eurípides. He oído decir que vosotros incluso os tornáis en vientos, y que agitáis en alto las tuniquitas; se os tilda de hincharlas como un velamen en alta mar. Sin embargo, deberíais respetar a los vientos, como aliados que son, y por haber soplado mucho en vuestro bien, y no convertir

[241] De los erigidos por los griegos por su victoria contra los persas en las Guerras Médicas.

[242] Héroe epónimo del demo ático del mismo nombre, cf. SÓFOCLES, *Edipo en Colono* 59, donde lo llama precisamente «el jinete Colono».

[243] Artemisia, reina de Halicarnaso, que participó, ya viuda, en las Guerras Médicas y conquistó la isla de Patmos. Cf. las menciones antiguas de HERÓDOTO, VII 99, y ARISTÓFANES, *Lisistrata* 675.

[244] Aglauro o Agraulo era una hija de Cécrope a la que había consagrado un templo a la entrada de la Acrópolis.

[245] Alusión a un pasaje de la *Antíopa*, una tragedia perdida de EURÍPIDES, el *Fragmento* 2A7 en la edición de VON ARNIM, *Supplementum Euripideum*, Bonn, 1913, que dice textualmente «te disfrazas con trazas que remedan a la mujer».

en femenino al Bóreas[246], que es vuestro pariente y el más masculino de todos los vientos, pues nunca Bóreas habría llegado a ser amante de Oritiya[247] si la hubiera visto danzando así.

Corrigió también en Atenas lo siguiente: los atenien- 22
ses, reunidos en el teatro al pie de la Acrópolis, presenciaban matanzas de hombres[248]. A eso había allí más afición que ahora en Corinto, así que se traían, adquiridos por grandes sumas, adúlteros, prostitutos, horadamuros, cortabolsas, secuestradores y gente de esa calaña, los armaban y los mandaban luchar uno contra otro. Apolonio asumió este asunto y, al invitarlo los atenienses a la Asamblea, dijo que no penetraría en un lugar impuro y lleno de sangre cuajada.

Lo decía en una carta. Decía también que se extrañaba «de cómo la diosa no ha abandonado ya la Acrópolis, tras haber vertido vosotros tal cantidad de sangre en ella. Pues me dais la impresión de que andando el tiempo, cuando celebréis la procesión de las Panateneas, vais a sacrificarle a la diosa, no ya bueyes, sino hecatombes de hombres. Mas tú, Dioniso, después de tal cantidad de sangre, ¿frecuentas el teatro? ¿Te ofrecen allí libaciones los sabios atenienses? Múdate también tú, Dioniso. El Citerón[249] es más puro». Tal fue lo más serio que hallé de lo que él filosofó en Atenas entonces.

---

[246] El dios de los vientos que personificaba el viento del norte.

[247] Hija de Erecteo y Praxítea, raptada a orillas del Iliso por Bóreas, a quien le dio dos hijas, Cleopatra y Quíone, y dos hijos, Zetes y Calais, cf. Apolodoro, III 15, 2.

[248] Esto es, combates de gladiadores en el teatro de Dioniso, escenario antaño de las representaciones teatrales de los grandes poetas de la tragedia y comedia áticas.

[249] Monte entre el Ática y Beocia.

23 *Viajes por Grecia*

Fue también como delegado a los tesalios en favor de Aquiles, en la época de las juntas en Pilea[250], en las que los tesalios despachan los asuntos anfictiónicos. Ellos, temerosos, decidieron por votación que se reinstaurara lo que se relacionaba con el sepulcro.

El monumento a Leónidas, el espartíata, casi lo abrazó, dada su admiración por el varón. Al llegar a la colina en la que se dice que los lacedemonios fueron sepultados por los dardos[251], oyó a sus acompañantes discutir entre sí acerca de qué era lo más elevado de Grecia. Suscitaba al parecer la cuestión el monte Eta que se hallaba ante sus ojos. Así que al subir a la colina, dijo:

—Yo creo que lo más elevado es esto. Pues los que murieron aquí en pro de la libertad, lo elevaron al nivel del Eta y lo levantaron por encima de muchos Olimpos. Yo admiro a estos varones, pero por encima de todos, al acarnanio Megistias[252], pues deseó participar en lo que sabía que les iba a ocurrir, teniendo miedo, no de morir, sino de no haber muerto junto a tales hombres.

---

[250] Esto es, en las Termópilas, escenario de la famosa batalla entre los espartanos, al mando de Leónidas, y los persas, al de Jerjes, en el año 480 a. C., en la que murieron todos los espartanos por no abandonar la posición. Allí se reunía la liga de los Anfictiones, esto es, los delegados de todas las ciudades griegas, con propósitos de índole religiosa y ocasionalmente política, en la que los tesalios tenían un papel principal. De ahí que Apolonio aproveche para comunicarles los deseos de Aquiles.

[251] En efecto, se encontraron muchísimas puntas de flecha en la colina en la que se alzó el monumento a Leónidas.

[252] Cuenta Heródoto, VII 219 sigs., que el adivino Megistias averiguó por el examen de las entrañas que los defensores de las Termópilas morirían a la aurora, pero aún así no quiso abandonar a Leónidas. El poeta Simónides le dedicó un epigrama (*Antología Palatina* VII 677).

Visitó asimismo todos los santuarios griegos, el dodoneo, el pítico, el de Abas[253]; accedió al Anfiareo y al de Trofonio[254], y ascendió al Museo[255] en el Helicón. Al visitar los santuarios, y ponerlos en orden, lo acompañaban los sacerdotes, lo seguían sus amigos, se alzaban crateras de argumentaciones y las tomaban los que tenían sed de ellas. 24

Por ser también las Olimpíadas y al invitarle los eleos a la asistencia a la competición, dijo:

—Me parece que menospreciáis el renombre de las Olimpíadas, al necesitar delegados para quienes vienen aquí de por sí[256].

Al acceder al Istmo, con el mar bramando en torno al Lequeo[257], dijo:

—Ese cuello de tierra será cortado, o más bien, no.

---

[253] Ciudad de Fócide con un oráculo de Apolo, cf. HERÓDOTO, I 46. Es curioso que en el pasaje citado de Heródoto, Creso envía emisarios a Delfos, Abas, Dodona, al santuario de Anfiarao (como aclara la nota de SCHRADER al pasaje, no al célebre de Oropo, sino a uno tebano) y al de Trofonio, esto es, a los mismos que aquí se citan, constituyendo un catálogo de los más famosos oráculos de la antigüedad.

[254] Al que volverá posteriormente, cf. VIII 19, en donde se narra esta visita.

[255] Esto es, al Templo de la Musas.

[256] En la carta 24 del epistolario de Apolonio se conserva una respuesta del sabio a los eleos no menos aplastante que ésta: «Estimáis mi asistencia a la competición de las Olimpíadas y por eso me enviasteis delegados. Yo asistiría al espectáculo y a la rivalidad de los cuerpos, si no fuera con ello a abandonar una competición superior, la de la virtud.»

[257] El puerto de Corinto. Este episodio debemos datarlo en el 61 d. C., pues los trabajos del Istmo de Corinto comenzaron el 67 d. C., cuando Nerón viajó a Grecia. Según los datos arqueológicos, se emplearían en ellos unos cinco o seis mil hombres, pero no por más de tres o cuatro meses. El proyecto era ya antiguo, probablemente de Calígula, pero se desestimó. En lugar de canal, se usó en la antigüedad una especie de pista por la que los barcos eran arrastrados por tierra de lado a lado del istmo.

Así lo sostenía como predicción del corte algo posterior de la zona del Istmo, que al cabo de siete años planeó Nerón. Pues tras abandonar el palacio real, marchó a Grecia para supeditarse a las proclamas olímpicas y píticas, y venció también en el Istmo. Sus victorias fueron los concursos de cítara y de heraldos, Venció asimismo en las competiciones de tragedia en Olimpia. Entonces se dice que se interesó en un nuevo corte de la zona del Istmo, haciéndolo navegable y uniendo el Egeo con el Adriático, para que no tuvieran que navegar todas las naves por Malea, sino que muchas cruzaran por la fisura, atajando el contorno de la navegación. ¿De qué modo resultó el vaticinio de Apolonio? La excavación que tomó principio en el Lequeo, progresó unos cuatro estadios, excavándose sin interrupción, pero dicen que Nerón detuvo el corte; unos, que porque los egipcios le razonaron sobre los mares y dijeron que la masa de agua sobre el Lequeo, desbordada, haría desaparecer Egina; otros, que temía una insurrección en el imperio. Tal es el sentido, en efecto, de lo de Apolonio de que el Istmo sería cortado y no sería cortado.

Apolonio desenmascara a la empusa de Corinto

25 En Corintio practicaba precisamente por aquella época la filosofía Demetrio[258], hombre que había abarcado toda la vitalidad de la doctrina cínica. De él hace luego mención Favorino[259] en muchos de sus discursos, y no sin generosidad. Le ocurrió respecto a Apolonio lo que dicen que le ocurrió

---

[258] Demetrio es un filósofo cínico, cf. ZELLER, *Die Philosophie...*, III 1⁴, pág. 794, nota 1. La estancia de Demetrio en Corinto la testimonia también LUCIANO, *Contra un ignorante* 19, y parece datable asimismo en el 61 d. C.

[259] Favorino de Arelate (Arlés), filósofo y rétor del siglo II d. C., amigo de Adriano, Plutarco y Epicteto, que enseñó filosofía en Atenas y Roma y del que se ocupó el propio Filóstrato en una de las biografías de las dedicadas a los Sofistas.

a Antístenes[260] respecto a la sabiduría de Sócrates; lo seguía, deseoso de ser su discípulo y pendiente de sus discursos, e incluso a los más estimados de sus seguidores los dirigió en pos de Apolonio.

Uno de ellos era Menipo de Licia, de veinticinco años de edad, bastante dotado de inteligencia y bien proporcionado de cuerpo, pues parecía un atleta hermoso y de noble estirpe en su porte. La gente pensaba que a Menipo lo amaba una mujer extranjera. La mujer parecía hermosa y bastante elegante. Afirmaba que era rica, pero al parecer no era sencillamente nada de eso, sino sólo lo parecía. Pues una vez que caminaba él solo por el camino de Cencreas[261], se le presentó una aparición y se convirtió en mujer. Lo tomó de la mano, asegurándole que lo amaba hacía tiempo; que era fenicia y vivía en un arrabal de Corinto. Dándole el nombre del arrabal, añadió:

—Si vas a la tarde, habrá para tí una canción, pues yo te cantaré, y vino como nunca lo bebiste. Además, no te molestará ningún competidor; sino que yo, hermosa, viviré con un hombre hermoso.

Seducido por esto, el joven, que para la filosofía en general poesía gran vigor, pero de lo amoroso era un esclavo, la visitó por la tarde, y la frecuentó en adelante como a su amiga, sin reconocer al fantasma.

Pero Apolonio, mirando a Menipo al modo de un escultor, delineó al joven y lo escrutó, así que, llegando a una conclusión negativa, dijo:

—Tú, hermoso sin duda, y objeto de acecho de las mujeres hermosas, acaricias una serpiente, y una serpiente, a ti —y, ante la sorpresa de Menipo, añadió—.

[260] Filósofo ateniense, contemporáneo de Platón, si bien muy alejado de las teorías de éste.

[261] Cencreas (hoy Kenkri) es el puerto de Corinto sobre el Golfo Sarónico.

Porque tu mujer no es una esposa. ¿Qué? ¿Piensas que eres amado por ella?

—Sí, por Zeus —contestó—, puesto que se comporta conmigo como quien ama.

—¿Y te casarías con ella? —añadió.

—Efectivamente, sería grato casarse con la que nos ama.

Así pues, preguntó:

—¿Y las bodas, cuándo?

—Prontas —contestó—, quizá mañana.

Así que Apolonio, acechando el momento del banquete y presentándose a los comensales recién llegados, les dijo:

—¿Dónde está esa elegante dama por la que habéis venido?

—Allí —dijo Menipo, y al tiempo se levantó, ruborizado.

—¿Y la plata, el oro y lo demás con lo que está adornada la sala de banquetes, de quién de vosotros es?

—De mi mujer, pues esto es todo lo mío —contestó, señalando su manto de filósofo.

Apolonio dijo:

—¿Conocéis los jardines de Tántalo[262], que son, pero no son?

—Sólo por Homero —contestaron—, ya que no hemos bajado al Hades.

—Pensad eso de esta ornamentación. Pues no es materia, sino apariencia de materia. Y para que sepáis lo que quiero decir, la buena novia es una de las *empusas*, a las que la gente considera *lamias* o *mormolicias*[263].

---

[262] Sobre esta versión del suplicio de Tántalo y la referencia a Homero, cf. nota 170 a III 25.

[263] Sobre las *empusas*, cf. nota 98. He preferido dejar sin traducir las otras dos palabras griegas, que designan monstruos más o menos equivalentes al «coco», con los que se asustaba a los niños.

Esas pueden amar, y aman los placeres sexuales, pero sobre todo la carne humana, y seducen con los placeres sexuales a quienes desean devorar.

Y ella dijo:

—¡Deja de decir cosas de mal agüero y márchate! —y daba la impresión de estar irritada por lo que oía. De algún modo se burlaba de los filósofos, de que charlataneaban continuamente.

No obstante, cuando las copas de oro y lo que parecía plata demostraron ser cosas vanas y volaron todas de sus ojos, y los escanciadores, cocineros y toda la servidumbre de este jaez se esfumaron al ser refutados por Apolonio, la aparición pareció echarse a llorar y pedía que no se la torturara ni se la forzara a reconocer lo que era. Al insistir Apolonio y no dejarla escapar, reconoció que era una *empusa* y que cebaba de placeres a Menipo con vistas a devorar su cuerpo, pues acostumbraba a comer cuerpos hermosos y jóvenes porque la sangre de éstos era pura.

En esta narración[264], precisamente la más famosa de las de Apolonio, me he extendido por obligación, pues la mayoría de la gente sabe que tuvo lugar en medio de Grecia, pero tienen idea en general de que venció una vez en Corinto a una *lamia*, pero lo que hacía y que fue en favor de Menipo, no lo saben aún. Lo que aquí he narrado, sin embargo, es la versión de Damis, y según sus propias palabras.

Entonces también tuvo diferencias con Baso de Co- 26
rinto[265]. De que era un parricida, no sólo tenía fama,

[264] Un episodio semejante a éste nos lo narra Flegón de Tralles (en A. Giannini, *Paradoxographorum Graecorum reliquiae*, Milán, 1945, págs. 170-178), y en él se inspiró Goethe para su drama *La Novia de Corinto*, cf. *Introducción* § 8.

[265] Filósofo y agonoteta de los Juegos Ístmicos del cual dice Apolonio en su carta 36 que fue visto a su puerta armado con una espada, y en la 37 especifica que el parricidio fue con veneno.

sino que existía constancia de ello. Fingía ser sabio y no había freno para su lengua. Pero Apolonio detuvo sus vituperios con lo que escribió y los discursos que pronunció contra él. Pues todo lo que decía de que era una parricida se consideraba cierto; que en efecto nunca un hombre como él caería en la injuria ni diría lo que no es.

Estancia en Olimpia

27 En cuanto a lo referido a nuestro hombre en Olimpia hay lo siguiente: A Apolonio, cuando marchaba hacia Olimpia, se lo encontraron unos delegados de los lacedemonios en demanda de una entrevista. De lo laconio nada se evidenciaba en ellos, sino que se comportaban de forma en exceso pulida y estaban llenos de sibaritismo. Al ver a unos varones con las piernas depiladas, los cabellos bruñidos, sin barba siquiera y, en cambio, afeminados en el vestir, les escribió tales cosas a los éforos [266], que aquellos hicieron una proclama en público prohibiendo la resina de los baños [267], expulsando a las depiladoras y restaurándolo todo a lo antiguo, por lo que las palestras crecieron, las justas y las comidas en común se restablecieron, y Lacedemonia se hizo igual a sí misma. Al saber que habían reorganizado lo de su patria, les envió una carta desde Olimpia, más breve que una escítala [268] laconia. Es la siguiente:

[266] En efecto, se conserva en el epistolario de Apolonio una carta (la número 63) a los éforos y los lacedemonios en los siguientes términos: «Vi a vuestros hombres sin barba, con los muslos y las piernas pulidos y blancos, ataviados con túnicas afeminadas y finas, acicalados con muchos y hermosos anillos, y calzados con zapatos jónicos. Así pues, no reconocía los llamados delegados. La carta hablaba de ellos como lacedemonios.»

[267] Usada, como hoy la cera, para depilarse.

[268] La escítala era una varilla empleada en Lacedemonia para que los éforos enviaran mensajes secretos a los estrategos. Se enrollaba en ellas oblicuamente una tira de piel y se escribía

Apolonio, a los éforos. Saludos.
De hombres es no errar, pero de nobles es también darse cuenta de que se ha errado.

Al ver la estatua en Olimpia[269], dijo: 28
—Salud, buen Zeus, pues eres tan bueno que haces participar de ti mismo a los hombres.

Describió también el Milón[270] de bronce y la razón de su postura. Milón, efectivamente, da la impresión de hallarse de pie sobre un disco con ambos pies juntos; tiene una granada en la izquierda, y en cuanto a la derecha, los dedos de aquella mano están rectos y como para hacerlos pasar por algún sitio. Las historias de Olimpia y Arcadia relatan que este atleta llegó a ser tan inconmovible, que no era desplazado nunca del lugar en el que se asentaba, y que eso lo evidenciaba el apretón de los dedos en el asimiento de la granada y el que no podrían separarlos unos de otros nunca, por más que alguien porfiara contra uno de ellos, por lo bien ajustados que se hallaban los intersticios en los dedos rectos. La diadema con que se ceñía la consideran símbolo de templanza.

Apolonio dijo que estaba sabiamente pensado, pero que la verdad era aún más sabia.

---

en ella, de manera que el mensaje sólo podía leerse enrrollado a otra varilla cilíndrica de idénticas dimensiones. Obviamente en tales circunstancias los mensajes no podían ser largos.

[269] La de Zeus Olímpico, de oro y marfil, obra de Fidias del 430 a. C., hoy perdida, de la que sólo quedan pequeñas representaciones en monedas de Élide y la descripción de Pausanias.

[270] Milón de Crotona fue un conocido atleta en la antigüedad, repetidas veces vencedor en los juegos olímpicos y píticos, mencionado por HERÓDOTO, III 137, etc. En cuanto a su estatua, cf. la descripción de PAUSANIAS, VI 14, 5 sigs., quien la atribuye a Dameas de Crotona.

—Para que comprendáis el sentido del Milón. Los de Crotona hicieron a ese atleta sacerdote de Hera. Así que la mitra, ¿qué podría explicaros ya acerca de qué sentido tiene, una vez que he mencionado que se trata de un sacerdote? La granada es la única de las plantas que crece en honor de Hera, y en cuanto al disco bajo sus pies, el sacerdote suplica a Hera subido en un escudete, y eso es lo que también indica su derecha. En cuanto al trabajo de los dedos y el no estar separados, debe achacársele a una técnica escultórica arcaica.

29 Presente en las celebraciones, mostró su aprobación a los eleos por cómo se cuidaban de ellas, en qué buen orden las celebraban, cómo pensaban que en absoluto se hallaban menos sometidos a juicio que los atletas que competían y cómo se precavían para no errar, ni queriendo, ni sin querer.

Al preguntarle sus camaradas qué tal le parecían los eleos respecto a la ordenación de los juegos Olímpicos, dijo:

—Si son sabios, no lo sé, pero diestros, desde luego.

El mal escritor

30 Cuánto aborrecía a los que se creían escritores, y cuán ignorantes consideraba a los que emprendían una tarea literaria que les sobrepasaba, puede aprenderse de lo siguiente:

Un jovencito pagado de su talento, una vez que se encontró con él en las cercanías del templo, le dijo:

—Has un esfuerzo por acompañarme mañana, pues voy a leer una cosa.

Al preguntarle Apolonio qué iba a leer, dijo:

—Tengo compuesto un discurso sobre Zeus —y al mismo tiempo se lo enseñaba por debajo de su manto, enorgullecido del grosor del escrito.

—¿Y qué vas a elogiar de Zeus? —dijo—. ¿Acaso el Zeus de aquí y que no hay nada igual en la tierra?

—Eso, desde luego —contestó—, pero muchas otras cosas antes que eso y después de eso. Pues las estaciones, lo que hay en la tierra y lo que hay por encima de la tierra, los vientos y los astros, todo es cosa de Zeus.

Y Apolonio dijo:

—Me das la impresión de ser todo un panegirista.

—Por eso —le contestó— tengo también compuesto un panegírico de la gota, así como de que uno sea ciego o sordo[271].

—Entonces a las hidropesías y a los catarros no los proscribas tampoco de tu sabiduría, si quieres elogiar cosas de ese jaez. Y estarás mejor incluso siguiendo a los que se han muerto y exponiendo los elogios de las enfermedades por las que se murieron, pues se dolerán menos contra ellas los padres, los hijos y los allegados de los difuntos.

Y al ver al jovencito embridado por su alocución, añadió:

—¿El panegirista, estimado autor, elogiará mejor lo que conoce o lo que no conoce?

—Lo que conoce —dijo—, pues ¿cómo alguien podría elogiar lo que no conoce?

—A tu padre entonces, ¿lo has elogiado ya alguna vez?

—Lo pretendí —contestó— pero, dado que me parece grande, noble y el más hermoso de los hombres que conozco, así como capacitado para administrar su casa y para usar de su sabiduría para todo, desistí de su elogio, para no abochornar a mi padre con un discurso que no le hiciera justicia.

---

271 Eran frecuentes en la helenidad tardía los panegíricos de las cosas más extrañas, cf. por ejemplo la *Alabanza de la Cabellera* de DIÓN, a más de las perdidas alabanzas del papagayo y el mosquito, cf. A. LESKY, *Historia de la literatura griega*, trad. esp., Madrid, 1968, pág. 866. Contra ellos emplea Apolonio el más acre de los sarcasmos.

Así que Apolonio, irritado, cosa que le pasaba ante los hombres vulgares, le dijo:

—¿Entonces, basura, a tu padre, al que conoces igual que a ti mismo, piensas, a lo que parece, que no podrías elogiarlo nunca de un modo apropiado, y en cambio, encomiando tan a la ligera al padre de hombres y dioses, al artífice de todo cuanto hay en derredor nuestro y por encima de nosotros, no temes al que elogias ni te das cuenta de que te empeñas en un asunto superior al hombre?

31 *Conversaciones con los lacedemonios*

Las conversaciones de Apolonio en Olimpia trataron de los asuntos más útiles: de la sabiduría, el valor, la moderación, y en suma, cuantas virtudes hay. Acerca de estas cosas disertaba desde el zócalo del templo, asombrando a todos no sólo por sus ideas, sino también por sus formas de expresión. Rodeándolo los lacedemonios, lo hicieron huésped en el templo de Zeus, padre de los jóvenes del país, legislador de su vida y distinción de sus ancianos. Al preguntar un corintio con disgusto si celebrarían por él una teofanía [m], se le dijo:

—Sí, por los dioses, está preparada.

Pero Apolonio los disuadió de tales cosas para no ser objeto de envidia. Pero cuando, tras haber cruzado el Taigeto, vio a Lacedemonia activa y las tradiciones de Licurgo en plena vitalidad, no le pareció desagradable conversar con las autoridades de los lacedemonios acerca de lo que querían preguntarle. Así pues, le preguntaron cuando llegó cómo debían ser venerados los dioses. Y él dijo:

—Como amos.

Después le preguntaron:

---

[m] Esto es, una celebración religiosa en la que se sacaban en procesión las imágenes de los dioses.

—¿Y los héroes, cómo?

—Como padres.

Y cuando le preguntaron en tercer lugar:

—¿Y los hombres, cómo?

—No es espartana esa pregunta —repuso.

Le preguntaron también cómo consideraba las leyes vigentes entre ellos. Y él respondió:

—Como maestros excelentes. Pero los maestros tienen buena fama si los alumnos no holgazanean.

Y al preguntarle ellos qué les sugería respecto al valor, dijo:

—¿Qué va a ser? Que del valor hay que hacer uso.

Se dio la circunstancia de que por aquel tiempo se 32
vio encausado entre ellos un joven lacedemonio por atentar contra las costumbres. Era un descendiente de Calicrátidas, el que había actuado como almirante en las Arginusas[273], y amaba la navegación y no se interesaba en los asuntos públicos, sino que, tras haberse fletado varias naves, viajaba en ellas hacia Carquedón[274] y Sicilia. Así pues, al oír que iba a juzgársele por eso, consideró terrible ver con indiferencia que llevaran al joven a juicio y dijo:

—Excelente amigo, ¿por qué andas dando vueltas, ensimismado y lleno de preocupación?

—Un proceso público se ha entablado contra mí —contestó— porque tengo puesta mi atención en las navegaciones y no tomo parte en los asuntos públicos.

—¿Tu padre fue un hombre de mar, o tu abuelo?

---

[273] Las Arginusas son unas pequeñas islas entre Asia Menor y Lesbos, junto a las que tuvo lugar, en el año 406 a. C., una batalla entre las escuadras ateniense y espartana en la que vencieron los atenienses. Calicrátidas fue en efecto el almirante espartano y pereció en la batalla.

[274] Cartago.

—¡Qué va! —contestó—. Gimnasiarcos, éforos y patrónomos[275] todos. Pero Calicrátidas, mi antepasado, llegó a ser uno de los almirantes de la flota.

—¿Acaso hablas del de las Arginusas?

—De aquél —repuso—, que murió en su almirantazgo.

—¿Y no te ha hecho aborrecer el mar el fin de tu antepasado? —preguntó.

—No, por Zeus, pues no navego para ser almirante.

—¿Pero es que puedes mencionar una gente más desgraciada que los comerciantes y los hombres de la mar? Primero, van de aquí para allá, buscando un mercado mal abastecido; luego, asociados con agentes y corredores, venden y se les vende. Y exponiendo sus cabezas a intereses sacrílegos, se afanan por el capital. Y si les van bien las cosas, la nave tiene buena travesía y cuentan una larga historia de que no han naufragado ni queriendo ni sin querer, pero si la ganancia no compensa respecto a las deudas, embarcados en botes hacen naufragar las naves y ellos mismos, marinos como son, se llevan del modo más impío y no mal de su grado el sustento de los demás, pretextando una fatalidad del dios. E incluso si no fuera de ese jaez la gente navegante y marinera, no obstante, el hecho de que por lo menos quien es un espartiata y nacido de padres que de antiguo habitaron el corazón de Esparta se halle en una cóncava nave, teniendo en el olvido a Licurgo e Ífito[276], y pendiente de la carga y de la exactitud

[275] Se trata de altas magistraturas espartanas. Los gimnasiarcos eran algo así como delegados de deportes, los éforos, elegidos anualmente en número de cinco, tenían amplísimas facultades, desde la de jueces y presidentes de la Asamblea Popular hasta la de acompañar a los reyes en las campañas. Los patrónomos constituían un consejo instituido por Cleómenes III, cuyas funciones no nos son del todo claras.

[276] Se cuenta que Ífito restableció con Licurgo los Juegos Olímpicos y fijó sus normas, que se conservaban en el templo de Hera en Élide.

de las cuentas de flete, ¿de qué vergüenza está libre? Pues si no otra cosa, al menos debías haber tenido en cuenta que la propia Esparta, cuando se ocupaba de la tierra, cobró una fama que se elevaba hasta el cielo, pero cuando aspiró al mar, se fue a pique y desapareció, no sólo en el mar, sino también en tierra.

Con estas palabras se adueñó del joven de tal modo que, inclinando la cabeza a tierra, se echó a llorar porque había oído decir lo muy por debajo de sus padres que había quedado. Así que vendió las naves en las que pasaba la vida. Al verlo de nuevo dueño de sí y dispuesto a cuidar la tierra, Apolonio lo llevó ante los éforos y logró que lo absolvieran.

También de lo de Lacedemonia es lo siguiente: Les 33
llegó a los lacedemonios una carta del emperador que contenía un reproche a su Asamblea: que abusaban de su libertad[277]. Se les habían escrito estas cosas por las calumnias del gobernador de Grecia. Los lacedemonios se hallaban en la incertidumbre, y Esparta discutía consigo misma si debían escribirle intentando aplacar la cólera al emperador, o mostrándose orgullosos. Ante esto, hicieron a Apolonio su consejero acerca del tono de la carta. Y él, cuando los vio divididos, se presentó ante su Asamblea y pronunció esta breve alocución:

—Palamedes descubrió las letras, no sólo para escribir, sino también para saber lo que no debe escribirse.

Y así disuadió a los lacedemonios de manifestarse como osados o cobardes.

---

[277] *Hubo, en efecto, disensiones políticas en la familia de* los Euríclidas en esta época, que debieron provocar cierta agitación antirromana en Esparta y, por ende, la inquietud del gobernador de Grecia.

34 *Viaje a Creta*

Tras quedarse en Esparta un tiempo después del festival olímpico hasta que acabó el invierno, marchó a Malea al comenzar la primavera, en la idea de partir hacia Roma. Pero mientras concebía estos proyectos, tuvo el siguiente sueño: le pareció que una mujer muy alta y muy anciana lo abrazaba y le pedía que la visitara antes de hacerse a la mar para Italia. Decía ser la nodriza de Zeus, y tenía una corona con todo lo de la tierra y del mar. Dándose una interpretación de la visión, llegó a la conclusión de que debía navegar primero hacia Creta, a la que consideramos nodriza de Zeus porque en ella fue parido[278]. La corona, en cambio, probablemente podría aludir también a otra isla.

Al haber en Malea numerosas naves que iban a partir hacia Creta, embarcó en una nave que daba abasto para la comunidad (comunidad llamaba a sus compañeros y a los esclavos de sus compañeros, pues a éstos no los hacía de menos). Puso, pues, rumbo a Cidonia[279], costeando luego hacia Cnosos. El laberinto que allí se muestra albergó en tiempos, creo, al Minotauro. Como deseaban verlo sus compañeros, se lo permitió, pero él dijo que no se haría espectador de la injusticia de

[278] En efecto, en la configuración de la compleja divinidad que es Zeus, se incorpora un dios anual de fertilidad cretense, nacido en el monte Ida.

[279] La actual Iraklion, el puerto más importante de la costa norte de la isla. El laberinto luego referido es el palacio de Cnosos, de época minoica. La disposición de este palacio, con sus numerosísimas salas sin organización aparente, daban la impresión real de lo que hoy llamamos un «laberinto» (palabra inequívocamente pregriega, cuyo sentido se discute). El Minotauro era un monstruo con cuerpo de hombre y cabeza de toro al que, según la leyenda, enviaban anualmente los atenienses para que los devorara, siete muchachos y siete muchachas, hasta que Teseo logró darle muerte.

Minos. Siguió su camino hacia Gortina[280], por afán del Ida. Así que, tras subir y visitar los escenarios de narraciones sobre los dioses, llegó hasta el santuario Lebeneo[281]. Es de Asclepio y, como Asia se congrega en Pérgamo, así también Creta en ese templo. También cruzan el mar muchos libios hasta él, pues se halla de cara al mar de Libia, cerca de Festos[282], donde una pequeña roca resiste a un poderoso mar.

Dicen que el santuario se llama Lebeneo porque desde él sobresale un promontorio semejante a un león (una forma como las muchas que revelan las colocaciones casuales de las piedras), así que relatan acerca del promontorio la leyenda de que llegó a ser en tiempos un león de los del tiro de Rea[283].

Allí, en una ocasión en la que Apolonio se hallaba hablando, al filo del mediodía (y les hablaba a muchos hombres por los que el templo era objeto de culto), un terremoto sacudió súbitamente Creta, resonó un trueno, no de las nubes, sino de tierra, y el mar retrocedió unos siete estadios. La gente se asustó, no

---

280 Ciudad en la parte central de la isla, a unos 15 Km. de la costa meridional que, tras ser sometida al Imperio Romano por Q. Cecilio Metelo, se convirtió en capital de la provincia romana de la isla, hasta época de Augusto, en la que Creta pasó a la provincia de la Cirenaica.

281 El santuario de Asclepio en Lebena. La relación del nombre con el león no es clara, pero no lo es en general el origen del propio nombre de león en griego. Es curioso, sin embargo, que existe una serie de denominaciones en lenguas diversas de ámbitos próximos con una fonética semejante, hebreo *lābī'*, asirio *labbu*, egipcio *labu*, y este nombre podría (con razón o sin ella) sonarle a los «libios» que lo visitaban, como étimo del lugar.

282 Ciudad al oeste de la llanura de Mesara y sede de otro importante palacio minoico.

283 Uno de los nombres de la Gran Madre griega, llamada también Cibele, hija y esposa de Crono.

fuera que el mar al retirarse arrastrara el templo y se lo llevara consigo. Pero Apolonio dijo:

—Tened ánimo. El mar parió tierra.

Y ellos creían que hablaba de la concordia de los elementos y de que el mar no haría nada fuera de lo común a la tierra. Pero al cabo de pocos días, unos que llegaron de la Cidoniátide anunciaron que en el día y en el mediodía en que ocurrió el portento, se había formado del mar una isla, en el brazo de mar que discurre entre Tera y Creta.

Sin embargo, abandonando la prolijidad de palabras, pasemos a sus actividades en Roma, las que llegó a tener después de lo de Creta.

Nerón persigue a los filósofos

35 Nerón no transigía con el filosofar, sino que los que filosofaban le parecían una cosa entrometida, que solapaban la dedicación a la magia. Así que el manto de filósofo era llevado entonces al tribunal bajo cargo de hechicería. Voy a omitir a otros, pero Musonio, el babilonio [284], varón que sólo estaba por detrás de Apolonio, fue aherrojado por su sabiduría, y al permanecer allí, se halló en grave riesgo. Habría muerto, por lo que del carcelero dependía, si no hubiera sido muy vigoroso.

---

[284] Filósofo estoico, del que se nos habla en el diálogo pseudolucianeo *Nerón* o *La excavación del Istmo*, que algunos atribuyen al propio Filóstrato. El texto filostrateo dice «Musonio el Babilonio», pero Musonio es, como se le llama correctamente en VII 16, etrusco, razón por la cual Nieuwland, en su edición de los fragmentos de Musonio, Harlem, 1822, propone leer en este pasaje *Boulsínios* en lugar de *Babylônios*, si bien admite otras posibilidades. Según otras versiones, Musonio fue desterrado tras el descubrimiento de la conjura de Pisón (Tácito, *Anales* XV 71, 9; Dión Casio, LXII 27, 4). La hostilidad de Nerón por la filosofía era, de todas maneras, algo bien conocido por todos.

Hallándose en tal situación la filosofía fue cuando 36
precisamente se encaminó a Roma. A unos cientos veinte estadios de distancia, se encontró a Filolao de Citio, cerca del bosquecillo de Aricia[285]. Era Filolao hombre muy esmerado en hablar, pero demasiado cobarde para afrontar una situación comprometida. Por haber abandonado Roma, estaba en la situación virtual de un fugitivo, y cada vez que se topaba con un filósofo le exhortaba a hacer lo mismo. Así pues, dirigiéndole la palabra a Apolonio, lo invitaba a ceder a las circunstancias y a no visitar Roma mientras el filosofar estuviese tan mal visto. Le contaba lo que estaba sucediendo volviéndose continuamente, no fuera que alguien detrás de él lo estuviera escuchando.

—Y tú incluso —dijo— vienes ligado a un corro de filósofos, lleno de provocación a la malevolencia, sin conocer a los que han sido apostados en las puertas por Nerón, que os detendrán a ti y a esos antes de que estéis dentro.

—¿Y a qué dicen que se dedica el emperador, Filolao? —preguntó.

—Conduce carros en público —contestó—, canta, apareciendo en los teatros de Roma, vive con gladiadores, e incluso él mismo es un gladiador y mata[286].

Entonces Apolonio, interrumpiéndole, dijo:

—¿Y bien, querido amigo? ¿Se te ocurre un espectáculo más interesante para hombres educados que ver a un emperador comportándose indecorosamente? Pues —añadió—

[285] El bosque de Aricia se hallaba a dos millas de la ciudad del mismo nombre, hoy Riccia, al pie del monte Albano y a unos 23 Km. del sur de Roma.

[286] La versión negativa que aquí nos ofrece del comportamiento de Nerón no es exclusiva de Filóstrato; compárese con la biografía de Nerón de Suetonio o con los capítulos que dedica a este emperador Dión Casio (LXI sigs.).

el hombre es un juguete de la divinidad

según el parecer de Platón[287], así que un emperador que se vuelve un juguete del hombre y que regocija al populacho con su propia degradación, ¡qué temas no proporcionará a los filósofos!

—Sí, por Zeus —dijo Filolao—, en el supuesto de que ocurra sin peligro, porque si perecieras, después de ser detenido, y Nerón se te comiera crudo, sin haber visto tú nada de lo que hace, mucho te costará el haberte topado con él, más que lo que le costó a Ulises cuando visitó al Cíclope[288], pues perdió a muchos de sus camaradas por su deseo de verlo, y por no haberse resistido a un espectáculo insólito y cruel.

Y Apolonio dijo:

—¿Crees que él está menos ciego que el Cíclope si obra de esa manera?

Y Filolao contestó:

—Que haga lo que quiera, pero tú sálvalos a esos.

37 Y esto lo dijo en voz más alta y parecía que se echaba a llorar. Entonces Damis, que temió por los jóvenes, no fuera que se acobardaran por el espanto de Filolao, llevando a Apolonio aparte, le dijo:

—Nos va a echar a perder a los jóvenes esa liebre que lo llena todo de temblores y desaliento.

Y Apolonio contestó:

—La verdad es que, con ser muchos los bienes que, sin pedirlos, me han llegado a menudo de los dioses, yo diría que este de ahora es el mayor que pude disfrutar, pues se nos ha presentado de pronto una piedra de toque para los jóvenes, que pondrá muy en evidencia quiénes de ellos son filósofos y a los que hacen cualquier otra cosa antes que ésta.

---

287 PLATÓN, *Leyes* 803c.
288 *Odisea*, canto IX.

Y se pusieron en evidencia en seguida los que no se sentían animosos, pues influidos por las palabras de Filolao, unos declararon que estaban enfermos; otros, que no tenían viático; otros, que sentían nostalgia de su patria; otros, que habían sido espantados por sueños; así que Apolonio se quedó con ocho acompañantes de los treinta y cuatro que viajaban con él a Roma. Los otros, huyendo de Nerón y de la filosofía, se dieron a la fuga.

Así pues, una vez que reunió a los que se habían 38
quedado, entre los que se hallaba Menipo, el que había tenido relaciones con la *empusa*, Dioscórides el egipcio y Damis, dijo Apolonio:

—No voy a reprochárselo a los que nos han abandonado, sino voy a elogiaros más a vosotros porque sois hombres parecidos a mí. Así que, si alguno se marchó por temor a Nerón, no lo consideraré un cobarde, pero si alguno se ha hecho más poderoso que este miedo, será llamado por mí filósofo, y le enseñaré cuanto sé. Me parece bien, pues, que, lo primero, elevemos una plegaria a los dioses, quienes infundieron en la mente estas decisiones a vosotros y aquéllos; luego, que los tomemos como guías, pues, aparte de los dioses, no podemos recurrir a otro. Hemos de dirigirnos a una ciudad que gobierna tantas partes del mundo habitado, ¿cómo, pues, podría entrar uno en ella, si aquéllos no lo guiaran? Y eso, por hallarse establecida en ella una tiranía tan intransigente, que ni siquiera les está permitido a los sabios serlo. Que a nadie le parezca insensato el aventurarse a un camino del que huyen muchos de los filósofos, pues yo, primero, pienso que nada de cuanto a los hombres atañe llegaría a haber tan terrible como para que el sabio pueda alguna vez sentirse aterrado por ello. Además, no os encomendaría yo la práctica del valor si no comportara peligros. De otro lado, tras haber recorrido tanta tierra

como nunca hombre alguno, he visto numerosísimas fieras, árabes e indias, pero esa fiera que llama la gente tirano, no sé ni cuántas cabezas tiene, ni si tiene garras corvas o dientes agudos; aunque se dice que esta fiera es ciudadana y que habita el corazón de las ciudades, y tiene una disposición más feroz que las montaraces y selváticas, en tal medida que, si bien los leones y las panteras a veces, si se les mima, se amansan y cambian sus hábitos, ésta, excitada por los que la acarician, se vuelve más salvaje aún y todo lo devora. De las fieras al menos no podrías decir que hayan devorado alguna vez a sus propias madres. Nerón, en cambio, se ha saciado de ese alimento. Y si bien eso aconteció también con Orestes y Alcmeón, para ellos la pauta de su acción fueron sus padres: el uno, que murió a manos de su propia mujer; el otro, vendido por un collar[289]. Éste, en cambio, adoptado por el viejo emperador y designado heredero para gobernar gracias a su madre, mató a su madre en un naufragio, después de haberle arreglado un barco en el que pereció, cerca de tierra[290]. Y si por ello alguien juzga terrible a Nerón y por eso se aparta de un salto de la filosofía, considerando que no es seguro para él practicar algo que no es del gusto de aquél, que sepa que lo terrible es condición propia de cuantos se consagran a la moderación y la sabiduría, pues a ellos también les irá

[289] Se refiere al collar con el que Erífila, madre de Alcmeón, fue comprada para que persuadiera a su esposo, Anfiarao, a fin de que participara en la expedición de los Siete contra Tebas a la que no quería acudir, porque sabía que iba a morir en ella. Alcmeón mató a su madre en venganza, igual que Orestes mató a la suya, Clitemnestra, por haber asesinado a Agamenón, al regreso de éste de la Guerra de Troya.

[290] La noticia no es totalmente cierta. La trampa del barco existió, en efecto, pero sabemos por TÁCITO, *Anales* XIV 3-8, que Agripina logró salvarse de ella y fue asesinada, luego, en tierra.

bien cuanto procede de los dioses. Y que considere la habladuría de los soberbios, como la de los borrachos, pues también a aquéllos los juzgamos efectivamente necios, pero temibles, no. Vayamos, pues, a Roma, si es que nos sentimos fortalecidos, pues contra los bandos de Nerón por los que se proscribe la filosofía, nos es posible decir lo de Sófocles:

pues no fue Zeus en absoluto el que me proclamó eso[291],

ni las Musas, ni Apolo el oracular. Es verosímil incluso que el propio Nerón conozca esos yambos, gustándole, como dicen, la tragedia.

Entonces a uno se le viene a la mente lo de Homero de que: cuando el razonamiento armoniza a unos belicosos varones, se vuelven «un solo yelmo y un solo escudo»[292], y me parece que se podría hallar que eso mismo les aconteció a estos hombres, pues como si los hubieran soldado a martillo las palabras de Apolonio, se sentían fortalecidos para morir por la filosofía, y se mostraban superiores a los que habían huido.

Llegada a Roma

Así pues, se acercaron a las puertas 39 y los centinelas no les preguntaron nada, pero se les quedaron mirando su vestimenta y se extrañaban. Su hechura parecía sacra y nada parecida a la de mendigos.

Después que se alojaron en una fonda cerca de las puertas, y cuando se hallaban tomando la cena, porque ya había caído la tarde, les llega un hombre borracho, como para una juerga, y no desagradablemente dotado de voz. Recorría, al parecer, Roma de ronda, cantando las canciones de Nerón y recibiendo dinero por ello.

---

291 La cita es de Sófocles, *Antígona* 450.

292 Se trata de una referencia no literal a *Ilíada* XIII 130-1.

Al que lo oía sin interés o no pagaba un donativo por la audición, tenía el derecho incluso de detenerlo como a un sacrílego. Tenía una cítara y todo el aparejo preciso para tañer la cítara. Asimismo llevaba guardada en un estuche una cuerda de las que se habían pulsado y templado antes, que decía que la había comprado de la cítara de Nerón por dos minas y que no se la vendería a nadie, a no ser que fuera un citaredo de los mejores y de los que competían en Pito[293].

Así pues, tras comenzar como era la costumbre y haber interpretado un breve himno de Nerón, añadió varias canciones, unas de la *Orestea*, otras de la *Antígona*, otras de aquí y de allá, entre las tragedias que aquél había compuesto, y retorcía cuantas odas ya Nerón había complicado y enrevesado de mala manera.

Como le oían con cierta indiferencia, afirmaba que hacían a Nerón objeto de sacrilegio y que eran enemigos de la voz divina, pero ellos no le hacían caso. Al preguntar Menipo a Apolonio cómo escuchaba a quien decía tales cosas, éste dijo:

—¿Cómo va a ser, sino como cuando cantaba? Sin embargo, Menipo, nosotros no debemos enfadarnos por esas cosas, sino, dándole un donativo por su demostración, dejémosle que le ofrezca sacrificios a las Musas de Nerón.

Entrevista con Telesino

40 Eso fue todo respecto a semejante borracho. Con el día, Telesino, uno de los cónsules[294], citó a Apolonio y le dijo:

—¿Qué vestimenta es esa?

Y él repuso:

—Una pura y no de algo mortal.

[293] En los concursos de cítara que se celebran en Delfos.

[294] C. Lucio Telesino fue cónsul el año 66, junto con Suetonio Paulino, cf. TÁCITO, *Anales* XVI 14, 1. La llegada a Roma de Apolonio se data, pues, con exactitud, el año 66.

—¿Y cuál es tu sabiduría?

—Una inspiración divina —dijo— y cómo uno debe suplicar a los dioses y celebrar sacrificios.

—¿Hay alguien, filósofo, que ignore eso?

—Muchos —contestó— é incluso si alguien sabe eso de modo acertado, mejorará mucho al oírle decir a un hombre más sabio que él, que lo que sabe, lo sabe bien.

Al oír esto Telesino, como precisamente sentía cierto interés por lo divino, le vino a la memoria nuestro hombre por lo que había oído en tiempos acerca de él, y pensaba que no debía preguntarle a las claras su nombre, no fuera que quisiera ocultarle aún su identidad a alguien; así que lo llevó de nuevo al tema de lo divino, pues se hallaba suficientemente dotado para la argumentación. Dado que al menos le hablaba a un sabio, dijo:

—¿Qué es lo que suplicas al acercarte a los altares?

—Yo al menos —contestó—, que haya justicia, que las leyes no sean transgredidas y que los sabios sigan siendo pobres, y los demás, «ricos, pero sin fraude».

—¿Y acaso al pedir tantas cosas crees que van a cumplirse?

—Sí, por Zeus, pues yo uno todas en una sola oración, y al acercarme a los altares suplico del modo siguiente: «dioses, concededme lo debido» [295]. Si en efecto soy uno de los hombres de bien, conseguiré más de lo que dije, pero si los dioses me sitúan entre los malvados, me llegará de ellos lo contrario y no reprocharé a los dioses si se me juzga digno de cosas malas por no ser un hombre de bien.

Muy conmovido en verdad se sintió Telesino por estas palabras, así que por deseo de agradarle, dijo:

---

[295] Evidentemente Apolonio, fiel a sí mismo, no ha cambiado sus opiniones de juventud al respecto, expresadas en I 11.

—Visitaré los santuarios todos, y se les darán instrucciones por escrito de mi parte a los que los administran para que te reciban y te permitan introducir reformas.

—¿Y si no les escribes —preguntó— no me acogerán?

—No, por Zeus —contestó—, pues esa es una prerrogativa mía.

—Me complazco —dijo— de que, noble como eres, tengas una prerrogativa grande. No obstante, quisiera que supieses una cosa sobre mí. Me complazco en habitar los templos que no están sólidamente cerrados, y ninguno de los dioses me rechaza, sino me hacen partícipe de su techo. Permítaseme también eso, pues incluso los bárbaros consentían en ello.

Y Telesino dijo:

—Los bárbaros se han anticipado a los romanos en ganarse ese gran elogio, pues yo habría deseado que eso precisamente se dijera de nosotros.

Habitó por tanto en los templos, mudándose y pasando de uno a otro. Al atraerse por ello la crítica, dijo:

—Ni siquiera los dioses habitan por todo el tiempo en el cielo, sino viajan a Etiopía y viajan al Olimpo y al Atos. Así que considero insólito que los dioses recorran todos los países de los hombres y que los hombres no visiten a los dioses todos. Y eso que los amos, en caso de que desatendieran a los esclavos, jamás se ganarían una censura, pues quizá podrían despreciarlos, como no diligentes. Pero los esclavos, en caso de no atender por entero a sus propios amos, podrían perecer a sus manos, como abominables y como siervos aborrecibles para los dioses.

41 Por sus discursos acerca de los ritos, los dioses fueron venerados con más interés, y los hombres asistían a ellos en la idea de que iban a obtener más bienes de parte de los dioses. Las conversaciones de

nuestro hombre no habían sido aún objeto de censura, porque se mantenían en público y les hablaba a todos, pues no andaba de puerta en puerta ni perdía el tiempo con los poderosos, sino que los acogía amablemente si lo visitaban, pero les hablaba lo mismo que al pueblo.

Nerón sospecha de Demetrio y de Apolonio

Dado que Demetrio, que llegó después a Roma con la misma disposición de ánimo hacia él que he dicho en los capítulos acerca de Corinto[296], elogiaba a Apolonio, mientras que arremetía contra Nerón, ello provocó en este hombre sospechas de una conspiración, y daba la impresión de que aquél había inducido a Demetrio a eso mismo. Mucho más cuando se llevó a término por Nerón el gimnasio más admirable de los de allí, y estaban celebrando el día festivo en él el propio Nerón[297], el gran senado y el orden ecuestre de Roma, pero presentándose Demetrio en el propio gimnasio, pronunció un discurso contra los que se bañaban, diciendo que se debilitaban y se contaminaban. Asimismo, demostraba que tales cosas constituían un derroche excesivo. Lo libró de morir inmediatamente por ello el hecho de que Nerón cantó aquel día muy bien de voz (cantaba en una taberna construida junto al gimnasio, desnudo, con sólo un ceñidor, como los más desvergonzados de los mozos de taberna). Con todo, no se libró Demetrio del peligro por lo que dijo, pues Tigelino, que tenía la espada de Nerón[298], lo ex- 42

[296] Concretamente en IV 25.

[297] Parece referirse Filóstrato al Gimnasio de Nerón en el Campo de Marte, una de las primeras grandes termas romanas, y a su inauguración en el año 61, narrada por Tácito, *Anales* XIV 47, Suetonio, *Nerón* XII 3, y Dión Casio, LXI 21, 1, quien la fecha en el 60, probablemente por error. Las fuentes coinciden en la veracidad del exhibicionismo de Nerón, al que luego se alude. En el 62, el gimnasio fue destruido por un rayo y se relaciona con ello, en cierto modo, a Demetrio.

[298] En efecto, Ofonio Tigelino fue el prefecto de la guardia

pulsó de Roma por haber arruinado la casa de baños con lo que dijo. Asimismo, se puso en secreto tras las huellas de Apolonio, para cuando también él dijera algo censurable e imprudente.

43 Pero él ni se manifestaba burlón ni tampoco preocupado como los que están en guardia contra algún peligro, sino que dialogaba en términos adecuados acerca de los temas que se planteaban, acompañándolo en su filosofar Telesino y otros hombres que, aunque la filosofía se hallaba en peligro, no creían correr un riesgo al tratar con él.

Sin embargo, era blanco de sospechas, como dije, y mucho más por lo que dijo también acerca de un prodigio. En efecto, al sobrevenir un eclipse de sol y producirse un trueno, lo que se considera que ocurre poquísimo en un eclipse, Apolonio, alzando su miraba hacia el cielo, dijo:

—Sucederá algo grande, y no sucederá.

Interpretar lo dicho era cosa que aún no podían hacer los que asistían a sus palabras. Pero al tercer día del eclipse, todos comprendieron el sentido de sus palabras, pues estaba comiendo Nerón cuando un rayo que cayó sobre la mesa destrozó la copa que se hallaba en sus manos a no mucha distancia de su boca. El que éste estuviera a punto de verse alcanzado fue precisamente a lo que aludió con que algo iba a suceder y no iba a suceder.

Al oír Tigelino esta historia, comenzó a temer a nuestro hombre como entendido en lo sobrenatural, y pensó que no debía establecer contra él cargos declarados, no fuera que se ganara de él algún mal oculto. Sin embargo, tanto si hablaba como si estaba callado, sentado o andando, y lo que comía y con quién y si sa-

pretoriana, a la muerte de Sexto Afranio Burro, el año 62 d. C.

crificaba o no sacrificaba, era espiado por todos los ojos con los que el gobieno puede ver.

Apolonio, acusado por Tigelino

Habiéndose declarado en Roma una epidemia a la que los médicos llaman catarro, cundían, al parecer, las toses por su culpa y la voz les fallaba a los que hablaban. Los templos estaban llenos de suplicantes a los dioses porque Nerón tenía hinchada la garganta y tenía la voz ronca. 44

Apolonio estallaba contra la insensatez de la gente, pero no criticaba a nadie, sino que incluso a Menipo, que se irritaba por tales cosas, lo calmaba y contenía, exhortándolo a perdonar a los dioses si se alegraban por los mimos de los bufones[299].

Al serle comunicadas estas palabras a Tigelino, envía gente para que lo llevaran ante el tribunal a fin de que se defendiera del cargo de sacrilegio contra Nerón.

Estaba preparado incluso contra él un acusador que había arruinado ya a muchos, y colmado de olímpicas victorias de esta clase. Llevaba en la mano un memorial en el que estaba escrita la acusación. Blandiéndolo como una espada contra nuestro hombre, decía que estaba bien afilado y que lo iba a arruinar.

Sin embargo, al desenrollar Tigelino el memorial, no encontró en él ni rastro de una letra, sino que se halló ante una página en blanco, y llegó a la conclusión de que trataba con un demon. Eso mismo se dice que le pasó luego a Domiciano con él[300].

---

[299] Se alude a una costumbre etrusca seguida por los romanos, según la cual los días en los que se celebraban juegos, los bufones, una especie de payasos, bailaban y se contorsionaban alrededor de las estatuas de los dioses.

[300] El hecho de que el autor utilice la detención por Tigelino y el primer proceso como prefiguración de la posterior detención por Domiciano y el segundo proceso (obsérvese que el paralelismo se refuerza, en ambos casos, con un personaje que intenta disuadirlo, primero Filolao, luego Demetrio) ha llevado

Así pues, llevándose a Apolonio, lo condujo a un tribunal secreto en el que esta magistratura juzgaba a puerta cerrada acerca de los asuntos más importantes. Y haciendo salir a todos, se quedó preguntándole quién era. Así que Apolonio le habló de su padre, de su patria y de por qué practicaba la filosofía. Decía que la practicaba para conocer a los dioses y comprender a los hombres, pues conocer a otro era más difícil que conocerse a sí mismo.

—Y a los démones, Apolonio —preguntó—, y a las apariciones de espectros, ¿cómo los desenmascaras?

—Como a los asesinos y a los hombres sacrílegos.

Eso lo dijo por burlarse de Tigelino, pues era el maestro de toda la crueldad y libertinaje para Nerón.

—¿Y podrías profetizar a petición mía? —preguntó.

—¿Y cómo —contestó— sin ser adivino?

—Pues dicen que eres tú el que dijo que sucedería algo grande y no sucedería.

—Es cierto lo que oíste —contestó—, pero eso no lo atribuyas a adivinación, sino más bien a una sabiduría que la divinidad manifiesta a los hombres sabios.

—Y a Nerón —prosiguió— ¿por qué no lo temes?

—Porque la divinidad que lo hizo parecer temible a él —contestó— me concedió también a mí el ser intrépido.

—¿Y cómo piensas —preguntó— acerca de Nerón?

Y Apolonio dijo:

—Mejor que vosotros. Pues vosotros consideráis que el cantar lo dignifica, yo creo que lo dignificaría el guardar silencio.

Así pues, Tigelino, atónito, dijo:

---

a algunos autores a negarle valor histórico a este primer proceso. Sea o no cierto, en todo caso los capítulos siguientes coincidirán en mostrarnos a Apolonio como un continuo conspirador contra Nerón.

—Márchate, una vez que consigas fiadores de tu cuerpo.

Y Apolonio respondió:

—¿Quién garantizará un cuerpo que nadie podrá atar?

A Tigelino le pareció que esto estaba inspirado por un dios y más allá de lo humano, así que, como guardándose de competir con un dios, dijo:

—Vete adonde quieras, pues tú eres demasiado poderoso como para ser gobernado por mí.

Apolonio resucita a una muchacha

Otro milagro de Apolonio. A una muchacha se la dio por muerta en el momento de su boda. El novio acompañaba las andas con las lamentaciones propias de una boda no consumada. Se lamentaba con él también Roma, pues sucedía que la muchacha era de una familia de rango consular [301]. Así pues, Apolonio, que se hallaba casualmente presente en el duelo, dijo: 45

—Poned las andas en el suelo, pues os haré cesar del llanto por la muchacha—. E inmediatamente preguntó qué nombre tenía.

La gente pensaba que pronunciaría un discurso, como los discursos funerarios y que mueven al llanto. Pero él, sin más que tocarla y decirle algo en secreto, despertó a la muchacha de su muerte aparente. La joven recobró el habla y volvió a la casa de su padre, como Alcestis, vuelta a la vida por Heracles [302]. Al regalarle los allegados de la muchacha ciento cincuenta mil sestercios, dijo que se los daba como dote a la joven.

---

[301] Es decir, que había entre sus parientes próximos alguien que había ocupado el cargo de cónsul. Sobre los paralelos de la historia que sigue con los evangelios, así como con la historia de Sóstrata de Feras, cf. *Introducción* § 8.

[302] Alusión al tema de la tragedia *Alcestis* de Eurípides.

Sea que descubrió en ella una chispa de vida que se les había escapado a los que la cuidaban (se dice que Zeus hacía lloviznar y que ella despedía vapor por su cara), sea que a una vida que se había extinguido le había devuelto el calor y reanimado, la comprensión de esto se ha vuelto misteriosa, no sólo para mí, sino también para los que se hallaban presentes.

46 *Correspondencia entre Apolonio y Musonio*

Precisamente en este tiempo fue recluido en las cárceles de Nerón Musonio, que dicen que fue el hombre que filosofó del modo más cabal [303]. Abiertamente no hablaron entre ellos, a petición de Musonio, para que no corrieran peligro los dos, pero mantuvieron conversaciones epistolares, siendo Menipo y Damis los que visitaban la prisión. Dejando a un lado las cartas que no se referían a cosas importantes, presentaré las indispensables y aquellas de las que se puede considerar algo importante.

Apolonio, a Musonio el filósofo. Saludos.

Quiero, llegado junto a ti, compartir tu conversación y tu techo, para hacer algo por ti, si es que al menos no pones en duda que Heracles en tiempos liberó a Teseo del Hades [304]. *Escribe lo que quieras. Adiós.*

---

[303] Aquí, como en IV 35, se trasluce el entusiasmo de Filóstrato por Musonio. El epistolario que aquí se recoge es probablemente falso y se debe al deseo de Filóstrato de establecer una relación entre ambas figuras.

[304] Se trata del tema mítico del descenso al Hades de Teseo para acompañar a Pirítoo, que pretendía desposar a Perséfona. Los dos héroes fracasaron en su objetivo y quedaron sentados en tronos de los que no podían moverse, hasta que Heracles los rescató. El tema aparecía ya en dos poemas épicos perdidos: el *Descenso de Pirítoo*, de Hesíodo (cf. la traducción de los fragmentos que nos quedan por A. Martínez, en el volumen de Hesíodo de esta misma colección) y la *Miníada* (traducidos por mí en mis *Fragmentos...*).

Musonio, a Apolonio el filósofo. Saludos.

Por lo que se te ha ocurrido, tendrás asegurado el elogio. Pero un hombre es el que insiste en su defensa y demuestra que no ha cometido injusticia. Adiós.

Apolonio, a Musonio el filósofo. Saludos.

Sócrates el ateniense, que no quiso ser liberado por sus amigos[305]*, se presentó ante el tribunal y murió. Adiós.*

Musonio, a Apolonio el filósofo. Saludos.

Sócrates murió porque no se preparó para su defensa. Yo me defenderé. Adiós.

Viaje a Hispania

Al partir Nerón hacia Grecia[306] y 47
proclamar en público que nadie debía enseñar filosofía en Roma, se dirige Apolonio al oeste de la tierra, que dicen que está limitado por las Columnas[307], para observar las mareas del Océano y Gadira, pues también había oído hablar de la filosofía de los hombres de allí, que habían hecho grandes progresos respecto a lo divino. Lo acompañaron todos sus pupilos, que aprobaban tanto el viaje, cuanto a su persona.

---

[305] Tal como se describe en el diálogo platónico *Critón*.

[306] En otoño del año 66.

[307] Las Columnas de Heracles, esto es, el estrecho de Gibraltar. En cuanto a Gadira es, naturalmente, Cádiz.

LIBRO V

SINOPSIS

Las columnas de Heracles; maravillas de la zona (1-6).
Críticas a Nerón (7).
Anécdotas sobre la ignorancia de los hispanos (8-9).
Conspiraciones contra Nerón (10-11).
La presciencia de Apolonio: el monstruo de tres cabezas (12-13).
Mitos sobre el Etna y las fábulas de Esopo (14-17).
Viaje a Atenas (18-19).
El comerciante de estatuas (20).
Conversaciones en Rodas (21-23).
Apolonio en Alejandría (24-26).
Vespasiano se entrevista con Apolonio (27-30).
Discusión sobre la mejor forma de gobierno (31-35).
Consejos acerca del buen gobierno (36).
Desavenencias con Éufrates y Dión (37-40).
Disgusto de Apolonio con Vespasiano (41).
Amasis reencarnado en un león (42).
Apolonio selecciona a sus acompañantes en el viaje (43).

Las columnas de Heracles; maravillas de la zona

Acerca de las columnas que dicen 1
que Heracles fijó como confines de la tierra, voy a dejar lo mítico y voy a reseñar más bien lo digno de ser oído y referido.

Los promontorios de Europa y Libia, que flanquean un paso de sesenta estadios, llevan el Océano hacia los mares interiores. La cima del promontorio de Libia, cuyo nombre es Abina, colindante con los gétulos y tinges, tribus ambas salvajes y libias, la recorren los leones a ambos lados de las escarpaduras de los montes, cuyas alturas se ven tierra adentro. Se extiende, según uno navega hacia el Océano, hasta las desembocaduras del Sálex, novecientos estadios [308]. Desde allí no se podría calcular cuánto, pues pasado este río, Libia es un lugar sin vida y ya no hay hombres. El promontorio de Europa, que se llama Calpis [309], a la derecha, ocupa una extensión de seiscientos estadios de la entrada y acaba en la antigua Gadira.

Las mareas del Océano, incluso yo mismo las he vis- 2
to en tierra de celtas, tan grandes como se dice, y, después de haber hecho muchas conjeturas sobre la causa por la que retrocede y avanza una cantidad de agua tan inmensa, me parece que Apolonio ha colum-

---

[308] El río aludido es probablemente el llamado Sala, cerca de Sala Colonia, próximo a la actual Rabat, límite antaño de la provincia y el imperio. Parece que 900 estadios (unos 160 Km.) serían demasiados para una distancia en línea recta, pero si el itinerario va por caminos interiores, la cifra podría ser válida.

[309] El Peñón de Gibraltar.

brado la que es. En una de sus cartas a los indios dice, en efecto, que el Océano, impulsado por exhalaciones submarinas procedentes de las múltiples grietas que la tierra presenta bajo él y en torno suyo, avanza hacia fuera y se retira de nuevo, cuando la exhalación cede, como una respiración. Eso mismo se ve garantizado por los enfermos de la zona de Gadira. Pues durante el tiempo en que el agua está en pleamar, las almas no abandonan a los que mueren, lo cual no ocurriría si la exhalación no avanzara sobre la tierra. Los fenómenos que señalan respecto a la luna, cuando nace, está llena o nueva, los conozco en relación con el Océano, pues acompasa sus medidas con aquélla, decreciendo con ella y creciendo con ella.

3 El día sucede a la noche y la noche al día en tierra de celtas al levantarse poco a poco la oscuridad o la luz, como aquí; pero por Gadira y por las Columnas dicen que aparecen de pronto ante los ojos, como los relámpagos. Dicen también que las Islas de los Afortunados [310] se ven confinadas por el límite de Libia, levantándose hacia el promontorio deshabitado.

4 Gadira está situada en el confín de Europa y sus habitantes son gente exageradamente dedicada a la religión, hasta el punto de que tienen erigido un altar a la Vejez, y son los únicos hombres que entonan himnos a la Muerte. Hay allí altares a la Pobreza, al Arte, a Heracles egipcio y otros al tebano. Pues dicen que el uno avanzó contra la cercana Eritea [311], cuando capturó

---

[310] Los romanos denominaban así a unas islas situadas al occidente de África, frente a la Mauritania, que generalmente se identifican con las actuales Canarias, aunque hay algunos investigadores que niegan tal identificación.

[311] Eritea es una isla fabulosa, identificada en la antigüedad a menudo con Cádiz (así ya FERÉCIDES, *Fr.* 18b JACOBY, y luego APOLODORO, II 5, 10). HESÍODO, *Teogonía* 290, la menciona en relación con este trabajo de Heracles, traer las vacas del

a Geriones y las vacas, y que el otro, por su entrega a la sabiduría, midió la tierra toda hasta su confín. Además dicen que Gadira está muy helenizada y se educan al modo de nuestro país; en todo caso, aprecian a los atenienses de modo muy especial entre los griegos y celebran sacrificios en honor de Menesteo[312], el ateniense, a más de que, admiradores como son de Temístocles, el almirante, por su sabiduría y valor, le han erigido una estatua de bronce en actitud pensativa y como ponderando la respuesta de un oráculo[313].

También afirman que vieron allí unos árboles como 5
los de ningún otro lugar de la tierra, y que los llaman «gerioneos», así como que hay dos que crecen sobre el túmulo que se alza sobre Geriones, siendo otra variante en especie del pino y del pino marítimo, y que destilan sangre, como el chopo helíade, oro.

La isla en la que se halla el templo es tan grande como la nave de éste, y nada hay en ella rocoso, sino que parece una meta pulida. Dicen que en el templo reciben culto ambos Heracles, pero que no hay imágenes de ninguno de los dos, sino dos altares de bronce del egipcio, sin nada grabado en ellos, y uno del tebano, que es de piedra. Dicen que están también modelados en relieve sobre él las hidras, las yeguas de Diomedes[314] y los doce trabajos de Heracles.

---

monstruo Gerión, hijo de Crisáor y Calírroa. Estesícoro, *Fr.* 7 Page, la sitúa cerca de Tartesos.

[312] Menesteo, hijo de Peleo, es un rey mítico de Atenas, participante en la guerra de Troya y luego viajero por el occidente del Mediterráneo.

[313] Probablemente el que menciona Heródoto, VII 141, según el cual Atenas se salvaría por una muralla de madera, queriendo con ello aludir a la armada.

[314] No se trata del famoso héroe hijo de Tideo, participante en la Guerra de Troya, sino de un mítico hijo de Ares, rey de los bistones de Tracia, que poseía yeguas que se alimentaban de carne humana, y muerto a manos de Heracles o, según otras tra-

El olivo de oro de Pigmalión[315] ha sido también consagrado al Heracleón, digno de admirar como es, según dicen, por el parecido con el que está imitado su ramaje y que aún se admiraría uno más por su fruto, porque está cuajado de esmeraldas.

Aseguran también que se expone allí el cinturón de oro de Teucro[316], el hijo de Telamón, pero cómo hizo la travesía hasta el Océano o para qué, ni el propio Damis dice saberlo, ni se lo ha oído decir a ellos. Asimismo dicen que los pilares del templo están hechos de oro y plata fundidos a la vez para que tuvieran un solo color, que son de más de un codo de altos, de forma cuadrada, como los yunques, y que sus cabeceras estaban inscritas con unos caracteres ni egipcios, ni indios, ni otros que fueron capaces de descifrar.

Apolonio, como los sacerdotes no le daban explicación alguna, dijo:

—No me permite Heracles el egipcio que no diga cuanto sé. Estos pilares son las ataduras de Tierra y Océano, y los inscribió él en la morada de las Moiras, para que no sobreviniera la discordia entre los elementos ni deshonraran la amistad que se profesan mutuamente.

6 Dicen que remontaron el río Betis[317], que evidencia particularmente la naturaleza del Océano, pues cuando el mar está en pleamar, el río se remonta hacia sus fuentes en reflujo, sin duda porque lo empuja la exhalación del mar.

---

diciones, devorado por sus propias yeguas. Dado que la referencia a las hidras alude a la de Lerna, es obvio que toda la decoración trataba sobre las hazañas de Heracles.

[315] Rey de Tiro, fabulosamente rico, mencionado por ARNOBIO, *Contra Apión* I 125, cf. E. WÜST, en PAULY-WISSOWA, *R. E.*, s. v. *Pygmalion* I.

[316] Hermanastro del conocido héroe Ayax Telamonio y participante, con él, en la Guerra de Troya.

[317] El Guadalquivir.

La región de Bética, de la que es homónimo el río, dicen que es el mejor de los países, pues está bien dotada de ciudades y pastos; que el río está canalizado por todas las ciudades y que está llena de toda clase de cultivos y de frutos de estación, como en el Atica los otoñales y los de la época de los Misterios.

Críticas a Nerón

Las conversaciones de Apolonio acerca de lo que les ocurrió allí, dice Damis que fueron muchas, pero dignas de conservarse por escrito, las siguientes: sentados en una ocasión junto al templo de Heracles, Menipo se echó a reír al acordarse de Nerón. 7

—¿Qué hemos de pensar —dijo— de ese buen hombre? En qué competiciones lo habrán coronado? ¿No acudirán los mejores griegos a los festivales en medio de una continua carcajada?

Y Apolonio dijo:

—Según le oí a Telesino, el noble Nerón temía los látigos de los eleos, pues al exhortarle sus aduladores a que venciera en los juegos olímpicos e hiciera proclamar el nombre de Roma [318], dijo: «si es que no me denigran los eleos, pues dicen que azotan y que me menosprecian», y profirió muchas otras necedades aún mayores que éstas. Yo estoy seguro de que Nerón vencerá en Olimpia, pues ¿quién iba a ser tan audaz como para votar en su contra? Ahora bien, no vencerá en las Olimpíadas, porque no las celebran en su momento, pues aunque era el año pasado el que la tradición requería para las Olimpíadas [319], Nerón ordenó a los eleos que las pospusieran hasta su visita, para que celebraran los sacrificios en su honor, en vez de en el de Zeus. Y en

---

[318] Se refiere a la costumbre de proclamar el nombre del vencedor y de su ciudad por medio de los heraldos, al final de las pruebas.

[319] Que se celebraban, como es sabido, cada cuatro años.

cuanto a su anuncio de una tragedia y un recital de cítara ante un público que no tiene ni teatro ni escenario para tales cosas, sino sólo un estadio natural, todo al descubierto, y de su victoria a costa de lo que debería haber ocultado, y de eso de que, quitándose la indumentaria de Augusto y de Julio, se disfrace de Amebeo y Terpno [320], ¿qué me vas a decir? ¿Y qué, de que sea tan meticuloso en el papel de Creonte y Edipo [321], que teme equivocarse, sin darse cuenta, de puerta, de vestido o de cetro, y de que se haya abandonado a sí mismo y a los romanos de tal modo que, en vez de promulgar leyes, canta y va mendigando fuera de las puertas, dentro de las cuales debería asentarse el emperador que rige los destinos de la tierra y el mar?

Hay, Menipo, bastantes coros trágicos en los que se ha inscrito Nerón. ¿Qué es eso? Si alguno de los actores, al marcharse del teatro después de haber hecho de Enómao o de Cresfontes [322], llegara a estar tan poseído de su personaje que pretendiera gobernar a los demás y pensara que él era un tirano, ¿qué dirías de él? ¿Acaso no que necesitaba eléboro y un bebedizo de esos

---

[320] Amebeo era un citaredo del siglo III a. C., convertido luego en representante proverbial de su arte. En cuanto a Terpno es asimismo un citaredo, citado por SUETONIO, *Nerón* XX 1, y DIÓN CASIO, LXII 8, 4, como cantor de la corte de Nerón y su maestro en el arte.

[321] En las obras de SÓFOCLES, *Edipo Rey*, *Edipo en Colono* y *Antígona*. Las «equivocaciones de puerta» a las que luego se alude se refieren a las puertas del escenario por las que entraban y salían los actores.

[322] Enómao fue un rey mítico de Pisa en el Peloponeso que, enamorado de su hija Hipodamía, sometía a los pretendientes de ésta a una carrera de carros contra él, y si fracasaban, los hacía matar. Cresfontes acaudilló una invasión doria contra el Peloponeso. Ambos protagonizan sendas tragedias perdidas de Eurípides.

que purifican la mente? Y si el propio tirano asume el papel de los actores trágicos y los artistas, suavizándose la voz y temiendo a los eleos o a los délficos, o sin temerlos, desempeñando tan mal su propio papel como para pensar que iba a ser azotado por aquéllos sobre los que está establecido que gobierne él mismo, ¿qué dirás de los desdichados hombres que viven sometidos a esa basura?

¿Qué clase de persona piensas que será para los griegos, Menipo? ¿Acaso un Jerjes incendiario o un Nerón cantor? Pues si piensas en los suministros que reúnen para sus canciones, cómo los echan de sus casas y cómo no les es posible poseer nada decente, ni enseres, ni esclavos, y, respecto a sus mujeres y sus hijos, qué sufrimientos padecen por satisfacer Nerón sus infames placeres a costa de cualquier casa... ¡Y cuántos procesos se entablarán! Deja ahora aparte los demás; hablo sólo de los que se deben a los teatros o las canciones: «no fuiste a oír a Nerón», o «fuiste, pero lo escuchaste distraído», «te reíste», «no aplaudiste», «no has ofrecido un sacrificio por su voz, para que fuera la más espléndida que llegó a Pito». ¡Respecto a los griegos, te parecerá que a los espectadores les amenazan muchas *Ilíadas!* En cuanto a que el Istmo se cortaría y no se cortaría —ya se está cortando, según dicen, ahora— hace tiempo que yo lo había previsto, merced a la revelación de un dios.

Entonces Damis le dijo, interrumpiéndolo:

—Pero, a mí por lo menos, Apolonio, la empresa del corte me parece que sobrepasa todas las de Nerón, pues ya ves qué envergadura tiene el proyecto.

—A mí también me lo parece, Damis —contestó—. Pero su inconclusión lo hace desmerecer. Tan incompleto como cantante es incompleto como excavador. Al traer a colación las hazañas de Jerjes, elogio a ese hombre, no porque unció el Helesponto, sino porque

lo atravesó[323]. Nerón, en cambio, estoy viendo que ni va a navegar a través del Istmo, ni va a llegar al término de su excavación, sino que me parece que se ha retirado de Grecia lleno de miedo, si es que la verdad no ha perecido.

8 *Anécdotas sobre la ignorancia de los hispanos*

Llegado después de eso a Gadira un correo de posta, que les ordenó que celebraran sacrificios por las buenas nuevas y entonaran un himno en honor de Nerón como triple vencedor en Olimpia, los de Gadira sabían de qué victoria se trataba y que en Arcadia había una prestigiosa competición, puesto que, como dije, están al tanto de las costumbres de griegos; pero las ciudades vecinas de Gadira, ni sabían lo que eran los Juegos Olímpicos, ni qué era un certamen, ni una competición, ni por qué celebraban el sacrificio, sino que llegaron a las conclusiones más cómicas, creyendo que se trataba de la victoria en una guerra, y que Nerón había capturado a unos hombres llamados Olímpicos, pues nunca habían tenido ocasión de ser espectadores de una tragedia ni de un concierto de cítara.

9 Damis refiere que a los habitantes de Ípola[324], una ciudad también de la Bética, les pasó con un actor de tragedia una cosa que también a mí me parece digna de ser referida. Mientras las ciudades celebraban con profusión sacrificios por las victorias —pues ya las Píticas se habían proclamado—, un actor de tragedia de los que no se aventuraban a competir con Nerón, recorría las ciudades de occidente por ganarse la vida, y practicando su arte se granjeaba la estimación de los menos bárbaros, primero, por el simple hecho de lle-

[323] Referencia al paso del Helesponto por Jerjes en las Guerras Médicas que nos narra HERÓDOTO en el libro VII de su *Historia*.

[324] Sevilla.

gar junto a hombres que nunca antes habían oído una tragedia y, además, porque aseguraba que reproducía escrupulosamente los cantos de Nerón. Llegado, pues, a Ípola, les pareció temible, incluso el tiempo en el que aún guardaba silencio en escena; al verlo aquellos hombres dando grandes pasos, con la boca tan abierta, subido en coturnos tan altos y con una indumentaria prodigiosa, no las tenían todas consigo por su porte. Pero cuando, alzando la voz, comenzó a hablar en tono grandilocuente, los más se dieron a la fuga, como si les hubiera gritado un demon. De este jaez y tan anticuadas eran las costumbres de los bárbaros de allí.

Conspiraciones contra Nerón

10 Ante el interés mostrado por el gobernador de Bética[325] por tener una conversación con Apolonio, éste le dijo que sus conversaciones les resultaban enojosas a los que no eran filósofos, pero el otro insistía en su demanda. Dado que se decía que era hombre de bien y calumniado por los imitadores de Nerón, Apolonio le escribió una carta para que fuera a Gadira. Así que el otro, dejando el protocolo de su magistratura, fue con unos pocos, sus más íntimos. Una vez que intercambiaron saludos e hicieron salir a los presentes, lo que hablaron no lo sabe nadie, pero Damis conjetura que se concertaron contra Nerón. En efecto, después de tres días de conversaciones en privado, se marchó, tras abrazar a Apolonio, y éste le dijo:

—Que te vaya bien, y acuérdate de Víndex.

[325] No sabemos quién puede ser este personaje. Sabemos que el cuestor, no el gobernador, de la Bética, A. Cécina Alieno, participó en la revolución contra Nerón, y que el gobernador de la Tarraconense fue precisamente Galba, el sucesor de Nerón. Si se trata de uno de estos dos personajes, nos hallaríamos en cualquier caso ante un error de Filóstrato.

¿Qué quería decir eso? Cuando Nerón cantaba en Acaya, se dice que sublevó a los pueblos de Occidente Víndex [326], un hombre capaz de cortar las cuerdas que Nerón tañía con impericia, pues dirigió a las tropas a cuyo frente estaba una arenga contra aquél, que cualquiera habría podido inspirar en la filosofía más noble contra un tirano. Dijo, en efecto, que Nerón era cualquier cosa antes que citarista, y citarista antes que emperador. Le reprochó su locura, su avaricia, su crueldad y su total deshonestidad, pero su máxima crueldad no se la reprochó; pues dijo que había matado a su madre con razón, por haber tenido un hijo de tal jaez. Previendo, pues, lo que iba a ocurrir, Apolonio había alineado al gobernador vecino con Víndex, tomando así casi las armas en defensa de Roma.

11 Así de inflamada la situación en Occidente, se dirigen desde allí a Libia y al país de los tirrenos [327], y tras haber cubierto parte del trayecto a pie y parte en barco, se detienen en Sicilia, en Lilibeo [328]. Después de dirigirse, costeando, hacia Mesina y el estrecho, donde el Tirreno, al unirse al Adriático, hacen peligrosa Caribdis [329], afirman que oyeron decir que Nerón había huido,

---

[326] Sobre la revolución de Julio Víndex, gobernador de la Galia Lionesa, nos habla SUETONIO, *Nerón* XLI 1, diciendo que comenzó por lanzar contra él edictos calumniosos, y DIÓN CASIO, LXIII 22, 3-6, quien nos reproduce un discurso suyo a las tropas en términos muy semejantes a los que aquí se recogen. En cambio es un error de Filóstrato decir que la sublevación tuvo lugar durante la estancia de Nerón en Grecia. La revuelta fue en marzo del 68 y Nerón se enteró de ella cuando se hallaba en Nápoles, cf. SUETONIO, *Nerón* XL 4, y DIÓN CASIO, LXIII 26, 1.

[327] El país de los tirrenos es Etruria, por lo cual es inverosímil que se pueda hacer un viaje hacia allí a través de Libia. GRIMAL, *Romans...*, pág. 1.519, nota 1.183, cree que debe leerse Liguria, en vez de Libia.

[328] El actual Capo Boeo o Capo di Marsala.

[329] Originariamente se llamaba Caribdis a un monstruo mitológico que habitaba en una roca frente a Escila y que tragaba

pero que Víndex estaba muerto. Asimismo, que trataban de tomar el poder, unos de la propia Roma y otros de varias provincias. Al preguntarle sus discípulos a dónde llegaría eso y de quién sería por fin el poder, dijo:

—De muchos tebanos.

Pues el poderío que por corto tiempo tuvieron Vitelio, Galba y Otón lo comparaba a los tebanos, que rigieron los destinos de los griegos por muy breve espacio de tiempo[330].

La presciencia de Apolonio: el monstruo de tres cabezas

12 Que conocía de antemano estas cosas por impulso divino y que no es sana la opinión de los que consideran a nuestro hombre un brujo, lo pone en evidencia también lo que se ha dicho. Tomemos sin embargo en consideración otros argumentos: los brujos —y yo los considero los más infortunados de los hombres—, recurriendo unos al interrogatorio de los espíritus, otros a sacrificios bárbaros, otros a pronunciar alguna salmodia o a untarse con algo, afirman que pueden alterar el curso del destino. Muchos de ellos, sometidos a acusaciones por esto mismo, reconocen ser expertos en tales procederes. Pero nuestro hombre se sometía a los dictados de las Moiras

---

tres veces al día el agua del mar y la vomitaba otras tantas (*Odisea* XII 104 sigs.), si bien Homero no menciona la localización de este monstruo. Posteriormente se sitúa a Escila en la costa italiana y a Caribdis en el estrecho de Sicilia, como aquí.

330 El año 69 se conoce con el nombre de «año de los cuatro emperadores». Galba ocupó el poder a la muerte de Nerón, el 68, hasta enero del 69, en que lo asesina Otón, si bien las legiones germanas proclamaron en abril del mismo año a Vitelio, quien se vio a su vez derrocado, aún dentro del mismo año, por Vespasiano. Desde luego, el tiempo en el poder de estos tres emperadores fue mucho más corto que el de los tebanos, que duró del 371 al 361 a. C.

y predecía cómo era necesario que determinados acontecimientos ocurrieran, y los conocía de antemano, no por practicar la magia, sino a partir de lo que los dioses le revelaban. Y al ver en tierra de indios los trípodes, los escanciadores y cuanto dijeron que se movía por sí solo [331], ni preguntó cómo se las arreglaban para ello, ni requirió aprenderlo, sino que los alabó, pero no consideró digno emularlos.

13 Al llegar ellos a Siracusa, una mujer de la clase alta parió un monstruo como nunca se había dado a luz; pues la criatura tenía tres cabezas, cada una con su propio cuello, pero todo el resto era de un solo cuerpo. Algunos, dando interpretaciones groseras, afirmaron que Sicilia —pues tiene tres promontorios— perecería si no se ponían de acuerdo y vivían en paz —y, efectivamente, muchas de las ciudades estaban en disensión, tanto en su propio interior como unas contra otras, y el vivir en armonía era algo ajeno a la isla—; otros afirmaron que Tifón [332], que estaba dotado de múltiples cabezas, amenazaba Sicilia con un desastre inesperado.

Pero Apolonio dijo:

—Ve, Damis, y míralo, por si es realmente así —pues se hallaba expuesto al público para los entendidos en interpretar prodigios.

Al anunciarle Damis que era tricéfalo y del sexo masculino, reuniendo a sus camaradas, les dijo:

—Serán emperadores de los romanos los tres a los que yo recientemente llamé tebanos, pero ninguno acabará por ejercer todo el poder, sino que, tras haber dominado unos en la propia Roma y otro en la periferia

[331] Cf. III 27.

[332] Tifón es un monstruo serpentino que pretendió destronar a Zeus. En ciertas versiones se le relaciona, como aquí, con la etiología del volcán Etna, creyéndosele aherrojado bajo la montaña, cf. por ejemplo PÍNDARO, *Pítica* I, y lo que se dice luego, en el capítulo 14 de este mismo libro.

de Roma, perecerán, quitándose la máscara más deprisa que los tiranos de los actores trágicos.

La razón que tenía en seguida salió a la luz pública, pues Galba murió en la propia Roma, apenas hubo tomado el poder. Murió también Vitelio, tras haberse limitado a soñar con el gobierno, y Otón, que murió en el país de los gálatas de occidente[333], ni siquiera consiguió unas exequias solemnes, sino que yace como un particular. Hizo desvanecerse estos asuntos la fortuna en un solo año.

Mitos sobre el Etna y las fábulas de Esopo

Tras proseguir viaje a Catana[334], donde el monte Etna, aseguran que oyeron decir a los cataneos que creían que Tifón se hallaba allí aherrojado, y que salía de él el fuego que hace humear al Etna. Pero ellos mismos llegaron a conclusiones más plausibles y más apropiadas para filósofos. Dicen que Apolonio comenzó por preguntar a sus camaradas lo siguiente: 14

—¿Existe una mitología?

—Sí, por Zeus —dijo Menipo—, al menos la que los poetas elogian.

—¿Y qué consideras a Esopo?

—Un mitólogo y fabulista; es todo.

—¿Y en cuál de las dos clases de mitos hay sabiduría?

—En los de los poetas —contestó—, pues se cantan como de sucesos ocurridos.

—¿Y de los de Esopo, qué?

---

[333] Otón estableció sus cuarteles en Brixelo (hoy Brecello, a orillas del Po), y después de diversos combates de suerte alternativa, acabó por suicidarse, cf. Suetonio, *Otón* IX 1-11.

[334] La actual Catania.

—Ranas, asnos y charlatanerías aptos para que los devoren viejas y niños —repuso.

—Aun así —dijo Apolonio— a mí me parecen más convenientes para la sabiduría los de Esopo. Pues los que se refieren a los héroes, de los que se nutre toda poesía, incluso corrompen a los que los escuchan, puesto que los poetas relatan amores insólitos, bodas entre hermanos, calumnias contra los dioses, devoraciones de hijos, innobles trapacerías y pleitos, y su pretensión de realidad lleva al apasionado, al envidioso y al afanoso, por enriquecerse o por convertirse en tirano, a emular las historias. Esopo, en cambio, por su sabiduría, lo primero, no se contó en el común de los que narran tales cosas, sino que se dirigió por su propio camino. Además, al igual que los que comen bien con los alimentos más simples, enseña grandes cosas a partir de temas de poca importancia, y, tras ofrecer la historia, le añade el «haz» o el «no hagas». De otra parte, se implica en el amor a la veracidad más que los poetas. Pues ellos fuerzan sus propias historias para que parezcan plausibles. Él, en cambio, tras anunciar una historia que es falsa —todo el mundo lo sabe—, por el hecho mismo de no hablar de cosas verdaderas es veraz. Además, el poeta, tras haber contado su propia historia, le deja al lector sano someterla a prueba de si realmente sucedió. Pero el que narra una historia fingida y extrae de ella una moraleja, como Esopo, evidencia que se vale del fingimiento para beneficio del oyente. Encantador es también en él su hacer a los animales más agradables y dignos de interés para los hombres, pues habituados desde niños a estas historias y criados por ellas, formamos opiniones acerca de cada uno de los animales: unos serían como reyes; otros, simples; otros, ingeniosos; otros, íntegros. En cambio, el poeta, tras decir:

muchas son las formas de lo divino[335]

o algo por el estilo, se marcha tras despedir al coro. Esopo, tras añadir un oráculo a su historia, deja a la concurrencia en la conclusión que se propuso[336].

Y a mí, Menipo, mi madre me enseñó de muy niño 15
una historia acerca de la sabiduría de Esopo: que Esopo fue en tiempos pastor y apacentaba su rebaño cerca de un templo de Hermes, y que estaba enamorado de la sabiduría y le pidió que se la concediera. Otros muchos frecuentaban a Hermes pidiéndole lo mismo; uno colgaba del altar oro; otro, plata; otro, un caduceo de marfil; otro, alguna cosa valiosa por el estilo. Pero Esopo no estaba en situación de tener nada de eso, sino que ahorraba de lo que tenía y le ofrecía libaciones de leche, toda la que daba una oveja ordeñada; llevaba al altar un panal como para colmar una mano, y pensaba incluso convidarlo con mirtos, ofreciéndole a la vez unas pocas rosas o violetas. «¿Qué razón hay, Hermes», decía, «para que trence coronas y desatienda mis rebaños?» Y así llegaron al día señalado para la distribución de la sabiduría. Hermes, como dios de la elocuencia y dispensador de ganancias que es, dijo: «Tú, ten la filosofía», al que había hecho sin duda más ofrendas; y: «Tú, ocupa tu lugar entre los oradores», al que le había agradado en segundo lugar. «Tu puesto será dedicarte a la astronomía.» «El tuyo, ser músico; el tuyo, poeta del metro heroico; el tuyo, poeta yámbico.» Y luego, aun cuando era muy sabio, agotó sin querer todas las partes de la filosofía y no se dio cuenta de que había dejado fuera a Esopo. Se acuerda entonces de

[335] EURÍPIDES, *Alcestis* 1159, abriendo el último parlamento del coro.

[336] Sobre las características de la fábula, aquí aludidas, cf. la excelente introducción de C. GARCÍA GUAL a *Fábulas de Esopo. Vida de Esopo. Fábulas de Babrio*, Madrid, 1978, en esta misma colección.

las Horas, por las que él mismo fuera criado en las cumbres del Olimpo: que, cuando estaba aún en pañales, por haberle contado una historia acerca de una vaca, en la que la vaca dialogaba con el hombre acerca de sí misma y de la tierra, le habían hecho desear las vacas de Apolo[337]; así que le concede entonces a Esopo la fabulística, que era lo que quedaba en la morada de la sabiduría, diciéndole: «Ten lo primero que aprendí». Efectivamente, las múltiples formas del arte salieron de allí para Esopo, y a este resultado llegó el asunto de la fabulística.

16 Quizá he cometido una ingenuidad, pues con la intención de encaminaros a razonamientos más científicos y verdaderos que lo que la gente canta acerca del Etna, yo mismo he caído en el elogio de los mitos. Con todo, no resultó sin encanto la digresión del discurso, pues el mito que repudiamos no es el propio de las historias de Esopo, sino el de esas más dramáticas y que los poetas repiten insistentemente. Aquellos efectivamente dicen que un tal Tifón o Encélado[338] se halla aherrojado bajo la montaña y que, en mortal agonía, exhala ese fuego. Que los gigantes han existido, lo admito —además, en muchos lugares de la tierra salen a la luz cuerpos de esta clase al abrirse las tumbas[339]—, pero no creo que llegaran a un conflicto con los dioses, sino que quizá injuriaron sus templos y sus imágenes. Pero que subieron hasta el cielo y que no les permitían a los dioses permanecer en él, es locura decirlo y locura creerlo. Y tampoco debe ser tomada en consideración, aunque parezca más reverente, aquella historia de

---

[337] Se contaba que Hermes, recién nacido, le robó las vacas a Apolo, cf. el *Himno Homérico a Hermes.*

[338] Encélado es un Centímano a quien se dice que Palas sepultó en Sicilia, cf. Eurípides, *Heracles* 908, Apolodoro, I 6, 2.

[339] Argumento al que ya alude Filóstrato en el *Heroico,* cf. Solmsen, *Trans. Am. Phil. Ass.,* 1940, págs. 356-372.

que Hefesto se ocupa de la fragua en la Etna[340], y que hay allí un yunque martilleado por él, pues hay otros muchos montes que echan fuego por muchos lugares de la tierra y no daríamos abasto para asignarles gigantes y Hefestos.

¿Cuál es, pues, la causa de tales montes? La tierra, 17
al producir una mezcla de asfalto y azufre, desprende tufo por su propia naturaleza, pero no emite aún fuego. Pero si el terreno es cavernoso y corre por su interior un soplo, se levanta ya como una luminaria y, al adquirir fuerza la llama, rebosa, como el agua, por los montes, fluye hacia las llanuras y avanza hacia el mar un fuego compacto que forma desembocaduras como son las de los ríos. Y respecto a la región de los Piadosos[341], en torno a la cual fluyó el fuego, debe admitirse también una cosa por el estilo, y debemos pensar que para los que obran de modo santo, toda la tierra es lugar seguro, y el mar, expedito, no sólo para navegarlo, sino incluso si intentan cruzarlo a nado.

Y es que Apolonio acaba siempre sus discursos con exhortaciones a la piedad.

Viaje a Atenas

Tras haber practicado la filosofía du- 18
rante el tiempo que le pareció lo bastante interesante, se dirigió a Grecia en el orto de Arturo[342]. Una vez que arribó a Léucade[343], tras una travesía sin inconveniente alguno, dijo:

---

[340] Se hallaba bastante difundida en la antigüedad la relación de Hefesto, el herrero divino, con los volcanes. CALÍMACO, *Himno a Artemis* 46-50, sitúa su fragua en Lípari.

[341] Se trata de un lugar próximo al Etna en el que se contaba que cuando se produjo una erupción, dos hermanos llevaron a sus padres sobre sus espaldas, y los dioses, como recompensa a su amor filial, apartaron de ellos la lava, cf. PAUSANIAS, X 28, 4.

[342] Esto es, a fines de septiembre.

[343] Isla y ciudad frente a la costa de Acarnania.

—Desembarquemos de esta nave, pues es mejor no hacer en ella la travesía hasta Acaya.

Y sin que nadie hiciera caso de su advertencia, salvo los que conocían a nuestro hombre, él mismo, en una nave leucadia, junto a los que quisieron acompañarlo en la travesía, tocó en Lequeo, mientras que la nave siracusana se hundió al penetrar en el golfo de Crisa [344].

19 Una vez iniciado en Atenas —y lo inició el hierofante que él mismo le había vaticinado al anterior [345]—, se encontró casualmente a Demetrio, el filósofo; pues después de lo del baño de Nerón y lo que dijo acerca de él, Demetrio [346] había residido en Atenas con tan noble valentía que ni durante el tiempo que Nerón los injurió, con motivo de los juegos, salió de Grecia. Aquél le dijo que también se había encontrado a Musonio en el Istmo, aherrojado y forzado a participar en la excavación [347], y que lo había confortado como era natural, pero que el otro había tomado su azadón y lo había clavado violentamente en tierra y, tras erguirse, le había dicho:

—¿Te aflige, Demetrio, que ande yo excavando el Istmo en beneficio de Grecia? Si me vieras tocando la cítara, como a Nerón, ¿qué te ocurriría?

---

[344] Golfo de la costa de la Fócide, si bien a veces se designa con ese nombre todo el golfo de Corinto.

[345] Cf. IV 18.

[346] La fecha del encuentro debemos situarla entre el 67 y el 68, por lo que atribuir la presencia de Demetrio en Grecia a su discurso contra los baños en el año 62 (cf. IV 42) es inexacto. En realidad parece que hubo dos expulsiones de Demetrio, la del 62 y otra el 66. TÁCITO, *Anales* XVI 34, 1; 35, 2, nos sitúa a Demetrio hablando en la cárcel acerca del alma con Trasea Peto, condenado a muerte. La expulsión del 66 fue de estoizantes de la Roma antineroniana, tema que a Filóstrato no le interesa.

[347] La mayoría de los autores consideran legendaria esta participación de Musonio en la excavación del Istmo, pero no hay ni un solo argumento sólido para desmentirla.

No obstante, dejemos las frases de Musonio —que hay más y más admirables— para que no parezca que me muestro arrogante con quien las pronunció sin calibrarlas.

El comerciante de estatuas

Apolonio, tras haber pasado el invier- 20
no en todos los templos griegos, tomó el camino de Egipto al filo de la primavera, una vez que hubo formulado muchas críticas y dado muchos consejos a las ciudades, a más de llegar al elogio de muchas, pues no rehusaba el elogio cuando algo se hacía de manera sana. Así que, cuando bajó al Pireo, una nave se hallaba anclada, dando vela y dispuesta a partir hacia Jonia, pero el patrón no les permitía embarcar, pues la llevaba alquilada en exclusiva. Cuando Apolonio le preguntó:

—¿Cuál es la carga?

—Llevo a Jonia estatuas de dioses —dijo—, unas, de oro y de piedra; otras, de marfil y oro.

—¿Para consagrarlas tú mismo, o qué?

—Para vendérselas a los que quieran consagrarlas —le contestó.

—¿Y tienes miedo, buen hombre, de que te robemos las estatuas en la nave?

—No temo eso —repuso—, mas lo que sí considero terrible es que ellas hagan la travesía con más gente y que se vean profanadas por una compañía de baja estofa y por una forma de vida como es la marinera.

—Pues bien, querido amigo —dijo—, y ya que me parece que eres ateniense, en las naves que usasteis contra los bárbaros[348], aunque estaban profanadas por

---

[348] Se alude a la tradición según la cual los dioses auxiliaron a los griegos en las Guerras Médicas en batallas como la de Salamina, cf. por ejemplo PLUTARCO, *Temístocles* 15, donde se narra que se vieron desde Eleusis misteriosas luces llameantes y desde Egina seres gigantescos que extendieron sus brazos

la confusión propia de la marinería, se embarcaron los dioses con vosotros, y no pensaron que fueran a verse contaminados por vosotros. ¿Y tú, en cambio, rechazas de una forma tan ignorante de tu nave a unos filósofos, a quienes los dioses aman especialmente, y eso que haces de los dioses tu comercio? La estatuaria antigua no se comportaba de esa manera, ni recorría las ciudades vendiendo a los dioses, sino que, llevando sólo sus propias manos y las herramientas para tallar la piedra y el marfil, una vez que obtenían la materia prima, ejercían sus oficios en los propios templos. Tú, en cambio, llevando a los dioses como a esas cosas hircanias y escitas —¡lejos de mí el nombrarlas siquiera! [349]— a los puertos y a los mercados, ¿no crees hacer nada impío? Cierto que algunos hombres que andan picoteando migajas de sabiduría, colgándose alguna imagen de Deméter o de Dioniso, dicen que son alimentados por los dioses que llevan. Pero el comer a costa de los propios dioses y no saciarse de ello es un terrible comercio, y diría que incluso una locura si no temes nada de eso.

Tras haberle dirigido tales censuras, hizo la travesía en otra nave.

Conversaciones en Rodas

21 Cuando llegó en su navegación a Quíos, sin haber puesto siquiera el pie en tierra, saltó a la nave cercana —la nave pregonaba que iba a Rodas— y sus compañeros saltaron también sin decir nada, pues formaba parte primordial de su filosofía el seguirlo en lo que dijera e hiciera. Una vez realizada la travesía con viento propicio, sostuvo en Rodas las conversaciones a las que voy a referirme.

---

protectores sobre las naves griegas, o Heródoto, VIII 109, donde Temístocles reconoce que no fueron ellos quienes lograron la victoria, sino los dioses y los héroes.

349 Probablemente se refiere a esclavos o prostitutas.

Al acercarse a la estatua del Coloso[350] le preguntó Damis qué concebía más grande que aquello. Y él contestó:

—Un varón que practique la filosofía de modo sano y sin engaños.

Residía por entonces en Rodas el flautista Cano[351], que era considerado el hombre que mejor tocaba la flauta. Así que, llamándolo, le dijo:

—¿Qué efecto produce el flautista?

—Todo el que el oyente quiera —respondió.

—Con todo —añadió— muchos de los oyentes prefieren ser ricos en vez de oír la flauta. ¿Es que vuelves ricos a los que notas que lo desean?

—De ningún modo —repuso—, aunque lo quisiera.

—¿Y qué? ¿Vuelves apuestos a los jóvenes del auditorio? Porque todos aquellos en los que hay algo de juventud quieren parecer hermosos.

—Ni eso —respondió—, aun teniendo el máximo encanto en la flauta.

—¿Qué es, pues —añadió—, lo que piensas que quiere el oyente?

—¿Qué otra cosa —contestó Cano— sino que el afligido adormezca su pena con la flauta, que el alegre llegue a estar más contento que antes y el amante más apasionado y el aficionado a los sacrificios más inspirado por los dioses y pleno de himnos?

—Y ese efecto, Cano —prosiguió—, ¿lo produce la propia flauta por estar hecha de oro, o de oricalco, o de una tibia de ciervo o de asno como otras, o es otra cosa la que posee ese poder?

---

350 La famosa estatua de grandes proporciones de Apolo, colocada a la entrada del Golfo de Rodas y considerada una de las Siete Maravillas del Mundo.

351 Cita asimismo a este famoso flautista, y una actuación suya en un banquete de Galba, PLUTARCO, *Galba* 16.

—Otra cosa, Apolonio —repuso—. Pues es la música, sus modos, la capacidad de combinar modulaciones y la facilidad de variaciones propios del arte de tocar la flauta, así como los caracteres de las armonías, lo que conforma a los oyentes y hace de sus almas cuanto quieren.

—Entiendo, Cano —dijo Apolonio—, lo que hace tu arte. Pues su variedad y su adaptación a todos los modos es en lo que te ejercitas y lo que les brindas a los que acuden ante ti. Pero me parece que, además de las cualidades que has mencionado, la flauta precisa de otras: facilidad para respirar, habilidad con la boca y que el flautista tenga buena mano. Hay facilidad para respirar si el soplo es claro y limpio y si la garganta no suena, pues hace el efecto de un sonido poco musical. Hay habilidad con la boca si los labios, adaptados al estrangul de la flauta, la tañen sin inflar los carrillos. Y que el flautista tenga buena mano lo considero muy importante, y ello ocurre si la muñeca no se cansa de estar doblada y si los dedos no son lentos para revolotear sobre los sonidos; pues el cambiar rápidamente de modo a modo les es dado más bien a los que tienen buena mano. Si posees todas estas dotes, ánimo y toca la flauta, Cano, pues Euterpe[352] está contigo.

22 Se dio la circunstancia de que un jovencito, nuevo rico y sin educación, se había construido una casa en Rodas y había reunido en ella variadas pinturas y piedras de todos los países. Así que Apolonio le preguntó cuánto dinero llevaba gastado en maestros y en educación, y él le dijo:

—Ni un dracma.

—¿Y en la casa, cuánto?

---

[352] Una de las Musas, mencionada ya en HESÍODO, *Teogonía* 77.

—Doce talentos —respondió— y me gastaría aún otros tantos.

—¿Y qué significa para ti la casa? —le preguntó.

—Será —contestó— un espléndido lugar de residencia para mi cuerpo, pues habrá en él columnatas y bosquecillos, de modo que pocos van a ser mis paseos por la plaza, y los que me visiten hablarán conmigo con tanto placer como los que acuden a un templo.

—¿Y son acaso más envidiables los hombres —prosiguió Apolonio— por sí mismos o por lo que hay a su alrededor?

—Por su riqueza —repuso el joven—, pues la riqueza tiene el máximo poder.

—¿Y de las riquezas, jovencito —siguió preguntando—, quién será mejor guardián, la persona instruida o la inculta? —y como el otro calló, añadió—. Me parece, jovencito, que no tienes una casa, sino que es la casa la que te tiene a ti. Yo por lo menos, al entrar en un templo, vería con mucho más agrado en uno que fuera pequeño una estatua de marfil y oro que en uno grande una de barro cocido y ordinaria.

Al ver a un joven gordo y que se preocupaba de 23
comer más y de beber más vino que ningún otro hombre, le dijo:

—Así que tú eres ni más ni menos que el glotón.

—Sí, y celebro sacrificios por ello —respondió.

—¿Y qué provecho obtienes de esta voracidad? —preguntó.

—Que se me admire y se vuelvan a mirarme. Pues seguramente has oído hablar de Heracles, cómo se celebraban sus banquetes igual que sus hazañas.

—¡Pero era Heracles! —exclamó Apolonio—. En ti, en cambio, ¿qué virtud hay, basura? ¡Para lograr celebridad sólo te queda un recurso: reventar!

24 *Apolonio en Alejandría*

Tales fueron sus andanzas en Rodas. Siguieron a éstas otras en Alejandría, tan pronto como llegó a su puerto. Alejandría lo amaba, aun ausente, y echaban de menos a Apolonio, como una persona a otra. Además, el Alto Egipto, por ser sus habitantes apasionados por los asuntos divinos, suplicaban que visitara sus pueblos, pues dado que muchos llegaban desde allí a Egipto, y muchos de los de Egipto se han mezclado con los de allí, Apolonio era muy conocido entre ellos, y los oídos de los egipcios se dirigían hacia él.

Cuando se encaminaba desde la nave hacia la ciudad lo miraban como a un dios y le abrían camino en las calles como a los que portan objetos sacros. Mientras era escoltado con más pompa que los gobernadores de provincias, eran conducidos al lugar de su ejecución doce hombres, unos bandidos, según la acusación. Y él, al verlos, dijo:

—No todos, pues Fulano ha sido falsamente acusado y se marchará.

Y añadió a los verdugos que los llevaban:

—Os ruego que aflojéis el paso y lleguéis algo más tarde a la fosa, y asimismo que matéis a éste el último, pues no tiene nada que ver con lo que se le acusa; así que vosotros obraríais con mayor piedad si dejarais vivir por un breve momento del día a los que mejor sería no matarlos.

Y a continuación se extendió sobre lo que decía, alargándose de una forma que no era en él habitual. Cuál era la intención que tenía, en seguida se puso de manifiesto. Pues cuando ya le habían cortado la cabeza a ocho de ellos, un jinete que llegó cabalgando junto a la fosa gritó:

—¡A Farión perdonadle la vida!

Y añadió que éste no era un bandido, sino que había mentido por miedo a ser torturado; pero que, al ser interrogados bajo tormento los otros, habían coincidido en que era un hombre de bien. Excuso contar la expresión de regocijo de Egipto y cuánto lo aplaudieron, poseídos como estaban de una extraordinaria admiración por él.

Cuando subió al templo, el orden que en él había 25
y la razón que se le dio para cada cosa le parecieron divinos y dispuestos con sabiduría. En cambio, respecto a la sangre de los toros y los gansos, y cuanto se sacrificaba, no aprobaba tales prácticas ni tampoco asistió a los banquetes de los dioses. Al preguntarle el sacerdote por qué motivo no celebraba de ese modo el sacrificio, dijo:

—Mejor respóndeme tú, por qué motivo celebras de ese modo el sacrificio.

El sacerdote le respondió:

—¿Quién es tan hábil como para enmendarles la plana a los egipcios?

—Cualquier sabio —repuso— si llega de la India —y añadió—. Voy a asar una vaca hoy, así que participa conmigo del humo, pues no vas a disgustarte con esa parte, si es la que van a tomar los dioses.

Y mientras que la figurita [353] se fundía, dijo:

—Mira los sacrificios.

—¿Cuáles? —dijo el egipcio—. Pues no veo ninguno aquí.

Y Apolonio le respondió:

—Los Yámidas, los Telíadas, los Clicíadas y el oráculo de los Melampódidas [354], ¿acaso charlataneaban, buen

[353] Naturalmente, la vaca que sacrifica Apolonio no es de carne y hueso, sino una figurita de incienso.

[354] Enumera Apolonio una serie de conocidas familias de adivinos (sobre la organización gentilicia de las profesiones griegas, cf. la nota 186). Los Yámidas son descendientes de Yamo, hijo

amigo, cuando decían todas esas cosas acerca del fuego y cuando consiguieron obtener de él tantas predicciones? ¿O es que el fuego de leña de pino y el de cedro lo consideras profético y capaz de revelar algo, y el que arde de la resina más preciosa y más pura no es con mucho preferible? Si fueras buen conocedor de la sabiduría sobre el fuego, verías que muchas cosas se manifiestan en el disco del sol cuando sale.

26 Con estas palabras dejó cortado al egipcio como a un ignorante en asuntos divinos.

Como Alejandría era muy aficionada a los caballos y frecuentadora del hipódromo para este especáculo, y dado que llegaban incluso a matarse unos a otros, les dirigió una amonestación por ello, y, tras entrar en el templo, dijo:

—¿Hasta cuándo seguiréis muriendo, no por vuestros hijos ni por los templos, sino para contaminar los recintos sacros, al llegar a ellos llenos de sangre coagulada, para dejaros matar dentro de las murallas? A Troya, según parece, la saqueó un solo caballo, el que urdieron los aqueos entonces, pero a vosotros se os uncen carros y caballos y por su culpa no es posible vivir pacíficamente. Morís, pues, no a manos de los Atridas ni de los Eácidas [355], sino unos a manos de los otros, cosa que los troyanos no habrían hecho ni en

de Apolo y uno de los fundadores de los Juegos Olímpicos (cf. PÍNDARO, *Olímpicas* VI 43 sigs.), los Telíadas lo son de Telias y ejercían su oficio en la Élide (cf. HERÓDOTO, IX 37), los Clicíadas pretendían descender de Clicio (cf. HERÓDOTO, IX 33) y los Melampódidas, de Melampo, hijo de Amitaón y sobrino de Jasón, sobre el que existía un poema épico antiguo, atribuido a HESÍODO, la *Melampodia* (cf. la traducción de A. MARTÍNEZ, dentro del volumen dedicado a Hesíodo en esta misma colección).

[355] Prosigue Apolonio la comparación con la Guerra de Troya, y por eso menciona a los Atridas, esto es, los hijos de Atreo, Agamenón y Menelao, y a los Eácidas, descendientes de Éaco, esto es, Aquiles.

estado de embriaguez. Es más; en Olimpia, donde hay competiciones de lucha, de pugilato y del pancracio, no ha muerto nadie por culpa de los atletas, aunque quizá habría habido excusa si alguno se hubiera enardecido en exceso por alguno de su misma especie. Pero aquí es por causa de los caballos por lo que las espadas de uno contra otro andan desnudas, y los apedreamientos están a la orden del día. Caiga el fuego sobre una ciudad así, en donde reina el lamento y la jactancia «de matadores y muertos, y la tierra mana sangre»[356] ¡Respetad la cratera común de Egipto, el Nilo!... Pero ¿a qué mentarles el Nilo a hombres que miden más las crecidas de sangre que las del agua?

Estas y aún más cosas se dijeron en tales términos de reproche, según los informa Damis.

Vespasiano se entrevista con Apolonio

Cuando Vespasiano aspiraba al poder 27
imperial, allá por los pueblos fronterizos con Egipto[357] y, una vez que llegó en su avance hasta Egipto, gente como Dión[358] y Éufrates, de los que haré una breve mención luego, propusieron que se le hiciera un recibimiento público, pues después del primer emperador, a cuyas órdenes se había organizado el estado romano[359], habían ejercido el poder durante cincuenta años tiranías tan duras que ni siquiera Claudio, que gobernó hacia la mitad de este período durante trece años[360], pareció un buen gobernante, aunque había lle-

[356] *Ilíada* IV 451.

[357] Se trata de la campaña de Vespasiano contra Judea, tras la que era ya aclamado emperador por las tropas de Egipto, Palestina y Siria.

[358] Dión de Prusa, llamado Crisóstomo, filósofo y rétor del siglo I d. C., mucho mejor conocido que Éufrates. De él se nos conservan unos ochenta discursos sobre política, moral, literatura y filosofía.

[359] Se refiere naturalmente a Augusto (27 a. C.-14 d. C.).

[360] Desde el 41 al 54.

gado al poder a los cincuenta años, cuando está más equilibrada la inteligencia de los hombres, y eso que parecía asimismo apreciar la cultura en todas sus facetas. Sin embargo, incluso él, a pesar de su edad, cometió muchas puerilidades, y dejó el gobierno como presa para mujerzuelas, a manos de las cuales murió, por una negligencia tan grande que, aun sabiendo de antemano lo que iba a pasarle, ni tan siquiera se puso en guardia contra lo que sabía[361].

Apolonio, de igual modo que Éufrates y Dión, se alegraba por estos acontecimientos, pero no hacían de ello tema de sus charlas en público, por considerar demasiado retórico este tema de discurso. Cuando el emperador se acercaba a la ciudad salió a su encuentro, fuera de las puertas, el sacerdocio, así como las magistraturas de Egipto y los gobernadores de los nomos[362] en los que se divide Egipto, e igualmente los filósofos y toda la intelectualidad. Pero Apolonio no tomó parte en ninguno de estos actos, sino seguía conversando en el templo. Tras haberse dirigido al pueblo el emperador en términos nobles y conciliadores, sin extenderse en un discurso largo, dijo:

—¿Está ahora aquí el de Tiana?

—Sí —le respondieron—, y nos ha hecho mejores.

—¿Cómo podría entrevistarse con nosotros? —prosiguió—, pues tengo mucha necesidad de ese hombre.

—Se encontrará contigo en el templo —dijo Dión—, pues quedó conmigo en eso para cuando volviera allí.

—Vayamos —dijo el monarca— para suplicar a los dioses y para reunirnos con un varón noble.

De aquí surgió la historia de que el imperio se le hizo deseable cuando sitiaba Jerusalén y de que mandó lla-

[361] Claudio murió envenenado por su tercera esposa, Agripina.

[362] Divisiones administrativas creadas por Ptolomeo en Egipto y mantenidas luego por los romanos.

mar a Apolonio para tomar consejo sobre estos asuntos, pero que él rehusó ir a una tierra que habían contaminado los que en ella habitaban, tanto por lo que habían hecho como por lo que habían tolerado. Por lo cual el propio Vespasiano fue a Egipto, cuando hubo tomado el poder, para hablar con nuestro hombre de cuanto ahora voy a relatar.

Una vez que hubo celebrado un sacrificio, y sin haber 28
despachado aún con las ciudades de modo adecuado, se dirigió a Apolonio y, como si le suplicara, le dijo:

—Hazme monarca.

—Ya te hice monarca —respondió él—, pues después de haber elevado preces ya por un monarca justo, noble, sensato, adornado de canas y padre de hijos legítimos [363], sin duda que era por ti por quien dirigía mis oraciones a los dioses.

Muy complacido por estas palabras, el monarca, a más de que también la multitud del templo vitoreaba, en conformidad con su respuesta, le dijo:

—¿Qué te pareció el reinado de Nerón?

—Nerón —respondió Apolonio— es posible que supiera templar una cítara, pero lo que es su reinado, lo cubrió de ignominia por aflojar o apretar demasiado.

—Entonces ¿aconsejas que el gobernante sea equilibrado? —preguntó.

—No soy yo —repuso—, sino la divinidad la que definió la equidad como equilibrio. Buenos consejeros de estas cuestiones son también estos hombres —y señalaba a Dión y Éufrates, que aún no habían tenido diferencias con él.

Entonces el monarca, alzando sus brazos, dijo:

---

[363] Y no adoptados, como lo fueron todos los herederos del imperio entre los Julio-Claudios. Vespasiano estaba buscando en Alejandría su legitimación como emperador.

—¡Zeus! ¡Ojalá pueda yo gobernar sobre sabios, y los sabios sobre mí! —y volviéndose hacia los egipcios, añadió—. Obtened de mí tanto como del Nilo.

29 Egipto se recuperó así, cuando se hallaban ya agobiados por la opresión que habían padecido. Al abandonar el templo, Vespasiano tomó a Apolonio de la mano y, tras conducirlo al palacio, dijo:

—Quizá a algunos les parezca un irreflexivo al hacerme cargo del imperio cuando rondo ya los sesenta años de edad, pero yo te ofreceré mi justificación para que me justifiques ante los demás. Pues yo no he sido esclavo de la riqueza, ni siquiera en mi juventud, y respecto a cuantas magistraturas y honores afectan al imperio romano, las desempeñé de forma lo suficientemente prudente y mesurada como para no parecer ni soberbio ni acobardado. Conspiraciones no las tramé ni siquiera contra Nerón, sino que, cuando recibió el poder, si bien no conforme a las leyes, sí de manos de un emperador, me sometí a él por consideración a Claudio, que me había nombrado cónsul [364] y uno de sus consejeros. Y ¡por Atenea!, cuando veía a Nerón comportarse ignominiosamente, se me saltaban las lágrimas al pensar en Claudio y por qué basura había sido heredado el más importante de sus bienes [365]. Y al ver que ni siquiera cuando Nerón ha dejado de ser un obstáculo toman mejor camino los asuntos humanos, sino que el poder se halla tan deshonrado que ha caído en manos de Vitelio, estoy ya decididamente resuelto a tomarlo, primero, porque quiero presentarme ante los hombres como digno de la mayor estima; luego, porque la lucha será contra un hombre entregado a la bebida.

---

[364] En el año 51.

[365] Lo que aquí se dice no es cierto. Ya desde Calígula, Vespasiano no había escatimado adulaciones para ser bien visto en la corte, cf. SUETONIO, *Vespasiano* II 6. La realidad es que era Nerón el que no sintió nunca simpatías por Vespasiano.

Vitelio, además, se baña con más perfume que yo agua, y me parece que, de ser herido por una espada, echaría más perfume que sangre. Y, como empalma vino con vino, se está volviendo loco. Juega a los dados con temor de que los dados le fallen, y en cambio, cuando se trata del poder, lo arriesga, jugándoselo. Esclavo de rameras, se abalanza sobre las casadas, asegurando que son más agradables los amores con peligros[366]. Dejo las mayores desvergüenzas para no referirme a tales cuestiones en presencia tuya. ¡Ojalá que no siga viendo yo con indiferencia a los romanos gobernados por un hombre de tal calaña, sino que, tomando por guías a los dioses, llegue a ser un hombre conforme conmigo mismo! Por ello, Apolonio, me agarro firmemente a tu cable, pues dicen que te das perfecta cuenta del deseo de los dioses, y te hago consejero de mis inquietudes, de las que tierra y mar dependen, con objeto, si los deseos de los dioses me son propicios, de llevarlo a cabo, pero si son contrarios tanto a mí como a los romanos, de no molestar a los dioses contra sus deseos.

Tomando a los dioses por testigos de sus palabras, 30
dijo Apolonio:

—¡Zeus[367] capitolino (pues sé que eres el árbitro de la presente situación), consérvate para él y consérvalo para ti![368] Pues el templo que ayer quemaron manos

---

[366] Todas las fuentes antiguas coinciden en esta valoración negativa de Vitelio, cf. Tácito, *Historias* III 36, 1; Flavio Josefo, *Guerra de los Judíos* IV 586-587; Suetonio, *Vitelio* XIII; Plutarco, *Otón* IV 2, IX 4; Dión Casio, LXIV 2-3, si bien todas son estimaciones propias de la propaganda flaviana de la época.

[367] En realidad, Júpiter, pero Filóstrato utiliza siempre los nombres griegos de los dioses.

[368] Es curioso que en un *Papiro de Fouad* (núm. 8, líneas 14-15) en el que se describe la recepción histórica de Vespasiano en Alejandría, organizada por el prefecto Tiberio Alejandro, vemos que en la plegaria al dios Serapis se usa la expresión «guárdanoslo» referida a Vespasiano.

injustas está determinado por el destino que este hombre volverá a erigirlo[369].

Al admirarse el emperador por sus palabras, añadió:

—Las cosas se manifestarán por sí mismas, así que no me preguntes nada, sino concluye lo que, con todo derecho, te propusiste.

Había, efectivamente, ocurrido en Roma que Domiciano, el hijo de Vespasiano, se había alzado contra Vitelio por el poder de su padre, y, al organizarse el asedio en torno al Capitolio, había conseguido huir de sus sitiadores, pero el templo había quedado quemado[370], y esto se le reveló a Apolonio mucho antes que si hubiera sucedido en Egipto. Tras esta conversación, Apolonio se separó del monarca diciendo que no le permitían las tradiciones de los indios hacer a mediodía otra cosa que la que ellos hacían. Vespasiano se animó más aún, y no consintió que la situación se le fuera de las manos, sino que la tuvo por segura y conseguida, a tenor de lo que había oído.

---

[369] Todo este episodio de Vespasiano en el templo de Serapis lo narran TÁCITO, *Historias* IV 82, y SUETONIO, *Vespasiano* VII, y ha sido analizado recientemente por DERCHAIN y HUBAUX, «Vespasien...», autores que señalan que las tres versiones, parciales y en algunos aspectos contradictorias, se complementan, sin embargo. En Tácito y Suetonio es un tal Basílides quien juega este papel de estar en dos sitios a la vez (en Roma, viendo el incendio, y en Alejandría). Pero en la cronología de los hechos, Filóstrato es el más exacto. Vespasiano se proclamó emperador, reconocido por las legiones egipcias, en julio del 69, y el 22 de diciembre el senado lo proclamó Augusto.

[370] El incendio se produjo el 20 de diciembre del 69, cf. TÁCITO, *Historias* III 69-71; SUETONIO, *Domiciano* I; FLAVIO JOSEFO, *Guerra de los Judíos* IV 646. En realidad la lucha la protagonizó el hermano de Vespasiano, Flavio Sabino. El encuentro entre Apolonio y el emperador parece que tuvo lugar el 21 de diciembre, por lo cual la profecía sería *post euentum*.

Discusión sobre la mejor forma de gobierno

Al día siguiente, al rayar el alba, 31
cuando Apolonio llegó a palacio, le preguntó a los guardias qué estaba haciendo el monarca. Ellos aseguraron que estaba despierto ya hacía tiempo y que se hallaba despachando la correspondencia. Al oír esto se marchó, diciéndole a Damis:

—Este hombre gobernará [371].

Al volver, pues, a la salida del sol, se encontró con Dión y Éufrates ante las puertas y le preguntaron con sumo interés sobre su entrevista. Así que les repitió la justificación que le había oído al rey, pero se calló sus propias opiniones.

Llamado Apolonio el primero, dijo:

—¡Emperador! Éufrates y Dión, que son conocidos tuyos de antiguo, están a tus puertas, no despreocupados de tus asuntos. Llámalos también a ellos a una conversación común, pues son hombres sabios los dos.

—No tengo cerradas mis puertas —contestó el emperador— a los hombres sabios. Y a ti incluso me parece que te tengo abierto mi pecho.

Cuando se les hubo llamado, dijo: 32

—En justificación de mi proyecto, señores, hablé ayer con el noble Apolonio.

—Escuchamos —dijo Dión— la justificación y tenía sentido.

—Entonces, amigo Dión —prosiguió—, saquemos hoy conclusiones juntos sobre lo que hemos decidido, para hacerlo todo lo mejor posible y en beneficio de los hombres. Pues me viene lo primero a la mente Tiberio, cómo convirtió el poder en algo inhumano y cruel, y luego aquel Gayo, que en báquico delirio, lidizando su

---

[371] La laboriosidad era en efecto un rasgo del nuevo emperador, cf. SUETONIO, *Vespasiano* XXI 2.

atuendo y vencedor de guerras inexistentes[372], implicó vergonzosamente en sus orgías a todas las instituciones romanas; luego, el noble Claudio, cómo, vencido por mujerzuelas, se olvidó de gobernar, e incluso de vivir, pues, según dicen, murió a manos de ellas. De Nerón, ¿qué podría mencionar, después de haber pronunciado Apolonio un juicio corto y denso sobre el aflojamiento y la tensión excesivos con los que Nerón deshonró el poder? ¿Y qué podría decir acerca de lo que organizó Galba, que murió en medio del foro cuando adoptaba como hijos a esos prostituidos de Otón y Pisón? Y si entregáramos el poder a Vitelio, el más disoluto de todos, ¡ojalá resucitara Nerón! Así pues, señores, a la vista de la clase de tiranías que he mencionado, por las que se ha desacreditado el poder, os tomo por consejeros de cómo podría administrarlo, aborrecible como es ya para los hombres.

A lo cual contestó Apolonio:

—Un flautista de los muy diestros enviaba a sus discípulos a los peores flautistas para que aprendieran cómo no debe tocarse la flauta. Tú ya has aprendido, emperador, cómo no se debe gobernar, de aquellos que gobernaron mal. Dediquemos, pues, nuestra atención a cómo se debe gobernar.

33 Éufrates, aunque sin declararlo, envidiaba ya a Apolonio, al ver al emperador más interesado por él que por los oráculos los que acuden a consultarlos. Pero fue entonces cuando su irritación colmó la medida y, elevando la voz más de lo que acostumbraba, dijo:

—Preciso es que no adulemos las acciones impulsivas ni nos dejemos llevar insensatamente por los que actúan sin freno, sino que debemos someternos a norma, si es que somos filósofos. Lo que debería quedar

[372] Se trata de Calígula y de sus ficticios triunfos contra los bretones.

claro en nuestra deliberación es si conviene hacer esto, pero tú nos exhortas a decir de qué manera ha de llevarse a cabo, sin saber aún si hablamos de algo que debe hacerse. Yo aconsejo derrocar a Vitelio, pues sé que es un hombre infame y ebrio de toda clase de vicios; pero, aun sabiendo que tú eres un hombre de bien y preeminente por tu nobleza, no aseguro que debas corregir la situación creada por Vitelio, sin conocer aún la que tú crearás. Efectivamente, en cuántas insolencias caen las monarquías, no es cosa que precises aprender por mí, sino que tú mismo te has referido a ellas. Deberías asimismo saber cómo la juventud que se precipita a la tiranía hace lo que en cierto modo le es adecuado, pues el comportarse como un tirano es tan natural para los jóvenes como beber o como amar, y un joven que se comporta como un tirano no es malo, si no se muestra, además de la tiranía, cruel e impío. En cambio, si un anciano accede a la tiranía, la primera acusación contra él es aspirar a eso. Pues si se muestra humano y ordenado, no se lo imputarán a él, sino a su edad y a que está disciplinado. Parecerá asimismo que hacía ya tiempo, desde joven, que lo deseaba y había fallado. Tales fallos se achacan a la mala suerte, pero también se achacan a la cobardía. Da así uno la impresión de ser alguien que, o bien por desconfianza en su propio destino ha renunciado al proyecto de convertirse en tirano, o bien que ha cedido ante otro aspirante a la tiranía por temor, sin duda, a su hombría. Lo uno, lo de la mala suerte, pase, pero lo de la cobardía, ¿cómo podríamos excusarlo, especialmente si al que parecías temer era a Nerón, el más cobarde y holgazán? Pues la revuelta que maquinó Víndex contra él debías haberla incitado tú, por Heracles, el primero. Porque un ejército, lo tenías, y la fuerza que acaudillaste contra los judíos habría sido más que adecuada para castigar a Nerón, pues aquéllos hace tiempo que se rebe-

lan, no sólo contra los romanos, sino también contra todos los hombres[373], ya que, tras haber adoptado una forma de vida insociable y sin tener en común con los demás hombres ni mesa, ni libaciones, ni súplicas, ni sacrificios, están más lejos de nosotros que Susa, Bactra y los indios de allende éstas. Así pues, no era razonable castigar por haberse rebelado a quienes habría sido mejor no conquistar siquiera. A Nerón, en cambio, ¿quién no habría hecho sus votos por matarlo con su propia mano, a él que no era más que un bebedor de sangre humana que en medio de sus matanzas cantaba? Ciertamente que yo tenía mis oídos atentos a las noticias que trataban de ti, y cuando alguien llegaba de allí anunciando que habían perecido treinta mil judíos a tus manos, y cincuenta mil en el siguiente combate, llevándome aparte al recién llegado, le preguntaba en voz baja: «¿Y qué hay del hombre? ¿No hará nada de mayor importancia que eso?» Ya que has hecho de Vitelio la imagen de Nerón y emprendes una campaña contra él, haz lo que tienes decidido, dado que es una noble acción, pero que lo de después lo sea también. Entre los romanos se tiene en gran estima el ser gobernados democráticamente, y muchas de sus posesiones fueron ganadas bajo este régimen. Acaba con la monarquía, contra la que has expresado tales críticas, y concédeles a los romanos el gobierno del pueblo y a ti mismo el haber iniciado su liberación.

34 Al ver Apolonio que, durante todo el tiempo en el que Éufrates pronunciaba su discurso, Dión compartía su opinión, pues lo demostraba, tanto con movimientos de cabeza como por las alabanzas con que coreaba sus palabras, dijo:

---

[373] Aquí Éufrates se hace portavoz del antisemitismo de la época, especialmente crecido entre los alejandrinos, que envidiaban la floreciente economía hebrea; cf. GROSSO, «La Vita...», pág. 407, con bibliografía.

—¿No tienes nada que añadir, Dión, a lo que se ha dicho?

—Sí, por Zeus —contestó—, cosas en parte coincidentes, en parte discordantes. En efecto, eso de que habría estado mucho mejor derrocando a Nerón que enderezando la situación de los judíos, pienso que también yo te lo he dicho. Tú, en cambio, parecías librar un gran combate para no derrocarlo nunca, pues el que ponía en orden la confusión de la situación, consolidaba en cierto modo el poder de ese hombre, frente a todos aquellos sobre los que lo ejercía de mala manera. Apruebo el levantamiento contra Vitelio, pues considero mejor que derrocar una tiranía consolidada, el no dejarla nacer siquiera. La democracia, la aprecio, porque, aun cuando este sistema sea inferior a la aristocracia, ha de ser preferido por los moderados a las tiranías y las oligarquías. Temo, no obstante, que esas tiranías, por haber viciado ya las costumbres de los romanos, hagan difícil el tránsito, y que ellos no sean capaces ni de hacer uso de su libertad ni de alzar su vista hacia la democracia, como los que, saliendo de la oscuridad, miran hacia plena luz. Por esa razón afirmo que es preciso expulsar del poder a Vitelio, y que eso llegue a ocurrir con la mayor rapidez y de la mejor manera que sea posible; mas creo conveniente que te prepares como para sostener una guerra, pero que no declares esa guerra, sino amenaces con un castigo, si no abandona el poder; y si lo haces prisionero, y eso pienso que lo lograrán sin gran trabajo, concédeles a los romanos la elección de su propia forma de gobierno. Y si escogen la democracia, concédesela. Pues eso será para ti más glorioso que muchas tiranías y que muchas victorias olímpicas, y por todas partes de la ciudad se escribirá tu nombre, por todas partes te alzarás plasmado en bronce, y a nosotros nos brindarás temas para discursos con los que ni un Harmodio ni un Aris-

togitón[374] podrían competir. Y si eligieran la monarquía, ¿a quién sino a ti les quedará a todos para asignarte el poder por votación? Pues lo que vas a brindarle a la comunidad, poseyéndolo ya, sin duda te lo darán a ti antes que a otro.

35 Se hizo el silencio después de eso, y el rostro del emperador manifestaba su indecisión para una toma de postura, dado que, cuando se titulaba y obraba en todo como emperador, se le aconsejaba apartarse de esta decisión. Así que Apolonio dijo:

—Me parece que os equivocáis al tratar de disuadir al emperador de asuntos ya decididos, cayendo en una charlatanería infantil y bastante inútil para la ocasión. Pues si se tratara de mí y después de haber obtenido un poder como el de él y de haberos consultado sobre qué beneficios podría hacerles a los hombres, llegaseis a darme consejos de este tipo, el discurso podría serme provechoso, pues las máximas filosóficas enmiendan a los filósofos que las oyen. En cambio, al aconsejar a un cónsul y hombre acostumbrado a mandar y a quien, cuando pierda el poder, sólo le quedará perecer, ¿qué es menester achacarle, si, en vez de rechazar lo que la suerte le depara, no sólo lo recibe cuando llega, sino que delibera cómo usar de forma prudente lo que tiene? Es como si, al ver un atleta dotado de buen ánimo y estatura y capacitado para la victoria por la armonía de su cuerpo, acercándonos a él cuando llegara a Olimpia a través de Arcadia, le animáramos contra los competidores, pero le exhortáramos a que, cuando venciese en los juegos olímpicos, no se proclamara su victoria, ni ciñera su cabeza con el acebuche. ¡Parecería que decíamos tonterías o que jugábamos con los esfuerzos de los demás! Igualmente, después de tomar en considera-

[374] Los famosos tiranicidas que asesinaron a Hiparco en el siglo VI a. C., acabando así con la tiranía de los Pisistrátidas sobre Atenas.

ción a este hombre, cuántas lanzas hay a su alrededor, cuánto bronce reluce, cuán numerosa es la cantidad de sus caballos y cuán noble, prudente y adecuado para llevar a cabo lo que planea es él mismo, enviémoslo por el camino que aprendió, diciéndole palabras de buen agüero y más halagüeñas que esas. Pues no tenéis en cuenta una cosa: que es padre de dos hijos[375] que ya mandan ejércitos. Si no les va a entregar el poder, los convertirá en sus mayores enemigos, y ¿qué otra cosa le quedará, sino verse arrastrado a una guerra contra su propia familia? En cambio, una vez aceptado el poder, se verá atendido por sus hijos, se apoyará en ellos y sus hijos en él, y los tendrá como guardias de corps no asalariados, por Zeus, ni obligados, ni forzados a fingir una expresión de lealtad, sino los más dispuestos y afectuosos. A mí no me preocupa ninguna forma de gobierno, pues vivo bajo el poder de los dioses, pero no creo que la grey de los hombres merezca perecer por la falta de un pastor justo y prudente[376]. En efecto, así como uno solo que destaca por su virtud cambia una democracia hasta que toma la apariencia del gobierno de un solo hombre, el mejor, así también el gobierno de uno solo que mira en todo hacia lo conveniente para la comunidad es democrático. «No derrocaste», dice, «a Nerón». ¿Y tú, Éufrates? ¿Y Dión? ¿Y yo? Con todo, ninguno nos lo reprocha ni nos toma por cobardes, si, a pesar de que los filósofos han derribado ya muchísimas tiranías, nosotros hemos perdido la oportunidad de ganar la gloria de haber hecho algo en pro de la libertad. Aunque en lo que se refiere a mí, me enfrenté a Nerón, no sólo despresti-

---

[375] Se trata de Tito y Domiciano, que llegarían, sucesivamente, a emperadores.

[376] Sobre el tópico del pastor en la fraseología filosófica y política de la época, cf. V. VALDENBERG, «La théorie monarchique de Dion Chrysostome», *Rev. Ét. Gr.* 40 (1927), 142 sigs.

giándolo a menudo en mis conversaciones, y censurando al ferocísimo Tigelino cuando me estaba oyendo, sino que la ayuda que prestaba yo a Víndex en la parte occidental del imperio, iba sin duda levantando un baluarte contra Nerón. Con todo, ni voy a afirmar que por eso yo mismo derroqué al tirano, ni a vosotros, porque no lo hicisteis, os consideraré más remisos de lo que conviene a la filosofía. En efecto, un filósofo dirá lo que le viene a la mente, pero hará, creo, su discurso de forma que no diga nada de manera insensata o como un perturbado. En cuanto a un cónsul que se propone derrocar a un tirano, precisa, lo primero, una deliberación más larga, para llegar a la acción desde la oscuridad, y luego, un pretexto adecuado, para que no dé la impresión de que viola el juramento que prestó. Pues si se dispone a tomar las armas contra el mismo que lo hizo general y al que juró aconsejar y proteger de la mejor manera posible, debe, sin duda, justificarse primero ante los dioses, en la idea de que viola su juramento con un motivo lícito. Además, necesita un mayor número de amigos, pues no se deben llevar a cabo tales acciones indefensos y desprotegidos, y asimismo los mayores medios que pueda, para atraerse a las fuerzas vivas, especialmente al atacar al hombre que posee los recursos de la tierra entera. El asunto requiere mucho esfuerzo y mucho tiempo. Tomadlo como queráis, pues no tenemos que poner en cuestión las ambiciones que él ha podido, como es natural, tener, sino que la fortuna no le favoreció, ni siquiera cuando emprendió el combate. ¿Y qué dirías respecto a otro asunto? Al que ayer tenía el poder y era coronado por las ciudades en los templos de aquí, y gobernaba con esplendidez y liberalidad, le exhortáis a que proclame mañana en público que en adelante será un particular y que llegó al poder sin estar en sus cabales, pues así como, en caso de llevar sus proyectos a cumplimiento,

contará con guardias de corps animosos, confiado en los cuales concibió tales proyectos, de igual manera, al llegar a alterar sus propósitos, se ganará un enemigo en cada uno del que, desde ese momento, desconfíe[377].

Consejos acerca del buen gobierno

Satisfecho de oír esto, dijo el emperador: 30

—Si habitaras en mi alma no darías a conocer con tanta claridad lo que yo pensaba. Te sigo, pues, porque considero cosa divina todo lo que de ti procede. Así que enséñame todo cuanto debe hacer el buen emperador.

Apolonio contestó:

—Me preguntas cosas no enseñables. Pues la realeza es lo más importante que hay entre los hombres, pero inenseñable. No obstante, te diré cuanto debes hacer, en mi opinión, para que tu comportamiento sea sano. No tengas por riqueza lo que se almacena, pues ¿en qué es mejor eso que arena reunida de cualquier parte? Tampoco lo que procede de los envíos de hombres que lamentan sus tributos, pues es cosa de mala ley y sin color el oro si sale de lágrimas. Usarías la riqueza del mejor modo en el que los reyes pueden hacerlo, si a los necesitados los socorres y a los que poseen mucho les garantizas la seguridad de su riqueza. Que la facultad de hacer todo lo que quieras te atemorice, pues con más prudencia harás uso de ella. No cortes los tallos más crecidos y sobresalientes, pues es injusto ese precepto de Aristóteles[378], sino más bien arranca

[377] Se discute si los discursos que anteceden se basan en opiniones contemporáneas (como cree W. WEBER, *Josephus und Vespasian*, Berlín, 1921, pág. 47, nota 1) o más bien reflejan el ideario político de los Severos. (Cf. CALDERINI, «Teoría e pratica...».)

[378] No se trata realmente de un precepto de Aristóteles, sino de una anécdota referida por él en *Política* 1284a26 sigs. y aludida también en 1311a20 sigs., según la cual Trasibulo, tirano de Mileto, envió un mensaje a Periandro, tirano de Corinto (fines del siglo VI, principios del V a. C.) a pedirle consejo sobre su

la mala voluntad, como los cardos de los trigales, y muéstrate temible para con los revolucionarios, no en el castigar, sino en la seguridad de que serán castigados. Que la ley, emperador, impere también sobre ti, pues legislarás con más prudencia si no violas las leyes. A los dioses, atiéndelos más que antes, pues grandes son los beneficios que de ellos obtuviste, e importantes las cuestiones por las que a ellos te encomiendas. En lo que atañe al poder, obra como un emperador; en lo que atañe a tu persona, como un particular. En cuanto a los dados, bebida y amores, y el permanecer apartado de tales cosas, ¿qué tendría que aconsejarte a ti, que dices que ni en tu juventud las aprobaste? Tienes dos hijos, soberano, y nobles, según dicen. Ejerce tu autoridad en especial sobre ellos, pues sus yerros sin duda caerán sobre ti. Recurre incluso ante ellos a la amenaza de que no les entregarás el poder si no perseveran en ser hombres de bien, para que no consideren el poder una herencia, sino un premio a la virtud. Los placeres avecindados en Roma, que son muchos, mi opinión es, emperador, que los vayas erradicando con tacto, pues es difícil convertir a un pueblo a la prudencia de golpe. Más bien se debe introducir poco a poco orden en sus conciencias, reformando unas cosas a las claras, otras a escondidas. Respecto a los libertos y esclavos que el poder te concede, pongamos coto a su lujo y molicie, acostumbrándolos a adoptar actitudes tanto más humildes cuanto más poderoso sea el amo que tengan. ¿Qué queda, sino hablar de los gobernadores que se envían a las provincias? No acerca de los que tú mismo vas a mandar, pues darás los cargos sin duda de acuerdo con los méritos, sino acerca de

---

proceder y éste, por toda respuesta, lo llevó a un campo de trigo y lo igualó, cortando las espigas que sobresalían.

los que obtienen el cargo por suerte[379]. Sostengo que se deben enviar las personas adecuadas a las provincias que corresponden por sorteo, en la medida en que la suerte lo permita. Los que hablen griego, deben mandar sobre griegos, y los que hablen latín, sobre los de su misma lengua o dialectos afines. El por qué se me ha ocurrido eso te lo voy a decir: por la época que pasé en el Peloponeso, gobernaba Grecia un hombre que no conocía las costumbres griegas, y los griegos tampoco lo comprendían en absoluto[380]. Por esa razón, en la mayoría de los casos fracasó, y fracasaron sus empresas, pues sus consejeros y asesores en las decisiones de los tribunales comerciaban con las sentencias, tratando al gobernador como a un esclavo. Esto es, emperador, todo lo que se me ocurre hoy. Si me viniera al pensamiento alguna otra cosa, conversaremos de nuevo. Ahora aplícate a los deberes de tu cargo, no sea que les parezcas un tanto perezoso a tus súbditos.

Eufrates dijo: 37

Desavenencias con Eufrates y Dión

—Estoy de acuerdo con tus conclusiones, pues ¿qué otra cosa podría conseguir intentando hacerte cambiar de parecer? Pero respecto a la filosofía, emperador, ya que así se te llamará en adelante, aprueba y acoge favorablemente a la que va de acuerdo con la naturaleza, pero a la que asegura que está inspirada por los dioses, recházala. Pues quienes mienten sobre

---

[379] Es decir, los gobernadores de las provincias llamadas senatoriales en las que, a diferencia de las imperiales, en las que era el emperador el que nombraba a los gobernadores, tales cargos se elegían por suerte. Las palabras de Apolonio dejan traslucir, no obstante, que existían claramente posibilidades de fraude en el sorteo.

[380] Este gobernador incompetente puede ser el mismo citado en V 33, cf. E. Groag, «Die römischen Reichsbeamten von Achaia bis auf Diokletian», *Schrift. d. Balkankomission*, Viena, 1939, págs. 37-39.

lo divino también nos inducen a múltiples locuras[381].

Eso lo decía por Apolonio, pero él, sin volverse siquiera, se marchó con sus pupilos, tan pronto como puso fin a su discurso. Como Éufrates deseaba decir algo aún con mayor audacia sobre él, el emperador se dio cuenta y dijo, para eludirlo:

—Llamad a los que tienen peticiones que hacer al gobierno, y que el consejo recobre su forma acostumbrada.

Con todo ello, Éufrates no se daba cuenta de que se desprestigiaba a sí mismo, pues le pareció al emperador un calumniador y un soberbio, y que las palabras que dijo en favor de la democracia no las había dicho porque se hallaba convencido de ellas, sino por llevarle la contraria a Apolonio respecto a las opiniones que tenía sobre el poder. A pesar de ello, el emperador no lo rechazaba de su lado, ni mostraba resentimiento alguno por lo sucedido. En cuanto a Dión, no le aprobaba el que se hubiera mostrado partidario de la opinión de aquél, pero no dejó de apreciarlo. En efecto, resultaba encantador para las conversaciones, y evitaba las disputas. Hacía gala en sus discursos de un encanto como el que exhala el perfume de los templos. A ello se añadía también su capacidad de improvisar mejor que ninguno de los hombres.

En cuanto a Apolonio, el emperador no sólo lo apreciaba, sino que le prestaba la mayor atención cuando disertaba sobre la antigüedad, le explicaba detalles sobre el indio Fraotes, le descubría los ríos y las fieras que en la India moran y también cuando le vaticinaba cuanto los dioses manifestaban sobre el imperio.

---

[381] Se trata obviamente de una advertencia velada contra Apolonio, considerado por Éufrates como un teurgo más que como un filósofo y, por ende, como un farsante. La formulación tiene un claro tinte estoico.

Al partir Vespasiano de un Egipto repoblado y rejuvenecido, invitó a Apolonio a que lo acompañara en el viaje, pero a él no le pareció bien, pues Egipto en su totalidad no lo había visto aún, y aún no había llegado a hablar con los Gimnosofistas, aun cuando ardía en deseos de contraponer a la sabiduría india la egipcia. Y añadió:

—Y tampoco he bebido del Nilo, en donde nace.

Comprendiendo, pues, el emperador que iba a partir hacia Etiopía, dijo:

—Y de nosotros ¿no te acordarás?

—Sí, por Zeus —contestó—, si persistes en ser un buen emperador y te acuerdas de ti mismo.

Después de eso el emperador ofreció un sacrificio en 38
el templo y le prometió en público a Apolonio obsequios. Pero él, como si fuese a pedirle algo, le dijo:

—¿Qué obsequios me darás, emperador?

—Diez —contestó— por ahora, pero al llegar a Roma, todos mis bienes.

Y Apolonio dijo:

—Preciso es por ello que economices de tus bienes, en la idea de que son míos, y que no dilapides ahora lo que me está reservado en su totalidad. No obstante, preocúpate más bien de éstos, emperador, pues parecen necesitados.

Y señalaba a los de Éufrates. Y el emperador les instó a que pidieran sin temor. Y Dión, enrojeciendo, dijo:

—Reconcíliame, emperador, con Apolonio, mi maestro, por las cosas en las que decidí contradecirle, sin haberle llevado nunca antes la contraria.

Así pues, el monarca, aprobándolo, dijo:

—Ayer se lo pedí yo y está de acuerdo, así que hazme una petición respecto a un obsequio.

Y Dión dijo:

—Hay un tal Lástenes de Apamea, de la región de de Bitinia[382], que filosofaba conmigo y que se enamoró del uniforme y de la vida de soldado. Pero se da el caso de que ahora asegura que ama de nuevo el manto de filósofo, así que dispénsalo del servicio. Él mismo lo pide. A mí me agradará volverlo un hombre de bien y a él vivir como quiere.

—Quede dispensado —contestó— y le concedo asimismo los derechos de los veteranos[383], puesto que aprecia tanto a la sabiduría como a ti.

Y después de eso se volvió a Éufrates. Pero éste había compuesto una carta sobre lo que solicitaba. Así que le tendió la carta, con el propósito de que la leyera para sí, pero el emperador, queriendo someterla a una cierta crítica, la leyó en público, delante de todos. Se puso en evidencia que pedía unas cosas para él y otras para otros, pero que de los obsequios unos eran de dinero, otros de cartas de crédito. Así que Apolonio, echándose a reír, dijo:

—¿Así que aconsejabas la democracia, dispuesto como estabas a pedirle tantas cosas al emperador?

39 Respecto a la disputa entre Apolonio y Éufrates he encontrado lo siguiente: al marcharse el monarca, se atacaron mutuamente a las claras: Éufrates, con ira y calumnias; Apolonio, en cambio, de forma filosófica y más bien sólo por refutarlo. Cuántas fueron las acusaciones a Éufrates sobre la base de que obraba de forma contraria de la adecuada a la filosofía nos es posible saberlo por las cartas de Apolonio dirigidas a él, pues son bastantes[384]. En cuanto a mí, voy a dejar a este hombre, ya que no me he propuesto injuriarlo, sino proporcionarles el relato de la vida de Apolonio

---

[382] Sobre el cual no sabemos nada, fuera de esta mención.

[383] Esto es, la llamada *honesta missio*, que comportaba, además, la consideración de ciudadano romano.

[384] Se conserva una veintena en el epistolario de Apolonio.

a quienes aún no la conocen. Sin embargo, lo que se cuenta del palo —se dice que lo levantó contra Apolonio una vez que hablaba con él, pero que no llegó a descargar el golpe— muchos lo atribuyen a la clarividencia del golpeado, pero yo a la prudencia del agresor, por la cual llegó a sobreponerse a la furia que lo había ya vencido.

La filosofía de Dión le parecía a Apolonio demasiado 40
retórica y organizada más bien para halagar, razón por la cual le dijo, para corregirlo:

—Trata de agradar con la flauta o con la lira, en lugar de con la palabra[385].

Y muchas veces en las cartas a Dión lo censura por esa demagogia.

Disgusto de Apolonio con Vespasiano

El motivo por el que no volvió junto 41
al emperador ni mantuvo una entrevista con él después de la de Egipto, por más que lo invitaba y le escribía muy a menudo al respecto, es lo que quiero aclarar. Nerón había devuelto su libertad a Grecia, en una decisión demasiado prudente para ser suya[386], y las ciudades volvieron a sus hábitos dorios y áticos, y todo rejuveneció con la concordia de las ciudades, cosa de la que Grecia no había disfrutado desde hacía tiempo. Pero al llegar Vespasiano[387] la privó de su libertad,

---

[385] En la Carta 9 Apolonio aconseja a Dión en idénticos términos.

[386] La devolución de libertad a Grecia tuvo lugar entre el 66 y el 67 d. C. Conservamos una inscripción de Acrefia (Beocia), recogida por DITTENBERGER en su *Sylloge* I 376, que reproduce el discurso que dirigió Nerón a los griegos en el Istmo de Corinto durante su visita, ya referida, para participar en los Juegos Olímpicos, discurso en el que los proclamaba libres y exentos de tributos.

[387] No está claro qué quiere decir Filóstrato con este enigmático «al llegar»: ¿A Grecia? Eso llevaría el decreto al año 70 y no al 74, como lo fecha San Jerónimo. ¿Al Imperio? ¿A Roma,

alegando luchas de facciones y otros pretextos que no merecían una severidad tan extremada[388]. Esto pareció, no sólo a los que lo sufrieron, sino también a Apolonio, demasiado duro para el carácter real, por lo cual le escribió al emperador en estos términos:

Apolonio, al emperador Vespasiano, saludos.

Has esclavizado Grecia, según dicen, y piensas haber conseguido algo más que Jerjes, pero no te das cuenta de que has conseguido menos que Nerón. Pues Nerón, que lo había conseguido, renunció a ello. Adiós.

Al mismo.

Estando tan enemistado con los griegos como para hacerlos esclavos, de libres como eran, ¿qué necesidad tienes de mi compañía? Adiós.

Al mismo.

Nerón, en bromas, hizo libres a los griegos. Pero tú, en serio, los hiciste esclavos. Adiós.

El disgusto de Apolonio con Vespasiano se originó así. Con todo, cuando oía hablar del buen orden de sus sucesivos actos de gobierno, no mantenía en secreto su alegría y su deseo de que todo le fuera bien.

Amasis reencarnado en un león

42 Me pareció también admirable algo que le sucedió a Apolonio en Egipto. Un individuo llevaba de una cuerda a un león domesticado como un perro; y éste no sólo era amigable con el que lo llevaba, sino con cualquiera que se le acercara. Pedía limosna por todas las ciudades y se le admitía incluso

a la vuelta de Egipto? Sobre las diferentes posibilidades, cf. GROSSO, «La Vita...», págs. 412-413.

[388] PAUSANIAS, VII 17, 4, recoge la excusa de Vespasiano para justificar tal medida, que fue que los griegos habían olvidado cómo ser libres.

en los templos, por ser puro: pues ni lamía la sangre de las víctimas, ni se apoderaba de ellas, una vez desolladas y trinchadas, sino se alimentaba con tortas de miel, pan, dulces y carne cocida. Incluso se le podía ver bebiendo vino sin alterar su modo de ser. Acercándose a Apolonio cuando éste se hallaba sentado en el templo, halagaba sus rodillas y lo hacía con mayor insistencia que a las demás personas, según creían algunos, para ganarse una recompensa, pero Apolonio dijo:

—El león me pide que os haga saber de qué hombre es el alma que tiene. Pues bien, éste es Amasis [389], el rey de Egipto, del nomo de Sais.

Cuando el león lo oyó, profirió un rugido lastimero y quejumbroso y se lamentaba, agazapado, derramando lágrimas. Así que Apolonio dijo, mientras lo acariciaba:

—Considero oportuno enviar este león a Leontópolis [390] para ser consagrado al templo. Pues no me parece digno que un rey, transformado en la más regia de las fieras, ande pidiendo limosna, como los mendigos entre los hombres.

Consecuentemente, los sacerdotes reunidos celebraron un sacrificio en honor de Amasis y, tras haber adornado a la fiera con un collar y cintas, lo enviaron a Egipto, entre sones de flautas y entonando himnos en su honor.

---

[389] Forma griega del egipcio *a'mose* «la luna ha sido engendrada», nombre de dos faraones, el I fundador de la dinastía XVIII y vencedor de los hicsos, y el II, de la dinastía XXVI (570-526), citado por HERÓDOTO, II 162-182.

[390] Esto es, «La ciudad del León», la actual Tell-Esalé.

43 *Apolonio selecciona a sus acompañantes en el viaje*

Cuando consideró lo bastante larga su estancia en Alejandría, marchó hacia Egipto[391] y Etiopía para reunirse con los Gimnosofistas. A Menipo, puesto que era ya capaz de mantener una discusión y hábil para usar de la libertad de palabra, lo dejó allí como vigilante de Éufrates, y al ver que Dioscórides no se hallaba en un estado de salud como para viajar, lo disuadió de emprender la marcha. Llevándose a los demás, pues, tras los que le habían abandonado en Aricia[392], se le habían unido otros más, les explicó los motivos del viaje, comenzando del modo siguiente:

—Ante vosotros, amigos, requiero una proclama olímpica. Y la tal proclama olímpica sería algo así: los eleos, a los atletas, cuando llegan los juegos olímpicos, los entrenan durante treinta días en la propia Élide. Tras haberlos concentrado, los de Delfos, cuando los juegos píticos, y los corintios, cuando los ístmicos, dicen: «Id al estadio y haceos hombres capaces de vencer.» Mas los eleos, cuando van a Olimpia, les hablan a los atletas en estos términos: «Si os habéis esforzado de un modo lo suficientemente digno como para ir a Olimpia, y no habéis cometido ninguna ligereza ni ignominia, id con ánimo, pero los que no se hayan entrenado de este modo, marchaos a donde queráis.»

Comprendieron sus compañeros el sentido del discurso y permanecieron con Menipo alrededor de veinte. Los demás, que eran diez, creo, tras encomendarse a los dioses y celebrar un sacrificio como los que se celebran antes de soltar amarras, se pusieron en cami-

---

[391] En realidad, Alejandría forma parte de Egipto, pero, por ser la más helenizada de las ciudades egipcias, se la considera aquí como si fuera algo aparte del resto de Egipto.

[392] Cf. IV 37.

no, directamente hacia las pirámides, montados en camellos, con el Nilo a su derecha.

Por muchos sitios el río fue cruzado por ellos, para visitar todo lo que en él había. Pues ni una ciudad, ni un templo, ni cuantos recintos sagrados había en Egipto, ni uno de ellos lo pasaron de largo sin hablar en él, sino después de haber aprendido y enseñado en cada uno tradiciones sacras. Así pues, la nave en la que Apolonio había embarcado parecía embarcación sacra.

LIBRO VI

SINOPSIS

Apolonio en Etiopía (1-2).
Historia de Timasión (3).
El templo de Memnón; el desterrado (4-5).
Los Gimnosofistas y el engaño de Éufrates (6-9).
Discursos de Tespesión (10).
La respuesta de Apolonio (11).
Otras conversaciones con los Gimnosofistas (12-14).
Historia de Nilo y su entusiasmo por Apolonio (15-17).
Discusión sobre las imágenes de los dioses (18-19).
Tespesión critica la flagelación laconia (20).
Disquisiciones sobre la justicia (21).
Apolonio prosigue su viaje: las Cataratas (22-26).
El demon del sátiro (27).
Apolonio y el emperador Tito (28-34).
Otros viajes de Apolonio (35).
El amaestrador de pájaros y otros episodios (36-38).
Hallazgo de un tesoro (39).
El enamorado de Afrodita y otras anécdotas (40-42).
Télefo reencarnado en un perro (43).

Apolonio en Etiopía

Etiopía[393] se extiende sobre el ala occidental de toda la tierra bajo el sol, como los indios sobre la oriental. A la altura de Méroe[394] linda con Egipto y, después de llegar hasta una parte de la Libia inexplorada[395], acaba en el mar que los poetas llaman Océano, ya que denominan así a la masa que rodea la tierra. Le da a Egipto el Nilo, nacido en las Cataratas, lo que arrastra de Etiopía e inunda todo Egipto. En extensión no es comparable con la India este territorio ni ningún otro de los continentes más célebres entre los hombres. Si reuniéramos Egipto y Etiopía —y hemos de pensar que el río lo hace— ambos aún no alcanzarían proporciones comparables con la India, tal es su inmensidad. Los ríos de ambos países son semejantes para quien examina las características del Indo y el Nilo. Irrigan los continentes en la estación del verano, cuando la tierra lo agradece; son los únicos ríos que cobijan al cocodrilo y al hipopótamo[396]; los motivos de los ritos que sobre ellos se celebran son iguales, pues muchas de las invocaciones de los indios también se aplican al Nilo. Han de convencernos de la semejanza de ambos países sus especias, y han de 1

[393] Sobre la inverosimilitud del viaje a Etiopía, cf. HOPFNER, «Apollonius...», pág. 143, nota 31; TRELOAR, «Aethiopians»...

[394] Méroe es la capital de los etíopes, al sur de la Quinta Catarata, algo más arriba de la confluencia del Atbara con el Nilo.

[395] Esto es, el África Central y Ecuatorial.

[396] Niega la presencia de hipopótamos en el Indo ARRIANO, *Indiká* VI 8.

convencernos también los leones y el elefante que en ambos se captura y domestica. Dan sustento asimismo a fieras como no hay en otros lugares y a unos hombres negros que no tienen los demás continentes, y en ellos existen las razas de los pigmeos y de gentes que ladran de formas diversas y prodigios por el estilo. Los grifos de los indios y las hormigas de los etíopes[397], si bien difieren por su forma, sin embargo, según dicen, tienen los mismos propósitos, pues se les celebra en ambos como guardianes del oro, mostrando su preferencia por las tierras auríferas de ambos países. Pero sobre estos asuntos, nada más: vuelva la historia a lo suyo y ocupémonos de nuestro hombre.

2 Al llegar, pues, a las fronteras entre etíopes y egipcios —llaman a estos lugares Sicámino— encontró oro sin acuñar, lino, marfil, raíces, mirra y especias. Todo aquello estaba por el suelo, sin vigilancia, en un cruce de caminos. Voy a explicar qué sentido tiene eso, pues se trata de una costumbre que llega hasta nuestros días. Los etíopes llevan mercancía de cuanto produce Etiopía, y los otros, tras llevársela toda, traen al mismo sitio mercancía egipcia del mismo valor, adquiriendo lo que no tienen a cambio de lo que tienen. Los que habitan en la frontera de ambos países no son del todo negros, sino semejantes en color a ambas razas: pues son menos negros que los etíopes, pero más que los egipcios. Así pues, Apolonio, al percatarse de su sistema de mercado, dijo:

—¡Los buenos de los griegos! Si un óbolo no produce un óbolo y si no encarecen sus mercancías vendiendo al menudeo o almacenándolas, dicen que no viven, el uno con el pretexto de que tiene una hija en edad de casarse;

[397] La tradición de las hormigas guardianas del oro es india, cf. *Mahābhārata* II 48, 4. Siguiendo quizá a Filóstrato las sitúa en Etiopía Solino, XXX 23.

otro, un hijo que ya se hace hombre; otro, la cuota de una asociación; otro, que se está construyendo una casa; otro, que le da vergüenza parecer un negociante inferior a su padre. ¡Buena cosa sería que la riqueza no se estimara, que floreciera la igualdad y que

el negro hierro permaneciera sin descubrir! [398]

Al ponerse de acuerdo los hombres, también la tierra toda parecería una.

Historia de Timasión

Con conversaciones de este tipo y utilizando los acontecimientos como consejeros de sus charlas, tal y como solía, se encaminaba hacia Memnón [399]. Los guiaba un jovencito egipcio, sobre el cual Damis cuenta lo siguiente: 3

El nombre de ese jovencito era Timasión. Estaba saliendo de su adolescencia y se hallaba ya en la plenitud de su belleza y, aun cuando su comportamiento era casto, su madrastra se había enamorado de él y había indispuesto a su padre, tramando algo que ni siquiera a Fedra se le había ocurrido [400], esparciendo la calumnia de que era afeminado y se complacía más con aman-

---

398 Cita, no literal, de HESÍODO, *Trabajos y Días* 151.

399 Memnón era un hijo de la Aurora, con el que los griegos identificaban a uno de los dos colosos que conmemoraban la muerte de Amenofis. En el año 26 a. C., un terremoto desmochó uno de ellos y la parte que quedó en pie emitía un sonido, producido probablemente por el aire que penetraba por los huecos de la estatua, afectado por el súbito calor del sol al amanecer, que discrepaba con el frío de los intersticios. Fue un monumento muy visitado en época romana, hasta que Septimio Severo lo reparó, callándolo.

400 Tal como nos narra EURÍPIDES en su *Hipólito*, y luego los múltiples continuadores del tema, Fedra, esposa de Teseo, se enamoró de su hijastro Hipólito, que la rechazó, por lo que Fedra, en venganza, lo acusó ante su padre de haberla pretendido y Teseo, con su maldición, causó la muerte de Hipólito.

tes masculinos que con mujeres. Así que él, tras abandonar Naucratis, pues era allí donde tenían lugar estos hechos, se había instalado cerca de Menfis, había comprado una nave a sus expensas y la patroneaba en el Nilo.

Cuando vio a Apolonio remontando el Nilo, mientras él iba de descenso, y comprendió, por los mantos y los libros que estudiaban atentamente, que se trataba de un grupo compuesto por hombres sabios, les rogó que le concedieran acompañarlos en el viaje, porque era un enamorado de la sabiduría. Apolonio dijo:

—Es sensato este joven, amigos; por tanto, que se dé satisfacción a lo que solicita.

Y le contó a los discípulos que se hallaban cerca de él la historia de la madrastra, bajando la voz, mientras el jovencito aún se les estaba acercando. Cuando las naves tocaron y Timasión transbordó, después de decirle a su timonel algo sobre la carga, saludó a Apolonio y sus compañeros.

Apolonio le invitó con los ojos a sentarse y le dijo:

—Joven egipcio, pues pareces uno de los naturales del lugar, dime qué has hecho de malo o de bueno, pues de lo uno habría disculpa para ti, por mi parte, a causa de tu edad, y, elogiado por lo otro, podrías practicar la filosofía en mi compañía y en la de éstos. Al ver a Timasión ruborizado y cambiando de parecer en el gesto de su boca, entre decir algo o no, insistía una y otra vez en interrogatorio, como si no tuviera ningún conocimiento previo sobre él, así que Timasión cobró ánimo y dijo:

—¡Dioses! ¿Qué decir de mí? Pues malo, no lo soy, pero si es preciso considerarme bueno, no lo sé, pues el no haber cometido injusticia no es de por sí motivo de elogio.

Y Apolonio le respondió:

—¡Vaya, jovencito! Me hablas como uno de los indios, pues esa era la opinión del divino Yarcas[401]. Pero dime, ¿cómo es que eres de ese parecer y desde hace cuánto tiempo? Pues te asemejas a quien trata de guardarse de cometer algún pecado.

Y cuando comenzó a contar cómo su madrastra se había visto atraída hacia él, y él mismo se había apartado de la enamorada mujer, se alzó un clamor por la forma tan divina con la que Apolonio había profetizado lo mismo, y Timasión dijo como respuesta:

—¡Señores! ¿Qué os ocurre? Pues tan lejos está lo que he dicho del asombro, cuanto, creo, de la risa.

Y Damis le contestó:

—Por otra cosa nos admiramos que tú aún no conoces. Y a ti, jovencito, te elogiamos porque no crees haber hecho nada extraordinario.

—¿Celebras sacrificios en honor de Afrodita, jovencito? —preguntó Apolonio.

—Sí, por Zeus —contestó Timasión—, a diario, pues la considero una diosa fundamental en los asuntos humanos y en los divinos.

Muy complacido, dijo Apolonio:

—¡Votemos, amigos, coronarlo por su moderación con mayor motivo que a Hipólito, el hijo de Teseo, pues éste injurió a Afrodita y, precisamente por eso, no participó de los placeres sexuales ni tampoco lo rondó amor alguno, sino que le tocó en suerte una naturaleza más bien agreste y despiadada! Éste, en cambio, aun cuando reconoce que se halla sometido a la diosa, no se ha visto afectado en absoluto ante la enamorada mujer, sino que se marchó, temiendo a la diosa si no se guardaba de caer en bajas pasiones. El mero hecho de calumniar a cualquiera de los dioses, como Hipólito a Afrodita, no lo considero propio de la moderación,

---

[401] Cf. III 25.

pues hay más moderación en hablar bien de todos los dioses y especialmente en Atenas, en donde incluso en honor de dioses desconocidos se alzan altares[402].

Este fue el discurso acerca de Timasión. Por lo demás, lo llamaba Hipólito, por los ojos con los que había visto a su madrastra. Parecía también haber cultivado su cuerpo, y practicaba la gimnasia con mucho encanto.

4 *El templo de Memnón; el desterrado*

Tomándolo como guía afirman que llegaron al templo de Memnón. Sobre Memnón, Damis nos escribe lo siguiente: que fue hijo de la Aurora, pero que no murió en Troya[403], porque ni siquiera llegó a Troya, sino que murió en Etiopía, tras haber sido rey de los etíopes durante cinco generaciones. Éstos, dado que son los más longevos de los hombres, lamentan a Memnón exactamente como a un joven y lo lloran como a quien ha muerto prematuramente. El lugar en el que se alza su estatua dicen que se parece a una antigua plaza como las ágoras que quedan en las ciudades de antigua fundación, que presentan ruinas de columnas, vestigios de murallas, asientos, jambas, imágenes de Hermes, destruidos unos por la mano del hombre, otros por el tiempo.

La imagen, de una persona aún sin barba, está orientada hacia la salida del sol y es de piedra negra; ambos pies están unidos según el estilo de las estatuas de Dédalo[404]. Los brazos se apoyan, rectos, en el asiento,

---

[402] En efecto, San Pablo, en los *Hechos de los Apóstoles* XVII 23, refiere la existencia en el Areópago de Atenas de un ara con la dedicatoria «al dios desconocido», probablemente homenaje a una divinidad no catalogada, cf. E. NORDEN, *Agnostos Theos*, Berlín-Leipzig, 1913.

[403] Según refería un poema épico del Ciclo, perdido, la *Etiópida*, cf. la traducción de los fragmentos y reconstrucción de la obra en mis *Fragmentos...*

[404] Dédalo es un artesano mítico, al que se le atribuía el La-

pues está sentado, pero en el momento de ir a levantarse. Esta actitud, la expresión de sus ojos y la tan celebrada boca, que parece que va a hablar, dicen que lo admiraron menos durante un cierto tiempo, pues aún no se les mostró en acción, pero al incidir sobre la estatua los rayos, y esto ocurrió a la salida del sol, no pudieron contener su asombro, pues nada más incidir el rayo sobre la boca produjo un sonido y pareció que sus ojos se ponían brillantes, como los de los que suelen tomar el sol. Dicen que comprendieron entonces por qué parece que está levantándose hacia el sol, como los que se alzan para honrar a un poder superior. Así pues, tras haber celebrado un sacrificio en honor del Sol Etíope y de Memnón, el hijo de la Aurora —pues le explicaron los sacerdotes que le daban el primer nombre por lo de «quemar y calentar»[405], y el otro, por su madre—, se encaminaron sobre camellos hacia el país de los Gimnosofistas.

A un hombre al que se encontraron, ataviado al modo 5
de los menfitas y más extraviado que encaminado, le preguntaron los de Damis quién era y por qué andaba errante, pero Timasión dijo:

—Preguntádmelo a mí, no a él, pues ese no os contaría lo que le ha ocurrido por vergüenza de la situación en la que se halla. En cambio yo, que conozco a ese hombre y siento piedad por él, os contaré todo lo que a él se refiere. El caso es que mató a un menfita sin querer. Prescriben las leyes de Menfis que el desterrado por una muerte involuntaria —pues debe ser desterrado— esté con los Gimnosofistas, y en caso de

berinto de Creta. En la antigüedad (y la denominación en ha mantenido en ocasiones en tratadistas modernos) se llamaba estilo de Dédalo al de las esculturas más arcaicas.

[405] Juego etimológico intraducible entre «quemar» (griego *aíthō*) y «etíope» (griego *aithíops*). La relación etimológica es cierta, pues *aithíops* significa «cara quemada», es decir, «negro».

que se purifique de la muerte, vuelva a la sociedad ya purificado, una vez que haya ido primero a la tumba de su víctima y haya celebrado allí un sacrificio no grande. Durante el tiempo que pasa hasta que se encuentra con los Gimnosofistas es preciso que vague por estas fronteras hasta que lo perdonen como a un suplicante.

Le preguntó entonces a Timasión Apolonio qué opinión tenían los Gimnosofistas sobre el desterrado aquel, y éste contestó:

—No lo sé, pues éste es ya el séptimo mes que permanece aquí como un suplicante y aún no hay liberación.

—No hablas de hombres sabios —repuso— si no lo purifican, y tampoco saben que Filisco, al que mató ese, descendía de Tamoo[406] el egipcio, que devastó antaño la región de los Gimnosofistas.

Así que Timasión, admirado, le dijo:

—¿Qué dices?

—Sólo lo que realmente ha sucedido, jovencito —contestó—. Pues cuando Tamoo planeaba antaño una revolución contra los menfitas, los Gimnosofistas lo pusieron en evidencia y se lo impidieron. Y él, al fallar en su intento, asoló toda la región que ellos cultivan, pues tenía tiranizados por el bandidaje los alrededores de Menfis. Ese Filisco, al que ese mató, veo que era su decimotercer descendiente, evidentemente enemigo jurado de estos cuya tierra devastó antaño Tamoo. ¿Cómo es posible que sean sabios si a aquel al que debían coronar, incluso si lo hubiera matado con premeditación, no lo purifican por un crimen involuntario y cometido en provecho de ellos?

Atónito, dijo el muchacho:

---

[406] Tamoo es un rey de la Tebas egipcia citado por PLATÓN, *Fedro* 274d.

—Extranjero, ¿quién eres?

Y Apolonio le contestó:

—Uno al que podrías encontrar junto a los Gimnosofistas. Pero dado que está prohibido por la religión dirigirme a quien ha cometido un delito de sangre, exhórtale, joven, a tener ánimo, en la idea de que en seguida se verá purificado, si va a donde yo me hospedo.

Cuando se presentó, tras haber llevado a efecto cuanto prescriben Empédocles y Pitágoras sobre purificaciones [407], le exhortó a volver a la sociedad, como purificado ya de su culpa.

Los Gimnosofistas y el engaño de Eufrates

Una vez que partieron de allí al salir 6
el sol, llegaron antes del mediodía al lugar de meditación de los Gimnosofistas.

Aseguran que estos Gimnosofistas habitan en una colina de escasa altura, a poca distancia de la ribera del Nilo; asimismo, que en sabiduría eran inferiores a los indios con mayor diferencia de lo superiores que eran a los egipcios, y que andaban casi desnudos, al modo de los que toman el sol en Atenas. En su demarcación hay pocos árboles y un bosquecillo no grande, en el que se reúnen para los asuntos de la comunidad, pero no erigen santuarios en el mismo sitio, como los de los indios, sino cada uno en un lado de la colina, dignos todos de interés, según los relatos de los egipcios.

Rinden un culto especial al Nilo, pues consideran este río como tierra y agua a la vez. No necesitan en absoluto ni choza ni casa, viviendo como viven al aire libre y a cielo abierto. No obstante, para cobijar a los

---

[407] Se conservan en efecto fragmentos de un poema de Empédocles con el título de *Purificaciones*. En cuanto a la idea pitagórica de la purificación por medio de la filosofía, cf. W. K. C. Guthrie, *A History of Greek Philosophy*, I, Cambridge, 1962, págs. 204-205.

extranjeros han construido un albergue, un pórtico no grande, de iguales dimensiones que los de los eleos, bajo los que el atleta aguarda la llamada de mediodía.

7 En este punto relata Damis una acción de Éufrates que no debemos considerar como una niñería, sino algo menos honorable de lo que conviene a la filosofía. Dado que le había oído a menudo a Apolonio que deseaba comparar la sabiduría india con la egipcia, envió junto a los Gimnosofistas a Trasibulo de Naucratis, para calumniar a nuestro hombre. Éste declaró que venía a entrevistarse con ellos, y que asimismo llegaría el de Tiana, pero que éste iba a provocarles un conflicto no pequeño, pues se consideraba mucho más inteligente que los sabios indios, a los que ensalzaba en todas sus conversaciones, y les había preparado infinidad de pruebas, y asimismo que en modo alguno era inferior ni al sol, ni al cielo ni a la tierra, pues él mismo los movía, transportaba y trasladaba a donde quería.

8 Tras haber urdido tales historias se fue el de Naucratis, pero ellos, tomándolas por ciertas, no le negaban una entrevista al reción llegado, sino que fingían que estaban atendiendo asuntos importantes y que se hallaban continuamente dedicados a ellos, pero que podrían sostener con él conversaciones si tenían tiempo y si se enteraban de qué quería y qué deseo le movía a llegar allí.

El que llegó de parte de ellos los invitó a alojarse en el pórtico, pero Apolonio dijo:

—No me hables de techo, pues a todos les permite el cielo de aquí vivir desnudos —censurándolos porque no iban desnudos por ascetismo, sino por necesidad—. En cuanto a qué deseo y por qué llego, no me extraña que aún no lo sepan, pero los indios no me lo preguntaron.

Apolonio, recostado sobre uno de los árboles, estaba 9
respondiendo a sus compañeros a cuanto le iban preguntando, mientras Damis, llevándose aparte a Timasión, le preguntó en privado:

—Esos Gimnosofistas, buen amigo, pues tú has convivido con ellos, como es natural, ¿en qué son sabios?

—En muchas e importantes cosas —contestó.

—En verdad —respondió— que no es sabio su comportamiento con nosotros, noble amigo, pues no sostener una entrevista acerca de la sabiduría con un hombre como éste y mostrar con él este orgullo, no sé qué llamarlo, sino humos, compañero.

—¿Humos? Nunca antes los vi en ellos, aunque vine ya dos veces, pues siempre son mesurados y corteses con los que han venido a relacionarse con ellos. Precisamente hace poco, quizá unos cincuenta días, Trasibulo hizo un viaje por aquí. Sin haber hecho nada brillante en filosofía, ellos lo acogieron de buen grado, porque se declaró discípulo de Éufrates.

—¿Qué dices, muchacho? —dijo Damis—. ¿Viste tú a Trasibulo de Naucratis en ese lugar de meditación?

—Más que eso —contestó—, lo llevé en mi nave a su regreso de allí.

—¡Ahora lo comprendo todo, por Atenea! —dijo Damis a grandes voces e irritado—. Pues me parece que nos han jugado una mala pasada.

Respondiéndole, le dijo Timasión:

—Ese hombre, cuando le pregunté ayer quién era, no me consideró aún digno de compartir ese secreto. Pero tú, si eso no es un misterio, dime quién es, pues quizá también yo pueda ayudaros en la consecución de lo que buscáis —y cuando le oyó a Damis que era el de Tiana, añadió:— Has dado en el clavo. En efecto Trasibulo, cuando descendía por el Nilo conmigo, al preguntarle yo por qué había subido hasta aquí, me explicó que su sabiduría no era noble, admitiendo que había

llenado a estos Gimnosofistas de sospechas contra Apolonio, para que fuera mal visto cuando llegara. De dónde provienen sus diferencias con él, no lo sé, pero el recurrir a calumnias lo considero cosa de mujeres y de gente sin educación. Yo podría informarme de qué disposición tienen yéndome a hablar con esos hombres, pues son amigos míos.

Regresó Timasión al atardecer, sin decirle a Apolonio nada, sino que había hablado con ellos, pero anunciándole en privado a Damis que vendrían al día siguiente, satisfechos de lo que le habían oído a Trasibulo.

Discursos de Tespesión

10 Después de haber conversado aquella tarde de temas corrientes y no dignos de conservarse por escrito, se acostaron donde habían cenado y con el día, Apolonio, tras haber rendido culto al Sol como acostumbraba, se había puesto a meditar sobre una cuestión. Nilo, que era precisamente el más joven de los Gimnosofistas, se le acercó corriendo y le dijo:

—Venimos junto a ti.

—Es razonable —contestó Apolonio—, dado que también yo hice por vosotros el camino desde el mar hasta aquí.

Dicho esto, siguió a Nilo. Tras haberlos saludado y haber sido saludado por ellos, se agruparon alrededor del pórtico.

—¿Dónde nos reuniremos? —dijo.

—Allí —respondió Tespesión, señalando la arboleda. Tespesión era el más anciano de los Gimnosofistas y él mismo los guiaba a todos, mientras que los demás, como los helanodicas [408] tras el más anciano, lo seguían con paso decoroso y pausado. Después de que se hubieron sentado, cada uno donde le pareció, pues eso ya no

[408] Esto es, los jueces y árbitros de los Juegos Olímpicos.

lo hacían observando un orden, miraron todos a Tespesión, como al anfitrión de un discurso, y él comenzó del siguiente modo:

—Dicen, Apolonio, que conoces Pito y Olimpia, pues eso es lo que me anunció aquí Estratocles de Faro, que asegura que se encontró contigo allí. Asimismo dicen que Pito sale a recibir a los que llegan a ella[409] con música de flautas, cánticos y al son de la cítara, que los honran con comedias y tragedias y que luego ofrecen la competición gimnástica, mucho después de todo eso. En cambio, Olimpia rechaza tales prácticas como inadecuadas y no apropiadas allí, sino que allí presentan a los que a ella van a los atletas desnudos, habiendo sido Heracles el que instauró esas prácticas. Considera de igual modo, respecto a la sabiduría de los indios, la de aquí. Efectivamente, ellos, como los que invitan a Pito, se ganan a la gente con variados encantamientos, mientras que nosotros, como en Olimpia, vamos desnudos. La tierra no tiende aquí ningún lecho, ni nos proporciona, como a las bacantes, leche o vino, ni el aire nos mantiene en levitación, sino que, usando como lecho la propia tierra, vivimos compartiendo con ella lo que produce naturalmente, en la medida en que lo ofrezca alegremente y no se vea torturada en contra de su voluntad. Pero, como prueba de que no somos incapaces de hacer prodigios, ¡tú, árbol! —dijo. Era un olmo, el tercero, a partir de aquel a cuyo amparo dialogaban—. ¡Saluda al sabio Apolonio!

Y lo saludó, como se le había ordenado, el árbol. Y su voz era articulada y femenina. Aquella demostración contra los indios la hizo porque deseaba hacer desistir a Apolonio de su estimación por ellos, en vista

---

[409] A asistir a los Juegos Píticos, que se celebraban en Pito, esto es, en Delfos.

de que siempre estaba refiriéndole a todos los discursos y acciones de los indios.

Aún añadió Tespesión lo siguiente: que le era suficiente al sabio mantenerse puro de cuanto alimento hubiera tenido vida, del deseo que penetra por los ojos y de la envidia que llega a la mano y a la voluntad como maestra de injusticias. Asimismo, que la verdad no necesitaba de la realización de milagros ni de artes de magia.

—Mira, pues, a Apolo Délfico —añadió— que se asienta en la parte central de Grecia para la proclamación de sus oráculos. Allí, como seguramente sabes tú mismo, el que requiere una respuesta le hace una breve pregunta y Apolo, sin hacer ningún prodigio, le dice cuanto sabe. Aunque le sería fácil sacudir el Parnaso entero y hacer que la Castalia[410] manara vino, alterando sus fuentes, y no permitir que el Cefiso siguiera siendo un río, él, sin ufanarse con ninguna de estas cosas, revela la pura verdad. Pensemos que ni el oro ni las ofrendas que se consideran espléndidas le llegan a él por su voluntad, ni se alegra por el templo, aunque apareciera como doble de lo que es ahora. En efecto, ese dios habitó antaño una modesta morada y le fue construida una pequeña cabaña para la que dicen que unas abejas acumularon cera y unos pájaros sus plumas[411]. La sencillez es maestra de la sabiduría y maestra de la verdad. Elogiándola, parecerás realmente sabio, olvidado de las historias oídas entre los indios. Pues un «haz esto», o «no lo hagas», o «sé», o «no sé», o «esto, pero no aquello», ¿qué necesidad tiene de estrépito? ¿O qué necesidad de tronar, y más aún, de dejar atónito?

---

410 Fuente de Delfos.

411 PAUSANIAS, X 5, 9, refiere la tradición, según la cual los Hiperbóreos le enviaron a Apolo un templo de cera y plumas.

Tú has visto en descripciones de pinturas el Heracles de Pródico[412], cómo Heracles es un joven, aún en el momento de elegir su forma de vida, y cómo la maldad y la virtud, disputando entre ellas, tratan de arrastrarlo: la una, ataviada con oro y collares, con un vestido teñido de púrpura, con color en las mejillas, bucles en su cabellera y pintura de ojos, y tiene incluso sandalias de oro, pues está representada también caminando orgullosamente sobre ellas. La otra, en cambio, la virtud, se asemeja a una mujer muy trabajada, de mirada seca, que usa de sus arrugas como adorno. Descalza, es modesta en su vestimenta; incluso aparecería desnuda, si no conociera lo que es en las mujeres decoroso. Imagínate que tú mismo, Apolonio, te hallas de pie entre la sabiduría india y la de nuestro país, y que oyes a la una decir que tenderá para ti flores, para que reposes, y, ¡por Zeus!, que te dará de beber leche y te alimentará con panales y que habrá a tu disposición néctar junto a ella, y alas, cuando quieras, y hará rodar en tu honor trípodes para beber, y tronos de oro. Y no te esforzarás en absoluto, sino que todo llegará hasta ti por sí mismo. Y que, en cambio, le oyeras a la otra decir que es preciso que te acuestes en el polvo y que demuestres tu esfuerzo, desnudo como nosotros, y que lo que no te llegue por haberte esforzado, ni debes considerarlo grato ni agradable, ni debes ser jactancioso, ni cazador de vanidades, sino separarte de cuantas visiones de sueños te alzan sobre la tierra. Si haces tu elección como la de Heracles y usas de una voluntad de acero sin deshonrar a la verdad ni rechazar la sencillez de la naturaleza, dirás que has dominado a muchos leones y que has

[412] El filósofo Pródico de Ceos, contemporáneo de Sócrates y autor de una conocida alegoría en la que se situaba a Heracles entre el Vicio y la Virtud, reproducida por Jenofonte, *Memorables* II 1, 21-34 (= Pródico, *Fr.* 2 Diels-Kranz).

degollado muchas hidras, Geriones y Nesos y cuantos trabajos realizó aquél. Pero si aprecias la vida de los mendigos, halagarás ojos y oídos, y no parecerás más sabio que otro, sino que llegarás a ser el trofeo de un Gimnosofista de Egipto.

11 *La respuesta de Apolonio*

Cuando hubo dicho esto se volvieron hacia Apolonio todos: sus discípulos, sabedores de lo que iba a contestar; los de Tespesión, intrigados por lo que iba a responder. Y él, tras haberle elogiado por su fluidez y vigor oratorio, le dijo:

—¿Tienes algo que añadir?

—No, por Zeus —respondió—, pues he terminado de hablar.

—¿Ni tampoco ninguno de los demás egipcios? —siguió preguntando:

—A todos los has escuchado por mi boca —repuso.

Así pues, tras hacer una breve pausa y con los ojos fijos, respondió así a lo que se le había dicho:

—¡Sabios de los egipcios! La elección de Heracles, la que Pródico menciona que hizo en su juventud, ha sido contada por vosotros sanamente y según el espíritu de la filosofía, pero nada tiene que ver conmigo. Pues no vengo para tomaros como consejeros sobre mi modo de vida —pues hace tiempo que elegí el que me pareció bien—, a más de que, como soy el de más edad, excepto Tespesión, sería más natural que, ya que he llegado aquí, fuera yo el que os aconsejara a vosotros sobre la elección de la forma de sabiduría, si no la hubierais elegido aún. Con todo, a pesar de mi edad y de haber llegado a tan alto grado de sabiduría, no vacilaré en aceptaros como jueces de mi propia decisión, enseñándoos con cuánta razón escogí esta forma de vida, mejor que la cual ninguna ha llegado aún a mi conocimiento. Pues tras haber descubierto en Pitágoras algo grande y cómo, por una sabiduría secreta,

no sólo conocía de sí mismo cómo era, sino también cómo iba a ser, y con cuánta pureza se acercaba a los altares, y cómo mantenía su vientre sin mancha de alimento dotado de vida y puro su cuerpo de todos los vestidos que estuvieran hechos de animales muertos, y cómo fue el primero de los hombres que contuvo su lengua, tras haber hallado la regla de «silencio del buey sobre ella»[413], y configuró el resto de su filosofía como oracular y verdadera, corrí hacia sus doctrinas, y no tras haber elegido una sola sabiduría entre dos, como tú me recomiendas, excelente Tespesión. En efecto, una vez que la filosofía me presentó sus doctrinas, cuantas hay, revistiéndolas del ornato que es propio de cada una, me invitó a contemplarlas y a elegir con sensatez. Así pues, la belleza de todas era augusta y divina, y cualquiera habría cerrado los ojos por la turbación ante algunas de ellas, pero mi mirada iba fijándose en todas, pues ellas incluso me animaban, acercándose y proclamando por anticipado cuánto iban a darme. Y es que una de ellas aseguraba que sin ningún esfuerzo derramaría sobre mí una gran multitud de placeres[414]; otra, que tras mi esfuerzo, me concedería el reposo[415]; otra, que mezclaría los deleites al esfuerzo[416], y por todas partes aparecían los placeres, y, sueltas las riendas del vientre, dispuesta la mano para la riqueza, ningún freno a los ojos, sino se me ofrecían amores, deseos y experiencias por el estilo. Una de ellas, sin embargo, alardeaba de apartarme de tales cosas[417], pero era osada, amiga de injuriar y de apartarlo todo a codazos.

[413] Frase proverbial entre los griegos para indicar una obligación imperiosa de guardar silencio, cf. por ejemplo ESQUILO, *Agamenón* 36.

[414] El epicureísmo.

[415] El estoicismo.

[416] El peripatetismo.

[417] El cinismo.

Vi una forma secreta de sabiduría por la que antaño Pitágoras se había sentido atraído, pero no se encontraba entre la mayoría, sino que se mantenía apartada de ellas y guardaba silencio; pero, al percatarse de que yo no me adaptaba a las demás, pero aún no conocía la suya, dijo: «Muchacho, yo soy desabrida y llena de fatigas, pues si alguno llegara a mi lado, tendría que elegir el rechazar cualquier mesa en la que se sirvan animales, antes vivos, olvidarse del vino y no ofuscar la crátera de la filosofía que se alza en las almas que no conocen el vino, ni te calentará un manto ni lana que haya llevado encima un ser vivo; sino que les ofrezco zapatos de corteza, dormir donde uno se encuentra, y, si los veo vencidos por los placeres sexuales, dispongo de precipicios a los que los lleva y empuja la justicia, servidora de la sabiduría. Tan rigurosa soy para los que eligen mi camino, que incluso poseo cadenas para sus lenguas. Pero lo que tendrás, si tienes valor para ello, lo vas a saber por mí: moderación y justicia desde el primer momento; no considerar envidiable a nadie, ser más temible para los tiranos que sometido a ellos, parecerle a los dioses más grato cuando ofreces un pequeño sacrificio que los que derraman en su honor la sangre de los toros, y te concederé incluso, si te mantienes puro, la presciencia, y llenaré tus ojos de un resplandor capaz de reconocer a un dios, conocer a un héroe y poner en evidencia a los fantasmas del mundo de las sombras cuando adopten engañosamente figuras de hombres.»

Ésta es la vida que he elegido, sabios de los egipcios. Después de haberla escogido sanamente y de acuerdo con Pitágoras, ni la defraudé ni fui defraudado por ella, pues llegué a ser lo que debe ser quien se dedica a la filosofía, y todo cuanto dijo que iba a darme, en caso de practicar esa filosofía, lo poseo. Efectivamente he filosofado sobre los orígenes del arte y de dónde

proceden sus principios, y me pareció que era propio de hombres expertos en lo divino y excelentemente versados en el alma, las fuentes de cuyo origen son la inmortalidad y el ser increada.

En efecto, no me parecía en absoluto coincidente con los atenienses esa doctrina. Pues la doctrina de Platón, la que proclamó allí acerca del alma, de un modo inefable y pleno de sabiduría [418], ellos la denigraron, adoptando acerca del alma opiniones contrarias a esa y no verdaderas. Y era preciso indagar qué ciudad hay o qué raza de hombres entre los que, no uno sí y otro no, sino las gentes de todas las edades, expresaran la misma opinión acerca del alma. Y yo, como me impulsaba en esa dirección mi juventud, así como el no tener aún sabiduría suficiente, dirigí mi vista hacia vosotros, porque se decía que poseíais conocimientos extraordinarios sobre múltiples cuestiones, así que se lo conté a mi maestro, pero él se contuvo y me dijo: «Si fueras un enamorado o tuvieras la edad de amar, te encontraras a un muchacho hermoso y, admirado por su belleza, le preguntaras de quién es hijo, y se diera el caso de que él procediera de un padre caballero y estratego y sus abuelos fueran coregos, pero tú lo llamaras hijo de un trierarco o filarco [419], ¿crees acaso que por esos procedimientos te atraerías sus afectos, o más bien le parecerías desagradable, por no llamar al muchacho por el nombre de su padre, sino por el de un origen ajeno y espurio? Por lo tanto,

---

[418] Especialmente en el diálogo *Fedón.*

[419] Los coregos eran quienes costeaban económicamente los gastos de los coros que se usaban para las obras teatrales; solían ser ciudadanos adinerados. Los trierarcos eran quienes equipaban a sus expensas una trirreme o barco de guerra, o bien quienes las comandaban. Los filarcos eran los comandantes de cada uno de los cuerpos de caballería que correspondía a cada tribu.

enamorado como estás de la sabiduría que los indios descubrieron, ¿no la vas a llamar por el nombre de sus padres naturales, sino por el de los adoptivos, concediéndoles así a los egipcios un don mayor que si de nuevo a ellos, como ellos mismos cuentan, el Nilo les creciera mezclado con miel? Ello me hizo dirigirme a los indios antes que a vosotros, en la idea respecto a ellos de que tales hombres son más sutiles de inteligencia, por frecuentar rayos de luz más puros, y están más en lo cierto en sus opiniones sobre la naturaleza y los dioses porque, próximos a los dioses, habitan junto a los principios de la esencia cálida y engendradora de vida. Al encontrarme con ellos, sentí ante su mensaje algo parecido a lo que dicen que, ante la sabiduría de Esquilo, sentían los atenienses. En efecto, él se hizo poeta de la tragedia, pero, al ver su arte falto de elaboración y no adornado aún, abrevió los coros, que eran muy prolijos, e inventó los diálogos entre los actores, por evitar la desmesurada longitud de las monodias[420], e ingenió el morir entre bastidores, para que no se matara a la vista del público, ¡que eso le haga aparecer como no privado de talento, pero acéptese que también habría podido ocurrírsele la idea a otro menos diestro para la poesía! Pero él, conocedor en primer lugar de sí mismo, como para crear un lenguaje adecuado a la composición de una tragedia, y conocedor además de su arte, como para hacerlo más adecuado para lo grande que para lo humilde y rastrero, adoptó un atrezzo asimilable a las índoles de sus héroes, encaramó a los actores en el coturno, para que caminaran a la altura de aquellos, y fue el primero que los atavió con las prendas que les dieran un aspecto adecuado a los héroes y heroínas, por lo cual los atenienses lo consideraban padre de la tragedia, y lo

---

[420] Cf. Aristóteles, *Poética* 1449a.

invitaban, incluso muerto, a las Dionisias[421], pues las obras de Esquilo, de acuerdo con un decreto oficial, se seguían representando y recibían premios de nuevo. Con todo, poco es el deleite por una tragedia bien representada, pues agrada en un momento del día, breve como la estación de las Dionisias, pero el deleite por una filosofía adecuada a lo que Pitágoras reconoció como justo e inspirado por la divinidad, como la de los indios ya antes de Pitágoras, ese no es para un breve momento, sino para el infinito y más de lo que puede calcularse. Así que me parece que no me ha ocurrido algo anormal al verme vencido por una filosofía bien presentada, que los indios, tras disponerla en la forma que merecía, han sacado a escena sobre un mecanismo excelso y divino[422]. Además, que con justicia los admiré y que con justicia los considero sabios y felices, es hora de hacéroslo evidente. Vi unos hombres que vivían sobre la tierra y no sobre ella, fortificados sin fortificaciones y sin poseer otra cosa que lo de todos[423]. Y si recurro a acertijos, la sabiduría de Pitágoras los permite, pues nos dotó para hablar en acertijos, tras haber descubierto que la palabra es la maestra del silencio. Acerca de esta sabiduría llegasteis a tomar consejo de Pitágoras también vosotros, por el tiempo en el que alababais la filosofía de los indios, dado que indios erais en un lejano principio. Pero como os da vergüenza del motivo por el que llegasteis aquí, el enojo de la tierra contra vosotros, preferisteis parecer otra cosa que etíopes que vinisteis de

[421] Fiestas en honor de Dioniso, celebradas en el Atica, en las que tenían lugar concursos teatrales.

[422] Prosiguiendo con la comparación con el teatro, se refiere a los mecanismos escénicos usados en las antiguas representaciones, como el llamado *ekkýklēma,* plataforma sobre ruedas que permitía mostrar escenas ocurridas en interiores.

[423] Cf. III 15.

la India, y habéis puesto en eso todo vuestro empeño. Por ello os desnudasteis de todos los atavíos que de allí traíais, como si al mismo tiempo pudierais desvestiros de ser etíopes, y decretasteis dar culto a los dioses al modo egipcio en vez de al vuestro, y os dedicasteis a las habladurías no elogiosas sobre los indios, como si no fuerais vosotros mismos los injuriados al injuriar a aquellos de quienes procedéis. Y en eso al menos aún no os habéis reformado, vosotros que también hoy habéis hecho al respecto una exhibición de afán de insultar y satirizar, al decir que los indios no se emplean en nada útil, sino más bien en pasmar y en seducir los ojos y oídos de la gente y, sin conocer aún mi sabiduría, parecéis insensibles a la fama que sobre ella se asienta. No obstante, yo no diré nada sobre mí, pues ojalá fuera yo lo que los indios me consideran, pero a los indios no admito que se les ataque. Pero si alguno hay sano y os posee la sabiduría del hombre de Hímera [424], que, al cantar en un poema sobre Helena lo contrario de su versión anterior, lo llamó *Palinodia*, es hora ya de que también vosotros digáis: «No es cierta esa historia», cambiando la opinión acerca de ellos por una mejor que la ahora imperante. Mas, si vosotros carecéis de arte para una palinodia, al menos es preciso que respetéis a unos hombres a quienes los dioses, por considerarlos dignos de sus propios bienes, no se tienen por indignos de lo que ellos mismos poseen.

Te referiste, Tespesión, a la simplicidad y carencia de artificio con las que vaticina el oráculo pítico, y

---

[424] Esto es, el poeta Estesícoro, al que se atribuye un poema llamado *Palinodia*, en el que se retractaba de otro anterior en el que mantenía la versión homérica tradicional y defendía la inocencia de Helena respecto a la guerra de Troya. La *Palinodia* comenzaba «No es cierta esa historia, no fuiste en las naves bien provistas de bancos, ni llegaste a los alcázares de Troya», lo que explica la cita posterior.

llegó a convertirse para ti en modelo de tu razonamiento el templo formado de cera y plumas. Pero a mí ni siquiera eso me parece falto de artificio, pues el verso:

«Traed plumas, aves, y cera, las abejas»[425]

era propio de quien prepara una casa y un proyecto de casa; pero el dios, creo, por considerarlas cosas pequeñas y desmerecedoras de su sabiduría, requirió otro templo, y aún otro, ya de grandes proporciones y de cien pies de largo. En uno de ellos se dice que se hallaban colgados como ofrendas torcecuellos[426], poseedores de una capacidad de persuasión propia de sirenas, y que el dios había reunido las más preciosas de las ofrendas en el santuario pítico como adorno, y que no rechazaba la imaginería que se le llevaba al templo, consistente en estatuas colosales, unas de dioses, otras de hombres, otras de caballos, de toros y de otros animales. Ni tampoco rechazó a Glauco, una vez que llegó con el soporte de una crátera, ni la toma de la ciudadela de Troya que Polignoto[427] tiene allí pintada. Pues seguramente no consideraba el oro lidio como un ornamento del santuario pítico, sino que lo trajo por los griegos, por mostrarles, imagino, la riqueza de los bárbaros, para que la desearan más que saquear las de los demás; pero, con todo, adoptó la moda griega y adecuada a su propia sabiduría y engalanó con ella el

---

[425] GRIMAL, *Romans...*, pág. 1.522, sugiere que se trata de un verso de un himno de Boeo, poetisa que cantó al santuario de Delfos.

[426] Esto es, grifos, cf. nota 71.

[427] Se refiere a uno de los dos monumentos murales que representaba el Saco de Troya (el otro representaba a Ulises en los infiernos ante Tiresias), con figuras de tamaño natural que realizó en Delfos Polignoto, pintor de Tasos del siglo V a. C. El conjunto se ha perdido, pero nos han quedado de él las descripciones de los autores antiguos, como PAUSANIAS, X 25.1 sigs.

santuario pítico. Pienso que fue asimismo por adorno lo de recitar los oráculos en verso. Pues si no hubiera querido hacer tal exhibición, habría dado respuestas del estilo de «haz tal cosa» o «no la hagas» y «ve» o «no vayas» y «hazlos aliados» o «no los hagas», pues esas son las respuestas breves y, como decís vosotros, desnudas; pero él, para mostrarse grandilocuente y más grato a los que lo consultaban, adoptó una forma poética y no admitía que hubiera nada que no supiera, sino que incluso dice que sabía cuánta arena había, por haberla contado, y que había sondeado las medidas todas de la mar[428]. ¿Es que vas a atribuir también eso a una milagrería, cuando Apolo dicta sus oráculos dignamente y con un pensamiento recto? Pero si no tomaras a mal, Tespesión, lo que digo, hay viejas que, provistas de un cedazo, frecuentan a los pastores y a veces a los vaqueros, con la pretensión de que sanan a los animales enfermos con la adivinación, según dicen, y se creen dignas de ser llamadas «sabias», y más sabias que los auténticamente adivinos. Eso es lo que me parecéis también vosotros respecto a la sabiduría de los indios, pues ellos son divinos y se valen de un ornato de estilo como el de la Pitia, en cambio vosotros... Pero no voy a decir nada más, pues me es grato el hablar bien, cosa que, grata también a los indios, la aceptaría gustoso como compañera y guía al mismo tiempo de mi lengua, buscando lo que sea hacedero con el elogio y el aprecio de aquéllos, mas rechazando lo que no me fuera asible, sin mancha de censura. Y tú, al oír a Homero en el episodio de los cíclopes[429], cómo a los seres más salvajes y sin ley los alimenta una tierra silvestre e inculta, hallas placer en

---

[428] Referencia al oráculo délfico, en respuesta a una consulta de Creso, recogido por Heródoto, I 47.

[429] En el canto IX de la *Odisea*.

la historia, y si unos edones o unos lidios celebran bacanales, no pones en duda que la tierra les concederá fuentes de leche y de vino y les dará de beber; en cambio a esos bacantes de toda la sabiduría, ¿los privarás de los dones espontáneos que de la tierra proceden? Trípodes incluso movidos por sí solos acuden con frecuencia a los banquetes de los dioses[430], y Ares, por ignorante y enemigo que sea, nunca ha acusado a Hefesto por ello, ni es posible que los dioses hayan oído alguna vez una acusación de este jaez: «Cometes injusticia, Hefesto, por adornar el banquete de los dioses y rodearlos de prodigios.» Ni se ganó jamás una acusación por las sirvientas de oro, en la idea de que degradaba la materia, cuando confería aliento al oro, pues del adorno se preocupará cualquier arte, porque la propia existencia del arte fue un descubrimiento debido al adorno. El ir descalzo, y el manto de filósofo, y portar una alforja, son un hallazgo del adorno. Pues incluso el ir desnudo, como vosotros, parece un atavío descuidado y sencillo, pero se practica como un adorno y no dista mucho de eso que dicen de «con humos de otra clase»[431]. En cambio, los ritos del Sol, tanto los tradicionales de los indios como cualquiera con los que el dios se goce al ser objeto de culto, han de atenerse a su propia norma, pues los dioses subterráneos preferirán las fosas y los celebrados en cavidades de la tierra, pero el aire es el vehículo del Sol, y preciso es que los que van a cantarlo de forma adecuada se alcen de la tierra y compartan con el dios su caminar por las alturas. Y eso es lo que todos quieren, pero los indios son los únicos que pueden.

---

[430] Cf. nota 174.

[431] Respuesta de Platón a Diógenes que nos cuenta Diógenes Laercio, VI 26. Diógenes al pisar las alfombras de Platón, dijo: «Piso los humos de Platón», y éste repuso: «Con humos de otra clase, Diógenes».

12 *Otras conversaciones con los Gimnosofistas*

Damis dice que tomó aliento cuando lo hubo escuchado, pues se sintieron tan impresionados por las palabras de Apolonio los egipcios, que, por más que Tespesión fuera oscuro de tez, fue muy evidente que enrojeció y que se mostraba también en los demás un cierto estupor por lo que habían oído decir vigorosamente y con facilidad, y añade que el más joven de los egipcios, cuyo nombre era Nilo, incluso dio un salto de admiración y, allegándose a Apolonio, le tomó la mano y requirió que le contara las conversaciones que habían tenido lugar entre él y los indios, y que Apolonio le dijo:

—A ti ni una sola palabra te regatearía, porque eres, según veo, amigo de escuchar y aficionado a toda clase de sabiduría. Pero sobre Tespesión y sobre cualquier otro que considere charlatanería lo de los indios no voy a derramar las historias de allí.

Por lo cual Tespesión dijo:

—Si fueras un mercader o un armador y nos trajeras de allí un cargamento, ¿te parecería bien que, sólo porque fuera de la India, dispusiéramos de él sin comprobaciones y no se nos ofreciera una cata ni una muestra del mismo?

Y Apolonio le dijo en respuesta:

—La ofrecería a los que la reclamaran. Pero si uno, acercándose junto a la mar, recién arribado mi barco, vituperara mi cargamento y me calumniara a mí mismo, como si viniera de una tierra que nada sano produce, y me reprochara, como si navegara con mercancías inútiles, y convenciera a los demás para que pensaran de la misma manera, ¿te parece acaso que alguien que hubiera arribado a un puerto en esas condiciones echaría un ancla o una amarra? ¿Acaso no izaría velas y dirigiría más bien la nave a mar abier-

to, confiando lo suyo a los vientos de mejor gana que a unas gentes insensatas e inhospitalarias?

—Al menos yo —dijo Nilo— tomo tus amarras y te ruego, armador, que me hagas partícipe de la carga que traes. Incluso me enrolaría en tu nave como sobrecargo y vigilante de su cargamento.

Tratando Tespesión de acabar con aquella situación, 13
dijo:

—Me alegro, Apolonio, de que te irrites por lo que has oído. Pues podrías perdonar también que nos hayamos irritado por las calumnias que dirigiste contra la sabiduría de aquí, sin haber llegado nunca tampoco a su comprobación.

Y él, atónito por un momento ante sus palabras, dado que no había oído aún lo de Trasibulo y Éufrates, pero comprendiendo, como solía, lo ocurrido, dijo:

—A los indios, Tespesión, no les habría ocurrido eso, ni le habrían prestado atención a Éufrates cuando divulgaba tales historias, pues son sabios para conocer el porvenir. Yo por mi parte no me he enemistado por nada personal con Éufrates, sino por intentar apartarlo del dinero y del no elogiar otra cosa que la ganancia a toda costa. Pero me di cuenta de que le daba consejos incómodos y fuera de sus alcances, y que los considera un reproche, e igualmente de que no deja en ningún momento de intrigar contra mí. Mas, puesto que os pareció convincente al calumniar mi forma de ser, tened presente que os calumnió en primer lugar a vosotros. Son evidentes para mí los no pequeños peligros que caen sobre el calumniado, pues será odiado sin haber cometido falta alguna; mas tampoco me parece que se ven libres de peligros los que atienden a las calumnias, si primero van a incurrir en el reproche de haber respetado una falsedad y haberla dignificado como a una verdad; luego, en el de ligereza y credulidad —caer en las cuales es censurable incluso

en un joven—. Parecerán además envidiosos, por haber hecho de la envidia maestra de una información injusta, y ellos mismos se verán más incursos en las calumnias que consideran verdaderas en los demás, pues las naturalezas de los hombres son proclives a hacer aquello de cuya veracidad no desconfían. ¡Ojalá que nunca llegara a tirano un hombre proclive a todo ello, ni se pusiera al frente de una democracia, pues tiranía será incluso la democracia bajo su poder! ¡Que tampoco tenga que resolver un juicio, pues de nada podrá discernir! ¡Que no arme un barco, pues la nave se amotinará! ¡Que no mande un ejército, pues beneficiará al enemigo! ¡Y que no practique la filosofía en esta disposición, pues sus opiniones no se encaminarán a la verdad! A vosotros, Éufrates os ha desposeído incluso de ser sabios, pues aquellos a quienes atrajo con la mentira, cómo podrían considerarse a sí mismos dignos de la sabiduría de la que desertaron para tomar partido por el que les convencía de lo inverosímil?

Y, por apaciguarlo, le dijo Tespesión:

—Ya está bien de Éufrates y de temas ruines, pues incluso podríamos llegar a ser mediadores entre tú y él, porque también consideramos sabio el reconciliar a sabios.

—Y con vosotros —respondió— ¿quién me congraciaría? Pues es menester que el que ha sido víctima de una falsedad se vuelva enemigo por causa de la mentira... Mas quede así el asunto —dijo Apolonio— y dediquémonos a la conversación, pues eso va a congraciarnos más.

14 Ansioso Nilo por oír a nuestro hombre, dijo:

—Evidentemente es a ti a quien le es apropiado comenzar la conversación, explicándonos el viaje que hiciste al país de los indios, y las discusiones que sin duda mantuviste allí sobre temas brillantes.

—Yo, por mi parte —dijo Tespesión—, también deseo oírte hablar de la sabiduría de Fraotes, pues se dice que habéis traído de la India muestras de los razonamientos de aquél.

Así que Apolonio, dando comienzo a su discurso con lo ocurrido en Babilonia, les iba explicando todo, y ellos lo oían encantados, pendientes de sus palabras. Cuando llegó el mediodía, interrumpieron la conversación, pues es ese el momento en el que también los Gimnosofistas se consagran a sus cultos.

Historia de Nilo y su entusiasmo por Apolonio

Cuando se disponían a comer Apo- 15
lonio y los suyos, se presenta Nilo con verduras, panes y frutos secos, llevando él mismo unos y otras personas otros, y con mucha educación dijo:

—Los sabios os envían estos presentes de hospitalidad a vosotros y a mí, pues comeré con vosotros, no sin ser invitado, como dicen, sino invitándome a mí mismo.

—Grato es —dijo Apolonio— el presente de hospitalidad que nos traes, muchacho, tú mismo y tus modales. Tú pareces un filósofo sin fraudes, admirador de lo indio y de lo pitagórico, así que échate aquí y come con nosotros.

—Me echo —respondió— pero no tendrás tanta comida como para saciarme.

—Pareces —admitió— tener buen apetito y ser terrible para la comida.

—El más terrible —contestó—, pues tras haberme ofrecido tú un banquete tan bien provisto y tan espléndido, no me he saciado, sino que vengo al poco rato a comer de nuevo. ¿Qué dirías de mí, sino que soy insaciable y terriblemente glotón?

—Sáciate —dijo— y respecto a los temas de conversación, propón tú unos y yo te ofreceré otros.

16 Cuando acabaron de comer, dijo Nilo:

—Durante todo este tiempo he militado con los Gimnosofistas, formando con ellos como con tropas de infantería ligera u honderos, pero ahora voy a ponerme armadura pesada y será tu escudo el que me dé prez.

—Pero creo que tú, egipcio —contestó Apolonio—, te ganarás una inculpación de Tespesión y los demás, porque, sin habernos sometido a más pruebas, tú te has decidido por nuestros modos de vida más resueltamente de lo que permite una elección de vida.

—Lo sé —contestó— pero si va a haber una inculpación por haber elegido, quizá también hubiera inculpación por no haber elegido, y se verán acusados con mayor motivo al elegir lo mismo que yo. Pues el que ellos, que son más viejos que yo y más sabios, no hayan elegido hace tiempo lo que yo ahora, podría comportar una inculpación justa para aquéllos, porque, con la ventaja que llevaban, no eligieron para mejor lo que les iba a ser beneficioso.

—No carecen de nobleza, joven, las palabras que has dicho. Pero pon atención, no sea que, por el propio hecho de tener tal grado de sabiduría, pero tal edad, parezca que ellos han tomado aquel partido con razón y rechazan éste con un motivo lógico, y que tú, en cambio, has optado por una posición bastante arrogante, al tratar de inducirlos a ellos tú mismo en vez de seguirlos.

Mas el egipcio, refutando la opinión de Apolonio, dijo:

—En lo que era lógico que un joven siguiera a sus mayores no ha habido falta por mi parte, pues, cuando creía que en tales hombres había una sabiduría que no poseía ningún otro hombre, me hice discípulo de ellos. El motivo de mi decisión fue el siguiente: hizo en tiempos mi padre una travesía por su propia iniciativa, hasta el Mar Rojo —capitaneaba la nave que los

egipcios envían al país de los indios— y, cuando trabó relación con los indios de la costa, se trajo consigo varias historias acerca de los sabios de allí, muy parecidas a las que nos referiste. Al oírle presentar también a él un cuadro más o menos como el siguiente: que los indios eran los más sabios de los hombres, que los etíopes eran emigrantes de los indios que deben a sus antecesores su sabiduría y que tienen sus ojos puestos en el solar patrio, cuando llegué a ser un muchacho, dejé mi patrimonio a quienes lo quisieron y, desnudo, me uní a estos Gimnosofistas, para aprender los conocimientos de los indios o, al menos, otros hermanos de aquéllos. Y me parecieron sabios, pero no en aquellas cuestiones. Mas, al preguntarles yo por qué motivo no practicaban la filosofía de los indios emprendieron contra ellos con calumnias, de forma semejante a las que te han dicho hoy a ti; así que a mí, que aún era joven, como ves, me alistaron en su comunidad, por temor, creo, a que, tras apartarme de ellos, hiciera la travesía hasta el Mar Rojo, como en tiempos mi padre, cosa que, ¡por los dioses!, no habría dejado de hacer. Efectivamente, habría llegado hasta la colina de los sabios, si alguno de los dioses no te hubiera enviado hasta aquí en mi auxilio, de forma que, sin hacer una travesía por el Mar Rojo, y sin aventurarme por entre los habitantes del Golfo, pudiera yo gustar de la sabiduría india. No ha sido hoy cuando he tomado partido sobre mi vida, sino que lo tomé hace tiempo, pero sin tener lo que pensaba tener. En efecto, ¿qué hay de extraño en que alguien que ha fallado en aquello que buscaba, insista en su búsqueda? Y si también a aquellos los persuadiera de esto y me convirtiera en su consejero respecto a aquello de lo que me he convencido a mí mismo, ¿en qué sentido, dime, obraría de una forma arrogante? Pues a la juventud no debe negársele su capacidad de llegar por sí misma a mejo-

res conclusiones que la vejez, y de otro lado, el que llega a ser consejero para otro de la sabiduría por la que él mismo toma partido, evita evidentemente el reproche de que trata de convencer de lo que no está convencido, pero el que se encuentra con beneficios que le vienen merced a la fortuna y disfruta sólo de ellos, actúa injustamente contra esos bienes, pues los priva de aparecer como más agradables para más personas.

17 Cuando Nilo hubo acabado de expresar tales palabras, tan propias de un joven, Apolonio, respondiéndole, le dijo:

—¿Y no vas a hablarme primero de mi sueldo, ya que amas mi sabiduría?

—Hablemos —dijo Nilo— y lo que quieras, pídelo.

—Pues te pido —repuso— que, ya que tú mismo lo has elegido, te mantengas en tu elección, pero que no aburras a los Gimnosofistas aconsejándoles algo de lo que no vas a convencerlos.

—Obedeceré —respondió— y quede convenido el sueldo.

Así fue como trataron el asunto. Mas, cuando luego le preguntó Nilo cuánto tiempo pasaría con los Gimnosofistas, dijo:

—Cuanto tiempo merezca su sabiduría que uno esté con ellos. Después nos encaminaremos a las Cataratas, para ver las fuentes, pues es cosa agradable, no sólo ver el nacimiento del Nilo, sino también oírlo resonar.

18 *Discusión sobre las imágenes de los dioses*

Tras haber mantenido esta conversación y haber recordado algunos temas de los indios, se echaron en la hierba. Pero, con el día, después de ofrecidas las preces acostumbradas, siguieron a Nilo, que los llevaba a presencia de Tespesión. Una vez que se saludaron y se sentaron en la arboleda, ini-

ciaron una conversación. La comenzó Apolonio de la siguiente forma:

—Que es cosa muy importante no ocultar la sabiduría, lo evidencian las conversaciones de ayer. Pues después de que los indios me enseñaron de su sabiduría cuanto yo pensaba que era apropiado, me acuerdo de mis maestros y voy enseñando lo que les oí. También para vosotros podría resultar una ganancia si me despidierais, conocedor ya de vuestra sabiduría, pues no cesaría de transmitirles vuestras enseñanzas a los griegos, y de escribirles sobre ellas a los indios.

—Pregunta —le insistaron—, pues de alguna forma 19
a una pregunta le sigue un razonamiento.

Así que Apolonio les dijo:

—Acerca de los dioses será la primera pregunta que os haré. ¿En virtud de qué enseñanza habéis presentado imágenes de dioses insólitas y ridículas a los hombres de aquí, salvo en unos pocos casos? ¿En unos pocos? Más bien en poquísimos, en los que se han erigido de forma sabia y adecuada a un dios, pero el resto de vuestras imágenes parece que honra a animales irracionales e innobles más que a dioses.

Disgustado, repuso Tespesión:

—Y vuestras estatuas, ¿cómo dirás que están erigidas?

—Si duda de la forma más hermosa y reverente en que se puede representar a dioses —contestó.

—Hablas, supongo —prosiguió—, del Zeus de Olimpia y de la imagen de Atenea y de la diosa de Cnido, de la Argiva [432] y de cuantas otras hay igualmente hermosas y llenas de encanto.

---

[432] El Zeus sedente de Olimpia y la Atenea (probablemente la Atenea Parthenos, la diosa que acogía el Partenón), son obras de Fidias; la diosa de Cnido es la Afrodita, obra de Praxíteles, y la Argiva es Hera, imagen atribuida asimismo a Praxíteles. Son todas obras cumbres de la estatuaria griega.

—No sólo de esas —respondió—, sino afirmo que absolutamente toda la estatuaria entre los demás se atiene a lo decoroso, pero que vosotros ridiculizáis lo divino, en vez de creer en ello.

—Así que los Fidias y los Praxíteles, según eso —argumentó Tespesión—, tras haber subido al cielo y hecho moldes de las figuras de los dioses, los reprodujeron por su arte, ¿o es que había otra cosa que los condujo a moldearlos?

—Otra cosa —contestó Apolonio— plena, además, de sabiduría.

—¿Y cuál? —insistió—. Pues no podrías decir otra cosa que la imitación.

—Son obra de la fantasía[433] —aclaró—, una artesana más hábil que la imitación. Pues la imitación hará su obra de lo que vio, pero la fantasía, incluso de lo que no vio, pues la concebirá por referencia a lo existente. Y mientras que a la imitación la sacude a menudo el estupor, a la imaginación, nada, pues se dirige, intrépida, a lo que ella misma concibió. Es menester seguramente que, si uno concibe la imagen de Zeus, lo vea con el cielo, las estaciones y los astros, como Fidias emprendió en su día su tarea. Y si va a plasmar a Atenea, es menester que conciba en su mente el ejército, la sabiduría, las artes, y cómo surgió de un salto del propio Zeus. Pero si hicieras un halcón, una lechuza, un lobo o un perro, y lo llevaras a los templos en vez de a Hermes, Atenea y Apolo, los animales y las aves parecerán estimables, como tales imágenes, pero los dioses se verán muy menoscabados en su propia dignidad.

---

[433] Filóstrato expone aquí su propio concepto de la creación artística, más evolucionado que el de la mera *mímēsis* y que coincide con el expuesto por él mismo en otras obras, cf. BIRMELIN, «Kunsttheoretischen...», y MANTERO, *Ricerche...*, pág. 153, nota 3.

—Me parece que censuras superficialmente nuestra religión —contestó—; pues si algo hay sabio en los egipcios es exactamente no ser arrogantes respecto a las imágenes de los dioses, sino hacerlas simbólicas y con un significado oculto, porque parezcan de ese modo más venerables.

Echándose a reír prosiguió Apolonio:

—¡Vaya, hombre, grande es el beneficio que os ha reportado la sabiduría de los egipcios y etíopes, si va a parecer más venerable y más divino vuestro perro, vuestro ibis y vuestro macho cabrío! Pues eso es lo que le estoy oyendo decir al sabio Tespesión. Pero, de hecho, ¿que hay de venerable o atemorizador en ellas? Pues que los perjuros, los sacrílegos y la tropa de los ladrones de altares desprecien tales imágenes es más natural que el que las teman, y si son más venerables, en tanto que comportan un significado oculto, algo mucho más venerable resultarían los dioses en Egipto si no se les hubiera erigido ninguna estatua, sino usarais de la teología de otro forma más sabia y misteriosa. Pues seguramente era posible levantarles templos y haber fijado altares, así como establecido lo que era preciso sacrificarles y lo que era preciso no sacrificarles, y cuándo y en qué medida, y con qué dichos y qué hechos, y no haber introducido imagen alguna, sino haber dejado imaginar a los dioses a quienes frecuentan los templos, pues la mente delinea y configura algo mejor que la artesanía. Pero vosotros les habéis impedido a los dioses que sean vistos e imaginados de forma hermosa.

A ello replicó Tespesión:

—Hubo un ateniense, un tal Sócrates, un viejo insensato, como nosotros, que consideraba dioses al perro, al ganso y al plátano, y por ellos juraba[434].

[434] En efecto, en diversos diálogos de Platón se recoge esta costumbre socrática.

—Insensato, no —le rebatió—, sino divino y auténticamente sabio, pues no juraba por eso en calidad de dioses, sino para no jurar por los dioses.

Tespesión critica la flagelación laconia

20 Después de eso, Tespesión, como por cambiar de conversación, le preguntó a Apolonio acerca de la flagelación laconia[435] y si a los lacedemonios se les azotaba en público.

—Con toda la fuerza que le es posible a un hombre, Tespesión —contestó—, y especialmente a hombres libres y de noble cuna.

—Y a los siervos que cometen una falta —prosiguió— ¿qué les hacen?

—Ya no se les mata —contestó—, como autorizaba antaño Licurgo, sino que se usa el mismo látigo contra ellos.

—Y Grecia —insistió— ¿qué opinión tiene respecto a esos asuntos?

—Se congregan —explicó— como para las Jacintias y las Gimnopedias[436], para verlo con placer y con todo el interés.

—¿Y no se avergüenzan —dijo— los nobles griegos, tanto por ver azotados en público a los que antaño les gobernaron como por haber sido gobernados por hombres a los que públicamente se azota? Y tú ¿cómo no reformaste eso? Pues dicen que tú también te interesaste por los lacedemonios.

---

[435] Se refiere a una costumbre ritual del culto de Ártemis Ortia, la llamada *diamastigōsis* (cf. PLUTARCO, *Moralia* 239c-d), que consistía en la flagelación de los muchachos ante el altar de la diosa. Si bien en origen se trataba de un rito propiciatorio, con el tiempo se desposee de su contenido religioso, que ya no se entiende siquiera, y se transforma en un mero pretexto de competición.

[436] Dos fiestas laconias: las Jacintias en honor del héroe Jacinto, las Gimnopedias, en el de los caídos en combate.

—Lo que era posible reformar —repuso— lo aconsejé yo, y ellos lo pusieron en práctica con interés, pues son los más libres de los griegos, que únicamente ceden ante quien les aconseja bien. Pero la costumbre de los látigos se practica en honor de Ártemis la de los escitas, por haberlo prescrito, dicen, unos oráculos. Y enmendarle un rito a los dioses es locura, me parece.

—No has llamado sabios a los dioses de los griegos, Apolonio —señaló—, si su consejo es azotar a los que se preparan para la libertad.

—No se trata de azotes —dijo Apolonio—, sino de rociar con sangre humana el altar, puesto que también entre los escitas era eso lo importante, pero los lacedemonios se las ingeniaron para convertir la inexorabilidad del sacrificio en una competición de resistencia, en la que no hay que morir, pero se ofrecen a la diosa las primicias de la sangre de éstos.

—Entonces —siguió preguntando— ¿por qué no sacrifican a los extranjeros a Ártemis, como los escitas tenían por justo antaño?

—Porque no es adecuado a ninguno de los griegos —aclaró— acomodar plenamente sus modos de vida a las costumbres bárbaras.

—Y eso que parecerían más humanos si sacrificaran a uno o dos, que practicando la expulsión de extranjeros[437] con todos.

—¡No la emprendamos con Licurgo, Tespesión! —dijo Apolonio—. Pues es preciso comprender a ese hombre y que el no permitir a los extranjeros vivir con ellos

[437] De esta *xenēlasía* hablan Jenofonte, *República de los Lacedemonios* XIV 4; Tucídides, I 144; Aristóteles, *Política* 1272b17: al parecer tenían lugar tales expulsiones con carácter colectivo en circunstancias muy especiales (seguridad interna en caso de guerra, períodos de carestía, etc.). Más frecuentes eran las individuales contra extranjeros acusados de atentar contra el Estado.

no obedecía a un prurito de insociabilidad, sino al de mantener sanos sus hábitos sin que los de fuera se mezclaran en la vida de Esparta.

—Yo —respondió— los habría considerado hombres de Esparta, como pretenden parecer, si, pese a haber vivido con extranjeros, no hubieran cambiado sus costumbres patrias, pues no es por mostrarse fieles a sí mismos separados de los demás, sino en su presencia, como deberían, pienso, haber adquirido esas virtudes. En cambio, ellos, a pesar de practicar la expulsión de extranjeros, corrompieron sus hábitos y evidenciaron comportarse de forma muy semejante a aquellos griegos a los que más habían aborrecido. Su política respecto al mar, y posteriormente las imposiciones de tributos, las decidieron de un modo muy ático. Y precisamente aquello por lo que consideraron que había que entrar en guerra contra los atenienses, acabaron ellos mismos por practicarlo, vencedores así de los atenienses en el campo de batalla, pero vencidos en lo que a aquéllos les pareció bien practicar. El propio hecho de introducir una diosa de los tauros y los escitas era propio de quienes adoptan costumbres extranjeras. Y si eso era cosa de oráculos, ¿qué necesidad había de látigo? ¿Y por qué plasmar una resistencia propia de un esclavo? Un vigor más laconio ante la muerte habría sido otra cosa, creo, que un efebo espartano fuera sacrificado voluntariamente sobre el altar, pues eso habría evidenciado a Esparta como gentes más animosas, y a Grecia la habría disuadido de ponérseles enfrente como adversarios. Y, si era natural que reservaran a los jóvenes para los campos de batalla, la ley establecida entre los escitas respecto a los sesentones [438] habría sido más apropiada para los

[438] Que condenaba a morir a los que llegaran a los sesenta años.

lacedemonios que para los escitas, si realmente alaban la muerte, y no por jactancia. Y eso no lo he dicho contra los lacedemonios, sino contra ti, Apolonio. Pues si las tradiciones antiguas y con demasiadas canas para comprenderlas las investigamos acerbamente, poniendo en cuestión lo divino acerca de por qué les agradan, van a surgir muchos e insólitos razonamientos de tal filosofía, pues tendríamos que emprenderla también con la iniciación de Eleusis, por qué es esto y no aquello, y con lo que celebran los samotracios, por qué no hacen tal cosa y sí tal otra, y con las Dionisias y con el falo y la imagen que hay en Cilena [439], y no daríamos abasto para denunciarlo todo. Vayamos, pues, a otro tema, el que quieras, respetando también el dicho de Pitágoras, que lo es también de por aquí; pues hermoso es en efecto callar, si no acerca de todo, al menos sí acerca de temas de este jaez.

Respondiéndole, dijo Apolonio:

—Si quisieras, Tespesión, profundizar en el tema, te habría sido evidente que Lacedemonia tiene muchos y excelentes argumentos en favor de lo que practican de forma sana, aun contra todos los griegos. Mas, dado que los menosprecias tanto como para no considerar piadoso siquiera hablar sobre esos temas, vayamos a otro asunto de gran interés, estoy convencido de ello, pues es sobre la justicia sobre lo que voy a hacerte alguna pregunta.

---

[439] Se menciona una serie de rituales arcaicos que tuvieron razón de ser en un momento anterior, con otras creencias, pero ya discordantes con las que se tenían en la época: los misterios que celebraban los samotracios son los de los Cabiros, dioses benefactores, cuyas funciones tendían a coincidir con las de Hefesto; las Dionisias se celebraban en Atenas y, entre otras ceremonias, se paseaba en procesión una gran imagen de un falo. En cuanto a la imagen de Cilena era un antiguo ídolo de madera (lo que llamaban un *xóanon)*, que representaba a Asclepio, cf. ESTRABÓN, VII 334c.

21 *Disquisiciones sobre la justicia*

—Acometamos —dijo Tespesión— ese tema, pues es adecuado para los sabios y para los no sabios. Pero, para que no lo confundamos, metiendo por medio las opiniones de los indios, y no nos vayamos sin haber logrado una conclusión, dinos primero lo que se piensa entre los indios acerca de la justicia, pues probablemente eso quedó allí verificado por ti, y si la opinión nos parece recta, la adoptaremos, pero si nosotros mismos dijéramos otra más sabia, la adoptaréis, pues también eso es propio de la justicia.

—Excelente, Tespesión —repuso—, y muy satisfactorio para mí es lo que has dicho. Escucha, pues, lo que allí se trató [440]. Les refería yo cómo me hice timonel de una gran nave cuando mi alma se cuidaba de otro cuerpo y me consideraba a mí mismo extraordinariamente justo, cuando unos piratas me ofrecieron una recompensa para que traicionara la nave, al hacerla arribar a donde iban a tenderle una emboscada por la carga que llevaba, y yo lo prometí, porque no nos atacaran, pero escapé de ellos y me pasé del lugar convenido.

—¿Y consideraron los indios —repuso Tespesión— que eso era justicia?

—Antes bien —dijo— se echaron a reír, en la idea de que no es justicia el no cometer injusticia.

—Sana fue la opinión de los indios —comentó—, pues la inteligencia no es que a uno no se le ocurra algo insensato, ni el valor, el no abandonar el puesto, ni la templanza es no inclinarse al adulterio, ni ser digno de elogio el no parecer malo, pues todo lo que se halla a igual distancia de la estimación y el castigo no es aún virtud.

440 Cf. III 24 sigs.

—¿Cómo entonces, Tespesión —dijo Apolonio—, coronaríamos al hombre justo, y por hacer qué?

—¿Habrías podido discutir —contestó— sobre la justicia, de una forma más completa y oportuna que cuando el rey, que gobierna sobre un país tan grande y tan floreciente, intervino en vuestro filosofar sobre el reinar, el asunto más relacionado con la justicia?

—Si hubiera sido Fraotes —aseveró— el que hubiera llegado, con razón me habrías censurado el no haber discutido ante él, sobre la justicia, pero, puesto que visteis que el hombre, según os conté ayer sobre él, es un borracho y aborrece toda clase de filosofía, ¿qué necesidad había de causarle molestias? ¿Para qué empeñarnos en dar buena impresión a una persona que todo lo cifra en el sibaritismo? Por el contrario, dado que los varones sabios como nosotros deben rastrear la justicia más que los reyes y generales, vayamos tras el hombre absolutamente justo. Pues ni a mí que me lo consideraba, cuando lo de la nave, ni tampoco a otros que no cometen injusticia, aún no los consideráis justos ni dignos de ser estimados.

—Y con razón —repuso—, pues tampoco nunca entre los atenienses o los lacedemonios se redactó una proposición de ley para coronar a uno porque no era de los que están prostituidos, o para hacer a uno ciudadano porque los templos no se habían visto saqueados por él. Así pues, ¿quién es justo y por hacer qué? Pues ni sé de nadie coronado por su justicia, ni de una proposición de ley redactada acerca de un hombre justo, en los términos de que es preciso coronar a tal individuo porque al hacer tal cosa evidenció ser justo. Pues a quien considere lo ocurrido a Palamedes en Troya y a Sócrates en Atenas, le parecerá incluso que la justicia no tiene éxito entre los hombres, ya que los dos sufrieron las mayores injusticias, siendo los más justos. Mas, con todo y con eso, perecieron por una

reputación de injusticias, habiendo resultado la votación contraria a lo recto. Y a Aristides, el hijo de Lisímaco, también en tiempos lo perdió la justicia, y un hombre de su talla marchó al destierro a causa de tal virtud[441]. Y de cuán ridícula parecerá la justicia me doy cuenta, pues, después de recibir de Zeus y las Moiras el encargo de que los hombres no cometan injusticias, nunca se protege a sí misma para no sufrir injurias. A mí me basta lo ocurrido a Aristides para evidenciar quién es el que no es injusto y quién el justo. Dime, pues, ¿no fue Aristides aquel que decís vosotros, los que vienen de Grecia, que, tras haber viajado a las islas con motivo de los tributos, los fijó proporcionados, y que volvió con el mismo manto viejo que llevaba?[442]

—Ese —contestó— por el cual floreció también antaño el amor a la pobreza.

—Pues bien —prosiguió—, si llegara a haber en Atenas dos líderes populares que elogiaran a Aristides, justo al volver de la alianza, y uno propusiera que lo coronaran porque volvió sin haber ganado para sí ninguna riqueza ni fortuna, sino como el más pobre de los atenienses, y más pobre de lo que era, y el otro, por su parte, presentara una propuesta de ley en términos parecidos a éstos: «porque Aristides no fijó los tributos de los aliados por encima de lo posible, sino según la tierra que cada uno poseía, y se ocupó de la concordia de éstos con los atenienses y de que no pareciera que aportaban tales cantidades a pesar suyo, decrétese que se le corone por su justicia», ¿no te pa-

[441] Cf. la anécdota a propósito del ostracismo de Aristides en VII 21.

[442] Se refiere a la organización de la llamada Confederación de Delos, fundamento del imperio ateniense en la que Aristides fue el encargado en el 478 de señalar las cantidades que cada ciudad debía aportar al tesoro.

rece que el propio Aristides se opondría a la primera proposición, como indigna de su comportamiento en su vida, si se le honraba por la injusticia que no había cometido, mientras que seguramente él mismo alabaría la otra, en tanto que acertaba lo que él había pensado? Pues, atendiendo a la conveniencia de los atenienses y los súbditos, se había ocupado de la moderación de los tributos y eso se demostró más aún después de Aristides. Pues entonces, por haberse excedido los atenienses en los evaluados por aquél, y haberles impuesto otros más agobiantes a las islas, se les desmembró el poderío naval, por el que eran más temibles, mientras que el de los lacedemonios se abría al mar, y no quedó nada de su poderío, sino que la totalidad de sus súbditos se sublevaron y recurrieron a la defección. Así pues, Apolonio, el hombre justo, según un razonamiento correcto, no es el que no es injusto, sino el que lleva a cabo acciones justas e induce a otros a que no cometan injusticia. Y de tal justicia nacerán otras virtudes, pero especialmente la judicial y la legislativa. Pues tal hombre juzgará de forma más justa que los que juran sobre los trozos cortados de las víctimas, y legislará como los Solones y los Licurgos [443], pues también a aquéllos fue la justicia la que los inició en el camino de dictar leyes.

[443] Ambos son famosos legisladores. Solón, nacido hacia el 640 a. C., recibió en Atenas, en el 594, tras su nombramiento como arconte, poderes especiales, y emprendió una reforma del ordenamiento constitucional griego. A Licurgo (cuya existencia real se pone en duda, ya que no es mencionado hasta HERÓDOTO, I 65, y poetas antiguos como Tirteo o Píndaro lo ignoran) se le atribuye la legislación espartana.

Apolonio prosigue su viaje: las Cataratas

22 Damis dice que fue esa la conversación que tuvieron acerca del hombre justo, y que Apolonio estuvo de acuerdo con el razonamiento, pues admitía lo que se le razonaba de forma sana. Tras haber filosofado también acerca del alma, en la idea de que era inmortal, y acerca de la naturaleza, de forma semejante a las opiniones de Platón en el *Timeo*, y después de que sostuvieron otras discusiones acerca de las leyes de los griegos, Apolonio dijo:

—Mi viaje hasta aquí tuvo lugar por vosotros y por las fuentes del Nilo. Al que llega hasta Egipto puede perdonársele que las ignore, pero para el que continúa hasta Etiopía, de igual modo que yo, sería un motivo de reproche dejar de visitarlas y no sacar de ellas, como de una fuente, algunos temas de discusión.

—Marcha, pues, en buena hora —dijo Tespesión— y pídele a las fuentes lo que te sea grato, pues son divinas. Como guía, imagino que tomarás al que antes era de Naucratis, pero que ahora vive en Menfis, a Timasión, pues está habituado a esas fuentes y es lo suficientemente puro como para no necesitar de una lustración. En cuanto a ti, Nilo, queremos decirte en privado una cosa.

La intención de estas palabras no dejaba de estar clara para Apolonio, pues comprendía que tomaran a mal el que Nilo lo apreciara a él, pero por darles oportunidad de que hablaran a solas, se retiró, con objeto de preparar su equipaje, para salir con el alba. Al llegar Nilo poco tiempo después, no les contó nada de lo que había oído, pero se reía para su adentros a menudo. No obstante, nadie le preguntaba el motivo de su risa, sino que respetaban su secreto.

23 Después que hubieron comido y dialogado, si bien sobre temas sin importancia, se echaron a dormir allí mismo. Pero con el nuevo día, y tras despedirse de los

Gimnosofistas, se dirigieron por el camino que lleva a las montañas, por la margen izquierda del Nilo, y vieron las siguientes cosas dignas de mención. Los Catadupos[444] son montes terrosos y semejantes al Tmolo de los lidios, y, precipitado desde ellos, fluye el Nilo, que forma Egipto con la tierra que arrastra. El estrépito de la corriente que se precipita desde los montes y que confluye con el Nilo con estruendo, resulta desagradable y no soportable al oído, y muchos de los que se han acercado más de lo razonable han vuelto privados del oído.

A la vista de Apolonio y de los suyos se mostraron 24
tolmos de montes que producen unos árboles cuyas hojas, corteza y resina, estiman los etíopes como algo provechoso. Vieron también leones cerca del camino, así como panteras y otras fieras por el estilo, pero ninguna se les acercó, sino que les huían como si las asustaran los hombres. Se dejaron ver también ciervos, gacelas, avestruces y asnos, también éstos en gran número, así como muchísimos toros salvajes y cabritoros. Consisten estos animales, el uno en un cruce de ciervo y toro, y el otro de los animales de los que toma el nombre. Encontraron huesos de estos animales y carcasas semidevoradas, pues los leones, cuando se han hartado de una presa, aún caliente, desdeñan lo que les sobra, confiados, supongo, en que van a cazar enseguida otra.

Allí habitan los etíopes nómadas, que viven en agru- 25
paciones de carros, y cerca de ellos, los cazadores de elefantes, que los despiezan y venden, por lo que reciben su nombre de la venta de elefantes[445]. Los nasa-

[444] Con la palabra *katádoupos*, que significa «ruido de algo que cae», se designa, generalmente en plural, la Primera Catarata del Nilo.

[445] Se refiere a la isla de Elefantina, en egipcio *Abu*, «ciudad

mones, los caníbales, los pigmeos y los esciápodos[446], pueblos etíopes también, se extienden hasta el Océano Etíope, en el que sólo se adentran los que se ven arrastrados contra su voluntad.

26 Mientras nuestros hombres conversaban sobre animales y especulaban sobre la naturaleza, que nutre a cada uno de una forma, les llegó un sonido como de un trueno, pero no de los violentos, sino como hueco, cuando se produce entre las nubes. Y Timasión dijo:

—Cerca está la catarata, señores, la última, según se desciende, la primera, según se sube.

Y, una vez que avanzaron unos diez estadios, dicen que vieron un río que bajaba de la montaña, no menor que el Marsias y el Meandro[447], justo después de su confluencia, y que, tras haber elevado una plegaria al Nilo, siguieron avanzando, pero que ya no veían animales, pues, dado que por naturaleza se asustan de cualquier ruido, habitan junto a las aguas calmas en vez de en las revueltas y estrepitosas.

Dicen asimismo que oyeron otra catarata, unos quince estadios más adelante, esta vez molesta e insoportable de oír, pues es doble que la primera y cae de montes más altos. Damis cuenta que le resonaban tanto los oídos a él y a uno de sus compañeros, que se volvió y pidió a Apolonio que no prosiguiera su camino, y que él, valerosamente, junto con Timasión y Nilo, ganó la tercera catarata, acerca de la cual contaron a su regreso lo siguiente: que se ciernen allí sobre el Nilo picos de hasta ocho estadios de altura, y que la ribera de frente a los montes es la ceja de una roca extrañamente cortada a pico, y que los veneros que se pre-

---

de los elefantes», hoy Gesireth el Sag, citada por Heródoto, II 9; cf. la nota de Schrader al pasaje.

446 Cf. nota 189 a III 45.

447 El Meandro es el actual Menderes, y el Marsias era un afluente de aquél, que confluía con él cerca de Tralles.

cipitan desde los montes caen sobre la orilla rocosa y refluyen de allí hacia el Nilo en oleadas y con sus aguas blanqueadas. Lo que se siente por causa de esta catarata, que es muchas veces mayor que las primeras, y el eco que rebota desde ellas hacia los montes hace la visita al curso del río insoportable a los oídos. El camino que prosigue hasta las primeras fuentes dicen que es imposible de hacer e imposible de imaginar, pues cuentan acerca de démones muchas historias poéticas, como la que también Píndaro, por su sabiduría, narra en su poema sobre un demon al que sitúa en estos veneros en bien de la crecida regular del Nilo[448].

El demon del sátiro

Tras haberse detenido, después de las cataratas, en una aldea de Etiopía, no muy grande, estaban comiendo al atardecer, mezclando bromas y veras, cuando oyeron un griterío incesante de las mujeres de la aldea, que se exhortaban unas a otras a agarrar y a perseguir, y asimismo llamaban a sus maridos a que las ayudaran en la tarea. Y ellos, provistos de palos, piedras y lo que a cada uno le vino a mano, se llamaban unos a otros, como si se hubiera atentado contra sus matrimonios. Y es que hacía ya diez meses que frecuentaba la aldea el fantasma de un sátiro, loco por las mujeres, y se decía que había matado ya a dos de las que parecía estar especialmente enamorado. Entonces, ante el terror de sus compañeros, Apolonio dijo: 27

—No temáis, pues es un sátiro que anda descarado por aquí.

---

[448] Filóstrato se refiere de nuevo a este poema en *Cuadros* I 5, y asimismo lo cita el escolio a ARATO, 283 (testimonios recogidos por SNELL en su edición de PÍNDARO como *Fr.* 282); pero fuera de estas referencias no nos queda nada de esta composición.

—Sí, por Zeus —dijo Nilo—, el mismo que se descarraba con nosotros hace ya tiempo, pero los Gimnosofistas no pudimos poner fin a sus cabriolas.

—Pero existe contra esos descarriados un remedio —dijo Apolonio— del que se dice que Midas[449] se valió una vez. Pues ese Midas tenía que ver con la raza de los sátiros, como ponían de manifiesto sus orejas[450]. Y una vez, un sátiro, aprovechándose del parentesco, se corrió una juerga, emprendiéndola con las orejas de Midas, y no sólo cantando, sino incluso tocando la flauta, por burlarse de él. Pero Midas, que había oído contar a su madre, supongo, que el sátiro vencido por el vino, cuando cae en el suelo, se vuelve prudente y amigable, tras echar vino en una fuente que había en el palacio, hizo que el sátiro se acercara a ella, así que éste bebió y fue capturado. Y puesto que la historia no miente, vayamos al alcalde de la aldea y, si los aldeanos tienen vino, se lo mezclaremos al sátiro y le pasará igual que al de Midas.

---

[449] Legendario rey de Frigia, famoso por sus riquezas. Parece que puede identificarse con Mita, rey de los mushki, pueblo de origen póntico que a mediados del segundo milenio a. C. ocuparon la región de Macedonia. Sus inmensas riquezas dieron lugar a la leyenda de que todo lo que tocaba se convertía en oro. Sobre la captura del sátiro, cf. ELIANO, *Varia Historia* III 18.

[450] En efecto, se decía que Midas tenía orejas de asno. La leyenda lo atribuía a su asistencia al certamen musical entre Apolo y Marsias, arbitrado por el río Tmolo. Tmolo dio como vencedor a Apolo y Midas mostró su disconformidad, por lo cual Apolo, irritado, le hizo crecer las orejas de asno. R. GRAVES, *Los mitos griegos*, I, traducción española, Buenos Aires, 1967. pág. 322, pone esta leyenda en relación con la tradición de los dioses dinásticos egipcios de llevar un par de orejas de asno en la punta de un cetro de caña como señal de realeza en memoria de Set, y aventura la hipótesis de que Mita reclamó la soberanía sobre el imperio hetita en nombre de Set.

La propuesta pareció buena. Así que, tras escanciar cuatro ánforas egipcias de vino en el abrevadero en el que bebía el ganado de la aldea, Apolonio llamó al sátiro, invocándolo por medio de un conjuro secreto, y éste no se dejó ver aún, pero el vino bajó de nivel, como si fuera bebido. Y cuando el sátiro hubo acabado de beber, dijo Apolonio:

—Hagamos la paz con el sátiro, pues está dormido —y dicho esto, llevó a los aldeanos a una gruta de las Ninfas [451] que distaba apenas un *pletro* de la aldea, les mostró al sátiro que estaba allí durmiendo y dijo que se libraran de golpearlo o injuriarlo—. Ahora ha cesado en sus insensateces.

Tal fue la acción de Apolonio, ¡por Zeus!, no acción por salir del paso en su camino, sino una gran acción en un camino de paso [452]. Y si uno se la encuentra referida en una carta de nuestro hombre que escribió a un jovencito descarado, en la que dice que volvió prudente al demon de un sátiro en Etiopía, es preciso que se acuerde de esta historia.

Que existen los sátiros y que tienen mucho que ver con lo amoroso, es algo de lo que no debemos desconfiar. Pues conozco en Lemnos [453] uno de mi misma edad, de cuya madre se decía que la había frecuentado un sátiro, según lo que era verosímil a partir de esta historia, pues parecía ir con la espalda ceñida por una piel de ciervo, cuyas patas delanteras, rodeándole el cuello, se juntaban por delante, alrededor de su pecho [454]. Pero ni una palabra más de este asunto, pues no debe desconfiarse de esta experiencia, ni de mí.

---

451 Se daba este nombre a las grutas con formaciones naturales curiosas.

452 Trato en la traducción de recoger el juego de palabras del original.

453 De donde era Filóstrato, cf. *Introducción* § 2.

454 Se trata de la vestimenta típica de Dioniso y sus seguidores.

28 *Apolonio y el emperador Tito*

Al volver de Etiopía, su disputa con Éufrates se agravó aún más por las discusiones cotidianas, pero Apolonio se las encomendó a Menipo y a Nilo, dirigiendo él mismo pocos reproches a Éufrates, ya que se ocupaba de Nilo con gran interés.

29 Cuando Tito había conquistado Jerusalén[455] y todo estaba lleno de cadáveres, los pueblos vecinos le ofrecieron una corona, pero él no se consideró digno de ella, en la idea de que no lo había hecho él mismo, sino que había ofrecido sus manos al dios que había manifestado así su cólera. Apolonio aprobaba tal proceder, pues demostraba en aquel hombre sensatez y comprensión de lo humano y lo divino, así como que se hallaba lleno de moderación por no querer ser coronado por la sangre vertida. Así que le despacha una carta, de la que hace portador a Damis y le manifiesta lo siguiente:

Apolonio, a Tito, el general romano, saludos.

A ti, porque no has querido ser proclamado por tu triunfo y por la sangre enemiga vertida, te concedo yo la corona de la moderación, puesto que sabes por lo que uno debe ser coronado. Adiós.

Sobremanera complacido por la carta, dijo Tito:

—En mi propio nombre y en el de mi padre, te lo agradezco, y me acordaré de ello. Pues yo he conquistado Jerusalén, pero tú me has conquistado a mí.

30 Al ser Tito proclamado emperador en Roma y juzgado digno de recompensa, se fue a compartir el imperio con su padre[456], pero, acordándose de Apolonio y de

[455] En agosto del 70 d. C., cf. Flavio Josefo, *Guerra de los Judíos* VI 409.

[456] Para ser exactos, tras haber obtenido el cargo de cónsul ordinario con su padre en el 70, obtuvo la *tribunicia potestas.*

cuán preciosa para él sería incluso una breve entrevista, le rogó que fuera a Tarso[457]. Cuando llegó, le dio un abrazo y le dijo:

—Mi padre me cuenta en una carta todos los asuntos en los que te tomó como consejero. Mira la carta en la que estás escrito como su benefactor y como todo lo que somos. Y yo, que al cumplir este año los treinta, me veo considerado digno de lo mismo que mi padre a los sesenta[458], y llamado a gobernar, no sé si antes de saber ser gobernado, tengo miedo, no sea que vaya a acometer una empresa mayor de la que debo.

Pero Apolonio, palpándole el cuello —pues lo tenía tan poderoso como los que ejercitan su cuerpo— le dijo:

—¿Y quién podrá forzar a este toro a someter al yugo un cuello tan poderoso?

—El que desde joven me crió como a un toro —dijo Tito, refiriéndose a su padre, y al hecho de que sólo se dejaría gobernar por aquel que lo había habituado desde niño a la obediencia.

—Me alegro —dijo Apolonio—. Primero, por verte dispuesto a seguir a tu padre, bajo cuyas órdenes se alegran de estar incluso los que no son sus hijos en realidad, y luego, por verte dispuesto a rendir un homenaje a la corte de aquel con el que compartirás el homenaje. Cuando la juventud llega al poder junto con la vejez, ¿qué lira, qué flauta entonará una armonía tan dulce y tan conjuntada? Pues los modos de la vejez

---

457 El encuentro puede datarse en febrero del 71. Véanse las razones aducidas y la bibliografía respecto a la historicidad de la misma en Grosso, «La Vita...», págs. 432-3.

458 Filóstrato da cifras redondeadas. En realidad Tito tenía treinta y un años (había nacido en el año 39) y Vespasiano sesenta y uno (había nacido en noviembre del 9). En todo caso hay confusiones en las propias fuentes antiguas, como Suetonio, cf. Grosso, «La Vita...», pág. 433.

se asociarán con los juveniles, por lo cual la vejez tendrá vigor y la juventud no se indisciplinará.

31 En cuanto a mí —dijo Tito—, hombre de Tiana, ¿qué me recomiendas respecto al imperio y la realeza?

—Lo mismo de lo que tú mismo estás convencido —repuso—, pues al someterte a tu padre, evidente es que te asemejarás a él. Yo además te diría ahora un dicho de Arquitas [459], pues es noble y digno de aprenderse. Arquitas era un varón tarentino, sabio en las doctrinas de Pitágoras. Y él, en un escrito sobre la educación de los hijos, dice: «que el padre sea para los hijos modelo de virtud, porque también los padres caminarán más resueltamente hacia las virtudes, si los hijos pretenden asemejárseles». Por mi parte, te encomendaré a mi compañero Demetrio, que te atenderá en cuanto quieras, enseñándote qué es menester que haga el buen gobernante.

—¿Y cuál es, Apolonio —le preguntó—, la sabiduría de ese hombre?

—La sinceridad —contestó— y el ser veraz y no amilanarse por nadie, pues ello es cosa del coraje perruno [460].

Y como Tito oía con desagrado mentar al perro, Apolonio añadió:

—Con todo, a Homero [461] le pareció que Telémaco, cuando era joven, necesitaba dos perros, y se los da al jovencito por compañeros en el ágora de los de Ítaca, aunque eran irracionales. A ti te acompañará un perro

[459] Arquitas de Tarento, político y matemático contemporáneo de Platón. No obstante, el tratado que le atribuye, con otro nombre, Estobeo, es considerado espurio, cf. DIELS-KRANZ, 47B9.

[460] Este y no otro es el significado literal del griego *kynikós* «cínico», aplicado a los seguidores de esta escuela filosófica. He preferido traducir «perruno» en vez de «cínico», para que pueda seguirse el juego de palabras posterior.

[461] *Odisea* II 11.

que ladrará en tu defensa frente a los demás, y frente a ti mismo, si cometieras un error.

—Dame, pues —repuso—, ese perro por compañero. Y le permitiré incluso morderme si se diera cuenta de que cometo alguna injusticia.

—Se le escribirá una carta —dijo—, pues se halla filosofando en Roma.

—Que se le escriba —contestó—. Y quisiera que también a ti te escribiera alguien intercediendo por mí, para que compartieras nuestro camino hacia Roma.

—Iré —prometió— cuando sea mejor para ambos.

Una vez que Tito hubo despedido a los presentes, le 32
dijo:

—Nos hemos quedado solos, hombre de Tiana. ¿Me permites, pues, que te haga preguntas acerca de las cuestiones más importantes para mí?

—Pregunta —repuso— y tanto más resueltamente, cuanto más importantes sean.

—Respecto a mi vida —preguntó— ¿de quiénes debo guardarme más? Esa será mi pregunta, si no te parezco cobarde por abrigar ahora tales temores.

—Más bien cauto y vigilante, pues es de eso de lo que es más preciso precaverse.

Y, levantando la vista hacia el Sol, juró que él mismo iba a hablarle sobre estos temas, incluso aunque no se lo preguntara, y que los dioses le habían advertido que, en vida de su padre, temiera a sus mayores enemigos, pero a su muerte, a los más allegados.

—¿Y de qué forma moriré? —siguió preguntando.

—Igual que dicen que murió Ulises —respondió—, pues también cuentan que a aquél la muerte le llegó del mar.

Damis interpreta esta afirmación como sigue: que él debía guardarse de la espina de la raya conchada por

la que cuentan que fue herido Ulises[462], pues tras haber regido por dos años el imperio, como sucesor de su padre, murió por causa de una liebre marina. Dice también que este marisco produce misteriosos jugos, más mortales que cualquier otra cosa en el mar y la tierra; que Nerón les añadía esta liebre en las comidas a sus mayores enemigos, y que Domiciano hizo lo propio con su hermano Tito[463], no por considerar terrible compartir el poder con un hermano, sino con alguien pacífico y noble.

Una vez que hubieron mantenido esta conversación en privado, se abrazaron en público y, al marcharse Tito, le dijo Apolonio:

—Vence a tus enemigos por las armas, y a tu padre, por tus virtudes.

33 La carta de Demetrio fue la siguiente:

> *Apolonio, el filósofo, a Demetrio, el perro. Saludos.*
>
> *Te encomiendo al emperador Tito como su maestro, para el comportamiento de la realeza. Tú procura no dejarme por mentiroso ante él, y sélo todo para él, salvo la ira. Adiós.*

34 Los habitantes de Tarso aborrecían hasta ahora a Apolonio a causa de sus increpaciones, porque las hacía muy violentas y porque, al ser ellos mismos dejados e indolentes, no soportaban la firmeza ni siquiera de lenguaje. Con todo, se sintieron entonces tan ganados por nuestro hombre, como para considerarlo como un fundador y soporte de la ciudad. En efecto, estaba ce-

---

[462] Esta tradición se refería en un poema del Ciclo, la *Telegonía*, cf. mis *Fragmentos...*

[463] Se da aquí por segura la tradición de que Domiciano mató a su hermano, que es mera sospecha en otros autores. Cf. SUETONIO, *Domiciano* II 6, y DIÓN CASIO, LXVI 26.

lebrando un sacrificio en público el emperador, y la ciudad, congregada, presentaba una súplica acerca de las cuestiones más importantes. Él afirmó que las mencionaría ante su padre y actuaría personalmente como embajador en favor de lo que requerían. Pero Apolonio, presentándose, le dijo:

—¿Y si yo te demostrara que algunos de éstos son enemigos tuyos y de tu padre, que han negociado con Jerusalén para una revolución y que son aliados secretos de tus más declarados enemigos? ¿Qué les pasaría?

—¿Qué otra cosa —contestó— sino que morirían?

—¿Y no te parece vergonzoso —prosiguió— que los castigos los reclames en seguida y los favores los concedas mucho después, y que los unos los emprendas por ti mismo, y los otros los difieras para una consulta de opinión?

Muy complacido, dijo el emperador:

—Concedo los favores. Pues no tomará a mal mi padre que ceda ante la verdad y ante ti.

Otros viajes de Apolonio

Todos estos países dicen que visitó 35
Apolonio, tomándose en ello tanto interés como el que despertaba, pero las posteriores salidas de nuestro hombre fueron numerosas, pero ya no tan prolongadas ni a otros países que a los que conocía, pues al volver de Etiopía su estancia más prolongada fue en la región costera de Egipto, y luego de nuevo visitó Fenicia, Cilicia, Jonia, Acaya e Italia, sin dejar en ninguna parte de mostrarse igual a sí mismo. Pues, aun cuando parece difícil conocerse uno mismo, más difícil considero, al menos yo, que el sabio permanezca igual a sí mismo; pues ni siquiera podría hacer cambiar a mejor a los que poseen una naturaleza malvada, sin haberse ejercitado antes en no cambiar él mismo.

Con todo, acerca de estas cuestiones he hablado de modo suficiente en otro tratado[464], enseñando a los que no acceden a ellos con desidia, que el que es auténticamente un hombre, ni cambiará en absoluto ni se hará esclavo. Pero para no alargar mi relato, refiriendo minuciosamente lo que aquél filosofó en cada ocasión, ni parezca tampoco que damos un salto en la narración que, no sin esfuerzo, brindamos a quienes no conocen a nuestro hombre, me parece bien recoger los aspectos más importantes y cuantos son dignos de mención. Considerémoslos semejantes a las visitas de los Asclepíadas[465].

El amaestrador de pájaros y otros episodios.

36 Un jovencito que no había recibido educación alguna, amaestraba pájaros y los llevaba a su casa para adiestrarlos. Les enseñaba a hablar como a las personas y a silbar como flautas. Una vez que se encontró con él, le dijo Apolonio:

—¿A qué te dedicas?

Y cuando el otro le habló de los ruiseñores y los mirlos, y cuánto les corregía la voz a los chorlitos, mientras evidenciaba una forma de hablar sin educación, le replicó:

—Me parece que echas a perder a los pájaros, primero, por no permitirles su propio canto, que es tan dulce que ni los instrumentos musicales pueden llegar a su imitación, y además, dado que tú mismo hablas un griego pésimo, por hacerlos discípulos de tu mala pronunciación. Además, jovencito, arruinas tu propia casa. Pues, al ver a tus acompañantes y cómo vas ataviado, me pareces uno de esos elegantes y no faltos de dinero, y es a esa clase de gente a los que sacan el jugo los

---

[464] La referencia no parece corresponder a ninguna de las obras que conservamos en el *Corpus Philostrateum.*

[465] Sobre los Asclepíadas, cf. las notas 186 y 187.

delatores profesionales, con sus lenguas prestas como aguijadas contra ellos. ¿Y de qué te aprovechará entonces la afición por los pájaros? Pues ni siquiera reuniendo los cantos de todos los ruiseñores ahuyentarás a esos que te apremian y se te echan encima, sino que es preciso regarlos con tus bienes y arrojarles el oro, como a los perros algo que calme su hambre, y si ladran, darles una y otra vez, y que luego acabes por pasar tú hambre y estrecheces. Lo que necesitas es un espléndido giro y un inmediato cambio en tus costumbres, para evitar el verte desplumado de tu riqueza sin darte cuenta y que tus acciones merezcan que los pájaros entonen por ellas lamentos en vez de cantos. El remedio consistente en este cambio no es nada de particular, pues en todas las ciudades hay una clase de hombres que tú no conoces aún, pero se les llama maestros. Y dándoles a ellos una pequeña parte de tus bienes, obtendrás con toda seguridad ganancias mayores, puesto que te enseñarán la retórica del foro, un arte fácil de adquirir. Pues si yo te hubiera visto de niño aún, te habría aconsejado frecuentar las puertas de filósofos y sofistas, y fortificar tu propia casa con toda clase de sabiduría. Pero, puesto que ya no tienes edad para eso, aprende por lo menos a hablar en beneficio tuyo, en el convencimiento de que, si hubieras adquirido esos conocimientos de forma más completa, habrías parecido semejante a un hombre armado de punta en blanco y terrible, pero, tras haber aprendido esto, tendrás el aparejo de un soldado armado a la ligera o un hondero, pues podrás herir a los delatores, como a perros.

Hizo caso el jovencito de estas advertencias y, dejando de emplear su tiempo con los pájaros, se fue en busca de maestros, por los cuales cobró vigor, no sólo su buen juicio, sino también su lengua.

37 De dos historias que se contaban en Sardes, una, que el Pactolo le llevaba en tiempos a Creso arena de oro, y otra, que los árboles eran más antiguos que la tierra, Apolonio afirmó que estaba plenamente convencido de la primera, pues en tiempos hubo arenas auríferas en el Tmolo, y las lluvias las llevaron en aluvión al Pactolo[466], pero con el tiempo, como suele ocurrir en estos casos, dejaron de correr, una vez lavadas en su totalidad. En cambio, respecto a la otra historia, dijo:

—Vosotros afirmáis que los árboles precedieron a la tierra en su nacimiento, pero yo, que me he dedicado tanto tiempo a la filosofía, nunca oí que los astros precedieran al cielo en su nacimiento —demostrando con ello que nada podría nacer sin que existiera aquello en lo que se desarrolla.

38 El gobernador de Siria estaba creando disensiones en Antioquía y sembrando la sospecha entre los ciudadanos, por causa de las cuales la ciudad, reunida en asamblea, no cesaba de mostrar sus desavenencias. Pero, al sobrevenir un notable seísmo, se aterraron y, como suele ocurrir ante los portentos celestes, comenzaron a implorar los unos por los otros. Así que se presentó Apolonio y les dijo:

—La divinidad se ha vuelto claramente un mediador entre vosotros, así que vosotros no deberíais volver a la disensión, por temor a lo mismo.

Y así los volvió a la consideración de lo que les iba a ocurrir y de cómo iban a temer lo mismo unos que otros.

---

466 En este punto la fuente de Filóstrato es también Ctesias, cf. CTESIAS, en FOCIO, 46 b 27.

Hallazgo de un tesoro

También es digno de mención lo siguiente: un hombre ofrecía sacrificios a la Tierra, deseoso de encontrar un tesoro, y no vacilaba en encomendarse a Apolonio por la misma razón, y éste, al darse cuenta de lo que deseaba, le dijo: 39

—Veo en ti un terrible negociante.

—Más bien a un desdichado —repuso— que no tiene nada más que unos pocos caudales que no bastan para alimentar a la familia.

—Me da la impresión —le dijo Apolonio— que mantienes a muchos criados y perezosos, pues tú por lo menos no pareces de los ignorantes.

Y el otro, echándose a llorar mansamente, le dijo:

—Tengo cuatro hijas, y preciso cuatro dotes. Cuento ahora con veinte mil dracmas, así que, cuando las haya repartido entre mis hijas, les parecerá que han obtenido muy poco, y yo me arruinaré, al quedarme sin nada.

Algo conmovido por él, Apolonio le dijo:

—Nos cuidaremos de tí, la Tierra y yo, pues dicen que tú le ofreces sacrificios.

Dicho esto, marchó a las afueras, como los que van a comprar fruta, y al ver una finca llena de olivos, y gratamente impresionado por los árboles, por lo vigorosos y crecidos que estaban, y por un huertecillo que había en ella, en el que veía colmenas y flores, se llegó al huertecillo, como para examinar algo de bastante importancia y, tras encomendarse a Pandora [467], volvió a la ciudad. Allí se dirigió al dueño del campo, que había amasado su fortuna por los procedimientos más

[467] Grimal, *Romans...*, pág. 1.524, nota 2 a 1.253, cree que aquí Pandora es un epíteto de la Fortuna, por juego etimológico del nombre, que significaría «la que confiere todos los bienes», con el de la heroína de la fábula de Prometeo que menciona Hesíodo, *Trabajos y Días* 81.

inicuos, entablando un proceso por los bienes de unos fenicios, y le dijo:

—La finca en cuestión, ¿por cuánto la compraste y cuánto has trabajado en ella?

Y cuando el otro le dijo que había comprado el campo el año anterior por quince mil dracmas, pero que aún no se había trabajado nada, convence al hombre de que se la ceda por veinte mil. Mientras que éste consideraba un hallazgo inesperado las cinco mil, el que deseaba el tesoro aún no comprendía la razón del donativo, más aún, ni siquiera consideraba que había hecho un trato justo, tanto menos cuanto que, mientras las veinte mil habían estado en sus manos, dependían sólo de él, pero el campo obtenido a cambio estaba expuesto a heladas, granizos y otros eventos de los que echan a perder las cosechas. Pero una vez que encontró poco después un ánfora con tres mil daricos[468], cerca de la colmena, en el huertecillo, y obtuvo un pródigo fruto del olivar, mientras que el resto de la región no fue pródiga, comenzaron por su parte los himnos de alabanza a nuestro hombre y todo se llenó de pretendientes de sus hijas que lo agasajaban.

El enamorado de Afrodita y otras anécdotas

40 También encontré otra cosa digna de mención acerca de nuestro hombre. Había un individuo que parecía estar enamorado de la estatua de Afrodita que se alza, desnuda, en Cnido[469]; le consagraba ofrendas y aseguraba que le consagraría más, con el propósito de desposarla. A Apolonio eso le parecía sencillamente absurdo, pero, puesto que Cnido no lo repudiaba, sino que afirmaba que la diosa resultaría más famosa si era amada, nuestro hombre

[468] Moneda de oro con la efigie de Darío, que valía por veinte dracmas, los 3.000 daricos son, pues, 60.000 dracmas, el triple de la fortuna anterior.

[469] Sobre la Afrodita de Cnido, cf. la nota 432.

decidió purgar el templo de esa locura, así que, al preguntarle los de Cnido si quería reformar algo de sus ofrendas y oraciones, dijo:

—Os reformaré los ojos, pero las tradiciones del templo, queden como están.

Así pues, llamando al lánguido individuo, le preguntó si creía en los dioses, y cuando el otro afirmó que creía en los dioses tanto como para enamorarse incluso de ellos, y le mencionó las bodas que pensaba celebrar, dijo:

—Son los poetas los que te impulsan, al decir que los Anquises y los Peleos se unieron con diosas [470]; pero yo, acerca del amar y el ser amado, sé lo siguiente: los dioses aman a los dioses, los hombres a los hombres, los animales a los animales y, en suma, los semejantes a los semejantes, para engendrar seres auténticos y afines a ellos, pero cuando algo, enamorado de un ser de otra clase, se une con su desemejante, eso no es ni yugo nupcial ni amor. Y si te hubiera venido a la mente lo ocurrido a Ixión [471], ni siquiera habrías llegado a concebir la idea de amar a tus desemejantes. Pues aquél, representado bajo la forma de una rueda, sufre tortura a través del cielo, pero tú, si no te alejas del templo, perecerás en cualquier lugar de la tierra, sin poder responder que los dioses no han llegado, respecto a ti, a una conclusión justa.

Y así se disipó la ebriedad y se marchó el que afirmaba estar enamorado, tras haber ofrecido un sacrificio en demanda de perdón.

Una vez que los seísmos habían hecho presa en las 41
ciudades de la orilla izquierda del Helesponto [472], unos

[470] El tema de los amores de Anquises con Afrodita, en los que la diosa simuló ser una mortal, se trata en el *Himno Homérico V a Afrodita*. Las bodas de Tetis y Peleo, los padres de Aquiles, se narraban en el poema cíclico las *Ciprias*.

[471] Sobre Ixión, cf. nota 135 a II 35.

[472] Esto es, la orilla asiática del Bósforo.

egipcios y caldeos andaban mendigando por allí en una colecta de dinero, en la idea de que tenían que celebrar sacrificios por valor de diez talentos en honor de la Tierra y Posidón. Hacían sus aportaciones las ciudades, unas, del erario público, y otras, de fondos privados, urgidos sus habitantes por el miedo, pero los egipcios y caldeos rehusaban celebrar sacrificios en su favor si el dinero no era depositado en bancos. Así que a nuestro hombre no le pareció bien permanecer indiferente ante los del Helesponto. Presentándose, pues, en las ciudades, expulsó a quienes habían convertido las desgracias de otros en arca de caudales y, tras haber adivinado las causas de la cólera sobrenatural y celebrado el sacrificio adecuado a cada una, conjuró la amenaza con pequeño gasto, y la tierra quedó quieta.

42 Dado que el emperador Domiciano había decretado por aquellas fechas que no se hicieran eunucos y que no se plantaran nuevas viñas [473], así como que se cortaran las ya plantadas, al llegar a Jonia dijo Apolonio:

—Tales edictos no van conmigo, pues quizá soy el único hombre que no necesita ni de órganos sexuales ni de vino, pero no se da cuenta el más excelente de los hombres de que respeta a los hombres, pero castra la tierra.

Razón por la cual Jonia concibió el suficiente valor como para mandar una embajada al emperador en de-

[473] Menciona también el edicto contra la castración SUETONIO, *Domiciano* VII 1, DIÓN CASIO, LXVII 2, 3, y puede datarse en el año 82. En cuanto al decreto que prohibía plantar viñas, lo cita SUETONIO, *Domiciano* XIV 4, así como ESTACIO, *Silvas* IV 3, 11-12, y el propio FILÓSTRATO en sus *Biografías de los Sofistas*, I. El motivo de este último fue que hubo una gran carestía de grano, contemporánea con una gran abundancia de uva. Eusebio lo data en el 91/92. La razón de que Filóstrato los mencione a la vez, pese a la diferencia de fechas, se debe al mero deseo de poner de manifiesto la paradoja que señala Apolonio, cf. GROSSO, «La Vita...», págs. 442 sigs.

fensa de las viñas y para suplicar que se aboliera la ley que mandaba arrasar la tierra y no plantarla[474].

Télefo reencarnado en un perro

También cuentan en Tarso otra historia de nuestro hombre. Un perro rabioso había atacado a un muchacho, y su mordisco había vuelto al joven a todos los comportamientos de los perros, pues ladraba, aullaba y solía emprender la carrera apoyando ambas manos a cuatro patas. Cuando llevaba enfermo treinta días, fue a verlo Apolonio que acababa de llegar a Tarso. Ordena que le busquen al perro que había provocado aquello; pero ellos declararon que no se habían encontrado con el perro, pues había atacado al muchacho extramuros, cuando practicaba con la jabalina, y que no podían saber por el enfermo cuál era el aspecto del perro, puesto que ni siquiera se conocía ya ni a sí mismo. Con todo, tras una pausa, dijo Apolonio: 43

—Damis, el perro es blanco, lanudo, pastor, parecido al anfiloquio[475], y se halla junto a tal fuente, temblando, pues desea el agua y la teme. Tráemelo a la orilla del río en la que están las palestras, con sólo que le digas que yo lo llamo.

El perro, que llegó arrastrado por Damis, se echó a los pies de Apolonio, llorando como los suplicantes ante el altar. Apolonio lo tranquilizó aún más con su mano, y él mismo puso al muchacho de pie, a su lado, y para que no pasara inadvertido a la muchedumbre el misterio, dijo:

---

[474] FILÓSTRATO, *Biografías de los Sofistas* I 21, menciona una delegación jonia, al frente de la cual iba Escopeliano, con esta misión y de acuerdo con SUETONIO, *Domiciano* XIV 5, Domiciano revocó el decreto, en parte asustado ante los terremotos que se narran en el capítulo anterior, y por el deseo además de no agravar aún la situación de la comarca.

[475] Una raza de perros pastores de Acarnania.

—Ha trasmigrado a este muchacho el alma de Télefo de Misia[476], y las Moiras quieren la misma suerte para él.

Tras decir lo cual, ordenó que el perro le lamiera el mordisco de forma que el que infirió la herida fuera asimismo su sanador. Volvió entonces el muchacho con su padre, reconoció a su madre, saludó a los de su edad y bebió del Cidno. Ni siquiera el perro fue olvidado, sino que, tras elevar Apolonio una plegaria al río, envió al perro a que lo cruzara. Cuando éste hubo cruzado el Cidno, al ganar la orilla, dejó oír un ladrido, lo que jamás ocurre con los perros rabiosos, y humillando las orejas, movió el rabo, al darse cuenta de que estaba curado, pues el agua es la medicina para la rabia, si es que el perro rabioso tiene valor para tomarla[477].

Tales fueron las andanzas de nuestro hombre en beneficio de templos y ciudades, ante los pueblos y en beneficio de los pueblos, así como de muertos o enfermos, ante sabios y no sabios y ante emperadores que lo hicieron su consejero acerca de la virtud.

---

[476] Télefo, rey de Misia, fue herido por Aquiles. La herida era incurable, y Apolo le dijo que sólo sanaría si el que la había inferido era también su sanador, razón por la cual Télefo fue a suplicarle a Aquiles que lo curara, a cambio de indicarle el camino a Troya a la expedición griega, que se había extraviado, cf. APOLODORO, *Epítome* III 20. El tema se trataba en el poema cíclico *Las Ciprias*, y constituyó también el argumento de una tragedia de Eurípides, llamada con el nombre de su protagonista.

[477] Todo este episodio es una combinación de elementos novelescos, reminiscencias mitológicas, como la de Télefo, y la doctrina pitagórica de la metempsícosis, a más del tópico aretalógico de la incurabilidad de la larga enfermedad, en contraste con la rapidez con la que el taumaturgo la cura, cf. LO CASCIO, «La forma...», pág. 67.

LIBRO VII

SINOPSIS

Comparación de la hazaña de Apolonio con otras famosas (1-3).
Oposición de Apolonio a Domiciano (4-9).
Demetrio y Damis intentan disuadir a Apolonio (10-13).
Apolonio justifica su actitud (14).
En camino hacia Roma (15).
Intervenciones de Eliano en favor de Apolonio (16-21).
Incidente con un tribuno y una anécdota de Aristides (21).
Conversaciones en la prisión (22).
Algunos prisioneros cuentan su caso (23-25).
Apolonio consuela a los prisioneros (26).
Visitan la prisión un espía y un amigo de Eliano (27-28).
Domiciano manda llamar a Apolonio (29-31).
Encuentro de Apolonio y Domiciano (32-35).
Llegada de otro espía a la prisión (36-37).
Apolonio demuestra a Damis sus poderes (38).
Reprobación de la brujería (39).
Apolonio trasladado de prisión; marcha de Damis (40-41).
El arcadio prisionero por el amor de Domiciano (42).

Comparación de la hazaña de Apolonio con otras famosas

Estoy convencido de que las tiranías 1
son la mejor piedra de toque para los hombres dedicados a la filosofía, de modo que me parece oportuno examinar en qué pareció cada uno inferior o superior a otro. El razonamiento viene a propósito de lo siguiente: por la época en la que Domiciano ejerció su tiranía, sitiaban a nuestro hombre procesos y acusaciones. Cómo surgían, de dónde y en qué términos se presentó cada una es lo que voy a declarar ahora, puesto que es forzoso que diga qué fue lo que dijo y qué clase de hombre dio la impresión de ser, para abandonar el juicio tras haber condenado al tirano, en vez de ser condenado él mismo. Pero me parece bien enumerar, antes que nada, cuantos hechos de hombres sabios ante los tiranos pude hallar dignos de narración y compararlos con los de Apolonio. Pues quizá es así como debemos investigar la verdad.

Pues bien, Zenón de Elea[478], que pasa por ser el 2
fundador de la dialéctica, fue hallado culpable de intentar derrocar la tiranía de Nearco el misio y, sometido a tormento[479], calló el nombre de sus cómplices en la conspiración, mientras acusaba a los que eran

---

[478] Filósofo de la escuela eleática, del siglo v a. C. Le atribuye el descubrimiento de la dialéctica ARISTÓTELES en *El Sofista*, según DIÓGENES LAERCIO, VIII 57.

[479] La historia de la participación de Zenón en el complot y su entereza ante la tortura aparece narrada con múltiples variantes, cf. los testimonios recogidos por DIELS y KRANZ en A 1, 2, 6, 7, 8 y 9 (siendo el 9 precisamente la versión de Filóstrato).

leales al tirano de que no eran leales, así que éstos murieron, en la idea de que las acusaciones eran ciertas, mientras Zenón logró la liberación de los misios, al hacer que la tiranía se arruinase por sí misma.

Platón afirma que emprendió la lucha por la liberación de los sicilianos, después de haber hecho a Dión cómplice de este proyecto[480].

Fitón[481], cuando fue desterrado de Region, buscó la protección de Dionisio, el tirano de Sicilia. Pero al recibir mayores honores de los normales para un desterrado, comprendió los propósitos del tirano y que ambicionaba también Region. Así que fue sorprendido cuando informaba de ello a los de Region por carta, y el tirano, tras atarlo vivo a una de las máquinas de sitio, lo acercó a las murallas, en la idea de que los de Region no tirarían contra la máquina por respeto a Fitón, pero él les gritó que tiraran, pues era el blanco de su libertad.

Heraclides y Pitón, los asesinos del tracio Cotis[482], eran jóvenes ambos e, interesados por los estudios de la Academia, se hicieron ambos sabios y, por tanto, libres.

En cuanto a la historia de Calístenes de Olinto[483], ¿quién no la conoce? En un mismo día elogió y censuró a los macedonios, cuando estaban en la cima de su poder, y murió por haber caído en desgracia ante ellos.

---

[480] Sobre el intento fallido de Platón de aplicar sus teorías políticas en Sicilia, cf. nota 79.

[481] Fitón fue elegido general por los de Region contra Dionisio, cf. Diodoro Sículo, XIV 108. Dionisio es el tirano Dionisio I que conquistó Region en el año 387 a. C.

[482] En el año 360 ó 359 a. C., ambos hermanos mataron, por cuestiones privadas, al dinasta tracio Cotis.

[483] Un sobrino de Aristóteles que acompañó en sus expediciones a Alejandro Magno y que escribió una historia de su expedición hoy perdida. A su nombre se puso posteriormente la

¿Y Diógenes de Sinope[484] y Crates de Tebas?[485]. El uno, cuando acababa de llegar de Queronea[486], censuró a Filipo ante los atenienses, dado que, mientras aseguraba que era un Heraclida, había diezmado con las armas a los que alzaron las suyas en defensa de los Heraclidas. El otro, cuando Alejandro le dijo que volvería a construir Tebas, por consideración a él, dijo que no necesitaba una patria que alguien pudiera asolar por la fuerza de las armas. Podrían citarse muchos casos por el estilo, pero mi obra no me permite la prolijidad, por lo menos, dado que me veo en la obligación de ponerles objeciones, no porque no sean hermosos ni estén en boca de todo el mundo, sino por ser inferiores a los de Apolonio, aunque parezcan superiores a los demás.

En efecto, la acción del de Elea y la de los asesi- 3
nos de Cotis no son excesivamente dignas de elogio, pues esclavizar a los tracios y getas es cosa fácil, y en cambio liberarlos, una bobada, pues no disfrutan con la libertad, supongo que porque no consideran vergonzoso ser esclavos.

Que Platón no obró de forma sabia al tratar de arreglar los asuntos de Sicilia en vez de los de Atenas, o que fue vendido[487] con toda la razón, por haber sido

Vida... publicada en esta colección. La disputa a la que se refiere Filóstrato tuvo lugar en el 327 a. C.

[484] Diógenes de Sinope fue el fundador del cinismo, sobre cuyo despego de los bienes materiales se contaban numerosas anécdotas.

[485] Crates fue discípulo de Diógenes; cf. lo dicho por el propio Filóstrato sobre él en I 13, y mi nota 30. La destrucción de Tebas (con la sola excepción de la casa que había pertenecido al poeta Píndaro, respetada por expreso deseo del conquistador) tuvo lugar en el 335 a. C.

[486] La batalla de Queronea en Beocia, que se libró el 338 a. C., le dio a Filipo el triunfo definitivo sobre los griegos.

[487] Una leyenda antigua sostenía que Platón fue vendido como esclavo, cf. Diógenes Laercio, III 19.

engañado, después de haber engañado, no lo digo por quienes puedan molestarse al oírlo.

Respecto a lo del de Region, se arriesgó contra Dionisio, cuando su tiranía sobre Sicilia no estaba sólidamente establecida. Además, dado que, de todos modos, habría muerto a manos de aquéllos, aunque no hubiera sido herido por los de Region, no hizo nada admirable, me parece, al elegir una muerte por la libertad de los demás, en vez de una muerte por su propia esclavitud.

Calístenes ni siquiera ahora podría librarse de parecer un cobarde, al alabar y censurar a los mismos; o bien censuró a quienes consideró dignos de elogio, o elogió a los que debería haber censurado abiertamente; y ocurre que el que se pone a censurar a hombres de bien no puede eludir el parecer envidioso, mientras que el que adula a los malvados, asume con sus elogios la responsabilidad de sus errores, pues los malos elogian a los que son aún peores.

En cuanto a Diógenes, si le hubiera dicho esas palabras a Filipo antes de Queronea, habría mantenido a este hombre libre de la infamia de tomar las armas contra los atenienses, pero al hacerlo a quienes ya habían actuado, censuró, pero no arregló.

Crates tendría que sufrir la acusación de un patriota por no secundar a Alejandro en su propósito de que había que reconstruir Tebas.

Apolonio, en cambio, sin temer por una patria en peligro, ni desesperado por su vida, ni forzado a palabras insensatas, ni defendiendo a misios y getas, ni ante un hombre que gobernaba sobre una sola isla o una región y no grande, sino ante aquel bajo cuyo poder se hallaba la mar y tierra toda, y cuando ejercía una dura tiranía, tomó su puesto en defensa del interés de los gobernados, haciendo uso del mismo modo de pensar que contra Nerón.

Oposición de Apolonio a Domiciano

Con todo, alguien puede considerar aquello como meras escaramuzas, puesto que no fue saliéndole directamente al encuentro como iba poniendo progresivamente enferma su tiranía, sino dando ánimos a Víndex y aterrando a Tigelino. Y toma cuerpo por aquí una cierta opinión llena de fanfarronería: que no tenía nada de noble oponerse a Nerón, que vivía una existencia propia de una arpista o flautista. Pero respecto a Domiciano, ¿qué van a decir? Pues él era vigoroso de cuerpo, despreciaba los placeres de los instrumentos musicales o de los repiqueteos que apaciguan el apasionamiento, mientras que los dolores de los demás y aquello por lo que alguien pudiera lamentarse le atraían hacia el placer. Proclamaba que la desconfianza era para los pueblos la salvaguardia contra los tiranos, y para los tiranos, contra todo el mundo, y consideraba adecuado que por la noche el monarca cesara en todas sus actividades, pero comenzara los asesinatos, razón por la cual el Senado quedó desmochado de sus miembros más distinguidos y la filosofía se espantó de tal modo que, perdiendo la dignidad, huyeron unos de ellos a los celtas del oeste [488]; otros, a los desiertos de Libia y de Escitia; algunos incluso se vieron inducidos a pronunciar discursos de justificación de las faltas de aquél; pero Apolonio, de igual manera que Tiresias se ve representado por Sófocles ante Edipo, diciendo acerca de él mismo 4

pues no vivo como esclavo tuyo, sino de Loxias [489],

---

[488] Esto es, a la Galia.

[489] Sófocles, *Edipo Rey* 410. Loxias es un sobrenombre de Apolo que significaba, según los antiguos, «El torcido», por la ambigüedad de sus oráculos (cf. gr. *loxós),* interpretación que los modernos no han conseguido ni demostrar ni desmentir.

así también él, dado que, por considerar como su soberana a la sabiduría, estaba libre de la influencia de Domiciano, se aplicó a sí mismo el oráculo de Tiresias y Sófocles, sin ningún temor por su persona, pero apiadado de lo que había hecho perecer a otros. Por esa razón, congregó a su alrededor a cuanta juventud conservaba el Senado y cuanta inteligencia se veía en algunos de sus miembros, frecuentando las provincias y razonándoles con argumentos filosóficos a los gobernadores que no era inmortal el poderío de los tiranos y que, por el propio hecho de parecer temibles, son más vulnerables. Les mencionaba asimismo las Panateneas del Ática en las que se entonan cantos en honor de Harmodio y Aristogitón, y la hazaña de File[490], que venció a treinta tiranos a la vez, y les recordaba asimismo las tradiciones patrias de los romanos, cómo también después de haber sido una democracia en la antigüedad, derrocaron tiranías con las armas.

5 En una ocasión en la que un actor de tragedia se presentó en Éfeso con la obra *Ino* y fue espectador el gobernador de Asia[491], que, aunque era un joven brillante entre los consulares, mantenía una actitud en extremo timorata respecto a la situación. El actor acababa ya los yambos en los que Eurípides dice que los tiranos necesitan largo tiempo para acrecentar su poder, pero se ven destruidos por nimiedades[492], cuando Apolonio se puso en pie de un salto y exclamó:

---

[490] Sobre Harmodio y Aristogitón, cf. V 34 y nota 374. La hazaña de File fue la expedición de los demócratas, al mando de Trasibulo, que acabó con los Treinta Tiranos en el año 403 a. C.

[491] En esta época era procónsul en Asia Valerio Festo, muerto poco antes del 86, por lo que parece que se trata de este personaje. Conservamos en el epistolario una carta (la número 58) dirigida a él.

[492] Pese a que la *Ino* de EURÍPIDES no se nos ha conservado, sí que se nos ha transmitido precisamente este fragmento (420 NAUCK), que dice: «ves a los tiranos, que necesitan de largo

—¡Pero ese cobarde no hace caso de Eurípides, ni de mí!

Por otra parte, cuando llegó la noticia de que Domiciano había hecho una singular purificación de la Hestia de los romanos [493], puesto que había matado a tres vestales, bajo la acusación de haber roto su voto de castidad y haber incurrido en la impureza de las relaciones sexuales —ellas, cuya obligación era cuidar, manteniendo su pureza, de la Atenea de Ilión [494] y del fuego de allí—, Apolonio comentó: 6

—¡Ojalá también tú, Sol, pudieras purificarte de los injustos asesinatos de los que está plagado ahora el mundo entero!

Y todo ello no fue en privado, como los cobardes, sino ante la muchedumbre y a la vista de todos, como lo proclamaba y lo deseaba.

Después que el emperador hubo matado a Sabino [495], uno de sus allegados, desposó a Julia, y esta Julia era la mujer del que había muerto y sobrina de Domiciano, por ser una de las hijas de Tito. Éfeso iba a celebrar 7

---

tiempo para acrecentar su poder, y cómo las cosas pequeñas pueden provocar un desastre; un solo día derriba lo que estaba encumbrado y exalta otra cosa».

[493] Esto es, Vesta. Como siempre, Filóstrato evita usar los nombres romanos y prefiere sus equivalentes griegos. Suetonio, *Domiciano* VIII 4 sigs., refiere que Domiciano mató a las hermanas Oculatas y a Varronila y luego a la Gran Vestal Cornelia, por los motivos que aquí se señalan. El proceso tuvo lugar entre el 82 y el 83, cf. Grosso, «La Vita...», págs. 446-447, con bibliografía.

[494] Se pretendía que la imagen que se hallaba en el santuario de Vesta en Roma era el famoso Paladión o estatuta de Palas que se guardaba en la ciudadela de Troya y que había sido traída por Eneas a Roma.

[495] Tito Flavio Sabino, hijo del hermano del emperador y cónsul en el 82 d. C., muerto por causa de un error del heraldo, que lo proclamó emperador, en vez de cónsul, lo que suscitó los recelos de Domiciano, cf. Suetonio, *Domiciano* X 6.

un sacrificio por las bodas, pero, interrumpiendo los ritos, dijo Apolonio:

—¡Ah, noche de las Danaides [496] de antaño! ¿Cómo es que sólo fuiste una?

8 Por otra parte, los acontecimientos en Roma sucedían del siguiente modo. Nerva parecía adecuado para el poder que, después de Domiciano, ocuparía de forma prudente. La misma opinión se tenía de Órfito y Rufo [497]. Al acusarlos Domiciano de que conspiraban contra él, se vieron confinados en islas, mientras que a Nerva le ordenó vivir en Tarento [498]. Dado que Apolonio había sido amigo íntimo de ellos durante el tiempo en el que Tito había reinado con su padre y a la muerte de su padre, enviaba cartas continuamente a estos hombres, exhortándolos a la moderación, por ganarlos a la causa de los monarcas nobles. En cambio distanció a estos hombres de Domiciano, por la crueldad que demostraba, y los fortalecía en la causa de la libertad para todos. Tales consejos epistolares no le parecían ya carentes de peligro para ellos, pues a muchos miembros del gobierno los habían traicionado sus esclavos, sus

---

[496] Se refiere al tema mítico del rapto de las cincuenta hijas de Dánao por los hijos de Egipto (cf. APOLODORO, II 1, 5), que dieron muerte a sus maridos en la noche de bodas, con la excepción de una de ellas, Hipermestra, que lo respetó.

[497] Órfito es Servio Cornelio Escipión Salvidieno Órfito, citado por SUETONIO, *Domiciano* X 4, que por haber incurrido en sospechas de Domiciano, fue exiliado y luego asesinado en el exilio, extremo que Filóstrato silencia. En cuanto a Rufo, debe ser L. Verginio Rufo, cónsul con Nerva en el 97, alabado por DIÓN CASIO, LXVIII 2, 4, y PLINIO EL JOVEN, *Cartas* II 1, si bien ninguna otra fuente, fuera de Filóstrato, alude a su destierro.

[498] Se trata de un error de Filóstrato. Domiciano deseaba desembarazarse de Nerva, pero, dada su avanzada edad, pensó que moriría pronto, y no hay datos de que llegara a desterrarlo. En cambio, sí sabemos que fue precisamente en Tarento a donde Nerva, ya nombrado emperador, desterró a un conspirador contra él, Calpurnio Craso.

amigos o sus mujeres, y por entonces una casa no podía albergar secreto alguno, de modo que habría tomado cada vez a uno de los más sensatos de sus discípulos y les habría dicho: «Te hago emisario de un importante secreto. Es menester que vayas a Roma, a casa de Fulano; que converses con él y hagas por convencer a este hombre todo cuanto yo haría.» Pero cuando oyó que habían sido desterrados por haber mostrado un asomo de oposición contra el tirano, aunque por temor se habían arrepentido luego de lo que habían planeado, pronunció un discurso sobre las Moiras y el destino en la arboleda de Esmirna en la que se halla la estatuta del Melete[499].

Como sabía que Nerva iba a gobernar en seguida, 9
estaba desarrollando en su discurso que ni siquiera los tiranos son capaces de forzar los designios de las Moiras —dándose el caso de que había una estatua de bronce de Domiciano, erigida junto a la del Melete— cuando, dirigiendo la atención de los presentes hacia ella, dijo:

—¡Insensato, hasta qué punto te equivocas acerca de las Moiras y del destino! Pues aquél que está fijado por el hado que reine después de ti, aunque lo mates, resucitará.

Y eso llegó a oídos de Domiciano por mediación de unas acusaciones de Éufrates. Mas acerca de quién pronunciaba esos vaticinios, nadie lo sabía, pero el tirano, por calmar su propio miedo, concibió el propósito de matar a esos hombres. Con todo, para que no pareciera que lo hacía fuera de razón, mandó comparecer a Apolonio, para que se defendiera de la acusación de mantener tratos secretos con ellos, pues, en caso de que viniera, podría ser condenado y no daría la impresión

[499] Río de Esmirna, representado en la escultura como un dios.

de que se les mataba sin juicio, sino de que eran condenados en el de aquél, o en caso de que por cualquier expediente se librara de su evidente suerte, con mayor razón morirían aquéllos, como condenados también por complicidad en la acusación contra Apolonio.

Demetrio y Damis intentan disuadir a Apolonio

10 Mientras el emperador concebía estos planes y ya escribía incluso al gobernador de Asia para que detuviera a Apolonio y se lo enviara, el hombre de Tiana lo tenía todo previsto por el poder sobrenatural con el que solía estar dotado. Pero cuando les dijo a sus compañeros que necesitaba partir para un viaje misterioso, ello les trajo a la memoria aquello por lo que el antiguo Ábaris[500] se hizo famoso, haciéndoles creer que intentaba algo parecido. Pero él, sin haberle revelado su propósito ni siquiera a Damis, se embarcó con él en dirección a Acaya y, una vez que desembarcó en Corinto y celebró, al filo del mediodía, en honor del Sol, los ritos que acostumbraba, partió hacia Sicilia e Italia al atardecer. Gracias a que encontró una brisa favorable y una corriente que lo llevaba sobre el mar, llegó a Dicearquía[501] al quinto día.

Allí se encontró con Demetrio, que pasaba por ser el más audaz de los filósofos, porque vivía no lejos de Roma[502]. Conociendo su aversión por el tirano, le dijo, por iniciar la conversación:

---

[500] Legendario personaje de rasgos chamánicos mencionado por Heródoto, IV 36, al que Apolo concedió, además del don de la adivinación y otros poderes, una flecha de oro con la que podía trasladarse a donde deseara.

[501] Puteoli (hoy Pozzuoli) cerca de Nápoles.

[502] Hay dudas sobre la realidad de estas relaciones entre Apolonio y Demetrio, primero, por la avanzada edad de Demetrio, y segundo, por el antagonismo entre cínicos y pitagóricos; pero Grosso, «La Vita...», pág. 463, nota 68, con bibliografía, estima que ninguna de las dos objeciones es insuperable: la primera, porque si Demetrio tenía setenta años, Apolonio tendría unos

—Te he sorprendido sumido en el lujo y viviendo en lo más feliz de la próspera Italia, si es que realmente es próspera; allí donde se dice que Ulises, cuando convivía con Calipso, se olvidó del humo de Ítaca y de su casa[503].

Y Demetrio lo abrazó y, tras expresarle sus buenos augurios, le dijo:

—¡Dioses! ¿Qué le ocurrirá a la filosofía ahora que corre peligro de perder a un hombre como éste?

—¿Qué peligro es el que corre? —repuso.

—Sin duda ese por cuya previsión vienes. Pues si ignoro tus intenciones, es que tampoco me conozco a mí mismo. Pero no hablemos aquí, sino vayamos a donde la conversación sea privada, y que esté presente también Damis, al que yo, ¡por Heracles! considero el Yolao[504] de tus trabajos.

Les iba conduciendo Demetrio, mientras decía estas 11
palabras, hacia la villa que fue de Cicerón en su vejez, que se encuentra cerca de la ciudad. Se sentaron bajo un plátano, mientras las cigarras cantaban con el acompañamiento de la brisa. Y Demetrio, alzando su vista hacia ellas, les dijo:

—¡Felices de vosotras y verdaderamente sabias, porque os enseñaron las Musas un canto que aún no se ha visto sometido a procesos o acusaciones; os hicieron superiores a vuestro vientre y apartaron vuestra

---

noventa; la segunda porque ambos pondrían sus relaciones personales por encima de las cuestiones de escuela.

[503] Hay una reminiscencia de un episodio de la *Odisea*, si bien reinterpretado. Ulises, en efecto, quedó en poder de la Ninfa Calipso durante diez años, pero la alusión al humo de su hogar aparece en el poema homérico (*Odisea* I 57-9) como una nostalgia constante del héroe, y así Atenea dice que, pese a las atenciones de Calipso, «Ulises, que anhela ver levantarse el humo de su tierra, desea morir».

[504] Yolao es el auriga y fiel acompañante de Heracles en sus trabajos, cf. ya HESÍODO, *Escudo* 78, APOLODORO, II 5, 2.

morada de la envidia humana, en esos árboles en los que, dichosas, cantáis vuestra felicidad y la de las Musas.

Apolonio comprendió a qué se referían tales palabras, pero, censurándolas, como demasiado indolentes para su profesión, le dijo:

—¿Acaso tenías el propósito de desarrollar un elogio de las cigarras, pero no lo expusiste abiertamente, sino te escondiste aquí, como si hubiera alguna ley que prohibiera elogiar en público a las cigarras?

—No he dicho eso como un elogio —respondió—, sino por poner de manifiesto que, mientras que a ellas las dejan en paz sus salas de concierto, nosotros no disponemos de permiso ni para murmurar, sino que la sabiduría constituye un cargo contra uno. La acusación de Anito y Meleto[505] dice: «Sócrates comete injusticia porque corrompe a los jóvenes y trata de introducir nuevos dioses.» Pero a nosotros se nos acusa en estos términos: «Comete injusticia Fulano por ser sabio, justo, conocedor de los dioses, conocedor de los hombres y extremadamente experto en leyes.» Y en la medida en que tú eres más sabio que nosotros, tanto más prolija será la acusación que van a inventarse contra ti, pues Domiciano se propone hacerte partícipe de los cargos por los que están desterrados Nerva y los suyos.

—¿Y por qué están desterrados? —preguntó.

—Por la más grave de las acusaciones —contestó—, según el parecer del acusador; pues afirma que son convictos del intento de tomar el poder que él detenta,

---

[505] Nombre de los dos atenienses que, con Licón, presentaron la acusación por la que Sócrates fue condenado y ejecutado. La acusación se nos ha conservado textualmente (Jenofonte, *Memorables* I 1, 1, cf. Platón, *Apología* 19b). Sobre la influencia socrática que tiñe toda la obra, cf. la *Introducción* § 3 y nota 33.

y que tú instigaste a esos hombres descuartizando, creo, a un niño.

—¿Acaso es porque el gobierno será derrocado por un eunuco? —preguntó Apolonio.

—No es por eso por lo que nos vemos falsamente acusados —aclaró—, sino que dicen que sacrificaste a un niño con objeto de conocer el vaticinio que revelan las entrañas de los animales jóvenes. Se hace también constar en la acusación tu forma de vestir y de vivir, así como el hecho de que haya gente por la que eres objeto de culto. Eso efectivamente se lo oí decir a Telesino, un buen amigo, tanto para mí como para ti.

—Hallazgo inesperado sería —dijo— si nos encontráramos con Telesino, pues seguramente te refieres al filósofo que alcanzó el rango consular en época de Nerón [506].

—A él en efecto me refiero —contestó—, mas ¿de qué modo podrías entrar en contacto con él? Pues las tiranías soy muy suspicaces respecto a todos los que gozan de prestigio, si llegan a mantener conversaciones con los inculpados en lo mismo que tú ahora. Además, Telesino emigró con motivo del edicto que se ha proclamado ahora respecto a toda clase de filosofía [507], por preferir ser desterrado como filósofo antes que quedarse como cónsul.

—Que no se vea en peligro, pues —dijo—, ese hombre por culpa mía. Que bastante peligro corre por culpa de la filosofía.

—Pero dime una cosa, Demetrio —prosiguió Apolonio—. ¿Qué te parece que debo decir o hacer para calmar mi propio miedo? 12

---

[506] Exactamente en el año 66, cf. IV 40 y nota 294.

[507] Eusebio data este edicto entre el primero de octubre del 93 y el 30 de septiembre del 94, mientras que San Jerónimo lo fecha en el 95, cf. GROSSO, «La Vita...», págs. 464-466, quien prefiere la primavera del 93.

—No bromees —contestó— ni digas que temes ahora peligros de los que ya eras consciente. Pues si consideraras eso peligroso, te habrías marchado, con tal de librarte de un discurso en tu propia defensa.

—¿Te habrías escapado tú —preguntó— si corrieras el mismo peligro que yo?

—No, ¡por Atenea! —repuso—, si hubiera alguien para juzgarme, pero sí con la perspectiva de que no va a haber siquiera proceso, y de que o no voy a ser oído si me defendiera, o voy a ser oído, pero me matarán precisamente por no haber cometido delito. Y tú estarías de acuerdo conmigo en no elegir una muerte tan escalofriante y propia de un esclavo, en lugar de una adecuada para un filósofo. Y es que a la filosofía le es adecuado, creo, o bien morir por liberar una ciudad o por defender a los padres, hijos, hermanos y el resto de la familia, o combatiendo por los amigos, que para los hombres sabios son más estimables que el parentesco, o por los que han conquistado por amor. Pero morir por falsas razones sutilmente inventadas y ofrecerle al tirano la posibilidad de parecer sabio es mucho más penoso que si uno, como cuentan de Ixión, sufriera tortura por el aire sobre una rueda. Para ti supongo que será el comienzo de tu proceso el propio hecho de venir aquí. Pues tú lo justificas por la sanidad de tu conciencia y porque no te habrías atrevido a emprender el camino hasta aquí si hubieras cometido algún delito; pero Domiciano no pensará que lo has hecho por eso, sino que, por poseer algún poder secreto, te has aventurado tan resueltamente. Pues el hecho de haber sido citado no hace aún diez días, según dicen, y que tú te hayas presentado a juicio sin haber oído aún que vas a ser juzgado, conferirá sentido a la acusación, pues parecerá que lo sabías de antemano, y la historia acerca del niño ganará crédito. Mira además no sea que eso de las Moiras y el destino, sobre lo

que dicen que tú hablaste en Jonia[508], no se vuelva contra ti y que, por tramar el destino algo insólito, tú te veas obligado a ir a su encuentro sin darte cuenta de que es siempre más sabio precaverse. Y si no se te ha olvidado la época de Nerón, sabes lo que pasó conmigo y que no mostré un comportamiento indigno de un hombre libre ante la muerte. Pero aquello tenía ciertos atenuantes. Pues en el caso de Nerón, su cítara parecía desentonar con el comportamiento adecuado a la realeza, pero, respecto a lo demás, no estaba desagradablemente afinada, pues muchas veces traía por su mediación algunas treguas y lo apartaba de los crímenes. A mí por lo menos no me mató, aunque había atraído su espada contra mí por tus discursos y los míos, esos que pronuncié contra el establecimiento de Baños[509]. La causa de que no muriera fue un mejoramiento de voz que le vino entonces y el haber logrado una melodía que a él le pareció espléndida. Pero ahora, ¿en honor de qué mejora de voz, en honor de qué cítara vamos a ofrecer un sacrificio? Pues todo es ajeno a la música y está lleno de cólera, y éste no podría ser fascinado ni por ti ni por otros. Aunque Píndaro, al elogiar la lira[510], dice que fascina incluso al ánimo de Ares y lo aparta de los bélicos quehaceres, y si bien ese ha establecido aquí una competición musical y corona en público a los vencedores, hay algunos de ellos a los que mandó matar y que intervinieron, como se dice, en una competición de flauta o de canto por última vez. También debes pensar en los hombres que te siguen, pues los harás perecer también a ellos, tanto si te muestras atrevido, como si pronuncias palabras con las que no vas a convencer. Tu salvación la tienes

[508] Cf. VII 8-9.

[509] Cf. IV 42.

[510] En el comienzo de su *Pítica* I.

a mano, pues hay aquí muchas naves, como ves; unas partirán hacia Libia, otras hacia Egipto, otras hacia Fenicia y Chipre, otras directamente a Cerdeña y otras más allá de Cerdeña. Lo mejor para ti es embarcar en una y marcharte a cualquiera de esos lugares, pues las tiranías son menos crueles con los hombres notorios si se dan cuenta de que prefieren no vivir en la notoriedad.

13 Ganado Damis por las razones de Demetrio, dijo:

—Tú sí que eres un amigo, cuya presencia podría resultar de gran provecho para este hombre, pues corto es mi razonamiento si quisiera aconsejarle que no haga volatines sobre espadas desnudas y que no se arriesgue contra la tiranía considerada como la más cruel de todas. A más de que yo, si no me hubiera topado contigo, no sabría el motivo del viaje hasta aquí, pues sigo a Apolonio más de prisa que cualquiera a sí mismo, pero si me preguntaras hacia dónde me embarco o para qué, quedaría en ridículo por este viaje, por haber cruzado los mares de Sicilia y los golfos del Tirreno sin saber para qué. Y si me hubiera arriesgado tras una advertencia previa, podría decirles a quienes me preguntaran que Apolonio ama la muerte y que yo lo acompaño en la travesía como su rival en amores; pero, puesto que no sé nada, lo mío es ya hablar de lo que conozco, así que te diré una cosa respecto a este hombre: si yo muriera, la filosofía no padecería terribles daños, pues me asemejo al escudero de un noble soldado, merecedor de mención porque lo sigo, pero si va a haber alguien que logre matarlo, las tiranías tendrán facilidades para tender trampas a unos y suprimir a otros de su camino, y se alzará, supongo, un trofeo por la derrota de la filosofía en la persona del mejor filósofo. Habrá además muchos Anitos y Meletos en contra nuestra, y acusaciones de aquí y de allá contra los compañeros de Apolonio: porque uno se rió

cuando la emprendía con la tiranía, el otro porque lo animó a hablar, otro porque le sugirió que hablara de algo, otro porque se fue elogiando lo que había oído. Y yo admito que es menester morir por la filosofía, como por los templos, los muros o los sepulcros, pues por la salvación de tales cosas muchos hombres, y notorios, sufrieron gustosamente morir, pero para arruinar la filosofía, ni moriría yo ni cualquiera que la ame a ella y a Apolonio.

A todo ello respondió Apolonio[511]: 14

Apolonio justifica su actitud

—Hay que tener indulgencia con Damis, por referirse a las presentes circunstancias con gran cautela, pues, por ser asirio y habitar cerca de los medos, donde se rinde pleitesía a las tiranías, no concibe ningún gran ideal sobre la libertad; pero tú no sé cómo vas a defenderte ante la filosofía por haber hecho concebir temores que, incluso en el caso de que tuvieran alguna apariencia de verdad, era preciso rechazar, en vez de meterle miedo a quien ni siquiera teme lo que era verosímil que le ocurriera. Un hombre sabio debe morir por los motivos que has dicho. Pero cualquiera moriría por ellos, incluso el que no es sabio, pues morir por la libertad está ordenado por la ley, y morir por la familia o por los amores, lo define la naturaleza. Convierte en esclavos a todos los hombres la naturaleza y la ley; la naturaleza, de buen grado, la ley, incluso en contra de sus voluntades. Mas a los sabios les es más propio morir por aquello a lo que se han consagrado. Pues si es en defensa de aquello en lo que, sin haberlo ordenado la ley ni ser un don innato de la naturaleza, se ejercitan ellos mismos por su vigor y por

---

[511] Todos los autores coinciden en comparar este discurso con el de Sócrates en el *Critón*, respondiendo a las propuestas de fuga de sus discípulos transmitidas por Critón.

su audacia, si es que alguno intenta destruirlo, ya puede venir fuego contra el sabio, ya puede venir el hacha, porque no lo vencerá nada de eso. Ni es tampoco posible el recurso a mentira alguna, sino que permanecerá unido a todo cuanto sabe, no menos que aquello en lo que ha sido iniciado. Yo conozco más cosas que cualquier otro hombre, puesto que lo sé todo. De las cosas que sé, las unas las sé por los hombres virtuosos, otras por los sabios, otras por mí mismo, otras por los dioses. Pero por los tiranos, ninguna. Y que no son insensateces los motivos de mi llegada, te es posible comprobarlo. Pues yo, respecto a mi propio cuerpo, no corro ningún riesgo, ni podría morir bajo una tiranía, ni siquiera si yo mismo me lo propusiera, pero soy consciente de que estoy arriesgando a los hombres de los que el tirano me hace, bien su jefe, bien su apoyo, pues soy todo lo que se le ocurre. Pero si los traicionara por actuar con lentitud o por acobardarme ante la acusación, ¿qué impresión causaría a los hombres virtuosos? ¿Quién no me mataría con toda razón, por jugar con personas a las que se ha confiado todo cuanto yo pedía a los dioses? Así pues, que no habría para mí medio de sustraerme a la consideración de traidor, es lo que quiero demostrar.

Hay dos tipos de tiranías: unas, en efecto, matan a quienes no han sido juzgados; otras, a quienes se han visto arrastrados a los tribunales. Se asemejan las unas a las más apasionadas y resueltas de las fieras, las otras a las más perezosas y aletargadas. Que ambas son crueles, es cosa evidente para cualquiera que tome como ejemplo, de la impetuosa y privada de juicio, a Nerón, y de la acechante, a Tiberio, pues el uno destruía a quienes nada se esperaban, y el otro a quienes vivían largo tiempo sumidos en el miedo. Yo considero más crueles a las que tienen pretensiones de celebrar juicios y de pronunciar veredictos como si fuera de

acuerdo con las leyes, pues no hacen nada de acuerdo con ellas, sino que sus veredictos son como si no hubiera habido juicio alguno, dándole el nombre de ley a la demora de su rencor. Además, el morir condenados priva a los desdichados de la compasión de la mayoría, que debe ofrecérseles como mortaja a los que perecen injustamente. Pues bien, veo en esta tiranía una apariencia de legalidad, pero me parece que acaba por prescindir de los juicios, pues a aquellos a los que condena antes de juzgarlos, los lleva a juicio como si no estuvieran aún juzgados. Y el que es declarado culpable por un veredicto en uno de ellos, es evidente que puede afirmar que perece por causa de una sentencia contra las leyes, pero el que no comparece para ser juzgado, ¿cómo evitaría condenarse por sí mismo? Y en caso de que huyera ahora del proceso contra mí y contra aquéllos, pese a que tales hombres dependen de mí, ¿qué lugar de la tierra me permitiría parecer puro? Supongamos que tú has dicho estas palabras y que yo te hago caso, como si tuvieran razón, de modo que ellos fueran asesinados, ¿cuál sería la plegaria por un buen viaje en tal caso? ¿A dónde echaré el ancla? ¿A quién me dirigiré? Pues es preciso abandonar, supongo, todo el territorio sobre el que los romanos tienen jurisdicción, y dirigirme a personas allegadas a mí y que no habiten al alcance de sus miradas. Esto sería Fraotes, el babilonio, el divino Yarcas y el noble Tespesión. Así pues, si me dirigiera a Etiopía, ¿qué le diría, amigo mío, a Tespesión? Pues si se lo ocultara, pasaré por amante de la mentira, o mejor aún, por esclavo. Si llegara a la confesión de estos hechos, requeriría unos términos más o menos como estos: «A mí, Tespesión, me acusó Éufrates ante vosotros de cosas que no admito. Pues dijo que yo era un fanfarrón, un mago y un insolente con la sabiduría que practican

los indios. Pero yo no soy precisamente eso, sino un traidor de mis amigos, un asesino nada de fiar y demás, eso es lo que soy. Y vengo con objeto de ser coronado con la corona de la virtud, si es que hay alguna, puesto que he arruinado a las principales casas de Roma, de forma que ni siquiera se verán ya habitadas.» Enrojeces, Demetrio, al oírme decir esto, pues te estoy viendo. ¿Y qué, si pensaras en Fraotes y en mí, huyendo a la India con ese hombre? ¿Cómo podría mirarlo? ¿Cuál le explicaría que es el motivo de mi destierro? ¿Acaso que llegué la primera vez como un hombre de bien y no descorazonado ante la posibilidad de morir por mis amigos, pero, después de que me entrevisté con él, he rechazado como indigno, por consejo tuyo, lo más divino que hay en las acciones humanas? Yarcas ni siquiera preguntará nada cuando llegue, sino que, igual que Eolo le ordenó una vez a Ulises, por haber hecho mal uso del don de una buena navegación, que se marchara ignominiosamente de la isla[512], también a mí me expulsará de la colina, diciendo que se había echado a perder mi trago de la copa de Tántalo[513], pues pretenden que el que sobre ella se inclina, participa también con los amigos en los peligros.

Ya sé cuán hábil eres, Demetrio, para sacar conclusión a tus argumentos, por lo cual me parece que vas a decirme algo así como: «No vayas entonces con ellos, sino con hombres con los que aún no hayas tenido relación y te será más cómodo huir, pues pasarás inadvertido con mayor facilidad entre quienes no te cono-

[512] Se refiere al episodio narrado al principio del canto X de la *Odisea*, a cuyo comienzo me he referido en nota 155. Después de abrir el odre los compañeros de Ulises se vieron arrojados de nuevo a la isla de Eolo, y cuando Ulises le pidió al dios remedio para su situación, Eolo lo expulsó de la isla violentamente.

[513] Cf. III 25, 32.

cen. Examinemos en qué medida ese argumento es convincente. Mi opinión al respecto es la siguiente: yo creo que el sabio no hace nada en privado ni por sí, y que no puede concebir nada con una falta tan absoluta de testigos, que no esté al menos él consigo mismo, y, tanto si la inscripción pítica es del propio Apolo [514], como si es de un hombre que se conocía sanamente a sí mismo y por ello lo convirtió en máxima para todos, me parece que el sabio que se conoce a sí mismo y toma a su propia conciencia como acompañante, ni podría asustarse por lo mismo que la gente, ni atreverse a algo que otros no emprenden sin vergüenza. Pues, siendo esclavos de las tiranías, se han precipitado incluso a traicionar a sus mejores amigos, en beneficio de ellas, temerosos de lo que no es temible en absoluto, y sin temor de lo que es preciso temer.

Pero la sabiduría no condesciende con eso, sino que, además de la inscripción pítica, alaba el pasaje de Eurípides que piensa que la consciencia en los hombres es la enfermedad que los aniquila [515], cuando tienen presente que han cometido malas acciones. Ella fue seguramente la que hizo concebir a Orestes las imágenes de las Euménides, cuando enloqueció contra su madre; pues la mente es la que tiene el dominio sobre lo que ha de hacerse, pero la consciencia lo tiene sobre las decisiones tomadas por aquélla. Así pues, si la mente hace la mejor elección, la consciencia acompaña al hombre a todos los templos, a todas las calles, a todos los recintos sacros, a todos los lugares de residencia de los hombres, aplaudiéndolo y cantándolo, y entonará himnos en su honor, incluso cuando duerme, llevando

[514] La inscripción «conócete a ti mismo» que se hallaba en el Templo de Apolo en Delfos, cf. nota 161.

[515] En la tragedia *Orestes*, cuando en el verso 395 pregunta Menelao: «¿Cuál es la enfermedad que te aniquila?» y Orestes responde, en el verso siguiente: «La consciencia».

sobre él un coro elogioso del mundo de los sueños. Pero si la disensión interna de la razón resbala y cae en la maldad, la consciencia no le permite ni mantener recta la mirada ante ninguno de los hombres, ni dirigirse a él con lengua libre, sino que lo aparta de los templos y de las oraciones, pues no le deja ni levantar su mano hacia las imágenes, sino que lo golpea, si las levanta, como las leyes a quienes se alzan contra ellas; los aparta de toda compañía y los aterroriza cuando duermen. Asimismo, lo que ven de día y cuanto creen oír o decir, lo convierte en algo onírico y etéreo y a sus terrores confusos y fantasmagóricos, en verdaderos y persuasivos para el terror. Así pues, que la consciencia me pondrá en evidencia, tanto si voy con quienes me conocen, como con quienes no me conocen, si llegara a ser el traidor para estos hombres, creo que lo he dejado claramente demostrado, y que la verdad se pone de manifiesto. Así que no me traicionaré tampoco a mí mismo, sino combatiré contra el tirano, diciendo lo del noble Homero,

común es Enialio[516].

15 *En camino hacia Roma*

Damis afirma que se sintió tan impresionado por estas palabras, que recobró su celo y su audacia, y que Demetrio ya no dio por perdido a nuestro hombre, sino que, tras elogiarlo y darle la razón en lo que había dicho, invocó a los dioses en su ayuda, por el riesgo que iba a correr y en ayuda de la propia filosofía, en cuya defensa demostraba esa valentía. Asimismo dice Damis que los iba a llevar a

[516] *Ilíada* XVIII 302. Enialio es en origen una divinidad guerrera que pasa luego a convertirse en mero epíteto de Ares. La frase indica que el dios de la guerra es imparcial y no tiene preferencias sobre quién ha de ser el vencedor.

donde se encontraba alojado, pero que Apolonio, rehusando, dijo:

—Es ya tarde y es menester que a la hora de prender las lámparas me dirija al puerto de Roma, pues esa es la hora acostumbrada para esas naves. Compartiremos la comida cuando lo mío esté solucionado, pues ahora podría fraguarse alguna acusación contra ti por haber compartido tu comida con el enemigo del emperador; así que no vayas siquiera al puerto con nosotros, no sea que incluso el haber conversado conmigo te acarree la acusación de que ha sido para secretos complots.

Consintió Demetrio y, tras darles un abrazo, los dejó, pero volviéndose para mirarlos y derramando llanto. Apolonio miró a Damis y le dijo:

—Si estás tan decidido y tienes tanto ánimo como yo, embarquemos ambos en la nave. Pero si te encuentras descorazonado, hora es de que te quedes aquí, pues le harás compañía este tiempo a Demetrio, que es un buen amigo tuyo y mío.

Pero Damis le respondió diciendo:

—¿Y qué opinión voy a tener de mí mismo si, después de haber pronunciado tú hoy tales palabras acerca de los amigos y del deber de compartir con ellos los peligros que les sobrevienen, yo, prestando oídos sordos a tu discurso, te abandonara y evitara el peligro que te acecha, sin haberme mostrado antes cobarde respecto a ti?

—Bien dices —contestó—; así que vayamos, yo como estoy, pero tú es preciso que transformes tu aspecto en el de una persona más corriente, esto es, que no te dejes la cabellera larga, como la llevas; que cambies tu manto de filósofo por ese vestido de lino y que te quites ese calzado. El porqué de mis deseos es preciso que te lo cuente. Mejor es, en efecto, mantenerse lo más firme posible antes del proceso. Así pues, no quiero

que compartas mi destino, detenido por estos motivos, pues te verás detenido, delatado por tu apariencia. Quiero más bien que me sigas, no como filósofo, sino como si fueras un amigo por otros conceptos, y que por eso me acompañaras en lo que hago.

Ese fue el motivo de que Damis cambiara su aspecto pitagórico, pues dice que no lo dejó por cobardía, ni por haberse arrepentido de sus creencias, sino por aprobar el expediente al que se acomodaron por la conveniencia del momento.

Intervenciones de Eliano en favor de Apolonio

16 Al tercer día de su partida de Dicearquía, anclaron en la desembocadura del Tíber, desde la cual queda ya bastante poca navegación, remontando el río, hasta Roma. La espada imperial estaba por entonces en poder de Eliano[517], y este hombre, ya de antiguo, apreciaba a Apolonio, después de haber coincidido con él una vez en Egipto. A las claras, no le decía nada en su defensa a Domiciano, pues su cargo no se lo permitía, ya que, tratándose de alguien que parecía aborrecido por el emperador, ¿cómo podría elogiarlo ante él, y cómo iba a interceder por él como por un amigo íntimo? Con todo, cuantos recursos hay para ayudar, sin hacerlo abiertamente, los usaba todos en su defensa. Así que en los momentos en los que, antes de que llegara, se calumniaba a Apolonio, decía:

---

[517] Casperio Eliano (a quien menciona también Dión Casio, LXVIII 3, 3) era el prefecto de la guardia pretoriana, probablemente hacia el 93, al final del reinado de Domiciano, pero a la muerte de Domiciano, los prefectos eran Norbano y T. Petronio Secundo, de acuerdo con Dión Casio, LXVII 15, 2, lo que podría deberse a que por entonces Eliano habría sido objeto de sospechas del emperador. Es probable que la razón de estas sospechas fuera que Eliano había abrazado ya la causa de Nerva. El hecho es que, al llegar Nerva al poder, Eliano volvió a ser prefecto.

—Emperador, los sofistas son una cosa que habla a la ligera, y su sabiduría, fanfarronadas. Y como no disfrutan de ninguna ventaja de la existencia, anhelan la muerte, y no aguardan a que venga por sí misma, sino que se acarrean la muerte, provocando a quienes tienen espadas. Pienso que eso mismo es lo que pensaba Nerón, para no verse obligado por Demetrio a matarlo. Pues, dado que se dio cuenta de que quería morir, no lo dispensó de la sentencia de muerte por compasión, sino por desprecio de matarlo. Y asimismo a Musonio, el etrusco[518], pese a su continua oposición a su poder, lo confinó en una isla llamada Giara[519]. Además, los griegos se sienten tan atraídos por esos sofistas, que hacían y hacen todos la travesía hasta allí, por entonces, por entrevistarse con él, pero ahora, para visitar la fuente. Pues para la isla, que carecía de agua, resultó un hallazgo de Musonio la fuente que ahora celebran los griegos tanto como la del Caballo en el Helicón[520].

Con tales palabras trataba Eliano de dar largas al 17
emperador hasta que llegara Apolonio. Pero cuando llegó, recurrió a procedimientos más ingeniosos. Ordena, en efecto, que Apolonio sea detenido y conducido a su presencia y, cuando el que había redactado la acusación lo atacaba como a un brujo y bien dotado en ese arte, Eliano dijo:

—Resérvate a ti mismo y a tus acusaciones para el tribunal imperial.

Pero Apolonio añadió:

—Si soy un brujo, ¿cómo voy a ser llevado a juicio? Y si soy llevado a juicio, ¿cómo es que soy un brujo? A no ser que el poder de los delatores afirme que es

518 Cf. IV 35 y nota 284.

519 Isla entre Ceos y Tenos, en las Cícladas.

520 Es la famosa fuente Hipocrene, hecha surgir, según la leyenda, por el mítico caballo Pégaso.

tan grande que ni siquiera puede ser vencido por los que practican la brujería.

Y como el acusador quería decir algo más estúpido, Eliano lo cortó y le dijo:

—Concédeme el tiempo que falta hasta el juicio, pues voy a hacer una investigación en privado y no ante vosotros acerca del modo de pensar del sofista. Y si reconoce que ha cometido delito, se acortarán los trámites en el tribunal y tú podrás irte en paz, pero si lo niega, lo juzgará el emperador.

Así pues, llegándose a un tribunal secreto en el que se investigan y tratan a puerta cerrada los asuntos importantes, dijo:

—Marchaos de aquí y que nadie nos escuche, pues ese es el deseo del emperador.

18 Cuando se quedaron solos, dijo:

—Apolonio, yo era un muchacho en los tiempos en los que el padre de nuestro emperador fue a Egipto, para celebrar sacrificios en honor de los dioses y para consultar contigo acerca de sus asuntos. El emperador me llevaba con él como tribuno, por ser ya buen conocedor de los asuntos militares, y tú te comportaste conmigo de forma tan amigable que, mientras el emperador despachaba con las ciudades, me llevaste aparte y me dijiste de qué país era, cuál era mi nombre y de qué padre procedía. Asimismo me vaticinaste este cargo, que a la gente le parece el máximo y mayor que todos los demás de los humanos a la vez, pero a mí me parece una molestia y una mala suerte, pues soy guardián de una dura tiranía; pero si la hago caer, temo la ira de los dioses. Cuán buena disposición tengo respecto a ti, te lo he demostrado, pues el que habla como he hablado, de seguro que no cesará de apreciarte en tanto que sea posible acordarse de lo de aquellos tiempos; mas lo de querer interrogarte en privado acerca de los cargos que ha acumulado el acusador, ha

sido un ardid no falto de ingenio, para conseguir una entrevista contigo, con objeto de que tengas ánimo en lo que de mí dependa y de que conozcas lo que depende del emperador. Pues cuál va a ser su veredicto sobre ti no lo sé, pero su actitud es la de los que están deseosos de condenar, pero les da reparo de no hacerlo sobre bases verdaderas. Además, te tomará como pretexto para ejecutar a algunas personas de rango consular, pues lo que desea es cosa que no debiera hacer, pero lo lleva a cabo acomodándose a una apariencia de justicia. Preciso es que yo también recurra a una ficción: a la indignación contra ti, pues si llega a sospechar en mí predisposición para absolver, no sé cuál de nosotros morirá antes.

A esto respondió Apolonio: 19

—Dado que conversamos sanamente y tú me has dicho cuanto contiene tu corazón, es justo que también yo lo diga. Ya que filosofas sobre tus propios asuntos como los que más se han distinguido en su relación conmigo, y además, ¡por Zeus! tienes con nosotros un comportamiento tan humanitario como para pensar en arriesgarte conmigo, te contaré mis propósitos. A mí, en efecto, me era posible huir de vosotros a muchos lugares de la tierra que no son súbditos vuestros y encontrarme junto a hombres sabios; más sabios incluso que yo, así como venerar a los dioses de una forma concorde con la razón y dirigirme a pueblos de hombres más amados de los dioses que los de aquí, entre los cuales no existen ni denuncia ni acusación de ninguna clase, pues por el mero hecho de que no cometen injusticia ni la sufren, no precisan de tribunales. Sin embargo, por temor a ganarme la acusación de traidor, si rehuyera mi propio defensa y perecieran los que corren peligro por mi culpa, vengo dispuesto a defenderme. Así que dime de qué es preciso que me defienda.

20 —Los aspectos de la acusación son variados —dijo Eliano— y numerosos, pues te censuran tu manera de vestir y el resto de tu forma de vida, así como que haya gente de la que seas objeto de culto y haber hecho un oráculo una vez en Éfeso sobre la plaga [521], a más de haber hablado contra el emperador, unas veces en privado, otras abiertamente, otras con la pretensión de haberle oído a los dioses lo que decías. Pero hay algo que para mí es lo más increíble, pues sé que ni siquiera toleras la sangre de las víctimas, y que sin embargo es la acusación más fidedigna para el emperador: dicen que una vez que visitaste a Nerva en el campo, degollaste en su favor un niño arcadio, cuando Nerva estaba celebrando un sacrificio contra el emperador, y que con estos ritos acrecentaste sus ambiciones; asimismo, que eso se hizo de noche, cuando la luna está ya menguando. Puesto que esta acusación es mucho más grave, no debemos tomar en consideración ninguna otra en comparación con aquélla, pues el acusador, al criticarte por tu manera de vestir, tu forma de vida y tu presciencia, tiende con toda seguridad a ese fin, y asegura que fue eso lo que te dio a ti la idea de la conspiración contra el emperador y valor para el sacrificio. Preciso es, pues, preparar tu defensa sobre estos puntos, pero que tu discurso no falte al respeto al emperador.

Y Apolonio repuso:

—Como demostración de que no le falto al respeto, debe bastarle el que haya comparecido para defenderme, pero incluso si mi situación me diera tal audacia como para despreciar tiranías, me sometería a ti por ser persona de tal condición y porque me aprecias. Pues parecer malvado a un enemigo no es demasiado terrible, ya que los enemigos no odian por lo que uno

[521] Cf IV 10.

es públicamente censurado, sino por las ofensas que han sufrido en privado; pero el dar motivo a un amigo para que tenga mala opinión de uno, eso es más grave que todo lo que puedan hacernos los enemigos juntos, pues uno no podría librarse de ser odiado también por aquéllos por su propia mala conducta.

Le pareció a Eliano que tenía razón, y aunque lo 21
exhortó a que tuviera ánimos, llegó a la conclusión de que nuestro hombre no se asustaría ni aunque se blandiera sobre él la cabeza de la Gorgona[522]. Así pues, llamando a los encargados de este tipo de cuestiones, les dijo:

—Os ordeno que mantengáis detenido a este hombre, hasta que el emperador sea informado de su llegada y de cuantas palabras ha dicho.

Y fingía estar enfurecido. Luego, tras dirigirse al palacio, se dedicó a las obligaciones de su cargo.

Incidente con un tribuno y una anécdota de Aristides

En este punto Damis menciona un incidente parecido, aunque también distinto, al que le ocurrió a Aristides en Atenas. Aristides, en efecto, fue condenado al ostracismo[523] por su virtud, y, cuando se hallaba ya fuera de las murallas, se le acercó un campesino para pedirle que escribiera en el tejuelo un voto en contra de Aristides. Aquél ni cono-

---

[522] La Gorgona era un monstruo cuya cabeza poseía el poder de convertir en piedra a quien la mirara.

[523] PLUTARCO, *Arístides* 7, narra esta anécdota del político ateniense Aristides, llamado «el Justo». El ostracismo era un procedimiento legal que permitía a los atenienses enviar al exilio a un ciudadano por diez años, sin formación de causa, con sólo reunir seis mil votos que lo propusieran. El nombre proviene de los tejuelos *(óstraka)* en los que se escribía el nombre del que se deseaba desterrar. El campesino, que obviamente no conocía a Aristides, le pidió al propio Aristides que pusiera su nombre, y él lo hizo así.

cía a este hombre, ni sabía nada ni de Aristides ni de escribir, sino sólo de la envidia suscitada por su justicia. En esta ocasión fue un tribuno de los que conocía muy bien a Apolonio quien se presentó ante él y le preguntó por pura insolencia por qué se hallaba en peligro. Y, al contestarle Apolonio que no lo sabía, dijo:

—En cambio yo sí que lo sé. Pues el ser tú objeto de veneración entre los hombres te ha llevado a la acusación de que te consideras igual que los dioses.

—¿Y quién fue el que me veneró? —preguntó Apolonio.

—Yo —contestó—, en Éfeso, cuando era aún un niño, en la época en que nos curaste de la epidemia.

—Hermoso gesto por tu parte —dijo— y por parte de la ciudad salvada de los efesios.

—Por eso precisamente —prosiguió— tengo preparada una defensa para ti que te librará de la acusación. Vayamos, pues, fuera del muro, y si te corto el cuello con la espada, se demostrará que la acusación es una calumnia y serás absuelto, pero si provocas mi terror y suelto la espada, preciso es considerar que eres divino y que se te juzga por motivos verdaderos.

¡Tanto más zafio era éste que el que quería desterrar a Aristides! Además le dijo estas palabras haciendo muecas y entre risas. Pero Apolonio, como si no lo hubiera oído, siguió hablando con Damis acerca del delta en el que dicen que se escinde el Nilo.

Conversaciones en la prisión

22 Cuando lo citó Eliano, ordenó que lo alojaran en la prisión donde los presos no están encadenados:

—Hasta que el emperador tenga tiempo —dijo—, pues quiere entrevistarse con él en privado.

Así pues, Apolonio abandonó el tribunal y, al llegar a la prisión, dijo:

—Hablemos, Damis, con los de aquí. Pues ¿qué otra cosa podría hacer uno, hasta el momento en el que el tirano hable conmigo sobre lo que requiere?

—Nos considerarán unos charlatanes —arguyó— si les interrumpimos en la preparación de su defensa. Además, es absurdo discutir con hombres que se hallan en tal desánimo.

—Precisamente a éstos lo que más falta les hace —contestó— es alguien con quien hablar y dispuesto a atenderlos. Pues si te acuerdas de los versos de Homero[524] en los que dice Homero que Helena escanció en una crátera de vino pócimas de Egipto para atenuar los dolores del alma, me parece que Helena, que había aprendido conocimientos egipcios, ensalmó a los desazonados por medio de la crátera, curándolos con una mezcla de sus palabras y de vino.

—Es lógico —dijo Damis—, dado que, o bien fue a Egipto y trató con Proteo, o bien, como piensa Homero[525], se relacionó con Polidamna, la esposa de Ton. Pero dejemos eso ahora, pues necesito preguntarte algo.

—Ya sé —repuso Apolonio— lo que me vas a preguntar; se trata de la conversación que sostuve con aquel hombre, lo que dijo y si era terrible o pacífico, eso es lo que quieres preguntarme.

Y se lo contó todo a Damis. Así que Damis, prosternándose, dijo:

—Ahora no dudo de que Leucótea le dio una vez su velo a Ulises, cuando, caído de su nave, recorrió el mar con la sola ayuda de sus manos[526]. Pues cuando nosotros nos hallábamos en una situación sin salida y terrible, alguno de los dioses, creo, extiende su mano

---

[524] *Odisea* IV 219 sigs.

[525] *Odisea* IV 228. La otra versión es la de la *Palinodia* de ESTESÍCORO, en la que Elena iba a Egipto con Proteo, mientras un *eídolon* suyo era el que iba a Troya, cf. notas 231 y 424.

[526] Cf. *Odisea* V 333 sigs.

sobre nosotros para que no perdamos toda esperanza de salvación.

Pero censurándolo por lo que había dicho, dijo Apolonio:

—¿Cuánto tiempo vas a continuar con esos temores y sin saber que la sabiduría atemoriza todo cuanto la reconoce, pero ella misma no se atemoriza por nada?

—Pero nosotros —arguyó— vamos ante un ignorante que no sólo no se atemoriza por nosotros, sino que ni siquiera existe algo capaz de atemorizarlo.

—Así pues, Damis —prosiguió Apolonio—, ¿te das cuenta de que está lleno de humos y que se comporta de un modo insensato?

—Me doy cuenta, ¿cómo no iba a hacerlo? —replicó.

—Pues bien, tanto más has de despreciar al tirano, cuanto más lo conoces —concluyó.

Algunos prisioneros cuentan su caso

23 Mientras se hallaba discutiendo, se les acercó un hombre, un cilicio, creo, y les dijo[527]:

—Yo, señores, me hallo en este trance a causa de mi riqueza.

—Apolonio le contestó:

—Si tu riqueza la has conseguido por medios ilícitos, como piratería, pócimas de las que matan a las personas o por haber removido algunas de esas tumbas de las de los reyes de antaño, que abundan en oro y tesoros, es preciso no sólo que te juzguen, sino que te maten, pues eso es riqueza, pero ignominiosa e inhumana. Pero si la has conseguido por herencia o por un comercio propio de un hombre libre y no por trapicheo, ¿quién es tan cruel como para arrebatarte, con un pretexto legal, lo adquirido de acuerdo con las leyes?

---

[527] Los episodios de la cárcel que nos presenta Filóstrato constituyen una vívida y precisa ambientación del terror impuesto por Domiciano, cf. GROSSO, «La Vita...», pág. 479, nota 114, con bibliografía.

—Mis bienes proceden de varios allegados y han venido a parar a una sola casa, la mía. No los uso como si fueran ajenos, pues son míos; ni como si fueran míos, pues los comparto con los hombres de bien. Me acusan, con todo, los delatores, de no haber adquirido mi riqueza para bien de la tiranía, pues en caso de que intentara suscitar una revolución podría servir como financiación para ella; y para otra con la que me uniera, la mía será una aportación no pequeña. Pero ya toman la apariencia de oráculos las acusaciones contra mí: que engendra soberbia toda riqueza por encima de una medida y que la que supera a la de la mayoría hace alzar la cerviz y excita al orgullo, y que no le deja a uno ser obediente a las leyes y a los gobernadores que se envían a las provincias; sólo le falta a uno darles un golpe en la cabeza, esclavizados como están por la riqueza o dispuestos a perdonar faltas por el poder del dinero.

Yo, cuando era un muchacho, antes de que hubiera amasado una fortuna de cien talentos, me lo tomaba todo a broma y tenía poquísimos temores sobre mis bienes, pero cuando me llegaron quinientos talentos en un día al morírseme un tío paterno, cambió mi forma de pensar tanto como cambian los domadores de caballos un carácter indómito y desenfrenado. Al crecer mi fortuna y llegarme tanto por tierra como por mar, tan esclavo me volví del temor por ella, que me veía obligado a echar mano de mi capital, una parte para los delatores, a los que tenía que aplacar como a perros con esas migajas; otra parte para los gobernadores, con la idea de que su influencia me favoreciera contra los que conspiraban contra mí; otra, para mis parientes, para que no me envidiaran por mi riqueza; otra, para los esclavos, para que no se hicieran peores, pretextando que no los atendía. Así que apacentaba una espléndida grey de amigos. Ellos efec-

tivamente cuidaban de mí; unos me ayudaban de hecho, otros me daban sus consejos. Pero, a pesar de que empalizaban de este modo mi riqueza y la amurallaban de forma tan segura, ahora me encuentro en este trance por su culpa, y aún no está claro siquiera si podré seguir conservando mi cuerpo con vida.

Apolonio le dijo:

—Ten valor, pues dispones de tu riqueza como fiadora de tu vida. Te ves, en efecto, en prisión por su culpa, pero, una vez que la hayas gastado, te liberará, no sólo de estas prisiones, sino también de tener que halagar a los delatores y a los esclavos a los que, por culpa suya, te veías sometido.

24 Cuando otro, por su parte, le dijo que se veía incurso en un proceso porque, cuando celebraba un sacrificio en Tarento, donde era magistrado, no había añadido a las rogativas públicas que Domiciano era hipo de Atenea [528], Apolonio le contestó:

—Tú te creías que Atenea no había dado a luz porque es virgen por siempre, pero ignoras, al parecer, que esa diosa les parió una vez a los atenienses un dragón [529].

25 Se hallaba encarcelado otro por la siguiente acusación. Como poseía una finca en Acarnania, junto a la desembocadura del Aqueloo, solía navegar en un pequeño bote a lo largo de las Equínades, y había descubierto que una de ellas había quedado ya unida al continente así que la plantó con árboles frutales y viñas produc-

---

[528] En efecto, Domiciano pretendía hallarse bajo la protección de Minerva (a la que Filóstrato, según su costumbre, designa con el nombre de su correlato griego, Atenea), cf. SUETONIO, *Domiciano* IV 11.

[529] Este dragón es Erictonio, que reinó luego en el Ática, producto del intento de violación de Atenea por Hefesto. La semilla del dios cayó al suelo y de allí nació Erictonio. El tema se trataba ya en el poema cíclico la *Danaida*, cf. mi traducción e interpretación de los fragmentos en mis *Fragmentos*...

toras de vino dulce. Asimismo se preparó en ella una morada adecuada para él, dado que también había llevado del continente a la isla agua en cantidad suficiente. De ahí surgió la acusación: que aquel acarnanio no era puro, sino que era consciente de haber cometido crímenes intolerables y que se había refugiado allí y apartado del resto de la tierra, como si la hubiese contaminado, y que había elegido la misma forma de liberación de Alcmeón, el hijo de Anfiarao, por lo cual habitó la desembocadura del Aqueloo[530], tras el asesinato de su madre; si no por los mismos crímenes, seguramente por iniquidades no más leves que aquéllas. Él aseguraba que no se había ido a vivir allí por eso, sino porque le gustaba la tranquilidad. Con todo, se había visto por ello sometido a procesos, por los cuales se hallaba encarcelado.

Apolonio consuela a los prisioneros

Algunos otros de los que se hallaban 26
allí dentro se acercaron también a Apolonio y le expusieron quejas semejantes, pues había unos cincuenta en aquella prisión y algunos de ellos estaban enfermos, otros entregados a la desesperación, otros resignados a la idea de morir, otros invocando a gritos a sus hijos, padres o esposas. Así que Apolonio dijo:

—Damis, me parece que estos hombres requieren la pócima de que te hablé al principio, tanto si se trata de plantas egipcias, como si se dan en toda la tierra, y es la sabiduría quien las corta de raíz en sus huertos. Demos un poco de ella a estos desdichados, no sea que su propia disposición de ánimo se adelante a acabar con sus vidas.

---

[530] Se refiere a un episodio narrado en el poema cíclico la *Alcmeónida*, probablemente fuente de la versión de TUCÍDIDES, II 102, cf. mi estudio de esta obra en los *Fragmentos*...

—Démosles —contestó Damis—, pues parecen necesitados de ella.

Así pues, Apolonio los convocó y les dijo:

—Señores que compartís este techo conmigo, siento piedad por vosotros porque os estáis buscando la muerte por vosotros mismos, sin saber aún si la acusación os mandará a la muerte. Me parece, en efecto, que os vais a matar a vosotros mismos antes de que os condenen, según creéis, a muerte, y que tenéis ánimo sobre lo que teméis, mientras teméis sobre lo que tenéis ánimo. Tal cosa no os conviene, y sí en cambio que os acordéis del dicho de Arquíloco de Paros que, llamando «resignación» a la paciencia ante las desgracias, dice que es un regalo inesperado de los dioses para afrontar estas aflicciones [531], igual que esos que, gracias a su habilidad, se mantienen sobre el temporal, cuando el oleaje se levanta por encima de su nave. Asimismo es conveniente que no consideréis desesperada esta situación en la que vosotros os veis por la fuerza, y yo, de grado.

Pues si admitís las acusaciones como ciertas, más ha de lamentarse el día en el que vuestra facultad de razón, al impulsaros a lo injusto y cruel, os falló. Pero si tú afirmas que no has habitado la isla del Aqueloo por los motivos que dice el acusador, y tú que jamás dispusiste de tu riqueza como un antagonista contra el emperador, y tú que no le negaste voluntariamente al emperador su pretensión de ser llamado hijo de Atenea, y cada uno asegura que no son verdaderos los motivos por los que ha venido a parar a este trance, ¿qué sentido tiene ese treno por motivos inexistentes? Pues cuanto más clamáis por vuestros allegados, tanto más necesario es armarse de valor, pues esas cosas son, sin duda, los premios de esa resignación. ¿Es acaso

[531] Cf. Arquíloco, *Fr.* 7 Adrados.

que decís que es terrible el hallarse aquí encerrado y vivir en prisión? ¿O creéis que es sólo el principio de lo que os va a ocurrir? ¿O es que lo consideráis ya de por sí un castigo, aunque no os ocurra nada más? Antes bien, yo, como buen conocedor que soy de la naturaleza humana, voy a ilustraros con un discurso que en nada desmerece a las prescripciones de los médicos, pues confiere vigor y no os dejará morir. Los hombres estamos en una cárcel durante ese tiempo que se llama vida, pues el alma, atada a un cuerpo perecedero, es mucho lo que soporta, pues es esclava de todo cuanto se relaciona asiduamente con el hombre. De otro lado, aquellos a quienes se les ocurrió por primera vez la idea de vivir en una casa, me da la impresión de que no se daban cuenta de que echaban en torno a sí mismos otra prisión, pues cuantos habitan palacios y se han garantizado en ellos su seguridad, hemos de pensar que estos palacios los aprisionan más que aquellas personas a las que ellos mismos van a tener en prisión. Cuando pienso en las ciudades y los muros, me parece que son prisiones comunes: porque están prisioneros los comerciantes, están prisioneros los asambleístas y también los asistentes a los espectáculos y los que organizan procesiones públicas. Todos los escitas que van en carro no están menos prisioneros que nosotros, pues los limitan los Istros, los Termodontes y los Tanaides[532], ríos no fáciles de atravesar, si no se solidifican por la helada. Poseen casas sobre carros y en ellas son llevados, pero agazapados. Y si lo que se dice no es una niñería, afirman también que el Océano[533] circunda

[532] El Istro es el Danubio, el Termodonte, un afluente del Halis, al oeste de Capadocia, y el Tanaide, el Don.

[533] Sobre esta concepción del Océano, cf. los testimonios antiguos y paralelos recogidos por Kirk y Raven, *Los Filósofos...*, págs. 26-31.

la tierra a modo de cadena. Id, pues, poetas, pues eso es lo vuestro, y cantadles a esos descorazonados cómo Crono fue otrora encadenado por los designios de Zeus y cómo lo fue también el belicosísimo Ares, primero por Hefesto, en el cielo, luego, en la tierra, por los hijos de Aloeo[534]. Tomando eso en consideración, y también a los muchos hombres sabios y bienaventurados, a los que aherrojaron pueblos impíos y ultrajaron tiranías, aceptemos también estas situaciones, para no quedar por debajo de quienes ya las han aceptado.

Tanto afectó a los de la prisión lo que dijo, que los más se decidieron a comer, contuvieron sus lágrimas y concibieron la esperanza de que nada les ocurriría mientras convivieran con él.

Visitan la prisión un espía y un amigo de Eliano

27 Al día siguiente estaba disertando Apolonio vigorosamente con el mismo propósito, cuando fue enviado allí un hombre al servicio de Domiciano, como escucha de lo que se decía. Su actitud parecía abatida y, según afirmaba, corría un grave peligro. Se servía de la palabra con desenvoltura, como los delatores que han confeccionado ocho o diez informes. Apolonio, que se dio cuenta de la treta, habló de temas que no le servían para gran cosa, pues disertó ante ellos sobre ríos y montes, y les describió animales y árboles, temas por los que los prisioneros se

[534] En la *Teogonía* narra Hesíodo cómo Crono es destronado y aherrojado en el Tártaro. El episodio del encadenamiento de Ares a manos de Hefesto se cuenta en un humorístico canto, puesto en boca del aedo Demódoco en *Odisea* VIII 266-366, quien refiere cómo Hefesto sorprendió el adulterio de su esposa Afrodita con Ares y los prendió en una prodigiosa red. En cuanto al tercer episodio aludido, es la revuelta contra los olímpicos de los llamados hijos de Aloeo (en realidad lo eran de Posidón), Oto y Efialtes, que capturaron a Ares y pretendieron ascender al cielo, colocando el Osa sobre el Pelión, hasta que fueron muertos por Apolo, cf. Pausanias, IX 29 1-2.

sentían atraídos, pero con los que el delator no avanzaba nada. Cuando éste intentó por fin arrastrarlo a las censuras contra el tirano, le dijo Apolonio:

—Amigo mío, tú di lo que quieras, pues yo al menos no te denunciaré; pero cuantos motivos de queja tengo contra el emperador, se los diré a él mismo.

Sucedieron otros episodios en esa prisión —unos, 28
proyectados contra Apolonio; otros, producto del azar— no demasiado importantes ni dignos de que me ocupe de ellos. Damis los refiere, supongo, por no omitir nada. Los que tienen algún interés son los siguientes:

Era ya la tarde y llevaba cinco días encarcelado, cuando entró en la prisión un individuo, griego por su lengua, y dijo:

—¿Dónde está el de Tiana? —y, llevándoselo aparte, le dijo—: Mañana hablará contigo el emperador —y daba a entender que eso se lo había oído a Eliano.

—Comprendo —repuso Apolonio— tu secreto, pues él es el único que lo sabe.

—Además ha quedado advertido el alcaide de la prisión —le avisó— para que esté a tu disposición en todo, si es que necesitas algo.

—Sois muy amables —respondió— pero mi forma de vida aquí es la misma que fuera; hablo sobre las cuestiones que se tercian y no necesito nada.

—¿Ni siquiera a alguien que te aconseje, Apolonio —preguntó—, sobre lo que vas a decirle al emperador?

—Sí, por Zeus —admitió—, si no trata de convencerme de que lo adule.

—¿Y qué, si de lo que trata de convencerte es de que no lo menosprecies ni le faltes al respeto? —siguió preguntando.

—Es el mejor consejo que podría darme —repuso— y de lo que me he convencido a mí mismo.

—Por eso vengo —explicó el hombre—, y me alegro de verte en disposición moderada. Es preciso también

que estés preparado para la forma de hablar del emperador y para lo desapacible de su rostro, pues su tono de voz es desabrido, incluso si habla con amabilidad; su ceja se echa sobre la órbita de su ojo y su mejilla se pone biliosa; esa es, en efecto, su característica más evidente. No debemos, Tianeo, temerlo por ello, pues más bien forma parte de su natural y es siempre de la misma manera.

Y Apolonio repuso:

—Ulises, al entrar en la gruta de Polifemo, sin haberse informado antes ni de cuán alto era, ni de qué comía, ni de cómo atronaba su voz, conservó el valor, aunque al principio se asustara, y logró salir de la gruta, después de haber demostrado que era un hombre. Para mí es suficiente si salgo tras haberme salvado a mí y a los compañeros por los que me arriesgo.

Tras sostener esta conversación con su visitante, y una vez que se lo hubo contado a Damis, se echó a dormir.

Domiciano manda llamar a Apolonio

29 Al rayar el alba, vino un secretario de los tribunales imperiales y le dijo:

—El emperador te ordena, Apolonio, que vayas a la corte a la hora en que la plaza está llena[535], no para defenderte aún, sino para que vea cómo eres. Quiere además hablar contigo a solas.

—¿Y por qué me hablas a mí de eso? —dijo Apolonio.

—¿Es que no eres tú Apolonio? —se extrañó el secretario.

—Sí, por Zeus, el de Tiana —aclaró.

—¿A quién entonces —prosiguió el otro— iba a decírselo?

—A los que vayan a llevarme —respondió— pues es preciso, supongo, que me saquen de la prisión.

---

[535] Cf. nota 137.

—Ya se les ha ordenado a aquéllos de antemano; yo llegaré además en el momento oportuno. Ahora vine para avisarte, pues la orden se ha dado muy tarde.

El secretario se marchó acto seguido. Y Apolonio se 30
echó sobre el lecho y dijo:

—Tengo falta de sueño, Damis, pues he pasado una noche agitada, tratando de recordar lo que le oí en tiempos a Fraotes.

—Deberías más bien quedarte despierto —aseveró Damis— y disponerte para lo que se te ha anunciado, que es lo suficientemente importante.

—¿Y cómo podría disponerme —repuso— sin saber siquiera qué va a preguntarme?

—¿Improvisarás, pues —se extrañó—, en defensa de tu vida?

—Sí, por Zeus, Damis —respondió—, pues yo mismo soy pura improvisación. Pero quiero contarte lo que he recordado de Fraotes, pues también a ti va a parecerte útil a nuestra situación. A los leones que van a ser domados, recomienda Fraotes que no se les pegue, pues guardan rencor si se les golpea, ni se les mime, pues se envalentonan por eso, sino que se les conduce a costumbres dóciles con mayor éxito si las caricias van unidas a amenazas. Pero eso no lo digo por los leones, pues no estábamos hablando de la doma de fieras, sino por procurarles una rienda a los tiranos porque, usando de ella, no se saldrían del camino de la moderación.

—Muy bien dicha está esa historia respecto a los hábitos de los tiranos —dijo Damis—, pero hay otra de Esopo, la del león en la cueva[536]. Dice Esopo que éste no estaba enfermo, pero que lo fingía y hacía presa

[536] Cf. la traducción de las *Fábulas* de Esopo de P. Bádenas en esta misma colección, dentro del volumen *Fábulas de Esopo. Vida de Esopo. Fábulas de Babrio* (Madrid, 1978), en la que aparece la fúbula aludida, con el número 142.

de los animales que lo visitaban, pero que la zorra dijo: «¿qué podemos hacer con éste, de cuya compañía nadie se escapa, ni se ve huella alguna de alguien que salga?»

Y Apolonio añadió:

—Yo por lo menos consideraría más sabia a la zorra, si hubiera conseguido entrar sin ser cogida, y hubiera salido de la gruta dejando sus propias huellas.

31 Dicho esto, concilió muy brevemente el sueño, apenas el tiempo de que llegara a sus ojos, pero cuando se hizo de día, tras encomendarse al Sol de la mejor forma que era esperable en la prisión, conversó con los que se le acercaron sobre cuanto le preguntaron, y así, a la hora en que la plaza está llena, llegó el secretario, ordenándole que se presentara ante la corte. Y aclaró:

—No sea que se nos llame con anticipación.

—Vayamos —dijo Apolonio, y salió con gran presencia de ánimo.

En su marcha le iban a la zaga cuatro guardias de corps, pero a mayor distancia que los que escoltan para vigilar. Les iba a la zaga asimismo Damis, asustado, pero simulando estar sumido en sus pensamientos.

Todos miraban a Apolonio, pues su atuendo llamaba la atención, y el temor ante su aspecto parecía el que suscita un dios. Además, el propio hecho de haber venido dispuesto a arriesgarse por sus amigos, le granjeaba entonces las simpatías, incluso de sus antiguos detractores. Cuando se detuvieron frente al palacio y Apolonio vio a solicitados y solicitantes y el bullicio de los que entraban y salían, dijo:

—Me da la impresión, Damis, de que esto se parece a una casa de baños, pues los de fuera se afanan por entrar y los de dentro por salir, y unos parecen exactamente como si se hubieran bañado y los otros como si estuvieran sucios.

Yo pido que esa frase permanezca inviolable, y que no se atribuye a tal o cual otro, pues es cosa de Apolonio, hasta tal punto que incluso lo repite por escrito en una carta.

Al ver a un hombre de edad muy avanzada, deseoso de conseguir un cargo y que por eso mismo se humillaba y halagaba al emperador, dijo:

—A ese, Damis, ni siquiera Sófocles lo ha convencido para que huya de un amo enloquecido y salvaje[537].

—El mismo amo, Apolonio, que nosotros mismos hemos escogido, pues por eso nos hallamos ante estas puertas.

—Me parece, Damis —observó— que piensas que Éaco[538], igual que se dice que lo es de las del Hades, es el guardián de esas puertas, pues tienes todo el aspecto de un muerto.

—De un muerto, no —respondió—, pero sí de quien está a punto de morir.

Y Apolonio dijo:

—Me da la impresión, Damis, de que no te hallas capacitado para afrontar la muerte, aun cuando me has acompañado un tiempo y has practicado la filosofía desde tu primera juventud. Yo creía que te había preparado para ella y que conocías toda la práctica que poseo, pues, del mismo modo que a los combatientes y hoplitas no sólo les hace falta valor, sino también una táctica que pueda discernir los momentos oportunos de la batalla, así también los filósofos deben atender a los momentos oportunos en los que vayan a morir, para no verse llevados a ellos, perdida la formación ni muriendo por morir, sino con la mejor elección. Que yo, respecto a mi muerte, he hecho la mejor elec-

[537] Cf. la nota 31 a I 13.

[538] Hijo de Zeus y Egina, padre de Peleo y Telamón, que por su prudencia fue nombrado juez del Hades con Minos y Radamantis.

ción y según la oportunidad más adecuada para la filosofía, si alguien quisiera matarme, es cosa de la que ya me he justificado ante otros en presencia tuya, así que rehuso volver a enseñarte lo mismo.

Encuentro de Apolonio y Domiciano

32 Hasta aquí, su conversación. Mas cuando el emperador, una vez que se hubo librado de todo lo que le urgía, tuvo un momento para conceder audiencia a nuestro hombre, lo llevaron a presencia del mismo los encargados de tales asuntos, pero no consintieron que Damis lo acompañara.

El emperador, tocado de una corona de olivo, acababa de ofrecer un sacrificio a Atenea en el patio de Adonis [539]. El patio estaba todo florido por los tiestos de flores que los asirios hacen en honor de Adonis con motivo de sus fiestas, plantándolos bajo sus propios techos. Aunque se hallaba ocupado en los ritos religiosos, se volvió e, impresionado por el aspecto de nuestro hombre, dijo:

—¡Eliano, me has traído aquí un demon!

Apolonio, sin alterarse en absoluto, y enlazando con lo que había oído, dijo:

—Yo creía que Atenea se preocupaba por ti, emperador, de la misma manera que, antaño, de Diomedes, en Troya, pues la niebla, por cuya causa los hombres ven peor, la apartó de los ojos de Diomedes y le permitió distinguir entre dioses y hombres [540], pero a ti la diosa aún no te ha purificado, emperador, con esa

---

[539] Divinidad vegetal, amante de Afrodita, cuya muerte y resurrección se celebraban en las fiestas llamadas Adonias. Parte de la fiesta la constituían tiestos con hierbas tiernas, flores y frutos tempranos. GRIMAL, *Romans...*, pág. 1.527, nota a 1.286, cree que este patio de Adonis es un patio peristilo del palacio del Palatino, cuyas paredes estaban revestidas de mármol pulido como espejos, de ahí que Domiciano se vuelva al ver reflejada en el mármol la imagen de Apolonio.

[540] *Ilíada* V 127.

clase de purificación. Por más que debería haberlo hecho, para que vieras mejor a la propia Atenea y no alinearas a simples hombres entre las imágenes de los démones.

—Y tú, filósofo —respondió—, ¿cuándo te purificaste de esa niebla?

—Hace tiempo —repuso—, desde que practico la filosofía.

—Entonces, ¿cómo consideraste dioses a los hombres que son mis peores enemigos?

—¿Y qué enemistad hay entre tú y Yarcas, o Fraotes, los indios, los únicos hombres a los que yo considero dioses y dignos de tal título?

—¡No me desvíes hacia los indios, sino háblame de tu queridísimo Nerva y de los incursos en la misma acusación que él!

—¿Lo defiendo? —dijo Apolonio— ¿O bien...?

—¡No lo defiendas! —interrumpió el emperador—. Pues está probada su culpabilidad. Más bien demuéstrame que tú mismo no eres culpable, como conocedor de sus planes.

—Si quieres oír lo que sé —dijo Apolonio— escúchame, pues ¿por qué iba a ocultarte la verdad?

El emperador pensó que iba a oír importantes secretos y que todo iba a servir para facilitar la perdición de tales hombres.

Pero Apolonio, cuando lo vio sobre ascuas por esta 33
suposición, dijo:

—Yo lo que sé es que Nerva es el más moderado de los hombres, el más pacífico y el más adicto a ti, así como un buen gobernador, si bien es tan receloso ante la pompa del poder, que incluso teme los honores. Los que están a su lado, pues supongo que te refieres a Rufo y Órfito, son también hombres prudentes, que yo sepa, que desprecian la riqueza, pero perezosos para hacer todo aquello para lo que están capacitados. ¿Una

revolución? Ni a ellos mismos se les ocurriría ni prestarían su ayuda a otro a quien se le hubiera ocurrido.

Enfurecido por lo que oía, le dijo el emperador:

—¡Así que me has tomado por un falso delator contra ellos, porque esos individuos a los que he encontrado los más depravados de los hombres y que tratan de abalanzarse sobre lo que me pertenece, tú dices que son nobles y perezosos! Por lo mismo, pienso que ellos, si fueran interrogados sobre ti, dirían que ni eres un brujo ni un atrevido, ni un charlatán, ni un codicioso, ni que te crees por encima de las leyes, ¡de tan mala forma estáis concertados, infames! Pero todo lo pondrá en evidencia la acusación. Cuántos juramentos habéis prestado, por qué motivos y cuándo y qué habéis sacrificado, lo sé no menos que si hubiera estado presente y hubiera participado en ello.

Sin inmutarse por ello, dijo Apolonio:

—Es vergonzoso, emperador, y no conforme con las leyes, tanto juzgar sobre lo que estás convencido, como estar convencido de lo que no has juzgado. Pero, si están así las cosas, permíteme que comience por aquí mi defensa. Mala es la opinión, emperador, que sobre mí tienes, y me haces más daño que el delator, pues lo que aquél dijo que está dispuesto a poner de manifiesto, tú lo das por seguro antes de oírlo.

—La defensa —repuso— comiénzala por donde quieras, pero yo sé con qué le pondré fin y por dónde me conviene empezar a mí.

34 Comienza entonces la afrenta contra nuestro hombre, cortándole la barba y el cabello y confinándolo entre los peores malhechores.

—No me había dado cuenta, emperador, de que me encontraba en este trance por mis cabellos.

Y, acerca de las cadenas, añadió:

—Si me consideran un brujo, ¿cómo podrás tenerme encadenado? Y si me vas a tener encadenado, ¿cómo dirás que soy un brujo?

—Y no te soltaré —apostilló el emperador— hasta que te conviertas en agua, o en un animal o en un árbol.

—Eso no lo haría, ni siquiera si pudiera hacerlo —insistió Apolonio—, para no traicionar a quienes corren peligro sin ninguna justicia. Siendo como soy, me someteré a todo lo que hagas con este cuerpo, hasta que logre hablar en defensa de esos hombres.

—¿Y a ti —dijo el emperador— quién será el que te defienda?

—El tiempo —respondió—, la inspiración de los dioses y el amor a la sabiduría que me acompaña.

Estos preliminares de su defensa, que tuvieron lugar 35
en privado ante Domiciano, nos los describe Damis de este modo, pero quienes han urdido una versión maliciosa de estos hechos dicen que se defendió primero y que fue encarcelado después, cuando lo habían rapado; incluso se han inventado una carta, escrita en jonio y tediosa por su prolijidad, en la que pretenden que Apolonio se avino a suplicar a Domiciano, pidiéndole que lo librara de sus ataduras[541].

Es cierto que Apolonio redactó su testamento en el estilo jonio, pero una carta de Apolonio compuesta en jonio nunca me la he encontrado, aunque he reunido muchísimas suyas, ni pude nunca hallar prolijidad en una carta de nuestro hombre, pues todas son cortas y como de una escítala[542]. Además, salió del tribunal absuelto de su acusación, ¿cómo podría haber sido encarcelado después de un veredicto absolutorio?

---

[541] A esta versión, diferente de la de Filóstrato, sobre el proceso de Apolonio, aluden Reitzenstein, *Hellenistische...*, 46-7, y Grosso, «La Vita...», pág. 480.

[542] Cf. nota 268 a IV 27.

Pero dejemos aún lo del tribunal y hablemos primero de lo que ocurrió después de que lo raparan y de lo que dijo, pues es digno de que nos ocupemos de ello.

Llegada de otro espía a la prisión

36 Pues bien, cuando llevaba nuestro hombre dos días confinado, se presenta en la prisión un individuo que aseguraba haber comprado el derecho a visitarlo y que venía para aconsejarle sobre su salvación. Era un siracusano, y su mente y su lengua eran de Domiciano. Actuaba bajo las órdenes de éste, como el anterior, pero con pretextos más convincentes. Pues el anterior se anduvo con rodeos, pero éste comenzó por lo que tenía ante su vista y dijo:

—¡Dioses!, ¿quién hubiera pensado que Apolonio sería encarcelado?

—El que me encarceló —replicó él—, puesto que no me hubiera encarcelado si no lo hubiera pensado.

—¿Y quién hubiera pensado que tus cabellos inmortales fueran alguna vez cortados?

—Yo —repuso— que me los dejé crecer.

—¿Y cómo te lo tomaste todo ello?

—Como es natural que lo haga —respondió— quien no ha llegado a ello ni de grado ni contra su voluntad.

—Y tu pierna ¿cómo lo soporta?

—No lo sé —respondió—, pues mi mente está en otras cosas.

—Tu mente debería estar más bien en lo que te aflige.

—De ningún modo —repuso—, pues la mente, en un hombre como yo, o no sufrirá, o pondrá fin a su sufrimiento.

—¿Y de qué se preocupa tu mente?

—De eso mismo —dijo—, de no pensar en eso.

Y como el otro volviera a referirse a sus cabellos y llevara de nuevo la conversación hacia ellos, dijo Apolonio:

—Más te ha valido, joven, no haber sido antaño uno de los aqueos en Troya, porque me parece que te habrías afligido extraordinariamente por los cabellos de Aquiles, cuando los cortó en honor de Patroclo, si es que fueron realmente cortados[543], y te habrías desmayado sobre ellos. Pues tú que aseguras lamentar los míos, en los que había canas y desaliño, ¿qué no habrías podido sufrir por aquellos, bien cuidados y rubios?

El hombre le decía aquello con mala intención, para enterarse de qué le dolía y, ¡por Zeus!, si es que reprochaba al emperador por lo que había sufrido. Pero, cortado por lo que había oído, dijo:

—Se te acusa ante el emperador por múltiples cargos, pero sobre todo por los que se ven inculpados como criminales, los de Nerva. Han llegado además a sus oídos calumnias acerca de unos discursos que pronunciaste en Jonia en términos contrarios y hostiles a su persona; pero eso no le preocupa, según dicen, puesto que su exasperación se centra en los cargos más graves, pese a que el hombre que hace las otras declaraciones contra ti goza de una elevada reputación.

—¡Vaya un campeón olímpico que me dices —dijo— si pretende alcanzar reputación por el poder de sus calumnias! Pero comprendo que se trata de Éufrates, que sé que hace cualquier cosa contra mí. Ya he sufrido otras injurias y aún mayores por su culpa. Pues al enterarse una vez de que iba a ver a los Gimnosofistas en Etiopía, recurrió a las calumnias contra mí ante ellos[544], y, si no llego a darme cuenta de su maquinación, quizá me habría vuelto sin haber visto a esos hombres.

---

[543] Como se narra en *Ilíada* XXIII 141 sigs., pero cf. nota 227 para una versión alternativa, en boca del propio Aquiles. Que Aquiles tenía consagrada su cabellera al Esperqueo, se afirma en el pasaje de la *Ilíada* antes citado.

[544] Cf. VI 7 sigs.

Admirado el siracusano por sus palabras, dijo:

—¿Acaso consideras más grave que ser calumniado ante el emperador el no parecer virtuoso ante los Gimnosofistas, por lo que Éufrates pudiera insinuar?

—Sí, por Zeus —dijo—, pues allí fui dispuesto a aprender, y aquí en cambio vengo con una misión de enseñanza.

—¿Qué vas a enseñar?

—Que soy un hombre de bien —declaró— y eso el emperador todavía no lo sabe.

—El caso es que te es posible —siguió el otro— salir con bien, si le enseñas algo que, de habérselo dicho antes de venir aquí, ni siquiera te habrías visto en prisión.

Al darse cuenta de que el de Siracusa trataba de llevarlo a lo mismo que el emperador había dicho, en la creencia de que, para librarse de la prisión, llegaría a declarar en falso contra los otros, dijo:

—Amigo mío, si por decirle a Domiciano la verdad me vi en prisión, ¿qué me ocurriría si no fuera veraz? Pues si a aquél lo que le parece digno de prisión es la verdad, a mí es la mentira.

37 El siracusano, maravillado por su superior forma de filosofar, una vez dicho esto salió y abandonó la prisión. Por su parte, Apolonio, mirando hacia Damis, dijo:

—¿Te das cuenta de ese Pitón?

—De lo que me doy cuenta —respondió— es de que intenta engañarte e inducirte, pero qué significa para ti Pitón y qué sentido tiene ese nombre, no lo sé.

—Hubo —dijo— un tal Pitón de Bizancio, un buen orador, dicen, para convencer de lo malo. Ese, que actuaba como embajador en beneficio de Filipo, hijo de Amintas, ante los griegos, fue desde luego a otras ciudades, pero en la propia Atenas, cuando más florecía la retórica, afirmaba que Filipo era injustamente tra-

tado por ellos y que los atenienses estaban haciendo algo terrible cuando trataban de liberar Grecia. Pitón era un verdadero río de elocuencia, dicen, pero Demóstenes, el de Peania, fue el único que se le opuso a su arrogancia y cuenta entre sus éxitos el haberle puesto dique[545]. En cuanto a mí, nunca podría llamar un éxito mío a no haberme plegado a lo que ese se proponía, y dije que él hacía lo mismo que Pitón, dado que venía a sueldo del tirano y como consejero de inauditos propósitos.

Apolonio demuestra a Damis su poder

38 Damis dice que Apolonio disertó sobre más temas de este tipo, pero que él mismo desesperaba de su situación y no veía liberación alguna para ellos, salvo cuantas se les ofrecen, venidas de los dioses, a quienes se encomiendan a ellos, incluso en circunstancias más duras. Y, poco antes del mediodía, dijo:

—Tianeo —pues le agradaba mucho tal apelativo—, ¿qué será de nosotros?

—Lo que ya nos ha ocurrido —dijo— y nada más; nadie va a matarnos.

—¿Y quién es tan invulnerable como para eso? —dijo Damis—. ¿Acaso serás liberado alguna vez?

—En lo que del juez depende, mañana; en lo que de mí, ahora mismo.

Y dicho esto sacó la pierna de la cadena y le dijo a Damis:

—Te he dado una prueba de mi libertad, así que ten valor.

Fue entonces cuando dice Damis que se dio perfecta cuenta por primera vez de la naturaleza de Apolonio,

---

[545] El propio Demóstenes se refiere en su discurso *Sobre la Corona* 136 a la llegada de este embajador de Filipo II de Macedonia (que tuvo lugar en el año 343) y su propia réplica a los propósitos de éste.

que era divina y sobrehumana, pues sin haber celebrado un sacrificio —¿y cómo, en la prisión?— ni haber dirigido una plegaria, sin decir nada, se había reído de la cadena y, tras volver a poner en ella su pierna, había vuelto a comportarse como un prisionero.

Reprobación de la brujería

39 La gente más simple atribuye a los brujos tales hechos, y lo mismo les ocurre con muchas acciones humanas. Pues al arte de aquéllos recurren algunos atletas y recurren todos los competidores por el ansia de vencer, y ello en nada contribuye a su victoria, pero las victorias que obtienen por azar, esos desgraciados, empequeñeciéndose a sí mismos, las atribuyen a este arte, y no desconfían de ella, ni siquiera cuando son vencidos; pues «si hubiera ofrecido tal sacrificio o hubiera quemado tal perfume, no se me habría escapado la victoria», tales cosas dicen y tales cosas creen. Frecuentan también las puertas de los comerciantes del mismo modo; pues asimismo podríamos encontrarlos atribuyendo los éxitos de su comercio al brujo y los fallos a su propia tacañería y a no haber sacrificado cuanto debían. Pero hace presa especialmente este arte de los enamorados, pues, enfermos como están de una enfermedad tan crédula que incluso hablan de ella con viejucas, no hacen nada admirable, creo, si van con estos hábiles individuos y les oyen cosas de este estilo. Ellos les dan, para que los lleven, un cinturón y piedras, procedentes unas de los lugares recónditos de la tierra, otras de la luna y los astros, así como cuantas especias produce la India, y por esas cosas consiguen espléndidos beneficios, pero no les ayudan en nada. Pues si alguno de los amados experimenta cierto afecto por los amantes, se celebra este arte como válida para todo, pero si tiene poco éxito el intento, la culpa es de algún fallo, pues no quemaron o no sacrificaron o no fundieron tal

cosa, y eso era de gran importancia e indispensable. Las formas por las que fabrican señales del cielo y obran otros prodigios mayores, han sido incluso descritas en libros por algunos que se han carcajeado a gusto de este arte. Así que a mí básteme con denunciarlo, para que los jóvenes no los frecuenten y que no se habitúen, ni por jugar, a tales prácticas. Ya me ha llevado demasiado lejos esta digresión en mi discurso. ¿Por qué iba a ocuparme más por un asunto tan condenado por la naturaleza como por la ley?

Apolonio trasladado de prisión; marcha de Damis

Después de que Apolonio hubo de- 40
mostrado a Damis de cuánto era capaz y hubo conversado algo más, se presentó al filo del mediodía un individuo que les dio el siguiente mensaje de palabra:

—Te libra el emperador, Apolonio, de estas cadenas, por consejo de Eliano y te permite habitar en la prisión en la que los presos no están encadenados, hasta que llegue el momento de tu defensa. Te defenderás, seguramente, de hoy en cinco días.

—¿Y quién será el que me traslade de aquí? —preguntó.

—Yo —repuso—, así que sígueme.

Cuando lo vieron los de la prisión en la que los presos no están encadenados, lo rodearon todos, como si no esperaran que volviera. Pues el mismo afecto que sienten los hijos por un padre consagrado a la tarea de brindarles admoniciones suaves y moderadas o que les cuenta historias de su juventud, lo sentían también aquéllos por Apolonio y lo demostraban. Él, por su parte, no cesaba en ningún momento de darles algún consejo.

Llamó al día siguiente a Damis y le dijo: 41

—Mi defensa tendrá lugar en el día fijado, pero tú encamínate a Dicearquía, pues es mejor que vayas por

tierra y, después de entrevistarte con Demetrio, tuerce hacia la orilla del mar frente a la que se halla la isla de Calipso, pues me verás aparecer allí.

—¿Vivo —dijo Damis— o cómo?

Apolonio se echó a reír y dijo:

—Vivo, según creo pero, según tú crees, resucitado.

Así que Damis dice que se marchó mal de su grado; sin desesperar por su vida, pero tampoco con el convencimiento de que no moriría. Al tercer día llegó a Dicearquía y oyó hablar de una tormenta que había caído en esos días y de que un vendaval acompañado de lluvia que había estallado sobre el mar había hundido las naves que se dirigían hacia allí y había desviado de su curso a las que iban a Sicilia o al Estrecho [546]. Así que comprendió entonces por qué le había ordenado Apolonio que fuera por tierra.

El arcadio prisionero por el amor de Domiciano

42 Lo que Damis cuenta a continuación, afirma habérselo oído a Apolonio cuando se lo contó a Demetrio y a él. Un jovencito que llamaba la atención por su belleza vino desde Mesena en Arcadia a Roma. Muchos fueron los que se enamoraron de él, y sobre todo, Domiciano [547], pero los otros estaban tan enamorados que ni siquiera temían ser rivales en amor del emperador.

El muchacho era casto y no concedía sus favores. Y si hubiera despreciado oro, dinero, caballos o las formas de halago con las que algunos seducen a los jóvenes, no lo elogiaríamos, pues es preciso que un

[546] El de Mesina.

[547] Pese a que Domiciano puso en vigor la *lex Scantinia* contra el *stuprum cum uiro* (Suetonio, *Domiciano* VIII 4), se suscitaron habladurías que lo acusaban de haber mantenido relaciones homosexuales, incluso con Nerva (Suetonio, *Domiciano* I 3), cf. Grosso, «La Vita...», pág. 482, nota 120, con bibliografía.

hombre esté preparado para eso; pero sí hay que hacerlo cuando, pese a que se le consideró más que todos los que habían logrado arrastrar los ojos de los emperadores juntos, ni así se puso a sí mismo el precio que los demás le ponían. Así pues, fue encarcelado, pues así le pareció bien a su enamorado. Acercándose a Apolonio, dio muestras de que quería decirle algo, pero como su pudor era consejero del silencio, no se atrevía, así que Apolonio, al darse cuenta de ello, le dijo:

—Tú que ni siquiera tienes aún edad de cometer un delito, te hallas encerrado como los desdichados de nosotros.

—E incluso voy a morir —repuso—, pues el ser casto lo premian nuestras leyes con la muerte.

—También las de la época de Teseo —dijo Apolonio—, pues a Hipólito fue por su castidad por lo que lo perdió su propio padre[548].

—También a mí —replicó— ha sido mi padre quien me perdió. Pues, aunque soy arcadio, de Mesena, no me dio una educación de griego, sino me envió aquí a que aprendiera leyes y, al venir por esos motivos, el emperador me vio en mala hora.

Y Apolonio, como si no entendiera a lo que se refería, preguntó:

—Dime, jovencito, ¿no es que el emperador piensa que tienes los ojos claros, aunque los tienes negros, que tienes la nariz torcida, aunque la tienes perfectamente formada, como las esculturas de los Hermes, o que tu cabellera es diferente de como es? Pues es, me parece, radiante y como iluminada. Tu boca está tan bien formada, que vale para el silencio tanto como para la palabra, y tu cuello se yergue libre y engreído.

---

[548] Alude Apolonio al tema mítico de Fedra, sobre el cual, cf. nota 400 a VI 3.

¿Cuál de esas cosas ve el emperador diferente de como es, puesto que dices que en mala hora fuiste visto por él?

—Eso mismo es lo que me perdió, pues, como ha condescendido a enamorarse de mí, no tiene consideración con lo que elogia, sino piensa deshonrarme, como los amantes de mujeres.

Apolonio, admirado ante él, omitió preguntarle qué pensaba de la relación sexual, si era vergonzosa o no, y preguntas por el estilo, puesto que veía al arcadio ruborizado y hablando decorosamente; así pues, le preguntó lo siguiente:

—¿Tienes esclavos en Arcadia?

—Sí, por Zeus, muchos —dijo.

—¿Y qué piensas que eres tú mismo respecto a ellos? —prosiguió.

—Lo mismo que las leyes, pues soy su amo —repuso.

—¿Y deben los esclavos —insistió— estar sometidos a sus amos, o despreciar los deseos de quienes son dueños de su persona?

Y el joven, al darse cuenta de la conclusión a la que se le llevaba, dijo:

—Que el poder de los tiranos es irresistible y cruel, ya lo sé, pues por eso mismo quieren ser amos incluso de hombres libres, pero yo soy el amo de mi propia persona y la conservaré inviolable.

—¿Y cómo? —repuso—. Pues el asunto se refiere a un amante que corteja tu hermosura con la espada.

—Presentándole, en vez de eso, mi cuello, pues es éste lo que la espada requiere.

Apolonio lo elogió, diciendo:

—Ya veo que eres un arcadio.

Además de eso, menciona a este muchacho en una carta y lo describe de forma más hermosa que la mía aquí. Alabándole su castidad al que le escribe, dice que ese jovencito no murió a manos del tirano, sino que,

tras ganarse la admiración por su firmeza, embarcó hacia Malea, más envidiado por los de Arcadia que los que vencen en resistencia a los azotes entre los lacedemonios [549].

[549] Cf. la discusión sobre esa práctica de los lacedemonios en VI 20 y la nota 435.

LIBRO VIII

SINOPSIS

Llegada al tribunal (1-3).
Juicio y absolución de Apolonio (4-5).
El discurso que Apolonio no pronunció (6).
Exhortación previa a Domiciano (7.1).
Un sabio carece de peligrosidad (7.1).
Vespasiano nunca consideró a Apolonio un brujo (7.2).
La auténtica filosofía no busca la riqueza (7.3).
El testimonio de una carta de Vespasiano (7.3).
La abstinencia pitagórica (7.4).
Defensa del vestido de lino (7.5).
Defensa del cabello largo (7.6).
La deificación de Apolonio; su concepción de hombre divino (7.7).
Cómo liberó a Éfeso de la plaga (7.8).
La actividad de Apolonio no es brujería (7.9).
El sacrificio del muchacho y la conspiración (7.10).
La conducta del sabio es irreprochable (7.11).
Rechazo de los sacrificios cruentos (7.12).
La coartada de Apolonio (7.13-14).
Falta de eficacia de los sacrificios humanos (7.15).
Ataque a Éufrates. Verdadero sentido del discurso de Apolonio (7.16).
Domiciano no reacciona ante la desaparición de Apolonio (8-9).
Viaje milagroso a Dicearquía y entrevista con Damis y Demetrio (10-12).
Damis no comparte las inquietudes de Demetrio (13-14).
Viaje a Olimpia (15-17).
Discusión sobre qué es un festival (18).

Llegada al tribunal

Vayamos al tribunal para oír a nuestro hombre defenderse contra la acusación, pues es ya la salida del sol y se permite a los ciudadanos ilustres la entrada. Los íntimos del emperador aseguran que ni ha probado la comida por examinar, supongo, el caso, pues tiene en sus manos un legajo y se muestra a veces enfurecido, a veces, menos. Debemos figurarnos que está disgustado contra las leyes, porque inventaron los tribunales. 1

2 Nos encontraremos también con Apolonio, que se ha tomado el asunto como una discusión en vez de como una carrera en la que ha de competir por su propia vida, y eso lo podríamos deducir por lo que ocurrió aún fuera del tribunal.

Por el camino, en efecto, le preguntó al secretario que lo conducía a dónde se dirigían, y al responder el otro que lo llevaba al tribunal, dijo:

—¿Contra quién tendré que sostener mi causa?

—Contra el propio acusador —repuso—, pero el juez será el emperador.

—¿Y de la causa entre el emperador y yo —prosiguió— quién será el juez? Pues voy a demostrarle que él comete injusticia contra la filosofía.

—¿Y qué interés tiene para un emperador la filosofía —respondió el secretario—, aun en el caso de que cometa injusticia contra ella?

—Para la filosofía, en cambio, es mucho el que tiene un emperador, para que gobierne de forma apropiada.

Después de elogiarlo, pues se sentía bastante bien dispuesto respecto a Apolonio, como demostraba desde el principio, el secretario le dijo:

—¿Qué cantidad de agua necesitarás para tu discurso?[550] Pues es preciso saberlo antes del juicio.

—Si se me permite —dijo Apolonio— decir cuanto demanda el proceso, no acabaría ni siquiera agotando la del Tíber, pero si voy a responder a lo que se me va a preguntar, será el interrogador la medida de mi respuesta.

—Cultivas habilidades opuestas —repuso— si afirmas hablar poco o extenderte en tu discurso sobre los mismos asuntos.

—No opuestas —respondió—, sino semejantes. Pues el que es hábil en una no debería ser inferior en la otra. Y una adecuada proporción, resultado de la unión de ambas, es, no diría yo una tercera, sino una primera habilidad en el discurso. Aunque yo considero también una cuarta habilidad guardar silencio en el tribunal.

—Sí, pero inútil —contestó—, tanto para ti como para cualquiera que vaya a verse en ese trance.

—El caso es que a Sócrates el ateniense —insistió— le fue de gran provecho cuando se vio sometido a proceso.

—¿Cómo que le fue de provecho —replicó— si murió precisamente por haber guardado silencio?

—No murió —declaró—, pero los atenienses creen que sí.

3 De este modo se hallaba preparado para todo lo que pudiera venirle de parte del tirano. Cuando estaba esperando ante el tribunal, se le acercó otro secretario y le dijo:

---

[550] Se refiere al agua de la clepsidra usada para medir el tiempo de los discursos en los juicios.

—Tianeo, quítate todo para entrar.

—¿Es que vamos a tomar un baño —repuso— o a intervenir en un juicio?

—La advertencia no va por el vestido —aclaró—, sino que el emperador te prohíbe que lleves contigo ahí ni un amuleto, ni un legajo, ni absolutamente nada escrito.

—¿Ni un garrote —añadió— para los que le convencieron con semejante insensatez?

El secretario prorrumpió entonces en gritos:

—¡Emperador, me amenaza el brujo con golpearme! Pues fui yo el que lo convenció de ello.

—Entonces tú eres más brujo, pues yo aún no he convencido al emperador de que no lo soy, pero tú aseguras que lo has convencido de que lo soy.

Comparecía con el acusador que había vertido tales injusticias, un liberto de Éufrates. Se decía que Éufrates lo había enviado para que refiriera los discursos de Apolonio en Jonia, además de para que llevara el dinero que se le había entregado al acusador.

Juicio y absolución de Apolonio

Tales fueron las escaramuzas que 4 precedieron al proceso. Lo que en él sucedió fue lo siguiente: Estaba arreglado el tribunal como para la asistencia a un panegírico y se hallaban presentes todos los ciudadanos ilustres, dado que el emperador ponía todo su empeño en condenarlo ante la mayor audiencia posible por la acusación que afectaba a sus amigos. Pero Apolonio se despreocupaba del emperador hasta tal extremo, que ni miraba hacia él, y cuando el acusador le censuró su despreocupación y le exhortó a mirar al dios de todos los hombres [551], alzó Apolonio los ojos al techo para evidenciar que miraba

[551] El emperador romano recibía en esta época culto en calidad de dios, cf. nota 37 a I 15. Apolonio considera impía esta práctica.

hacia Zeus y que consideraba al que había sido tan sacrílegamente adulado peor que su adulador. Prorrumpió entonces el acusador en gritos de este jaez:

—¡Comienza ya a medir el agua, emperador! Pues si le permites que se extienda en discursos, nos ahogará. Tengo aquí un legajo que contiene las acusaciones sobre las que él debe hablar. ¡Que se defienda de ellas una por una!

5 El emperador, después de elogiarlo por su excelente recomendación, ordenó a nuestro hombre que presentara su defensa, de acuerdo con la recomendación del delator, pero pasó por alto otras acusaciones, como no dignas de ponerlas en cuestión, y se centró en cuatro, que consideraba concluyentes y difíciles de contestar, preguntándole lo siguiente:

—¿En qué te basas, pues, Apolonio, para no llevar el mismo vestido que todos, sino uno peculiar y especial?

—En que la tierra que me nutre —repuso— también me viste, y trato de no incomodar a los pobres animales.

Y prosiguió el interrogatorio:

—¿En virtud de qué los hombres te llaman dios?

—Porque —respondió— cualquier hombre que sea considerado bueno, se ve honrado con el sobrenombre de dios—. Ya puse de manifiesto, en los capítulos dedicados a la India[552], de dónde concibió nuestro hombre ese razonamiento.

En tercer lugar le preguntó sobre la epidemia de Éfeso y dijo:

—¿En qué te basaste o qué fue lo que te lo sugirió, para decirle a Éfeso que iban a sufrir la plaga?

—Como guardo una dieta más ligera, emperador —aclaró— fui el primero en darme cuenta del peligro.

---

552 Cf. III 18.

Pero, si quieres, te diré además las causas de las epidemias de peste.

Pero el emperador, por temor, supongo, a que atribuyera tales enfermedades a su injusticia, a sus bodas no lícitas [553] o a cuanto había llevado a cabo contra razón, dijo:

—No requiero una respuesta de esa clase.

Cuando llegó a la cuarta pregunta, respecto a sus amigos, no comenzó en seguida, sino después de aguardar largo rato y haberlo meditado mucho, pero lo preguntó como quien está mareado, y no de la forma que todos suponían. Pues esperaban que él, dejando a un lado toda ficción, no evitaría nombrar a sus amigos, y proferiría terribles gritos respecto al sacrificio. Pero el emperador no se comportó así, sino que se anduvo por las ramas y dijo:

—Dime, al salir de tu casa tal día y al encaminarte al campo, ¿en honor de quién sacrificaste al muchacho?

Y Apolonio, como si le estuviera regañando a un chiquillo, dijo:

—¡Ten cuidado con lo que dices! Pues si salí de mi casa, estuve en el campo, y si fue así, también celebré el sacrificio, y si lo celebré, también comí. ¡Pero que lo atestigüen personas dignas de crédito!

Al decir nuestro hombre estas palabras y al levantarse un aplauso mayor que el que admite un tribunal imperial, el emperador consideró que los presentes estaban prestando testimonio en favor de Apolonio y, algo afectado por las respuestas, porque eran vigorosas y llenas de sentido común, dijo:

—Te absuelvo de los cargos, pero permanecerás aquí hasta que tengamos una entrevista en privado.

---

[553] Alude Filóstrato a sus relaciones descaradas con Julia, aludidas como «boda» en VII 7. Su esposa legítima era Domicia Longina, hija del general Corbulo.

Pero Apolonio, totalmente dueño de sí, añadió:

—¡Gracias te sean dadas, emperador! Pero por causa de estos impíos están en ruinas las ciudades, llenas las islas de desterrados y el continente de llanto; tus huestes, de cobardía, y el senado, de suspicacia. Dame, si lo deseas, ocasión de hablar, pero si no, envía a alguien a que prenda mi cuerpo, pues mi alma es imposible. Más aún, ni siquiera podrías prender mi cuerpo

pues no me matarás, porque no soy mortal[554].

Y, dicho, esto, desapareció del tribunal, aprovechando la oportunidad que se le ofrecía, pues el tirano no se mostraba franco sobre estos temas, sino que era evidente que le preguntaría sobre cuestiones accesorias —pues de seguro se hallaba muy pagado de sí por no haberlo matado— y Apolonio se precavía para no verse sometido a tales cuestiones. Así que consideró que la mejor manera de lograrlo era si no ocultaba su naturaleza, sino demostraba que sabía el modo de no ser jamás cogido contra su voluntad. Pues el temor por sus amigos carecía ya de fundamento, pues a aquellos sobre quienes el tirano no se había atrevido ni siquiera a preguntar, ¿cómo iba a mandarlos matar con un pretexto verosímil, por cargos no confirmados en el tribunal?

Hasta aquí, lo que hallé sobre lo ocurrido en el proceso.

---

[554] *Ilíada* XXII 13. La misma frase aparece en YÁMBLICO, *Vida de Pitágoras* 217, cuando Pitágoras es prisionero del tirano Fálaris. Sobre las relaciones de la *Vida de Apolonio* y las bibliografías de Pitágoras, cf. *Introducción* § 3 y nota 25.

El discurso que Apolonio no pronunció

No obstante, dado que fue compuesto por él un discurso para pronunciarlo durante el plazo que el agua da para la defensa, pero el tirano lo había constreñido a las preguntas que dije, recójase también por escrito el tal discurso[555]. No se me oculta, en efecto, que lo criticarán los que elogian las formas vulgares al uso, por ser menos comedido de lo que ellos dicen que debe ser, y porque se excede en los términos y las opiniones. Pero a mí, que tengo presente de qué hombre se trata, me parece que el sabio no manifestaría su propio carácter de forma sana, si buscara simetrías y antítesis, e hiciera resonar su lengua al modo de unos crótalos. Bien están tales cosas como característica de los rétores, ¡y ni siquiera aquéllos las precisan! Pues en los tribunales, la habilidad evidente podría incluso perjudicarle a uno, como si tratara de hacer caer a los jueces en una trampa. En cambio, la que se oculta podría lograr un veredicto favorable, pues el conseguir que los jueces no se den cuenta de que uno es hábil es una habilidad más auténtica. Al sabio que presenta su defensa —pues evidentemente el sabio no actuará como acusador de lo que es capaz de censurar— le es menester un carácter 6

[555] El discurso de Apolonio se considera unánimemente producto de la fantasía de Filóstrato, una pieza de oratoria, muy del gusto de la época, en la que se advierte, en primer lugar, un deliberado paralelismo con la *Apología de Sócrates* platónica (cf. Grosso, «La Vita...», págs. 484 sigs.), así como su intención de convertirse en un manifiesto pedagógico, didáctico y político de cómo no debía ser un emperador (cf. F. W. Lenz, «Die Selbstverteidegung eines politischen Angeklagten. Untersuchungen zu der Rede des Apollonios von Tyana bei Philostratos», *Altertum* 10 [1964], 95-110). Por último, es de señalar que F. R. M. Hitchcock, «The Trials of St. Paul and Apollonius. An Historical Parallel», *Hermathena* 75 (1950), 23-34, ha puesto de manifiesto interesantes paralelos entre el proceso de Apolonio y el de San Pablo.

diferente al de los leguleyos, y un discurso bien preparado, pero sin que lo parezca. En cuanto a él mismo, debe ser algo solemne y sin que le falte mucho para ser despectivo, y debe abstenerse de pedir piedad, pues quien no condesciende a pedir nada, ¿cómo podría solicitar piedad?

Esta es la forma en la que valorarán el discurso quienes me oigan a mí y a nuestro hombre sin desinterés. Lo compuso, pues, en los siguientes términos:

Exhortación previa a Domiciano

7 El litigio entre nosotros, emperador, se refiere a graves cuestiones. Pues tú pasas por este trance por cuestiones por las que nunca pasó antes un emperador, si vas a dar la impresión de que sientes animadversión contra la filosofía sin ningún motivo justo. Yo, por mi parte, lo paso por otras cuestiones por las que ni siquiera en otro tiempo y en Atenas pasó en tal trance Sócrates. Pues los acusadores presentaron contra él la acusación de que creía en nuevos dioses, pero a él mismo, ni le llamaban ni lo creían un dios. Dado que a ambos nos acosa un peligro tan grande, no vacilaré en aconsejarte de cuanto yo mismo estoy convencido. Pues en el momento en el que el acusador nos ha metido en este proceso, suscitó en la gente una opinión no verdadera sobre mí y sobre ti. Pues de ti creían que ibas a tomar como consejera de la audiencia la cólera, y que por ella incluso me mandarías matar, sea lo que fuere eso de «mandar matar». Y de mí creían que me pondría fuera del alcance del tribunal por cuantos recursos hay de escapar, y había, emperador, infinidad. A pesar de haber oído decir eso, no me avine a prejuzgar tu comportamiento, ni negué el crédito a la audiencia que tú presides, en la idea de que no se atiene a lo justo, sino que, con plena observancia de las leyes, me sometí a tu criterio. Eso mismo es lo que te aconsejo que ha-

gas; pues lo justo es no prejuzgar, ni tomar asiento convencido de que yo he cometido algún delito contra ti.

Un sabio carece de peligrosidad

Se da el caso de que, acerca del armenio, del babilonio y de cuantos gobiernan en esas regiones que disponen de nutridísima caballería, arqueros de toda clase, una tierra aurífera y una muchedumbre de hombres, que yo conozco bien, oirías con risas que vas a sufrir de ellos algún daño que te perdería a ti y a tu imperio, y que, en cambio, respecto a un hombre sabio e inerme, oyes decir que es un arma contra el emperador de los romanos; y lo aceptas porque lo dice un delator egipcio, aun cuando nunca le oíste algo así a Atenea, que afirmas que vela por ti. A no ser, ¡por Zeus!, que la adulación y la delación hayan llegado ahora en manos de esos desalmados a un grado tan alto como para que digas que los dioses son consejeros capacitados para ti en asuntos pequeños, como son las inflamaciones de ojos, el no tener fiebre o que no se te hinche el vientre, asumiendo el papel de médicos y cuidándote, en cuantas cosas de este tipo te marchen mal, y que, en cambio, respecto al imperio y al riesgo de tu propia vida, ni te aconsejan respecto a aquellos de quienes es preciso que te guardes, ni vienen a enseñarte cuál va a ser tu arma contra ellos, sino que los delatores son para ti la égida de Atenea y el brazo de Zeus, porque afirman saber sobre ti lo que ni siquiera los dioses saben, y velan por ti incluso cuando duermen, si es que ellos logran dormir después de haber amontonado males sobre males, como dicen, y estar siempre componiendo esas «Ilíadas».

El que críen caballos y que, arrastrados por tiros de caballos blancos, se dejen conducir al ágora, su cena en plata y oro, y sus bardajes, conseguidos a costa de

veinte o treinta mil dracmas, y el que adulteren mientras no se les descubra, y que se casen con las que han corrompido cuando son sorprendidos en el acto, y el que se les aplauda además por sus hermosos triunfos, cuando un filósofo o un cónsul, sin haber cometido delito alguno, es acusado por ellos y ejecutado por ti, concédeselo a la molicie de esos malditos y a su falta de miedo a las leyes y a las miradas. Pero que pretendan tener una inteligencia tan sobrehumana como para que se les prefiera a los dioses en su capacidad de presciencia, no sólo no lo apruebo yo, sino que temo incluso oírlo. Y si tú lo admitieras, quizá te acusarán también a ti, en la idea de que calumnias la creencia común sobre lo divino, pues es de esperar que tales acusaciones se conciten contra ti, cuando a los delatores no les quede ya nadie. Me doy cuenta de que estoy censurando en vez de defenderme, pero he de decir eso acerca de las leyes, pues si no las consideras tus gobernantes, no gobernarás.

Vespasiano nunca consideró a Apolonio un brujo

2 Pues bien, ¿quién va a ser el abogado para mi defensa? Pues si yo invoco a Zeus, bajo cuyo poder reconozco que paso mi vida, dirán que practico la brujería y que traigo el cielo hasta la tierra. Así pues, discutamos sobre este asunto con un hombre que muchos aseguran que está muerto, pero que yo aseguro que no. Se trata de tu padre[556], de cuya estima gozaba yo tanto como él de la tuya, pues a ti te engendró, pero él llegó a ser lo que fue, gracias a mí. Él, emperador, me asistirá en mi defensa, pues conoce lo que a mí se refiere mucho mejor que tú. Fue a Egipto, en efecto, cuando aún no era emperador, para celebrar un sacrificio en honor de los dioses de Egipto y para hablar conmigo sobre el imperio[557]. Aun-

[556] Vespasiano.
[557] Cf. V 27 sigs.

que me encontró con el cabello largo y vestido de esta manera, no me hizo ni una sola pregunta sobre mi aspecto, considerando que todo lo mío estaba en orden. Y, una vez que hubo reconocido que había venido por mí, se marchó, tras cubrirme de elogios, decirme lo que no había dicho a nadie y oír lo que no le había oído a nadie. El propósito que había concebido respecto al imperio, le fue alentado específicamente por mí, aun cuando intentaron disuadirle otros, no por mala voluntad, aunque a ti no te lo parezca así. Pues los que trataban de convencerlo de que no tomara el poder también a ti, sin duda, te habrían privado de tenerlo, a su muerte. Pero, siguiendo mi consejo, de que no desdeñara el poder que llamaba a sus puertas ni el haceros a vosotros sus herederos, y afirmando que mi parecer era correcto, él mismo se elevó muy alto y os elevó a vosotros. Si me hubiera considerado un brujo, no me habría hecho partícipe de sus proyectos, pues no vino a decirme cosas del estilo de: «Obliga a las Moiras o a Zeus a que me hagan tirano» ni «obra prodigios en mi beneficio, mostrando al sol saliendo por poniente o poniéndose por donde se levanta». Pues no me habría parecido idóneo para gobernar, si me hubiera considerado capaz de eso o si hubiera buscado con mañas el poder que debía conseguir por sus méritos. Además, hablé con él públicamente en un templo, y las reuniones con brujos evitan los templos de los dioses, pues los templos son enemigos de los que practican este arte. Éstos, ocultándose en la noche y en todo lo que es oscuro, no permiten a los incautos ni disponer de sus ojos ni de sus oídos. Habló conmigo también en privado, aunque estaban presentes Éufrates y Dión. El uno hace gala de la mayor hostilidad contra mí, el otro, de la mayor amistad, pues no quisiera dejar de contar a Dión entre mis amigos. ¿Quién podría recurrir a palabras mágicas ante hombres sabios o que tienen pretensiones

de sabiduría? ¿Quién no tendría el máximo cuidado en no aparecer como malvado ante amigos y enemigos? Además, las conversaciones eran contrarias a los brujos, pues tú quizá consideres que tu propio padre, cuando aspiraba al imperio, confiaba más en brujos que en sí mismo, y que trataba de conseguir de mí medios para forzar a los dioses con tal de obtenerlo; pero él, incluso antes de venir a Egipto, consideraba que ya lo tenía, y luego conversó conmigo sobre asuntos más importantes: sobre las leyes y el justo uso de la riqueza. Asimismo, deseaba aprender cómo se debe rendir culto a los dioses y cuántos beneficios vienen de ellos para los que gobiernan de acuerdo con las leyes. Los brujos son algo completamente contrario a todo ello, pues si eso tiene éxito, su arte no tendrá razón de ser.

La auténtica filosofía no busca la riqueza

3 Conviene además, emperador, que tengas también en cuenta otra cuestión: las diversas artes existentes entre los hombres se aplican cada una sobre una esfera diferente, pero todas lo hacen por dinero; unas, por poco, otras en cambio, por mucho, otras, por lo suficiente para subsistir. Y ello no sólo ocurre con los oficios manuales, sino entre las demás artes, tanto con las sabias como con las menos sabias, excepto la verdadera filosofía. Llamo «sabias» a la poesía, la música, la astronomía, a los sofistas y, de los rétores, a los no forenses, y «menos sabias», a la pintura, el modelado, a las de los escultores, los timoneles y agricultores, si obedecen a las estaciones, pues estas artes no desmerecen mucho de la sabiduría. Existe además otra cosa, emperador, los falsos sabios y los mendicantes, cosa que no debes confundir con la adivinación, pues ésta goza de gran estima si se practica de verdad, aunque no sé si es un arte. En todo caso, a los brujos los considero falsos sabios, pues el que exista lo que no existe y el desconfiar de lo

que existe, todo eso lo atribuyo a la credulidad de los que son engañados por ellos, pues la sabiduría de este arte consiste en la necedad de los que son engañados y celebran sacrificios. En cuanto a ese arte, todos sus practicantes son codiciosos, pues las ingeniosas demostraciones que hacen se las han inventado para obtener beneficios, y rebuscan grandes sumas de dinero, tratando de engañar a los que desean alguna cosa, convenciéndoles de que son capaces de todo. Así pues, ¿qué riqueza ves en mí, emperador, para creer que me dedico a esta falsa sabiduría, sin contar con que tu padre me consideraba por encima del deseo de riqueza?

El testimonio de una carta de Vespasiano

Y para demostrar que digo la verdad, he aquí una carta de aquel hombre noble y divino. En ella me alaba, entre otras cosas, por mi pobreza:

El emperador Vespasiano al filósofo Apolonio. Saludos.

Si todos, Apolonio, quisiéramos practicar la misma filosofía que tú, les iría maravillosamente a la filosofía y a la pobreza. Pues la filosofía sería desinteresada y la pobreza libremente elegida, Adiós.

Sirvan para defenderme esas palabras que tu padre dijo de mí, dado que ponen de manifiesto el carácter desinteresado de mi filosofía y la libre elección de mi pobreza. Pues sin duda se acordaba de lo de Egipto, cuando Éufrates y muchos de los que pretenden ser filósofos se le acercaban a él y le pedían dinero sin disimulo [558], mientras que yo, no sólo no le pedía dinero, sino que a ellos los eché de allí como gente no sana, pues había ya mostrado mi aversión por la riqueza desde que era un muchacho. En efecto, mi pa-

---

[558] Cf. V 38.

trimonio, aunque era una fortuna considerable, la tomé como cosa de un solo día y se la dejé a mis hermanos y amigos y a los pobres de entre mis allegados[559], disciplinándome desde mi hogar en no necesitar nada. Dejemos Babilonia, los indios, lo de más allá del Cáucaso y el río Hífasis, por los que crucé sin cambiar de modo de ser. Pero de lo ocurrido allí y de que no miraba por el dinero, tengo como testigo a ese egipcio, pues afirma que he cometido acciones terribles y que las he maquinado, pero lo que no ha dicho es por cuánto dinero cometí tales maldades, ni qué lucro esperaba conseguir, sino que le parezco tan estúpido como para practicar la brujería y cometer el delito que otros cometen por mucho dinero, sin ganar dinero, después de haber pregonado, supongo, la siguiente mercancía: «Venid, insensatos, pues practico la brujería, y no por dinero, sino gratis, así que vosotros os beneficiaréis, pudiendo cada uno conseguir lo que desea, y yo, peligros y acusaciones.»

La abstinencia pitagórica

4 Pero para no perdernos en argumentaciones necias, preguntemos al acusador de qué debo hablar lo primero. Aunque, ¿para qué preguntar? Pues disertó sobre mi forma de vestir al principio de su discurso y, por Zeus, sobre lo que como y lo que no como. ¡Defiéndeme de ello, divino Pitágoras, pues nos vemos sometidos a juicio por lo que tú descubriste y yo apruebo! Para los hombres, la tierra, emperador, hace crecer de todo, y los que desean vivir en paz con los animales no necesitan nada, pues hay frutos de la tierra, nutricia de sus hijos, que se recolectan, y otros, que se obtienen con el arado de acuerdo con las estaciones. Pero los hombres, como si no hubieran oído a la tierra, afilaron su cuchillo contra los

[559] Cf. I 13.

animales, en busca de vestido y alimento. Pues bien, los Brahmanes indios no aprobaron tales prácticas y enseñaron a los Gimnosofistas egipcios a no aprobarlas. De allí lo tomó Pitágoras, el primero de los griegos que convivió con los egipcios; los seres dotados de vida se los dejó a la tierra y lo que ella hace crecer, afirmando que era puro, lo comía, pues era idóneo para nutrir el cuerpo y la mente. Y, declarando impuro el vestido que lleva la mayoría de la gente, obtenido de reses muertas, se vistió de lino y, por el mismo motivo, tejió su calzado con corteza. Se benefició de ser puro en muchos aspectos: pues, una vez que hubo nacido en los tiempos en los que Troya combatía por Helena, y fue el más hermoso de los hijos de Panto y el más hermosamente equipado, murió tan joven, que incluso dio a Homero motivo para un treno [560]. Tras haber pasado luego a otros cuerpos más, de acuerdo con la ley de Adrastea, según la cual el alma transmigra, volvió de nuevo a tomar forma de hombre y nació como hijo de Mnesárquides de Samos, esto es, como un sabio, de bárbaro que era, y jonio, de troyano que era, y tan inmortal, que no había olvidado ni que había sido Euforbo. Es a él a quien reconozco como antepasado de mi sabiduría y asimismo reconozco que la poseo, no por haberla inventado yo, sino por haberla heredado de otro. Yo no condeno a los que se permiten el lujo de disfrutar del ave de púrpura o la del Fasis o la de Peonia [561], a las que ceban para sus banquetes, ni a los que hacen toda clase de regalos a su barriga. Ni jamás acusé a nadie por los peces que compran a mayor precio que antes compraban los ricos a los ca-

---

[560] Se trata de la descripción de la muerte de Euforbo (pretendida encarnación anterior de Pitágoras, cf. I 1, nota 2), en *Ilíada* XVII 43-60.

[561] Esto es, faisanes y pavos reales.

ballos marcados con la *koppa*[562], ni le critiqué a nadie la púrpura, ni un vestido panfilio o delicado. ¡Y en cambio yo, dioses, me enfrento a una acusación por el asfódelo[563], los frutos secos y los alimentos puros!

Defensa del vestido de lino

Tampoco mi vestimenta se ve a salvo, sino que también de eso trata de despojarme el acusador, en la idea de que tiene gran importancia para los brujos. Aun dejando aparte el razonamiento sobre los seres dotados de vida y los sin vida, por los cuales alguien parece puro o no lo parece, ¿por qué es mejor el lino que la lana? Ésta le es arrebatada al animal más manso y más caro a los dioses, quienes no despreciaron el pastoreo y, por Zeus, bien los dioses, bien las leyendas, consideraron en tiempos a este animal digno incluso de una figura de oro[564]. El lino en cambio se siembra de cualquier forma y no hay sobre él ninguna leyenda de oro, sino que, como no se le arranca a un ser dotado de vida, le parece puro a los indios, puro a los egipcios y asimismo, para mí y para Pitágoras, se convirtió por ello en el atuendo en nuestras conversaciones, plegarias y sacrificios. Puro es también para pernoctar a su abrigo, pues también los ensueños a los que viven como yo les aportan revelaciones más auténticas.

---

[562] La *koppa* es una letra de los alfabetos arcaicos griegos (parecida a la actual Q), posteriormente sustituida por la *kappa*, con la que se marcaba a los caballos como garantía de su pedigree. Se cree que la razón de esta marca era que la *koppa* era la inicial de Corinto, y que pretendidamente esta clase de caballos derivaría nada menos que del mítico Pégaso.

[563] Debe tratarse de un error, pues el asfódelo no es comestible. A no ser que, como quiere Grimal, *Romans...*, pág. 1.527, se aluda a un proverbio que no comprendemos.

[564] Se alude al vellocino de oro del carnero de Frixo, regalo de Hermes a Néfele y posterior motivo de la expedición de los Argonautas.

Defensa del cabello largo

Defendámonos asimismo acerca de la cabellera que antes llevaba, dado que se ha encontrado también con una acusación por su desgreño. ¡Que no me juzgue el egipcio, sino esos muchachitos rubios repeinados, pegados a los amantes y a las prostitutas a los que rondan! Que se tengan por felices y envidiables por su cabellera y por el perfume que les chorrea y que a mí me tengan por un perfecto antídoto de la lujuria y amante de no amar, pues les diré: ¡Infelices, no acuséis falsamente un invento dorio, pues dejarse crecer la cabellera viene de los lacedemonios, que lo practicaban por los tiempos en los que llegaron al máximo de su poderío militar! También el rey de Esparta, Leónidas, se dejó crecer los cabellos por su hombría, y por parecerle respetable a sus amigos y terrible a sus enemigos. Por eso lleva Esparta el cabello largo; por él no menos que por Licurgo e Ífito. Así que ¡respete el hierro la cabellera de un hombre sabio! Pues no es lícito que se acerque a donde se hallan todas las fuentes de las sensaciones, todos los oráculos y de donde surgen las plegarias y la palabra, intérprete de sabiduría. Empédocles, en efecto, ajustaba en torno a ella una cinta de la mejor púrpura y se pavoneaba por las calles de los griegos, componiendo himnos sobre cómo sería dios después de hombre[565], y yo, en cambio, que no llevo cuidada mi cabellera y que jamás necesité de tales himnos sobre ella, me veo sometido a acusaciones y a tribunales. Además, ¿qué decir de Empédocles? ¿Que celebraba su propia felicidad o la de los hombres de su tiempo, entre los que no se denunciaban esas cosas? 6

---

[565] Cf. EMPÉDOCLES, *Fr.* 112 DIELS-KRANZ, y ELIANO, *Varia Historia* XII 32.

7 *La deificación de Apolonio; su concepción de hombre divino*

No hablemos más de mi cabellera, pues ha sido cortada, y se anticipó a la acusación la inquina, por la que también es preciso defenderse de la otra acusación, que es grave y de un jaez como para inspirar temor, no sólo a ti, emperador, sino incluso a Zeus. Dice, en efecto, que los hombres me consideran un dios y que lo proclaman en público porque están como fulminados por mí. Si bien debía habernos enseñado antes del proceso qué proclamaba yo; cuál fue el prodigio que dije o hice para inducir a los hombres a que se encomendaran a mí, pues nunca he hablado entre griegos de aquello de lo que mi alma procedía en su cambio o en lo que se cambiará, aunque es cosa que conozco bien, ni divulgué concepciones de esa clase sobre mí mismo, ni recurrí a presagios o a recitaciones de oráculos, que son el tributo de los que desean honores divinos. No conozco ninguna ciudad en la que hayan decidido en asamblea celebrar un sacrificio en honor de Apolonio. Con todo, llegué a ser muy estimado por cada una de cuantas me requirieron, y me requirieron por motivos como los siguientes: que los enfermos no siguieran enfermos, ser más santos en sus iniciaciones y más santos en sus sacrificios, erradicar la insolencia, vigorizar las leyes... y mi salario por ello se limitaba a que parecieran mejores que antes. Y con eso además te favorecía a ti, pues igual que los encargados de vigilar las vacas favorecen a los poseedores de las vacas si éstas no se desmandan, y los que se cuidan de los rebaños los engordan para ganancia de sus propietarios, y los criadores de abejas las guardan de las enfermedades, para que el enjambre no se le eche a perder al dueño, así también yo, me parece, al acabar con los defectos ciudadanos, corregía a las ciudades en beneficio tuyo; de forma que, aunque me consideraran un dios, tal engaño comportaba una ven-

taja para ti, pues seguramente me atenderían con interés, temerosos de hacer lo que no le parecía bien a un dios. Pero ni siquiera pensaban eso; lo que ocurre es que hay un cierto parentesco entre el hombre y la divinidad, merced al cual es aquél el único de los animales que conoce a los dioses y filosofa sobre su propia naturaleza y sobre la forma en la que participa de lo divino. Dice asimismo que su forma se asemeja a la divinidad, según interpretan la estatuaria y los colores[566], y está convencido de que las virtudes le vienen de los dioses y de que los que participan de ellas están próximos a los dioses y son divinos.

No obstante, no debemos llamar a los atenienses maestros de esa idea por el hecho de haber sido los primeros que atribuyeron a hombres sobrenombres como «justos», «olímpicos» y otros por el estilo[567] que es probable que sean demasiado divinos para ser aplicables a un hombre, sino sólo debidas a Apolo, el de Pito. Pues llegó a su templo Licurgo, el de Esparta, recién redactadas por él las leyes por las que los lacedemonios se rigen, y Apolo, al dirigirle la palabra, sancionó la reputación de que gozaba[568]. Tras afirmar, al principio de su oráculo, que dudaba si debía llamarlo dios u hombre, al proseguir, reveló su decisión por aquel sobrenombre, en la idea de que se trataba de un hombre de bien. Y a Licurgo no le sobrevino ningún proceso ni riesgo por esas cuestiones entre los lacedemo-

---

[566] Es decir, la pintura.

[567] El Justo era el sobrenombre de Arístides, cf. VII 21; el Olímpico lo era de Pericles, cf. ARISTÓFANES, *Acarnienses* 530.

[568] Se refiere Apolonio a las palabras de la Pitia délfica, recogidas por HERÓDOTO, I 65, y que son las siguientes (traducción de SCHRADER):

> «Vienes, Licurgo, a mi opulento templo,
> caro a Zeus y a cuantos olímpicas moradas poseen.
> Dudo en declararte dios u hombre;
> más bien, empero, un dios te creo, Licurgo.»

nios, sobre la base de que se consideraba a sí mismo inmortal, porque no había reprendido al dios pítico cuando se dirigió a él en estos términos; sino que fueron del mismo parecer que el oráculo, persuadidos, sin duda, de ello antes del vaticinio.

Respecto a los indios y a los egipcios, tengo que decir lo siguiente: los egipcios acusan sin razón a los indios y los calumnian por sus concepciones sobre las cosas materiales. En cambio, la doctrina que se refiere al creador del universo, la elogian tanto que, aunque es india, se la enseñan a los demás. La doctrina acerca del origen y entidad del universo reconoce a un dios creador; y el motivo de haberlo concebido es su bondad. Dado que estas ideas están relacionadas, acepto el argumento y afirmo que los hombres buenos tienen algo de dios.

Existe, sometido al dios creador, un orden. Por «orden» debemos entender todo lo que hay en el cielo, en el mar y en la tierra, de lo cual hay para los hombres una participación igual, excepto en la suerte. Pero existe asimismo otro orden sometido al hombre de bien, que no excede de los límites de su sabiduría, que seguramente también tú, emperador, reconocerás que requiere un hombre hecho a imagen y semejanza de la divinidad. ¿Y cuál es la configuración de ese orden? Las almas indisciplinadas la emprenden enloquecidamente contra toda forma de organización. Las leyes les resultan trasnochadas, no hay moderación por parte alguna, las honras de los dioses se ven deshonradas, aman la charlatanería y la molicie, de las que va creciendo la pereza, mala consejera de cualquier acción. En cuanto a las almas embriagadas, saltan de un lado a otro, y nada detiene sus brincos, ni siquiera si se tomaran todas las bebidas que, como la mandrágora, se consideran soporíferas. Así pues, se necesita un hombre que se cuide de poner orden en las almas, hombre que

se presenta como un dios por su sabiduría. Él se basta para apartarlas de las pasiones a las que se ven arrastrados de una forma demasiado salvaje para el trato normal, así como de la avaricia, por la que aseguran no poseer bastante si no acogen por su boca un río de dinero. Con todo, contenerlas para que no cometan asesinatos, quizá no sea imposible para un hombre de esa condición, pero purificarlas de eso, no es posible ni a mí ni al dios creador del universo.

Cómo liberó a Éfeso de la plaga

¡Venga, entonces, emperador, la acu- 8
sación sobre Éfeso, pues consiguió salvarse! ¡Y que el egipcio no juzgue tal como es adecuado a la acusación! La acusación es, poco más o menos, la siguiente: «En el país de los escitas o los celtas que habitan junto al río Istro o el Rin, se halla asentada una ciudad, no menor que Éfeso, la de Jonia, y esta ciudad es base de operaciones de unos bárbaros que no se hallan sometidos a ti. Una epidemia iba a destruirla, pero Apolonio la curó.» Hay, en efecto, defensa, incluso contra esos cargos, para un hombre sabio, si el emperador quiere apoderarse de su enemigo por las armas, pero no por enfermedades. Pues ¡ojalá que ninguna ciudad sea borrada del mapa, ni por ti, emperador, ni por mí! ¡Y ojalá que no vea yo una epidemia a las puertas de templos, por culpa de la cual yazgan los enfermos en ellos! Pongamos que no tomamos en serio lo de los bárbaros, ni los consideremos como algo sano, por ser nuestros mayores enemigos e incapaces de estar en paz con nuestra estirpe. Pero a Éfeso, ¿quién se negaría a salvarla, cimentada como se halla sobre la raza de la más pura aticidad, que ha progresado más que ninguna otra de Jonia y de Lidia, y que se ha expandido hasta el mar, por haber sobrepasado en su crecimiento el territorio sobre el que se fundó; que está además llena de centros de estudio de filóso-

fos y rétores, merced a los cuales la ciudad no es poderosa por su caballería, sino por una muchedumbre de hombres, porque elogia la sabiduría? ¿Qué hombre sabio crees que podría renunciar al combate por una ciudad de esa categoría, si se acuerda de Demócrito, que liberó de una plaga, en tiempos, a los abderitas, y si se acuerda de Sófocles, el ateniense, de quien se dice que aplacó los vientos que soplaban fuera de estación, y si ha oído hablar de Empédocles, que detuvo la marcha de una nube que iba a reventar sobre los acragantinos?[569]

La actividad de Apolonio no es brujería

9 Me interrumpe el acusador, lo oyes de seguro tú también, emperador, y dice que no me veo acusado porque fui el causante de la salvación de los efesios, sino porque predije que la plaga iba a abatirse sobre ellos, en la idea de que eso es algo por encima de la sabiduría y sobrenatural, y de que no habría podido yo llegar a tal grado de veracidad a no ser que fuera un brujo y con poderes secretos. Según eso, ¿qué podría decir Sócrates en defensa de su afirmación de que aprendía de un demon? ¿Y qué, Tales y Anaxágoras, los jonios? Pues ambos hicieron predicciones, el primero sobre la buena cosecha de aceitunas, el segundo sobre muchas de las perturbaciones celestes[570]. ¿Es que hicieron tales predicciones porque eran brujos los dos? Cierto es que ambos fueron

[569] Cf. los testimonios (entre los cuales se cuenta naturalmente éste) reunidos por Diels-Kranz A 14 respecto a diferentes versiones que tienen de común su poder para contener los elementos.

[570] Sobre las predicciones de Anaxágoras, cf. 2 y nota 13. La predicción de Tales sobre la buena cosecha de aceitunas le permitió hacer un buen negocio, según Aristóteles, *Política* 1259a9 siguientes, pues depositó en invierno fianzas por todas las presas de aceite, y al llegar el momento oportuno, las alquiló a alto precio.

llevados ante tribunales, pero por otras acusaciones, y en ninguna parte de las acusaciones se dijo que fueran brujos porque hicieron predicciones, pues eso parecería ridículo y ni siquiera sería verosímil decirlo de hombres sabios en Tesalia, donde las mujeres tienen la mala reputación del arrastre de la luna hasta la tierra.

¿Cómo percibí el desastre que amenazaba Éfeso?[571] Has oído decir al acusador que no llevo una vida como la de los demás; yo mismo he dicho al principio, respecto a mi propio régimen, que es ligero y más grato que el sibaritismo de los demás. Eso, emperador, conserva mis sentidos indeciblemente despejados y no permite que haya nada turbio en ellos, y sí en cambio que perciban, como en el reflejo de un espejo, todo lo que sucede y lo que va a suceder. Pues el sabio no espera a que la tierra produzca sus emanaciones o a que el aire se corrompa, si es que el desastre fluye desde arriba; sino que lo percibirá incluso cuando se halla en puertas, después que los dioses, pero antes que el común de los mortales. Pues los dioses perciben el futuro, los hombres lo que está sucediendo y los sabios lo que se avecina. Las causas de las epidemias, pregúntamelas, emperador, en privado, pues son demasiado sabias para decirlas ante la gente. ¿Acaso el llevar tal género de vida es lo único que provoca la agudeza de los sentidos, o se trata de un poder para las cosas más importantes y admirables?

Te es posible considerar lo que digo, entre otras cosas, y no la menos importante, por lo que ocurrió en Éfeso en la epidemia aquella. La epidemia tomó forma, asemejándose a un viejo mendigo; y la vi, y al verla, la capturé, no limitándome a detener la plaga, sino cortándola de raíz. Y a quién me encomendé, lo evidencia la imagen que erigí en Éfeso, en agradecimien-

[571] Cf. IV 10.

to por ello, pues es la de Heracles el Tutelar, y lo escogí como auxiliador porque, por ser sabio y valeroso, purificó de la plaga, en tiempos, a Élide, después de que hubo lavado las emanaciones que la tierra exhalaba, en la época del tirano Augias[572].

¿Te parece, emperador, que hay alguien que, ansioso de parecer un brujo, pudiera atribuir a un dios lo que él mismo había conseguido? ¿Qué admiradores de su arte se ganaría, cediéndole la admiración a un dios? ¿Y te parece que alguien, si fuera un brujo, se encomendaría a Heracles? Pues esos desgraciados atribuyen tales prodigios a las fosas y a los dioses subterráneos, grupo del que hemos de separar a Heracles, pues es puro y benévolo para los hombres. También me encomendé a él una vez en el Peloponeso, pues el fantasma de una *lamia* andaba por allí devorando a jóvenes hermosos[573]. Y él me ayudó en la lucha sin requerir espléndidos obsequios, sino sólo una torta de miel e incienso, y eso que se trataba de hacer algo por la salvación de los hombres, pues tal era, también en época de Euristeo[574], el salario que creía merecer por sus trabajos. No te incomode, emperador, oír mencionar a Heracles, ya que también se cuidaba de él Atenea, porque era noble y salvador para los hombres.

---

[572] Se trata de una interpretación racionalista de uno de los trabajos de Heracles, la limpieza de los establos de Augías. Según la leyenda, los establos y los prados estaban colmados de estiércol, no recogido durante años, pero Heracles se comprometió a realizar la tarea en un solo día y lo logró, desviando sobre ellos los ríos Alfeo y Peneo.

[573] Cf. IV 25.

[574] Euristeo fue un hijo de Esténelo, a cuyo servicio realizó Heracles sus famosos doce trabajos.

El sacrificio del muchacho y la conspiración

Pero, puesto que me ordenas que 10
me defienda de lo del sacrificio, pues eso es lo que me señalas con tu mano, escucha una defensa veraz. Yo, si bien hago cualquier cosa por la salvación de los hombres, nunca celebré sacrificios por ellos, ni podría celebrar ninguno, ni tocaría ofrendas en las que hubiera sangre, ni elevaría una plegaria mirando hacia un cuchillo o a un sacrificio de los que él dice. No le has hablado a un escita, emperador, ni a alguien de un país insociable. Ni tuve jamás trato con los masagetas o los tauros[575], porque habría cambiado sus costumbres sacrificales. ¿A qué extremo de locura habría llegado yo si, después de haber hablado muchísimas veces de la adivinación, y cómo se fortalece o no, y siendo el hombre que más presente tiene que los dioses muestran sus propios designios a los hombres santos y piadosos, incluso sin que practiquen la adivinación, hubiera tenido contacto con un derramamiento de sangre, con entrañas de víctimas que considero inadecuadas para un sacrificio y de mal agüero? En ese caso, por no ser puro, me habría abandonado incluso la voz de mi demon.

Pues bien. Si alguien, prescindiendo de mi odio por el sacrificio, interrogara al acusador respecto a lo que ha dicho hace poco, él mismo me absuelve de la acusación. Pues si, como él dice, predije a los efesios la epidemia, sin necesidad de ningún sacrificio, ¿por qué iba a haber necesidad de víctimas para lo que me era posible saber sin celebrar un sacrificio? ¿Y qué necesidad de adivinación iba a tener yo para cosas de las que, tanto yo mismo como otro, estábamos conven-

---

575 Los masagetas eran una tribu de escitas particularmente salvajes. Los tauros, habitantes de Crimea, celebraban incluso sacrificios humanos en honor de Ártemis Táurica.

cidos? Pues si me veo juzgado por causa de Nerva y los suyos, volveré a decir lo que dije también anteayer, cuando me acusaste por ello. En efecto, considero a Nerva digno de cualquier clase de poder y de cualquier consideración que vaya encaminada a su buena reputación, pero no un buen luchador ante las responsabilidades; pues su cuerpo está maltrecho por la enfermedad por la que también su mente está llena de hastío, y ni siquiera está capacitada para los asuntos domésticos. A tí te elogia por tu físico y te elogia por tu decisión, y me parece natural que lo haga, pues la naturaleza humana está realmente más dispuesta a elogiar aquello de lo que ella misma no está dotada. Conmigo también se comporta Nerva de un modo respetuoso. No lo he visto nunca reír en mi presencia, ni gastar alguna de las bromas acostumbradas entre amigos, sino que, como los jovencitos ante sus padres y maestros, mide todo lo que dice en mi presencia, e incluso se ruboriza. Y, como sabe que elogio la discreción, se aplica a ello con tanto afán, que me parece que su humildad pasa de la medida. ¿Cómo podría alguien considerar creíble que Nerva aspirara al gobierno, él que se considera satisfecho si logra gobernar su propia casa? ¿O que habla conmigo de asuntos importantes, él que, ni de triviales se atreve a hacerlo? ¿O que me ha comunicado a mí su plan sobre algo que ni siquiera comunicaría a otro que tuviera mi modo de pensar? ¿O cómo sería yo aún sabio para interpretar las intenciones de un hombre, si confiara en la adivinación y desconfiara de la sabiduría? En cuanto a Órfito y Rufo, hombres justos y prudentes, pero perezosos, como sé muy bien, si dicen que están acusados porque desean la tiranía, no sé respecto a quién están más equivocados, si respecto a ellos o respecto a Nerva. Y si dicen que han llegado a ser sus cómplices, no sé si

es más verosímil que Nerva aspire al poder o que ellos conspiren con él.

La conducta del sabio es irreprochable

Ahora bien, era natural que quien me acusa por estos delitos hubiera tenido también presente qué sentido tenía para mí ayudar a quienes preparaban una revolución. Pues lo que es dinero, afirma que no lo he conseguido de ellos, y asimismo, que tampoco hice eso inducido por regalos. Examinemos las posibilidades de que, sin requerir nada importante, hubiera yo diferido reclamar el pago por mis favores al momento en el que pensaban tomar el poder, momento en el que habría sido posible hacer importantes peticiones y considerarme digno de más. ¿Cómo podría demostrarse eso? Acuérdate, emperador, de ti mismo y de los que gobernaron antes que tú —esto es, tu hermano y tu padre— y de Nerón, bajo cuyo reinado ejercieron cargos; pues es con esos emperadores con los que ha transcurrido principalmente mi vida pública, ya que el resto del tiempo lo pasé en mi visita a los indios. Pues bien, de esos treinta y ocho años, pues tal es el tiempo transcurrido hasta tu reinado, ni frecuenté a los emperadores en sus cortes —salvo a tu padre, en Egipto, precisamente cuando aún no era emperador, a más de que fue él el que acordó venir a mí—, ni hablé de un modo servil con emperadores ni con el pueblo en favor de emperadores, ni presumí de las cartas que los emperadores me escribieron o de otras que escribiera yo por hacerlas pasar por suyas, ni he desertado de mí mismo halagando a emperadores por obtener mercedes. Por tanto, si, después de considerar la existencia de ricos y pobres, me preguntaras en cuál de esas clases me cuento, te diré que en la de los ricos, pues no tener ninguna necesidad es para mí como Lidia y todo lo del Pactolo. Entonces ¿cómo iba a aguardar a recibir regalos de

quienes no eran aún emperadores hasta el momento en el que creía que ellos mismos iban a tener el poder, yo que ni los recibí de vosotros, cuyo poder consideraba seguro? ¿O cómo iba a concebir cambios de emperadores, sin haberme aprovechado de los establecidos para recibir honores? Es más, cuanto le acontece al filósofo que halaga a los poderosos, lo evidencia el caso de Éufrates. ¿Para qué decir de dónde le viene el dinero? Pues se trata de verdaderas fuentes de riqueza, y ya conversa en los bancos, convertido en un comerciante, un mercachifle, un recaudador, un usurero en todo lo que se compra y se vende. Y está siempre sellado a las puertas de los poderosos y permanece ante ellas más tiempo que los porteros. Y se le ha visto muchas veces expulsado por los porteros, como los perros hambrientos, y en cambio, sin haberle dado ni un dracma a un filósofo, usa de su riqueza como un muro de defensa, alimentando a este egipcio de ahí con el dinero de otro, y aguzando contra mí una lengua digna de que se la corten.

Rechazo de los sacrificios cruentos

12 Pero te dejo a Éufrates, pues tú, si no te agradan los aduladores, lo encontrarás como un hombre peor que los que te describo. Escucha en cambio el resto de mi defensa. ¿Cuál será, y basada en qué? Se ha entonado en la acusación, emperador, un treno por un niño arcadio: que fue despedazado por mí de noche —si dice que en sueños, no lo sé— y que era de padres nobles ese niño, y en cuanto a su belleza, todo lo hermoso que pueden ser los arcadios en su adustez. Dicen que, aun cuando me suplicaba y se lamentaba, lo degollé, y que, mientras bañaba mis manos en la sangre de ese niño, me encomendé a los dioses para que me revelaran la verdad. Hasta aquí me acusan a mí, pero la historia que sigue atenta contra los dioses; pues dicen que los dioses me oyeron

cuando me encomendaba a ellos de este modo; que me concedieron señales de buen agüero y que no me mataron por impío. ¿Para qué decir, emperador, que es impuro incluso el oírlo?

Pero, centrándome en aquello de lo que debo defenderme, ¿quién era ese arcadio? Pues si no era de padres desconocidos y su aspecto no era el de un esclavo, hora es de preguntarte cuál era el nombre de los que le dieron el ser, y de qué casa era, qué ciudad en Arcadia lo crió, de qué altares fue arrancado para ser sacrificado allí. Eso no lo dice, aunque es hábil para no decir la verdad. ¿Acaso me acusa por un esclavo? Puesto que no consta el nombre ni de quiénes nació, ni la ciudad, ni su herencia, ¿no será preciso, dioses, colocarlo entre los esclavos? Porque no consta su nombre en parte alguna. Entonces ¿quién fue el mercader del esclavo? ¿Quién se lo compró a los arcadios? Pues si la raza de éstos es idónea para la adivinación degolladora, es natural que el niño se haya comprado por mucho dinero, y que alguien haya hecho una travesía al Peloponeso, para que el arcadio fuera traído de allí, pues esclavos del Ponto, lidios o frigios, cualquiera podría comprarlos, incluso aquí, que esas razas y todas las de los bárbaros, sometidos todo el tiempo a otros, no consideran vergonzoso ser esclavos. Incluso es tradición entre los frigios vender a los suyos y, una vez convertidos en esclavos, no ocuparse de ellos. Los griegos, en cambio, son aún amantes de la libertad, y ni un griego venderá un esclavo fuera de su país, ni los mercaderes de esclavos los visitan, y a Arcadia, menos aún, pues además de que aprecian la libertad más que los demás griegos, necesitan de una gran masa de esclavos. Y es que Arcadia es muy fértil en trigales, herbosa y arbolada, no sólo en las tierras altas, sino en todo el terreno que tienen bajo sus pies. Así que necesitan muchos labradores, muchos cabreros,

porqueros, pastores y apacentadores, tanto de vacas como de caballos. Requiere asimismo la región muchos leñadores, y en eso se ejercitan desde niños. Pero, incluso si Arcadia no fuera así, si no tuviera, como otros, que vender a los suyos como esclavos, ¿qué beneficio reportaría a esa sabiduría que me atribuyen las murmuraciones el que fuera de Arcadia el degollado? Pues los arcadios no son los más sabios de los griegos para que muestren algo más que cualquier otro hombre en las declaraciones de sus entrañas. Más bien son los más palurdos de los hombres y parecidos a los cerdos, entre otras cosas, en que comen bellotas.

Quizá me he defendido de un modo más retórico que mi estilo habitual, al describir las costumbres de los arcadios y al llegar en mi discurso hasta el Peloponeso. Pero es que ¿cuál es la defensa apropiada para mí? No hice un sacrificio, no los hago, no toco la sangre, ni siquiera la del altar, pues esa era la práctica que observaba Pitágoras y, de idéntica forma, sus seguidores, y en Egipto, los Gimnosofistas y los sabios de los indios, de quienes proceden los comienzos de la sabiduría de los de Pitágoras. Y cuando celebran sacrificios de acuerdo con ella, no parece que injurien a los dioses, antes bien, se les permite envejecer, sanos de cuerpo y libres de enfermedades, y parecer cada vez más sabios, no verse tiranizados y no necesitar de nadie. Así que no es absurdo, pienso, pedirles a los dioses bienes a cambio de ofrendas puras. Pero creo que tienen la misma opinión que yo acerca de los sacrificios los dioses, que plantaron las zonas de la tierra que producen incienso en lo más puro del mundo habitado, para que celebremos sacrificios con él, sin entrar en los templos armados de hierro, y sin rociar sangre sobre los altares. Pero yo, según parece, olvidado de mí mismo y de los dioses, celebré un sacrificio de una forma

que ni yo mismo acostumbro y que ojalá no empleara ninguno de los hombres.

La coartada de Apolonio

¡Que me absuelva asimismo de la 13
acusación la hora que señala el acusador! Pues aquél día en el que dice que llevé a cabo tales acciones, si estaba yo en el campo, sacrifiqué, y si sacrifiqué, también comí. Y además, emperador, ¿me preguntas una y otra vez si no me encontraba por entonces en Roma? Tú, el más noble de los emperadores, sí que estabas en Roma, pero no reconocerías que ofreciste tales sacrificios, y el delator también estaba, pero no va a confesar que obró como los asesinos, por el hecho de que se encontraba entonces en Roma. También estaban muchísimos hombres, a los que mejor sería expulsar como extranjeros, que someterlos a procesos en los que la prueba de sus delitos va a ser el que estaban aquí. Aunque mi venida a Roma quizá aparte de mí la acusación de pretender una revolución, pues vivir en una ciudad en la que todo son ojos y todo oídos de lo que pasa y de lo que no pasa, no permite emprender una revolución más que a quien tiene demasiadas ganas de morir. En cambio, a los que son precavidos y prudentes, los hace proceder con calma, incluso en lo que está permitido.

¿Qué era, pues, delator, lo que yo hacía aquella no- 14
che? Si me lo preguntas como si yo fuera tú, puesto que a lo que has venido tú es a preguntar, dirías: «Preparaba procesos y acusaciones contra personas nobles, para perder a quienes no habían cometido delito, y convencer al emperador, sin decir la verdad, con objeto de que yo me granjee buena fama, pero él quede manchado», pero si me lo preguntaras como filósofo, te respondería: «Alababa la risa de Demócrito, con la que se reía de todo lo humano», mas si me lo preguntas como a mí mismo, diría: «Filisco de Melos, que

practicó conmigo la filosofía durante cuatro años, estaba por entonces enfermo, y pasé la noche con él, que se encontraba tan mal, que incluso murió de su enfermedad. Aunque yo habría suplicado por disponer de muchos hechizos en su beneficio y, por Zeus, si es que realmente existen esas melodías de Orfeo que resucitan a los muertos, habría rogado por no desconocerlas, pues me parece que incluso habría descendido bajo tierra por él, si tales lugares fueran accesibles, ¡hasta tal punto se hallaba unido a mí por su forma de obrar, tan propia de un filósofo y tan de acuerdo con mi propio modo de pensar!

Todo ello, emperador, puedes oírselo decir a Telesino, el cónsul, pues también él se encontraba junto al de Melos cuidándolo por la noche, el mismo tiempo que yo. Y si desconfías de Telesino, porque es de los que practican la filosofía, voy a llamar a declarar como testigos a los médicos. Éstos son Seleuco de Cízico y Estratocles de Sidón. Pregúntales si digo la verdad. Asimismo les seguían unos discípulos, más de treinta, testigos, sin duda, de los mismos hechos. Y es que llamar a declarar aquí a los allegados de Filisco quizá podrías considerarlo como dilaciones del proceso, dado que se marcharon en seguida de Roma al país de los de Melos, por las honras fúnebres del muerto. Venid, testigos, pues se os ha citado para eso.

(Los testigos prestan declaración.)

Qué grado de veracidad alcanza la acusación lo evidencia claramente el testimonio de estos señores, pues yo no estaba en los arrabales, sino en la ciudad; no fuera de las murallas, sino en una casa; no con Nerva, sino con Filisco; no degollando, sino suplicando por una vida; no en favor del imperio, sino en favor de la filosofía; no tratando de nombrar en tu lugar a un

revolucionario, sino de salvar a un hombre semejante a mí.

Falta de eficacia de los sacrificios humanos

Por lo tanto, ¿a qué viene lo del ar- 15
cadio? ¿A qué esas patrañas de las víctimas? ¿A qué el tratar de convencer de ello? Pues de alguna forma será real lo que no sucedió, si se lo juzga como acontecido. Y esa increíble historia del sacrificio, emperador, ¿dónde la vas a situar? Sin duda existieron también antes buenos adivinos en el arte de las víctimas; podemos citar, por ejemplo, a Megistias de Acarnania o a Aristandro de Licia. También Ampracia aportó a Silano. Todos ellos celebraron sacrificios: uno, el de Acarnania, en favor de Leónidas, rey de Esparta; el licio, en favor de Alejandro de Macedonia, y Silano, en favor de Ciro, que aspiraba al trono. Y si hubiera habido en las entrañas de un ser humano algo más claro, más significativo y más cierto, no habría dejado de ser factible el sacrificio, pues quienes los presidían eran reyes, que disponían de múltiples coperos, múltiples prisioneros, impunidad en sus transgresiones de la ley y ningún temor a una acusación si llevaban a cabo alguna degollación. Pero, supongo, existía en esos hombres la misma convicción que ahora en mí, que me hallo en este trance por ellas, y es la siguiente: que es verosímil que a los animales irracionales, dado que son degollados en la ignorancia de la muerte, no se les enturbie nada en sus entrañas, por su desconocimiento de lo que les va a ocurrir; pero a un hombre, que tiene permanentemente en su alma un cierto temor a la muerte, aunque aún no lo aceche, ¿cómo cabe esperar que, cuando está presente y la tiene ante sus ojos, muestre algo adivinatorio en sus entrañas o, siquiera, propicio?

Como prueba de que lo que conjeturo sobre estos temas es correcto y conforme a la naturaleza, exami-

na, emperador, lo siguiente: el hígado, en el que los expertos en esos asuntos dicen que se halla el trípode de su propia adivinación, está compuesto de sangre no pura, pues toda la que carece de mezcla la contiene el corazón y la canaliza por las venas sanguíneas a todo el cuerpo, pero a la bilis que hay en el hígado la excita la cólera, mientras que los temores la encierran en las cavidades del hígado. Así que, cuando hierve por los estímulos de la cólera y no puede contenerse en su propio receptáculo, fluye sobre el hígado, que queda por debajo, por lo cual, toda la bilis invade las partes lisas y proféticas de las entrañas, pero cuando retrocede, por los estímulos del temor, arrastra al mismo tiempo también la luz que hay en las partes lisas, dado que se retira entonces también lo puro de la sangre por la cual el hígado se distiende, cuando penetra naturalmente en la membrana que lo rodea y sobrenada la parte turbia. Por lo tanto, ¿qué provecho producirá, emperador, el derramamiento de sangre, si las víctimas van a carecer de significado? Pues carentes de significado las hace la naturaleza humana, por su conciencia de la muerte, y los propios muertos, ya que acaban su vida, los animosos, con cólera, y los timoratos, con miedo. Por ello, el arte de la adivinación entre los que no sean bárbaros e ignorantes prefiere inmolar cabritas y corderos, dado que son animales estúpidos y que no se dan cuenta de lo que se les avecina, y en cambio a los gallos, cerdos y toros, dado que son fogosos, no los considera adecuados para su misterios. Me doy cuenta, emperador, de que estoy irritando al acusador, porque te he convertido en un oyente más inteligente, y me parece que también atiendes a mi razonamiento. Pero si no dijera algo de modo lo suficientemente claro, estoy dispuesto a que me preguntes.

Ataque a Éufrates. Verdadero sentido del discurso de Apolonio

Termina así mi contestación a la 16
acusación del egipcio. Pero, dado que es preciso, creo, no hacer caso omiso de las calumnias de Éufrates, tú, emperador, podrías juzgar cuál de nosotros es más filósofo. Sin duda él lucha por no decir la verdad sobre mí; yo en cambio no creo digno tal proceder; y él te considera su amo, yo, mi gobernante; él te brinda una espada contra mí, yo, en cambio, un razonamiento.

Pues bien, el motivo de que me haya calumniado son los discursos que pronuncié en Jonia. Y dice que no fueron pronunciados por mí en beneficio tuyo, si bien lo que dije se refería a las Moiras y al destino, y llegué a servirme como ejemplo de mi razonamiento de las situaciones de los reyes, porque esas situaciones vuestras son las más elevadas de todas las humanas. Así que filosofaba yo sobre el poder de las Moiras y cómo cuanto hilaban era tan inalterable que, incluso si hubieran decretado concederle a uno un trono que pertenecía a otro, y éste matara al primero, para no verse jamás privado por él de gobernar, el muerto incluso resucitaría, para cumplir lo decidido por las Moiras. Hemos recurrido a las hipérboles en el discurso, por causa de los que desconfían de lo verosímil, pero es como si hubiera dicho algo así como que ese a quien le está destinado llegar a ser carpintero, aunque le corten las dos manos, será carpintero, y al que le está destinado alzarse con la victoria en la carrera en Olimpia, a ese no se le escapará la victoria, aun cuando quede lisiado de una pierna; y a quien las Moiras hayan hilado su superioridad en el tiro al arco, ese no errará el blanco, aunque pierda la vista. La referencia a los reyes la hice, por supuesto, al ver a los Acrisios y a los Layos, y a Astiages el Medo, y muchos otros[576],

[576] Se trata de historias que tienen de común que sus prota-

que creían bien asentada su situación en el poder, cuando unos de ellos creyeron matar a sus hijos, otros a sus descendientes, pero fueron privados del reino por ellos, salidos de la oscuridad, según lo decretado por el destino. Y, si apreciara la adulación, te diría que me acordaba de tu propio caso, cuando fuiste sitiado por Vitelio aquí mismo, y fue incendiado el templo de Zeus en lo más alto de la ciudad, y él afirmaba que garantizaría su éxito con sólo que no lograras escapar de él —aunque por entonces no eras más que un joven, y no como ahora— pero, con todo, como las Moiras habían decidido otra cosa, él pereció con todos sus planes y tú tienes ahora lo suyo. Pero, dado que aborrezco la armonía de la adulación —pues me parece que se trata de una armonía desacompasada y malsonante— córteseme esa cuerda, y piensa que en absoluto tenía en mi mente tu caso, sino que sólo me refería a las Moiras y el destino, pues eso es lo que aseguran que dije contra ti.

---

gonistas, prevenidos por un oráculo de que serían destronados o muertos por algunos de sus descendientes, trataron de evitar el cumplimiento del oráculo por diversos medios, sin conseguirlo. Acrisio, rey de Argos, padre de Dánae, la encerró en una prisión para que no tuviera hijos, pero fue fecundada por Zeus en forma de lluvia de oro y como resultado de la unión nació Perseo, que acabó por matar involuntariamente a Acrisio. Layo, rey de Tebas, mandó abandonar en el monte a su hijo Edipo para evitar el oráculo de que su hijo mataría a su padre y se casaría con su madre. El niño se salvó y, posteriormente, sin saber que era hijo de Layo, lo mató, y se casó con la esposa de éste, Yocasta. En cuanto a la historia de Astiages y el Medo (su nieto Ciro) la narra HERÓDOTO, I 107 sigs. Astiges, que había tenido un sueño premonitorio de que su nieto reinaría en su lugar, lo manda matar, pero sus servidores no quieren hacerlo y, tras una complicada serie de episodios, el niño se salva y el sueño se cumple.

Tal razonamiento, con todo, lo admiten incluso la mayoría de los dioses, y ni siquiera Zeus se irrita al oírle a los poetas en las historias sobre Licia lo de:

¡Ay de mí, pues respecto a Sarpedón...! [577]

etcétera, y los cantos que le dedican a él mismo en los que dice que deja la suerte de su hijo en manos de las Moiras, o cuando cuenta, en el pesado de las almas, que a Minos, el hermano de Sarpedón, le honró al morir con un cetro de oro y le encomendó ser juez en el tribunal de Aidoneo, pero que no pudo sustraerlo a las Moiras [578]. Y tú, emperador, ¿te irritarás por mi forma de pensar, si la soportan los dioses, cuyas situaciones están por siempre fijadas, y no matan a los poetas por ello? Conviene, en efecto, seguir a las Moiras y no tomar a mal los cambios de fortuna, ni desconfiar de Sófocles cuando dice:

Los dioses son los únicos
a quienes no les sobreviene la vejez, ni el morir
[alguna vez,
mas lo demás, todo lo confunde el tiempo todo-
poderoso [579].

y lo dice mejor que ningún hombre. Pues rodadas van las prosperidades de los hombres y un día es, emperador, la duración de la felicidad [580]. Lo mío es de ese, y lo de ese, de otro, y lo de Fulano, de Mengano, y aun teniéndolo, no lo tiene. Tomando eso en consideración, emperador, pon fin a los destierros, pon fin al derramamiento de sangre, y usa de la filosofía en lo que

---

[577] *Ilíada* XVI 433.

[578] *Odisea* XI 568. Aidoneo es un sobrenombre de Hades.

[579] Sófocles, *Edipo en Colono* 607-609.

[580] Se trata de un tópico griego, cf. por ejemplo Heródoto, I 5, y la nota 12 de la traducción de Schrader.

quieras; pues la verdadera es impasible. Acaba con las lágrimas de los hombres, porque ahora es múltiple el eco que viene desde el mar, de aquellos que se lamentan de lo que para cada uno es digno de lamentarse, y mucho mayor el que viene desde la tierra.

Las consecuencias que de ello se derivan, que son demasiadas para contarlas, se deben a las lenguas de los delatores, que calumnian ante ti a todos y a ti, emperador, ante todos.

8 *Domiciano no reacciona ante la desaparición de Apolonio*

Tal era el discurso que nuestro hombre había preparado. Y encontré al final del discurso las mismas últimas palabras del anterior, es decir:

pues no me matarás, ya que no soy mortal

a más de lo que le precedía, de lo que este verso era colofón. Cuando abandonó el tribunal, de una forma sobrenatural y no fácil de contar, el tirano no reaccionó como la mayoría esperaba. Pues creían que proferiría terribles gritos por su causa y organizaría una persecución contra él, y que proclamaría que en ningún lugar de todo el imperio debía acogérsele. Pero él no hizo nada de eso, como si obrara por contradecir la opinión de la mayoría, o por haberse dado cuenta definitivamente de que su poder nada valía contra nuestro hombre. Si es que obró así por desprecio, es cosa que podemos determinar por lo que siguió, pues se mostró más confuso que despreciativo.

9 Prosiguió su audiencia con otro proceso tras aquél —se trataba de una ciudad que pleiteaba con un particular por un testamento, creo— y el emperador olvidó no sólo los nombres de los litigantes, sino incluso el motivo del proceso, pues sus preguntas carecían de sentido, y sus respuestas no tenían que ver con lo que se juzgaba; todo lo cual ponía claramente en evidencia

hasta qué punto el tirano se hallaba perplejo y atónito, especialmente al estar convencido por sus aduladores de que nada se le podría escapar a su memoria.

Viaje milagroso a Dicearquía y entrevista con Damis y Demetrio

Tras haber puesto en aquella situa- 10
ción al tirano, y haber convertido en juguete de su propia filosofía al terror de griegos y bárbaros, abandonó el tribunal antes de mediodía y por la tarde se mostró en Dicearquía ante los ojos de Demetrio y Damis. Tal fue la razón por la que había exhortado a Damis a que no aguardara su defensa, sino se dirigiera por tierra a Dicearquía. Pues aunque no le había advertido de lo que había decidido, sí le había exhortado a hacer lo más conveniente para él, lo que iba además de acuerdo con lo que tenía decidido.

Se daba la circunstancia de que Damis, que había 11
llegado la víspera, conversaba con Demetrio sobre los acontecimientos previos al juicio, y éste se hallaba, a consecuencia de lo que había oído, en un estado de ánimo demasiado timorato para lo que es natural en quien oía hablar de Apolonio.

Al día siguiente le hacía de nuevo preguntas a Damis sobre lo mismo, mientras caminaba con él, sin rumbo fijo, por la orilla del mar en la que se sitúan las leyendas de Calipso [581]. Desesperaban, en efecto, de volverlo a ver, ya que el poder del tirano era terrorífico para todos, pero obedecían sus encargos por respeto a las dotes de nuestro hombre. Descorazonados, se sentaron en la gruta de las Ninfas en la que se halla la tina. Se trata de una tina de mármol blanco, que contiene una fuente de agua que ni rebosa el borde, ni baja de nivel cuando alguien saca agua. Después de haber conversado sobre la naturaleza del agua, pero sin el menor interés, dado su desánimo por la suerte de nuestro

[581] Cf. el canto V de la *Odisea.*

hombre, volvieron su conversación a los acontecimientos previos al juicio.

12 Damis se estaba, pues, lamentando, y decía más o menos lo siguiente:

—¿Veremos alguna vez, dioses, a nuestro noble y excelente camarada?

Y al oírlo, Apolonio —pues se daba el caso de que estaba ya en la gruta de las Ninfas—, dijo:

—Veréis, o, más bien, ya habéis visto.

—¿Vivo? —dijo Demetrio—. Porque si es muerto, jamás cesaremos de llorar por él.

Así que tendiendo Apolonio su mano hacia él, dijo:

—Tócame, y si me evado de ti, soy un fantasma que te viene de los dominios de Perséfone, como los que muestran los dioses infernales a los que se hallan vencidos en exceso por sus penas. Pero si, a tu toque, permanezco, convence también a Damis de que vivo y de que no he abandonado mi cuerpo[582].

Así que ya no podían seguir dudando, sino que, levantándose, le echaron los brazos al cuello, le dieron la bienvenida y le preguntaron por su defensa, pues mientras Demetrio creía que ni siquiera habría podido defenderse, pues se le habría mandado matar, incluso sin haber cometido delito, Damis creía que se habría defendido, pero seguramente antes y no en aquel mismo día. Pero Apolonio dijo:

—Me he defendido, señores, y hemos ganado. Tuvo lugar mi defensa hoy mismo, no hace mucho, pues se desarrolló a mediodía.

—Entonces —dijo Demetrio— ¿cómo hiciste un recorrido tan largo en tan poco tiempo del día?

Y Apolonio le contestó:

---

[582] Compárese esta escena con la aparición de Cristo a los Apóstoles, tras su resurrección (*Lucas* XXIV 39, *Juan* XX 20, 27).

—Menos un carnero y plumas unidas con cera [583], puedes creértelo todo, si le atribuyes a un dios ese recorrido.

—Siempre he creído —dijo Demetrio— que vela por tus acciones y tus palabras algún dios, merced al cual te encuentras ahora en esta situación. Pero cómo fue tu defensa, en qué términos fue la acusación, la actitud del juez, qué te preguntó y qué fue lo que admitió y qué no... Cuéntanoslo todo, para que a mi vez pueda contárselo punto por punto a Telesino, pues no dejará de preguntarme por tu situación. Efectivamente, hace unos quince días, cuando estaba bebiendo conmigo en Antio, se quedó dormido sobre la mesa y, cuando la crátera iba mediada, tuvo un sueño: un fuego se acercaba a la tierra y se apoderaba de unos hombres y a otros los adelantaba en su huida, pues fluía de un modo muy semejante al agua, pero a ti no te pasaba como a los demás, sino que se iba abriendo a tu paso. Tras ese sueño, hizo una libación a los dioses, buenos consejeros, y me animó a que tuviera confianza respecto a ti.

Y Apolonio dijo:

—No me extraña que Telesino sueñe conmigo, pues también vela por mí hace mucho. Lo referente al proceso lo sabréis, pero no aquí, pues ya está bien entrada la tarde y es hora de marchar a la ciudad, además de que las conversaciones por el camino son agradables para acompañar nuestra marcha. Vayamos, pues, mien-

---

[583] Alusión a dos viajes maravillosos de la mitología griega, el de Frixo, hijo de Atamante, librado de ser sacrificado gracias a un carnero con vellón de oro, regalo de Hermes a Néfele, con el que se salvó, volando (cf. APOLODORO, I 9, 1) y el de Dédalo, constructor del Laberinto de Creta, en el que se vio encerrado por Minos, y que escapó de él, con su hijo Ícaro, con unas alas artificiales construidas con plumas unidas con cera (cf. APOLODORO, *Epítome* I 12 sigs.).

tras charlamos sobre lo que queréis preguntarme. Os contaré, desde luego, lo ocurrido hoy en el tribunal, pues lo que antecede al juicio ambos lo sabéis; tú, porque estabas presente, y tú, porque lo has oído contar, supongo, por Zeus, que no una vez, sino una vez y otra, a menos de que me haya olvidado de cómo es Demetrio. Pues bien, lo que aún no sabéis os lo voy a contar, comenzando por la notificación y por lo de entrar sin nada encima.

Así que les refirió sus palabras y, al final de todo, lo de «no me matarás» y su marcha del tribunal, tal y como tuvo lugar.

Damis no comparte las inquietudes de Demetrio

13 Entonces exclamó Demetrio:

—¡Yo pensaba que llegabas aquí a salvo, pero esto es el comienzo de tus peligros, pues, una vez que te hayan declarado fuera de la ley y privado de toda clase de recursos, te detendrán!

Pero Apolonio, tratando de animar con sus palabras el temor de Demetrio, dijo:

—¡Ojalá que también vosotros fuerais tan fácilmente capturables! Pero además sé en qué estado se encuentra el ánimo del emperador ahora, pues, por haber prestado oído siempre a las palabras de los aduladores, ha oído ahora censuras, y por hechos de esa clase se resquebrajan las naturalezas de los tiranos, y por ello se encolerizan. Pero yo necesito un descanso, pues aún no doblé mi rodilla desde mi combate.

Y Damis dijo:

—Yo, Demetrio, me encontraba respecto a la situación de este hombre en tal estado de ánimo como para disuadirlo de este viaje por el que venía, y tú le aconsejaste seguramente lo mismo, que no fuera al encuentro de peligros, no por voluntarios, menos difíciles. Mas, cuando se hallaba encadenado, según a mí me parecía, y consideraba su situación sin salida, dijo que el

librarse era cosa que dependía de él, y me lo demostró cuando liberó su pierna de la cadena. Entonces me di cuenta por vez primera de la naturaleza de este hombre y de que era divino y superior a la sabiduría común y corriente, por lo cual, si me encontrara en situaciones aún más terribles que éstas, nada temería bajo su amparo, incluso en medio del peligro. Mas, puesto que el atardecer está cerca, vayamos a una posada para atenderle.

Pero Apolonio dijo:

—Sólo tengo falta de sueño; lo demás me da lo mismo que haya o que falte.

Después, tras haberse encomendado a Apolo y luego al Sol, se presentó en la casa en la que vivía Demetrio y, después de lavarse los pies y pedirles a Damis y los suyos que comieran, porque se veía que no habían probado bocado, se echó en la cama y, después de entonar, en honor del sueño, unos versos de Homero[584], se durmió, como si las circunstancias no fueran dignas de causarle preocupación.

Al preguntarle Demetrio al alba a qué lugar de la 14
Tierra se dirigía, pareciéndole, por obra de su imaginación, que hería sus oídos ruido de caballos, de los que ya suponía en persecución de Apolonio, como resultado de la rabia del tirano, dijo Apolonio:

—No me perseguirá ni él ni otro. En lo que a mí respecta, mi viaje será a Grecia.

—Es peligroso —repuso— pues es el país en el que es más difícil esconderse, de modo que, al que no podrías huirle en la sombra, ¿cómo le pasarías inadvertido a la luz?

—No necesito —replicó— pasar inadvertido, pues si, como crees, toda la tierra es del tirano, mejores son quienes mueren a la luz que quienes viven en la som-

---

[584] *Ilíada* XIV 233 sigs.

bra. —Y dirigiéndose a Damis, le dijo—: ¿Sabes de alguna nave que parta para Sicilia?

—Sí, sé —repuso—, pues nos hallamos cerca del mar. Está el pregonero cerca de las puertas, y la nave está aparejando ya. Lo deduzco por el griterío de la tripulación y por las maniobras que están haciendo con vistas a levar anclas.

—Embarcaremos —dijo— en esa nave, Damis, para dirigirnos ahora a Sicilia y de allí al Peloponeso.

Viaje a Olimpia

15 Así pues, tras despedirse de Demetrio, que seguía temeroso por ellos, y exhortarle a que tuviera ánimo, como un hombre, igual que ellos lo eran, partieron para Sicilia con viento favorable. Tras doblar Mesina, llegaron a Tauromenio[585] al tercer día. Luego, después de haber arribado a Siracusa, se dirigieron al Peloponeso, a comienzos de otoño. Una vez que hubieron cruzado el mar abierto, llegaron al sexto día a la desembocadura del Alfeo, por donde el río mezcla sus aguas, aún dulces, con el Adriático y el mar de Sicilia. Una vez que desembarcaron de la nave, consideraron que era una buena idea ir a Olimpia[586], se alojaron en el templo de Zeus, sin alejarse nunca más allá de Escilunte[587]. Un rumor inmediato e insistente se extendió por el mundo griego; que nuestro hombre estaba vivo y había llegado a Olimpia. Al principio el rumor parecía infundado, pues además de que no había ninguna esperanza humana para él, desde que oyeron que estaba prisionero, ocurría que no habían dejado de oír otras habladurías: unos, que había muerto en la hoguera; otros, que había sido arrastrado vivo por garfios clavados en sus clavículas; otros, que había sido

[585] La actual Taormina.

[586] Por las fechas en que se celebraba la Olimpíada 218, es decir, el año 93.

[587] Escilunte es una ciudad de Trifilia, la zona sur de Élide.

arrojado a un precipicio; otros, que a las profundidades. Pero cuando se confirmó su llegada, se congregó Grecia, excitada entonces por él, como no lo había hecho para ninguna olimpíada. Acudieron de allí mismo Élide y Esparta; Corinto, desde las orillas del Istmo. Los atenienses, aun cuando están fuera del Peloponeso, no se quedaron atrás de las ciudades que se hallan a las puertas de Pisa[588], ya que especialmente los más distinguidos de los atenienses se congregaban en el templo, y la juventud que de toda la Tierra se reúne en Atenas se encontraba también por entonces en Olimpia. Vinieron asimismo algunos de Mégara y muchos beocios, y de Argos, Fócide y Tesalia, lo más distinguido. De ellos, unos que se habían encontrado antes con Apolonio, con objeto de aumentar su sabiduría, porque creían que iban a oír más cosas y más admirables, y otros, que aún no lo conocían, porque consideraban tremendo demostrar que nunca habían visto a un hombre tan importante. A los que le preguntaban de qué forma había escapado del tirano, pensaba Apolonio que no debía decir nada jactancioso, sino que contaba que se había defendido y se había salvado. Pero como llegaron muchos de Italia que anunciaron lo ocurrido en el tribunal, Grecia entera se encontraba en disposición casi de prosternarse ante él, por considerarlo un hombre divino, especialmente por eso mismo, por no haber tratado de ganarse ningún aplauso por esos asuntos.

Había un jovencito entre los llegados de Atenas que 16
declaraba que Atenea era benévola con el emperador, Pero Apolonio le dijo:

—Deja de cotorrear sobre eso en Olimpia y de calumniar a la diosa ante su padre[589].

---

[588] Pisa es una ciudad de Élide, cercana a Olimpia, por lo que constituye habitualmente el sustituto poético de esta ciudad.

[589] Esto es, antes Zeus, a quien estaban consagrados el principal templo de Olimpia y los juegos.

Y como el jovencito persistiera en su impertinencia y afirmaba que la diosa hacía lo justo, pues también el emperador era arconte epónimo [590] en Atenas, dijo:

—¡Ojalá que también se presentara en las Panateneas!— Y así lo silenció, con la primera de sus respuestas, en la idea de que estaba mal informado sobre los dioses, si creía que eran benévolos con los tiranos; y con la siguiente, en la idea de que los atenienses no eran consecuentes con lo que habían votado respecto a Harmodio y Aristogitón, si, creyendo que honraban a aquellos varones con estatuas en el ágora por lo que habían hecho en las Panateneas [591], luego concedía a los tiranos el privilegio de ser elegidos como gobernantes.

17 Al pedirle Damis consejo sobre cuestiones de dinero, porque les quedaba muy poco viático, le dijo:

—Mañana me ocuparé de eso.

Y se presentó al día siguiente en el templo y dijo:

—Dame, sacerdote, mil dracmas del tesoro de Zeus, si crees que no va a tomárselo demasiado a mal.

Y el sacerdote respondió:

—No será eso lo que se va a tomar a mal, sino más bien el que no aceptes más.

Discusión sobre qué es un festival

18 Había un tesalio cuyo nombre era Iságoras, que se encontró con él en Olimpia. Apolonio le dijo:

—Dime, Iságoras, ¿existe una cosa llamada festival?

—Sí, por Zeus —dijo—, y es lo más agradable y lo más grato a los dioses de todo lo humano.

—¿Y cuál es su materia? Igual que si yo te preguntara por la materia de esa estatua y tú contestaras que está hecha de oro y marfil.

---

[590] El arconte epónimo era el magistrado que daba nombre al año.

[591] Asesinar al tirano Hiparco, cf. nota 374.

—¿Y qué materia, Apolonio —dijo Iságoras—, puede haber para algo incorpóreo?

—La más importante —repuso— y la más variopinta, pues hay en un festival recintos sagrados, santuarios, competiciones de carreras, por supuesto, un escenario, pueblos de hombres, unos de la vecindad, otros de allende las fronteras e incluso del otro lado del mar —y prosiguió diciendo que está compuesto de muchísimas artes y habilidades de sabiduría verdadera, poetas, consejeros, oradores, una competición de gimnasia y de música, como es la tradición en Pito. Y prosiguió—: Me parece que un festival no es sólo algo corpóreo, sino de una materia más admirable que las ciudades, pues convoca y acoge lo más importante de lo importante y lo más celebrado de lo celebrado.

—Por tanto, Iságoras —prosiguió—, ¿debemos considerar a esos hombres como algunos consideran unas murallas o unas naves, o tendrás necesidad de considerar al festival de otra forma?

—Satisfactoria, Tianeo —dijo—, es esa opinión y es justo seguirla.

—Más bien insatisfactoria —repuso— para quien piensa sobre ello de la forma en que yo lo hago. Pues me parece que las naves requieren hombres y los hombres, naves, y que los hombres no habrían pensado jamás en el mar, si no hubiera naves, y asimismo, que los hombres conservan las murallas, y las murallas, a los hombres, pero un festival, según el mismo razonamiento, es una reunión de hombres y es también el lugar en el que deben congregarse, y ello tanto más cuanto las murallas y las naves no habrían llegado a existir de no ser por las manos del hombre, y en cambio estos lugares han sido estropeados por las manos humanas, al habérseles impedido conservar sus características naturales, pues precisamente por estar bien dotados por la naturaleza, es por lo que se consideraron dignos de

que la gente se congregara en ellos. En efecto, los gimnasios, los pórticos, las fuentes y las casas, se hicieron merced a la habilidad humana, como las murallas y las naves, pero el Alfeo[592], el hipódromo, el estadio y las arboledas existían sin duda antes de la llegada de los hombres; el uno dando abasto para que hubiera agua para beber y bañarse; el segundo, una llanura extensa para que los caballos compitieran; el tercero, porque proporcionaba un lugar para que los atletas se llenaran de polvo y corrieran; una hondonada de un estadio de longitud, así como arboledas para coronar a los vencedores y para que se ejercitaran los corredores de entre los atletas, pues seguramente fue por considerar todo ello y por admirar las cualidades naturales de Olimpia por lo que el lugar le pareció a Heracles[593] digno de los que aún ahora se ejercitan aquí.

Visita al antro de Trofonio

19 Al cabo de cuarenta días de mantener discusiones en Olimpia y de haberse ocupado en profundidad de múltiples temas, dijo:

—Por varias ciudades os hablaré, griegos, en festivales, en procesiones, en misterios, en sacrificios o en libaciones —pues requieren de un hombre cultivado—, pero ahora es menester que baje a Lebadea, pues aún no me he visto con Trofonio, aunque visité su santuario[594].

---

592 Río en las inmediaciones de Olimpia.

593 Que pasaba por ser uno de los fundadores de los Juegos Olímpicos.

594 A ello se alude en VI 24. Trofonio era en origen una divinidad ctónica, que poseía su propio oráculo, pero con el predominio adquirido por el oráculo délfico pasa en algunas versiones por ser un hijo de Ergino constructor, con su hermano Agamedes, del templo de Apolo en Delfos, cf. el *Himno Homérico a Apolo* 295 sigs., así como la nota 73 a este pasaje en mi traducción, *Himnos Homéricos. La «Batracomiomaquia»*, Madrid, 1978.

Y dicho esto, se encaminó a Beocia, sin que ninguno de sus admiradores dejara de seguirlo.

La gruta de Lebadea está consagrada a Trofonio, el hijo de Apolo, y sólo se permite el paso a los que van a consultar los oráculos. Puede verse, pero no en el santuario, sino un poco más arriba del templo, en una loma, y la encierran barras de hierro que la rodean en círculo. La bajada se realiza como si uno fuera a sentarse y dejándose resbalar [595].

Los que la visitan van vestidos de blanco y llevan en las manos tortas de miel para aplacar a los reptiles que acometen al que desciende. Los devuelve la tierra a la superficie, a unos, no muy lejos, pero a otros, bastante más lejos, pues son llevados más allá de Lócride y más allá de Fócide, si bien la mayoría sale por las fronteras de Beocia.

Al llegar, pues, al santuario, dijo Apolonio:

—Quiero descender, en bien de la filosofía.

Pero los sacerdotes se negaban a ello y le decían a la gente que no le permitirían a un brujo poner a prueba el santuario, mientras que a nuestro hombre le pretextaban que eran días infaustos y no propicios para consultar el oráculo.

Apolonio habló aquel día sobre las fuentes de Hércina [596], los orígenes del oráculo y su peculiaridad, pues es el único que da sus respuestas a través del mismo que lo consulta. Pero cuando llegó la tarde se dirigió a la gruta con los jóvenes que lo acompañaban y, después de arrancar cuatro barrotes de los que forman la verja de la entrada, penetró bajo la tierra con el mismo manto de filósofo que llevaba para sus conversaciones, con lo cual obró de forma tan grata al dios, que

---

[595] La descripción es semejante a la que nos ofrece PAUSANIAS, IX 39 4-5.

[596] Una fuente de Beocia.

Trofonio se les apareció a los sacerdotes para censurar su comportamiento con nuestro hombre y para que todos lo siguieran a Aulide, porque sería allí donde lo haría emerger de una forma más maravillosa que a ningún otro hombre, pues salió a los siete días, un espacio de tiempo como no había pasado ninguno de los que habían accedido al oráculo, y llevando un libro extraordinariamente adecuado a sus preguntas. Pues él había descendido, diciendo: «¿Qué filosofía, Trofonio, consideras tú la más perfecta y la más pura?» Y el libro contenía las doctrinas de Pitágoras, en la idea de que el oráculo estaba de acuerdo con esa filosofía.

20 Este libro está consagrado en Antio, y se le estima mucho por su historia. Estas cosas admito que se las he oído contar a los habitantes de Lebadea, pero acerca del libro en cuestión, permítaseme completar la información: le fue traído luego al emperador Adriano, junto con algunas de las cartas de Apolonio, pero no todas, y se encuentra en el palacio de Antio, que era el que más le agradaba al emperador, de los palacios de Italia.

Apolonio y sus discípulos; crítica de los leguleyos

21 Vinieron también de Jonia todos sus seguidores, a los que Grecia llamaba «Apolonieos» y, uniéndose a los del lugar, llegaron a ser una juventud digna de admiración tanto por su número como por su entusiasmo por la filosofía. La retórica quedó abandonada, y poco caso hacían a los que aplaudían ese arte, cuyo único maestro es la lengua, pero todos competían por la filosofía de aquél. Y él, como los Giges y los Cresos, que dicen que ofrecían, sin cerrojos, las puertas de sus tesoros, para que les fuera posible a los necesitados recurrir a ellos, así ofrecía su sabiduría a los que la amaban, permitiéndoles preguntar sobre cualquier tema.

Algunos lo acusaron de que rehuía las visitas de los gobernadores y se llevaba a sus oyentes a lugares más bien tranquilos. Incluso uno decía en broma que trasladaba su grey cuando se enteraba que venían leguleyos, y Apolonio le dijo: 22

—¡Sí, por Zeus, para que no caigan sobre mi rebaño los lobos!

¿Qué quería decir con eso? Al ver a los leguleyos convertidos en centro de las miradas de todos, llegados de la pobreza a la riqueza y tan enamorados de las enemistades, que traficaban con la enemistad, apartaba a los jóvenes de su compañía, y a los que se relacionaban con ellos los reprendía con tanta acritud como si los lavara de una insólita mancha. Pues a los leguleyos los censuraba ya en otros tiempos, pero, tras la experiencia de su prisión en Roma, de los encarcelados y muertos, se sintió tan predispuesto contra ese arte, que consideró que de todo tenían más culpa los delatores, y los que se encumbraban por su habilidad, más que el tirano.

El portento celeste. Apolonio sigue viaje

Por la época en la que se ocupaba de esas cuestiones en Grecia, apareció en el cielo el siguiente portento: una corona que rodeaba el disco del sol, semejante al arco iris, oscureció sus rayos [597]. Que el portento significaba una revolución era cosa evidente para todos, pero el gobernador de Grecia llamó a Apolonio de Atenas a Beocia y le dijo: 23

—He oído decir de ti, Apolonio, que eres sabio en asuntos divinos.

—Si has oído decir eso —repuso— también habrás oído que lo soy en asuntos humanos.

---

[597] Se trata de un eclipse de sol. Sabemos que hubo uno el 3 de agosto del 91 y otro el 3 de agosto del 110, pero ninguno de los dos puede ser éste; la conjura, de la que luego se hablará, tuvo lugar en el año 96, cf. GROSSO, «La Vita...», pág. 465.

—Lo he oído decir —admitió— y estoy de acuerdo.

—Pues si lo admites —dijo— no te entrometas en las intenciones de los dioses, pues tal es el proceder que alaba la sabiduría humana.

Pero como le insistía a Apolonio para que dijera qué opinión le merecía, pues temía que todo se convirtiera en noche, le dijo:

—Ten ánimo, pues después de esa noche habrá una luz[598].

24 Después de eso, cuando le pareció suficiente su estancia en Grecia, en la que había permanecido dos años, embarcó hacia Jonia, seguido de su acompañamiento, y practicó la filosofía la mayor parte del tiempo en Esmirna y Éfeso, visitando asimismo las demás ciudades, y en ninguna de ellas se le consideró persona desagradable, sino digna de que se le echara de menos y un gran provecho para los hombres de bien.

25 *Muerte de Domiciano. Apolonio la ve desde Éfeso*

Se disponían ya los dioses a desbancar a Domiciano de su preeminencia sobre los hombres. Pues sucedió que había mandado matar a Clemente, un hombre de rango consular[599], al que había dado a su propia sobrina en matrimonio. Y tres o cuatro días antes de su propio asesinato había dado asimismo la orden de que también ella fuera a reunirse con su marido[600]. Por ello Estéfano, un liberto de

[598] Apolonio alude enigmáticamente a la muerte de Domiciano, cuyo reinado se califica de «noche».

[599] En efecto, Flavio Clemente, sobrino de Vespasiano, fue cónsul el 95 d. C., y su proceso y ejecución bajo la acusación de impiedad (quizá por ser cristiano), debieron tener lugar pocos meses después de abril del 95, cf. GROSSO, «La Vita...», página 495, con bibliografía.

[600] No nos consta por otra fuente que Flavia Domitila, la esposa de Clemente, llegara a ser condenada a muerte, sino tan sólo exiliada a Pandateria (cf. DIÓN CASIO, LXVII 14, 1), pero parece ser que Domiciano había confeccionado una lista de

la mujer, al que aludía la forma del portento[601], enardecido, ya fuera por el recientemente muerto, ya fuera por todas las demás víctimas, intentó contra el tirano una hazaña igual a la de los griegos más amantes de la libertad, y así, escondiendo una daga en su antebrazo izquierdo y llevando el brazo en cabestrillo, como si estuviera roto[602], se le acercó al emperador cuando salía del tribunal, y le dijo:

—Necesito hablar contigo, emperador, a solas, pues hay cuestiones importantes de las que me he enterado.

Y como el tirano no rehusó escucharle, lo condujo a las habitaciones de los hombres, donde se hallaban las dependencias de palacio, y le dijo:

—No ha muerto tu mayor enemigo, Clemente, como tú crees, sino que está en un sitio que conozco, y está conspirando contra ti.

Al proferir el emperador un gran grito por lo que había oído, Estéfano cayó sobre él, mientras se hallaba

---

personas sospechosas a las que pensaba matar (Dión Casio, LXVII 15, 3-4), entre las que verosímilmente estaría Flavia Domitila. Para todo este pasaje he seguido las correcciones textuales de Grosso, «La Vita...», págs. 498-499, ya que el texto de los manuscritos contiene graves errores: llama «hermana» en vez de «sobrina» del emperador a Flavia Domitila y determina que fue efectivamente condenada a muerte, con lo cual no casaría muy bien lo que se dice a continuación.

[601] El portento celeste referido en VIII 24. La alusión se explica porque el eclipse se describía como una «corona» y en griego Estéfano significa precisamente «corona». Suetonio, *Domiciano* XVII 2, llama a Estéfano *Domitillae procurator* y lo señala como elemento activo de una conjura contra Domiciano. Y es que parece que el asesinato de Domiciano no fue tanto obra de un particular, como de nuestro texto parece desprenderse, sino el resultado de una conjura, cuyo detonante fue la muerte de Clemente y la citada lista de sospechosos. Los detalles, no obstante, son discutibles, cf. Grosso, «La Vita...», págs. 498 siguientes.

[602] Este extremo lo refiere asimismo Suetonio, *Domiciano* XVII 3.

aún alterado, y, sacando la daga del brazo que había preparado al efecto, le atravesó el muslo, y, aunque no con la suficiente gravedad como para provocarle una muerte instantánea, no resultaba insuficiente para provocársela algo más tarde. El emperador, que había sido siempre vigoroso de cuerpo, y que contaba unos cuarenta y cinco años, se enzarzó, pese a estar herido, con Estéfano y, derribándolo, lo inmovilizó. Luego le vació los ojos y le destrozó las mejillas con el pie de una copa de oro que se hallaba allí para usarse en los rituales, mientras llamaba a Atenea como auxiliadora. Sus guardias de corps, al darse cuenta de que se hallaba en apuros, se agruparon en torno suyo y remataron al tirano, cuando ya le faltaban las fuerzas.

26 Esto acontecía en Roma, pero estaba siendo visto por Apolonio en Éfeso[603]. Pues se hallaba dialogando en los bosquecillos de junto a la alameda, a mediodía, cuando tenían lugar los sucesos de palacio. Primero bajó la voz, como atemorizado, luego prosiguió su explicación, si bien le faltaba algo de la claridad que le era propia, como los que, cuando están hablando, se distraen al ver alguna otra cosa. Después se calló, como los que pierden el hilo del discurso, dirigió una terrible mirada hacia el suelo y, avanzando tres o cuatro pasos desde su tribuna, exclamó:

—¡Golpea al tirano, golpéalo! —y no como el que saca de un espejo un reflejo de la verdad, sino como si lo estuviera viendo, y diera la impresión de tomar parte en la acción.

Quedó atónita Éfeso, pues se hallaba presente entera en el discurso, mientras él, tras aguardar un momento, como los que se mantienen a la espectativa hasta que viene el final de sus vacilaciones, dijo:

---

[603] Cf. la descripción evidentemente heredada de este pasaje, de Dión Casio, LXVII 18, y asimismo la imitación de Gregorio de Tours señalada por Courcelle, «Philostrate et Grégoire...».

—¡Animo, señores, pues el tirano ha sido asesinado hoy! ¿Qué digo hoy? ¡Ahora mismo, por Atenea, ahora mismo, en el momento en el que callé en mi discurso!

Los de Éfeso creyeron que se trataba de locura, y, aunque deseaban que fuera verdad, temían el peligro que corrían al prestarle oídos. Y Apolonio dijo:

—No me extraña que aún no aceptéis una noticia que ni siquiera conoce aún Roma entera. Pero ya lo sabe, pues se está extendiendo. Son diez mil ya los que le dan crédito, salta de alegría el doble, y aún el doble de éstos, y el cuádruple, ¡todo el pueblo! Llegará la noticia también aquí, así que diferid los sacrificios por este motivo hasta el momento oportuno en el que se os anunciará. Yo me voy a dar gracias a los dioses por lo que he visto.

Subida de Nerva al poder; la embajada de Damis

Mientras éstos desconfiaban aún, llegaron los correos con las buenas noticias, como testigos de la sabiduría de nuestro hombre; pues el asesinato del tirano, el día en que aconteció[604], la hora de mediodía, los asesinos a los que iba dirigida la exhortación de Apolonio, todo era punto por punto tal y como los dioses se lo habían mostrado a nuestro hombre en medio de su discurso. 27

Cuando, treinta días después, Nerva le comunicó por carta que ya se había hecho con el poder en Roma, gracias a los designios de los dioses y de él, y que lo conservaría con mayor facilidad, si acudía a su lado como consejero, Apolonio le contestó en seguida con un acertijo:

—Estaremos juntos, emperador, muchísimo tiempo, durante el cual, ni mandaremos sobre nadie, ni nadie sobre nosotros.

[604] Exactamente el 18 de septiembre del 96.

Seguramente se daba cuenta de que él mismo no permanecería mucho tiempo entre los hombres y de que Nerva gobernaría poco tiempo, pues su reinado sólo llegó a un año y cuatro meses[605], si bien ganándose fama de gran moderación.

28 Para que no pareciera que desatendía a un buen amigo y gobernante, redactó luego una carta, consejera de asuntos de gobierno, y, llamando a Damis, le dijo:

—Te necesito, pues le he escrito secretos al emperador, pero hay algunos que deben ser dichos por mí o por tu mediación.

Damis dice que comprendió tarde su artimaña, pues la carta estaba muy bien escrita por él y sobre temas importantes, pero podría haberle sido llevada por cualquier otro. ¿En qué consistía la artimaña de nuestro hombre? Se dice que todo el tiempo durante el que vivió decía: «Vive sin que nadie se dé cuenta, pero si no puedes, muere sin que nadie se dé cuenta»[606]. Apartaba de sí a Damis, utilizando como excusa la carta y su envío a Roma, para abandonar el mundo sin testigos.

Damis mismo afirma que se sintió algo afectado al partir, aunque no sabía lo que iba a ocurrir, pero que Apolonio, que sí lo sabía bien, no le dijo nada de lo que acostumbraban a decir los que no van a volver a verse, ¡tan convencido estaba de que siempre existiría!, sino que le hizo la siguiente recomendación:

—Damis, aunque filosofes por ti solo, mira hacia mí.

---

[605] Efectivamente, Nerva murió el 27 de enero del 98.

[606] Se trata de la adaptación del precepto epicúreo «vive sin que nadie se dé cuenta».

Versiones sobre la muerte de Apolonio

Con esta referencia terminan los escritos de Damis el asirio respecto a Apolonio de Tiana, pues acerca de la forma en que murió, si es que murió, son muchas las versiones, pero Damis no cuenta ninguna. No obstante, yo creo que tampoco eso debe omitirse; pues es preciso, sin duda, que mi historia tenga la conclusión que le es propia. Damis nada dice sobre la edad de nuestro hombre, pero unos dicen que llegó a los ochenta, otros, que a más de noventa, y otros, que excedió los cien, permaneciendo todo su cuerpo sin achaques, derecho y más hermoso que en su juventud. Pues hay una cierta belleza, incluso en las arrugas, que floreció especialmente en él, como lo muestran las estatuas de nuestro hombre en el santuario de Tiana y relatos que cantan más la vejez de Apolonio que, en otro tiempo, la juventud de Alcibíades[607]. 29

Unos dicen que murió en Éfeso, cuidado por dos 30
criadas —pues ya habían muerto los libertos de los que hablé al principio[608]— tras haber dado la libertad a una, por lo cual la otra le reprochaba por no haberla considerado digna de lo mismo, y cuentan que Apolonio le dijo:

—Ser su esclava es lo que te conviene, pues ese será el comienzo de tu ventura.

En efecto, al morir él, continuó siendo esclava de la otra, y ésta, por un motivo trivial, la vendió a un mercader, y a éste se la compró un individuo que se enamoró de ella, a pesar de que no era hermosa. Hom-

---

[607] Alcibíades fue un sobrino de Pericles, que vivió en la segunda mitad del siglo V, participando intensamente en la política y en las empresas militares de su tiempo en lo que brillaba más por sus cualidades personales de simpatía y atractivo que por su real capacidad.

[608] Al final de I 18.

bre bastante bien dotado de fortuna, la tomó por esposa y legítimó a los hijos habidos de ella.

Otros afirman que murió en Lindos, al entrar en el templo de Atenea, y que desapareció en su interior. Otros dicen que murió en Creta, de forma más admirable que en Lindos, pues cuentan que Apolonio permaneció en Creta, más admirado que antes, y que llegó al santuario de Dictina[609] a deshora. La vigilancia del templo estaba encomendada a unos perros, para cuidar las riquezas que en él había, y los cretenses estiman que no van a la zaga de los osos ni de otros animales, tan salvajes como éstos, pero ellos, sin ladrarle siquiera cuando llegó, se le acercaron moviéndole la cola, como a ninguno de los más conocidos. Así que los encargados del templo, tras detenerlo, lo encadenaron como brujo y ladrón, afirmando que le había echado alguna cosa a los perros para calmarlos. Pero él, a medianoche se desató y, tras llamar a quienes lo habían atado, para que no quedara sin testigos su acción, echó a correr hacia las puertas del templo y éstas se abrieron, y al entrar él, las puertas volvieron a su sitio, como si las hubieran cerrado, y que se oyó un griterío de muchachas que cantaban, y su canto era: «Marcha de la tierra, marcha al cielo, marcha».

31 *Aparición de Apolonio para demostrar la inmortalidad del alma*

Aún siguió filosofando acerca del alma, en la idea de que era inmortal, y enseñaba que era cierta esta afirmación sobre ella, pero no permitía que se entrometieran en asuntos tan importantes. Llegó, pues, a Tiana un jovencito osado para las discusiones y no dado a aceptar un razonamiento verdadero. Cuando no se hallaba ya entre los hombres Apolonio, cuyo tránsito era ya objeto de admiración, y sin que nadie se atreviera a poner en discusión que

609 Epíteto de Artemis que significa «la cazadora con red».

era inmortal, tuvieron lugar muchas discusiones sobre el alma, y había allí un grupo de jóvenes amantes de la sabiduría, pero el jovencito de ninguna forma estaba dispuesto a admitir la inmortalidad del alma, sino que decía:

—Yo, señores aquí presentes, me he pasado nueve meses encomendándome a Apolonio para que me revele la verdad sobre el alma, pero él está tan muerto, que ni se me aparece ante mi requerimiento, ni me convence de que es inmortal.

Eso fue lo que el muchacho dijo entonces, pero al quinto día después de ese, cuando estaba discutiendo sobre lo mismo, se quedó dormido donde estaba hablando, mientras que, de los jóvenes que participaban con él en la discusión, estaban unos ocupados en sus libros y otros trazaban figuras geométricas en el suelo. Entonces él, como enloquecido, dio un salto, adormilado aún y cubierto de sudor, y gritó:

—¡Te creo!

Y, al preguntarle los allí presentes qué ocurría, dijo:

—¿No estáis viendo vosotros al sabio Apolonio, cómo está aquí con nosotros, escuchando nuestra discusión, y cómo entona a propósito del alma versos admirables?

—¿Y dónde está? —replicaron—, pues no aparece ante nosotros por parte alguna, aun cuando preferiríamos eso a poseer los bienes de todos los hombres.

Y el joven repuso:

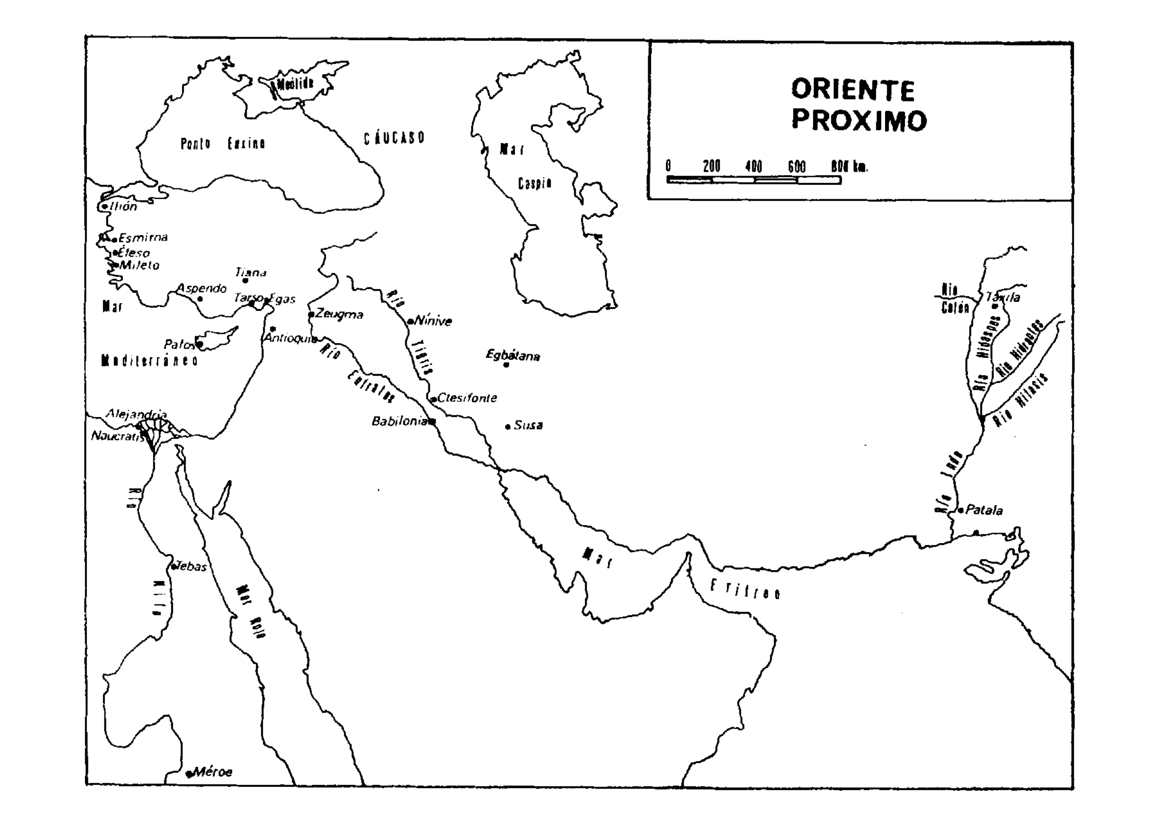
—Me parece que viene para hablarme a mí solo acerca de lo que yo desconfiaba. Escuchad, pues, qué forma tan divina inspira a su doctrina:

Inmortal es el alma, mas no propiedad tuya, sino
[de la Providencia.
Tras la extinción del cuerpo, de sus cadenas libre,
[como un raudo corcel,

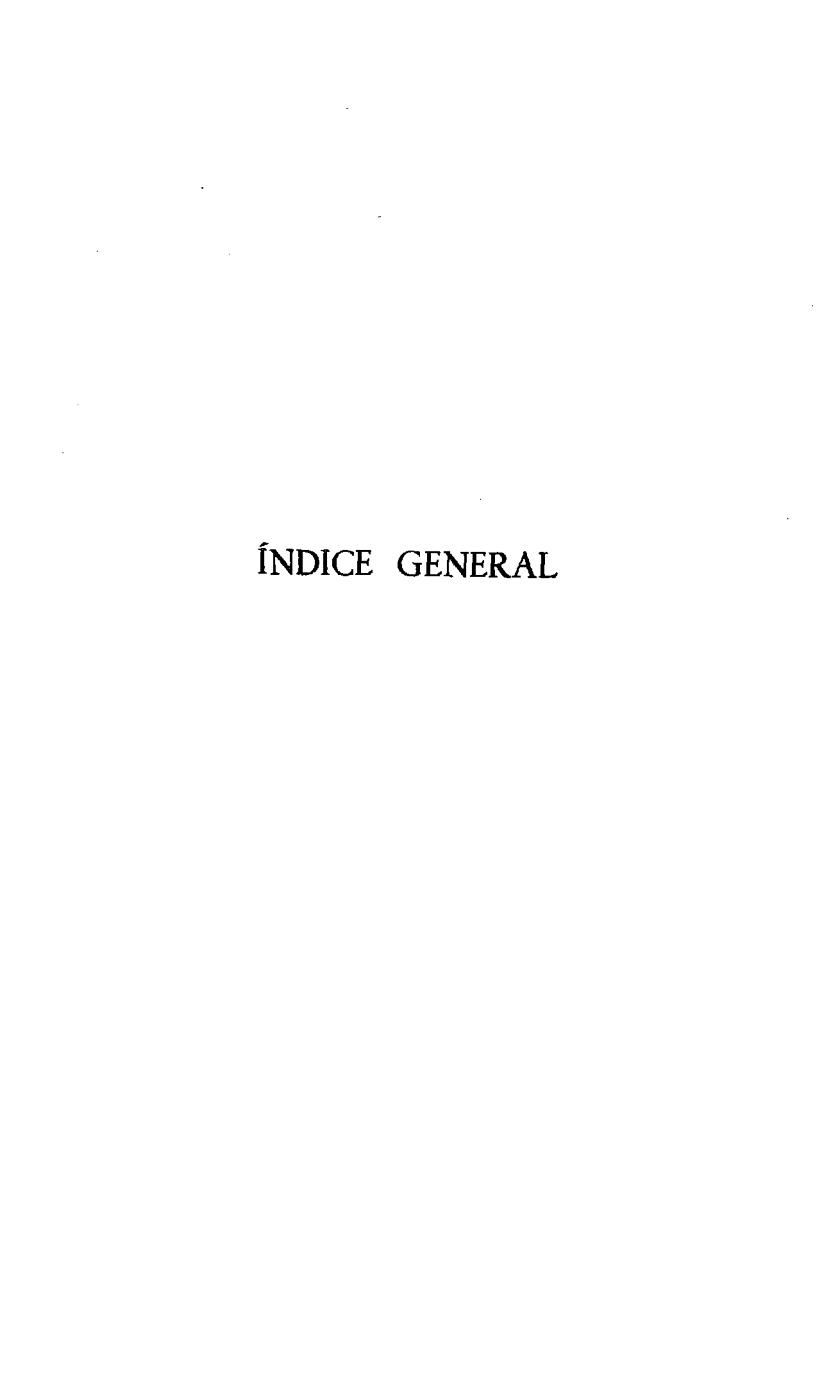
sin esfuerzo, de un salto, se mezcla con el aire li-
[viano,
pues aborrece su terrible y trabajosa servidumbre.
Para ti ¿qué ventaja hay en ello? Pues será cuando
[no existas cuando lo creerás.
¿Para qué, mientras estás entre los vivos, te afa-
[nas por esas cosas?

Y esta clara sentencia de Apolonio quedó fijada como un trípode oracular acerca de los misterios del alma, para que, animosos y conocedores de la propia naturaleza, caminemos al lugar que las Moiras nos tienen asignado. Estoy seguro de no haber encontrado en parte alguna una tumba o cenotafio de nuestro hombre, aunque he recorrido la mayor parte de la extensión de la tierra, y oído por doquiera historias sobrenaturales sobre él. Hay un templo en Tiana, construido a expensas del emperador [610], porque ni siquiera los emperadores le negaron los honores de los que ellos mismos eran merecedores.

[610] Se trata del santuario que, de acuerdo con la noticia de Dión Casio, LXXVIII 18, 4, le dedicó a Apolonio el emperador Caracalla.


ORIENTE
PROXIMO
0 200 400 600 800 km.
Ponto Euxino
CÁUCASO
Mar Caspio
Ilión
Esmirna
Éfeso
Mileto
Tiana
Aspendo
Tarso
Egas
Mar
Palos
Mediterráneo
Zeugma
Antioquía
Río
Nínive
Tigris
Egbátana
Ctesifonte
Babilonia
Susa
Alejandría
Naucratis
Río
Tebas
Nilo
Mar Rojo
Méroe
Mar
Eritreo
Taxila
Río Indo
Patala

ÍNDICE DE NOMBRES



ÍNDICE GENERAL

Págs.

Págs.